



Prismas

Revista de historia intelectual

21 2017 Artículos, lecturas y reseñas. Argumentos: Repensando The Foundations of Modern Political Thought, de Quentin Skinner, por Mark Goldie, J. G. A. Pocock y Q. Skinner. Dossier: La Revolución Rusa en la historia intelectual latinoamericana

Prismas

Revista de historia intelectual

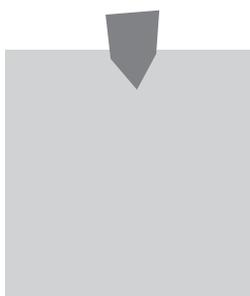
21



2017



Anuario del grupo Prismas
Centro de Historia Intelectual
Departamento de Ciencias Sociales
Universidad Nacional de Quilmes



Prismas

Revista de historia intelectual
N° 21 / 2017

Universidad Nacional de Quilmes

Rector: Alejandro Villar

Vicerrector: Alfredo Alfonso

Departamento de Ciencias Sociales

Directora: Nancy Calvo

Vicedirector: Néstor Daniel González

Centro de Historia Intelectual

Director: Elías Palti

Prismas

Revista de historia intelectual

Buenos Aires, año 21, número 21, 2017

Consejo de dirección

Carlos Altamirano, UNQ / CONICET

Anahi Ballent, UNQ / CONICET

Alejandro Blanco, UNQ / CONICET

Adrián Gorelik, UNQ / CONICET

Jorge Myers, UNQ / CONICET

Elías Palti, UNQ / UBA / CONICET

Oscar Terán (1938-2008)

Editora: Anahi Ballent

Secretaría de redacción: Flavia Fiorucci y Laura Ehrlich

Editores de Reseñas y Fichas: Martín Bergel, Gabriel Entin y Ricardo Martínez Mazzola

Comité Asesor

Peter Burke, Cambridge University

José Emilio Burucúa, Universidad Nacional de San Martín

Roger Chartier, École de Hautes Études en Sciences Sociales

Stefan Collini, Cambridge University

François-Xavier Guerra (1942-2002)

Charles Hale (1930-2008)

Tulio Halperin Donghi (1926-2014)

Martin Jay, University of California at Berkeley

Sergio Miceli, Universidade de São Paulo

José Murilo de Carvalho, Universidade Federal do Rio de Janeiro

Adolfo Prieto (1928-2016)

José Sazbón (1937-2008)

Gregorio Weinberg (1919-2006)

Incluida en el Núcleo Básico de Revistas Científicas Argentinas desde agosto 2010, fecha desde la cual es publicada en versión electrónica en el portal Scielo: www.scielo.org. Además, está indexada en Latíndex, en Redalyc, en el Hispanic American Periodical Index (HAPI) y en el Directorio de Revistas en Acceso Abierto (DOAJ).

En 2004 Prismas obtuvo una Mención en el Concurso “Revistas de investigación en Historia y Ciencias Sociales”, Ford Foundation y Fundación Compromiso.

Maqueta original: Pablo Barragán

Diseño de interiores y tapa: Silvana Ferraro

Corrección de originales: María Inés Silberberg

La revista *Prismas* recibe la correspondencia, las propuestas de artículos y los pedidos de suscripción en:

Roque Sáenz Peña 352 (B1876BXD) Bernal, Provincia de Buenos Aires. Tel.: (01) 4365 7100 int. 5737.

Correo electrónico: revistaprimas@gmail.com / página web: www.historiaintelectual.com.ar

Sobre las características que deben reunir los artículos, véase la última página y las “Instrucciones a los autores” en la página editorial de Prismas en el portal Scielo.

Índice

Artículos

- 11 *La opinión pública y la República de las Letras. La opinión ilustrada en la América española, 1767-1810*, Gilberto Loaiza Cano
- 33 *Gusto y buen gusto en la cultura musical porteña (1820-1828)*, Guillermina Guillamon
- 53 *Los sabios, entre la Ciencia y la Nación: Lugones en su Revue Sud-Américaine (1914)*, Margarita Merbilhaá
- 75 *Filosofía e historia en las primeras historias de las ideas argentinas: la discusión historiográfica entre José Ingenieros y Alejandro Korn*, Lucas Domínguez Rubio
- 95 *Charles Maurras y los nacionalistas argentinos. Recepción y “usos” en los años posperonistas*, Facundo Cersósimo
- 115 *Desde la “revolución total” a la democracia: Siloísmo, contracultura y política en la historia argentina reciente*, Valeria Manzano

Argumentos

- Repensando The Foundations of Modern Political Thought*, de *Quentin Skinner*
- 139 *Presentación*, Elías J. Palti
- 143 *El contexto de Los fundamentos*, Mark Goldie
- 159 *Fundamentos y momentos*, J. G. A. Pocock
- 171 *Analizando Los fundamentos: retrospectiva y reconsideración*, Quentin Skinner

Dossier

- La Revolución Rusa en la historia intelectual latinoamericana*
- 195 *Presentación*, Laura Prado Acosta y Ricardo Martínez Mazzola
- 201 *La revolución soviética desde el exilio: Mijail Yaroshevsky*, Roberto Pittaluga
- 207 *“Todos son maximalistas”: la Revolución Rusa en el Paraguay a través de El Diario y Bandera Roja*, Milda Rivarola
- 215 *La repercusión de la Revolución Rusa en tierras brasileñas. El surgimiento del Partido Comunista del Brasil*, Dainis Karepovs
- 219 *Emilio Frugoni y la Revolución Rusa en el Uruguay*, Gerardo Caetano
- 225 *Revolución en la Gran Guerra: el Partido Socialista de la Argentina ante la anomalía rusa de 1917. Tres breves consideraciones sobre una mirada temprana*, Patricio Geli

- 233 *La revolución como presente. Filosofía y política en la Revista de Filosofía*,
María Carla Galfione
- 241 *Contra la revolución: circulación cultural y discursos decadentistas en la Argentina
(1917-1922)*, Mariela Rubinzal
- 247 *Los estudiantes de Buenos Aires ante la “ola bolchevique”: discusiones
y fracciones ligadas al proceso revolucionario ruso*, Natalia Bustelo
- 253 *José Carlos Mariátegui y la Revolución Rusa: modernidad global, vanguardismo
estético y apuesta socialista*, Martín Bergel
- 261 *La huella de un rebelde: David Alfaro Siqueiros y la Revolución de Octubre*,
Elvira Concheiro Bórquez
- 267 *Lenin en el Mapocho*, Manuel Loyola
- 273 *El antiimperialismo como legado: primeros análisis del imperialismo
en el comunismo sudamericano*, Víctor Augusto Piemonte

Lecturas

- Tres lecturas sobre La historia es una literatura contemporánea. Manifiesto
por las ciencias sociales*, de Ivan Jablonka
- 281 *Por una historia escrita*, Lila Caimari
- 287 *Impresiones de lectura*, Renato Ortiz
- 290 *Novedad, innovación y ganancia historiográfica*, Ana Clarisa Agüero

Reseñas

- 299 Lila Caimari, *La vida en el archivo. Goces, tedios y desvíos en el oficio de la historia*,
por Mariana Canavese
- 302 Richard Whatmore, *What is Intellectual History?*, por Jani Marjanen
- 305 Gisèle Sapiro, *La sociología de la literatura*, por María Julia Blanco
- 307 Jürgen Osterhammel, *La transformación del mundo. Una historia global del siglo XIX*,
por Andrés G. Freijomil
- 310 Sudhir Chandra, *Gandhi. An Impossible Possibility*, por José Emilio Burucúa
- 313 Sarissa Carneiro, *Retórica del infortunio. Persuasión, deleite y ejemplaridad
en el siglo XVI*, por Jesús de Prado Plumed
- 316 Lucas Margarit y Elina Montes (comps.), *Utopías inglesas del siglo XVIII.
Construcciones imaginarias del Estado moderno: selección de textos y comentarios
críticos*, por Carolina Martínez
- 319 François Furet, *La Revolución Francesa en debate. De la utopía liberadora al
desencanto en las democracias contemporáneas*, por Sabrina Ajmechet
- 323 Christophe Charle y Laurent Jeanpierre (dirs.), *La vie intellectuelle en France. I. Des
landemains de la Révolution à 1914 y II. De 1914 à nos jours*, por Ezequiel Grisendi
- 327 Martín Baña, *Una Intelligentsia Musical. Modernidad, política e historia de Rusia en las
óperas de Musorgsky y Rimsky-Korsakov (1856-1883)*, por Sofía Blanco Ivanoff Ialamoff
- 331 Adrián Gorelik y Fernanda Areas Peixoto (comps.), *Ciudades sudamericanas
como arenas culturales*, por Dhan Zunino
- 334 Álvaro Morcillo Laiz y Eduardo Weisz (eds.), *Max Weber en Iberoamérica. Nuevas
interpretaciones, estudios empíricos y recepción*, por Aurelia Valero Pie
- 337 Maristella Svampa, *Debates latinoamericanos. Indianismo, desarrollo, dependencia
y populismo*, por Ana Lucía Magrini

- 341 Pablo Stefanoni, *Los inconformistas del Centenario. Intelectuales, socialismo y nación en una Bolivia en crisis (1925-1939)*, por Hernán Topasso
- 345 Rafael Rojas, *Traductores de la utopía. La Revolución Cubana y la nueva izquierda de Nueva York*, por Carlos Altamirano
- 348 Javier García Liendo, *El intelectual y la cultura de masas. Argumentos latinoamericanos en torno a Ángel Rama y José María Arguedas*, por Ximena Espeche
- 350 Ximena Espeche, *La paradoja uruguaya. Intelectuales, latinoamericanismo y nación a mediados del siglo xx*, por Aldo Marchesi
- 353 Álvaro Fernández Bravo, *El Museo Vacío. Acumulación primitiva, patrimonio cultural e identidades colectivas. Argentina y Brasil. 1880-1945*, por Ricardo D. Salvatore
- 357 Noemí Goldman, *Mariano Moreno. De reformista a insurgente*, por Gabriel Entin
- 361 Mariano Di Pasquale y Marcelo Summo, *Trayectorias singulares, voces plurales. Intelectuales en la Argentina, Siglos XIX y XX*, por Elías J. Palti
- 364 Roberto Pittaluga, *Soviets en Buenos Aires. La izquierda de la Argentina ante la revolución en Rusia*, por Natalia Ávila
- 367 Martín Cortés, *Un nuevo marxismo para América Latina. José Aricó: traductor, editor, intelectual*, por Martín Ribadero
- 370 Luciano García, *La psicología por asalto. Psiquiatría y cultura científica en el comunismo argentino (1935-1991)*, por Adrián Celentano

Fichas

- 377 Libros fichados: Peter Frankopan, *El corazón del mundo. Una nueva historia universal* / Martyn Lyons, *La cultura escrita de la gente común en Europa, c. 1860-1920* / Rosario López, *El pensamiento político de John Stuart Mill en su contexto intelectual: Una aproximación conceptual* / Philipp Blom, *La fractura. Vida y cultura en Occidente, 1918-1938* / Stefan Collini, *Common Writing. Essays on literary culture and public debate* / Alejandra Uslenghi, *Latin America at the Fin-de-Siècle Universal Exhibitions. Modern Cultures of Visuality* / Karina R. Vázquez, *Ideas en espiral. Debates intelectuales en las revistas modernistas Klaxon, Estética y Terra Roxa* / Heloisa Pontes, *Intérpretes de la metrópoli. Historia social y relaciones de género en el Teatro y en el campo intelectual en San Pablo, 1940-1968* / Silvina Merenson, *Los peludos. Cultura, política y nación en los márgenes del Uruguay* / Magdalena Broquetas, *La trama autoritaria. Derechas y violencia en Uruguay (1958-1966)* / Alejandro Eujanian, *El pasado en el péndulo de la política. Rosas, la Provincia y la nación en el debate político de Buenos Aires, 1852-1861* / Julyan G. Peard, *An American Teacher in Argentina. Mary Gorman's Nineteenth-Century Odysee from New Mexico to the Pampas* / Carlos M. Herrera, *¿Adiós al proletariado? El Partido Socialista bajo el peronismo (1945-1955)* / Javier Planas, *Libros, lectores y sociabilidades de lectura. Una historia de los orígenes de las bibliotecas populares en la Argentina* / Martín Ribadero, *Tiempos de profetas. Ideas, debates y labor cultural de la izquierda nacional de Jorge Abelardo Ramos (1945-1962)*

Obituarios

- 389 Antonio Candido (1918-2017), por Gonzalo Aguilar
- 393 Ricardo Benzaquen de Araújo (1952-2017), por Diego Galeano
- 399 Tzvetan Todorov (1939-2017), por Andrés G. Freijomil

Artículos



Prismas

Revista de historia intelectual
Nº 21 / 2017

La opinión pública y la República de las Letras

La opinión ilustrada en la América española, 1767-1810

Gilberto Loaiza Cano

Universidad Del Valle (Colombia)

Introducción: Momento de mutaciones en el mundo de la opinión letrada

La historiografía latinoamericana coincide en afirmar que entre 1767 y 1810 hubo cierta homogeneidad en los espacios públicos de opinión de las posesiones españolas en América; por lo menos en los lugares que nos interesa concentrar nuestro análisis hallamos la tendencia a una expansión de las formas de comunicación que pasó por algunas innovaciones asociativas y periodísticas. La expulsión de los jesuitas fue punto de inflexión en la relación de la Corona con sus posesiones; aunque la expulsión de la Compañía de Jesús tuvo indudable sello autoritario, pareció dar inicio a una etapa propicia para la circulación de saberes, para cierta expansión asociativa en las coordenadas muy estrechas de la gente ilustrada. Unos han constatado, por ejemplo, un incremento del comercio del libro y un ambiente más propicio para su circulación;¹ otros, más recientemente, constatan, además de una “renovación del periodismo”, la voluntad de aplicar una política cultural en un variado espectro, que estaba ceñida, en líneas generales, a las coordenadas de la moderada ilustración española.² Eso entrañó la múltiple tentativa peninsular de modificar los estudios universitarios, de proyectar la utilidad de ciertos avances tecnológicos y científicos, de obtener inventarios de los recursos naturales de sus posesiones y, por supuesto, de expandir los beneficios informativos de la prensa. En los años fi-

¹ Renán Silva Olarte, *Los Ilustrados de Nueva Granada, 1760-1808. Genealogía de una comunidad de interpretación*, Medellín, Eafit/Banco de la República, 2002, pp. 251-277. Téngase en cuenta, también, la legislación peninsular de 1778 a favor de la imprenta en ambos lados del Atlántico; al respecto, Fermín de los Reyes Gómez, *El libro en España y América. Legislación y censura (siglos xv-xviii)*, vol. 1, Madrid, Editorial Arco-Libros, 2000, p. 607.

² Sobre el carácter y el peso del pensamiento ilustrado español en el período que analizamos, alguna historiografía reciente para el caso de la Nueva Granada: Isidro Vanegas, *La Revolución neogranadina*, Bogotá, Ediciones Plural, 2013, pp. 118-119; Iván Padilla Chasing (comp.), *Sociedad y cultura en la obra de Manuel del Socorro Rodríguez, Nueva Granada (1789-1819)*, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, 2012. Sobre el relativo dinamismo del espacio público de opinión luego de la expulsión de los jesuitas, para el caso de Nueva España, aunque demasiado concentrado en una coyuntura sin mostrar una probable transición a las condiciones generadas por la crisis de la monarquía española, véase Gabriel Torres Puga, *Opinión pública y censura en Nueva España. Indicios de un silencio imposible (1767-1794)*, México, El Colegio de México, 2010, pp. 195-196. Una visión más panorámica, aunque reducida a la ciudad de México, la ofrece especialmente la segunda parte del libro de Annick Lempérière, *Entre Dios y el rey: la república. La ciudad de México de los siglos xvi al xix* [2004], México, Fondo de Cultura Económica, 2013.

nales del siglo XVIII, el interés por conocer “papeles públicos” españoles, ingleses, franceses y hasta de otros lugares de América fue parte del proceso formativo de una comunidad letrada interesada en la difusión de sus ideales ilustrados.³ Algunos autores explican una mutación en los intereses lectores en el lapso al que nos referimos; por ejemplo, el abandono de los libros científicos, cuya difusión en América estuvo a cargo de algunos virreyes, y la creciente curiosidad por una “nueva ciencia”: la política.⁴ Es cierto que el ejercicio de la opinión siguió controlado por las autoridades coloniales, que otorgaban, o no, licencias de publicación y mantuvieron una fuerte censura previa; sin embargo, en medio de ese ambiente estrecho para la comunicación, hubo un significativo florecimiento de “papeles públicos” en que se mezclaron la necesidad publicitaria de la Corona con el interés de algunos escritores por cumplir, a veces de modo obsequioso, una labor de agentes de comunicación de los actos de gobierno y de los propósitos ilustrados de la monarquía. Algunos historiadores consideran que hubo en esos años una relación ambigua en que se mezclaron las necesidades de difundir y prohibir, en que hubo desconfianza y a la vez convicción sobre los efectos de la circulación periódica de ideas. Esa ambigüedad produjo momentos de tensión y represalias, pero también consolidó una incipiente esfera de opinión letrada, exclusiva y excluyente, que se plasmó en la existencia de algunos periódicos que sirvieron para forjar las premisas de la opinión letrada permanente, regular, que fue más ostensible y plural después de la coyuntura decisiva de 1808 a 1810.⁵

Aquellos fueron años de algunas innovaciones en el espacio público. Fue el inicio de un modo de escribir y publicar; sirvió de exposición permanente de un personal letrado que fungió unas veces de escritor, otras de respetado público lector, y más frecuentemente ambas cosas al mismo tiempo. Hizo palpable, por tanto, la existencia de una *república de las letras* que conversaba regularmente al ritmo de “papeles públicos”; gentes letradas que hallaban comunión en el hecho de compartir el uso frecuente y público de la escritura, cuya utilidad en la evolución de los saberes o en “la felicidad del reino” parecía indudable. El periódico se volvió, desde entonces, fundamento de los mensajes y las prácticas de la Ilustración; prolongación en la América española del racionalismo europeo, de sus propósitos civilizadores y, en el ámbito de la dominación ibérica, sirvió a los proyectos político-administrativos del reformismo de los borbones. La inmediatez del periódico relegó la tradicional importancia concedida hasta entonces al libro y contribuyó a cambios en las modalidades de lectura, porque introdujo, al menos como ideal, un público más amplio que iba más allá del listado de suscriptores; volvió determinante la presencia social de los impresores y fue cimiento de una sociabilidad que condujo a un espacio público más activo, a pesar de las restricciones de la censura previa.

³ Las historias del libro suelen ser útiles para informar de estas mutaciones tan significativas; bástenos decir que los inventarios de algunas bibliotecas particulares y los epistolarios entre letrados de la segunda mitad del siglo XVIII dicen mucho acerca de la relativa novedad en el consumo de determinados impresos, entre ellos las gacetas provenientes de Europa. Al respecto, además del estudio arriba citado de Silva Olarte, también es útil la compilación ya mencionada de Padilla Chasing sobre la trayectoria del periodista cubano Manuel del Socorro Rodríguez.

⁴ “Con la Revolución asistimos, en primer lugar, a un cambio en lo que se lee, pues el interés por los libros científicos y las memorias sobre asuntos públicos –como las de Jovellanos, que tanto éxito habían tenido– declina proporcionalmente, mientras que se produce una gran demanda de periódicos y de libros de temas políticos y jurídicos”, afirma Vanegas, *La Revolución neogranadina, op. cit.*, p. 119.

⁵ Además de los autores ya mencionados, aporta en la misma perspectiva el balance que hace de los periódicos difusores de la ciencia, a fines del siglo XVIII y comienzos del XIX, Miguel de Asúa, *La ciencia de Mayo. La cultura científica en el Río de la Plata, 1800-1820*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2010, pp. 93-116.

Hasta la segunda mitad del siglo XVIII, la historia de la imprenta en Hispanoamérica había sido desigual; la llegada del artefacto dependió mucho de la importancia política y administrativa de cada lugar. En el siglo XVI ya había imprenta en los virreinos de Nueva España y del Perú, pero a la Nueva Granada y al Río de la Plata llegó en el siglo XVIII. Llegó primero allí donde había más riquezas naturales, más población indígena y más urgencias de proselitismo religioso católico. La necesidad de establecer comunicación con las comunidades indígenas en sus diversas lenguas volvió apremiante el traslado de talleres de imprenta o la elaboración de rústicos mecanismos de impresión; los primeros impresos en Nueva España fueron realizados por las congregaciones religiosas y consistieron, en lo fundamental, en obras didácticas bilingües cuyo propósito primordial fue el adoctrinamiento religioso. A eso se agregó, otra vez en el caso de Nueva España, la existencia de una universidad por Real Cédula de 1521. Necesidades semejantes hicieron posible el establecimiento de la imprenta en Lima. La primera máquina de imprenta llegó a Nueva España en 1535, por el empeño de los franciscanos; los jesuitas fueron los baluartes de la instalación de una imprenta en Lima, en 1581.⁶ Digamos que hasta bien entrado el siglo XVIII, la imprenta fue el instrumento de la publicidad religiosa católica.

En el caso del Río de la Plata suele mencionarse la probable existencia, entre fines del siglo XVII y comienzos del siguiente, y más por invención que por importación, de una primera imprenta al servicio de las labores evangelizadoras de los misioneros jesuitas en las regiones del Alto Paraná y el Alto Uruguay. A este hecho remoto le siguió la instalación de un taller de imprenta donde ya había alguna tradición universitaria, también bajo patrocinio jesuítico; se trata de la imprenta que arribó a Córdoba y comenzó a funcionar en 1766, en vísperas de la expulsión de la Compañía de Jesús. La salida de los jesuitas causó su clausura temprana, casi su olvido, bajo custodia de los franciscanos hasta que a un virrey, tenido por humanista, se le ocurrió recuperarla y trasladarla a Buenos Aires para resolver dos problemas: proporcionarle recursos a un orfanato y difundir las presuntas bondades de la monarquía. Así nació la Real Imprenta de Niños Expósitos en Buenos Aires, de donde salieron los primeros periódicos conocidos: *El Telégrafo mercantil* (1801 y 1802) y *Semanario de Agricultura, Industria y Comercio* (1802-1807).⁷

La imprenta llegó tarde al Nuevo Reino de Granada; no hay una larga historia que contar al respecto. Nada que se compare con la tradición impresa en Nueva España o en el Perú. Hay una mención, difícil de verificar, de la llegada de una imprenta a Popayán, en 1669;⁸ pero, ocupándonos de cosas ciertas, debió llegar por primera vez en 1737, con los jesuitas, e irse también con ellos treinta años más tarde, cuando los expulsaron de América. En 1773 pudo haber un uso

⁶ Sobre el papel de los franciscanos en la llegada de la imprenta a Nueva España, Román Zulaica Gárate, *Los franciscanos y la imprenta en el México del siglo XVIII*, México, UNAM, 1939. Un referente común a muchos libros posteriores, sobre todo a la hora de precisar algunas fechas, es la obra de José Toribio Medina, *Historia de la imprenta en los antiguos dominios españoles de América y Oceanía*, vol. 1, Santiago de Chile, Fondo Histórico y Bibliográfico José Toribio Medina, 1958.

⁷ Varias obras relatan los orígenes de la imprenta en la Argentina; sobresale la obra considerada pionera de José Torre Revello, *El libro, la imprenta y el periodismo durante la dominación española* [1940], Buenos Aires, Instituto de Investigaciones Históricas, Universidad de Buenos Aires, 1991; de Guillermo Furlong, *Historia y bibliografía de las primeras imprentas rioplatenses (1700-1859)*, 3 vols., Buenos Aires, Guaranía, 1953, 1955-1957. Más detallado en el caso de la imprenta de los Niños Expósitos, véase Carlos Heras, *Orígenes de la imprenta de Niños Expósitos*, La Plata, Universidad Nacional de La Plata, 1947.

⁸ Huellas de esa imprenta en Popayán no existen; sin embargo, ha merecido comentario el dato incierto en Tarcisio Higuera, *La imprenta en Colombia*, Bogotá, INALPRO, 1970, pp. 70-71.

marginal de alguna pequeña imprenta en Cartagena y, en definitiva, es en el decenio siguiente que se instala un taller en Bogotá, bajo auspicio del virrey Manuel Antonio Flórez.

En la segunda mitad del siglo XVIII, la imprenta se volvió artefacto importante para el proyecto ilustrado en las colonias americanas, pero su uso tenía que estar moderado por las autoridades; el Estado monárquico acudió a la multiplicación de impresos y, en su mayoría, a hombres sin vínculo con comunidades religiosas para que cumpliesen tareas publicitarias. Los responsables de los periódicos eran unos agentes solícitos –esa es la apariencia– dispuestos a administrar un taller y a redactar “papeles públicos” ceñidos a la censura previa y a la vigilancia de los funcionarios delegados por la monarquía. En la relación hubo algo de conveniencia mutua: la Corona necesitaba ampliar su esfera de influencia en el nuevo continente y a los criollos letrados los animaba asumir tareas tutelares en la sociedad colonial. El periódico propició la síntesis de ambiciones; eso inauguró unos procedimientos de autorización para imprimir, fijó unas condiciones de existencia de un incipiente espacio público de opinión medido por la aparición periódica de “papeles públicos” rubricados, al final de cada entrega, con el sello de *superior licencia*.

Este ensayo examinará ese momento de mutación del espacio público de opinión, según lo que hemos hallado en la lectura de los más destacados periódicos de la época en varios puntos de las posesiones españolas en América. Con la intención de comparar y sintetizar, hemos leído periódicos de Lima, Buenos Aires, ciudad de México y Santafé de Bogotá, entre 1767 y 1808. Hemos puesto limen en 1808 porque suponemos, como suponen otros, que a partir de ese año comienza una etapa muy diferente en la historia de la opinión pública y, quizá más precisamente, en la historia de la cultura letrada en Hispanoamérica. Tres asuntos nos parecen dignos de examen: los periódicos, la sociabilidad y la escritura. A cada asunto lo acompaña un supuesto: los periódicos debieron ser un hecho publicitario y escriturario relativamente novedoso por sus ritmos de producción, por su formato, por sus destinatarios. La sociabilidad, así fuese, insistimos, en el ámbito distinguido de una élite letrada y bajo los códigos jerárquicos del despotismo ilustrado, tuvo cambios conexos en las modalidades de intercambio entre los individuos. Nuestra última conjetura es acerca de quienes administraron una escritura vertida en los rígidos moldes de la prensa, escritores subordinados a las autoridades coloniales pero de todos modos situados en un lugar privilegiado de enunciación. Empecemos el examen.

Los periódicos del imperio

Asoma de entrada un dato nada despreciable: para la segunda mitad del siglo XVIII, y más precisamente en el lapso que estudiamos, todas las capitales de virreinato tuvieron periódicos. Periódicos en ciudad de México, Buenos Aires, Lima, Santafé de Bogotá. Los virreyes auspiciaron, en cada lugar, la existencia de un periódico y algunos fueron, además, protectores de los escritores responsables de las publicaciones. La publicidad ilustrada mediante el formato de los periódicos pareció imponerse como parte de la actividad de difusión de la Corona. Desde el siglo XVII ya había un uso frecuente de gacetas semanales al servicio informativo de las cortes europeas; muy ceñidas a la información oficial, publicaban edictos, bandos, pregones, sermones, leyes, discursos, fiestas, juicios, condenas a muerte. Todo aquello que fuese actos de gobierno. En el siglo XVIII, el periódico en Europa se volvió elemento corriente de la publicidad de Estado y animó, con reticencias, a las gentes letradas que seguían encerradas en

sus salones, gabinetes, cafés, bibliotecas. Su prolongación en América fue más cautelosa y tuvo que nutrirse de justificaciones que incluyeron evocar el ejemplo europeo, apelar a la necesidad informativa, la importancia de adherirse al circuito de comunicación letrada, algo que equivalía a ponerse en sintonía con los lemas de la civilización.

En el protocolo de las solicitudes de licencia para las publicaciones periódicas se volvió forzoso acudir al ejemplo ilustrado de las cortes europeas; comenzó a decirlo, tal vez, Joseph Antonio de Alzate, cuando propuso el nacimiento del *Diario Literario de México*, en 1768. Concedor de los principales “jornales” europeos, sabía cuál era el modelo temático de un periódico destinado a la “utilidad pública”.⁹ Como extensiones del vasto imperio español, las colonias en América, mediante sus individuos letrados, solicitaban participar de esa conversación entre impresos cotidianos, lo que entrañaba unirse al molde general de la civilización y afiliarse a los propósitos ilustrados de las monarquías. La Ilustración era entendida, en los límites de este tipo de publicaciones, como un ejercicio informativo acerca de “nuestras riquezas”; las riquezas de cada virreinato, claro, y de ese modo se participaba en el movimiento general de las ciencias de la época. Podía aportarse un dato novedoso acerca de la naturaleza, del clima, de las condiciones de la sociedad. El periódico podía ser transmisor de las actividades científicas de los “sabios” del reino distribuidos por los territorios americanos; de modo que el periódico era, a la vez, un acto de afirmación de la pertenencia al imperio español, a los ritmos de la ciencia europea y al circuito general de comunicación de conocimientos útiles. Conversar más cotidianamente con Europa y a la vez reproducir sus noticias daba una ilusión de continuidad entre la Corona y sus posesiones americanas.

El decenio de 1790 fue, en el virreinato del Perú, prolífico en la circulación de periódicos. Primero nacieron el *Diario de Lima* (1790-1793) y el *Mercurio Peruano* (1790-1795); les siguió el *Semanario Crítico* (1791). Por supuesto, el primero era el más ambicioso porque se propuso circular todos los días. Según el “análisis” o plan del periódico, la publicación pretendía despertar del letargo “a la mayor parte de la Nación”; se sabe que su propósito duró poco, 249 números, pero esbozó el tipo de cotidiano que podía funcionar en una posesión americana bajo vigilancia de las autoridades virreinales.¹⁰ El *Mercurio Peruano*, más consistente porque quizá tuvo mejor respaldo entre la élite limeña, les adjudicó de entrada a los periódicos una importancia sustancial en el moldeamiento de las sociedades y a partir de ellos podía fijarse “la época de la ilustración de las naciones”. Un recuento de lo que había sido la proliferación de “papeles periódicos”, en las principales ciudades de Europa, era parte de la justificación de la existencia de periódicos más o menos similares en el sur de América. Reparar una carencia, ponerse a tono con el ritmo informativo europeo, dar noticias del “País mismo que habitamos”, ilustrar a la nación, incluso la necesidad de satisfacer la curiosidad femenina, todo eso fue parte de los propósitos fundadores del *Mercurio Peruano*.¹¹ El *Semanario Crítico*, que pretendió poco después hacerse un lugar entre el público limeño, caracterizó con minucia a los papeles periódicos como “unos escritos asimismo públicos, dirigidos a la instrucción y enseñanza de toda clase de perso-

⁹ *Diario Literario de México*, México, N° 1, 12 de marzo de 1768, p. 1. No hay que confundir esta publicación a cargo del sacerdote Alzate con el muy posterior *Diario de México* que inició actividades en 1805 y que en sus distintas etapas de existencia tuvo varios escritores responsables.

¹⁰ Nos basamos en la corta caracterización que hace Carlos Cornejo Quesada, “Las gacetas y el *Semanario Crítico* en el Perú colonial del siglo xviii”, *Cultura*, N° 26, 2012, pp. 57-98.

¹¹ Jacinto Calero y Moreira, “Prospecto del *Mercurio Peruano*”, *El Mercurio Peruano*, 1790, 18 páginas.

nas, proporcionando a todas en virtud de su agradable concisión, claridad y pureza de estilo un método fácil, suave y nada fastidioso”. El periódico podía ofrecerse como modelo de civilidad, porque podía “suavizar la aspereza de las costumbres públicas” y estaba, además, disponible para muy diversos sectores de la sociedad; su lectura era un hecho expansivo:

Un papel periódico se lee con facilidad en un sarao, en un almacén, en una tienda, en un paseo, en una tertulia, en un café y en un pórtico, sin detrimento de las honestas labores en que suele ocuparse el bello sexo, sin interrumpir el despacho de los negocios públicos, sin contravenir a la necesidad del placer y del recreo, sin temor de molestar a sus amigos, sin acalorar la cabeza, agriar el estómago, ni faltar el respeto de los santuarios.¹²

Cautivar a un público no era solamente la concreción de un proyecto ilustrado que incluía instruir con la lectura de estos papeles breves, entrañaba además garantizar un mercado lector que permitiera prolongar la vida del periódico. Tanto interés por satisfacer “la variedad de gustos” contenía, sin duda, una preocupación mercantil. Además, los periódicos, en esos años, como lo intentó el *Diario de Lima*, buscaban situarse en un lugar privilegiado en la ciudad; transmitir noticias comerciales, recordar festividades religiosas, promover ciertas costumbres colectivas, dar a conocer novedades científicas; demostrar, en fin, la utilidad del esfuerzo modelador de la gente ilustrada responsable del papel público.

Francisco Cabello y Mesa, en Buenos Aires, hacia 1800, afirmaba en el prospecto del *Telégrafo Mercantil* que los “papeles periódicos” se habían vuelto imprescindibles para transmitir “las noticias oportunas físicas y morales”.¹³ Por eso la publicación quedaba atiborrada de adjetivos que debían corresponder a funciones bien definidas en el prospecto, que era, por demás, el primer esfuerzo persuasivo del escritor dispuesto a asumir la responsabilidad de la publicación. Definir las funciones del periódico significaba atribuirle unos predicados cuya concreción, o no, sería, en adelante, uno de los principales motivos de vigilancia de los censores. El *Telégrafo Mercantil*, por ejemplo, anunció que iba a ser rural, político-económico e historiógrafo. Cada atributo contuvo una explicación; la más interesante, quizá, es aquella en que explica detenidamente el carácter “político-económico” del periódico, lo cual entrañó, para Cabello y Mesa, explicar su concepción, que era la de mucha gente ilustrada del siglo XVIII, de “la Política humana”. Era, según sus palabras, “un sistema completo” que incluía, principalmente, “cinco capítulos generales”: “1. Sobre las costumbres del Pueblo. 2. Sobre sus leyes salutíferas. 3. La ejecución de estas Leyes por una reglada Policía. 4. Las riquezas y prosperidades de este Virreynato. 5. Su seguridad y grandeza comparativa con los Partidos confinantes y Potencias ultra-marinas”.¹⁴

Esos postulados concuerdan mucho con los de otros periódicos; casi diez años antes, el *Papel periódico de Santafé de Bogotá* anunciaba objetivos semejantes.¹⁵ Lograr el “conocimiento gubernativo de los pueblos” o examinar “la regularidad de nuestras costumbres” fueron, en las intenciones de la monarquía española, algunas de sus prioridades. Conocer los ob-

¹² “Prospecto del Semanario Crítico”, *Semanario Crítico*, 1791, p. 2

¹³ Francisco Antonio Cabello y Mesa, “Análisis del periódico intitulado *Telégrafo Mercantil*, Rural, Político-Económico e Historiográfico del Río de la Plata”, *Telégrafo Mercantil*, 1800, pp. 1-22.

¹⁴ *Ibid.*, p. 13.

¹⁵ Renán Silva Olarte, *Prensa y revolución a fines del siglo XVIII*, Bogotá, Banco de la República, 1988, pp. 51-52.

jetos que rodean a los hombres y conocer a los hombres fueron propósitos incorporados en el programa de control de la sociedad entre los gobernantes del siglo XVIII. Volviendo al caso del Virreinato del Río de la Plata, creado en 1776, algunos estudiosos del período afirman que desde la expulsión de los jesuitas hubo allí una andanada de cambios administrativos que buscaban fijarle unas funciones rentables a aquella parte del sur de América en la órbita de las reformas borbónicas.¹⁶ El periódico encajaba en el proceso de racionalización administrativa de esos años; según los propósitos adjudicados bajo el control virreinal, un “papel público” era un dispositivo publicitario legalizado para cumplir funciones de sujeción de los individuos a unas premisas de reorganización del gobierno colonial; y la principal premisa en aquellos lugares que el reformismo borbón buscaba recuperar para su control político tenía que ver con el aprovechamiento de sus recursos naturales, con el conocimiento exhaustivo de los rasgos de aquellos territorios aún bajo su dominio. El despliegue informativo de todos los periódicos que nacieron en América en esa época debía dar cuenta del territorio, de los seres vivos, de los seres humanos.¹⁷ El inventario permanente de todo aquello que debía estar sujeto al control de la monarquía. *El Telégrafo Mercantil* intentó cumplir esas funciones; dio cuenta de la actividad comercial en el puerto de Buenos Aires, se detuvo en las dificultades en el puerto de Montevideo, en las consecuencias nefastas del contrabando, publicó memorias sobre algunas provincias alejadas de la capital. Sin embargo, el periódico no encajó del todo en el proyecto gubernamental, murió relativamente pronto, sin lograr consolidar un listado de suscriptores y con un débil apoyo asociativo de la élite local.

Renán Silva Olarte, en su estudio del *Papel periódico de Santafé de Bogotá*, halló en la economía el tema central que definió el carácter de esa y otras publicaciones periódicas de la segunda mitad del siglo XVIII en Hispanoamérica. Pero agreguemos que la economía era expresada en ciertas dimensiones propias de las técnicas de gobierno de esa época: innovaciones en el conocimiento y gestión de los recursos naturales; control sobre las costumbres de los individuos, con tal de afianzar habilidades favorables para la producción; redefinición administrativa de los territorios coloniales. Más recientemente, Carlos Villamizar Duarte hace ver que ese periódico era instrumento informativo que buscaba servir de intermediario entre los dictados de la Corona y aquello que podían relatar los notables locales.¹⁸ Para las monarquías europeas, la modernización económica pasaba por el aprovechamiento de los territorios bajo su dominio –lo que hoy llaman ecosistemas– y en especial para las reformas borbónicas se trataba de la creación de una estructura racional –tanto en la burocracia como en las ideas– a favor del máximo aprovechamiento económico de sus posesiones en América. En esa tarea racionaliza-

¹⁶ Pablo Martínez, “El pensamiento agrario ilustrado en el Río de la Plata: un estudio del Semanario de Agricultura, Industria y Comercio (1802-1807)”, en *Mundo agrario*, vol. 9, Nº 18, enero-junio de 2009, pp.1-33, disponible en <<http://www.mundoagrario.unlp.edu.ar/article/view/v09n18a03/832>>. También, José Carlos Chiaramonte, *La Ilustración en el Río de la Plata. Cultura eclesiástica y cultura laica durante el Virreinato* [1989], Buenos Aires, Sudamericana, 2007.

¹⁷ Imposible no hacer una analogía con las reflexiones de Michel Foucault sobre la biopolítica; los periódicos hispanoamericanos, bajo el sello difusor de la Ilustración, estaban cumpliendo una función persuasora entre los varios dispositivos de control que la Corona española estaba tratando de afianzar desde la expulsión de la Compañía de Jesús. Los periódicos hacían su contribución en las redefiniciones administrativas, en el inventario de recursos naturales disponibles, en la aplicación de reformas educativas, en la asignación de nuevas funciones y de nuevos funcionarios en la burocracia colonial.

¹⁸ Carlos V. Villamizar Duarte, *La felicidad del Nuevo Reyno de Granada: el lenguaje patriótico en Santafé (1791-1797)*, Bogotá, Universidad Externado, 2012, pp. 85-147.

dora, el periódico económico encajaba en el deseo de difundir postulados generales y de arraigarlos mediante aplicaciones concretas.

La corta vida del *Telégrafo Mercantil* contrasta con la relativamente larga y apacible de su sucesor, el *Semanario de Agricultura, Industria y Comercio* (1802-1807). Sus 218 números, casi siempre de ocho páginas y en formato de un cuarto de pliego, testimonian la vocación económica de sus promotores. La tríada de sus objetos de interés (agricultura, industria y comercio) quedó definida en los tres primeros números; el periódico, que anunció Hipólito Vieytes, su director, estaba estrictamente inmerso en el sistema de una economía colonial y, sobre todo, acogía las premisas del pensamiento fisiócrata. La agricultura era la actividad económica que dotaba de sentido a la industria y al comercio, pero principalmente era el motor de la actividad estatal; el primer número fue tajante al respecto: “las verdaderas fuerzas de un Imperio crecen o disminuyen a proporción del respeto, o del desprecio que se ha hecho a la agricultura”.¹⁹ La permanencia del discurso de este semanario pareció sostenerse en la sintonía que logró con las autoridades coloniales y en el apoyo de otros escritores que vieron en el periódico la oportunidad de transmitir con algún sistema un ideario económico. Este periódico muestra dos atributos que comparte con otras publicaciones coetáneas; primero, encajó en el esquema de difusión de la monarquía y en ese sentido fue orgánico dentro de los propósitos organizativos del reformismo borbón; segundo, contuvo un pensamiento económico o, mejor dicho, fue una especie de periódico de autor. Es cierto que tuvo colaboradores insignes, pero fundamentalmente permitió el despliegue del pensamiento económico de Vieytes que, según los estudiosos de su obra, consistió principalmente en el acomodo de las principales tesis de los fisiócratas y del liberalismo económico de Adam Smith a las circunstancias de una colonia española en el sur de América.²⁰

El segundo atributo de este semanario fue rasgo común de los “papeles periódicos” de entonces. Dos explicaciones se nos ocurren; por un lado, la importancia de la figura del autor, el escritor principal o responsable del periódico, tenía cierta preponderancia. Desde la redacción del plan o prospecto se insinuaba un responsable intelectual del periódico, no solamente por la genuina autoría de cada artículo, sino porque tomaba decisiones fundamentales en la recepción de eventuales colaboraciones. El peso de un autor o un escritor responsable ha tenido su impacto en nosotros, los historiadores; solemos hablar, quizá de modo inexacto, del *Semanario* de Francisco José de Caldas o del *Telégrafo* de Cabello y Mesa o del *Diario* de Bustamante o del *Papel periódico* de Manuel del Socorro Rodríguez; por supuesto, esos nombres propios fueron los principales y a veces solitarios propulsores de cada proyecto periodístico, pero en todos ellos hubo algún tipo de colaboración y de elaboración en que intervinieron otros nombres, así fuese de manera esporádica. Y por otro lado, el periódico era hermano menor del libro; los escritores y los lectores tenían en el formato denso del libro el paradigma de la comunicación escrita. El periódico se sometió a ese formato e intentó reproducirlo a pesar de las dificultades inherentes. Y lo intentó mediante la organización de tomos semestrales o anuales, con índices de materias y autores, orlado con el listado de suscriptores encabezado por las principales autoridades asentadas en la capital del virreinato. El periódico quiso

¹⁹ Hipólito Vieytes, “Agricultura”, *Semanario de Agricultura, Industria y Comercio*, N° 1, 1 de septiembre de 1802, p. 2.

²⁰ Ricardo Rojas, *El pensamiento económico de Juan Hipólito Vieytes*, Buenos Aires, Fundación San Antonio, 2010.

ampararse en la solemnidad del libro antes de lograr su propio lugar en el mundo cotidiano de los impresos.²¹

Fueron periódicos imperiales situados en las principales ciudades de las posesiones de ultramar. El establecimiento en las capitales virreinales reprodujo las relaciones de poder; la capital transmitía noticias útiles a las provincias, y las élites lugareñas, a su vez, debían entrar en conversación con el periódico situado allá, en tal o cual ciudad principal. Por tanto, reproducía unas jerarquías y una estrategia publicitaria. La fidelidad a la Corona quedaba plasmada en el ánimo “patriótico” con que las gentes ilustradas de cada virreinato contribuían a la información sobre la situación de la población y el territorio. Fueron, en consecuencia, periódicos subsidiarios del modelo comunicativo legado por el periodismo ilustrado español de la segunda mitad del siglo XVIII (que a su vez no ocultaba vínculos con el periodismo ilustrado francés); algunos escritores, como lo diremos más adelante, habían tenido alguna trayectoria previa en los talleres de imprenta de Madrid. El vínculo era tan inevitable como indiscutible en esos años. América no solamente estaba inscrita en el circuito comunicativo de la metrópoli, sino que además era prolongación de un ideario ilustrado y de un espíritu de reformas que tuvieron cauce publicitario en los periódicos. La fundación de periódicos en las principales ciudades americanas significaba, por tanto, volver concreta una idea de nación española alimentada por la difusión de un mismo lenguaje en molde impreso. Los títulos contiguos de publicaciones periódicas; la condición coetánea de algunos periódicos, tanto en Madrid como en alguna capital americana; la semejanza en la organización tipográfica y hasta las alusiones directas a escritores y periódicos de la metrópoli, todo eso informa de una comunidad que compartía un lenguaje de comunicación cotidiana.²²

En los periódicos que surgieron entre 1768 y 1808 se repitió la exaltación de los beneficios que podían producir los “papeles periódicos”. La gaceta o el papel periódico eran vistos como extensión de la epístola entre particulares, eran cartas públicas, “comunes”, que podían cumplir con la función de avisar lo que ha sucedido o se ha dicho en algún lugar; servían además como compiladores de cuanto “conocimiento útil” podría existir. Los responsables de esos periódicos solían sugerir un abanico de temas que, según el sello del “buen gusto”, eran las contribuciones más deseables en ese proceso de comunicación entre la Península, la capital del virreinato y las pequeñas realidades aldeanas que el periódico pretendía poner en sintonía. Los periódicos iban reuniendo un inventario administrativo de características, recursos, dificultades y soluciones; todo aquello que pudiese contribuir a la prosperidad y armonía política del reino. En su prospecto, el *Papel Periódico de Santafé de Bogotá* anunció el deseo de recibir contribuciones intelectuales provenientes de diferentes lugares del virreinato: “Así mismo se darán a luz cuantos papeles análogos a la materia se sirvan suministrarnos los buenos patriotas

²¹ Sobre los rasgos distintivos de la prensa del siglo XVIII y sus nexos inevitables con el libro, véase Alexis Lévrier, *Les Journaux de Marivaux*, París, Presses Universitaires de France, 2007. Aunque es fácil comprobar en muchos periódicos americanos de fines del siglo XVIII e inicios del XIX el apego al formato del libro con sus índices, tablas de contenido, prólogo y organización de tomos.

²² Brindemos un ejemplo: *El Diario Literario de México*, a cargo de Alzate y Ramírez, tenía su atadura con *El Diario de los Literatos de España* (1737); parece claro que su esfuerzo era complemento de la labor divulgativa de una parte del clero español reunida en el *Diario de los Literatos de España*. No está de más decir que los sacerdotes católicos españoles replicaban con su *Diario* lo que los jesuitas franceses habían hecho a inicios del XVIII con su *Journal de Trevoux* que tuvo luego mutación en *Journal des Savants*. Alzate, atento a esas novedades, evocaba en el prospecto ya citado un *Diario de los Sabios de España*.

que se interesen en la perfección de este. Debiéndose entender no solamente los habitantes de la Capital, sino de las otras Ciudades y poblaciones del Reino”.²³

Escribir en público, y para un público, poseía un atributo multiplicador: “Desde que se halló el admirable Arte de la Imprenta, se multiplican con indecible facilidad los escritos de todas las clases”.²⁴ Los papeles periódicos podían difundir “noticias”, “asuntos interesantes”, “anécdotas literarias”. El *Correo Curioso*, en 1801, repitió el elogio del atributo multiplicador; en su prospecto señalaba que el papel periódico “facilita la circulación en el público de muchas producciones estimables”.²⁵ Los responsables del *Diario de México*, en 1805, le otorgaban a su periódico un amplio espectro de contenidos; la variedad temática era resultante de una de las funciones primordiales del periódico: “entretener el gusto de todos”, lo cual delataba el deseo de cautivar a un público lector más o menos amplio.²⁶ Francisco José de Caldas, en el primer prospecto del *Semanario del Nuevo Reyno de Granada*, en 1808, anunciaba un periódico “consagrado principalmente a la felicidad de esta Colonia”;²⁷ luego, al anunciar su periódico para 1809, concebía una intensa comunicación entre todas las unidades administrativas y las autoridades del virreinato, comunicación mediada por el periódico; cartas, memorias, descripciones físicas, todo aquello que hablara con “exactitud y verdad de cada Provincia, de cada Curato, de cada río, de cada montaña, de cada planta” podía ser registrado en el semanario. Este ánimo de exhaustividad informativa hallaba, en el propósito ilustrado de su periódico, una consolidación genuina.²⁸

Los periódicos, a pesar de la brevedad del formato, a pesar de su aspecto fragmentario que solo tenía solución en el momento de completar un tomo, fueron adquiriendo prominencia en el espacio público de opinión. Pero, es lo que nos interesa decir, adquirieron una función normativa cuyas proporciones quizá no hemos examinado debidamente. Fueron insinuando su capacidad reguladora de la sociedad colonial; primero, de modo evidente, como divulgadores de propósitos de reorganización económica en el esquema de subordinación ante la monarquía española. Luego, de modo más sutil, cuando su organización tipográfica y sus secciones temáticas establecieron un ritmo de conversación cotidiana con las gentes letradas de cada lugar. Así se fueron adhiriendo a la conversación cotidiana de los círculos letrados de cada ciudad y cumplieron un papel publicitario en la difusión de los propósitos político-administrativos de la Corona española.

La República de las Letras

En las posesiones españolas en América, antes de la república fue la República de las Letras; antes del advenimiento de un régimen político regido por los postulados de la soberanía del pueblo, ya existía una sociabilidad que reunía y reconocía a los individuos letrados –entre ellos

²³ *Papel Periódico de Santafé de Bogotá*, N° 1, 9 de febrero de 1791, p. 3.

²⁴ *Gazeta de Santafé*, N° 1, 31 de agosto de 1785, p. 1.

²⁵ “Prospecto”, *Correo Curioso*, N° 1, 17 de febrero de 1801, p. 1.

²⁶ “Idea del Diario económico de México”, *Diario de México*, 1 de octubre de 1805, pp. 1-2.

²⁷ “Prospecto”, *Semanario del Nuevo Reyno de Granada*, N° 1, 3 de enero de 1808, p. 2.

²⁸ “Prospecto del Semanario del Nuevo Reyno de Granada”, *Semanario del Nuevo Reyno de Granada*, 8 de agosto de 1808, p. 3.

el personal criollo— como individuos capacitados para ejercer algún grado de tutoría mediante la producción regular de impresos. Los periódicos de este tiempo contribuyeron a darle consistencia a nuevas modalidades de relación entre los individuos, pero en el ámbito estrecho de la gente letrada o de aquellos que estuviesen en el circuito de producción y consumo de impresos, siempre bajo la vigilancia monárquica. Los periódicos participaron de varias innovaciones en el espacio público de la segunda mitad del siglo XVIII; los proyectos de reforma universitaria, las expediciones científicas, la apertura de bibliotecas reales, las tertulias y las reuniones espontáneas en cafés y pulperías animaron una sociabilidad expansiva, aun bajo la rigidez jerárquica colonial. La relación más inmediata fue entre el Estado monárquico, representado por las autoridades de cada virreinato, y los “diaristas”, “escritores”, “literatos”, “sabios”, “proyectistas” que sostuvieron con sus plumas los periódicos del imperio. Relación basada en la vigilancia sistemática, pero que permitía la existencia de la publicación periódica. Otra relación consecuente se estableció entre el responsable de la publicación y sus más próximos destinatarios; los más evidentes eran los suscriptores, siempre reunidos en las *empiringotadas* listas de funcionarios de la monarquía, miembros del ejército y del clero. Más distantes, casi marginales, las mujeres y algunos artesanos iniciados en la lectura. Menos documentadas, pero muy importantes, fueron las relaciones emanadas del taller de imprenta, donde una emergente figura social, el impresor, era el eje de conversación en el taller entre el personal letrado y los aprendices; el impresor, en sus labores de distribución, aprendió a establecer contacto permanente, y conflictivo, con voceadores, libreros, correistas, escritores ocasionales.

La conversación con la ciudad fue, en algunos casos, ostensible, como sucedió con el *Diario de México* al promover la iniciativa individual para enviar colaboraciones escritas. El periódico anunció la existencia de doce puntos de distribución en la ciudad, en los cuales podían dejarse, en “una caja cerrada con llave [...] los avisos, noticias o composiciones que se quieran publicar por medio del diario”.²⁹ La gente letrada de la capital de Nueva España, y las de otras ciudades de ese virreinato, podían sentirse formalmente invitadas por el nuevo periódico a formar parte, así fuese de modo efímero, de la conversación pública que proponían los fundadores del *Diario de México*.

En Buenos Aires, la necesidad de una vida asociativa conexas al periódico fue una exigencia formal de las autoridades virreinales. La existencia del *Telégrafo Mercantil* estuvo supeditada a la creación de una asociación literaria; el director del periódico, el peninsular Francisco Antonio Cabello y Mesa, fijó las condiciones de afiliación que ayudaron a delatar su ideal de república letrada. Su proyecto de una Sociedad de Eruditos estuvo basado en una discriminación drástica: “Todos los que entren en esta Sociedad, han de ser Españoles nacidos en estos Reynos, o en los de España, Cristianos viejos y limpios de toda mala raza; pues no se ha de poder admitir en ella ningún Extranjero, Negro, Mulato, Chino, Zambo, Cuarterón o Mestizo”.³⁰ El llamado asociativo estuvo dirigido a los “ilustres argentinos”, a los “miembros de la sociedad civil” que podían y debían contribuir a la redacción del periódico. Un par de meses después, Cabello y Mesa anunciaba la creación de la asociación. Pero desde antes, el periódico fue fustigado por algunos lectores que consideraban excluyentes en exceso los criterios que había adoptado el

²⁹ “Idea del Diario Económico de México”, *Diario de México*, 1 de octubre de 1805, p. 2.

³⁰ Francisco Antonio Cabello y Mesa, “Origen de las Academias Literarias y Sociedades Patrióticas”, *Telégrafo Mercantil*, N° 2, 4 de abril de 1801.

editor para instalar la tal Sociedad de Eruditos en Buenos Aires. Respondiendo a las críticas de un supuesto extranjero domiciliado en aquella ciudad, el editor intentó morigerar las condiciones excluyentes que había impuesto. Sin embargo, en sus argumentos acentuó el deslinde entre la “multitud vil e infame” y los “ciudadanos virtuosos e instruidos, capaces de honrar su patria con el esplendor de la virtud y de las letras”.³¹ La Sociedad de Eruditos era el compendio de los ideales de una república letrada compuesta por hombres blancos, ricos, cultos y católicos que podían dedicarse a apoyar con sus versos y su prosa el sosegado desarrollo del periódico. Además, la rigidez casi monotemática del periódico revela una inclinación por satisfacer primordialmente las necesidades informativas de hacendados, comerciantes y funcionarios del virreinato. La República de las Letras pareció ser, en este caso, el resultado de la depuración de las costumbres y de los talentos; fue la selección de gente considerada igual entre los superiores. Fue el lugar en que los hombres ilustrados, especialmente criollos, lograban “elevarse por la cima de su esfera, o igualarse con los mayores hombres”, mediante la adhesión a tareas de difusión de la razón y las luces. Los “filósofos mexicanos” o los publicistas de Lima, recordados por Cabello y Mesa, servían de modelo de gentes letradas comprometidas con la elaboración de un periódico.

Para 1808, algunos criollos estaban convencidos –e intentaban convencer– de que eran individuos destinados a desempeñar un papel crucial en la ejecución de reformas ilustradas. Francisco José de Caldas fue, en su *Semanario del Nuevo Reyno de Granada*, entre 1808 y 1809, difusor del ideal de un individuo que podía y debía ocupar un lugar privilegiado en la propagación de la razón ilustrada mediante los estudios de las riquezas naturales y de los habitantes de un país que, creía Caldas, por su posición geográfica estaba destinado “al comercio del Universo”.³² Antes, en 1801, otro periódico neogranadino, el *Correo Curioso de Santafé de Bogotá*, reivindicó la utilidad pública de la formación de una Sociedad Económica de Amigos del País que reuniera a “altos personajes” encargados de irrigar el buen uso de la razón y de garantizar, en consecuencia, “la felicidad del Reyno”.³³

Las asociaciones impulsadas en los decenios de 1790 y 1800 intentaron aglutinar a quienes estaban en capacidad, en las principales ciudades de las posesiones americanas, de difundir las luces. Sus nombres y sus propósitos revelan el deseo de emular con las asociaciones científicas europeas. El periódico –y sobre todo sus colaboraciones en el periódico– podía certificar la existencia de sabios capacitados para el diálogo, así fuese subordinado, con los hombres de ciencia de Europa y la asociación servía para formar un grupo estable de redactores que podían responder por la publicación. La República de las Letras pareció ser, en las postrimerías del siglo XVIII y los primeros años del siglo siguiente, la concreción de una sociabilidad que amalgamaba los propósitos políticos y culturales del reformismo borbón con la voluntad gubernativa de hombres ilustrados nacidos en España o en América muy dispuestos a convertirse en publicistas oficiosos. Las asociaciones servían para identificar y consolidar la afinidad entre el Estado y esa sociedad civil reducida a la gente letrada. Formales y selectas, las Sociedades Patrióticas, las Sociedades de Amigos del País y demás prácticas asociativas propiciaban el reclutamiento de una élite dispuesta a contribuir a las tareas de gobierno, al control de la socie-

³¹ Francisco Antonio Cabello y Mesa, “Respuesta del Editor a carta de Bertoldo Clark”, *Telégrafo Mercantil*, N° 26, 27 de junio de 1801, p. 234.

³² Francisco José de Caldas, *Semanario del Nuevo Reyno de Granada*, N° 2, 10 de enero de 1808, p. 11.

³³ “Sobre lo útil que sería en este Reyno el establecimiento de una Sociedad Económica de Amigos del País”, *Correo Curioso*, N° 39, 10 de noviembre de 1801, p. 175.

dad, al conocimiento de la naturaleza; eso se tradujo, en muy buena medida, en las invocaciones de fidelidad y patriotismo. La apertura de bibliotecas, la multiplicación de lugares de lectura, las expediciones científicas, la llegada de algunos hombres de ciencia, la circulación de novedades bibliográficas y la instalación de una imprenta acompañada con las exigencias de nacientes publicaciones periódicas, todo eso dio sustento a esa especie de sacerdocio laico que los criollos letrados, particularmente, pretendieron ejercer para demostrar que podían cumplir tareas tutelares en sus respectivas sociedades a pesar de las desconfianzas y las restricciones del régimen borbónico. Individuos que se sentían superiores por sus talentos, por su capacidad de difusión de conocimientos útiles, parecían haber hallado, en esos años, los elementos propicios para asegurarse un lugar en la dirección de sus respectivas sociedades.

Escritores vasallos

Los periódicos de este tiempo estaban situados entre la metrópoli y las lejanas provincias; la capital virreinal funcionaba como intermediaria, como correa de transmisión de la voluntad difusora del Estado y de las necesidades lugareñas. Esa situación del periódico ayuda a revelar el lugar y la función que podían cumplir los escritores responsables de esos impresos. Su condición oscilaba entre la subordinación y el privilegio; la subordinación ante las autoridades de la Corona que vigilaban cotidianamente los manuscritos antes de publicar cada número; el privilegio de ser el administrador de la palabra escrita vertida al molde impreso. No era, en consecuencia, un agente autónomo que pudiese decidir sobre los contenidos de un periódico, pero tenía algún grado de incidencia en el moldeamiento de la opinión. Algunos de esos escritores percibieron, además, que al emprender la redacción de un periódico quedaban, inevitablemente, colocados en un ámbito propicio para una conversación a la que era necesario anticiparle reglas. El sacerdote católico Joseph Antonio de Álzate y Ramírez supo que iba a comenzar una conversación con el “Señor Público”, y adelantó en su prospecto que iba a usar una crítica “benigna, en cuanto me fuere posible”, con la advertencia de que “usaré todo mi derecho (sin exceder los límites del honor) contra quienes me quieren ultrajar”.³⁴

El responsable de un periódico asumía la función de editor, el rótulo más evidente y el que parece definir mejor lo que aquellos escritores oficiosos hacían. Por supuesto, escribían, sostenían con su pluma el porcentaje mayor de las cuatro u ocho páginas de un periódico de esa época. Pero hacían algo más que eso: eran custodios del buen gusto, de la moderación o civilidad con que pudieran transmitirse, primordialmente, conocimientos útiles. En el *Telégrafo Mercantil*, por ejemplo, quedó bien definida la labor del editor cuando en el número 25 Cabello y Mesa decidió describir prolijamente lo que hacía en la preparación de cada edición; así estas líneas destilan alguna ironía, su autor nos suministra detalles valiosos:

Hallábame divertido leyendo la estupenda, la original, la inimitable y única bien ponderada crítica del Autor del Almanak que aquí ahora inserto, y por la que responde a la que le hizo mi suscriptor en el No. 5 cuando interrumpió mi admiración y júbilo un criado que, sin ser sentido, se introdujo hasta mi estudio y me entregó el Papelón que se halla en el No. 12, y con

³⁴ Joseph Antonio de Álzate y Ramírez, *Diario Literario de México*, N° 1, 12 de marzo de 1768, p. 4.

la comunicación o infausto pronóstico de que si no se insertaba en el telégrafo necesariamente (decía su Autor) se disgustaría el Público [...] Leílo una, dos y tres veces en que perdí toda la mañana y pude perder el juicio por no hallarle pies ni cabeza al dicho papelón.³⁵

El testimonio involucra, por lo menos, a un escritor más, así sea ocasional, un criado, un suscriptor, un público y, claro, un editor que lee el remitido varias veces y que evoca cuál ha sido el rumbo de algunos artículos enviados al periódico. Después llegará alguien más al estudio del editor, “un amigo” que le ayudó a discernir sobre si debía publicar el papelón o archivarlo en “el legajo de los inútiles”. La justificación para publicar, finalmente, se sustenta en una promesa que el editor le hizo al público: “Porque de no hacerlo faltaba yo a la promesa hecha al público de recibir e imprimir toda crítica que se remitiese aunque fuese contra mis propios rasgos”.³⁶ Esto muestra que la redacción de un periódico provocó una relación inevitable y sistemática con un público, así ese público estuviese constituido por un reducido personal ilustrado que podía plasmarse en lectores, suscriptores, colaboradores ocasionales, críticos ásperos, autoridades vigilantes, socios de una Sociedad Literaria y momentáneos “amigos” de la redacción.

La breve reflexión del periódico bonaerense puede tomarse como una digresión excepcional. Aun así trasluce las responsabilidades inherentes a la práctica editorial. Era obvio que los manuscritos, sometidos a la censura previa oficial, debían pasar por las manos de las autoridades coloniales; pero era menos evidente, e insistimos que inevitable, que la publicación circulara y quedase sometida al dictamen del “Señor Público”, que incluía, por supuesto, la posible admonición de un jerarca eclesiástico o de un funcionario virreinal; los lectores más asiduos podían ser un hacendado, un comerciante, un forastero, un juez pedáneo, un cura párroco, una mujer con ínfulas ilustradas. El responsable del periódico quedaba netamente en medio de la voz oficial que autorizaba el funcionamiento del periódico y las esporádicas pero significativas voces de eso que solemos llamar la sociedad civil, indicio de una vida expansiva a la que estaba atada la difusión de un papel público.

El caso del *Diario de México* parece más rico en detalles; claro, más prolijo por su vida prolongada y más intensa debido a que se trataba de un periódico de circulación cotidiana. Un periódico de circulación diaria tenía que sustentarse en un equipo y en una tempranera especialización de individuos concentrados en esa labor. Desde su prospecto, el periódico contiene frecuentes auto-denominaciones entre sus responsables: “diarista”, “proyectista”, “publicista” y, por supuesto, el obvio “escritor”. Sin embargo, más plural fue su definición concreta del público. Para los responsables del *Diario*, el público estaba compuesto por un espectro más o menos amplio de gente letrada que poseía cierta variedad de gustos y, por tanto, obligaba a escribir en varios géneros. Cultivar un público lector entrañaba, entonces, una variedad temática que pudiese cautivar no solamente el listado predecible de los suscriptores. Para los autores era indispensable complacer “el gusto de todos”; por eso:

Habrá un artículo de varia lectura que unas veces hablará al literato retirado, otras al proyectista bullicioso, ya al Padre de familia, ya a las damas melindrosas; tan pronto se dirigirá al

³⁵ Francisco Antonio Cabello y Mesa, “El Editor”, *Telégrafo Mercantil*, N° 25, 24 de junio de 1801, p. 223.

³⁶ *Ibid.*, p. 224.

pobre como al rico, y se dará lugar a las cartas, discursos, y otras composiciones que se nos remitan, siempre que lo merezcan, que pueden servir de diversión, cuando no traigan otra utilidad, y que guarden las leyes del decoro, el respeto debido a las autoridades establecidas, que no se mezclen en materias de la alta política y de gobierno [...] y que no ofendan a nadie. Y también se insertarán los epigramas, fábulas y demás rasgos cortos de poesía, que no contengan personalidades y sean dignos de imprimirse.³⁷

La acumulación de números y páginas va dejando la huella de una polifonía, quizás artificial o fingida en su mayoría. Lo cierto es que sus responsables se esmeraron por hacer creer que mucha gente conversaba gracias al pretexto de alguna cosa publicada o por publicar. Exhibir el listado de abonados, publicar remitidos, conversar con un lector interesado en la suerte del periódico, evocar una tertulia donde el periódico era objeto de lectura y comentarios, todo eso formó parte de la creación de la ilusión de un público amplio y, por tanto, de un periódico exitoso que cumplía a cabalidad la labor iluminista que se le había encomendado.³⁸ La escritura cotidiana, sin duda, había hecho propicia una comunicación frecuente con el mundo letrado, especialmente el de la ciudad de México; pero principalmente hizo posible un contexto de relaciones entre individuos por fuera de la rígida vigilancia eclesiástica o de otras autoridades del virreinato. Relaciones mediadas por esta conversación pública que, de tanto repetirse, se volvió sistemática, además de haber impuesto como tema principal la misma ciudad de México. De tal modo que el periódico pronto se volvió un elemento de comunicación del mundo letrado, especialmente de aquel que habitaba en la ciudad “principal del Reino”.

Por sus contenidos, el *Diario de México* estuvo apegado a los ritmos de la ciudad; pero principalmente participó de las relaciones comunicativas de las gentes letradas de la capital del virreinato. Esos ritmos estaban sometidos al calendario de festividades religiosas católicas. El frontispicio del periódico fue ocupado, casi siempre, por la descripción del día festivo correspondiente; esa fue su señal de respeto a la religión católica. Esa adhesión fue su premisa para introducir en el resto de las páginas cualquier otra conversación. Los primeros números, animados por el autonombrado *Proyectista Pacífico*, seudónimo de Jacobo Villaurrutia, su primer director, exponen los juicios morales de alguien que quiere intervenir en la reforma de las costumbres ciudadanas; en el número 6, por ejemplo, asoma un apunte suyo de “varias cosas que necesitan reformarse o mejorarse”, y se trata más precisamente de hacer “adoptar medios indirectos para que voluntariamente se cubra y vista con regularidad la plebe de ambos sexos”.³⁹ Luego vendrá la carta de un *Dramólogo* con una nota acerca de la calidad de las obras de teatro representadas en la ciudad.

La aparición cotidiana del *Diario de México* forjó mejor la figura del “señor diarista”. Se volvió fórmula de introducción de los avisos la frase siguiente: “Se suplica al señor diarista manifieste al público que...”. Apenas sobrepasada la veintena de números es ostensible que el pe-

³⁷ “Idea del Diario Económico de México”, México, pp. 1-2.

³⁸ Por supuesto, y es algo que desborda a este ensayo, hubo entre los periodistas criollos de fines del siglo XVIII abundantes modelos retóricos provistos por la prensa española; las “máscaras” que podía usar el escritor público y la “construcción ficticia de un público” formaron parte de los alardes de escritura en los periódicos que examinamos. Al respecto, por ejemplo, Jan-Henrik Witthaus, “Los discursos mercuriales de Juan Enrique Graef”, en M. Santos (ed.), *Redes y espacios de opinión pública*, Cádiz, Universidad de Cádiz, 2006, pp. 51-65.

³⁹ *Diario de México*, N° 6, 6 de octubre de 1805, p. 23.

riódico se había vuelto una tertulia expandida en el papel público. El “señor diarista” era el centro de las conversaciones enviadas en forma de cartas o notas al periódico, firmadas, casi siempre, por heterónimos que seguramente surgieron de la imaginación retórica de Villaurrutia, el responsable del periódico en la etapa de 1805 a 1809; sin ánimo exhaustivo de inventario, recordemos que enviaron sus presuntas colaboraciones *Picón*, *Encuerado*, *El Melancólico*, *El Aprehensivo*, *Dramólogo*, *El Montañés*, *El crítico del portal*, *La Coquetilla*, *El soñador*. El temario, insistimos, eran las menudas costumbres de los devotos habitantes de la capital del virreinato; por ejemplo, a un tal B.C. se le ocurrió exponer su disgusto con los apretujones de la multitud al entrar y salir de la catedral, y entonces hacía sugerencias acerca de cómo asistir a ese y otros templos católicos de la ciudad. Esa vida cotidiana de la capital fue examinada por el reformismo de costumbres promovido por el periódico y su diarista, que se encargó de darle despliegue a voces, reales o ilusorias, que encontraron en el papel público una oportunidad de conversación cotidiana.⁴⁰ Pero más que intermediario, el responsable del *Diario* se erigió en censor. Él decidió muchas veces sobre los contenidos de la publicación, lo que podía o no podía aceptarse; en un temprano balance admitió que llegaban al periódico “papeles, papelillos, papeluchos y papelotes, de todo se encuentra en nuestras estafetas”; y que ante la abundancia de remitidos se volvía preciso “ajustar las medidas, esto es, acomodar a los límites del diario, los tamaños de las producciones”. Aun más, toda propuesta de artículo tenía que someterse —así lo advertía— a “algunos trámites de censura”.⁴¹

Aquí se impone una precisión. No se trataba de la censura proveniente de la pesada tradición ilustrada de lo que algunos han llamado “la prensa moral” europea; aquella que sostenida por la vigilante razón se erigió como crítica permanente de las costumbres y que tuvo compendio, en el caso hispano, en periódicos memorables como *El Censor*, quizá el más representativo de esa tendencia. En nombre del buen gusto y de una razón casi desbordada criticaban los defectos de obras teatrales o faltas en el comportamiento social o prácticas de la vida cotidiana. Su base era el juicio individual, la mirada escrutadora quizás inspirada en aquel personaje de las *Cartas persas* de Montesquieu (1721).⁴² No estamos hablando de este tipo de censura; tampoco

⁴⁰ Varios estudiosos del periódico han examinado los seudónimos y anagramas que recorren de modo profuso la vida del *Diario de México*. Especialmente, sobre la etapa dominada por Villaurrutia: Sergio Márquez Acevedo, “Jacobó de Villaurrutia: Las pistas del Proyectista Pacífico en el Diario de México (primera época, 1805-1812)”, en E. Martínez Luna (ed.), *Bicentenario del Diario de México. Los albores de la cultura letrada, 1805-2005*, México, UNAM, 2009, pp. 51-66. La figura del *Proyectista* en el ámbito del proyectismo ilustrado español es analizada también por Verónica Zárate Toscano, “El proyectismo en las postrimerías del Virreinato”, en C. Yuste (coord.), *Diversidad del siglo XVIII. Homenaje a Roberto Moreno de los Arcos*, México, Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM, 2000, pp. 229-250.

⁴¹ “El diarista y sus compañeros”, *Diario de México*, N° 8, 8 de octubre de 1805, p. 31.

⁴² A propósito de la tradición de esta prensa moral o censora, el ensayo preliminar de los editores de *El Corresponsal de El Censor* (1786), precisamente uno de los periódicos herederos del influjo de *El Censor*, nacido en 1781. Véase Klaus-Dieter Ertler, “La prensa moral en Europa”, en K. Ertler, R. Hodab, I. Urzainqui (eds.), *El Corresponsal de El Censor*, Madrid, Iberoamericana/Vervuert, 2009, pp. 9-25. Dicho sea de paso, el “Discurso primero” (*El Censor*, Madrid, 8 de febrero de 1781, p. 22), contiene una definición memorable de la censura como ejercicio soberano de la opinión individual e ilustrada: “En todas partes hallo cosas que me lastiman. En las tertulias, en los paseos, en los teatros, hasta en los Templos mismos hallo en que tropezar. Para colmo de desgracias no puedo callar nada [...] Censuro desde entonces en casa, en la calle, en el paseo; censuro en la mesa, y en la cama: censuro en la Ciudad, y en el campo: censuro despierto: censuro dormido; censuro à todos: me censuro á mí mismo, y hasta mi genio censor censuro, que me parece mucho más censurable que los vicios que en los demás noto. De aquí ha nacido, que ya no soy conocido por los que me tratan sino por el Censor”. Para terminar esta glosa, recomiendo una ojeada sobre un diccionario de la lengua española de la época; por ejemplo, el diccionario de 1803 nos remite a por lo menos seis acepciones de censura y a dos del sustantivo censor.

nos referimos a esa otra censura en que intervenían tribunales examinadores que permitían o prohibían la circulación de unas u otras obras. Nos referimos, mejor, a una práctica contigua, quizás híbrida, en que interviene la crítica, el ejercicio del criterio y el dictamen acerca de qué era o no publicable en un periódico. Estamos ante una censura individualizada, por no decir secularizada, condensada en la figura del editor o responsable del periódico, que concebía, como parte de sus funciones escriturarias, ejercer una censura en la selección de las colaboraciones para el periódico. Era un escritor que obraba como agente ilustrado en la salvaguarda de los contenidos del periódico, seleccionaba y decidía cuáles eran los contenidos adecuados de cada número. Y esto es, quizá, lo más importante para nosotros; el responsable del periódico se había vuelto parte del engranaje de censura. Incluso antes de la censura oficial, el diarista o proyectista o editor responsable era el árbitro de las eventuales colaboraciones. Eso lo hizo sentir en una petición muy particular aparecida bajo el sello de un anagrama, cuando en una carta un tal Alexandro Araimon de Brosel se postuló para colaborar con la difusión de la “ciencia que llamamos política”. La propuesta era, por supuesto, transgresora del plan aprobado para el periódico por las autoridades censoras; y digamos, de paso, que el solo hecho de haber publicado esta carta –quizá imaginaria– era una risueña evasión de la censura puesto que la carta alcanzó a esbozar unas cuantas ideas acerca de lo que podían considerarse para la época las mejores doctrinas.⁴³ De todos modos, el desenlace o respuesta al propósito de Araimon de Brosel, que tardó en presentarse varios números, fue el rechazo tajante y lacónico: “El diario no es teatro oportuno para ventilar la cuestión que propone el señor Araimon Brosel en un papel que nos dirigió”.

Situados entre el público y el rey, los diaristas o proyectistas que sostuvieron el *Diario de México* se erigieron en árbitros de la lealtad; oficiaron como censores, escogieron los artículos aptos para ser publicados, moldearon el temario y moderaron la discusión pública. Fueron distribuidores del buen gusto y, a la vez, representantes de lo que el mundo letrado quería y podía decir. Además de eso, en voz del *Proyectista Pacífico*, hubo recurrentes propuestas de reformas de las costumbres. La pertinacia de su esfuerzo publicitario permitió fijar un lenguaje que, por sus reiteraciones, pudo estabilizarse como el canon deliberativo: respeto a la religión católica, lealtad a la monarquía, semblanza de las costumbres y la vida cotidiana en la ciudad, relato de los vaivenes comerciales. Un paradigma de civilidad que incluía el buen decir. Podemos considerarlos como individuos situados en un lugar privilegiado gracias a la autorización que habían recibido para cumplir con funciones publicitarias. Y, al tiempo, eran individuos subordinados, porque su condición de escritores de periódicos estaba sometida a la vigilancia y a las restricciones impuestas por las autoridades coloniales.

Si comparamos la prolongada presencia del *Diario de México* con el *Correo Curioso* de Santafé de Bogotá, afloran diferencias inmediatas y ostensibles. El periódico bogotano fue breve; no tuvo mayor repercusión asociativa, su público fue escaso y no tuvo un prolijo temario ciudadano, aunque lo intentó. Aun así, la coincidencia notoria es que el principal objeto de ambos periódicos –y añadamos el *Telégrafo Mercantil* de Buenos Aires– era la ciudad, lo cual enseña que el estatuto político-administrativo de las posesiones españolas en América necesitaba consolidar un sistema de ciudades bajo control de la mirada omnisciente de la Corona y sus funcionarios delegados. Periódicos que difundieran censos, padrones, novedades comerciales, cotidianidad religiosa, planes de moralización de la sociedad, en fin.

⁴³ “Carta de Alexandro Araimon de Brosel”, *Diario de México*, N° 18, 18 de octubre 1805, pp. 70 -71.

A pesar de su trayectoria escuálida, el *Correo Curioso* dejó impronta de la relación con una República de las Letras, con un público y unas autoridades censoras. Apeló al talento de “los buenos vasallos” con tal de formar una sociedad patriótica y reunir a un grupo de colaboradores asiduos, de modo que se conformara una sociabilidad ilustrada que le permitiera a la ciudad ponerse a la altura de los mundos letrados de la Habana, México y Lima.⁴⁴ Estimó que el público era “un juez y árbitro de las producciones literarias”; con el público hay un ejercicio de representación según el cual un escritor esporádico puede fungir, eventualmente, como “un Secretario del público, a quién él ha encomendado la redacción de sus actas”. Los ocasionales escritores, por tanto, podían fungir como “instrumento de su voz y de su opinión”.⁴⁵ Y, por supuesto, tuvieron conversación con el sistema de censura, reproducido por los responsables del periódico mediante el ejercicio de la edición. Advirtieron en varias ocasiones que hacían la selección de aquellos remitidos que cumplieran con la premisa de la moderación. Sometidos al escrutinio de la censura y a los juicios del público, lograron proponer un lenguaje de conversación pública basado en la moderación como expresión de una civilidad o buen decir. El uso correcto de la lengua fue continuamente discutido y eso incluyó propuestas de alguna normativa ortográfica; la corrección fue criterio de selección y de superioridad de los escritores. El fomento de una sociabilidad letrada que sirviera de apoyo intelectual a la empresa periodística y a la irrigación de ideales ilustrados. La información tenía que brindar alguna utilidad social; los contenidos de las páginas de aquellos papeles públicos no podían ser superfluos. Hasta la poesía estaba presta a cumplir una función, como sucedió con los versos desparramados en varios números del *Diario de México* de 1809, con el fin de exaltar la figura del rey español en cautiverio.

La obediencia al rey fue la virtud más ostensible que estos escritores vasallos quisieron exaltar. El cubano Manuel del Socorro Rodríguez, responsable de varios papeles públicos en Santafé de Bogotá hasta los estertores de la independencia, supo edificar su lealtad a la Corona. Acostumbrado a una retórica de la humildad para dirigirse a sus superiores, inauguraba sus periódicos así: “Le ha obedecido (al Superior Gobierno) gustosamente el que jamás se ha negado a contribuir con sus cortas luces”. Y advertía enseguida acerca de qué y cómo podía conversarse en el ámbito controlado del periódico: “Solo se imprimirá lo que fuere digno de presentarse a un Público ilustrado, católico y de buena educación [...] Jamás se dará a luz... si contiene alguna expresión ofensiva de las sagradas leyes de urbanidad, y buena armonía civil”.⁴⁶ De ese modo, estos escritores forjados en los códigos censorios de la Corona española fueron imponiendo sus criterios de selección de los escritos y, en consecuencia, fijaron, gracias al ritmo cotidiano de sus publicaciones, un arte de escribir, unas premisas de la discusión pública entre gente letrada. Como lo insinuara alguna vez el *Correo Curioso*, existía la necesidad de anudar la poética con la retórica, y estas a su vez cobraban vida por el fomento de la civilidad y la sociabilidad.⁴⁷ Por eso hablar de la emergencia de un lenguaje de discusión pública nos parece válido para ese lapso; el ritmo informativo del periódico se fue volviendo parte inherente de la conversación ilustrada entre un personal criollo ávido de participación en el control

⁴⁴ “Carta crítica dirigida a los Editores del Correo Curioso”, *Correo Curioso*, N° 12, mayo 5 de 1801, p. 69.

⁴⁵ “Crítica de Polifilo”, *Correo Curioso*, N° 13, 12 de mayo de 1801, pp. 71-72.

⁴⁶ Manuel del Socorro Rodríguez, *El Redactor americano*, 6 de diciembre de 1806, N° 1, p. 3

⁴⁷ Severo Cortés, “Lo que falta y sobra en el Nuevo Reino de Granada”, *Correo Curioso*, 16 de junio de 1801, pp. 91-93.

de la sociedad y un público selecto y letrado. El resultado más ostensible de ese lenguaje público restrictivo, selecto y vigilado fue la aparición de la figura del escritor-editor. El ambiente censor permitió la emergencia del escritor-editor como funcionario publicitario de la Corona, dispuesto a someterse a las restricciones de comunicación, a reproducirlas y a hacerlas cumplir. Una función que era mezcla de sumisión y privilegio. Luego de obtenida la Superior Licencia, el escritor podía afirmarse en el nuevo territorio, en los breves confines de las cuatro u ocho páginas que le era permitido administrar. En buena medida, era un reproductor de su desgracia cuando aplicaba y anunciaba las consignas de la censura. Pero dentro de esa desgracia su función constituyó un privilegio legalizado por “Superior permiso”. □

Bibliografía

Afanador Llach, María José, “La obra de Jorge Tadeo Lozano: apuntes sobre la ciencia ilustrada y los inicios del proceso de independencia”, *Historia Crítica*, N° 34, julio-diciembre de 2007.

Annick Lempérière, *Entre Dios y el rey: la república. La ciudad de México de los siglos XVI al XIX* [2004], México, Fondo de Cultura Económica, 2013.

Asúa, Miguel de, *La ciencia de Mayo. La cultura científica en el Río de la Plata, 1800-1820*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2010.

Cacua Prada, Antonio, *Historia del periodismo colombiano*, Bogotá, Fondo Rotario Policía Nacional, 1968.

Chiaromonte, José Carlos, *La Ilustración en el Río de la Plata. Cultura eclesíástica y cultura laica durante el Virreinato* [1989], Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 2007.

Clément, Jean-Pierre, “Aproximación al Diario de Lima (1790-1793) y a Jaime Bausate y Mesa, su autor”, *El Argonauta español*, N°3, 2006, puesto en línea el 15 de junio de 2006, disponible en <<http://argonauta.revues.org/1001>>.

Cornejo Quesada, Carlos, “Las gacetas y el *Semanario Crítico* en el Perú colonial del siglo XVIII”, *Cultura*, N° 26, 2012.

Cremonte, Néstor, *La Gazeta de Buenos Ayres de 1810. Luces y sombras de la Ilustración revolucionaria*, La Plata, Universidad Nacional de La Plata, 2010.

Ertler, Klaus-Dieter, “La prensa moral en Europa”, en K. Ertler, R. Hodab, I. Urzainqui, (eds.), *El Corresponsal de El Censor*, Madrid, Iberoamericana/Vervuert, 2009.

Furlong, Guillermo, *Historia y bibliografía de las primeras imprentas rioplatenses (1700-1859)*, 3 vols., Buenos Aires, Guaranía, 1953, 1955-1957.

Heras, Carlos, *Orígenes de la imprenta de Niños Expósitos*, La Plata, Universidad Nacional de La Plata, 1947.

Hernández Pérez, José Santos y María Magdalena Flores Padilla, “Jacobo de Villaurrutia, impulsor del asociacionismo hispanoamericano”, *Signos históricos*, N° 28, julio-diciembre de 2012.

Higuera, Tarcisio, *La imprenta en Colombia*, Bogotá, INALPRO, 1970.

Lévrier, Alexis, *Les Journaux de Marivaux*, París, Presses Universitaires de France, 2007.

Márquez Acevedo, Sergio, “Jacobo de Villaurrutia: Las pistas del Proyectista Pacífico en el Diario de México (primera época, 1805-1812)”, en E. Martínez Luna (ed.), *Bicentenario del Diario de México. Los albores de la cultura letrada, 1805-2005*, México, UNAM, 2009.

Martínez, Pablo, “El pensamiento agrario ilustrado en el Río de la Plata: un estudio del *Semanario de Agricultura, Industria y Comercio* (1802-1807)”, *Mundo agrario*, vol. 9, N° 18, enero-junio de 2009, disponible en <<http://www.mundoagrario.unlp.edu.ar/article/view/v09n18a03/832>>.

Martini, Mónica Patricia, *Francisco Antonio Cabello y Mesa, publicista ilustrado de dos mundos (1786-1824)*, Buenos Aires, Instituto de Investigaciones sobre Identidad Cultural, Universidad del Salvador, 1998.

Medina, José Toribio, *Historia de la imprenta en los antiguos dominios españoles de América y Oceanía*, vol. I, Santiago de Chile, Fondo Histórico y Bibliográfico José Toribio Medina, 1958.

Padilla Chasing, Iván, *Sociedad y cultura en la obra de Manuel del Socorro Rodríguez de la Victoria. Nueva Granada, 1789-1819*, Bogotá, Universidad Nacional, 2012.

Rojas, Ricardo, *El pensamiento económico de Juan Hipólito Vieytes*, Buenos Aires, Fundación San Antonio, 2010.

Reyes Gómez, Fermín de los, *El libro en España y América. Legislación y censura (siglos xv-xviii)*, vol. 1, Madrid, Editorial Arco-Libros, 2000.

Silva Olarte, Renán, *Prensa y revolución a fines del siglo xviii*, Bogotá, Banco de la República, 1988.

—, *Los Ilustrados de Nueva Granada, 1760-1808. Genealogía de una comunidad de interpretación*, Medellín, Eafit/Banco de la República, 2002.

Torre Revello, José, *El libro, la imprenta y el periodismo durante la dominación española* [1940], Buenos Aires, Instituto de Investigaciones Históricas, Universidad de Buenos Aires, 1991.

Torres Puga, Gabriel, *Opinión pública y censura en Nueva España. Indicios de un silencio imposible (1767-1794)*, México, El Colegio de México, 2010.

Vanegas, Isidro, *La Revolución neogranadina*, Bogotá, Ediciones Plural, 2013.

Villamizar Duarte, Carlos, *La felicidad del Nuevo Reyno de Granada: el lenguaje patriótico en Santafé (1791-1797)*, Bogotá, Universidad Externado, 2012.

Withaus, Jan-Henrik, “Los discursos mercuriales de Juan Enrique Graef”, en M. Santos (ed.), *Redes y espacios de opinión pública*, Cádiz, Universidad de Cádiz, 2006.

Zárate Toscano, Verónica, “El proyectismo en las postrimerías del Virreinato”, en C. Yuste (coord.), *Diversidad del siglo xviii. Homenaje a Roberto Moreno de los Arcos*, México, Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM, 2000.

Zulaica Gárate, Román, *Los franciscanos y la imprenta en el México del siglo xviii*, México, UNAM, 1939.

Fuentes

Buenos Aires

Cabello y Mesa, Francisco Antonio, “Análisis del periódico intitulado Telégrafo Mercantil, Rural, Político-Económico e Historiógrafo del Río de la Plata”, *Telégrafo Mercantil*, 1800, pp. 1-22.

—, “Origen de las Academias Literarias y Sociedades Patrióticas”, *Telégrafo Mercantil*, N° 2, 4 de abril de 1801.

—, “Respuesta del Editor a carta de Bertoldo Clark”, *Telégrafo Mercantil*, N° 26, 27 de junio de 1801, p. 234.

—, “El Editor”, *Telégrafo Mercantil*, N° 25, 24 de junio de 1801, p. 223.

Vieytes, Hipólito, “Agricultura”, *Semanario de Agricultura, Industria y Comercio*, N° 1, 1 de septiembre de 1802, p. 2.

Ciudad de México

Álzate y Ramírez, Joseph Antonio de, *Diario Literario de México*, México, N° 1, marzo 12 de 1768, p. 4.

“Carta de Alexandro Araimon de Brosel”, *Diario de México*, N° 18, 18 de octubre de 1805, pp. 70-71.

Diario de México, N° 6, 6 de octubre de 1805, p. 23.

“Idea del Diario Económico de México”, *Diario de México*, 1 de octubre de 1805, p. 2.

“El diarista y sus compañeros”, *Diario de México*, N° 8, 8 de octubre de 1805, p. 31.

Lima

Calero y Moreira, Jacinto, “Prospecto del Mercurio Peruano”, *El Mercurio Peruano*, Lima, 1790.

“Prospecto del Semanario Crítico”, *Semanario Crítico*, Lima, 1791.

Madrid

“Discurso primero”, *El Censor*, Madrid, 8 de febrero de 1781, p. 22.

Santafé de Bogotá

Caldas, Francisco José de, *Semanario del Nuevo Reyno de Granada*, N° 2, 10 de enero de 1808, p. 11.

“Carta crítica dirigida a los Editores del Correo Curioso”, *Correo Curioso*, N° 12, 5 de mayo de 1801, p. 69.

“Crítica de Polifilo”, *Correo Curioso*, N° 13, 12 de mayo de 1801, pp. 71-72.

Cortés, Severo, “Lo que falta y sobra en el Nuevo Reino de Granada”, *Correo Curioso*, 16 de junio de 1801, pp. 91-93.

El Redactor americano, 6 de diciembre de 1806, N° 1, p. 3.

Papel Periódico de Santafé de Bogotá, N° 1, 9 de febrero de 1791, p. 3.

“Prospecto”, *Correo Curioso*, N° 1, 17 de febrero de 1801, p. 1. “Sobre lo útil que sería en este Reyno el establecimiento de una Sociedad Económica de Amigos del País”, *Correo Curioso*, N° 39, 10 de noviembre de 1801, p. 175.

“Prospecto del Semanario del Nuevo Reyno de Granada”, *Semanario del Nuevo Reyno de Granada*, 8 de agosto de 1808, p. 3.

“Prospecto”, *Semanario del Nuevo Reyno de Granada*, Santafé de Bogotá, N° 1, 3 de enero de 1808, p. 2.

Resumen / Abstract

La opinión pública y la República de las Letras (La opinión ilustrada en la América española, 1767-1810)

Contribución a una historia comparada de la emergencia de la opinión letrada entre la segunda mitad del siglo XVIII y 1810, según el análisis de varios periódicos de la América española

Palabras clave: Opinión pública - República de las Letras - Periódicos - Escritores

Public Opinion and the Republic of Letters (Illustrated Opinion in Spanish America, 1767-1810)

Contribution to a comparative history of the emergence of the illustrated opinion between the second half of the 18th century and 1810, according to the analysis of several newspapers in Spanish America

Keywords: Public Opinion - Republic of Letters - Newspapers - Writers

Fecha de recepción del original: 5/9/2015

Fecha de aceptación del original: 1/6/2016

*Gusto y buen gusto en la cultura musical porteña (1820-1828)**

Guillermina Guillamon

CONICET- IEH / UNTreF

Introducción

Durante las últimas décadas, los estudios culturales han ganado un lugar importante en la historiografía argentina y en los estudios sobre el siglo XIX. Este avance, lejos de ser totalizador, se desarrolló dejando un tema pendiente: la historia de la cultura musical.

Abordar la formación de la cultura musical en Buenos Aires a principios del siglo XIX supone una doble tarea. Por un lado, conlleva la necesidad de repensar la forma mediante la cual se utiliza y aborda un determinado *corpus* documental que excede a la música escrita. Por otro lado, obliga a establecer un diálogo con perspectivas que, aunque afines a nuestra disciplina, aún no cuentan con una presencia firme en la historia cultural, tales como la sociología de la música y la musicología. Supone, en última instancia, discutir aquellos trabajos que reducen lo musical a una acumulación de datos relativos a músicos y géneros musicales.

El presente trabajo se propone analizar el proceso de configuración de la cultura musical en Buenos Aires durante el período 1820-1828. Asimismo, se indaga en torno a las convergencias y los distanciamientos de la cultura musical respecto de la agenda del rivadavianismo así como también en la relación entre el programa ilustrado y la experiencia del género lírico durante dicho período. Si bien durante la “feliz experiencia” se evidencia una sistemática promoción de la cultura musical –espacios, programación, instrumentistas y cantantes– su finalización no devino en la cancelación de dicho proceso. Por el contrario, durante el primer año del período en el que la provincia quedó a cargo de Manuel Dorrego, la cultura musical fue tan dinámica como durante los años previos.

A fin de comprender este proceso, se organiza el trabajo en dos secciones. En la primera, se aborda la especificidad del gusto musical a través de la reconstrucción de la programación desarrollada en las instancias privadas y en el teatro Coliseo Provisional. Mediante el análisis del proceso en el cual se consolidaron determinadas formas musicales se propone problematizar la transformación del gusto musical y la consolidación del género operístico. En una segunda instancia, se indaga la relación entre la propaganda, la crítica musical y la configuración

* El presente trabajo es una adaptación de mi tesis de maestría en historia, defendida en la Universidad de Tres de Febrero en noviembre del 2014. Agradezco especialmente a mi director de tesis, Jaime Peire, como también a Adriana Valobra, Mariano Di Pasquale y a Klaus Gallo por los valiosos comentarios que aportaron.

discursiva de un estándar normativo de buen gusto. En este sentido, el objetivo reside en mostrar cómo dicho concepto describió aquello que la música habilitaría: por un lado, refiriéndose a las pautas de civilidad y de interacción social y, por otro, sugiriendo cómo debía ser la práctica y la escucha musical en sí misma.

El *corpus* documental sobre el que trabajamos –compuesto principalmente por la prensa del período y complementado con memorias, crónicas y actas de policía– evidencia un contexto artístico de mayor complejidad que el limitado a la ejecución instrumental. El abordaje que nos proponemos en este artículo busca poner en tensión la imagen que la musicología erigió de las actividades musicales: prácticas de composición y ejecución que se reducen a la música escrita.¹ Nos alejaremos, también, de aquellos análisis de las teorías homológicas, en tanto proponen analizar el gusto como una estrategia de diferenciación social, consecuencia de la relación estructural unívoca entre las formas materiales y las prácticas culturales.²

Devenir y conformación del gusto musical: de la programación miscelánea a la consolidación de la ópera

Hasta 1821, la propaganda que realizaron los diarios de las funciones y conciertos no fue sistemática. Aunque la afirmación se deriva del relevo de la prensa, en dicho año *El Argos* hizo referencia a esta omisión y se preguntó: “¿Podrá decir el director por qué no se anuncian los títulos de las obras?”³ Si bien en los años posteriores la promoción de la programación se realizó detalladamente, en 1828 volvieron a omitirse datos respecto a lo musical: los autores de las óperas representadas. Lejos de ser un indicador de desinterés, esta particularidad evidencia

¹ La musicología cuenta con una larga tradición de estudios sobre el devenir de la música en el ámbito local. Sin embargo, a partir de 1990 las falencias de un relato cuyo interés principal era demostrar la evolución de la música hacia los parámetros de cánones y gusto europeo dieron lugar a producciones que inauguraron el uso de componentes teóricos y estudiaron problemáticas nuevas asociadas a ellos, tales como los sentidos de pertenencias, las trayectorias de músicos y la influencia de paradigmas estéticos. No obstante lo cual este giro teórico-metodológico no llevó a que otras áreas se acercaran a las problemáticas de la musicología. Respecto de esta apertura, sin ánimos de ser exhaustivos, véanse Melanie Plesch y Gerardo Huseby, “La música desde el período colonial hasta fines del siglo XIX”, en José Emilio Burucúa (comp.), *Nueva historia argentina. Arte, sociedad y política*, Buenos Aires, Sudamericana, 1999; Melanie Plesch, “La música en la construcción de la identidad cultural argentina: el topos de la guitarra en la producción del primer nacionalismo”, *Revista Argentina de Musicología*, N° 1, Córdoba, 1996; Esteban Buch, *O juremos con gloria morir. Historia de una épica de Estado*, Buenos Aires, Sudamericana, 1994. Respecto del llamado a la interdisciplinariedad en la actualidad, véase Juan Pablo González, *Pensar la música desde América Latina*, Buenos Aires, Gourmet, 2013.

² Los estudios de Pierre Bourdieu sobre la conformación del gusto, y su intrínseca relación con las estrategias de diferenciación social, constituyen la más clara representación de las teorías homológicas. La respuesta estética –en este caso, los juicios del gusto en torno de la música– solo puede comprenderse en relación con la organización social del gusto, que a su vez da forma al estilo de vida, la moral y el habitus de los sujetos. Pierre Bourdieu, *La distinción. Criterio y bases sociales del gusto*, Buenos Aires, Taurus, 2012, p. 21. Diversos sociólogos de la música polemizaron con dicha teoría. Particularmente, resalta la propuesta de Simon Frith, quien contra la idea de que los grupos sociales coinciden en valores que posteriormente se manifiestan en las actividades culturales que desarrollan, prioriza pensar que “sólo consiguen reconocerse a sí mismos como grupos (como una organización particular de intereses individuales y sociales, de similitud y diferencia) por medio de una actividad cultural, por medio del juicio estético”. Simon Frith, “Música e identidad”, en Stuart Hall, y Paul du Gay (comps.), *Cuestiones de identidad cultural*, Buenos Aires, Amorrortu, 2003, p. 187.

³ *El Argos de Buenos Aires*, N° 21, 25 de septiembre de 1821. Se aclara que se respetará la grafía del texto original.

la redundancia y la familiaridad que el público aficionado había adquirido con dichos elementos musicales. En este sentido, se propone analizar cómo fue el proceso de construcción de una cultura musical que permitió que se estrenaran trece óperas completas, algo impensable en momentos previos en que la cultura musical no habilitaba tal programación.⁴

La conformación de un gusto musical —y, como consecuencia, la familiarización con los elementos musicales—⁵ supuso en Buenos Aires la construcción de un proceso de educación del público respecto a la escucha musical así como la lenta profesionalización de músicos y cantantes, la consolidación de una compañía lírica y la autonomía del teatro Coliseo Provisional.

Inicios de la cultura musical: formación de espacios musicales y conformación de la programación musical miscelánea (1821-1824)

Un primer momento que distinguimos en la periodización es el de la conformación de la programación y de los espacios dedicados a la cultura musical, que comienza en 1821 y se extiende hasta mediados de 1824. La posibilidad de identificarla como una etapa inaugural se fundamenta tanto por haber sido paralela al arribo de músicos y cantantes italianos que dieron cuerpo a un gusto musical fuertemente ligado a la ópera *buffa* como por el impulso que el grupo rivadaviano otorgó a los espacios materiales ligados a lo musical.

Pero fue durante el período 1822-1823 cuando la esfera política impulsó y promocionó, en particular, la cultura musical con mayor vehemencia.⁶ Bajo la dirección de Virgilio Rabaglio, músico italiano llegado a Buenos Aires en 1820, se anunció la apertura de la Academia de Música para el día 27 de julio de 1822. Ubicada junto a la casa de Ambrosio Lezica, político y comerciante, la institución estuvo bajo la protección de “un aficionado inteligente, natural de esta ciudad”.⁷

Con el objetivo de “aumentar la civilización y la cultura de la familia americana”,⁸ el 6 de octubre de 1822, el músico y eclesiástico José Antonio Picassarri y su sobrino, el joven Juan

⁴ Más allá del reto que exige montar una ópera completa, la pertinencia de preguntarse sobre su consolidación reside en que, de forma comparativa, es llamativa la precocidad del proceso. Tanto en Chile como en el Uruguay, la primera ópera representada de manera completa fue *El engaño feliz* en 1830, cuatro años después de su estreno en Buenos Aires. Sin embargo, la ópera no se consolidó hasta la creación del Teatro Municipal (1857) en Chile y del teatro Solís (1856) en el Uruguay. Otro ejemplo paradójico fue el caso mexicano: *El Barbero de Sevilla*, que en Buenos Aires se estrenó en 1825, se representó en México recién en 1827. Consuelo Carredaño y Victoria Eli (eds.), *Historia de la música en España e Hispanoamérica. La música en Hispanoamérica en el siglo XIX*, vol. VI, Madrid, Fondo de Cultura Económica, 2010.

⁵ Cuando aquí nos referimos a familiaridad, estamos haciendo referencia al concepto de significancia musical, en tanto es la consecuencia de “una articulación entre texto musical, sus usos decantados históricamente, su convencionalización cultural, por un lado, y el sujeto oyente, su experiencia auditiva y su nivel de familiaridad con el estilo, por otro”. Oscar Hernández Salgar, “La semiótica musical como herramienta para el estudio social de la música”, *Cuadernos de Música, Artes visuales y Artes escénicas*, vol. 7, N° 1, 2012, p. 57.

⁶ Sobre las políticas culturales implementadas por el grupo rivadaviano véase Jorge Myers, “Las paradojas de la opinión. El discurso político rivadaviano y sus dos polos: el ‘gobierno de las luces’ y ‘la opinión pública, reina del mundo’”, en Hilda Sabato y Alberto R. Lettieri (comps.), *La vida política en la Argentina del siglo XIX: armas, votos y voces*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2003. En torno al impulso del gobierno rivadaviano a la esfera teatral, véase Klaus Gallo, “Un escenario para la feliz experiencia. Teatro, política y vida pública en Buenos Aires. 1820-1827”, en Graciela Batticuore, Klaus Gallo y Jorge Myers (comps.), *Resonancias románticas: ensayos sobre historia de la cultura argentina, 1820-1890*, Buenos Aires, Eudeba, 2005; Eugenia Molina, “De recurso de pedagogía cívica a instrumento de disciplinamiento social: el espectáculo teatral en el programa reformista de la elite dirigente rioplatense (1810-1825)”, *Prismas. Revista de historia intelectual*, N° 8, 2004.

⁷ *El Argos de Buenos Aires*, N° 63, 12 de junio de 1822.

⁸ *Ibid.*, N° 75, 2 de octubre de 1822.

Pedro Esnaola, inauguraron la Escuela de Música y Canto. Para su promoción, la prensa hizo hincapié en los beneficios que una institución formal de música otorgaría a la sociedad porteña. En relación con ello, se afirmó que instituciones tales como la Escuela de Música:

Prescindiendo de lo que contribuyen a la civilización, otras mil circunstancias la hacen necesaria. La causa de la independencia exitó desde el principio algunas enemistades entre las familias. Sucesivamente, en el curso de la revolución, la efervescencia de los partidos han producido también rivalidades [...] repetidas concurrencias, en que se pusieran en contacto las personas, bastarían por si solas a desarraigar para siempre de los corazones los restos que hayan podido quedar de esas tristes enemistades: ¡*Cordialidad, unión, uniformidad en interés y opiniones*: Buenos Ayres será para todos, siendo el ejemplo de muchos pueblos.⁹

Esta cita permite captar los tópicos siempre repetidos en la propaganda de los ámbitos aquí señalados, a saber: la estrecha vinculación entre el impulso a los nuevos espacios, la práctica y la ejecución musical. La música debería habilitar, o al menos permitir, que los espacios alentasen la construcción de vínculos de interacción que, a su vez, superasen las antiguas divisiones facciosas del grupo de élite.

Al igual que en el caso de la Academia, la protección otorgada por el gobierno fue crucial para su funcionamiento. Al tiempo que brindó el Consulado de Buenos Aires como espacio físico donde emplazar la Escuela, su inauguración –al igual que en el caso de la Academia– contó con la presencia de Bernardino Rivadavia. Pasados tan solo tres meses desde su formación, *El Argos* anunció que “El gobierno desea promover por cuantos medios estén a su alcance la civilización del país y el fomento de las artes. Así es que tomó bajo su protección el conservatorio de música establecido por D. Juan José Pedro Esnaola, con la dirección de su tío el presbítero D. José Antonio Picasarri”.¹⁰

Si bien comenzaron como espacios impulsados por particulares, en poco tiempo estrecharon vínculos con la política. Mientras que la Escuela dio lugar a la reapertura de la Sociedad Filarmónica,¹¹ la Academia contó con el apoyo financiero del gobierno. Asimismo, el fortalecimiento de ambos espacios conllevó que, una vez cancelada la experiencia rivadaviana, José Antonio Picasarri, Virgilio Rabaglio y Juan Pedro Esnaola se afianzaran tanto profesional como económicamente y, en consecuencia, pudiesen seguir su carrera musical en el período rosista.¹²

En lo que se refiere a la programación en sí misma, se evidencian dos cambios: la desaparición de la tonadilla y del sainete. Aunque la ópera socavó el éxito de ambos, inicialmente también se criticó el estilo *buffo*, particularmente su característica jocosa, tal como había sucedido con los soportes líricos-teatrales españoles. Al respecto, se señaló que “en el estilo bufo

⁹ *El Centinela*, N° 11, 6 de octubre de 1822 (cursivas en el original).

¹⁰ *El Argos de Buenos Aires*, N° 7, 22 de enero de 1823.

¹¹ La Sociedad Filarmónica fue la primera asociación dedicada exclusivamente a lo musical, tanto en lo relativo a la educación como a los conciertos. Si bien había iniciado sus reuniones en 1819 se inauguró oficialmente el 31 de mayo de 1823. Sobre su inauguración véase *El Americano*, N° 31, 27 de octubre de 1819.

¹² En lo que respecta a sus trayectorias una vez Rosas en el poder, tanto Rabaglio como Esnaola atravesaron un prolífero período de composición. Mientras que el primero compuso cancioneros y danzas y continuó con el dictado de clases, Esnaola se caracterizó por combinar la práctica musical con actividades ligadas a la esfera pública. En lo que respecta al presbítero Picasarri, continuó como maestro de capilla en la Catedral hasta su muerte, en 1843.

podría decirse que a veces traspasa aún los límites de la extravagancia, si la extravagancia del estilo bufo de Italia tuviese límite alguno; y dicta el buen juicio que en un país extranjero y no habituado a un estilo tan singularmente nacional, debe este suavizarse un poco”.¹³

Dos años después, como consecuencia del estreno de *El barbero de Sevilla*, la comparación del estilo *buffo* con el sainete se reiteró y se aconsejó que “Ojalá que nuestra compañía cómica se aprovechara también de estas escenas, para aprender a representar una acción bufa sin entregarse a la ridiculez y grosería de los sainetes”.¹⁴ Sin embargo, este reparo estuvo más en relación con los posibles vestigios del sainete –y su cercanía al estilo cómico de la ópera– que con el cuidado que la compañía debería tener en las modulaciones vocales o en la representación actoral.

En este mismo sentido, en la programación del Coliseo Provisional durante 1823 las formas líricas ejecutadas, y particularmente las obras atribuidas a Rossini, Gluck y Mozart, tuvieron como responsable de su puesta en escena a un músico que comenzó a predominar en la promoción de los espectáculos musicales desarrollados en el teatro: Pablo Mariano Rosquellas. La primera mención del músico se realizó a principios de 1823 en *El Centinela*, diario que explicitó que la intención política de elevar el ámbito de las artes y de dotar de vitalidad al teatro confluyeron en un nuevo impulso a la cultura musical:

En la época precisa en que el Gobierno ha dejado traslucir su deseo de establecer y fomentar un teatro nacional nos ha venido una sucesión de artistas [...] cantores, músicos y danzantes. Las habilidades de algunos de estos nos hacen olvidar por momentos de nuestra posición geográfica, y de que no tenemos todavía con que premiar los tales de primer orden, como se premian en las ciudades de Europa.¹⁵

La llegada de nuevos cantantes y músicos se reiteró en agosto del mismo año, señalando, al mismo tiempo, la incorporación de Pablo M. Rosquellas, Miguel Vacani y Carlota Anselmi al elenco de la compañía del teatro Coliseo Provisional.¹⁶ Sin embargo, esta vez la prensa no hizo hincapié en la ayuda del gobierno rivadaviano para llevar a cabo tales viajes sino en la intención personal de Rosquellas de formar una compañía lírica y, consecuentemente, establecerse como empresario teatral.

Seguida de la irrupción de nuevos cantantes de origen italiano bajo la égida de Rosquellas, comenzó a promocionarse la programación de las funciones que se desarrollarían. En ellas se explicitaron las formas que se ejecutarían y los compositores de las mismas al tiempo que advirtieron que estas se harían en beneficio de algunos de los cantantes o instrumentistas de la compañía. Este anuncio, originado hacia fines del siglo XVIII europeo, conformó una estrategia a fin de paliar la inseguridad económica de los principales cantantes.¹⁷ En consecuencia, las funciones a beneficio permiten inferir la inicial inestabilidad de la compañía. Asimismo, su paulatina desaparición –hacia fines de 1828– evidencia la consolidación de la compañía y, con ella, la profesionalización de músicos y cantantes.

¹³ *El Centinela*, N° 33, 16 de marzo de 1823.

¹⁴ *El Argos de Buenos Aires*, N° 195, 12 de octubre de 1825.

¹⁵ *El Centinela*, N° 33, 16 de marzo de 1823.

¹⁶ *Ibid.*, N° 56, 19 de agosto de 1823.

¹⁷ Roger Allier, *¿Qué es esto de la ópera? Introducción al mundo de la lírica*, Barcelona, Robinbook, 2008, pp. 54-55.

Hacia la uniformidad: la transformación en el gusto musical (1824-1825)

Un segundo momento en la configuración del gusto musical, fundamentado también en el acaecer de la programación, se inicia en 1824 y finaliza hacia mediados de 1825. Si bien la programación siguió siendo miscelánea, las formas cantadas y ejecutadas comenzaron a repetirse insistentemente –aria, sinfonía, cavatina–, predominó el dueto y se introdujeron fragmentos de las óperas que al año siguiente fueron representadas de manera completa. Paralelamente, el teatro Coliseo Provisional fue, en detrimento de la Academia, la Escuela y la Sociedad Filarmónica, el único espacio al que la prensa hizo referencia tanto para promocionar las funciones como para criticar su estado edilicio.

Aunque más estable que lo previsto inicialmente, el Coliseo Provisional tiene una historia atravesada por pujas de intereses económicos y políticos.¹⁸ Si bien tuvo varios reveses económicos, diversos empresarios mediadores en calidad de asentistas y múltiples formas de control y regulación de autoridades políticas, el gobierno rivadaviano solo intervino “aprobandando la medida propuesta por el Jefe de Policía, para que la tropa de este Departamento haga custodia del Coliseo, como también el reglamento presentado al efecto”.¹⁹ Asimismo, debe señalarse que, paradójicamente, quedó fuera de su programa de reformas urbanas y, consecuentemente, del nuevo diseño de la ciudad impulsado por Rivadavia.²⁰

Pero lo que más preocupó a la prensa fue su estado material y, derivado de esta situación, la contradicción que suponía realizar allí actividades tan elevadas como la música. En consecuencia, el alegato frecuentemente esgrimido fue la necesidad de ostentar un teatro que fuese capaz de demostrar la condición civilizada y de buen gusto que la población porteña poseería y que, en consecuencia, funcionase como un espacio de distinción social.

El diario *El Argentino*, haciéndose eco de las prolongadas quejas en torno a la precariedad del mismo, expuso que la razón por la cual su arreglo era de suma urgencia se debía a que “el teatro sirve para inflamar el patriotismo, como para mejorar las costumbres de un pueblo civilizado [...]. Esto hace más necesario el estado en el que se halla: necesita mejoras”.²¹ También en 1824 *El Teatro de la Opinión* intervino en el pedido. En una nota enviada por “los amantes del teatro”, se realizó, de manera anónima, una fuerte crítica al manejo del asentista, las compañías y la nula intervención del gobierno. La justificación de que la situación debía ser superada se fundamentó en que “en todos los pueblos civilizados es el barómetro de su cultura, su delicadeza y su moral [...]”.²²

El caso de *El Argos de Buenos Aires*, diario exponente de los intereses rivadavianos, resulta paradigmático por la cantidad de secciones que dedicó a la crítica y promoción del Coli-

¹⁸ En 1804, luego de varios petitorios ante funcionarios del poder colonial, Ramón Aignase –dueño del terreno– y José Speciali –actor– inauguraron el teatro que, aunque tuvo la intención de superar al antiguo teatro llamado “La Ranchería”, no dejó de tener un carácter provisional hasta su desaparición. José Luis Trenti Rocamora, *El Teatro en la América colonial*, Buenos Aires, Huarpes, 1947.

¹⁹ Departamento General de Policía, 23 de noviembre de 1824, Libro 10, N° 121, Sala x, Legajo 32-10-4. También se adjunta una copia legalizada del Reglamento de la policía del teatro aprobada por el gobierno en Libro 10, 25 de noviembre de 1825, N° 122.

²⁰ La afirmación se infiere tanto por el testimonio de cronistas y viajeros respecto al precario estado edilicio como por la omisión de dicho espacio en el trabajo de Fernando Aliata, *La ciudad regular. Arquitectura, programas e instituciones en el Buenos Aires posrevolucionario, 1821-1835*, Buenos Aires, Prometeo/UNQ, 2006.

²¹ *El Argentino*, N° 27, 13 de agosto de 1825.

²² *El Teatro de la Opinión*, N° 8, 6 de agosto de 1824.

seo Provisional. Si bien afirmó que “la reforma y mejora de nuestro teatro no andan a la par con las demás instituciones del país”, solo efectuó leves llamados de atención en relación con el manejo que los asentistas realizaron de las diferentes compañías que se presentaron, a la poca capacidad para confeccionar programas que estuvieran al nivel del teatro europeo y al estado material de dicho Coliseo.

Fue en este contexto que en agosto de 1824 Pablo M. Rosquellas inició un juicio contra el asentista y pidió al gobierno poder alquilar el teatro a fin de realizar dos funciones mensuales.²³ Sin embargo, debe señalarse que, más allá de las intenciones de Rosquellas de liberarse de las obligaciones contraídas con el asentista, la prensa ya había señalado y criticado la falta de funciones líricas.²⁴

Pasados unos meses, *La Gaceta Mercantil* anunció que dicha petición se había concretado y que “A consecuencia de haber permitido el Superior de Gobierno la exhibición de dos funciones mensuales de música vocal e instrumental al profesor D. Pablo Rosquellas comenzaría la temporada lírica”.²⁵ Si bien no se reprodujeron óperas completas hasta 1825, a partir de este momento se ejecutaron fragmentos de catorce óperas, anunciando a sus autores y a los cantantes responsables de las mismas.

La repetición de ciertas formas musicales durante 1824 y 1825 puede pensarse como una estrategia de familiarización entre el público y las partes constitutivas de la ópera: una educación de la escucha. La progresiva redundancia de tópicos vinculados a dicho estilo, específicamente a formas musicales –organización, melodía y armonía– y a géneros más amplios –tal como la ópera– tuvo como consecuencia la construcción de un nuevo gusto musical. Pero además del predominio del género operístico, la periodicidad de las funciones llevadas a cabo por la compañía de Rosquellas –así como la paulatina desaparición de las funciones a beneficio– y la numerosa asistencia al teatro fueron los factores que evidenciaron la aceptación de la nueva programación.²⁶

Si bien el gusto del público porteño –o al menos aquello que la prensa distinguió como tal– siempre estuvo asociado a las formas cantadas, la referencia a un nuevo gusto musical se realizó en función de contraponerlo a la otrora predominancia de la tonadilla y el sainete. Así, el proceso de educación de la escucha, además de ser paulatino y progresivo, se encontró íntimamente ligado a la ambición cultural modernizadora del proyecto rivadaviano en tanto se promocionó a la ópera como el género musical de los países civilizados.

Asimismo, la insistencia de ciertas formas musicales también puede interpretarse como parte de un proceso de educación de los mismos instrumentistas y, principalmente, de los cantantes líricos. Si bien gran parte de ellos eran de origen italiano, el ensamble y arreglo de una ópera completa conllevaría un tiempo en el cual la compañía no podría brindar funciones.²⁷ La ejecución de frag-

²³ *El Argos de Buenos Aires*, N° 62, 12 de agosto de 1824. La propuesta del contrato se encuentra en las Actas del Departamento General de Policía, Libro 12, N° 177, con fecha 18 de julio de 1825, Sala x, Legajo 32-10-5.

²⁴ *El Argos de Buenos Aires*, N° 59, 4 de agosto de 1824.

²⁵ *La Gaceta Mercantil*, N° 265, 3 de septiembre de 1824.

²⁶ A partir de 1824 y 1825 la prensa hizo hincapié sobre la ocupación total de la sala teatral. Algunos ejemplos por cada año abordado pueden verse en *El Argos de Buenos Aires*, N° 54, 17 de julio de 1824; N° 195, 12 de octubre de 1825; *The British Packet*, N° 9, 30 de septiembre de 1826; N° 51, 14 de julio de 1827; N° 96, 7 de julio de 1828.

²⁷ En 1813 se inauguró el Real Teatro de São João, en homenaje al príncipe regente (João VI), quien a fin de impulsar la actividad lírica envió a buscar cantantes a Lisboa y castrati italianos. Sin embargo, recién en 1819, con la llegada de Pablo Rosquellas, Miguel Vacanni, Maria Teresa Fasciotti y la familia Piaccentini, comenzaron a representarse con

mentos permitiría, así, establecer una programación regular al mismo tiempo que posibilitaría trabajar en el teatro y, en consecuencia, familiarizar al público con dichas formas musicales.²⁸

Con respecto a la percepción, debe tenerse en cuenta que si bien la ópera es inteligible debido a la inclusión de la letra en su melodía, esta se cantó en italiano. Lo que aparentó ser una paradoja frente a un público mayoritariamente analfabeto se señaló como una contradicción y se aconsejó tempranamente que “sólo nos falta la letra de lo que se canta y esta falta es grande [...] podrán remitir a la imprenta los versos con una traducción en prosa castellana cuando quieran”.²⁹ Más adelante, en 1824, *La Gaceta Mercantil* sostuvo que “Promovería sin duda el interés del teatro el cantar a veces en el idioma nacional, aunque como individuos nos satisface completamente el italiano; y reprobamos las tentativas que se han hecho de verter arias y dúos, oídos ya en esa lengua musical, al español”.³⁰ Pero pese a las sugerencias, la reconstrucción de la programación muestra que tan solo se realizaron diez traducciones al castellano de arias, marchas y dúos. La diferencia idiomática pareciera no haber representado un obstáculo para que durante 1825 y 1828 Buenos Aires atravesara, al menos hasta la construcción del primer teatro Colón en 1857, la experiencia lírica más rica y compleja.

La consolidación del gusto musical: las funciones de ópera en el teatro Coliseo Provisional (1825-1828)

Un tercer momento se inicia en 1825 y se prolonga hasta 1828 inclusive. Si bien varios estudios hicieron notar la particularidad de que en 1825 se estrenara *El barbero de Sevilla* en el Coliseo Provisional, no se ha indagado sobre las razones que permitieron su representación completa.³¹ Al respecto, es interesante resaltar que, finalmente, en julio de dicho año se realizó un contrato entre Pablo M. Rosquellas, en tanto representante de la Compañía de los Tres Amigos, y el gobierno, en el cual se explicitaba que el músico actuaría como asentista.³² Desde esa fecha, la compañía gozó de estabilidad respecto a su conformación pero también en lo referido

sistematización arias de óperas bufas. Lejos de perdurar, la experiencia lírica en Río de Janeiro finalizó con el incendio del teatro en 1824. Si bien antiguos integrantes de la Compañía Nacional y de la Compañía Lírica Italiana formada permanecieron en Río, la mayoría de los cantantes italianos decidió abandonar la ciudad antes del incendio y probar suerte en Buenos Aires en 1823. Mariz Vasco, *A Música no Rio de Janeiro no Tempo de D. João VI*, Río de Janeiro, Casa da Palavra, 2008, pp. 44-50.

²⁸ La idea de la familiarización en la escucha nos lleva a pensar que la música, además de operar con sonidos, se activa mediante la escucha. Solo cuando se separa el hecho musical como objeto de percepción es posible hablar de una escucha entendida. Francisco Cruces, “Niveles de coherencia musical. La aportación de la música a la construcción de mundos”, *Revista transcultural de música*, vol. 1, N° 6, 2002.

²⁹ *El Centinela*, N° 65, 19 de octubre de 1823.

³⁰ *La Gaceta Mercantil*, N° 221, 12 de julio de 1824.

³¹ A partir del siglo xx, la búsqueda de un “origen” del canon clásico en Buenos Aires llevó a que se priorizara una historia lineal que situó en 1825 el inicio de dicho paradigma sin tomar en consideración el período previo y el posterior. Tal es el caso de Mariano Bosch, *Historia de la ópera en Buenos Aires: Origen del canto i la música. Las primeras compañías i los primeros cantantes*, Buenos Aires, El Comercio, 1905. Asimismo, estudios de historiadores del teatro siguieron construyendo un relato que veía en el estreno de *El barbero* la consolidación de un género, como si este fuese autónomo del público o del devenir de las compañías líricas. Al respecto, véase Beatriz Seigbel, *Historia del Teatro Argentino. Desde los rituales hasta 1920*, Buenos Aires, Corregidor, 2006; Osvaldo Pelletieri (comp.), *Historia del teatro en Buenos Aires. El período de la constitución (1770-1884)*, Buenos Aires, Galerna, 2005.

³² “CONTRATA celebrada entre el profesor D. Pablo Rosquellas Director de la Compañía de los Tres Amigos, y el Superior de Gobierno, comprándole la acción del Coliseo en la cantidad de diez mil pesos”, Índice del Archivo del Departamento General de Policía, 30 de septiembre de 1825, Libro XII, N° 40.

a la periodicidad y al contenido de sus presentaciones. En lugar de diversificarse, la programación se homogeneizó en torno a un solo género: la ópera.

Aunque heterogénea, la propaganda comenzó a sistematizar el anuncio de los cantantes que intervinieron en cada forma lírica. Ángela Tani, que arribó en 1824, fue erigida como una auténtica *prima donna*. Su legitimación tuvo como estrategia la comparación con las cantantes líricas europeas, particularmente con la contralto alemana Henriette Sontag y la soprano italiana Giussepina Grassini. Pero fue su capacidad lírica lo que más interesó a la prensa, que indicó que “se ha transformado en una perfecta Circe encantando a la audiencia con su melodiosa voz [...] con un sentimiento casi de melancolía”.³³ Todas las notas críticas sobre óperas en las que actuó se refirieron a su capacidad para evocar y producir, mediante su destreza vocal, diversos sentimientos. En este sentido, todas las adjetivaciones de su práctica estuvieron estrechamente vinculadas con un imaginario de decoro –corporal y simbólico– femenino: dulzura, encanto y delicadeza.

Por otra parte, si bien a partir de 1825 se sistematizó la referencia a los cantantes líricos y al título de la ópera al que respondía el fragmento cantado, comenzó a omitirse la referencia al autor-compositor de la misma. Nuevamente, su sistemática repetición desde 1823 sirvió para permitir dicha omisión. Asimismo, la ausencia de referencia evidencia la familiaridad del público porteño con la ópera *buffa* y, en menor medida, con la *seria*.

En este aspecto, el hecho de que *Don Giovanni* se haya reproducido tan solo seis veces vuelve a mostrar la inclinación del público porteño por la ópera *buffa*. Sin embargo, en su estreno se señaló la buena representación, la ocupación total del teatro y, en consecuencia, se advirtió que “Rossini debe tener cuidado, el melancólico Mozart puede desplazarlo”.³⁴ Pero aun con el éxito inicial, las críticas hacia el compositor austríaco siempre fueron negativas.³⁵ Así, luego de indicar la falta de público en las sucesivas representaciones en el teatro, a modo de sentencia se expresó que “*Don Giovanni* no es favorita en Buenos Aires, su música es demasiado sombría [...] demasiado tediosa para la limitada capacidad de este Teatro, y, ya, debemos decir la verdad, demasiado científica para competir con el fascinante Rossini”.³⁶

Resulta pertinente preguntarse por las razones que hicieron que la ópera tuviese tanto éxito durante el período abordado. Con ello, también, es posible problematizar cómo su posterior arraigo y desarrollo hicieron que Buenos Aires fuese reconocido como punto nodal lírico en el continente americano.³⁷ Si bien ya hemos hecho referencia al gusto por la música vocal, hay otros aspectos que complementan la respuesta. Por un lado, pueden postularse dos características fundamentales de la ópera clásica italiana: el predominio de la melodía sobre la armonía y la proximidad del idioma español al italiano. Pero, por otro lado, las estructuras argu-

³³ *The British Packet*, N° 23, 6 de enero de 1827.

³⁴ *Ibid.*, N° 59, 17 de septiembre de 1827.

³⁵ Debe señalarse que en 1823 se había ejecutado una de las arias de *La flauta mágica*. Refiriéndose a su cantante –Juan Moreno– se dijo que dicho fragmento mostraba “lo armonioso y agradable haciéndose sentir de un modo grato el genio profundamente del inmortal Mozart”, *El Argos de Buenos Aires*, N° 44, 4 de junio de 1823.

³⁶ *The British Packet*, N° 105, 9 de agosto de 1828.

³⁷ El trabajo de Claudio Benzecry, enmarcado en la sociología de la cultura, resulta paradigmático. Si bien se aboca al consumo actual de la ópera, al tiempo que analiza el fenómeno de la afición por dicho género en Buenos Aires también invita a pensar el derrotero que atravesó hasta convertirse en un evento del que, contrariamente a su etiqueta, también participaron los sectores bajos. Claudio Benzecry, *El fanático de la ópera. Etnografía de una obsesión*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2012.

mentales de las principales óperas rossinianas pueden explicar su predominancia. *La italiana en Argel* (1813), *El barbero de Sevilla* (1816), *La cenicienta* (1817), *El engaño feliz* (1812) pero también *Tancredi* (1813) y *Otelo* (1816), además de haber sido compuestas por Rossini, tienen una característica en común: sus libretos narran historias de amor. Sus personajes, indistintamente del contexto en el cual se desarrolla el argumento, se debaten entre el honor y el amor, enfrentando el engaño de un tercer personaje que dificulta el desenlace esperado. Así, en 1828 concluyó un proceso que intentó consolidar un repertorio canónico con géneros otrora difundidos pero, por sobre todo, hegemónicos en las principales ciudades de Europa. Los conciertos basados en clásicos rossinianos se convirtieron en la cultura elevada pero también en una novedad musical, en un “torrente de la moda que parece haber determinado que debe desaparecer toda música de ópera que no sea la de Rossini. Incluso la pobre *Vestale* está condenada a morar en la oscuridad”.³⁸

Consecuencia del accionar de Rosquellas y de la insistente promoción y crítica realizada por la prensa, el gusto de la élite porteña se estableció en relación con un *corpus* de óperas dotadas de legitimidad y poder no solo como consecuencia de la aceptación del público –si se tiene en cuenta que todas las críticas se sorprenden por la total ocupación del teatro aun cuando este incrementó el precio de las entradas– sino por la existencia de un discurso crítico que las erigió como tal. Pero también resulta oportuno retomar la categoría de “idealismo musical” propuesta por William Weber para pensar cómo durante el período 1820-1828 se desarrolló en Buenos Aires un proceso de estetización –o de canonización– en el cual los conciertos misceláneos dieron lugar a un proceso de homogeneización musical.³⁹

El buen gusto musical como ideario normativo de la civilidad ilustrada

Este apartado pretende indagar acerca de la referencia –no siempre explícita– que se hizo al hombre de buen gusto. Para ello, se propone mostrar cómo mediante la propaganda y la crítica musical que esgrimió la prensa se construyó una doble acepción del buen gusto: una, relacionada con las pautas de civilidad, y otra, vinculada a la práctica y a la escucha musical en sí mismas. Si bien se plantean como dos aspectos de análisis separados, siempre que se hizo referencia a él se los entendió como un valor y virtud moral constitutivos de la ilustración y, en consecuencia, de la modernidad.

Por otra parte, la pertinencia de analizar las acepciones semánticas del buen gusto se fundamenta en que estas se remitieron a la música como habilitación: al tiempo que constituyó una práctica en sí misma fue base para generar prácticas sociales. En este sentido, la propuesta completa se basa en la idea de que la música es un acontecer, una acción que puede penetrar y estructurar la vida social.⁴⁰ Retomando estos lineamientos teórico-conceptuales como perspec-

³⁸ *The British Packet*, N° 106, 16 de agosto de 1828.

³⁹ William Weber, *La gran transformación en el gusto musical. La programación de conciertos de Haydn a Bach*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2011, p. 125.

⁴⁰ Tia DeNora, “La música en acción: la constitución del género en la escena concertística de Viena 1790-1810”, en Claudio Benzecry (comp.), *Hacia una nueva sociología de la cultura. Mapas, dramas, actos y prácticas*, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, p. 190.

tiva de análisis lo que aquí se pretende abordar es, pues, cómo mediante el concepto de buen gusto se intentó delimitar, y en consecuencia normar, aquello que la música debería habilitar.

Los amantes de lo bello: el buen gusto musical como juicio estético

Conceptualizado como “almas sensibles”,⁴¹ “espectador ilustrado e imparcial”⁴² y como “amantes á lo bello y lo bueno”,⁴³ el público de las diversas actividades musicales que se desarrollaron fue el encargado de discernir lo bello de lo feo, lo bárbaro de lo civilizado. La razón ilustrada debía, entonces, asegurar que el sujeto no cayese en el abismo que suponía el error y la falsedad. En consecuencia, en los juicios del gusto se valoraron las experiencias, los sentimientos y el intercambio: el gusto sería el producto tanto de la reflexión personal como de la interacción social.

Mediante diversas estrategias retóricas la prensa interpeló constantemente al prodestinatario –público– e hizo hincapié en la capacidad racional que le permitiría distinguir géneros y músicos. Pero aunque el buen gusto como propiedad y virtud moral basada en una razón pretendió alejarse de atributos ligados a prácticas propias de una sociedad estamental en la que el nacimiento –y, en consecuencia, la pertenencia a un determinado grupo social– determinaban el valor, la posición social y el comportamiento del sujeto, el juicio estético estuvo lejos de ser universal. Al tiempo que se construyó discursivamente a aquellos que, se suponía, eran portadores legítimos, también se estableció una relación de polémica implícita con el contradestinatario, definido como toda persona incapaz de mediar los sentimientos a través del uso de la razón.

Pero construir este hombre de buen gusto implicaba, *a priori*, que la música habilitaba al sujeto a erigirse como tal. En consecuencia, existió un notable interés por definir normativamente a la música como una práctica de buen gusto. Si solo la élite era el legítimo poseedor, este interés por definir conceptualmente a la música como práctica de buen gusto persiguió un doble objetivo: legitimar al tiempo que normar, sancionar y censurar sus prácticas.⁴⁴

Dicha construcción no se realizó en abstracto, sino que tuvo en cuenta que la música, en tanto *performance*, implicaba una participación física en un evento colectivo y que, particularmente, su disfrute se realizaba a través de la escucha. Las definiciones esgrimidas, que se marcaron tanto en la promoción como en la crónica posterior de actuaciones individuales o colectivas, muestran la variedad y la polisemia del concepto de buen gusto. Asimismo, las relaciones que se establecieron entre la música y otros campos evidencian el problema de la utilidad de las bellas artes. En este sentido, es posible inferir que el concepto de buen gusto

⁴¹ *El patriota*, N° 13, 14 de agosto de 1821.

⁴² *Ibid.*, N° 15, 15 de septiembre de 1821.

⁴³ *El Teatro de la Opinión*, N° 8, 6 de agosto de 1824.

⁴⁴ Si bien al describir al público la prensa hizo especial referencia a la élite, las crónicas y las memorias sobre el período muestran en sus narraciones que, por el contrario, en el caso del teatro también estuvieron presentes los sectores bajos de la sociedad. Respecto de la presencia de otros grupos sociales, Santiago Wilde narró que: “La *Cazuela* vulgarmente llamada aquí el Gallinero (que no tenemos conocimiento que existía en teatro alguno de Europa), estaba colocado más arriba aún que los palcos [...] en efecto, entre las *diosas de la cazuela*, había gente de todas las capas sociales, pero el modo de portarse era tan ejemplar que hacía honor a nuestras costumbres. Muchas señoras y niñas de familias principales, iban, pues, una que otra vez a la cazuela, cuando no querían vestir como para ocupar un palco”. José Antonio Wilde, *Buenos Aires desde setenta años atrás*, Buenos Aires, Eudeba, 1966, p. 48.

otorgó a dicho campo la posibilidad de autonomizarse y encontrar legitimidad en la experiencia musical misma.

Si bien la mayoría de la prensa promocionó los conciertos programados, fue *El Argos* el diario que más se interesó por precisar qué era la música. Con motivo de la fundación de la Academia de Música, hizo hincapié en la funcionalidad asignada a la música en tanto que “hermana de la pintura y poesía mueve blandamente nuestras pasiones, y arrebatamos sentidos con el poder de sus acentos melódicos y harmónicos, proporcionándonos una diversión inocente y pura [...] un arte que en el día hace las delicias de todas las naciones cultas”.⁴⁵ Así, a la comparación con las artes visuales se añadió el paralelismo con la retórica al señalar que “ese lenguaje musical sabe causar las más dulces sensaciones”.⁴⁶

Pero a “Esas emociones dulces que desarrollan la sensibilidad”⁴⁷ que la música generaba y evidenciaba la civilidad de un pueblo, se agregó la referencia a un campo por demás legitimado: las ciencias. Así, también se afirmó que “Unida la música a la filosofía, tiene su íntima relación con las bellas artes, con los secretos del alma afectada de pasiones, con la elegancia de las costumbres, y con otros ramos de la civilización”.⁴⁸ Aun cuando predominó la referencia a las bellas artes, se volvió a establecer la relación, indicando que “en música, el público de Buenos Aires no es juez indiferente, por el contrario, sobresale en esta encantadora ciencia”.⁴⁹

Sin embargo, en la mayoría de las secciones se consideró que la música era parte del sistema de las artes.⁵⁰ Al tiempo que se explicitó que la conformación de una cultura musical elevaría a la sociedad porteña, fue recurrente señalarla como un “arte tan útil como agradable á un pueblo civilizado”.⁵¹ Refiriéndose a la labor de Pablo M. Rosquellas en el teatro, se indicó que este “recibió las aclamaciones de un pueblo afectuoso, agradecido por las horas de placer que les ha brindado al establecer la ópera y que Buenos Aires haya podido progresar en la carrera de las artes cultas”.⁵²

Asimismo, la escucha musical tendría como consecuencia la emergencia de nuevos sentimientos. Tal como se ha señalado para el caso español, tanto la prensa como los intelectuales dedicaron cada vez más atención al efecto provocado por las bellas artes. Además de afectar al oído, influiría sobre el entendimiento dado que “La música es una de las artes que parece tener un influxo más directo sobre nuestro espíritu; ella lo eleva, lo abate agradablemente, y puede inspirar sentimientos heroicos”.⁵³

La definición de la música, en tanto que práctica de buen gusto, también estuvo en estrecha relación con el concepto de civilidad, en tanto buenas formas y decoro.⁵⁴ Con el objetivo

⁴⁵ *El Argos de Buenos Aires*, N° 42, 12 de junio de 1822.

⁴⁶ *Ibid.*, N° 41, 21 de mayo de 1823.

⁴⁷ *Ibid.*, N° 5, 15 de enero de 1822.

⁴⁸ *Ibid.*

⁴⁹ *The British Packet*, N° 68, 24 de noviembre de 1827.

⁵⁰ Sobre el debate en torno al sistema de las artes en Europa, véase Helmut Jacobs, *Belleza y buen gusto. La teoría de las artes en la literatura española del siglo XVIII*, Madrid, Iberoamericana, 2010, p. 275.

⁵¹ *El Teatro de la Opinión*, N° 9, 15 de septiembre de 1823.

⁵² *The British Packet*, N° 70, 18 de diciembre de 1827.

⁵³ *El Argos de Buenos Aires*, N° 56, 31 de julio de 1822.

⁵⁴ El concepto de sociabilidad que se presenta en las fuentes analizadas difiere del término analítico utilizado en varios estudios contemporáneos afines a la historia política y al fenómeno asociativo. Sin embargo, es menester señalar la posibilidad que brindan estudios recientes para discutir y flexibilizar la influencia de la historiografía ligada a la historia política. En este sentido, el trabajo colectivo dirigido por Paula Bruno muestra cómo el abordaje de las diversas

de normar estas formas de interacción, se utilizó el término “suavidad”, adjetivo que –contrariamente a su uso semántico– fue usado para describir y, en consecuencia, normar costumbres. La adjetivación funcionó, pues, como sinónimo de respeto y de una interacción cordial entre pares, otrora enemistados y enfrentados políticamente.

Así, la Escuela de Música se propuso, mediante la instrucción y la ejecución de diversos programas, “suavizar las costumbres de estos pueblos”.⁵⁵ En otros apartados que refirieron a la Academia de Música, se hizo hincapié en la música como práctica capaz de generar sentimientos y sensaciones, pero en particular en su capacidad para guiar a la razón como filtro de experiencias estéticas. En la crónica de su inauguración, si bien se reparó en las carencias relacionadas con la falta de músicos y de espacios, se argumentó que dichas reuniones “no por eso dejan de producir una sensación agradable a los que tienen el talento de saber moderar sus deseos con proporción a las circunstancias”.⁵⁶

También, la referencia a la fundación de la Sociedad Filarmónica fue reseñada con este propósito. Celebrando su apertura, se esperó que “en adelante se recojan aún más copiosos frutos, no siendo el menor de ellos la elegancia, y mayor suavidad de las costumbres”.⁵⁷ Combinando la referencia a los géneros musicales y a la interacción social Tomás de Iriarte se refirió a la Sociedad y comentó que esta fue:

[U]na institución de Rivadavia que produjo los mejores resultados, no tanto por el gusto que introdujo en la música italiana, afición que tanto contribuye al mejorar las costumbres, suavizándolas, sino porque era una reunión escogida de las personas principales del país, las que, con el cotidiano contacto y el trato que es su consecuencia, había, conociéndose más de cerca, dispuesto sus antiguas prevenciones de partido.⁵⁸

Al igual que lo sucedido con la crítica al público, la prensa se refirió a la presencia de la élite política en las actividades musicales. Paradójicamente, si bien Rivadavia había asistido a la inauguración de la Escuela y de la Academia, solo una vez se hizo referencia a su presencia en el teatro.⁵⁹ Contrariamente, en tan solo poco más de un año, Dorrego asistió once veces al Coliseo Provisional.⁶⁰ Ante su primera asistencia se señaló que “Es agradable ver asistir al teatro a las autoridades; hacerlo frecuentemente está de acuerdo con el buen gusto y políticamente es

y eclécticas sociabilidades del ámbito cultural evidencian la posibilidad de dotar a dicho campo de un margen de autonomía respecto del derrotero político-institucional. Paula Bruno (dir.), *Sociabilidades y vida cultural. Buenos Aires, 1860-1910*, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, 2014.

⁵⁵ *El Argos de Buenos Aires*, N° 75, 2 de octubre de 1822.

⁵⁶ *Ibid.*, N° 56, 31 de julio de 1822.

⁵⁷ *Ibid.*, N° 39, 14 de mayo de 1823.

⁵⁸ Tomás de Iriarte, *Memorias*, vol. III: *Rivadavia, Monroe y la guerra argentino-brasileña*, Buenos Aires, S.I.A., 1994, p. 76.

⁵⁹ “El presidente y su comitiva estuvieron presente, y no había un solo asiento libre. Un extranjero (a juzgar por el teatro permanente concurrido), difícilmente podría suponer que Buenos Aires está bloqueada desde hace diecisiete meses”, en *The British Packet*, N° 44, 2 de junio de 1827.

⁶⁰ La asistencia de Juan Manuel Dorrego fue señalada en los siguientes números de *The British Packet*, N° 6, 6 de octubre de 1827; N° 68, 24 de noviembre de 1827; N° 70, 8 de diciembre de 1827; N° 75, 12 de enero de 1828; 7 de junio de 1826; N° 103, 26 de julio de 1828 (el diario hizo referencia a su presencia en dos días diferentes, durante la presentación de *Otello*, el 18 de julio, y de *La Vestale*, el 24 de julio); N° 105, 9 de agosto de 1828; N° 107, 23 de agosto de 1828, y N° 113, 4 de octubre de 1828.

digno de alabanza”.⁶¹ Su reiterada presencia en el palco oficial, al que concurrió con otras figuras políticas y con su círculo familiar, sirvió para señalar, insistentemente, que “Nos complace verlos en el teatro, creemos que es una demostración de buen gusto”.⁶²

El gusto de la civilidad: buen gusto musical y buenas formas de interacción social

Si bien la música se erigió como práctica constitutiva del hombre de buen gusto no todos los estilos tuvieron la misma función a la hora de habilitar tal juicio. La construcción y la utilización discursiva que se hizo de la música como práctica de buen gusto estuvo inmersa en un ideario estético particularmente relacionado con la ilustración y al que el repertorio musical porteño debía ajustarse: el clasicismo musical. No obstante, hasta que la ópera logró consolidarse, predominaron otros géneros líricos de procedencia española.

Aunque el éxito de las tonadillas fue socavado por las formas musicales asociadas a la ópera no desaparecieron abruptamente: las apreciaciones que esgrimieron los periódicos muestran la persistencia de dicho género músico-teatral. Conceptualizados como agentes corruptores del buen gusto y muestra de un pasado de subordinación al régimen español, las críticas fueron explícitas y, casi en su totalidad, establecieron un paralelo entre buen gusto y civilidad.

La tonadilla constituyó, así, un género duramente criticado y conceptualizado como antítesis del buen gusto. Ni siquiera la Sociedad del Buen Gusto por el Teatro⁶³ pudo evitar que, en 1819, dos años después de su formación, la crítica describiera que en la función teatral “se cantó una tonadilla titulada de las *Músicas*, que con justificación debiera llamarse del *Escándalo* y de la *Insolencia*; y lo más gracioso es, que el escuchar estas obras de inmoralidad y de corrupción nos cuesta mucho dinero”.⁶⁴

Una primera lectura llevaría a pensar que la sanción a la ejecución de tonadillas fue la consecuencia lógica del proceso de autonomía política y cultural del Buenos Aires post proceso revolucionario. Si bien no se pretende desechar esta idea, es preciso agregar que las tonadillas –en tanto género músico-teatral– ya habían sido descartadas de los programas en su país de origen: España. Al ser denunciadas como corruptoras del buen gusto en diversos periódicos, la Comisión de Teatros de Madrid tomó la decisión de retirarlas de escena en la temporada 1809-1810.⁶⁵

Sumada a la crítica que se dirigió a la calidad musical y argumentativa, se erigió el sainete como vestigio de un pasado que era menester erradicar dado que “así como el Asentista ha tenido la civilidad de proscribir de nuestro teatro los deliciosos sainetes que nuestros mayores nos legaron como su más fiel retrato, el Sr. Rosquellas hubiera evitado darnos por sainete el

⁶¹ *The British Packet*, 29 de septiembre de 1827, N° 60.

⁶² *Ibid.*, 12 de enero de 1828, N° 75.

⁶³ Aduciendo la iniciativa a Juan Martín de Pueyrredón, *El Censor* comunicó en julio de 1817 la fundación de la Sociedad del Buen Gusto por el Teatro. Con el objetivo de impulsar la programación teatral y promocionar obras de carácter formaron cuatro grupos que tuvieron tareas disímiles pero complementarias: la creación y selección de obras, la revisión y censura a fin de evitar espectáculos que se considerasen de mal gusto, la composición y elección de piezas de canto y música y, por último, la redacción de un reglamento interno provisorio. Sobre su fundación véase *El Censor*, N° 98, 31 de agosto de 1817.

⁶⁴ *El Americano*, N° 12, 18 de junio de 1819 (cursivas en el original).

⁶⁵ Ana María Freire López, *El teatro español entre la ilustración y el romanticismo. Madrid durante la guerra de la Independencia*, Madrid, Iberoamericana, 2009, pp. 231-232.

Contrabandista, la Tirana, y el Bolero”.⁶⁶ Un mes después, los autodenominados “amantes de Mélpomene y Talia” –musas griegas del drama y la comedia– redactaron una nota en la que, con un tono irónico y buscando provocar un efecto de complicidad en los lectores, se erigieron en contra de los sainetes. En efecto, la crítica afirmó que: “A las concertadas y brillantes Arias [...], a su música armoniosa y celestial con que se deleitaba al pueblo de Buenos Aires concluida la representación teatral, se han substituido los muy morales y chistosísimos sainetes, tan propios para un pueblo civil y que trata de regenerar sus costumbres”.⁶⁷

Las formas musicales opuestas a ambos soportes fueron, al menos hasta que se reprodujeron óperas completas, las arias instrumentales y cantadas. Consideradas sinónimo de buen gusto habilitaron, tal como describió *El Argos*, una escucha atenta: “Todos los concursos dieron pruebas de su buen gusto en el placer y profundo silencio con que escucharon diferentes piezas de música vocal e instrumental”.⁶⁸

En este sentido, durante 1823, el primer año en el que las arias predominaron en la programación musical, la prensa intentó describir cuáles eran las sensaciones que emergían durante su percepción. Refiriéndose a un concierto miscelánico –también preferido en aquel período– *El Argos* procuró ser exhaustivo en su descripción y manifestó que: “Si acertáramos a retratarlas según su mérito [...] en la obertura lo atrevido, grande y sublime, en la aria del Sr. Picazari lo bello bajo su estilo sin afectación [...] en la aria del aficionado lo más patético del sentimiento causado por una voz dulce y una composición análoga [...] en la aria de la flauta que cantó el Sr. Moreno, lo armonioso y agradable”.⁶⁹

Afirmando insistentemente que “Solo desde hace poco que se presentan óperas y en esta especialidad ningún Estado sudamericano ha progresado tanto”,⁷⁰ los criterios para instituir la como sinónimo de buen gusto fueron dos: el efecto producido por los sonidos y, consecuentemente, el nivel de contemplación del público. El público, tal como lo erigió la prensa, también señaló aquellas ejecuciones que, creía, eran de nivel. Afirmando que “las habilidades de algunos de los músicos nos hacen olvidar por momentos de nuestra posición geográfica”,⁷¹ las secciones dedicadas a la crítica musical repararon en que estos eran capaces de lograr que el público realizara una escucha atenta.

En la reseña de una de las tantas actuaciones de Virgilio Rabaglio –instrumentista y fundador de la Academia de Música– se afirmó que el público “supo distinguir sus talentos y prodigarles unos elogios que no eran arrebatados por la parcialidad ó el capricho”.⁷² Esta legitimación de la profesionalidad de Rabaglio, en tanto músico talentoso, muestra cómo el buen gusto se constituyó en la práctica como el producto de una experiencia que evaluaba y determinaba mediante el uso de la razón. En tanto que no fueron “caprichos” arbitrarios, el placer o el disgusto que provocaba el consumo de un determinado soporte cultural fueron la verdad estable y eterna de los dictados de la razón.⁷³

⁶⁶ *El Argos de Buenos Aires*, N° 51, 4 de julio de 1824.

⁶⁷ *El Teatro de la Opinión*, N° 8, 6 de agosto de 1824.

⁶⁸ *El Argos de Buenos Aires*, N° 75, 3 de octubre de 1822.

⁶⁹ *Ibid.*, N° 44, 4 de junio de 1823.

⁷⁰ *The British Packet*, N° 5, 2 de septiembre de 1826.

⁷¹ *El Centinela*, N° 33, 16 de marzo de 1823.

⁷² *El Teatro de la Opinión*, N° 8, 6 de agosto de 1824.

⁷³ Anthony Pagden, *La ilustración y sus enemigos. Dos ensayos sobre los orígenes de la modernidad*, Barcelona, Península, 2002.

Pablo M. Rosquellas, considerado el responsable de consolidar la ópera en Buenos Aires, también recibió la aprobación de los oyentes en su concierto de presentación. Luego de escucharlo cantar música italiana:

El público quedó tan contento con él por los aplausos que obtuvo, como el debe estarlo del público, pues la repetición y oportunidad de los aplausos que obtuvo deben haberlo convencido de que en las orillas del Río de la Plata se sabe lo que es el gusto, del mismo modo en que se saben otras cosas, que nos han elevado a la altura en la que nos hayamos hoy.⁷⁴

Sistemáticamente, en la prensa se refirió su figura particularmente al impulso que otorgó para la consolidación de la ópera. Expresando que al cantar manifestaba “un sentimiento pronunciadísimo y produce un gran efecto en el espectador”,⁷⁵ el público, en consecuencia, mostró “que dóciles y obedientes las pasiones del concurso, recibieron los movimientos que el profesor les comunicaba”.⁷⁶

Conclusiones

El análisis de la programación y el abordaje de las secciones de crítica y promoción que la prensa realizó de lo musical posibilitaron analizar el proceso de conformación y consolidación de la cultura musical en Buenos Aires. Permitieron pensar, al tiempo que discutir, aquellos estudios y perspectivas teóricas que entienden lo musical ya sea como un acto que se reduce a la música escrita o como un mero reflejo de las divisiones sociales. Posibilitaron, en última instancia, ver cómo el gusto y el buen gusto dependieron de los efectos y las consecuencias del objeto que motivó dicho gusto, de aquello que hizo y de aquello que habilitó hacer.

En este sentido, el gusto no emergió como una estrategia de automática diferenciación social ni como la consecuencia directa del efecto de un determinado soporte cultural, tal como plantean las teorías homológicas. Fue, por el contrario, una práctica situada que conllevó objetos, medios, dispositivos, espacios, decisiones individuales y colectivas. De manera paulatina, aunque sistemática, la música lírica italiana fue introducida en las funciones del teatro Coliseo Provisional hasta convertir la ópera *buffa* en sinónimo de cultura elevada.

La consolidación del género lírico italiano, lejos de haber sido una simple imposición política, fue la consecuencia de múltiples causas: la regular asistencia del público, la familiarización de este con los soportes líricos españoles y la libertad de acción –o falta de intervención– que el Estado otorgó al teatro, a las compañías, asentistas y empresarios intervinientes. La injerencia de Rosquellas, la estabilidad de la compañía por él creada y el origen de los cantantes que la integraron constituyeron los fundamentos para que pudiera llevarse a cabo aquello que aquí denominamos un proceso de educación de la escucha del público. Formas musicales y géneros se hicieron familiares y, en consecuencia, redundantes dentro de un marco estilístico. Así, los que comenzaron como oyentes de arias en duetos finalizaron como aficionados a eventos culturales de mayor complejidad: la ópera.

⁷⁴ *El Centinela*, N° 31, 2 de marzo de 1823.

⁷⁵ *El Tiempo*, N° 15, 15 de mayo de 1828.

⁷⁶ *El Argos de Buenos Aires*, N° 5, 18 de enero de 1823.

Asimismo, las secciones –cada vez más extensas y sistemáticas– que la prensa dedicó a la crítica y a la promoción construyeron una forma seria de escuchar, estableciendo aquello que tendría que ser el buen gusto musical. El polisémico concepto sirvió, así, para delimitar aquello que la música debería habilitar tanto respecto a los juicios estéticos como a las formas de interacción social. Ya que era la razón la que debía actuar como filtro de los sentimientos y las emociones provocados por una experiencia estética, tanto la sanción de hábitos y costumbres, la crítica de géneros y estilos musicales como el reconocimiento de las virtudes de instrumentistas y cantantes conformaron juicios de buen gusto. Complementariamente, también refirió a las buenas formas, a los vínculos de interacción que legitimaron a la élite como grupo portador de la civilidad y, en consecuencia, la erigieron como el sustento de un gobierno ilustrado.

La continuación del impulso rivadaviano una vez cancelado dicho período invita a reflexionar sobre las limitaciones de las periodizaciones propias de la historia política. En la búsqueda de reconstruir un entramado social otrora enfrentado políticamente, la prensa construyó las funciones lírico-musicales desarrolladas en el teatro como un espacio de encuentro y diálogo. Una incipiente esfera cultural, y ya no el efecto inmediato de planes de gobierno fijados, a su vez, por una autoridad política, sería la encargada de erigir una civilidad, aunque ilustrada y con anhelos de universalidad, excesivamente reducida. □

Bibliografía

- Aliata, Fernando, *La ciudad regular. Arquitectura, programas e instituciones en el Buenos Aires posrevolucionario, 1821-1835*, Buenos Aires, UNQ/Prometeo, 2006.
- Allier, Roger, *¿Qué es esto de la ópera? Introducción al mundo de la lírica*, Barcelona, Robinbook, 2008.
- Barthes, Roland, *Lo obvio y lo obtuso. Imágenes gestos, voces*, Barcelona, Paidós, 1986.
- Benzecry, Claudio, *El fanático de la ópera. Etnografía de una obsesión*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2012.
- Bosch, Mariano, *Historia de la ópera en Buenos Aires: Origen del canto i la música. Las primeras compañías i los primeros cantantes*, Buenos Aires, El Comercio, 1905.
- Bourdieu, Pierre, *La distinción*, Madrid, Taurus, 2012.
- Bruno, Paula (dir.), *Sociabilidades y vida cultural. Buenos Aires, 1860-1910*, Bernal, UNQ, 2014.
- Buch, Esteban, *O juremos con gloria morir. Historia de una épica de Estado*, Buenos Aires, Sudamericana, 1994.
- Carredaño, Consuelo y Victoria Eli (eds.), *Historia de la música en España e Hispanoamérica. La música en Hispanoamérica en el siglo XIX*, Madrid, Fondo de Cultura Económica, 2010, vol. VI.
- Cruces, Francisco, “Niveles de coherencia musical. La aportación de la música a la construcción de mundos”, *Revista Transcultural de música*, 2002, vol. 1, N° 6.
- Freire López, Ana María, *El teatro español entre la ilustración y el romanticismo. Madrid durante la guerra de la Independencia*, Madrid, Iberoamericana, 2009.
- Gallo, Klaus, “Un escenario para la feliz experiencia. Teatro, política y vida pública en Buenos Aires. 1820-1827”, Graciela Batticuore, Klaus Gallo y J. Myers (comps.), *Resonancias románticas: ensayos sobre historia de la cultura argentina, 1820-1890*, Buenos Aires, Eudeba, 2005.
- Gesualdo, Vicente, *Historia de la Música en la Argentina*, Buenos Aires, Beta, 1966, vol. I.
- González, Juan Pablo, *Pensar la música desde América Latina*, Buenos Aires, Gourmet, 2013.
- Helmut, Jacobs, *Belleza y buen gusto. La teoría de las artes en la literatura española del siglo XVIII*, Madrid, Iberoamericana, 2010.

Hernández Salgar, Oscar, "La semiótica musical como herramienta para el estudio social de la música", *Cuadernos de música, artes visuales y artes escénicas*, vol. 7, N° 1, 2012, pp. 39-77.

Hontilla, Ana, *El gusto de la razón. Debates de arte y moral en el siglo XVIII español*, Madrid, Iberoamericana, 2010.

Molina, Eugenia, "De recurso de pedagogía cívica a instrumento de disciplinamiento social: el espectáculo teatral en el programa reformista de la élite dirigente rioplatense (1810-1825)", *Prismas. Revista de historia intelectual*, Bernal, UNQ, 2004, N° 8, pp. 33-58.

Myers, Jorge, "Las paradojas de la opinión. El discurso político rivadaviano y sus dos polos: el 'gobierno de las luces' y 'la opinión pública, reina del mundo'", en Hilda Sabato y Alberto R. Lettieri (comps.), *La vida política en la Argentina del siglo XIX: armas, votos y voces*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2003, pp. 75-95.

Pagden, Anthony, *La ilustración y sus enemigos. Dos ensayos sobre los orígenes de la modernidad*, Barcelona, Península, 2002.

Pelletieri, Osvaldo (comp.), *Historia del teatro en Buenos Aires. El período de la constitución (1770-1884)*, Buenos Aires, Galerna, 2005.

Plesch, Melanie y Gerardo Huseby, "La música desde el período colonial hasta fines del siglo XIX", en José Emilio Burucúa (comp.), *Nueva historia argentina. Arte, sociedad y política*, Buenos Aires, Sudamericana, 1999, pp. 65-110.

Seigbel, Beatriz, *Historia del teatro argentino. Desde los rituales hasta 1920*, Buenos Aires, Corregidor, 2006.

Tia DeNora, "La música en acción: constitución del género en la escena concertística de Viena, 1790-1810", en Claudio Benzecry, *Hacia una nueva sociología cultural. Mapas, dramas, actos y prácticas*, Bernal, UNQ, 2012, pp. 187-213.

Trenti Rocamora, José Luis, *El Teatro en la América Colonial*, Buenos Aires, Huarpes, 1947.

Weber, William, *La gran transformación en el gusto musical. La programación de conciertos de Haydn a Bach*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2011.

Wilde, José Antonio, *Buenos Aires desde setenta años atrás*, Buenos Aires, Eudeba, 1966.

Resumen / abstract

Gusto y buen gusto en la cultura musical porteña (1820-1828)

El objetivo de este artículo es analizar el proceso de configuración de la cultura musical en Buenos Aires durante el período 1820-1828. Esto supone indagar en torno a las convergencias y distanciamientos de la cultura musical en relación con la agenda del rivadavianismo y a la relación entre el programa ilustrado y la experiencia del género lírico durante dicho período. A fin de comprender este proceso, se organiza el trabajo en dos secciones. En la primera, se analiza el proceso en el que se consolidaron determinadas formas musicales a fin de problematizar la transformación del gusto musical y la consolidación del género operístico. En la segunda, se aborda la relación entre la propaganda, la crítica musical y la configuración discursiva de un estándar normativo de buen gusto.

El abordaje que nos proponemos en este trabajo busca poner en tensión la imagen que tanto la historiografía como la musicología erigieron de las

Taste and good taste in the musical culture of Buenos Aires (1820-1828)

The aim of this paper is to analyze the configuration process of musical culture in Buenos Aires during the period 1820-1828. This involves inquiring about the convergences and separations of musical culture in relation to the political program of rivadavianismo as well as the influence of the enlightenment and experience of lyric program during that period. To understand this process, the work is organized into two sections. In the first, we analyze the process of transformation of the musical taste and the consolidation of the operatic genre. In a second instance, we inquire the relationship between propaganda, music criticism and discourse configuration of a normative standard of taste.

The approach we propose in this paper discusses the idea that historiography as musicology constructed of musical activities: leisure practices or composition and performance are reduced to written music.

actividades musicales: prácticas de ocio y distinción o de composición y ejecución que se reducen a la música escrita. Por el contrario, se busca mostrar que la cultura musical porteña fue una compleja esfera artística en la que confluyeron diferentes intereses estéticos y políticos.

Palabras clave: Cultura musical - Gusto - Buen gusto - Ópera - Buenos Aires

Rather, it seeks to show that the Buenos Aires musical culture was a complex artistic sphere in which converged different aesthetic and political interests.

Key words: Musical culture - Taste - Good taste - Opera - Buenos Aires

Fecha de recepción del original: 31/3/2015

Fecha de aceptación del original: 26/10/2015

*Los sabios, entre la Ciencia y la Nación: Lugones en su Revue Sud-Américaine (1914)**

Margarita Merbilhaá

IDIHCS UNLP-CONICET / CONICET

Entre tantos estudios dedicados a la obra y a la figura de Leopoldo Lugones, resulta llamativo el escaso interés de la crítica por la *Revue Sud-Américaine*, fundada y dirigida por él en París durante el primer semestre de 1914. Por cierto, no se trató de una revista literaria –aunque dedicara unas páginas a la publicación de poesía– sino de actualidad geopolítica, económica, científico-tecnológica y cultural (con artículos sobre lo que por entonces se entendía como psicología colectiva). Su breve vida, el hecho de haber sido íntegramente redactada en francés y su casi nula existencia en bibliotecas y archivos tanto del país como del extranjero sin duda también pudieron desalentar a los investigadores. Si bien en este trabajo me detendré en las intervenciones de Lugones a lo largo de la publicación que dirigió, antes quisiera referirme a algunos aspectos generales de este proyecto intelectual. La revista encierra, en efecto, algunos aspectos curiosos que merecen ser analizados, vinculados en primer lugar a su carácter de emprendimiento editorial, tales como el punto de enunciación intelectual que construyó en sus páginas para dirigirse, en tiempos muy inciertos, a la vieja Europa (¿cuándo no los hubo?). En segundo lugar, también la posición que la *Revue* construía para el *Nuevo Mundo* en materia de relaciones diplomáticas.

La *Revue Sud-Américaine*¹ estaba dirigida a dos tipos de lectores: los parisinos, ya fueran residentes latinoamericanos o franceses, y el público letrado de nuestro continente. Esto último se advierte en el hecho de que parte de su financiación provenía de la publicidad de productos franceses suntuosos (para consumir en la capital francesa), y también de servicios para sudamericanos en las dos direcciones, esto es, que implicaban el envío a distintas ciudades del

* Los siete números de la revista pueden consultarse en el cedINCI. Por otra parte, cabe señalar la excepción del artículo que Emilio Carilla dedicó a esta publicación en 1974 (“La revista de Lugones (la *revue Sud-Américaine*)”, *Thesaurus*, vol. xxxix, N° 3, 1974). La traducción del contenido de la revista es nuestra.

¹ En las páginas de la revista *Revue Sud-Américaine* figuran como gerentes “Sahores y Ojeda”. Según el secretario de la revista, Henry Davray, la financiaban estos “dos comerciantes argentinos que tenían un negocio de exportación en París y se contaban entre los admiradores de este joven prodigio” (en Davray, Henry D., “Leopoldo Lugones et la France”, en *Les Nouvelles littéraires, artistiques et scientifiques*, París, 20 de agosto de 1938, p. 4), y el periodista Jules Huret se encargaba de “los detalles materiales”, mostrándose muy exigente, al igual que Lugones, con los “comerciantes, impresores, proveedores de todo tipo a quienes había convocado [para editar la revista]” (Davray, *op. cit.*). En el número de homenaje a Lugones de la revista *Nosotros*, Baldomero Sanín Cano recuerda que Lugones había conseguido en la Argentina suscripciones del Ministerio de Relaciones Exteriores (*Nosotros*, 2ª época, “A Leopoldo Lugones”, año III, vol. VII, N° 26-27, mayo-julio de 1938, p. 341).

subcontinente desde París –para quienes se encontraban en el viejo mundo–, o la posibilidad de realizar transacciones desde el extranjero hacia Europa.² Por otra parte, la publicación editaba artículos sobre América Latina, que consideraba de interés tanto para latinoamericanos como para lectores franceses preocupados por los asuntos mundiales. Pero también incluía colaboraciones que trascendían la mera difusión de la actualidad continental y que estaban destinadas a estos dos tipos de lectores: encontramos otros artículos sobre Europa, tales como los que referían los desarrollos recientes de la industria aeronáutica militar y los cambios en materia de estrategia bélica, en Alemania y Francia, o una crónica mensual sobre modas –la única a cargo de una mujer–, o sobre las relaciones políticas entre los países europeos. Por último, a continuación de esas colaboraciones, se publicaban las crónicas mensuales sobre novedades científicas e industriales³ y reseñas bibliográficas de medicina, derecho o sociología. De este modo, contra lo que podría suponerse, estos artículos no se dirigían exclusivamente a lectores del extranjero, sino que al carecer de modalidades de apelación directa puede decirse que presuponían a un lector residente parisino, o quizás universal.⁴ Así lo anunciaba ya el folleto de presentación, que prometía: “la *Revue* alcanzará a toda la élite de ambos continentes”.⁵ De este modo, a la vez que desde el título asumía una identidad subcontinental, la revista aspiraba a constituirse en una oferta posible para un público ilustrado de cualquier país occidental, con intereses no exclusivamente nacionales.

En este sentido, como he analizado en otro trabajo,⁶ buscaba instalarse en la órbita de la más tradicional *Revue des Deux Mondes*, que lideraba esa porción del mercado, tanto en Fran-

² He analizado las distintas estrategias editoriales y de intervención desplegadas por la revista en “El momento continentalista de Lugones: la *Revue Sud-Américaine* (1914)”, en V. Delgado, A. Mailhe y G. Rogers (eds.), *Tramas impresas. Publicaciones periódicas argentinas (xix-xx)*, La Plata, FAHCE, 2014. Otra prueba de la circulación a la que aspiraba Lugones para su revista es la lista de tres datos que le pide por carta a Alfonso Reyes (del 20/12/1913), a quien frecuentaba en París: “1° Las dos o tres librerías más honradas de México (si tantas hay de esa condición) a las cuales pueda enviar mi revista para la venta y abono./ 2° Los dos o tres diarios con los cuales pueda establecer canje, para que den la noticia pertinente./ 3° Una lista de los residentes mejicanos (sic.) en París, a quienes dicha publicación interesaría” (Academia Argentina de Letras, *Homenaje a Leopoldo Lugones, 1874-1974*, Buenos Aires, 1975, p. 106).

³ La revista procuraba ofrecer conocimientos con fines prácticos, a través de estas crónicas o de artículos que funcionaban casi como instructivos. Por ejemplo, “Comment établit-on la carte d’un pays?” a cargo de un colaborador constante de la revista, el meteorólogo Henri Perrotin, que presenta un verdadero compendio de topografía destinado a “recordar los procedimientos que permiten establecer el mapa de un país nuevo” (“rappeler les procédés qui permettent d’établir la carte d’un pays nouveau”, *Revue Sud-Américaine*, N° 6, p. 346, cursiva mía).

⁴ Esto es así en el caso de las colaboraciones regulares de la revista, a diferencia de los artículos de personalidades a quienes se encargaba una contribución especial, como en las colaboraciones de Clemenceau, son una excepción en este sentido: en la primera, que abre el número 1, la interlocución resulta indirecta, al inferirse solo del tema (“La democracia en América”). Allí compara el estado actual de las sociedades de Norte y Sudamérica, frente a la “vieja Europa”, cansada o desgastada por el “estéril tumulto de las guerras” (“fatigué du stérile tumulte des guerres”, p. 10). En cambio, en su segundo artículo sobre “La politique française” (pp. 1-12) para la *Revue*, N° 4, en abril de 1914, los destinatarios son más explícitos: el periodista y político republicano (del ala Radical) presupone a un interlocutor extranjero, al confesar su escepticismo respecto de qué podrían comprender los extranjeros en la “muy complicada” política francesa, por no compartir una misma historia, lengua, costumbres y educación. Más aun: inmediatamente después, alude directamente a los lectores sudamericanos de la revista, cuando afirma que vale la pena la “conversación [...] con el intelectual brasileño, el hombre de la civilización argentina, sin duda el mejor público ante quien yo pueda proponerme exponer opiniones puramente francesas. No habré de sorprender a ninguno de los lectores de la *Revue Sud-Américaine* al sostener –algo que muchos ya saben muy bien– que, por su disposición natural, al francés le gustan las generalidades, las teorías, las doctrinas, y que alcanza la mayor felicidad cuando construye un buen sistema que le provea una filosofía del mundo y de sí mismo” (N° 4, p. 1).

⁵ “La *Revue* atteindra toute l’élite des deux continents” (*Revue Sud-Américaine*, Folleto de presentación, p. 3).

⁶ Cf. Merbilhaá, Margarita, “El momento continentalista de Lugones: la *Revue Sud-Américaine* (1914)”, en V. Delgado, A. Mailhe y G. Rogers (eds.), *Tramas impresas. Publicaciones periódicas argentinas (xix-xx)*, La Plata, FAHCE, 2014.

cia como en América Latina. La revista de Lugones podía abarcar este universo doble de lectores gracias al idioma elegido, por supuesto, y a cierto equilibrio que ofrecía entre los artículos dedicados a asuntos internacionales y aquellos que abordaban distintos aspectos de la vida política y cultural francesa y, en menor proporción, europea. Si esto era posible, es también por un *locus* común que asumía la revista, que, anclándose en una identidad occidental pero no europea, se situaba en un orden de pensamiento universal, para el que no existían fronteras. Esta estructura de sentimiento, en el sentido williamsiano, era compartida por muchos latinoamericanos cosmopolitas que, desde comienzos de siglo, imaginando una suerte de hermandad global del pensamiento, también venían desarrollando o habían desarrollado proyectos de revistas. Estas publicaciones tomaban la palabra, desde los propios centros europeos y especialmente París, para hablar de sus culturas locales pero también para evaluar las tendencias más recientes de las actividades culturales de Europa, su lugar de residencia.⁷ Se trató de una suerte de reorientación del cosmopolitismo, que estaba siendo devaluado por las presiones del nacionalismo. Así lo leemos, por ejemplo, en el prospecto adjunto en el que Lugones presentaba su revista:

Los maestros universales de la ciencia, la literatura, las artes, de todas las ramas del saber humano, han suscitado con igual intensidad, en América como en Europa, las mismas curiosidades, las mismas necesidades intelectuales.

Los métodos científicos, industriales, comerciales, financieros, militares, etc. se asemejan aquí y allá, rivalizan y crean una emulación que importa examinar y apreciar.

Grandes problemas políticos, económicos y sociales, de orden nacional o universal, provocan graves preocupaciones, inquietan a todos aquellos que participan de la actividad mundial: la *Revue Sud-Américaine* estudiará y expondrá estos problemas.

Como su título lo indica, la *Revue Sud-Américaine* se ocupará con una particular solícitud de Sudamérica, de lo que allí se dice, se piensa, se hace y de este modo asociará a la gran actualidad europea, la magnífica actividad de la República Argentina, del Brasil y de los demás países de la América Latina (pp. 1-2).⁸

En estos términos, lo local se vivía como universal, y viceversa. En el espacio de la publicación, resultaban indisociables la pertenencia nacional y la internacional de los intelectuales

⁷ Se trata de *El Nuevo Mercurio* (1907), dirigida por Enrique Gómez Carrillo; *Hispania* (1912-1915), fundada por Santiago Pérez Triana; *Gustos y Gestos* (París, 1910-1911) de Leo Merelo, *publicación destinada a las mujeres, y de corte más comercial*, y antecesora del suplemento "Elegancias", que salía con *Mundial Magazine* (1911), de Rubén Darío; *La revista de América* (1912), que dirigió Francisco García Calderón, y *Ariel. Revista de arte libre* (1912), de Alejandro Sux, que salió solo durante unos meses.

⁸ "Les maîtres universels de la science, de la littérature, des arts, de toutes les branches du savoir humain, ont suscité avec une intensité égale, en Amérique comme en Europe, les mêmes curiosités, les mêmes besoins intellectuels. /Les méthodes scientifiques, industrielles, commerciales, financières, militaires, etc. se ressemblent ici et là, rivalisent et créent une émulation qu'il importe d'examiner et d'apprécier.

De grands problèmes politiques, économiques, sociaux, d'ordre national ou universel provoquent de graves inquiétudes, préoccupent tous ceux qui participent à l'activité mondiale: la *Revue Sud-Américaine* étudiera et exposera ces problèmes. /Comme son titre l'indique, la *Revue Sud-Américaine* s'occupera avec une particulière sollicitude de l'Amérique du Sud, de ce qu'il s'y dit, de ce qu'on y pensó, de ce qu'il s'y fait, et elle rattacjera ainsi, à la grande actualité européenne, la magnifique activité de la République Argentine, du Brésil, et des autres contrées de l'Amérique Latine."

productores y de los consumidores letrados de la revista. Si olvidaban por un momento los mundos rurales de sus países y, sobre todo, a la mayoría de sus habitantes, el mundo –civilizado, urbano– se volvía uno. Por eso, incluso, leían con una misma lente la ausencia de *progreso* en las zonas rurales de Francia, España, Italia, Colombia, Argentina o Brasil. Así también, en la nota introductoria de un artículo sobre las posiciones enfrentadas de los republicanos que gobernaban el Estado francés, la redacción de la *Revue*, además de subrayar su intención de seguir publicando en cada número las opiniones divergentes de dos sectores políticos de un mismo país (Irlanda en el N° 1, Francia en el siguiente), justificaba la relevancia del debate francés por el hecho de que sus consecuencias interesaban “a todos los republicanos del mundo” (N° 2, p. 169). Esto ya anticipa algunas de las cuestiones que aparecerán en los artículos de Lugones de los que nos ocuparemos.

Las intervenciones de Leopoldo Lugones en la *Revue Sud-Américaine*

Si en los dos primeros artículos, de los números 1 y 2, Lugones pareció ceñirse al objetivo de brindar información reciente sobre “[...] la vida política y social, industrial y comercial, económica y financiera”, expuestos en el folleto de presentación de la revista que ya he mencionado, las colaboraciones de los números siguientes respondían inequívocamente a intereses previos de su director. A la vez, nos permiten conocer las orientaciones intelectuales que iba tomando en la nueva etapa de su vida, iniciada tras su decisión de instalarse en la capital francesa por un tiempo indeterminado.⁹ La iniciativa de crear una revista no resulta sorprendente, no solo por las condiciones de edición y de mercado en la “colonia latinoamericana” de París y en las ciudades de nuestro subcontinente para una publicación como esta, a las que ya me

⁹ En *Mi padre* (Buenos Aires, Centurión, 1949), la biografía que dedicó al escritor, Leopoldo Lugones (hijo) ofrece datos precisos sobre las circunstancias de la instalación de Lugones en París, en 1911, viaje que se costeó con el dinero cobrado por su *Historia de Sarmiento*, que le había encargado el entonces director del Consejo Nacional de Educación, José María Ramos Mejía. Sin llegar a exponer los motivos de la decisión del viaje, el hijo revela, sí, el disfrute de sus padres en Europa (“Pocas veces vi tan felices a mis padres como durante sus estadias en Europa”, *ibid.*, p. 214), el interés por la oferta cultural de París y su asidua contemplación de pinturas y, especialmente, de estatuas griegas en el Louvre (“con tesón ejemplar visitaba los museos y sitios de arte”, *ibid.*). Refiere también los vínculos con los argentinos instalados allí, con Rubén Darío, Jaimes Freyre, Amado Nervo y con el general Roca, de quien se mostraba, como se sabe, fiel admirador y seguidor. En 1912, siguió enviando a *La Nación* sus correspondencias desde Europa, y encargó el envío de sus libros al haber “seriamente planeado el propósito de vivir en Europa” (p. 221). Es entonces cuando comenzó a organizar la publicación de la *Revue Sud-Américaine*, tratativas que concluyó antes de regresar a la Argentina, entre los primeros meses de 1913 y agosto de ese año, estadía destinada a “resolver definitivamente algunos asuntos, dado que pensábamos instalarnos por muchos años en París. Tuvo también objeto el viaje la despedida de los padres del mío pues, reitero, quedaríamos luego en Francia diez, veinte años, en fin, qué sé yo”, p. 227). Por último, hay en la biografía dos datos que conviene destacar. Según el hijo, las conferencias del teatro Odeón se hicieron por encargo del mismo empresario que venía organizando, como espectáculos, las giras de conferencias de europeos al país: “Llegado Lugones de Europa, el empresario don Faustino da Rosa propúsole un ciclo de conferencias en el teatro del Odeón. Aceptó mi padre la propuesta. No versaron las disertaciones sobre lo que él había visto en el Viejo Mundo, no; como que habló de cosas bien argentinas [...]. Cuando seguramente esperaban los más que Lugones diera conferencias sobre un tema a la moda en Francia, héte aquí que el escritor sale con una serie de conferencias sobre ‘Martín Fierro’, el poema de Hernández. [...] [Lo] criticaron por sus conferencias”, pp. 230-231). El segundo dato es que la “parte francesa” de la *Revue Sud-Américaine* “estaba a cargo de Jules Huret. Su director General era mi padre” (p. 236). Ahora bien, curiosamente, el nombre de Huret no figura en ninguno de los siete números de la revista.

referí. También coincide con la actividad que llevaba adelante Lugones por esos años: desde 1907 vivía del periodismo, luego de haber renunciado al cargo de Inspector General de Enseñanza, siendo subdirector de *El Diario*, y cronista de *La Nación*.¹⁰

En el artículo inaugural de la revista, titulado “El Panamericanismo”,¹¹ Lugones presentaba una inusitada propuesta cuya repercusión no se hizo esperar, y que la propia revista se encargó de exhibir en los números siguientes: a través de una resignificación del panamericanismo, el escritor descartaba las ambiciones imperialistas estadounidenses y proponía entonces una acción común con ese país: las naciones “latinas” debían tomar parte en la aplicación del principio de no injerencia ideado por Monroe, haciendo suya tal doctrina, lo que evitaría entonces su uso abusivo por parte de los Estados Unidos. En América Latina solo había, continuaba Lugones, “cuatro países que por no necesitar más esa doctrina para subsistir, podían adoptarla: Argentina, Brasil, México y Chile”.¹² Pero el escritor aclaraba que no se trataba de formar una “liga antieuropea”, puesto que de ese continente venían “nuestra cultura y nuestros capitales, y, en gran medida, lo mejor de nuestra población”.¹³ Y, como fiel adherente y joven miembro del orden conservador, no dejaba de plantear que, para que este panamericanismo refundado pudiera ser más eficaz, era necesario completarlo con la doctrina del antiguo ministro de Roca, Luis María Drago (quien, además, colaboraría en números siguientes). Más allá de la audacia y la grandilocuencia de la propuesta, no puede dejar de destacarse el gesto creativo, la capacidad de inventiva que revelaba la iniciativa de diplomacia no oficial, o paraoficial, asumida aquí por Lugones, y nada menos que para presentar al mundo su pensamiento. Este es un rasgo que reaparece en las demás colaboraciones del escritor en la revista, y me interesa observar el efecto en cierto modo desjerarquizador, respecto de los centros europeos, que puede leerse en su perspectiva universalista sobre los fenómenos contemporáneos que se proponía analizar y exponer a los lectores.

De las relaciones exteriores, el escritor pasó, en el segundo número, a la economía y las finanzas, al escribir sobre “La Crisis Argentina”.¹⁴ Sin ser portavoz del régimen, Lugones se esmeraba en informar con datos y cifras precisos sobre el estado de prosperidad de la economía de su país, pese a una sacudida pasajera originada por la crisis de los Balcanes cuya repercusión era, según él, inevitable en “todos los países que tratan con los mercados europeos”. Su intento era mostrar que la reacción en las bolsas europeas había sido desproporcionada y que se debía al desconocimiento del estado económico de países como la Argentina o el Brasil. Podríamos decir que el tono del artículo es el de una doble reconvención, pues va en dos direcciones: por un lado, buscaba corregir errores de interpretación cometidos por el periodismo

¹⁰ Vale la pena referir las palabras de su hijo, que evidencia la centralidad que tenía el periodismo en su identidad social: “En el curso de su vida, nunca dio Lugones otra profesión que la de periodista. Cuando le preguntaban por qué no se daba un *grado* más y se ascendía a hombre de letras o literato, con reír, concomiase y contestaba: ‘¿Para qué? Si eso soy no más: periodista’” (Leopoldo Lugones (h.), *Mi padre*, op. cit., pp. 90-91). Debe tenerse en cuenta que, fuera de los círculos intelectuales (y sabemos que Lugones se medía más con la élite dirigente de su país), esa era una actividad socialmente más valorada que la de escritor, y de las pocas que no requerían aún de estudios formales ni título habilitante, lo que para un autodidacta significaba una buena opción.

¹¹ Lugones, “Le Panaméricanisme”, *Revue Sud-Américaine*, N° 1, París, 1914.

¹² “[...] quatre pays qui, n’ayant plus besoin de la doctrine de Monroe pour subsister, puissent l’adopter: l’Argentine, le Brésil, le Chili et le Mexique”, *ibid.*, p. 37.

¹³ “Car c’est d’Europe que nous viennent notre culture et nos capitaux et, en majeure partie, le meilleur de notre population”, *ibid.*, p. 38.

¹⁴ Lugones, “La Crise Argentine”, *Revue Sud-Américaine*, N° 2, París, 1914, p. 193.

francés y por los “mercados financieros” franceses. Lugones sugería que al ignorar las particularidades del mercado argentino, los periodistas se habían apresurado en vaticinar una crisis generalizada del país, confundiendo la quiebra de “unos tres o cuatro grandes especuladores”¹⁵ con la prosperidad general, y alimentando la “leyenda de las hipotecas excesivas, difundida especialmente en Europa”.¹⁶ Contra eso, el escritor aclaraba que la base económica argentina se fundaba en la producción, antes que en la especulación sobre las tierras, mostrando el crecimiento de las exportaciones, de los ferrocarriles, la ausencia de crisis de los salarios que se verificaba en la inexistencia de huelgas en los últimos años, pese al activismo de los sindicatos socialistas, entre otros datos... Y no dudaba en comparar la riqueza argentina con la francesa o la alemana.¹⁷ Casi podría analizarse como una reprimenda de su parte, que impugnaba al periodismo francés y a sus círculos de poder por haberse dejado llevar por las noticias engañosas que les llegaban de los pocos argentinos, “herederos incapaces”, que frecuentaban en Francia los altos círculos de la sociedad y las finanzas, y que habían sido víctimas de su propia fiebre especuladora.¹⁸

Pero por otro lado, Lugones se dirigía también a los sudamericanos, y con un tono aleccionador proponía una verdadera rectificación del rumbo de la actividad económica de su país, en este caso, advirtiendo sobre los peligros de la especulación financiera sobre las tierras (“Ya no será de la especulación sobre las tierras sino de la producción mucho más segura, en verdad, que llegará el dinero para gastar en viajes [a Europa] de instrucción o de placer”).¹⁹

El artículo interpelaba así a las élites dirigentes y proponía soluciones puntuales, tales como un mayor conocimiento de los movimientos de las bolsas europeas (al que de hecho, la *Revue* buscaba contribuir incluyendo crónicas bursátiles en cada número), el desarrollo de cooperativas agrícolas, o un fondo estatal de rescate destinado a que el Estado recuperara las tierras hipotecadas. Lugones se presentaba como el estudioso que aplicaba con pericia (y ostentaba) los saberes de la economía financiera, para describir el proceso económico y social del país, y contribuir a la prosperidad futura de su nación. Los artículos son así el espacio donde puede desplegar, aun desde la distancia del nuevo domicilio parisino, su rol de intelectual de Estado, pero paradójicamente desde una posición independiente. Pero aquí no terminan los aportes que tenía para ofrecer a sus contemporáneos de los dos continentes. En las demás colaboraciones, Lugones aborda temas sobre la ciencia, en cuya perspectiva resuenan sus viejas inquietudes teosóficas, y también otros temas que ya antes había indagado en sus distintas

¹⁵ “Trois ou quatre grands spéculateurs”, “La Crise Argentine”, *op. cit.*, p. 198.

¹⁶ *Ibid.*

¹⁷ “[Vaya si no se puede] confiar en un país como Argentina, cuya balanza comercial de 1912 supera por sesenta y ocho millones de francos a la francesa, y cuyas reservas en oro son de las mayores del mundo” (“Qu’ on déduise plutôt de là si l’ on peut faire confiance a un pays comme l’ Argentine, dont la balance commerciale de 1912 dépasse de soixante huit millions de francs celle de la France, et dont l’ encaisse en or est l’ une des plus fortes du monde”, *ibid.*, p. 199).

¹⁸ “Las constantes relaciones con personas que representan las “flor y nata” de Buenos Aires, mundana por antonomasia, hacen creer aquí que todo el país se encuentra en las mismas condiciones. Porque estos personajes han hipotecado sus propiedades, se deduce que todos los argentinos se encuentran en esa situación. Nada más falso que eso, sin embargo” [“De constantes relations avec des personnes qui représentent le ‘Tout Buenos Aires’, par antonomase mondaine, amènent à croire ici que le pays tout entier se trouve dans les mêmes conditions. Parce que ces personnages ont hypothéqué leurs propriétés, on en conclut que tous les argentins sont dans le même cas. Rien n’ est plus faux cependant”, *ibid.*].

¹⁹ “Ce n’ est plus de la spéculation sur les terrains mais sur la production, beaucoup plus sûre, en vérité, que viendra l’ argent à dépenser dans ces voyages d’ instruction ou de plaisir”, *ibid.*, p. 204.

funciones al frente de las políticas educativas estatales, que cruzaban las ciencias naturales y las matemáticas –disciplinas que estudió durante toda su vida– con la pedagogía. También publica, en el número 5, ya veremos con qué intenciones, la traducción de una de sus conferencias del teatro Odeón: “La música popular en Argentina”.²⁰

Las incursiones del poeta/sabio en los mundos de la ciencia

Es conocida la infinita, tenaz curiosidad de Lugones, que lo movía a leer y hablar de todos los temas, abarcar todos los territorios del saber o, cuando era funcionario en el ocaso del Estado conservador, asesorar en múltiples aspectos pedagógicos. Semejante a aquella “ambición de medirse con todas las palabras”, que observaba Borges respecto de su poesía,²¹ otra ambición, esta vez gnoseológica, parecía impulsarlo a medirse con todos los saberes, buscando al mismo tiempo un fin práctico, de acción concreta en el presente.²²

No sorprenderá entonces que, al abordar el artículo del número 3 dedicado a “Nuestra clasificación botánica”,²³ Lugones no resistiera a la tentación de mostrar sus conocimientos de botánica americana –aun cuando aclarara su falta de saber especializado–, para legitimarse en una función de intelectual promotor no oficial, *tantôt* diplomático, *tantôt* pedagógico, o incluso cultural. De hecho, varios de sus artículos se construyen, tal como veremos, alrededor de esa tensión entre el carácter no especializado de los conocimientos científicos de su autor (sobre botánica, geometría, etnografía, musicología y entomología) y la necesidad de mostrar y explararse sobre sus conocimientos (aunque fueran los de un autodidacta). Por encima de todo, Lugones esperaba instruir a los lectores, y en particular a las élites dirigentes, sobre la necesidad de los métodos de *observación* y *análisis* que él había aprendido, precisamente, de las ciencias naturales. En efecto, consideraba a estas últimas como bases epistemológicas fundamentales, que eran capaces de aniquilar definitivamente los resabios del dogmatismo religioso en la aventura del conocimiento. Este énfasis en los métodos de la observación de los fenómenos naturales (en definitiva, en los actos del sujeto cognoscente) no era menor para él, porque allí podía situarse un plus espiritual, un componente individual en la relación positivista con el saber. En cierto modo, operaba una suerte de presión sobre los límites del conocimiento positivista, que aparece en distintos momentos de sus colaboraciones en la revista.

Ahora bien, a diferencia del científico, Lugones subordinaba (censurándolo) el interés puramente gnoseológico a sus obligaciones como intelectual-sabio, conocedor de las necesidades económicas y, por ende, políticas de su nación y también de las repúblicas vecinas. Así es como en “Nuestra clasificación botánica” y en “Algunas consideraciones sobre Geometría

²⁰ Lugones, “La musique populaire en Argentine (avec un supplément musical hors-texte)”, *Revue Sud-Américaine*, N° 5, París, 1914, p. 183.

²¹ Borges, “Prólogo”, en L. Lugones, *El payador y antología de poesía y prosa*, Caracas, Ayacucho, 1979, p. x.

²² “¿Qué cosas leía con predilección Lugones? Aplicábase a los tratados de ciencias, poco a los de literatura, no mucho a los de filosofía. Por las novelas no pasaba sus ojos [...]. Gustaba mi padre de las matemáticas cuya lectura, con adoctrinarle, dábale disciplina intelectual y resultábasele pasatiempo. Íbase después por las ciencias naturales. Deleitábase su espíritu investigador por los senderos endiablados de la etimología”, Lugones (h.), *Mi padre*, *op. cit.*, pp. 180-181.

²³ En cuyo título el posesivo plural –aunque ambiguo a primera vista– enfatizaba el vínculo de pertenencia nacional/continental de quien firmaba el artículo, y acaso también de una porción de los lectores de la revista.

básica” (números 3 y 4 de la revista),²⁴ presentaba los fundamentos y los programas destinados a acompañar el proceso de modernización del país, aunque se tratara de dos materias bien distintas. Allí explicitaba esa función promotora de su parte, a la que me vengo refiriendo: en el primer artículo, destacaba la utilidad industrial y comercial de las plantas americanas (como el caso del caucho, el quebracho, las plantas medicinales) señalando la falta de una clasificación unificada de las especies, y lamentando incluso ciertos errores en las designaciones, atribuidos al hecho de que “los científicos europeos se arrojan a veces una excesiva autoridad para crear y suprimir géneros”.²⁵ Una vez presentada esta suerte de fundamentación, el director de la *Revue* proponía constituir “una clasificación uniforme y con ella, lo que podría llamarse el rol de la flora americana”; un “inventario racional de esta riqueza que interesa a todos los países del Nuevo Mundo, y corresponde a la ciencia de sus hijos ejecutarlo con la precisión deseada”.²⁶ Y aquí aparece su (insoslayable) papel de promotor intelectual, con funciones técnicas y diplomáticas no oficiales:

*Hace poco he tenido el honor de interesar sobre esta iniciativa al Presidente de la República Argentina, a quien pareció buena mi idea de constituir para tales fines una gran comisión americana, que sesionará por primera vez en Buenos Aires en 1916, durante los festejos del centenario de la Independencia. Ningún acto de solidaridad americana podría ser más noble y práctico a la vez. Cada nación concurriría con su haber científico, para elaborar el plan cuyas grandes líneas acabo de establecer, sin ninguna pretensión magistral; pues no quisiera someter un proyecto a quienes serán los encargados de realizarlo. Seré apenas el más aplicado de sus alumnos pues esta idea es, en suma, producto de mi ávida ignorancia.*²⁷

Como si fuera poco, el plan preveía la participación de los maestros y los alumnos de cada país, a quienes Lugones tenía en cuenta para que colaborasen en el relevamiento de las especies vegetales, a través de una “subcomisión de herbarios escolares” pues de este modo “la ciencia adquiere una importancia social dada por la difusión directa en el “pueblo”.²⁸ Por sus aplicaciones y métodos, agregaba, las ciencias naturales se presentaban como “importantes agentes de democratización”.²⁹ Vale la pena observar que esta es una de las pocas veces en que Lugones

²⁴ L. Lugones, “Notre Classification Botanique”, *Revue Sud-Américaine*, N° 3, París, 1914, y “Quelques propos de Géométrie élémentaire”, *Revue Sud-Américaine*, N° 4, París, 1914.

²⁵ “[...] les savants européens s’arrogent parfois une autorité excessive pour créer ou supprimer des genres”. Lugones, “Notre Classification Botanique”, *op. cit.*, p. 367.

²⁶ “[...] constituer une classification uniforme, et avec elle ce que nous pourrions appeler le rôle de la flore américaine, [...]. L’inventaire rationnel de cette richesse intéresse tous les pays du Nouveau Monde, et il appartient à la science de ses fils de l’exécuter avec la précision voulue”, *ibid.*

²⁷ “Il y a peu de temps j’ai eu l’honneur d’intéresser à cette initiative le Président de la République Argentine, qui a trouvé bonne mon idée de constituer pour cet objet une grande commission américaine dont la première sesión aurait lieu à Buenos Aires en 1916, lors de la célébration du centenaire de l’Indépendance. Il n’y aurait guère d’acte de solidarité américaine. Chaque nation soeur concourrait avec son avoir scientifique, à l’élaboration du plan dont je vais établir les grandes lignes, sans aucune prétention magistrale; car je ne veux que soumettre un projet à ceux qui sauront le réaliser. Je ne serai que le plus appliqué des élèves, cette idée étant en Somme le produit de mon ignorance avide”, *ibid.*, p. 368. La cursiva, nuestra, resalta la autoimagen de intelectual sabio, al servicio (universal) de la nación, incluso de las naciones, que vengo analizando.

²⁸ “La science occupant ainsi toute l’importance sociale que lui donnerait la diffusion directe parmi le peuple”, *ibid.*, p. 370.

²⁹ “[...] des agents importants de démocratisation”, *ibid.*

invoca al “pueblo” en la revista. Nótese que media en esa referencia una situación escolar, como si la entidad del pueblo solo fuera pensable, concebible, nombrable en el marco de una relación pedagógica. Aquí está la figura del intelectual sabio al servicio de la nación, para marcar el rumbo y trazar los fundamentos prácticos y espirituales necesarios para el progreso del país.

Eso es también lo que hace Lugones al presentar la primera parte de un manual de geometría, en la cuarta entrega de la revista. Esta vez, la relación entre ciencia y pedagogía ocupa el centro del artículo: el autor aprovecha para dar a conocer el programa estatal de reforma de los planes de estudio, y se presenta como su artífice:

En 1905, tuve el honor de presidir un congreso de profesores, oficialmente organizado en Buenos Aires para discutir las bases de los planes de estudios secundarios y normales. Se decidió que las ciencias naturales debían constituir la base de los planes de estudio, tanto por el lugar que ocuparían como por la preponderancia de sus métodos. El gobierno sancionó tales conclusiones.³⁰

Como en el caso de los herbarios *populares*, planeados por supuesto para ser regidos por la institución escolar, aquí también Lugones asocia la democracia a la República, y las contrapone al absolutismo (eclesiástico), para sostener la importancia de renovar los métodos de enseñanza, entendiendo que esos valores estaban abiertamente reñidos con los métodos dogmáticos de las instituciones educativas religiosas.

Pueden leerse aquí los ecos de la contraposición –cara a la teoría teosófica– entre, por un lado, la superstición y la credulidad, que según Helena Blavatsky, la cofundadora de la Sociedad Teosófica en Estados Unidos, eran los fundamentos de la “fe basada en la autoridad”, y, por otro lado, la “intuición espiritual”, movida por la “creencia y la intuición”.³¹ Si, en la evaluación de Lugones, el “clericalismo” defendía la centralidad de las matemáticas contra la de las ciencias naturales (“al no poder imponer las humanidades, como era su deseo”) era porque “creían encontrar en éstas una fuente de dogmatismo”,³² algo impracticable en el caso de las ciencias naturales, por su esencia misma, podría decirse. Pero el escritor explicaba que esa enseñanza de las matemáticas basada en la imposición de dogmas a los alumnos, que descartaba toda posibilidad de una especulación analítica, era responsable de la animadversión generalizada respecto de esa materia, que debía ser modificada. Lo que a su juicio urgía revisar era el tipo de “pedagogía”, que separaba artificialmente las distintas ramas (aritmética, álgebra, geometría después, etc.) y establecía definiciones autoritarias, contrarias según él a la esencia de las matemáticas, “expresión más elevada de la razón humana”.³³ A esto se oponía “la es-

³⁰ “En 1905, j’ai eu l’honneur de présider un congrès de professeurs, officiellement organisé à Buenos Aires pour discuter les bases des plans d’études secondaires et des écoles normales. On a décidé que les sciences naturelles devaient constituer la base des plans d’études, aussi bien par la place qu’ils occupent que par la prépondérance de leurs méthodes. Le gouvernement a sanctionné de telles conclusions”, Lugones, L., “Quelques propos de géométrie élémentaire”, *op. cit.*, p. 31.

³¹ Blavatsky, H., *La clave de la Teosofía. Exposición clara en forma de preguntas y respuestas de la ética, ciencia y filosofía para cuyo estudio ha sido fundada la Sociedad Teosófica* [1889], Madrid, Sociedad Teosófica Española, 2015, p. 127.

³² “Ne pouvant les humanités, tels qu’ils l’auraient souhaité”; “Ils croyaient trouver dans celles-ci une source de dogmatisme”, Lugones, L., “Quelques propos de Géométrie élémentaire”, *op. cit.*, p. 31 (para ambas citas).

³³ “Expression la plus élevée de la raison humaine”, *ibid.*

cuela de la democracia que no hacía sino proponer una verdad demostrada. Todo lo que llegara a imponerse por la fuerza material o mental sería un abuso despótico”.³⁴ Resultaba indispensable entonces revisar los “resabios de absolutismo” en la enseñanza, adoptando métodos capaces de transmitir la “sistematización de los conocimientos, en el ámbito científico, y la aceptación racional de ciertas orientaciones en lo moral”.³⁵

Citando su *Didáctica*, de 1910, Lugones se mostraba experto en la materia y sintetizaba el objetivo de reanudar el vínculo “profundo” entre las matemáticas y las ciencias naturales, aplicando a las primeras los métodos de la observación directa y la práctica experimental. De este modo, la propuesta planeada cuatro años atrás llegaba ahora a concretarse: Lugones anunciaba “en el presente número” la primera parte de un manual de geometría destinado a los maestros, que comenzaba con experimentos “en contacto directo con el mundo exterior, en el patio o en el jardín”,³⁶ y materiales didácticos no convencionales (varillas, sogas y cintas, etc.). El lector de la *Revue* podía así ser testigo de esa propuesta innovadora, de punta, comparable a las informaciones sobre las últimas tecnologías que abundaban en la publicación³⁷ o, si lo deseaba, podía incluso actualizar sus conocimientos de geometría. Por último, a lo largo de los siete capítulos del manual, se hacía posible una mediación ideal, para Lugones, con los lectores, en tanto sabio que desplegaba su ciencia autónomamente³⁸ y podía patentar sus conocimientos científicos de matemáticas. De este modo, se proponía mostrar gradualmente el método naturalista experimental para transmitirlo a otros lectores y, en sintonía con los principios teosóficos aplicados a la educación,³⁹ *iluminarlos* gracias a su magisterio, sin otro fin que el de hacer el *bien* buscando y mostrando la verdad.

Como sugerí unas páginas atrás, Lugones se debatía entre la tentación de desplegar su erudición y ocupar el lugar del científico, por un lado, y su voluntad de ser un publicista experto, dedicado a brindar orientaciones en los asuntos políticos, diplomáticos del presente. Lo primero se vuelve evidente en las numerosas páginas dedicadas, como hemos visto, a explicar las nociones de geometría o en los extensos párrafos en los que brindaba información en materia de botánica, enumerando distintas especies y sus propiedades para la industria, corri-

³⁴ “L'école de la démocratie qui ne faisait que proposer une vérité démontrée. Tout ce qui arrivait à s'imposer par la force matérielle ou mentale serait un abus despotique”, “Quelques propos de Géométrie...”, *op. cit.*, p. 32.

³⁵ “une systématisation des connaissances, dans le domaine scientifique, et l'acceptation rationnelle de certaines orientations dans le domaine moral”, *ibid.*

³⁶ “[...] en contact direct avec le monde extérieur, dans la cour ou dans le jardin”, *ibid.*, p. 34.

³⁷ En cada número se podía leer la crónica de la sección a cargo de Henri Perrotin titulada “Le mois scientifique et industriel” (el cronista era el hijo de un astrónomo reconocido, homónimo, que dirigió una expedición a Río Negro en 1882).

³⁸ Léase al respecto la solemnidad de la declaración que ocupa un párrafo aparte en la introducción del manual de geometría: “Está claro que en ningún caso me someteré servilmente a tratado alguno. Éste sólo me brindará orientaciones, sin limitar jamás mi iniciativa” [“Il est sûr qu'en aucun cas je me soumettrai servilement a quelque traité. Celui-ci me fournira des orientations, sans jamais limiter mon initiative”], “Quelques propos de Géométrie...”, *op. cit.*, p. 36.

³⁹ Así definía Helena Blavatsky el ideal pedagógico de su Sociedad teosófica: “Si tuviésemos recursos fundaríamos escuelas [en las que] debiera ante todo enseñarse a los niños la propia confianza, el amor a todos los hombres, el altruismo, la caridad mutua, y más que nada a pensar y razonar por sí mismos. Reduciríamos el trabajo puramente de la memoria a un mínimo absoluto y emplearíamos el tiempo en el desarrollo y ejercicio de los sentidos, facultades y capacidades latentes. Nos esforzaríamos en tratar a cada niño como una unidad, y en educarlo de modo que produjese la manifestación más armoniosa e igual de sus poderes, para que sus aptitudes especiales hallasen su completo y natural desarrollo. Aspiraríamos a crear hombres y mujeres libres, libres intelectualmente, y despreocupados bajo todos conceptos y sobre todo, antiegoístas...” (*La clave de la Teosofía...*, *op. cit.*, p. 156).

giendo nomenclaturas, citando los nombres en latín. O incluso, en los consejos que exponía el escritor en materia tecnológica, al presentar especies autóctonas que, dada su abundancia, podrían sustituir las que se usaban en la industria papelera, y así evitar la “devastación” forestal... Por el espacio de unas páginas, Lugones se convertía, por ejemplo, en un naturalista que había explorado la flora americana y emitía una opinión a propósito de los tres nombres científicos que había recibido la *jarilla* argentina: “Si fuera botánico, eliminaría esta última [designación] pues se trata, a mi entender, de la *divaricata* pero algo más lustrosa por la ausencia de polvillo en el suelo montañoso donde crece”.⁴⁰ Seguían en el artículo otras enumeraciones y antes de concluir, acaso advirtiendo la desmesura del gesto, Lugones se retractaba expresando una autocensura y emitiendo un juicio general sobre su propia conducta:

Este pedantismo pueril [de multiplicar los nombres de una misma especie según los distintos países], en razón de su facilidad, incita a la semi-ciencia; yo mismo acabo de dejarme llevar por él. Como sea, decidirán los botánicos, pues mi único propósito ha sido reforzar con la enunciación de estas dudas, mis afirmaciones críticas.

A esto se suman, para aumentar la confusión, los brotes frecuentes de vanidad personal y las consideraciones patrióticas, tan respetables como inapropiadas.⁴¹

Pese a este juego de proyecciones, sin embargo, el impulso ha quedado bien asentado en la página. Más aun: unas líneas después, Lugones reincide en el afán de encarnar al sabio, con nuevos *ex cursus*, tales como la referencia a recientes propuestas acerca de la utilidad de la ornitología para la agricultura, de la botánica para el control del clima y, finalmente, con unos puntillosos lineamientos del proyecto de la comisión latinoamericana destinada a la clasificación botánica de las especies regionales. Incluso después de presentar ese plan, el autor dedica un espacio a instruir a los lectores sobre descubrimientos de hidrología que habían revelado el misterio de los bosques del gran Chaco, en una región tan seca. Ahora bien, ¿por qué aparecen tantas líneas dedicadas a transmitir esa información sobre diversos fenómenos naturales? En cada caso, es posible advertir el modo en que no se consignaban simplemente los datos científicos, como en un tratado de botánica, sino que se registraba la presencia del sujeto que los había observado o estudiado. Una vez más, el método se antepone a los resultados:

Nuestros bosques del Gran Chaco contradecían el principio meteorológico que establece una relación entre las lluvias y la densidad del monte. [...] Pero un día, se descubrieron las aguas artesianas, entre sesenta y ochenta metros. Ese hecho, sin explicar la anomalía, permite formular hipótesis pertinentes.⁴²

⁴⁰ “Si j’étais botaniste, je supprimerais cette dernière, qui est, à mon avis, la *divaricata* un peu lustrée seulement, par suite de l’absence de poussière dans le sol montagneux où elle croît”. Lugones, “Notre Classification Botanique”, *op. cit.*, p. 366.

⁴¹ “Ce pédantisme pueril, en raison de sa facilité, incite à la demi-science; et moi-même, je viens peut-être de m’y laisser aller. En tout cas, les botanistes décideront, car mon seul propos a été de renforcer par l’énonciation de ces doutes mes affirmations critiques/ A cela viennent s’ajouter, pour augmenter encore la confusion, les poussées trop fréquentes de vanité personnelle et les considérations patriotiques, aussi respectables que déplacées”, *ibid.*

⁴² “Nos forêts du Gran Chaco venaient contredire le principe météorologique qui établit une relation entre les pluies et la densité des futaies. [...] Mais un certain jour, on découvrit l’eau artésienne entre soixante et quatre-vingt mètres. Ce fait, sans expliquer l’anomalie, permet de formuler des hypothèses pertinentes”, *ibid.*, p. 373.

Le sigue una extensa explicación, que llega a su punto culminante cuando la prosa de Lugones se eleva hacia dimensiones poéticas. Por inspiración de los fenómenos naturales, su pluma ingresa en trances líricos, con metáforas, epítetos y nominaciones en singular, de los elementos esenciales de la vida:

Así seguiría manifestándose la *simpatía conjugal* del árbol y *el agua*. Habríamos descubierto que allí donde *el cielo* se muestra inclemente, las profundidades subterráneas tienen *sus lluvias oscuras y silenciosas*. Si no soy demasiado audaz, hay en esto poesía virgiliana. El dulce georgiano conocía, en efecto, la circulación de la vida terrestre por los poros y las venas del suelo, que el calor, decía, dilata y contrae a la vez [...].⁴³

Los versos de las *Geórgicas* de Virgilio asisten al escritor en el final del artículo, y de este modo refuerzan el sentido de excepcionalidad de la experiencia espiritual que alcanzaba a producir, en algunos seres, la contemplación de la naturaleza. En la metamorfosis que produce la escritura, las palabras del cronista, ahora poeta, podían encarnar las de Virgilio para arrojar una última enseñanza: que la voz del poeta era la más dotada para encontrar el fundamento espiritual último del conocimiento humano o, en palabras de Lugones, para “resum[ir] las aspiraciones de la ciencia” que Virgilio había sabido cifrar en “el epifonema triunfal *felix qui potuit...*”.⁴⁴

Resumiendo, podríamos entender en dos sentidos las incursiones por la ciencia de las cosas, estos *ex cursus* que Lugones no podía evitar, como núcleos vitales, intensos, a los que se entregaba, más allá de sus funciones racionalmente convenidas del intelectual sabio/promotor político: por un lado, confirman la propia posición de Lugones ante el conocimiento, por el valor que adquiere el saber informal, riguroso pero no académico que puede surgir aplicando metódicamente la observación y el análisis de cualquier fenómeno. La prueba de ese valor está, como vimos, en las digresiones respecto del objeto de cada artículo, donde el escritor se explaya sobre los más diversos temas científicos. Por otro lado, convalidan esa aventura del conocimiento científico que hizo posibles tales conocimientos como una aventura en última instancia espiritual, y de allí, entonces, confirman la autoridad del poeta como sujeto supremo de conocimiento.⁴⁵

La presencia considerable de artículos, crónicas y notas sobre temas científicos en la revista confirma la persistencia del interés de Lugones por las más variadas ramas del saber. A su vez, en el modo de tratamiento de los temas científicos es posible reconocer una cercanía con algunos presupuestos de la Teosofía, no solo en cuanto al culto que hacía el autor en torno del conocimiento en la vida de los hombres sobre la Tierra. También aparece en algunos de sus escritos una creencia respecto de los poderes ocultos de la Naturaleza y el convencimiento

⁴³ “Ainsi continuerait à se manifester la sympathie conjugale de l’arbre et de l’eau. Nous aurions découvert que là où le ciel est inclement, les profondeurs souterraines ont leurs pluies obscures et silencieuses. Si je ne suis pas trop hardi, c’est là de la poésie virgilienne. Le doux georgique connaissait la circulation de la vie terrestre par les pores et les veines du sol, que la chaleur, dit-il, dilate et contracte à la fois”, “Notre Classification Botanique”, *op. cit.*, pp. 373-374.

⁴⁴ “Résum[er] les aspirations de la science”. Lugones no cita el verso 490 completo, del Libro 2 de las *Geórgicas*: “Felix qui posuit rerum cognoscere causas” [“feliz aquel que pudo conocer las causas de las cosas”].

⁴⁵ Aquí puede entreverse la centralidad que el poeta otorgaba al conocimiento sobre la naturaleza y sus “trabajos y secretos”, en una clave que se acerca a la cosmovisión teosófica (Blavatsky, *La clave de la Teosofía...*, *op. cit.*, p. 18).

–propio de la doctrina teosófica– de que estos no se agotaban en sus fuerzas materiales.⁴⁶ El eco de las creencias teosóficas que Lugones atesoraba, como es sabido, desde su juventud, se advierte asimismo en otra de las contribuciones del escritor para su *Revue* sobre “La música popular en Argentina” (Nº 5), que es la primera versión del capítulo quinto de *El Payador*.⁴⁷ Soledad Quereilhac⁴⁸ ha mostrado de manera exhaustiva y muy convincente que la teosofía constituye en el caso de Lugones, y muy especialmente en esa obra, una matriz de pensamiento que organiza sus reflexiones sobre temas culturales o científicos. Así sucedía en los análisis sobre la música popular de los gauchos, donde Lugones puso en práctica algunos principios de la teosofía que le permitían comprender el canto popular de los gauchos y demostrar su belleza. En este sentido, la doctrina de las analogías ocultas entre las cosas le permitía explicar las conexiones entre naturaleza y cultura, y relacionar así los latidos binarios del corazón con las formas rítmicas de la danza, y de allí sus correspondencias con el canto y la música.⁴⁹ Véase por ejemplo la siguiente comparación:

⁴⁶ Véase por ejemplo: “Creemos en un Principio eterno, incognoscible, porque sólo la aberración ciega es capaz de sostener que el Universo, el hombre racional y todas las maravillas que hasta el mundo mismo de la materia encierra podrían haberse desarrollado sin el auxilio de *poderes inteligentes* que dirigiesen las funciones extraordinariamente sabias de todas sus partes” (*ibid.*, p. 128).

⁴⁷ Lugones, “La musique populaire en Argentine avec un supplément musical hors-texte”, *Revue Sud-Américaine*, Nº 5, París, 1914. El artículo no había formado parte de sus seis conferencias de junio de 1913 en el teatro Odeón (sobre ellas véase Arturo Capdevila, *Lugones*, Buenos Aires, Aguilar, 1973, p. 249). Puede conjeturarse que junto a su preocupación por relevar los aspectos esenciales de un carácter nacional que le urgía definir, la decisión de escribir sobre la música popular argentina fue suscitada por el éxito del tango en París, que era contemporáneo de su artículo, pues Lugones despreciaba esa canción urbana, inmigrante y de arrabal.

El artículo en francés tiene una sola variación, en el párrafo final, respecto del capítulo posterior incluido dos años después en *El Payador*. Si bien ella no implica un cambio muy relevante pues toca solo al último párrafo, cabe destacar que en el libro Lugones se extendió unas líneas más en su apreciación sobre el tango, que contraponía a la complejidad y pureza de la “música criolla”, más tradicional. Así, en el libro llegará a calificar el tango como “ese reptil de lupanar, tan injustamente llamado argentino, en los momentos de su boga desvergonzada”, entre otras valoraciones. Véase Lugones, *El payador y antología de poesía y prosa*, Caracas, Ayacucho, 1979, p. 93.

⁴⁸ Soledad Quereilhac (“El intelectual teósofo. La actuación de Leopoldo Lugones en la revista *Philadelphia* (1898-1902) y las matrices ocultistas de sus ensayos del Centenario”, *Prismas*, Nº 12, 2008), sostiene que “La formación teosófica de Lugones representa un elemento estructural de su pensamiento y de sus intervenciones, un verdadero arsenal ideológico y de recursos discursivos que el autor utilizó para pensar la nación o el desarrollo de su cultura” (p. 69). Otro hecho señalado por la autora se verifica plenamente en el desarrollo del proyecto editorial de la *Revue Sud-Américaine*: que la adhesión a la teosofía explica en Lugones “su interés y su erudición en temas tan variados como el interés por los avances técnico-científicos de su tiempo, el helenismo, las religiones orientales e incluso algunos aspectos de la tradición cristiana” (*ibid.*, p. 69). Finalmente, quisiera destacar que la última contribución de Lugones, en el número 7 (el último de la publicación), dedicada a la figura de Ameghino, fue una primera versión de la biografía del científico, que Lugones publicó dos años después en Buenos Aires. La lectura en clave teosófica de las teorías de Ameghino ya fue analizada por Soledad Quereilhac en su tesis *La imaginación científica. Ciencias ocultas y literatura fantástica en el Buenos Aires de entresiglos (1875-1910)*, Buenos Aires, UBA, Serie Las tesis del Ravignani, 2010), de modo que no me detendré en ella aquí. El retrato de Ameghino, el artículo sobre la música de los gauchos y la evocación de Sarmiento deslizada en el artículo del número 6 pueden comprenderse como una búsqueda de “arquetipos nacionales” –al decir de Chiáppori (en *Nosotros*, *op. cit.*, p. 56)– que Lugones desarrolló durante su residencia europea.

⁴⁹ La riqueza de la música criolla quedaba demostrada por su cercanía natural con la música griega (el interés por la antigüedad griega es otro aspecto que conecta los intereses de Lugones con los de los teósofos): “A propósito de estos recitados, existe, sin embargo, un hecho importante que revela una perpetuación, esta vez instintiva, de la música griega. Instintiva, es decir, más interesante, puesto que revela entre el alma argentina y el alma helénica analogías naturales que he estudiado con detención en mi libro *Prometeo*. Nuestros recitados (*Tristes*, *Estilos*, *Gauchitas*) están casi siempre en los modos lidio y dorio que forman, con el frigio, las tres principales gamas, entre las ocho derivadas de la escala griega, o descendente menor” [“A propos de ces récitatifs, il est cependant un fait important qui révèle une perpétuation, cette fois instinctive, de la musique grecque. Instinctive, par conséquent plus intéres-

En las sonatas de Beethoven, que representan la perfección musical alcanzada por el más grande de los músicos, las dos ideas fundamentales de la composición (pues esta no es ternaria sino en cuanto a su estructura) parecen seres vivos, como se ha dicho acertadamente. El tema rítmico representaría, pues, al sexo masculino, y la idea melódica al femenino. Así, del primitivo ritmo orgánico producido por el trabajo del corazón, el arte se ha elevado a la perfección espiritual.

Los trozos de música popular argentina que van a continuación, ofrecen ejemplos de todos los elementos antes mencionados. Son, por lo tanto, como toda música popular, cosa respetable para el pueblo cuya alma revelan.⁵⁰

A su vez, por la explicación teosófica de las sucesivas encarnaciones que regían los ciclos de vida en la Tierra, Lugones interpretaba la música popular como un organismo perfecto, que revelaba las migraciones de los elementos y las estructuras rítmicas desde la antigua Grecia hasta los tiempos modernos, en Europa y en las tierras americanas. Así, explicaba mediante el método de las analogías establecido por Blavatsky la identidad profunda entre la música popular de los gauchos y una sonata de Bach o de Beethoven, que hacía de la primera la expresión pura de la segunda, que por la fuerza evolutiva se había desarrollado, incorporando ornamentos que la volvían más sofisticada pero análoga en su esencia. Lugones sugería que, lejos de ser imitaciones de la música clásica occidental, los procedimientos estéticos presentes en una chacarera, por ejemplo, eran “coincidencias expresivas en el lenguaje del alma. El anónimo popular y el genio tienen en definitiva, el mismo corazón, fuente de toda melodía”.⁵¹

El sistema de creencias teosóficas ofrecía a Lugones un marco para interpretar “científicamente”, y, de paso, legitimar, un fenómeno cultural como la música popular argentina. Pero también le daba la oportunidad de desplegar sus saberes etnográficos y musicológicos. Pero además, es posible que la elección de esta conferencia, entre las demás que había pronunciado un año antes en Buenos Aires, se deba a que con ella podía intervenir en un fenómeno de actualidad que seguramente lo desvelaba, a saber, el éxito que desde 1913 venía teniendo el tango en París.⁵² Así creía contraponer esa música urbana asociada a los sectores urbanos inmigran-

sante attendu qu'elle révèle entre l'âme argentine et l'âme hellénique des analogies naturelles que j'ai étudiées de près dans mon livre *Prometeo*. Nos récitatifs (*Tristes, Estilos, Gauchitas*) sont presque toujours en mode lydien et dorien lesquels forment, avec le phrygien, les trois gammes principales parmi les huit dérivées de l'échelle grecque, ou descendante mineure”, Lugones, “La musique populaire en Argentine...”, *op. cit.*, p. 205. Nótese el uso reiterado del término “analogía”, propio del vocabulario teosófico.

⁵⁰ “Dans les sonates de Beethoven, qui représentent la perfection musicale atteinte par le plus grand des musiciens, les deux idées fondamentales de la composition (car celle-ci n'est ternaire que pour ce qui est de sa structure) paraissent être des entités vivantes, comme on l'a dit avec raison. Le thème rythmique représenterait alors le sexe masculin, et l'idée mélodique, le sexe féminin. Ainsi, du rythme organique primitif produit par le travail du coeur, l'art s'est élevé jusqu'à la perfection spirituelle/Les morceaux de musique populaire argentine qui vont suivre offrent des exemples de tous les éléments susmentionnés. Ils sont donc, comme toute musique populaire, une chose respectable pour le peuple dont ils révèlent l'âme [...]”, “La musique populaire en Argentine...”, *op. cit.*, p. 189.

⁵¹ “...des coïncidences d'expression dans le langage de l'âme. L'anonyme et le génie ont, en fin de compte, le même coeur, source de toute mélodie”, *ibid.*, p. 199.

⁵² Como se advierte en una de sus crónicas para *La Nación*, de abril de 1911 (“A la Moda”), su disgusto ante el éxito del tango lo acompañaba desde su primera instalación en París: “Cualquiera entiende el prejuicio moral que comporta el adjetivo argentino pegado a esa innoble y bastarda danza, con la cual canta sus folías de licencia la canalla mestiza de nuestro suburbio descaracterizado” (citado por Conil Paz, *Leopoldo Lugones*, Buenos Aires, Huemul, 1985, p. 135). Asimismo, el discurso del poeta, novelista y miembro de la Academia Francesa Jean Richepin dedicado al tango, fue una nueva ocasión para que Lugones disparara contra la pernicioso asociación de esa danza con la cultura argentina en su reseña sobre el discurso del académico francés para *La Nación*, a comienzos de 1914. La nota

tes, por la que sentía una gran aversión, a la pureza primitiva del folclore argentino, y por supuesto, despertar el interés de los lectores de la revista.

Si el sistema de creencias teosóficas no es explícito en la revista, no es solo por razones de conveniencia, que requerían sin duda que el director prescindiera de posicionamientos que resultaban cuanto menos marginales, secretos o heterodoxos. Debe entenderse, en el sentido en que lo analizó Quereilhac,⁵³ como un sistema de ideas que en las iniciativas intelectuales de Lugones funcionaba como marco conceptual general más que como cuerpo doctrinario a propagandizar. Era más bien, en este sentido, un fundamento de culto, exclusivista, que organizaba los variados intereses del poeta y, sobre todo, justificaba la necesidad de los sabios y los poetas en tanto motores o estímulos para el desarrollo del espíritu superior, de indagar en el “lado oculto de la Naturaleza”,⁵⁴ si se entendía que la meta final de esta era la “transformación gradual de la materia en su elemento primordial, el espíritu”.⁵⁵

Nuevas alusiones al carácter formativo para el intelecto que encerraban las ciencias naturales también aparecen en “Tres hechos de historia natural”,⁵⁶ publicado en el número 6. Me interesa destacar la centralidad que tiene el relato autobiográfico de Lugones sobre su iniciación científica, que elige a un ilustre destinatario, nada menos que al entomólogo Jean-Henri Fabre,⁵⁷ a quien cita en el epígrafe, e invoca como su gran maestro:

Es por esto que me he permitido situar bajo la invocación de este sabio mi humilde contribución, *que quizá llegue a interesarle*, al venir de tierras tan lejanas. Nada más revelador de la virtud comunicativa del espíritu francés que Fabre encarna tan bien. Y creo que mi destino puede presentar cierto interés pues me da la oportunidad de *presentar al ilustre anciano* —a mí también me salpica la espuma de las olas— la gratitud del niño a quien sin saberlo, supo revelar la verdad y el bien, en aquel pueblo alejado allende los mares. Aquel libro me enseñó a observar la naturaleza, hábito que nunca abandoné.⁵⁸

fue recogida en la sección “La France jugée à l'étranger” por la escritora Lucile Dubois, en la “Revue de la quinzaine” del *Mercury de France*. La autora transcribe extensamente la nota de *La Nación*, y concluye su crónica justificando la posición de Lugones: “Resulta interesante volcar estas severas apreciaciones del brillante director de la *Revue Sud-Américaine*, y se comprenderá la ruda franqueza de sus opiniones si se piensa en el fastidio que puede causar para un argentino culto y patriota, escuchar y leer las innumerables sonseras que se difunden sobre esta ‘danza de mujeres públicas’ que se quiere presentar como una danza nacional” (Lucile Dubois, “Le tango”, *Mercury de France*, vol. 107, Nº 400, 16 de febrero de 1914, p. 875). La nota permite advertir la inserción de Lugones en el círculo del *Mercury de France*.

⁵³ Quereilhac, *La imaginación científica...*, *op. cit.*, pp. 190-191.

⁵⁴ Blavatsky, “Prefacio a la Primera edición”, *La doctrina secreta*, vol. 1, Madrid, Sociedad Teosófica Española, 2015, p. 6.

⁵⁵ Blavatsky, *La clave de la Teosofía...*, *op. cit.*, p. 127.

⁵⁶ Lugones, “Trois faits d'histoire naturelle”, *Revue Sud-Américaine*, Nº 6, pp. 360-370.

⁵⁷ Jean Henri Fabre (1823-1915) fue un naturalista, entomólogo, escritor y poeta francés. Probablemente Lugones se refiera a su libro *Vie des insectes*, o a los primeros tomos de su serie de *Souvenirs entomologiques*, publicados entre 1879 y 1909. Escribió también numerosos manuales de aritmética y ciencias naturales para las escuelas.

⁵⁸ “Voilà pourquoi je me suis permis de plaire sous l'invocation de ce savant ma modeste contribution qui l'intéressera peut-être, venant de terres aussi lointaines. Rien ne révèle mieux la vertu communicative de l'esprit français qu'il incarne si bien; et je crois que mon destin peut offrir quelque intérêt puisqu'il me donne l'occasion d'exprimer à l'illustre vieillard —moi-même ébloussé déjà par l'écume de mes houles— la gratitude de l'enfant auquel il révéla sans le savoir, la vérité et le bien, dans ce village écarté de par-delà les mers. Ce livre m'apprend à observer la nature, habitude que je n'ai jamais perdue”, “Trois faits d'histoire naturelle”, *op. cit.*, p. 361. El destacado es mío.

Lugones confiesa entonces su despertar a la vida intelectual de la mano de Fabre, y pasa a recordar tres hechos que fueron decisivos, y vividos como “revelacio[nes] de las armonías naturales”.⁵⁹ En el párrafo que introduce los recuerdos sobre los hechos naturales, el autor acerca, en la contigüidad de la sintaxis, a Fabre respecto de Sarmiento y de sí mismo. Su figura queda así en el medio, entre el sabio y el “gran argentino”, a quien agradece la fundación de las bibliotecas populares.

Pero luego de esta introducción, ya no se hace ninguna mención al sabio francés, y el único protagonista pasa a ser el niño explorador que en el relato de los tres “hechos” da prueba de un vasto saber en ornitología y entomología; describe los fenómenos sorprendentes que él mismo ha sabido seleccionar por su relevancia, y es a la vez experimentador de laboratorio (al haber llegado a medir la acidez del parásito que ha crecido en una nuez). Todo está destinado a mostrar la compleja armonía secreta que rige la vida de los organismos y a través de esto, a refutar dos nociones centrales del naturalismo positivista, tales como el instinto y la selección natural (“La naturaleza contiene direcciones superiores a nuestra inteligencia”, concluye).⁶⁰ Y a demostrar sobre todo dos ideas: que un observador como el niño Lugones, que ya ha leído los libros necesarios, puede descubrir por sí mismo (no corroborando sino redescubriéndolas) las verdades de la ciencia. Pero además, ha descubierto las leyes complejas que rigen la vida de las especies, accediendo solo a su apariencia, mientras “alguien o algo”, una “entidad” dotada de un “poder sobrehumano”, ha establecido esas relaciones de armonía profunda entre las cosas y por eso puede recibir el nombre de divinidad.⁶¹

En ese relato, solo el poeta era capaz de adivinar, por el don de observación que le dan sus facultades intelectuales, lo mismo que esa divinidad:

La prueba de que tenemos con esas entidades una relación intelectual genérica, es que comprendemos parcialmente su plan y podemos apreciar racionalmente nuestra impotencia frente a lo que nos resulta desconocido. Así es como descubrimos las constantes, que denominamos leyes, deduciendo de las perturbaciones que sufren la existencia de elementos cuyo valor relativo percibimos antes mismo de haberlos visto.⁶²

En la conclusión, que reiteraba algunas ideas expuestas en otros artículos de la *Revue*, afirmaba: “La observación de la naturaleza se revela así como el verdadero camino de la filosofía y la moral racionalista, el más adecuado a los hombres civilizados”.⁶³ Una verdadera paráfrasis

⁵⁹ “[...] première révélation pour moi des harmonies naturelles”, *ibid.*

⁶⁰ “La nature contient des directions supérieures à notre intelligence”, “Trois faits d’histoire naturelle”, *op. cit.*, p. 369.

⁶¹ Es posible advertir también en este tramo una formulación acorde al primer principio de la “Doctrina Secreta” expuesta por H. Blavatsky: “I. Un PRINCIPIO Omnipotente, Eterno, Sin Límites e Inmutable, sobre el cual toda especulación es imposible, porque trasciende el poder de la concepción humana, y solo podría ser empujado por cualquiera expresión o comparación de la humana inteligencia. Está fuera del alcance del pensamiento, y según las palabras del *Mândūkya* es ‘inconcebible e inefable’” (Blavatsky, *La doctrina secreta*, *op. cit.*, vol. I, p. 76).

⁶² “La preuve que nous avons avec ces entités une relation intellectuelle générique c’est que nous comprenons partiellement leur plan et que nous pouvons apprécier rationnellement notre impuissance en présence de ce qui nous en reste inconnu. C’est ainsi que nous découvrons les constantes appelées par nous des lois, déduisant des perturbations qu’elles subissent, l’existence d’éléments dont nous percevons la valeur relative avant de les avoir vus”, “Trois faits d’histoire naturelle”, *op. cit.*, p. 370.

⁶³ “L’observation de la nature se révèle être ainsi le vrai sentier de la philosophie et de la morale rationaliste, qui conviennent aux hommes civilisés”, *ibid.*

de las tesis teosóficas...⁶⁴ En el cierre del artículo, Lugones plantea una nueva autorreferencia, al mencionar las circunstancias de su formación científica, su lucha por “organizar bajo esos principios la instrucción pública de mi país” y su derrota frente al clericalismo, fuente de despotismo, que impone límites a la libertad de la inteligencia y la razón, límites que parecen no formar parte de la naturaleza misma. Como se ve, es un Lugones aun teósofo que busca imprimir un cierto espiritualismo en el credo científicista, pero que encuentra en la razón científica una vía de combate político:

Adversario de todos los dogmas, y aun de aquel que comprende a todos los demás, el dogma de obediencia o principio de autoridad, consideré que eliminar el antropocentrismo [en la enseñanza] era hacer algo por la libertad humana. En dicho sistema está, en efecto, el fundamento del despotismo y el más funesto instrumento de la ignorancia, es decir, de aquella que impone límites por la fuerza, a la inteligencia y a la razón.⁶⁵

Finalmente, el último reconocimiento de Lugones a los trabajos del sabio francés son el pretexto para exponer sus creencias filosóficas, o mejor, teosóficas, que los entendidos sabrían reconocer:

Con esto quiero explicar la importancia en las direcciones iniciales que imprimen los libros útiles sobre el espíritu. El feliz azar que puso entre mis manos la obra del sabio resultó determinante para mi filosofía, mi moral y mi estética, es decir para mi autodidaxia, laboriosa igual que aquella abeja solitaria que descubrí una vez. Hallé esos tres principios de lo verdadero, el bien y lo bello –como el aventurero encuentra diamantes– en la caligrafía del arroyo y en el abecedario del hormiguero.⁶⁶

La teosofía, entonces, en tanto doctrina que se fundaba en la creencia en la posibilidad de una armonía universal, equiparada con el Bien y fundada en el espíritu como principio permanente y único, le proveía a Lugones un fundamento espiritual para el ejercicio del pensamiento. Además, le permitía reafirmar el rol de los poetas, los pensadores o los sabios en tanto cultores de la “intuición espiritual”, que consideraba indispensable para el progreso humano integral (por encima y guiando secretamente los avances materiales).

Pero es en un escrito más marginal dentro de la *Revue*, donde aparecen vínculos más evidentes con las creencias teosóficas, especialmente en el rechazo del dogmatismo católico y en la referencia a una divinidad asociada con la razón. En efecto, Lugones firma con sus ini-

⁶⁴ Recordemos, al respecto, el “3er Objeto de la Teosofía” definido por Blavatsky en su doctrina: “3º) *Investigar los misterios ocultos de la Naturaleza* bajo todos los aspectos posibles, y los poderes psíquicos y espirituales latentes, especialmente en el hombre” (Blavatsky, *La clave de la Teosofía...*, *op. cit.*, p. 25 (cursiva en el original).

⁶⁵ “Adversaire de tous les dogmes, et spécialement de celui qui les comprend tous, le dogme de l’obédience ou principe d’autorité, j’ai cru que supprimer l’anthropocentrisme c’était faire quelque chose pour la liberté humaine. Ce système est en effet le fondement du despotisme et l’instrument de l’ignorance la plus funeste, c’est-à-dire de celle qui impose des limites par la force à l’intelligence et à la raison”, “Trois faits d’histoire naturelle”, *op. cit.*, p. 370.

⁶⁶ “Je veux par là expliquer l’importance des directions premières qu’impriment à l’esprit les livres utiles. Ce hasard heureux qui me mit entre les mains l’oeuvre du savant a été déterminante pour ma philosophie, ma morale et mon esthétique, ce qui revient à dire mon autodidaxie, laborieuse comme cette abeille solitaire que je vis un jour. J’ai trouvé ces trois principes du vrai, du bien et du beau –comme un aventurier trouve des diamants– dans la calligraphie du ruisseau et dans l’alphabet de la fourmilière”, *ibid.*

ciales una extensa nota bibliográfica del Nº 6 de la revista (pp. 456-460), dedicada a comentar el libro de un colaborador, el matemático Émile Borel (*Le hasard*).⁶⁷ Rescatando el “noble encanto filosófico” (p. 460) del libro, argumenta que:

Pero el estudio de las leyes del azar propiamente dicho autoriza a sacar otra consecuencia que implica la abolición del milagro: nuestra impotencia ante el fenómeno denominado azar revela necesariamente o bien un estado de la materia, inapreciable, para nuestros sentidos, o bien una nueva dimensión del espacio, o bien una función desconocida del movimiento, que podríamos acaso determinar bajo la forma de una nueva curva. La inutilidad de la hipótesis “dios” declarada por uno de los más geniales inventores del cálculo de probabilidades resulta así evidente; y el pensamiento matemático se transforma así en una especie de superinteligencia ante la cual el concepto mismo de la divinidad se realza, convirtiéndose en una entidad de razón.⁶⁸

En estos términos, se trataba según Lugones de emancipar a la especie humana por medio de una dimensión filosófica de la ciencia, que permitiera desterrar la idea de dios y sustituirla por la verdad, emanada de la razón, que podría erigirse como nueva divinidad. Los recientes desarrollos de las matemáticas eran, en este marco, el instrumento práctico del razonamiento que abría el acceso a la verdad. La noción decisiva de libertad o emancipación encontraba así su potencial en la capacidad de plantear una refutación al dogmatismo eclesiástico. Al detenerse en el azar como “conjunto de las leyes naturales ignoradas por nosotros”, Lugones deducía la imposibilidad de aceptar racionalmente el “milagro”, sin por eso dejar de contemplar la existencia de poderes ocultos, y organizadores del mundo, en la Naturaleza.

Como se ve, la publicación de las últimas novedades en materia científico-tecnológica, además de responder a un fin informativo, venía a corroborar las hipótesis teosóficas acerca de las leyes inexplicables de la naturaleza. Esto funcionaba como un fundamento casi epistemológico, que obligaba a avanzar y ampliar las fronteras del conocimiento yendo en dirección a todas las ramas de la ciencia. En este sentido, entonces, la publicación planeada por Lugones podía ser el instrumento capaz de apuntalar tales orientaciones mediante la difusión de los últimos descubrimientos y producciones científicas.

Conclusiones

Durante su breve temporada parisina y, en particular, a través del proyecto de la *Revue Sud-Américaine*, Lugones continuó expandiendo su producción intelectual más allá de la literatura, hacia muy variadas disciplinas, y reanudó su atracción por la ciencia. He intentado analizar el modo en que, en las intervenciones desplegadas en la revista, el escritor cordobés se instituyó

⁶⁷ Émile Borel fue diputado por el socialismo en 1924 y más tarde participó en la resistencia francesa al nazismo.

⁶⁸ “Mais l'étude des lois du hasard proprement dit, autorise encore à déduire une autre conséquence qui comporte l'abolition philosophique du miracle: notre impuissance devant le phénomène appelé hasard révèle nécessairement soit un état de la matière, inappréciable au moyen de nos sens; soit une nouvelle dimension dans l'espace; soit une fonction inconnue du mouvement, que nous pourrions peut-être déterminer sous la forme d'une nouvelle courbe. L'inutilité de l'hypothèse “dieu” déclarée précisément par l'un des plus géniaux inventeurs du calcul des probabilités est ainsi évidente; et la pensée mathématique se transforme en une espèce de superintelligence, devant laquelle le concept même de la divinité se rehausse, en devenant une entité de raison”, *Revue Sud-Américaine*, Nº 6, p. 460.

como una figura de promotor no oficial en órdenes tan diversos como la diplomacia, la asesoría económica, cultural, política, pedagógica. Se trataba de un promotor distanciado del día a día de la política local que podía, en virtud de su posición de saber, orientar a las élites dirigentes de su nación, pero más allá también, apuntando a las demás repúblicas sudamericanas, especialmente a las más ricas.

El trabajo de Lugones al frente de esta publicación de muy corta vida que, tal como he procurado mostrar en este trabajo, se planteaba objetivos en direcciones muy diversas, le permitió hacer sus propias incursiones en los más diversos temas. De este modo, los artículos que publicó en cada uno de los siete números de la publicación, al igual que las decisiones editoriales en relación con los sumarios de cada número, estaban guiados principalmente por este deseo de erudición amplia, orientado hacia múltiples disciplinas y por una concepción del saber en tanto una vía para el autoconocimiento. Estas indagaciones, asimismo, llevaron al escritor a echar mano de sus antiguos intereses teosóficos. De allí que en los artículos sobre temas científicos pueda leerse una dialogicidad interna con algunos de los presupuestos teosóficos, que se advierte especialmente en la presencia recurrente de la pregunta en torno a las “leyes inexplicadas de la Naturaleza y los poderes latentes en el hombre”.⁶⁹

Al mismo tiempo, quedaba legitimado el proyecto de la revista de avanzar y ampliar las fronteras del conocimiento yendo hacia todas las ramas de la ciencia. En este sentido, la difusión de los últimos descubrimientos tecnológicos y las producciones científicas que caracterizó al proyecto de la *Revue Sud-Américaine*, junto con el análisis del panorama político tanto europeo como latinoamericano, podían apuntalar la actualización y la novedad anheladas por Lugones, y a su vez implicaban otro modo de rendir servicios a las élites dirigentes. □

Bibliografía

Academia Argentina de Letras, *Homenaje a Leopoldo Lugones. 1874-1974*, Buenos Aires, 1975.

Ara, Guillermo, “Nota crítica” y “Cronología”, en L. Lugones, *El payador y antología de poesía y prosa*, Caracas, Ayacucho, 1979.

Blavatsky, Helena P., *La doctrina secreta*, vol. I, Madrid, Sociedad Teosófica Española, 2015 <<http://sociedadteosofica.es/>>.

—, *La clave de la Teosofía. Exposición clara en forma de preguntas y respuestas de la ética, ciencia y filosofía para cuyo estudio ha sido fundada la Sociedad Teosófica* [1889], Madrid, Sociedad Teosófica Española, 2015 <<http://sociedadteosofica.es/>>.

Borges, Jorge Luis, “Prólogo”, en L. Lugones, *El payador y antología de poesía y prosa*, Caracas, Ayacucho, 1979.

Capdevila, Arturo, Lugones, Buenos Aires, Aguilar, 1973.

Carilla, Emilio, “La revista de Lugones (la *revue Sud-Américaine*)”, *Thesaurus*, vol. xxxix, N° 3, 1974.

Conil Paz, Alberto, Lugones, Buenos Aires, Huemul, 1985.

Chiáppori, Atilio, “La lección de Lugones”, *Nosotros* (2ª época), “A Leopoldo Lugones”, año III, vol. VII, N° 26-27, mayo-julio de 1938, pp. 53-57.

⁶⁹ “[...] les lois inexplicuées de la Nature et les pouvoirs latents dans l’homme” (*ibid.*, p. 460), según las palabras del propio Lugones en su reseña (mencionada más arriba) del libro del matemático Botrel sobre el Azar, y publicada en las páginas de la revista.

Dalmaroni, Miguel, *Una república de las Letras. Lugones, Rojas, Payró. Escritores argentinos y Estado*, Rosario, Beatriz Viterbo Editora, 2006.

Davray, Henry D., “Leopoldo Lugones et la France”, en *Les Nouvelles littéraires, artistiques et scientifiques*, París, 20/08/1938.

Devoto, Fernando, *Nacionalismo, fascismo y tradicionalismo en la Argentina moderna. Una historia*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2006.

Dubois, Lucile, “Le tango”, *Mercure de France*, vol. 107, N° 400, 16/02/1914, pp. 871-875.

Lugones, Leopoldo, “Le Panaméricanisme”, *Revue Sud-Américaine*, N° 1, París, 1914.

—, “La Crise Argentine”, *Revue Sud-Américaine*, N° 2, París, 1914.

—, “Notre Classification Botanique”, *Revue Sud-Américaine*, N° 3, París, 1914.

—, “Quelques propos de Géométrie élémentaire”, *Revue Sud-Américaine*, N° 4, París, 1914.

—, “La musique populaire en Argentine avec un supplément musical hors-texte”, *Revue Sud-Américaine*, N° 5, París, 1914.

—, “Trois faits d’histoire naturelle”, *Revue Sud-Américaine*, N° 6, París, 1914.

—, “Florentino Ameghino”, *Revue Sud-Américaine*, N° 7, París, 1914.

—, *El payador y antología de poesía y prosa*, Caracas, Ayacucho, 1979.

—, “Información preliminar”, en L. Lugones, *El payador y antología de poesía y prosa*, Caracas, Ayacucho, 1979, pp. 7-13.

Lugones, Leopoldo (h.), *Mi padre*, Buenos Aires, Centurión, 1949.

Merbilhaá, Margarita, “El momento continentalista de Lugones: la *Revue Sud-Américaine* (1914)”, en V. Delgado, A. Mailhe y G. Rogers (eds.), *Tramas impresas. Publicaciones periódicas argentinas (XIX-XX)*, La Plata, FAHCE, 2014 <<http://www.libros.fahce.unlp.edu.ar/index.php/libros/catalog/view/33/48/165-1>>.

Monteleone, Jorge, “Leopoldo Lugones: el cuerpo doble”, *Espacios*, N° 23, septiembre de 1998.

Nosotros (2ª época), “A Leopoldo Lugones”, año III, vol. VII, N° 26-27, mayo-julio de 1938.

Pluet-Despatin, Jacqueline, Michel Leymarie y Jean-Yves Mollier (dirs.), *La belle époque des revues*, París, Éditions de l’IMEC.

Prochasson, Christophe, *Les années électriques 1880-1910*, París, Seuil, 1991.

Quereilhac, Soledad, “El intelectual teósofo. La actuación de Leopoldo Lugones en la revista *Philadelphia* (1898-1902) y las matrices ocultistas de sus ensayos del Centenario”, *Prismas*, N° 12, 2008.

—, *La imaginación científica. Ciencias ocultas y literatura fantástica en el Buenos Aires de entresiglos (1875-1910)*, Buenos Aires, UBA, Serie Las tesis del Ravignani, 2010.

Revue Sud-Américaine, París, 1914.

Revue Sud-Américaine, París, 1914. Folleto de presentación.

Terán, Oscar, *Vida intelectual en el Buenos Aires fin-de-siglo (1880-1910). Derivas de la “cultura científica”*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2000.

—, “El payador de Lugones o la mente que mueve las moles”, en *Punto de Vista*, Buenos Aires, año XVI, N° 47, 1993.

Zanetti, Susana, “Modernidad y religación, una perspectiva continental (1880-1916)”, en Ana Pizarro (ed.), *América Latina, palabra, literatura e cultura*, San Pablo, Unicamp, 1994.

Resumen / Abstract

Los sabios, entre la Ciencia y la Nación: Lugones en su *Revue Sud-Américaine* (1914)

En este trabajo analizo las intervenciones de Leopoldo Lugones en la *Revue Sud-Américaine*, que dirigió en París durante el primer semestre de 1914, muy poco estudiada hasta el presente. Propongo relacionar su estrategia general, destinada a erigir a la revista en mediadora intercontinental entre las élites dirigentes europeas y las latinoamericanas, al punto de cumplir una función de diplomacia *paraoficial*, con los artículos que el escritor fue publicando en los siete números. Tanto estos como sus elecciones editoriales revelan la función informativa de la revista en materia política y económica, pero también de divulgación para lectores latinoamericanos de los saberes científico-tecnológicos recientes (en materia de topografía, pedagogía, militar-industrial, matemáticas, o de poesía). A la vez, interpela a los lectores franceses en su propia lengua, y a figuras públicas como el entomólogo Fabre o el político Clemenceau en tanto que pares. Lugones desarrolla temas tan diversos como la didáctica de las ciencias, los conocimientos sobre botánica o la música criolla (que integrará luego en *El Payador*), en los que se advierte una continuidad de sus inquietudes teosóficas. Finalmente, los artículos son el espacio donde podía instruir a las élites, diseminando autoimágenes de intelectual sabio/promotor de políticas de Estado desde la distancia del nuevo domicilio parisino.

Palabras clave: Leopoldo Lugones - *Revue Sud-Américaine* - Revistas latinoamericanas en Europa a comienzos del siglo xx - Cientificismo y espiritualismo

Fecha de recepción del original: 24/9/2015

Fecha de aceptación del original: 2/6/2016

The Scholars, between Science and Nation: Lugones in his *Revue Sud-Américaine* (1914)

In this paper I analyze Leopoldo Lugones's intellectual intervention in the *Revue Sud-Américaine* directed by him in Paris in the first half of 1914, which has been little studied. I intend to establish connections with regard to his general strategy, which was to raise the review in an intercontinental mediating role between European and latin-american ruling elites (as such having a non-official diplomatic function), and the papers that Lugones published in the seven issues of the review. Both these papers and the publishing decisions reveal an informative function on politics and economy, as well as a divulgating one, on scientific and technologic new knowledges, to latin-american readers (on topography, pedagogy, military industry, mathematics, poetry). Simultaneously, Lugones addressed to french readers, in its own language, and to public figures, peer-to-peer, like the entomologist Fabre and the politician Clemenceau. He also developed topics as diverse as the didactics of sciences, the knowledge on botany or folklore music (that will integrate then *El Payador*), in a continuity of his interests on Theosophy. Finally, the article shows that these papers are the space where Lugones could instruct to the elites, as spreading self-portraits of wise intellectual and promoter of State politics, from the distance of his recent Parisian domicile.

Keywords: Leopoldo Lugones - *Revue Sud-américaine* - Latin american reviews in Europe in early xxth century - Cientificism and spiritualism

Filosofía e historia en las primeras historias de las ideas argentinas

La discusión historiográfica entre José Ingenieros y Alejandro Korn

Lucas Domínguez Rubio

CEDINCI-UNSAM / CONICET

Formación de un ámbito académico y búsqueda de una tradición intelectual

Las primeras historias de las ideas en la Argentina fueron escritas durante el mismo proceso de profesionalización de la filosofía y de la historia como disciplinas por los dos profesores universitarios más importantes de la carrera de filosofía hacia 1918. Tanto Alejandro Korn (1860-1936) como José Ingenieros (1877-1925) encararon su labor historiográfica con metodologías bien diferentes y, en su desarrollo, estas obras buscaron una justificación histórica de ciertos posicionamientos que sus autores sostenían en tanto que intelectuales. En el marco más amplio de emergencia de nuevas características en el ámbito intelectual y el interrogante sobre las funciones sociales del universitario, ambos autores asumen posiciones encontradas en cuanto a su evaluación de las distintas tradiciones culturales de la historia nacional en relación a las discusiones aparejadas con la llamada reacción filosófica antipositivista.

“La historia argentina se está haciendo”, sostiene José Ingenieros desde su seudónimo Julio Barreda Lynch en 1923. Las dos obras que aquí consideraremos se escriben mientras numerosos trabajos históricos sobre la Argentina comenzaban a publicarse desde nuevas revistas ligadas a las diferentes facultades, y cuando entidades nacionales y provinciales y nuevas instituciones históricas estaban editando sus acervos documentales. Si desde la crisis de 1890 el interés cultural que revistió la interrogación por la identidad nacional se manifestó en distintas publicaciones periodísticas con variadas respuestas ensayísticas o literarias, tanto *La evolución de las ideas argentinas*, de José Ingenieros, como las *Influencias filosóficas en la evolución nacional*, de Alejandro Korn, se dirigen a un público más restringido desde revistas enfocadas a un nuevo ambiente académico, como obras que tienen en vista periodizar el recorrido intelectual que se dio en el país desde una historia de las ideas que pretende rigurosidad en su perspectiva y en su análisis.

Como muestra Buchbinder, el proceso de profesionalización académico consistió en una serie de modificaciones que involucraron una paulatina institucionalización y autonomización. De modo que el asentamiento de ciertos mecanismos de promoción académica y un nuevo tipo de legitimidad profesional, ligados a la aparición de nuevos espacios en el marco institucional de la universidad, promovieron un funcionamiento disciplinar comparativamente autónomo con respecto a otros ámbitos sociales, y generaron así nuevas preguntas por sus especificidades y

límites.¹ En relación con ello se producen un sinnúmero de discusiones que problematizaron estos puntos durante su mismo proceso de transformación, entablándose una polémica por los elementos y las condiciones que proveen autonomía y legitimidad a la propia disciplina así como por sus límites temáticos y metodológicos: ¿cuáles son los saberes propios de la filosofía?, ¿de qué tiene que independizarse para profesionalizarse?, ¿cuáles son los métodos que le dan legitimidad y la vuelven académica?, ¿hasta dónde hay que afirmar su autonomía y su desvinculación de la sociedad?

Dentro del ámbito académico filosófico, aunque –como sostienen Devoto y Pagano– quizá también del histórico, esta serie de discusiones se establecieron en un momento de crítica al cientificismo como arraigado enfoque hegemónico, de manera tal que la introducción de nuevos autores y temas que rápidamente se volverían ineludibles fue leída aquí directamente en clave antipositivista. Y hacia 1918 coexistieron varios grupos estudiantiles con encontradas posiciones respecto a cómo debía ser la práctica filosófica universitaria. A grandes rasgos, la *Revista de Filosofía* (1915-1929) de Ingenieros nucleó a quienes sostuvieron una idea de la filosofía de distintas maneras vinculada con las ciencias. Mientras los *Cuadernos del Colegio Novecentista*, editados en Buenos Aires entre 1917 y 1921, y *Atenea*, editada en La Plata entre 1918 y 1923, dos revistas apoyadas por Alejandro Korn, fueron las primeras publicaciones periódicas filosóficas declaradamente antipositivistas.²

Con estas preguntas en juego, y en este momento de consolidación y cambios en la actividad académica, las posturas teóricas de Ingenieros y Korn se desarrollaron a la par de sus lecturas históricas del pasado argentino. Estas interpretaciones resultan especialmente relevantes porque buscaron a la vez argumentos históricos y teóricos combinados para sostener sus posiciones, a la vez que impulsaron publicaciones periódicas, ocuparon cargos de gestión, generaron grupos de contactos y, en definitiva, intervinieron con sus textos y discursos logrando una importante difusión. Además, su discusión entre las distintas concepciones sobre la práctica filosófica y el pasado intelectual argentino adquiere un tono fuerte por tratarse de un ámbito hegemonizado en cargos y enfoques que despierta una reacción que viene a romper una continuidad. De manera que según Korn el cientificismo de la obra de Ingenieros anula el pensamiento ético y político. Y para Ingenieros, por su parte, la filosofía no puede vincularse con la literatura o el misticismo para ser una práctica profesional. La profesionalización requiere la autonomización respecto a otros saberes deslegitimados, y la discusión sobre qué es la filosofía y cómo se define, y con ella una determinación de sus preocupaciones y áreas, en su función negativa indica también de qué elementos debe separarse.

Durante el convulso año de 1918, Alejandro Korn y José Ingenieros constituyen, respectivamente como decano y vicedecano, el primer gobierno de la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA que ha sido elegido con participación estudiantil. Antes de eso, el recorrido intelectual de ambos comenzó en la medicina psiquiátrica, y luego, a principios de la década de 1910,

¹ Pablo Buchbinder, *Historia de la Facultad de Filosofía y Letras*, Buenos Aires, Eudeba, 1997. Con respecto a ciertas especificidades de este proceso en la disciplina, véase Dante Ramaglia, “Condiciones y límites del proceso de institucionalización de la cultura filosófica argentina a comienzos del siglo XX”, *Solar*, N° 6, 2010, pp. 13-39.

² Para un análisis detallado de las redes y las publicaciones periódicas universitarias de Buenos Aires véanse los trabajos de Natalia Bustelo; por ejemplo, “Los ladrillos de la Gran Casa del Porvenir Social. Arielismo socialista y revistas estudiantiles rioplatenses (1914-1927)”, *e-I@tina*, vol. 12, N° 46, 2014.

los dos autores orientaron toda su actividad académica hacia la filosofía.³ Probablemente debido a la pérdida de posiciones en la facultad en relación con algunos concursos docentes, en abril de 1919 Ingenieros renunció a su puesto y en octubre de ese mismo año abandonó todos sus cargos. A partir de allí enfatizó su accionar político y criticó la actividad académica, pero sin dejar de avanzar en su obra historiográfica, su *Revista de filosofía* y su propia investigación filosófica.⁴ Por su parte, Alejandro Korn, quien fue diputado provincial en 1894 por la UCR y concejal por el Partido Conservador de la Provincia de Buenos Aires (PCBA) en 1917, a partir de 1918 renovó sus vínculos políticos, apoyó activamente los requerimientos estudiantiles, y desde ese mismo año comenzaron a aparecer sus primeros artículos en clave socialista. Si bien había conocido personalmente a Jean Jaurès y a Juan B. Justo, sus acercamientos efectivos con el Partido Socialista se iniciaron con sus clases en el Centro de Estudios Sociales Juan B. Justo en 1925. Con posterioridad, Korn se afilió efectivamente, en 1931, cuando también comenzaba a publicar esporádicamente en *La Vanguardia* y en la *Revista Socialista*, e incluso llegó a ser candidato a diputado nacional por el ps.

En lo que sigue, para recuperar estas discusiones historiográficas, estas páginas se proponen comprender dichas obras dentro de los proyectos políticos y culturales de sus autores, pero también reponer una lectura interna de los textos, en tanto permite observar los enfoques metodológicos que cada uno pone en juego, las concepciones teóricas sobre la historia involucradas y las discusiones historiográficas culturales que les resultaban relevantes.

Continuidad cultural e interdisciplinariedad metodológica:

La evolución de las ideas argentinas en la obra de José Ingenieros

Tras su regreso de Europa en 1914 Ingenieros centró sus proyectos en la historia de los “contenidos filosóficos de la cultura argentina”. En esta dirección, retomó su tarea como director de una revista, aunque ya no los *Archivos de Criminología* sino que creó la *Revista de Filosofía*, y de allí en más, hasta 1919, únicamente desarrolló su actividad docente en la carrera de filosofía. También en 1915 inició la colección de alta difusión en formato económico “La Cultura Argentina”.

³ Recién en 1914, a sus 54 años, Korn abandonó la dirección del Hospital de Alienados “Melchor Romero”; “Tengo de un lado las cuentas del hospital, del otro un expediente por homicidio y en la cabeza la clase del día, el devenir de Hegel”, le había escrito un año antes a Ingenieros, quien también remarcaba su dedicación parcial a la actividad académica y varias veces recuerda su trabajo nocturno y las pocas horas de sueño. “No los había mejores”, dirá más tarde Coriolano Alberini sobre estos profesores amateurs. Véase carta fechada el 22/9/1913 (FA-021-A-6-1-1195), Fondo de Archivo José Ingenieros, Centro de Documentación e Investigación de la Cultura de Izquierda (ceDINCI); Coriolano Alberini, “Discurso del vicepresidente del comité de honor y secretario técnico del congreso”, *Actas del Primer Congreso Nacional de Filosofía*, Mendoza, UNCuyo, 1949, p. 66.

⁴ Alejado de los espacios estatales, a partir de 1914 Ingenieros situó su producción en el ambiente académico, para luego alejarse críticamente frente a los rumbos que tomaban las modificaciones y afirmarse en el lugar de un autodidacta libre y autónomo. Como afirma Rossi, hasta 1918 la *Revista de Filosofía* pretendió propiciar cierta autonomía disciplinar, de manera que Ingenieros utilizaba otros medios para publicar sus intervenciones políticas. Su alejamiento crítico del ámbito académico se manifiesta en su obra sobre Boutroux, que al apuntar contra una figura aquí muy retomada por los “jóvenes espiritualistas” critica a la vez a sus seguidores locales y al ámbito universitario, al mostrar precisamente que funcionó como un obstáculo para el pensador francés. A partir de allí, se acrecentaron los artículos políticos, y en 1923 comenzó también a publicar *Renovación*, el Órgano de la Unión Latino Americana. Véase Luis Rossi, “Los proyectos intelectuales de José Ingenieros desde 1915 a 1925”, en J. Ingenieros, *Revista de Filosofía (1915-1929)*, Bernal, UNQ, 1999, pp. 13-62.

En su estudio e índice de esta colección Auza y Trenti Rocamora muestran que en su tarea de editor Ingenieros no solo seleccionó títulos, sino que además armó obras enteras sobre la base de la compilación de artículos, notas periodísticas y papeles que jamás habían sido concebidos para ser publicados de manera unificada. De esta manera, si, como muestra Degiovanni, desde su título mismo la colección constituye algún tipo de definición sobre qué es la cultura argentina, Ingenieros tomó textos para posicionarlos en la historia del pensamiento argentino, dándoles otro ámbito de interacción a las polémicas coyunturales a las que respondieron. Con un objetivo programático en común desde el primer número –“imprimir unidad de expresión al naciente pensamiento argentino”– su *Revista de Filosofía* conformó una primera publicación periódica argentina que centrándose en la filosofía abarcaba también “Cultura, Ciencias y Educación”. De forma tal que sin lugar a dudas esta revista propició el asentamiento de ciertas prácticas y relaciones intelectuales durante este período. Y es Ingenieros quien en la mayoría de sus artículos dentro de su revista tomará la responsabilidad de llevar a cabo su propio programa. Teniendo en cuenta la situación de “barbarie” que está viviendo Europa, según Ingenieros, la Argentina posee ciertas características positivas para ser la próxima cuna de la filosofía. Esta última declaración no solo manifiesta cierta fe en el futuro ideológico, sino además un objetivo para el cual reconoce una condición fundamental: su concreción depende de una “concepción sintética de la naturaleza en la que vivimos y la elaboración de ideales humanos como resultado último de la experiencia”.⁵ Este objetivo práctico se apoya en una determinada concepción teórica de los ideales y en una lectura del pasado argentino.

Aunque Ingenieros no consideraba la existencia de un corte disruptivo en relación a su producción anterior, sus propios críticos que le fueron coetáneos, entre ellos Korn mismo, hablan de él como un científicista equiparable al alemán Wilhelm Wundt, padre de la psicología experimental. La identificación “monolítica” de Ingenieros con el positivismo que Terán intentó quebrar en 1986 parte de reconstruir las nociones que Ingenieros elabora para pensar el modo de acción de los “ideales” sobre el curso histórico, que aparecieron gradualmente desde la “fisura” que abre la aparición del concepto de “imaginación” en su texto *Principios de psicología*, de 1911. Respecto a lo cual es evidente el cambio de perspectiva en sus trabajos históricos y su producción de esos años: *El hombre mediocre* (1913), *Proposiciones relativas al porvenir de la filosofía* (1918), y las conferencias y los artículos brindados entre 1919 y 1921, que luego se publicaron como *Las fuerzas morales*, proveen otro marco de ideas que vinculan de manera distinta la filosofía con la ciencia y la historia y que funcionan también como presupuesto teórico de su concepción y su misión historiográfica.

Según la definición de la filosofía como metafísica que Ingenieros sostiene en sus *Proposiciones...*, esta consiste en una hipótesis sobre aquello que no es experimentable. Y con esta definición crea según él mismo una limitación del campo, mediante la cual se deja afuera tanto al positivismo como al espiritualismo, principalmente, porque ambos imposibilitan el desarrollo de la filosofía en esta concepción metafísica: mientras el positivismo renuncia a explicaciones acerca de lo inercial o las afronta mediante metodologías científicas inadecuadas, el espiritualismo renuncia a la filosofía al entremezclarla con elementos religiosos, afectivos o místicos. Con esta definición, Ingenieros buscó vincular la filosofía con la política y con la

⁵ José Ingenieros, “Para una filosofía argentina”, *Revista de Filosofía*, vol. 1, N° 1, enero de 1915, pp. 1-6.

historia. Los “ideales” éticos son hipótesis inexperienciales producidas a la luz del análisis de la experiencia nacional y social, y brindan una filosofía nacional que no puede ser sino ético-política. A su vez, dice Ingenieros, existen ideales de dos tipos. Aquellos ideales románticos producto de la pura imaginación crítica, y por lo tanto “inadecuados”, y los ideales experienciales “adecuados” producto de la reflexión sobre la experiencia histórica. Esta adecuación/inadecuación aparece como una clave importante con la que Ingenieros piensa el avance histórico a partir la iniciativa creadora de las minorías ilustradas. Y la obra histórica que Ingenieros elabora responde entonces a una necesidad teórica propia del lugar en el que él mismo se posiciona como intelectual dentro de su propio esquema.

El interés de Ingenieros por los diferentes aspectos de la historia argentina fue plasmado en una gran cantidad de artículos que aparecieron desde 1898 hasta el momento de su muerte, y que se publicaron nucleados en dos grandes obras de características muy diferentes: aunque si en *Sociología argentina* (1913) solo resultaban determinantes factores biológicos y económicos, ahora, en el segundo conjunto metodológicamente distinto que va a conformar *La evolución de las ideas argentinas*, agregar un plano de ideas no resulta para Ingenieros radicalmente disruptivo. De esta última obra inconclusa que iba a tener tres partes –“La Revolución” (1918), “La Restauración” (1920) y “La Organización”– Ingenieros solo alcanzó a escribir el primer capítulo y una serie de bocetos.

A partir de los análisis que aparecen en varios de sus párrafos vemos que Ingenieros no abandona explicaciones de tipo causa-efecto bien directas entre el medio y los intereses económicos en pugna, aunque haya ahora espacio para ideales de una minoría ilustrada que escapen de la determinación social y económica mediante la reflexión y el análisis, y que, sostiene, el historiador debe tener en mente por ser fundamentales para explicar el avance histórico. Claro que lo que cambia de una obra a otra no es solamente el objeto de estudio –antes la sociedad, ahora las ideas– o la metodología –antes apuntando al medio como factor determinante, ahora en una amplitud que también considera relevante la revisión y la acción de los ideales en la historia y su importancia para promover una tradición nacional–, también encontramos diferentes evaluaciones de muchos procesos. Por dar un ejemplo, Terán sintetiza la crítica que hace Ingenieros “desde la ciencia” al lema de la Revolución Francesa “Libertad, Igualdad, Fraternidad”, donde el “bioeconomicismo” de Ingenieros niega la verdad de cada uno de estos términos. Mientras que la estimación que hace de la Revolución Francesa en *La evolución de las ideas argentinas* y en *Los tiempos nuevos* es muy distinta, ya que se trata del hecho histórico que posibilitó políticamente la superación del oscurantismo.⁶

Aunque lo importante es que en este nuevo período, que se abre en 1915, Ingenieros llegó a sostener y a defender un método determinado para la tarea histórica que no solo utiliza en *La evolución de las ideas argentinas*, sino también –con distintos resultados– como autor de dos obras relativas a la historia de la ideas en Francia y en España.⁷ Como sostuvieron todos sus críticos, probablemente el hecho de subsumir permanentemente las discusiones conceptuales en intereses políticos puede ser explicado por una incapacidad producto de la propia formación de Ingenieros junto con la persistencia de un enfoque fuertemente determinista de raíz positi-

⁶ Oscar Terán, *Historia de las ideas en la Argentina*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2008, p. 155.

⁷ *La cultura filosófica en España* [1916], Buenos Aires, Meridión, 1955; *Emilio Boutroux y la filosofía en Francia* [1922], Buenos Aires, Meridión, 1955.

vista, pero sin descartar que la continuidad de la importancia adjudicada a las variables sociales y económicas ahora es fundamentada desde otro lado:

Es seguro que en cada sociedad existieron grandes intereses creados, apuntalados por principios que se pretendían eternos e imperfectibles; existen, sin embargo, historiadores de la filosofía que declaran, expresamente, su propósito de no mezclar en ella cuestiones políticas y religiosas; considero incomprensible las doctrinas de los filósofos si se ignora la historia política y religiosa de la sociedad en que escribieron.⁸

Lo que lo lleva a declarar explícitamente que una historia de las ideas es una historia de la política. En las *Proposiciones...*, además, esta concepción historiográfica se apoya en su tesis de la “hipocresía de los filósofos”, según la cual estos sistemáticamente no dicen lo que en verdad piensan por ceder a las creencias hegemónicas, y esconden sus posiciones bajo conceptos espiritualistas. Esta clave de lectura –sostiene Ingenieros– no se limita al ámbito local, donde quizá no puede hablarse propiamente de filosofía sino de “contenidos filosóficos en la cultura”. Cuando revisa la obra de Émile Boutroux como historiador de la filosofía, Ingenieros compara la metodología utilizada por ambos: mientras Boutroux propone tomar la obra doctrinaria de cada autor como un todo unitario y coherente para luego poder exponer sus ideas como lo haría cada autor, Ingenieros abre una nota al pie contra esto.

Entendemos que las ideas de un filósofo no se comprenden leyendo y releendo sus libros si a ello no se agrega el estudio del medio político y de las circunstancias personales en que fueron escritos. En tiempos de Lutero el libro *Ciencia y religión* habría llevado a Boutroux a los quemaderos del Santo Oficio; en 1908 fue una fuente de reconciliación entre la República anticlerical y el catolicismo en Roma. Todo el presente ensayo es una aplicación del método opuesto al que Boutroux aconseja; el lector apreciará si logramos definir algunas de las cosas que los profesionales suelen empeñosamente ocultar, más importantes, históricamente, que una divergencia sobre el número o lo absoluto o las categorías.⁹

Esto no involucra solo una crítica a una historia de la filosofía meramente conceptual, sino además, como sostiene Ramaglia, en conjunción con la tesis de “la hipocresía de los filósofos”, una permanente desconfianza sobre los desarrollos especulativos que redundan en una lectura política coyuntural de la teoría. De manera que el recorrido que realiza Ingenieros para historizar las ideas no ahorra en contextualizaciones políticas, económicas o culturales. Realmente, como sostuvieron los críticos de su obra historiográfica dentro de la carrera de filosofía, a lo largo de *La evolución de las ideas argentinas* este punto de vista parece exacerbado para lo que se espera de una historia de las ideas.¹⁰ Principalmente porque la politización del objeto de

⁸ José Ingenieros, *Proposiciones relativas al porvenir de la filosofía* [1918], Buenos Aires, Losada, 2005, p. 22.

⁹ Ingenieros, *Emilio Boutroux*, op. cit., pp. 106-107.

¹⁰ Juan Probst, “Comentario sobre La Evolución de las ideas argentinas”, *Cuadernos del Colegio Novecentista*, N° VII, enero de 1919, pp. 66-68; León Dujovne, *La obra filosófica de José Ingenieros*, Buenos Aires, Aniceto López Editor, 1930; Gregorio Weinberg, “Estudio preliminar”, en A. Korn, *El pensamiento argentino*, Buenos Aires, Nova, 1961, pp. 7-22. Entre estos, sin mencionar *La evolución de las ideas argentinas* sino enfocándose en el *Boutroux y la filosofía universitaria en Francia*, León Dujovne fue el único que atendió, muy críticamente, a esta metodología defendida por Ingenieros. Dujovne sostiene que cuando Ingenieros trabaja, por ejemplo, a Victor Cousin se centra en sus

estudio en cada caso es reconocida como una discusión ideológica propia que postula inacabada y constituyente de la práctica histórica misma. De modo que la politización que se hace de las discusiones conceptuales es a la vez considerada directamente una discusión política en la que Ingenieros mismo como autor participa con sus interlocutores presentes.

Para llevar a cabo esta politización de textos teóricos, Ingenieros toma un posicionamiento erudito y pretende presentar una lectura que agota bibliografía y fuentes. Desde esta posición evalúa y clasifica las obras históricas que utiliza, señala de qué manera disminuyen o amplían una opinión y se encarga muchas veces de encontrar en ellas defensas ideológicas. También a este nivel la tesis interpretativa a la que llama “la hipocresía de los filósofos” es utilizada del mismo modo para dirimir en contra de los intereses encubiertos en las obras de los otros historiadores argentinos. Con el objetivo de politizar las discusiones Ingenieros descentra su análisis de los textos que trabaja y la importancia que se le da al análisis de la prensa periódica es primordial, para lo cual se basa continuamente en la hemerografía de Antonio Zinny (*Efemeridografía argirometropolitana*, 1869). También, en relación con esta misma clave de “la hipocresía”, resalta la importancia de la correspondencia para el estudio histórico. Según Ingenieros, mientras los textos monográficos tienen objetivos ocultos ya que no pueden decir lo que quieren decir al gran público, la correspondencia entre pares sería el único documento donde es posible rastrear el pensamiento efectivo de un autor: cuanto más privado el documento, repite Ingenieros, mayor la confianza que puede depositarse en él. Con este presupuesto, apelará recurrentemente a las cartas para recuperar, entre otras cosas, las fuentes y las lecturas de sus autores, pero principalmente en tanto, según esta tesis en la que insiste Ingenieros, las cartas permiten conocer la intencionalidad “verdadera” de los autores al escribir o publicar determinado texto.

Con este enfoque, *La evolución...* se abre con una “Advertencia del autor” que muchas veces ha bastado para una caracterización general de todo el trabajo. Allí Ingenieros declara que la intencionalidad política de su obra es explícita y que “ha procurado seguir paso a paso su desarrollo concreto en vez de divagar sobre principios abstractos”, dos puntos con los que se posiciona contra los capítulos ya publicados de las *Influencias filosóficas en la evolución nacional*, de Alejandro Korn. A continuación plantea una dicotomía fuerte que reaparece en gran parte de su obra. La Revolución Francesa funciona como un antes y un después, y a partir de ella se enfrentan dos filosofías incompatibles. Una que se quedó en la feudalidad y resulta entonces conservadora y proclive al “absolutismo, el privilegio y el error”. Contra otra que propulsa la democracia, “la Libertad, la Justicia y la Verdad”. Son dos sistemas generales de ideas que no se pueden ignorar y por ello Ingenieros escribe este libro. Es decir, hay una dicotomía, e Ingenieros va a argumentar en favor de uno de los polos, aunque en gran parte lo hace mostrando la imposibilidad ética del otro. Veremos que mientras las minorías que defienden ideas progresistas evolucionan, y las ideas inadecuadas románticas de la Generación del '37 se transforman luego en ideales prácticos adecuados, la filosofía contraria se mantiene quieta en la feudalidad: al menos en la Argentina tiene historia pero no evolución ideológica. Entonces la obra propone una filiación de la “argentinidad”: realizadora de la Revolución de Mayo, eje de

decretos administrativos desde los altos cargos de la enseñanza en Francia, dejando de lado cualquier análisis conceptual de su obra. Según Dujovne, hasta tal punto que Ingenieros no realiza análisis conceptuales porque parece inferir las ideas filosóficas de las acciones políticas de los autores. Con todo, el mérito que le reconoce Dujovne es el cuidado y la rigurosidad en la tarea documental.

la producción teórica durante el resurgimiento de la feudalidad en el rosismo y, posteriormente, organizadora de la Argentina moderna, de manera que la misma obra ingenieriana vendría a seguir cumpliendo una función aún inacabada.¹¹

Al menos hasta el análisis de la generación del '37, es notable el esfuerzo por extraer aspectos teóricos y proyectos ideológicos de las más distintas dimensiones de la vida económica, social y política. Recién con el análisis de los textos de Esteban Echeverría, en el capítulo luego más retomado, "Los sansimonianos argentinos", se advierte un cambio de tono, donde las preguntas se modifican y aparecen nuevos modos de análisis. Como reconocen varios historiadores, este capítulo provee una base documental precisa que lo hizo ser el más utilizado y difícil de ampliar. Como sostuvo Ardao, Ingenieros "exhuma" y trabaja por primera vez textos de Alberdi que luego se vuelven ineludibles para Korn. De ahora en más, el análisis de la obra va a recaer en las circunstancias biográficas de producción por las que pasaron los distintos autores, principalmente Echeverría, Alberdi y Sarmiento, para luego ir de texto en texto, y reconstruir, a partir de cada uno de ellos, circunstancias y objetivos para los que fue escrito. Estos elementos contextuales principalmente van a ser resueltos a partir de las citas en obras contemporáneas, otros estudios al respecto, o un análisis de determinada correspondencia. Y esta lectura es la que le permite sostener que la cuestión de la religión en Echeverría, y en esta nueva generación en general, aparece como un aspecto más a partir del cual diferenciarse de los unitarios continuamente caracterizados como "ateos" y "enemigos de la religión". Y así, contra las tesis de Korn que desestiman las lecturas sansimonianas en estos autores, a Ingenieros le interesa especialmente remarcar el carácter anticatólico de *La Joven Argentina* y la Asociación de Mayo y, a su vez, su unión ideológica con la vanguardia liberal de Francia, por lo que cita las fuentes que le permiten afirmar que se trata de una conjunción del cristianismo y el socialismo ya establecida por Saint Simon, Lammenais y Leroux, clara por el vocabulario utilizado y las revistas que leían, para lo cual una vez más resalta la importancia historiográfica de la correspondencia: "Estas cartas de Quiroga Rosas tienen más valor que los manifiestos escritos lanzados a la publicidad; contraídos a moverse en un medio poco preparado para sus prédicas, forzoso era encubrir sus ideas con símbolos y circunlocuciones menos comprometedoras".¹²

El título del capítulo, "Los sansimonianos argentinos", juega entonces con esta idea de que son discípulos de Saint-Simon, aun sin haberlo leído en forma directa. Junto a esto Ingenieros considera importante preguntarse por los responsables de las traducciones, y por ejem-

¹¹ A grandes rasgos, la línea intelectual francesa que influye en los actores políticos argentinos es reconstruida por Ingenieros de la siguiente manera. Entre los enciclopedistas, los de mayor influencia local son Jean Jacques Rousseau y François Quesnay, quienes principalmente son conocidos por Manuel Belgrano y Manuel Moreno. De sus herederos intelectuales conocidos como ideólogos –Benjamin Constant, Nicolas de Condorcet, Emmanuel-Joseph Sieyès, Pierre Jean George Cabanis, Destutt de Tracy–, son los dos últimos los que llegan a través de la Universidad fundada por Rivadavia durante esos años, donde de hecho la cátedra de filosofía es la de "Ideología". Los ideólogos proveen una base liberal constructiva en relación al jacobinismo crítico que constituían los enciclopedistas y así un plan de reforma educativa (lancasteriano en la primaria e ideologista en la educación secundaria y superior). En Francia, esta línea termina en lo que se llamó eclecticismo, que funcionó como doctrina oficial durante el reinado de Luis Felipe de Orleáns y así como núcleo filosófico de la Restauración. A diferencia de lo que insinúa Korn en sus *Influencias filosóficas en la evolución nacional (1912-1936)* (Buenos Aires, Claridad, 1936), la tesis de Ingenieros es que estos autores eclécticos no llegan aquí, y la restauración rosista no toma del eclecticismo ningún elemento romántico, sino que directamente buscó retraer los aspectos centrales de la política y la economía colonial sin ningún tipo de sofisticación teórica.

¹² Ingenieros, *La evolución de las ideas argentinas*, op. cit., p. 494.

plo sostiene que Leroux era traducido en Montevideo por Miguel Cané y Andrés Lamas. Así encuentra ediciones, o citas de ediciones, y se pregunta quién las tradujo, y se sorprende de dónde y con qué fines aparecieron:

¿Quién tradujo en 1838 las *Palabras de un creyente*, antes de que Alberdi tradujese *El libro del pueblo*? La traducción se publicó en Montevideo y fue hecha expresamente para [el periódico] *El Iniciador*, que la insertó fragmentariamente [...] sus escritos eran traducidos y publicados como editoriales políticos en la prensa rioplatense ¡Quién hubiese dicho al abate célebre que acabaría firmando editoriales... contra la tiranía de Rosas!¹³

El último capítulo, “La Organización”, se ocupa de la tercera etapa del esquema evolutivo que da título a la obra y pone el centro en los ideales del sujeto histórico que constituyen las minorías ilustradas: cuando los ideales inadecuados que sucumben a la reacción de los intereses creados únicamente pueden ser desactivados mediante ideales experienciales adecuados. Esta macro-tesis o esquema de la obra –revolución, restauración, organización– es justificada por Ingenieros en su lectura de las *Bases*, donde Alberdi transformaría sus ideales románticos en ideales adecuados. Las *Cartas quillotanas* le permiten afirmar que las *Bases* son un texto producto de la adecuación de sus textos anteriores de influencias bentahmistas y sansimonianas, pero “convenientemente expurgados”. En franca disputa con Korn, quien en “Socialismo ético” (1918) y en los capítulos ya publicados de su obra *Influencias...* había desestimado el peso de Leroux y de Lammenais en Alberdi y la generación del ‘37. De esta manera, Ingenieros también se para explícitamente frente a los análisis de Groussac al criticar la búsqueda de contradicciones a lo largo de las distintas obras de Alberdi: ya que, insiste, son textos con diferentes objetivos.

Korn: axiología para una filosofía de la historia filosófica

En 1936, el año de su muerte, Alejandro Korn buscaba terminar la publicación de manera conjunta de su obra histórica *Influencias filosóficas en la evolución nacional*. Esta edición final, y según el plan de la obra que ya se proponía así titulada desde el primer artículo, “La filosofía escolástica”, aparecido en 1912 en la *Revista de la Universidad de Buenos Aires*, finalmente pretendía juntar los capítulos que aparecieron después cada año: “La filosofía moderna” y “El Romanticismo” (*Anales de la Facultad de Derecho*, 1913 y 1914). Pero, además, la edición definitiva iba a tener un nuevo capítulo hasta entonces sin publicar, “El positivismo”, y un epílogo que Korn estaba terminando de corregir, “Francisco Bilbao y José Manuel Estrada”. Luego, la editorial *Claridad*, en muchas de las ediciones posteriores, publica el artículo “Filosofía argentina” (aparecido en la revista *Nosotros* en 1927) como introducción de las *Influencias...*, y el artículo “Nuevas Bases”, que había aparecido en 1925 en la revista *Valoraciones*, como capítulo final. Aunque estos dos artículos forman parte de otra línea de lectura sobre el socialismo argentino que Korn propone a lo largo de una serie paralela de ensayos dirigidos a otro público, aparecen en otros medios y enfatizan hipótesis más fuertes y menos justificadas.

¹³ Ingenieros, *La evolución de las ideas argentinas*, op. cit., pp. 511-512.

Como dijimos, Korn propicia desde el decanato de la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA la renovación del claustro docente en dirección antipositivista, y se involucra en dos publicaciones periódicas editadas en La Plata: *Atenea* y *Valoraciones*, de la cual fue director en los últimos números. En 1918, *Atenea: Letras-Artes-Filosofía* irrumpe como una segunda revista dedicada a la filosofía y desde su subtítulo indica otra irradiación temática respecto a la revista de Ingenieros. A través de su manifiesto “*Incipit vita nova*”, texto que también reproduce desde los *Cuadernos del Colegio novecentista*, Korn da un diagnóstico que explica el ambiente en el cual la revista se presenta como el comienzo de una nueva vida. Lo que presuppone un análisis de la historia ideológica argentina de las últimas décadas, que ya insinúa desde este texto programático y “Socialismo ético”, otro ensayo que le es contemporáneo. Según Korn, la segunda mitad del siglo XIX argentino se mostró convencida, y sin divergencias, de llevar a cabo el plan esbozado por Juan Bautista Alberdi. El avance económico y técnico se transformó hacia finales de ese siglo en un positivismo ideológico que fijó su atención en lograr una explicación objetiva del medio hasta tal punto que nos limitamos a comprender nuestra propia existencia bajo las leyes naturales y mecánicas. De modo que no solo se eliminaron las especulaciones teóricas, sino que además se produjo una negación de la posibilidad de autodeterminación individual y colectiva, y así también de la libertad, la ética, los cambios políticos y la filosofía misma.¹⁴

Dice Korn que no se trata de que los mismos representantes del científicismo no hayan visto y atacado el problema, sino que sus intentos se han mostrado siempre infructuosos. Más allá de evaluar la lectura que hace de la obra de Ingenieros, Korn identifica el problema ético relacionado con el positivismo, al que Dotti dio el nombre de “hermanas-enemigas”,¹⁵ según el cual los autores positivistas que promueven algún tipo de idealismo ético, por lato que sea, al sostener la existencia de un sector de la realidad no metafísico ni especulativo propio del saber científico, no superan la dificultad de conectar explicativamente los dos ámbitos. Y este problema que, podemos rastrear, ocupa a Alejandro Korn desde sus primeros trabajos como médico psiquiatra, se vuelve de una permanencia constante en todos los aspectos y temas abordados en su obra.

Incluso, y principalmente, también cuando debate y piensa su propia concepción de la práctica histórica. Para lo cual Korn arma su posición a partir del pensamiento de Jean Jaurès, quien pretende mostrar la compatibilidad del enfoque materialista-determinista de la tradición marxista socialista y la concepción idealista de la historia. Su propuesta termina siendo lo suficientemente amplia como para discutir el determinismo económico sin precisar direcciones metodológicas concretas. Y se trata de consideraciones generales posteriores a la redacción de algunos de los capítulos de la obra y Korn no escribe específicamente sobre las relaciones entre la teoría de los valores y la historia.

En el desarrollo de su obra vemos que la práctica histórica es concebida en relación con la axiología o teoría de los valores. Según él, cada época, cada sociabilidad, posee sus propias valoraciones y juicios, por lo general de manera inconsciente. Frente a esto, la tarea de filósofos e historiadores radica en mostrar esos sentimientos colectivos en un esbozo que comprenda sus

¹⁴Alejandro Korn, A., “*Incipit vita nova*”, *Atenea*, N° 1, marzo de 1918 y *Cuadernos*, N° 4, febrero de 1918; “Socialismo ético”, *Cuadernos del Colegio Novecentista*, 1918.

¹⁵Jorge Dotti, *Las vetas del texto* (1990), Buenos Aires, Las Cuarenta, 2011.

transformaciones y sus ideas. Y es con este esquema, opuesto a aquel que considera protagonistas a las minorías ilustradas, con el que Korn piensa los grandes sistemas de ideas vinculados a la sociedad argentina y lo que le permite afirmar que el positivismo argentino fue “autóctono”, o que aunque no hayan llegado determinados textos a la Argentina durante el rosismo este fue un período romántico en que la sociedad quería cierto orden político y una reafirmación del sentir religioso. Mientras, además, es esta concepción axiológica de la filosofía la que le permite a Korn pedir la existencia de un filósofo capaz de tener una función social fuera de la academia para volver conscientes los distintos aspectos de las distintas valoraciones sociales:

En todo caso la filosofía básica ha de ofrecer una posición definida frente a los problemas de la vida. De no ser así, la filosofía no pasaría de ser un voraz verbalista, patrimonio de eruditos o de minorías minúsculas. Un ocioso deporte dialéctico. Sería una filosofía deshumanizada. Pero en semejante caso siempre se sobrepondría a la enseñanza teórica la ideología tácita de un pueblo, aunque sus directores espirituales no atinen a sistematizarla.¹⁶

En las dos páginas que funcionan como introducción de *Influencias...*, Korn sostiene que son muchos los elementos relevantes en el acontecer histórico, y que entonces cualquier criterio simplista que considere únicamente determinante a uno de ellos resulta siempre unilateral. Pero entonces, dice Korn, en la necesaria repartición de la tarea, él tomará un punto de vista “restringido”: “Estudiemos, pues, una cara del poliedro sin cuidarnos de las demás, pero sin olvidar cuán estrecho es”. Y también, con una postura contraria a la declaración que encontramos después en Ingenieros al introducir su obra propone: “sentémonos al pie de la esfinge a contemplar al margen de los intereses y pasiones”.¹⁷

Influencias filosóficas en la evolución nacional se posiciona directamente frente a las dos concepciones historiográficas que Korn consideraba imperantes y de las que según él es necesario desprenderse para erigir un proyecto emancipador para la filosofía. Como dijimos, se enfrenta a la historiografía de corte positivista que consideraba el medio social y económico como determinante, en tanto estas obras resultan antifilosóficas, e incluso antipolíticas, ya que desestiman la posibilidad de la acción ética bajo las fuerzas impersonales que rigen la historia, y contra las cuales Korn toma las ideas y los valores como principal objeto de análisis. Pero además su contendiente son aquellas construcciones históricas maniqueas y excesivamente políticas que él ve desarrollarse de manera hegemónica bajo la dicotomía civilización y barbarie presente, por ejemplo, en la obra de Ingenieros, ya que resultan militantes y sesgadas, y, por lo tanto, intolerantes, al insistir con una construcción nacional de corte antihispanista y anticatólico.

Luego de atender al plan de la obra que intentó llevar a cabo José Ingenieros, la obra histórica de Alejandro Korn se desarrolla más cercana a un ensayo, con contadas citas a pie de

¹⁶ Alejandro Korn, “Axiología” (1930), en A. Korn, *Obras completas*, Buenos Aires, Claridad, 1949, p. 298. La noción de ‘evolución’ en el título de la historia de las ideas de Korn, como él mismo lo explica, refiere al modo propio de pensar la historia desde la filosofía contemporánea, desde Hegel hasta Spencer y hasta Bergson. Se trata de una evolución axiológica —“estos movimientos filosóficos no se desenvuelven aisladamente, sino que responden a un estado general del espíritu humano, es un fenómeno evolutivo”—. Alejandro Korn, *Lecciones inéditas: 1925*, La Plata, Edulp, 2012, p. 81.

¹⁷ Alejandro Korn, “La filosofía escolástica” (1912), en *Obras completas, op. cit.*, p. 44. Se trata de las mismas propuestas historiográficas de sus lecciones: alejarse de aquellas cuestiones de “interés histórico” y considerar las grandes obras como materialización de su “momento histórico”, Korn, *Lecciones inéditas, op. cit.*, pp. 28, 42.

página y muchas menos referencias a fuentes. Sus capítulos avanzan asistemáticamente, sin utilizar un aparato documental determinado ni con pretensión de exhaustividad, y tampoco se extraen conclusiones finales sino que se van seleccionando problemas, temas y autores considerados relevantes.

Korn abre su obra con un diagnóstico claro: la Argentina es colonia intelectual y “obedece con docilidad” los influjos europeos. Por lo que esta obra, dice, va a investigar cómo las ideas directrices de la cultura occidental “se reflejan en nuestro ambiente”. Según su objetivo y con este criterio, la historia es considerada desde las ideas y la división que propone la obra dedica cada capítulo a una de las grandes corrientes del pensamiento occidental: 1) “La Filosofía escolástica”, 2) “La Filosofía Moderna”, 3) “El Romanticismo”, 4) “El Positivismo”. Cada capítulo comienza entonces caracterizando mediante las principales figuras del pensamiento europeo los lineamientos generales de los grandes movimientos filosóficos y cuando da el salto en el espacio a la Argentina queda entonces obligado también a dar un salto en el tiempo para llegar al momento en que estas ideas influyen aquí “con retraso” o de manera “póstuma”. De modo que la arquitectura de la obra, con su división en capítulos por corriente filosófica, al ser utilizada también como una periodización del pensamiento argentino, posee una correspondencia temporal corrida sobre la que Korn advierte, pero que también le trae inconvenientes. Los ideólogos de la universidad fundada por Rivadavia quedan en el capítulo titulado “El Romanticismo”, y al negarse a considerar relevantes los aspectos socialistas-románticos de la obra de Alberdi, el esquema mismo parece obligarlo a ubicarlo bajo “El Positivismo”.

A modo de ejemplo de cómo funciona este esquema, en discusión con la historiografía liberal la tesis interpretativa de Korn sostiene que la misión evangelizadora que se propuso aquí la Iglesia chocó con el brazo armado de la conquista en busca de riquezas. Este contrapunto entre la interpretación que hacen Korn e Ingenieros se explicita en la lectura que cada uno realiza de las *Leyes de Indias*. Alejandro Korn destaca la coherencia interna de este texto respecto a los principios teóricos que lo guían. Mientras que Ingenieros, que conoce esta interpretación, enfatiza su falsedad manifiesta respecto a las prácticas de gobierno coloniales: “frente a la historia de papel, hay otra de hechos reales”. Por su parte, el primer problema del que se ocupará Korn en su análisis de este aparato legislativo trata del control monopólico que ejercía España sobre el puerto de Buenos Aires. El método que elige tiende no solo a relacionar sino también a subsumir los distintos aspectos de la vida social al sistema teórico, funcionando a su vez entonces como clave interpretativa de la situación social. Y da un argumento llamativo, ya que el control monopólico del puerto de Buenos Aires es explicado desde la *Política* de Aristóteles. Desde allí Korn considera necesario traer a colación dónde nace aquel desprecio a los comerciantes y al arte de enriquecerse que luego influirá en el cristianismo y más tarde en la escolástica. “Conviene recordar su doctrina económica”, dice Korn respecto de Aristóteles, en tanto es la que, pasando por Tomás de Aquino, se asienta en la moral escolástica y es retomada luego por Francisco Suárez y los legisladores de Indias como Solórzano. Por lo que a continuación cita un largo párrafo del “Libro I” de la *Política*. Korn no se preocupa por saber si fueron precisamente estas las ideas que circularon alrededor de Buenos Aires, sino que justifica de esta manera la filosofía que nutrió a las *Leyes de indias*.

El recorrido que propone Korn es la forma de mediación entre el sistema de ideas que da título al capítulo y la legislación que pesa sobre el puerto de Buenos Aires, por lo que resulta también la forma de mostrar una “influencia filosófica”. De manera que no se piensa principalmente en términos de la circulación de los textos, ni tampoco solo en rastrear el origen del

bagaje ideológico en juego, sino en dar cuenta de un problema filosófico. Aunque parezca absurdo pensar que en un monopolio comercial funcione un desprecio a los bienes materiales y no un deseo de monopolizarlos, como dijimos, la tesis en juego consiste en marcar un papel positivo de la religión que se plasma en alguna medida en la legislación y que enfrenta a intereses materiales: “La cruz con frecuencia hubo de oponerse a las violencias de la espada”.¹⁸

Korn escoge ciertos temas desestimados por Ingenieros. El problema filosófico que sigue en el texto trata sobre la definición del estado ontológico de la población americana y la discusión sobre si era posible esclavizarla legítimamente. Una vez más, para desarrollar el asunto parte de Aristóteles y la discusión entre el obispo Tomás Ortiz y Bartolomé de las Casas. Aunque en 1537, por el Papa Paulo III, hayan triunfado las ideas antiesclavistas, los conquistadores, en pugna con ellas, instituyeron una serie de prácticas, como el servicio personal y las encomiendas, para lograr su servidumbre. En la misma dirección, el papel que los jesuitas desarrollaron en las colonias fue considerado por Korn relevante ya que fueron los únicos que conservaron en intención y práctica sus deberes evangelizadores. Las misiones jesuíticas fueron las que a la larga permitieron a ciertas idiosincrasias de los pobladores americanos “incorporarse como elemento étnico a la evolución nacional”. Y, a continuación, para explicar la práctica cristiana en tierras guaraníes por parte de los jesuitas, Korn trae a colación ciertos puntos de la tradición utopista. “Era la república de Platón traducida al cristiano en un ambiente guaraní”, gracias a lo cual lograron una “creación socialista”. Por ejemplo, este es uno de los casos en que no queda claro si Korn presenta una tesis propia o la está tomando de otros autores que se fascinaron con la experiencia jesuita en el Paraguay, como Montesquieu, Voltaire, Robertson o Raynal, para darle su propio significado.

En general, nunca queda del todo claro qué es lo que llega aquí y qué es lo que no, y la mediación entre el núcleo conceptual expresado en el título de cada capítulo y sus influencias nacionales queda trunca en el intento de lograr una filiación del ambiente local a las ideas europeas. En busca de problemas filosóficos locales, cuando se pasa de un capítulo al siguiente, y de un sistema filosófico a otro, Korn explica estos pasos dando cuenta de las críticas teóricas involucradas, y los evalúa incluso desde la filosofía contemporánea señalando sus problemas; sobre todo, aquellos que a Korn le interesa denunciar y olvidan diferentes aspectos de la vida espiritual del hombre. Por ello, en contraposición a Ingenieros –quien veía una misma línea política a seguir conformada por el enciclopedismo, el ideologismo, lo que llamaba el romanticismo social y el positivismo–, la evaluación que hace Korn respecto al carácter liberal y vanguardista de la filosofía francesa es en cambio mucho más crítica, en tanto el racionalismo contiene según él una necesidad de dictámenes *a priori* que lo vuelve intolerante con las instituciones existentes, entre ellas, especialmente, con la Iglesia.

Según Korn, mientras en Francia antes de la reacción romántica los ideólogos repartían su doctrina como enseñanza oficial, en Europa los pueblos, ya cansados del intelectualismo revolucionario, vuelven a descubrir el sentimiento religioso y las “bellezas ignoradas del cristianismo”. Después del texto de Ingenieros, el repaso que hace Korn de este momento es mucho más comprensivo. Y, contra la interpretación que se le dio habitualmente desde el socialismo argentino, también retomada por Ingenieros, y según su concepción historiográfica que describimos, Korn sostiene:

¹⁸ Alejandro Korn, “La filosofía escolástica”, *op. cit.*, p. 57.

Solamente el liberalismo dogmático, en su incurable superficialidad, puede presentarnos a la Santa Alianza como una confabulación de monarcas absolutistas o de hombres de estado ineptos, sin darse cuenta que no es sino una exteriorización –y no la más grave– del movimiento reaccionario general que ha ligado los espíritus antes que los pueblos.¹⁹

Y así es como el Romanticismo, luego el Positivismo, “no es la creación artificial de sus grandes expositores: es, ante todo, en el siglo pasado, una actitud espiritual común a todo occidente, nacida bajo el imperio de una misma situación histórica”. Según Korn, Alberdi, en 1837, ya tiene una crítica al eclecticismo romántico y en sus textos ya existe algo que Korn reconoce como positivismo. En el capítulo “El Positivismo”, perteneciente con seguridad al plan de *Influencias filosóficas en la evolución nacional*, Korn nombrará cuáles son las influencias teóricas que llevan a Alberdi a hacer estas afirmaciones. Pero, por otro lado, sostiene al respecto tesis más fuertes en otros textos como “*Incipit vita nova*”, “Socialismo ético”, “Filosofía argentina” y “Nuevas bases”. En ellos, a partir de los escritos de Alberdi, no solo insiste en el carácter autóctono de lo que se podría llamar el “positivismo argentino”, sino también en que “antes de Marx, Alberdi concibió los principios fundamentales del materialismo histórico”.²⁰

Siguiendo la línea de las *influencias filosóficas...*, fundamentalmente, dice Korn, el positivismo en la Argentina se dio en tres generaciones, de las cuales solo la última alcanzó a tomar, sin originalidades, los desarrollos teóricos de este sistema mediante las obras de Comte y Spencer. Una primera generación es aquella de la que forman parte Alberdi, Sarmiento, Mitre, Florencio Varela y Avellaneda. Según Korn, ellos fueron románticos en su juventud y rápidamente cambiaron de ideas. Los elementos sociales y culturales de los que quiere desprenderse el plan de Alberdi son los que Korn se esfuerza por recuperar como intrínsecamente pertenecientes a la evolución nacional: la tradición hispana, los principios éticos, el interés religioso, el “elemento indígena”. Por ello dice Korn que en esta tarea organizadora “se sacrificaron las condiciones de existencia de nuestras clases populares, incapaces de adaptarse, víctimas de un verdadero naufragio étnico”.

En la misma dirección, otra de las grandes líneas argumentales del texto se da a partir de la reconstrucción de disputas religiosas locales con las que se destaca la diversidad de posiciones que se dieron en la Argentina. Korn sostiene que la Iglesia argentina presentó una posición abierta y cedió a sus intereses en pos de fomentar la aceptación de la constitución nacional, que evitó de esta manera todas las luchas de sangre que requirió durante años conseguir la libertad de culto en otros países de la región. De modo que gran parte del último capítulo de las *Influencias...* apunta a demostrar la falsedad de la dicotomía de Ingenieros: los posicionamientos de los propios curas, frailes y sacerdotes argentinos fueron fundamentales para trazar la unidad nacional en esta constitución que sostenía la libertad de culto. Y en el capítulo que estaba escribiendo antes de morir continúa los debates posteriores a Caseros para reponer la discusión sobre la compatibilidad entre el catolicismo y la democracia: Frías, Esquiú, Lavais y Estrada son parte de la tradición de un “catolicismo laico” tolerante de los cultos, heredero directo del “clero revolucionario de Mayo”. Korn concluye que el desprecio político a la Igle-

¹⁹ Alejandro Korn, *Influencias filosóficas en la evolución nacional*, op. cit., 1949, p. 118.

²⁰ Alejandro Korn, “Nuevas Bases” (1925), *Obras completas*, op. cit., p. 197.

sia que se da en la Argentina se debe a una confusión con el accionar que tuvo la Iglesia europea durante el siglo XIX, “de ahí una situación falsa que obliga a aceptar en casa cuanto se condena fuera de ella”.²¹

En la línea de textos socialistas, “Nuevas bases”, al igual que el texto al que hace referencia, presenta también un programa, o al menos una indicación sobre hacia dónde, deduce Korn, deberían apuntar estas *nuevas* bases. Para Korn, Juan B. Justo incorpora la idea de justicia social, renovando y superando “por primera vez la ideología alberdiana”. Y la genealogía socialista que traza Korn aquí es la siguiente. El socialismo es utopía en los años del romanticismo de la primera mitad del siglo XIX, se vuelve científico en la época del positivismo marxista, y se impregna de elementos ideales en la renovación contemporánea del pensamiento filosófico. Y si la línea socialista internacional está dada en estas etapas por Saint Simon, Marx y Jaurès, tiene aquí su paralelo en Alberdi, Justo y Korn mismo, que se autopoiciona entonces como una suerte de Jaurès argentino. Pero, además, Korn marca a continuación la existencia de influencias en el socialismo que el Partido Socialista no puede reconocer. A Marx, dice, hay que agregarle a Le Play, Schmoller y el *De rerum novarum* de León XIII, que fija la posición de la Iglesia frente al problema social. Según Korn, estos autores reparan el marxismo brindándole el ideal de “Justicia”. Aunque criticados como reaccionarios en distintos episodios del socialismo internacional, fueron quienes en las ciencias sociales no vieron solo un dominio económico y encontraron en la religión la capacidad de hacer funcionar ideales éticos sobre los intereses.

Con este diagnóstico y en esta situación de “desorientación ideológica” generada por el materialismo, Korn construye una genealogía local acerca de cómo se fue despertando cierto espíritu crítico. La crisis del '90 en el ámbito político, social y económico, Paul Groussac y Juan Agustín García en el ámbito cultural, son los puntos en que Korn encuentra algún tipo de alerta inicial por la pérdida de la nacionalidad en la heterogeneidad de las llegadas inmigratorias y la necesidad de un nuevo perfil educativo. Según Korn, la creación de la Facultad de Filosofía y Letras en 1896, y entonces también la filosofía misma y las nuevas orientaciones teóricas que se estaban imponiendo en aquel momento, son producto de un límite a las implicaciones políticas y teóricas del positivismo.

Historia de las ideas, metodología y tradiciones culturales

Las disputas por las definiciones sobre la nacionalidad y su evaluación, inclusión o exclusión de filiaciones coloniales, criollas, gauchescas, hispanistas, cristianas, latinas y anglosajonas

²¹ Korn así constituye la primera obra de historia de las ideas argentinas de una larga serie. Con posterioridad principalmente fueron autores con intenciones reivindicadoras del catolicismo los que promovieron distintas hipótesis y nombres para dar forma a la “filosofía argentina”, hasta tal punto que se podría afirmar que hegemonizaron el género. Entre otros: Guillermo Furlong, *Nacimiento y desarrollo de la filosofía en el Río de la Plata*, Buenos Aires, Kraft, 1952; Francisco Leocata, *Las ideas filosóficas en la Argentina*, Buenos Aires, CESBA, 1993; Alberto Caturelli, *Historia de la filosofía en la Argentina*, Buenos Aires, UNSAL, 2001. Aunque esta línea nunca se afirma sobre Korn, ya que lo consideran de un “absoluto desconocimiento de la Filosofía Cristiana”. Por otra parte, entre la gran cantidad de homenajes y discípulos que se posicionan tras sus huellas, la única reivindicación de sus tesis historiográficas la realizó Juan Villoldo, quien le adjudica a Korn la recuperación de “nuestra cultura greco-latina de matiz español que quiere ser Argentina”, *De historia*, Buenos Aires, Perrot, 1950, p. 79.

tienen su episodio en el marco de la profesionalización disciplinaria de la filosofía en la Argentina. Con la particularidad de que en este marco las construcciones historiográficas de Ingenieros y Korn pretendieron legitimarse desde un ámbito universitario, y se diferenciaron por sus consideraciones teóricas y metodológicas.

La advertencia que realizó Miguel Cané hacia 1888 sobre el riesgo del mercantilismo social y *La tradición nacional* del mismo año de Joaquín V. González, que buscó un origen de la nacionalidad en la cultura regional, se continúan con otros textos y ediciones que promueven construcciones “nacionalistas” en una serie de problematizaciones políticas de la dicotomía organizadora que habían promovido Sarmiento, Alberdi y Mitre. Entre ellas: la antología de Menéndez y Pelayo, que consideraba la producción local bajo la filiación de la cultura española; *La restauración nacionalista* (1909) y el proyecto editorial de Ricardo Rojas, que plantea la necesidad de una unificación cultural bajo la cultura criolla y el catolicismo; o la obra de Manuel Gálvez, que pone a la barbarie del lado de la élite liberal. Desde su lectura histórica y su revista, Ingenieros planteó una continuidad no disruptiva con su propia obra y con la tradición intelectual anterior, en la que ubica bajo un esquema general “argentino” proyectos divergentes en una misma línea política y teórica de la cual recupera un modo político de pensar la nación. De esta manera, la fuerte dicotomía que Ingenieros mantiene postula una recuperación del plan organizador de Alberdi y realiza un corte similar, desde donde se posiciona frente a las críticas al materialismo liberal y otras inversiones de la dicotomía “civilización y barbarie”, que llegaron a lograr una relevancia cultural durante la década de 1910. Por lo que *La evolución de las ideas argentinas* se sitúa como discurso metodológicamente válido al mismo tiempo frente a las construcciones simbólico-literarias, y frente a estas nuevas construcciones culturales dentro de las cuales hay que leer las claves interpretativas propuestas por Korn.

Si, como muestran Ardao y Degiovanni, Ingenieros tuvo un rol importante en el proceso de canonización de la figura de Alberdi, instalándolo como un eje de discusión durante la década de 1910, por su parte, Korn reconoce también una continuidad desde el plan político de Alberdi hasta los positivistas argentinos. Pero interpreta el centenario como un cambio de paradigma, un nuevo período romántico, con una fuerte crítica al progreso material y al racionalismo, donde se revaloran los afectos y el sentir religioso. En esto, su programa teórico insistió en proponer una misma crítica superadora desde la ética tanto a la teoría de Marx y a la teoría de Bergson como al proyecto de Alberdi, lo que concluye en la apuesta por una articulación progresista del catolicismo de manera conjunta con el socialismo. Respecto a ello subrayamos el carácter realmente temprano del intento de Alejandro Korn de proponer una nueva lectura sobre el catolicismo local, coincidente con el comienzo de la revisión histórica “apologética” del catolicismo argentino que rastrea Di Stefano.²² Una vez pasadas las discusiones sobre la posible adscripción a la tercera internacional dentro del socialismo argentino, Korn reafirma en tono de denuncia la necesidad del liberalismo parlamentario como un ideal argentino nunca cumplido, de manera que las constantes “promesas de democracia” desde la Revolución de Mayo hasta el fraude liberal-positivista justificarían su opción progresista primero contra la influencia del maximalismo y luego frente a la primera dictadura militar.²³

²² Roberto Di Stefano, “De la teología a la historia: un siglo de lecturas retrospectivas del catolicismo argentino”, *Prohistoria*, N° 6, 2003, pp. 173-201.

²³ Véase Natalia Bustelo y Lucas Domínguez Rubio, “El antipositivismo como respuesta a la crisis civilizatoria. El proyecto filosófico-político de Alejandro Korn”, *Cuadernos del Sur-Filosofía*, N° 45, 2016.

Como protagonistas de un espacio académico filosófico en busca de una legitimidad que no reniegue de la intervención social, Korn e Ingenieros buscaron desde su disciplina la definición de la nacionalidad. Para ello tomaron la tarea de escribir las primeras historias de las ideas locales, donde ensayaron propuestas metodológicas que pretendieron destacarse por su rigurosidad en lo que se refiere al conocimiento de los sistemas filosóficos y a los grandes autores. En la discusión que sostienen a través de sus obras historiográficas cada uno de los dos intelectuales más importantes de la carrera de filosofía hacia 1918 propone dos maneras bien diferentes de pensar la recepción o circulación de ideas del continente europeo. Mientras José Ingenieros propone una lectura fuertemente política e histórica de las discusiones, Alejandro Korn, contra la historiografía liberal y positivista, intentará una historia de las ideas *más filosófica* y autónoma desde un punto de vista axiológico.

Si tanto Korn como Ingenieros reconocen que desde el mismo proceso de formación de la Argentina como nación apareció la cuestión de la recepción y la circulación de ideas provenientes del continente europeo, proponen dos enfoques bien diferentes para pensar este problema historiográficamente. Es claro que el desarrollo a partir de los grandes sistemas que adopta Korn con el objetivo de dar relevancia al plano eidético contra la historiografía determinista e intentar darle cierta autonomía al ámbito filosófico termina ubicándose directamente bajo un esquema pasible de ser caracterizado como de “modelos y desviaciones”.²⁴ Con el supuesto de que la ideología social está implícita, su propuesta de una historia cultural axiológica se encarga de vincular grandes problemas teóricos con el pensamiento y la sociabilidad argentina, proponiendo así una manera propia y particular de determinar la presencia de ideas y estableciendo relaciones a modo de *influencias*. Mientras, por su parte, Ingenieros, al menos en lo que se refiere a las preguntas que buscó responder con su investigación, y con todas las limitaciones señaladas, desarrolla una investigación interdisciplinaria y documental que parte de los interrogantes políticos alrededor de la circulación y la traducción.

Mientras Korn muere rodeado de la primera generación de filósofos graduados y el instituto de filosofía de la UBA lleva su nombre desde 1959, por su parte, en varios ensayos de diversas proyecciones políticas de la cultura argentina, Ingenieros es genealógicamente tomado como piedra inicial de muchas tradiciones intelectuales e ideológicas, pero nunca es considerado como parte de los inicios de la actividad filosófica en la Argentina. Por lo que, si, como señala Pasolini, el texto de Ingenieros es continuamente retomado en ambientes culturales politizados, al mismo tiempo los veredictos sobre su obra desde el campo académico, tanto histórico como filosófico, resultaron sistemáticamente muy negativos, principalmente por el rotundo posicionamiento militante que toma en su obra y sus difusos límites disciplinarios, aunque es indudable que la figura de Korn tuvo menor significación por fuera del ambiente académico. Si bien las tesis de su “socialismo ético” tuvieron una valoración marginal dentro del socialismo argentino a partir del recorrido de sus discípulos, en la Universidad Popular Alejandro Korn (UPAK) y con la revista *Libertad creadora* (1943), vinculada al proyecto político de la Unión Democrática, y a pesar de que la axiología o teoría de los valores tuvo una amplia tematización dentro del ámbito académico filosófico argentino hasta incluso la década de 1950, su enfoque historiográfico y sus tesis históricas carecieron de mayores repercusiones.

²⁴ Elías Palti, *La invención de una legitimidad*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2008, pp. 23-44; “Introducción” a *El tiempo de la política*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2007.

Finalmente, aunque la obra de Ingenieros ha sido leída junto a la obra de Korn dentro de la historiografía socialista o también ha sido tomada como una de las últimas manifestaciones de una élite liberal que ve peligrar su estabilidad en la dirigencia del país, es claro que mediante el accionar de Aníbal Ponce las editoriales ligadas al Partido Comunista hicieron de esta obra y de este autor objeto de continuas reediciones hasta la década de 1960. De manera que en general primó una interpretación política del texto y nunca fue leída y discutida como la historia de las ideas que Ingenieros buscó presentar. □

Bibliografía

- Alberini, Coriolano, “Discurso del vicepresidente del comité de honor y secretario técnico del congreso”, *Actas del Primer Congreso Nacional de Filosofía*, Mendoza, UNCuyo, 1949.
- Ardao, Arturo, “Alberdi y Korn”, en A. Ardao, *Filosofía de lengua española*, Montevideo, Alfa, 1963.
- Auza, Néstor y Trenti Rocamora, José, *Estudio e índice de la colección “La Cultura Argentina” (1915-1925)*, Buenos Aires, Dunken, 1997.
- Biagini, Hugo, “Introducción”, en Hugo E. Biagini, Elena Ardissonne y Raúl Sassi, *Revista de Filosofía (1915-1929): Estudio e índices analíticos*, Buenos Aires, Centro de Estudios Filosóficos/Editorial Docencia, 1984, pp. 5-13.
- Buchbinder, Pablo, *Historia de la Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires*, Buenos Aires, Eudeba, 1997.
- Bustelo, Natalia, “Los ladrillos de la Gran Casa del Porvenir Social. Arielismo socialista y revistas estudiantiles rioplatenses (1914-1927)”, *e-1@tina*, vol. 12, N° 46, Buenos Aires, enero-marzo de 2014.
- Bustelo, Natalia y Domínguez Rubio, Lucas, “El antipositivismo como respuesta a la crisis civilizatoria. El proyecto filosófico-político de Alejandro Korn”, *Cuadernos del Sur-Filosofía*, N° 45, 2016.
- Caturelli, Alberto, *Historia de la filosofía en la Argentina*, Buenos Aires, Ciudad Argentina/UNSA, 2001.
- Degiovanni, Fernando, *Los textos de la patria: Nacionalismo, políticas culturales y canon en Argentina*, Buenos Aires, Beatriz Viterbo, 2007.
- Di Stefano, Roberto, “De la teología a la historia: un siglo de lecturas retrospectivas del catolicismo argentino”, *Prohistoria*, N° 6, 2003.
- Devoto, Fernando y Nora Pagano, *Historia de la historiografía argentina*, Buenos Aires, Sudamericana, 2009.
- Dotti, Jorge, *Las vetas del texto* [1990], Buenos Aires, Las Cuarenta, 2011.
- Dujovne, León, *La obra filosófica de José Ingenieros*, Buenos Aires, Aniceto López Editor, 1930.
- Furlong, Guillermo, *Nacimiento y desarrollo de la filosofía en el Río de la Plata: 1536-1810*, Buenos Aires, Kraft, 1952.
- Gálvez, Manuel, *El diario de Gabriel Quiroga*, Buenos Aires, Moen, 1910.
- González, Joaquín V., *La tradición nacional*, Buenos Aires, Lajouane, 1888.
- Ingenieros, José, *Principios de psicología* [1911], Buenos Aires, Losada, 1946.
- , *El hombre mediocre* [1913], Buenos Aires, Errepar-Longseller, 2000.
- , *La cultura filosófica en España* [1916], Buenos Aires, Meridión, 1955.
- , *Proposiciones relativas al porvenir de la filosofía* [1918], Buenos Aires, Losada, 2005.
- , *La evolución de las ideas argentinas: texto revisado y anotado por Aníbal Ponce*, 2 vols. (1918-[1925]), Buenos Aires, El Ateneo, 1951.
- , *Emilio Boutroux y la filosofía en Francia* [1922], Buenos Aires, Meridión, 1955.
- , *Las fuerzas morales* [1925], Buenos Aires, Elmer, 1977.

- Jaurès, Jean, *Conferencias: pronunciadas en Buenos Aires por el diputado socialista francés*, Buenos Aires, La Vanguardia, 1922.
- Korn, Alejandro, *Locura y crimen*, Buenos Aires, La Nación, 1883.
- , *Informes médicos forenses*, La Plata, Talleres Sesé y Larrañaga, 1902.
- , “*Incipit vita nova*”, *Atenea*, N° 1, marzo de 1918.
- , “Socialismo ético”, *Cuadernos del Colegio Novecentista*, 1918.
- , *La libertad creadora* (1922), en A. Korn, *Obras completas*, Buenos Aires, Claridad, 1949, pp. 213-244.
- , *Lecciones inéditas: 1925*, La Plata, Edulp, 2012, p. 81.
- , “Jean Jaurés en Buenos Aires”, *Revista Socialista*, N° 30, 1932.
- , *Influencias filosóficas en la evolución nacional (1912-1936)*, Buenos Aires, Claridad, 1936.
- , “Axiología” [1930], en A. Korn, *Obras completas*, Buenos Aires, Claridad, 1949.
- Leocata, Francisco, *Las ideas filosóficas en la Argentina*, 2 vols., Buenos Aires, CESBA, 1993.
- Palti, Elías, “Introducción” a *El tiempo de la política*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2007.
- , “Introducción. El malestar y la búsqueda: Más allá de la historia de las ‘ideas’”, en E. Palti, *La invención de una legitimidad*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2008, pp. 23-44.
- Pasolini, Ricardo, “Crítica erudita y exaltación antifascista: Acerca de la obra de José Ingenieros ‘historiador’”, *Prismas*, N° 11, 2007, pp. 87-105.
- Pita González, Alejandra, *La unión latino americana y el boletín Renovación: Redes intelectuales y revistas culturales en la década de 1920*, México, El Colegio de México, 2009.
- Probst, Juan, “Comentario sobre La Evolución de las ideas argentinas”, *Cuadernos del Colegio Novecentista*, N° VII, enero de 1919, pp. 66-68.
- Ramaglia, Dante, “Condiciones y límites del proceso de institucionalización de la cultura filosófica argentina a comienzos del siglo XX”, *Solar*, N° 6, 2010, pp. 13-39.
- Rojas, Ricardo, *La restauración nacionalista*, Buenos Aires, Ministerio de Justicia e Instrucción Pública, 1909.
- Rossi, Luis, “Los proyectos intelectuales de José Ingenieros desde 1915 a 1925: la crisis del positivismo y la filosofía en la Argentina”, en José Ingenieros y Aníbal Ponce, *Revista de Filosofía, Cultura, Ciencias, Educación (1915-1929): Prólogo y selección de textos por Luis Rossi*, Bernal, UNQ, 1999, pp. 13-62.
- Ruvituro, Clara, “Pensamiento filosófico, inserción universitaria e idearios políticos en Alejandro Korn y Coriolano Alberini”, en Germán Soprano, y Osvaldo Graciano, *El Estado argentino y las profesiones liberales, académicas y armadas*, Buenos Aires, Prohistoria, pp. 114-139.
- Talak, Ana, “Psicología y política en la interpretación de la sociedad”, *Políticas de la memoria*, N° 13, 2012, pp. 59-63.
- Tarcus, Horacio, “Bio-bibliografía de José Ingenieros”, *Fondo de Archivo José Ingenieros: Guía y catálogo*, Buenos Aires, CEINCI/UNSAM, pp. 17-38.
- , “Alejandro Korn”, en Horacio Tarcus, *Diccionario biográfico de la izquierda argentina*, Buenos Aires, Emecé, 2007.
- , *El socialismo utópico en el Río de la Plata*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2016.
- Terán, Oscar, *En busca de la ideología argentina*, Buenos Aires, Catálogos, 1986.
- , *Historia de las ideas en la Argentina: Diez lecciones iniciales, 1810-1980* [2004], Buenos Aires, Siglo XXI, 2008.
- Torchia Estrada, Juan, *Alejandro Korn: Profesión y vocación*, México, UNAM, 1986.
- Villoldo, Juan, *De historia*, Buenos Aires, Perrot, 1950.
- Weinberg, Gregorio, “Estudio preliminar”, en A. Korn, *El pensamiento argentino*, Buenos Aires, Nova, 1961, pp. 7-22.

Resumen / Abstract

Filosofía e historia en las primeras historias de las ideas argentinas. La discusión historiográfica entre José Ingenieros y Alejandro Korn

A partir de 1912, Alejandro Korn y José Ingenieros comenzaron a publicar los artículos que luego darían lugar a sus obras historiográficas, respectivamente, *Influencias filosóficas en la evolución nacional* y *La evolución de las ideas argentinas*, de manera que se fueron generando ciertas discusiones a través de las secciones que cada uno conocía de la obra del otro. Al tratarse de las primeras obras de envergadura que encararon desde un ámbito filosófico en formación la historia del pensamiento argentino, sus autores buscaron crear tradiciones respecto de las cuales, por crítica o justificación, poder afirmar sus propias posiciones académicas, culturales y políticas. Así, mediante sus intervenciones en el debate sobre la evaluación de los distintos rasgos del pasado intelectual del país y la identidad nacional durante la profesionalización académica de los estudios históricos, fundamentaron sus posicionamientos respecto de la situación académica en la llamada reacción filosófica anti-positivista, y, en un plano más general, participaron activamente en los debates sobre función del intelectual, la cultura y la filosofía respecto a un proyecto global de nación. Pero, además de presentar interpretaciones y evaluaciones opuestas respecto a la historia ideológica del país y sus protagonistas, para encarar sus historias de las ideas, los dos profesores más importantes del ámbito filosófico hacia 1918 ensayaron enfoques metodológicos bien distintos que funcionaron bajo distintas concepciones de la práctica filosófica e histórica, y que involucraron dos maneras diferentes de pensar la recepción y la circulación de ideas provenientes del continente europeo.

Palabras clave: Filosofía - Historia - Historiografía - Historia de las ideas - Pensamiento argentino - José Ingenieros - Alejandro Korn

Philosophy and History in early histories of Argentine ideas. The historiographical discussion between José Ingenieros and Alejandro Korn

From 1912, Alejandro Korn and José Ingenieros began to publish articles that then would be part of their historical works, respectively, *Influencias filosóficas en la evolución nacional* and *La evolución de las ideas argentinas*. Therefore, they started to generate some discussion in reference to sections that they knew of each other's work. Being the first major works from a developing philosophical field about the history of Argentine thought, their authors sought to create cultural traditions to affirm their own academic, cultural and political positions. Thus, they based their positions about their academic situation through their interventions in the debate on the evaluation of the various features of the intellectual past of the country and national identity during the academic professionalization of historical studies, and actively participated in discussions on the function of culture and philosophy in a national project. Yet, besides, in order to address their history of ideas, the two most important teachers of the philosophical sphere around 1918 tested very different methodological approaches that worked under different conceptions of philosophical and historical practice and two different ways of thinking the reception and circulation of ideas from Europe.

Keywords: Philosophy - History - Historiography - History of ideas - Argentine Thought - José Ingenieros - Alejandro Korn

Fecha de recepción del original: 17/2/2015

Fecha de aceptación del original: 16/12/2015

Charles Maurras y los nacionalistas argentinos

Recepción y “usos” en los años posperonistas

Facundo Cersósimo

Instituto Ravignani / CONICET / FFYL-UBA

Introducción

El 16 de noviembre de 1952 fallecía en Tours, Francia, el político y escritor Charles Maurras. Durante el siglo xx, el principal referente del movimiento monárquico *Action française* representó para ciertos círculos nacionalistas argentinos una fuente de recetas para interpretar e intervenir en el escenario político local.

Tras una primera recepción en las décadas iniciales de dicho siglo, luego de su muerte fue recuperado en un renovado clima de ideas donde el catálogo de lecturas del universo nacionalista se actualizó al calor de la guerra fría y el posperonismo. Es dicho momento el que nos interesa analizar aquí.

Nuestra puerta de entrada será el aniversario de su desaparición física celebrado en 1972. La “Comisión Argentina de Homenaje a Charles Maurras en el xx aniversario de su muerte”, encargada de organizar las actividades, contó con la participación de un conjunto de figuras cuyas trayectorias mostraban heterogéneos recorridos y, para la época, apuestas políticas divergentes. Sin embargo, parecieron encontrar en ella un común punto de reunión.

Inicialmente enfocaremos nuestra atención en dicha comisión y a partir de allí daremos cuenta de la primera recepción de Maurras, para luego reconstruir las redes en las que se inscribían sus integrantes y analizar las biografías individuales y colectivas más significativas. Identificaremos también la producción de quienes para la época exploraron la obra de Maurras a través de operaciones intelectuales ciertamente disímiles en función del contexto político del momento; rastreamos a los agentes culturales encargados de la difusión de sus escritos en la Argentina y la actividad política e intelectual de quienes cruzaron el océano tras haber participado del proyecto maurrasiano en su lugar de origen.

En definitiva, todo ello nos permitirá explorar el campo nacionalista argentino en la segunda mitad del siglo: las familias que lo integraban, las apuestas políticas, los ámbitos de sociabilidad, la circulación de ideas transatlánticas y su reapropiación, entre otras variables.

Recordando a Maurras

Hacia septiembre de 1972, un pequeño boletín editado en la localidad de Tala, provincia de Salta, titulado *La Tradición*, anunciaba la realización de un homenaje a Maurras. Allí comuni-

caba a sus lectores la conformación de la citada comisión, los integrantes de la misma y una serie de actividades a realizarse a mediados de noviembre.¹ Al aproximarse su inicio, el diario *La Nueva Provincia*, propiedad de Diana Julio de Massot, era el que daba mayores detalles de la agenda diagramada.²

El lunes 13 Enrique Zuleta Álvarez, docente de la Universidad Nacional de Cuyo, disertaría acerca de “Maurras poeta y literato”. Al igual que las demás actividades de la semana, esta se llevaría a cabo en el Salón del Socorro, contiguo a la Basílica de Nuestra Señora del Socorro, en el barrio porteño de Retiro. Al día siguiente sería el turno de Alberto Falcionelli, por entonces docente en la misma casa de estudios, quien se explayaría sobre un tópico central de la propuesta del homenajeado: “Maurras y la Monarquía”. El miércoles 15, el sacerdote Mario Pinto sería el encargado de abordar un tema sensible de su obra y de su biografía al exponer acerca de “Maurras, el tomismo y la Iglesia”. Otro sacerdote, Raúl Sánchez Abelenda, al día siguiente y a pocas cuadras de allí, cuando se conmemoraba el 20º aniversario de su fallecimiento, celebraría la misa en la capilla del Colegio Champagnat, un tradicional establecimiento educativo de la ciudad de Buenos Aires.

Finalmente, mientras en la Argentina una importante movilización popular se preparaba para recibir a Juan Domingo Perón tras 17 años de exilio, el viernes 17 de noviembre el ciclo se cerraría con la exposición de Julio Irazusta titulada “El método filosófico y político de Charles Maurras”.³

Ya sea por sus biografías intelectuales o por sus itinerarios personales, los expositores eran las personalidades más consustanciadas en la Argentina con la figura de Maurras. Julio Irazusta, uno de los dos presidentes de la comisión, desde los años veinte estuvo en contacto con su pensamiento, iniciado tras una larga estadía en Europa junto a su hermano Rodolfo, quien, dos años mayor que él, lo introdujo en el ideario del referente de *Action française*. Fue sin duda la empresa periodística que ambos promovieron a partir de diciembre de 1927, *La Nueva República*, el principal canal de recepción de las ideas maurrasianas. Julio, para mediados de los años treinta, ya se reconocía un antiguo lector del mismo.⁴

Quien lo acompañaba al frente de la comisión era el francés Alberto Falcionelli. Residente en la Argentina desde la década de 1940, se había formado en París junto al propio Maurras, del cual llegó a ser secretario, y a quien continuó reivindicando como su maestro aún en la segunda posguerra, cuando su estrella y la de su movimiento se apagaban a raíz del desprestigio provocado por la vinculación al régimen de Vichy (con el que Falcionelli también había simpatizado).⁵

Por su parte, desde mediados de los años cincuenta Zuleta Álvarez, discípulo de los hermanos Irazusta, había comenzado a explorar su pensamiento. Volcó los resultados en una serie de artículos y en un libro que alcanzaría cierta circulación. En el momento de la citada conferencia podemos afirmar que era un “experto” en su doctrina.

¹ Cf. “Homenaje a Maurras”, *La Tradición*, N° 113, septiembre-octubre de 1972, pp. 4-5.

² Véase “Semana de homenaje”, *La Nueva Provincia*, 13 de noviembre de 1972, p. 3.

³ *Ibid.*

⁴ Julio Irazusta, “Maurras”, en *Actores y espectadores*, Buenos Aires, Sur, 1937.

⁵ Cristián Buchrucker, “Los nostálgicos del ‘Nuevo Orden’ europeo y sus vinculaciones con la cultura política argentina de la postguerra”, en *Informe final de la “Comisión para el Esclarecimiento de las Actividades del Nazismo en la Argentina”* (CEANA), Argentina, Ministerio de Relaciones Exteriores, Comercio Internacional y Culto, 1998, p. 16.

Por último, Mario Pinto, sacerdote dominico ordenado siendo adulto, también era un gran conocedor y admirador de sus ideas.⁶ Formado en el círculo de tomistas cordobeses, en especial a través de su amigo Rodolfo Martínez Espinosa, en los años cincuenta, en una serie de artículos, algunos de los cuales aparecieron en una publicación de su provincia natal, ya reflexionaba acerca del tema de su conferencia.⁷ Secretario de Atilio Dell’Oro Maini en los Cursos de Cultura Católica, a comienzo de los setenta era uno de los referentes intelectuales de un grupo de jóvenes que recientemente habían conformado una organización denominada *Guardia de San Miguel*, una nomenclatura que no dejaba de recordar al capítulo fascista rumano liderado por Cornelio Codreanu (aunque la versión más católica de todos ellos). Uno de los jóvenes promotores de la empresa era Vicente Gonzalo Massot, por entonces un novel estudiante de Ciencias Políticas en la Universidad del Salvador y que junto a su hermano Federico, unos años mayor, eran los secretarios ejecutivos de la comisión homenaje. La misma se completaba con unos cincuenta vocales, incluidos, claro está, los disertantes citados.

Los momentos iniciales. En torno a *La Nueva República*

Más allá de que no constituyere el centro de atención del artículo, conviene detenerse en el primer arribo de las ideas maurrasianas a la Argentina. Como ya mencionamos, no es una novedad afirmar que *La Nueva República* fue el principal canal de recepción. Al menos así fue confirmado por los investigadores que más ajustadamente analizaron tanto la publicación y el clima de ideas en el cual esta se desplegó⁸ como el contexto de recepción de Maurras en las primeras décadas del siglo xx.⁹ Aunque, como analizaremos, dicha conclusión fue matizada por algunos de ellos.

Ciertamente, en el *staff* de la publicación, y en la órbita de la misma, se ubicaron los principales personajes que vieron en Maurras y en su empresa un lugar donde saciar inquietudes intelectuales y políticas de su tiempo, la Argentina de los años veinte y treinta. Los hermanos Irazusta, como mencionamos, fueron quienes tomaron contacto de primera mano en París con el autor de *Encuesta sobre la monarquía*. Claro que de su extenso periplo en la Europa de entreguerras, la estación francesa fue una más, y quizás en Julio hasta periférica en relación con el clima intelectual italiano e inglés con el que también tomó contacto. Bastaba con leer la recensión que escribió en ocasión de publicarse en español aquel trabajo, y los señalamientos que realizaba allí acerca de las limitaciones y precauciones de su doctrina, para advertir la

⁶ Alberto Caturelli, *La política de Maurras y la filosofía cristiana*, Buenos Aires, Nuevo Orden, 1975, pp. 75-76.

⁷ Cf. entre otros, Mario Pinto, “Charles Maurras y la Iglesia”, *Los Principios*, 5 de diciembre de 1952; Mario Pinto, “Charles Maurras y el tomismo”, *Dinámica Social*, III, N° 30, 1953, pp. 9-11; Mario Pinto, “Un sacerdote ante un alma”, *Los Principios*, 22 de noviembre de 1953; Mario Pinto, “Charles Maurras y una página inédita de Jacques Maritain”, *Dinámica Social*, III, N° 35, 1953, pp. v-vi.

⁸ Cf. Enrique Zuleta Álvarez, *El nacionalismo argentino*, Buenos Aires, Ediciones La Bastilla, 1975; Fernando Devoto, *Nacionalismo, fascismo y tradicionalismo en la Argentina*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2002; Olga Echeverría, *Las voces del miedo. Los intelectuales autoritarios argentinos en las primeras décadas del siglo XX*, Rosario, Prohistoria, 2009.

⁹ Cf. Olivier Compagnon, “Le maurrassisme en Amérique latine. Etude comparée des cas argentin et brésilien”, en O. Dard y M. Grunewald (eds.), *Charles Maurras et l'étranger – L'étranger et Charles Maurras*, Berna, Peter Lang, 2009.

distancia que lo separaba de Maurras.¹⁰ Este, entonces, parecía ser uno más entre tantas referencias intelectuales y, por momentos, una referencia secundaria.

En Juan E. Carulla, otro de los redactores del periódico, la centralidad sí fue mayor. Médico entrerriano, anarquista en su juventud, durante la primera guerra mundial se alistó en el ejército francés como profesional y fue en París donde se convirtió al credo de *Action française*. Era su antisemitismo y su rechazo al sistema representativo liberal (que por otro lado lo llevarían a participar en la *Legión Cívica Argentina*) canales más directos que lo emparentaban con el proyecto francés, aunque según el testimonio de Julio Irazusta su admiración se debía más a León Daudet, la segunda figura después de Maurras.¹¹

Aunque tempranamente abandonó la redacción de la publicación, quien sí se declaró un “maurrasiano ortodoxo” fue Alfonso de Laferrère. En el momento de la condena vaticana, dicha definición lo llevó a actuar de abogado defensor de Maurras frente al auditorio católico local.¹² Fue él quien llevó a Roberto, su hermano menor y fundador en 1929 de la *Liga Republicana* junto a Rodolfo Irazusta (organización que en el momento de disputar el espacio público parecía emular a los *Camelots du Roi* de la Acción Francesa),¹³ a convertirse en otro de sus lectores, aunque quizá menos apasionadamente.¹⁴ Al igual que los anteriores, matizará su antiliberalismo con el paso de los años.

Más allá de continuar con el inventario de quienes podían sentirse atraídos por su figura, en definitiva, ¿qué podían tomar prestado de este para aplicar en aquella Argentina de gobiernos radicales y en plena transformación económica y social? Allí las respuestas se fragmentaban. La búsqueda de una monarquía como la forma de gobierno más efectiva, sin duda no. Con la excepción del Carulla de los años treinta, esta generación de nacionalistas, como bien señaló Zuleta Álvarez en su momento, no mostró intención alguna de cambiar las instituciones políticas tradicionales y la Constitución de 1853; más aun, insistieron en el retorno a la vida republicana y en la consolidación del orden jurídico-político establecido por la misma.¹⁵ Si como en el caso de Julio Irazusta existía cierta admiración hacia un régimen monárquico, se trataba del régimen inglés y mediado por Edmund Burke, a quien tradujo y prologó en 1980 en una reedición de su clásico trabajo.¹⁶

¿Era acaso la xenofobia, el sentimiento de decadencia y la posibilidad de un complot de enemigos externos (para Acción Francesa la denuncias se dirigían a Alemania) e internos (aquí las miradas se repartían entre los extranjeros, los judíos, los masones y los comunistas) los tópicos maurrasianos que atraían al círculo de la publicación? Al parecer tampoco. El contexto social y político local guardaba poca relación con la historia francesa de entonces, jalonada por episodios como el *affaire* Dreyfus y la primera guerra mundial, que delinearón el clima social que posibilitó el despliegue de dicha empresa.¹⁷ Si esas ideas circularon por el Río de la Plata, aunque con mucha menos fuerza que en la Tercera República Francesa, no fue

¹⁰ Julio Irazusta, “Maurras”, *op. cit.*

¹¹ Cf. Juan E. Carulla, *Al filo del medio siglo* [1951], Buenos Aires, Huemul, 1964.

¹² Alfonso de Laferrère, “La condena de Maurras”, en *Literatura y política*, Buenos Aires, Gleizer, “Colección La Nueva República”, 1928, p. 120.

¹³ Cf. Olivier Compagnon, “Le maurrassisme en Amérique latine...”, *op. cit.*, p. 293.

¹⁴ Carlos Ibarguren (h), *Roberto de Laferrère (periodismo-política-historia)*, Buenos Aires, Eudeba, 1970.

¹⁵ Enrique Zuleta Álvarez, *El nacionalismo argentino*, *op. cit.*, p. 214.

¹⁶ Julio Irazusta, Prólogo a Edmund Burke, *Reflexiones sobre la Revolución francesa*, Buenos Aires, Dictio, 1980.

¹⁷ Eugen Weber, *L'Action française*, París, Fayard, 1985.

precisamente el periódico en cuestión el que se hizo eco de ellas, ni Maurras la fuente de inspiración.¹⁸

Como ajustadamente señaló Fernando Devoto, el de *La Nueva República* era un maurrasianismo bien temperado. Esto podía explicarse, en primer lugar, por una situación política local más distendida. Segundo, por la presencia de otro corpus teórico significativo, que se compaginaba con el nacionalismo y que alcanzaba a algunos de sus integrantes: eran las coordenadas católicas tradicionalistas, y de allí su neotomismo, que a figuras como Ernesto Palacio y a colaboradores ocasionales como César Pico y Tomás Casares (más pronunciadamente) los llevó a observar con cierto recelo los escritos de Maurras –más aun luego de 1926, cuando Pío XI condenó a buena parte de ellos– por tratarse de un sistema que proclamaba “la política ante todo” y subordinaba la fe a los objetivos contrarrevolucionarios. Por último, por ciertas sensibilidades políticas de los integrantes de su *staff*, más cercanas a las prácticas de los conservadores locales que a los *Camelots du Roi*, los vendedores callejeros del periódico *L’Action française* que en ocasiones también intervenían en la vía pública al servicio del “orden”.¹⁹

Entonces, ¿qué les podía brindar Maurras? En la práctica, posiblemente un modelo de cómo ejercer el periodismo político. Pero también algo más. En el artículo de Irazusta antes citado, el autor proponía tomarlo “como maestro de metodología política” para aprender “a ver la realidad concreta tal como es”.²⁰ Quizás era esta la enseñanza que les dejaba: un método para el conocimiento experimental de la realidad social que habilitaba a la elaboración de recetas para la acción política en el corto y el mediano plazo, es decir, lo que el mismo Maurras denominaba un “empirismo organizador”.²¹ Fue allí donde al parecer encontraron las herramientas más efectivas para lograr compaginar una revista de ideas con la acción política en la coyuntura –aunque no todos los miembros con la misma intensidad–, acción política que apuntaba a terminar con la “turba democrática” y los excesos igualitarios que engendraba la democracia liberal. Males que, en la Argentina de entonces, vieron sintetizados en la experiencia yrigoyenista.

Claro que no era solamente Maurras quien brindaba el arsenal teórico para esto último: también podían sumarse al catálogo antidemocrático de entonces Burke, De Maistre, Barrès y la tradición española (Donoso Cortés y Maeztu, entre otros), quienes ocuparon un lugar central en el aparato de citas de la publicación, en especial esta última tradición, en los artículos de su director, Rodolfo Irazusta. Fue el catálogo, en definitiva, que, salvo ciertas altas y bajas, llevó a otras empresas y linajes de la época, por ejemplo a los autores que circularon por los Cursos de Cultura Católica, a encontrar un aparato teórico para oponerse a la democracia liberal hija de la Revolución Francesa.²²

La matización del peso de la figura de Maurras, entonces, no debería llamar la atención. A pesar de la influencia que tuvo en la formación política de algunos de sus colaboradores,

¹⁸ Cf. Daniel Lvovich, *Nacionalismo y antisemitismo en la Argentina*, Buenos Aires, Javier Vergara Editor, 2003; Sandra McGee Deutsch, *Contrarrevolución en la Argentina, 1900-1932. La Liga Patriótica Argentina*, Buenos Aires, UNQ, 2003; Sandra McGee Deutsch, *Las derechas. La extrema derecha en la Argentina, el Brasil y Chile, 1890-1939*, Buenos Aires, UNQ, 2005.

¹⁹ Cf. Fernando Devoto, *Nacionalismo, fascismo y tradicionalismo en la Argentina*, *op. cit.*, pp. 219-231.

²⁰ Julio Irazusta, “Maurras”, *op. cit.*, p. 144.

²¹ Cf. Enrique Zuleta Álvarez, “Presencia de Irazusta en la Argentina Contemporánea”, en Enrique Zuleta Álvarez, Enrique Díaz Araujo y Mario Saravi (eds.), *Homenaje a Julio Irazusta*, Mendoza, 1992, p. 13.

²² Daniel Lvovich, *Nacionalismo y antisemitismo en la Argentina*, *op. cit.*, p. 206.

quienes examinaron las páginas de *La Nueva República* señalaron que solo fue citado en ocasiones aisladas.²³

Fuera de allí, su circulación pareció ser escasa, aunque sus huellas puedan detectarse en distintas publicaciones periódicas de aquellos años.²⁴ En la década del veinte despertó cierta atracción en el grupo de católicos cordobeses referenciados en Luis Martínez Villada. Como señaló José Zanca, fue a través de la recepción del Jacques Maritain de aquellos años, es decir, antes de que abandonase su antiliberalismo más intransigente, que un grupo de católicos de dicha provincia tomó contacto con su figura (en el marco, también, de la vitalidad que mostraba el catolicismo francés en la cultura católica argentina).²⁵

Así, bajo la impronta de Martínez Villada, el mayor de todos ellos, fueron Rodolfo Martínez Espinosa (quien más tarde colaboró en la primera época de *Presencia*, publicación dirigida por el sacerdote Julio Meinvielle durante el primer peronismo, y fuertemente crítico de este), Clemente Villada Achával (participante activo desde Córdoba del alzamiento que derrocó a Perón en septiembre de 1955, y luego designado asesor presidencial de su cuñado Eduardo Lonardi), y Nimio de Anquín quienes además de constituirse en el capítulo provincial del neotomismo local también consumieron la obra de buena parte de los escritores antiliberales europeos, entre ellos a Maurras, aunque sin desplazar, claro está, al autor de la *Suma Teológica*.²⁶

Aquí las referencias también parecían ser marginales. Basta con recorrer la producción de este último, intelectualmente el más activo de todos ellos, ya que en su extensa obra no se encuentran materiales (libros, artículos, reseñas, reseñas, recensiones, noticias bibliográficas) dedicados al personaje en cuestión.²⁷ Sus citas provienen principalmente del ámbito alemán, país al que viajó como becario en 1926 y en el que completó su formación en filosofía (entre otros, con el neokantiano Ernst Cassirer). Así, el antigermanismo de Maurras no parecería compatible con el tomismo y el nacionalismo de quien presidiera en los años treinta la filial cordobesa del *Partido Fascista Argentino* (un nacionalismo, por otra parte, con evidentes filiaciones germanas).²⁸

Releyendo a Maurras en los años posperonistas

Sea por las vicisitudes de la propia biografía de Maurras (tras levantarle Pío XII la sanción vaticana en 1939, se transformó en partidario y colaborador del Mariscal Petain, lo que le causó, una vez finalizada la guerra mundial, una condena por “colaboracionismo” y años de cárcel hasta poco antes de su fallecimiento), sea por episodios políticos del ámbito local (entre ellos, la irrupción y caída del peronismo) e internacional (principalmente el clima de ideas de

²³ Cf. Enrique Zuleta Álvarez, *El nacionalismo argentino*, op. cit., p. 213.

²⁴ Según Compagnon, hay rastros de su influencia teórica en publicaciones como *La Fronza*, *Crisol*, *Nuevo Orden*, *Bandera Argentina*, *El Fortín*, *Balcón*, *Nuestro Tiempo* o *Sol y Luna*. Cf. Olivier Compagnon, “Le maurrassisme en Amérique latine...”, op. cit., p. 294.

²⁵ Cf. Miranda Lida, “Trazos francófilos en la cultura católica argentina de entreguerras”, *PolHis. Revista del programa interuniversitario de historia política*, N° 13, enero-junio de 2014, pp. 246-251.

²⁶ Cf. José Zanca, *Cristianos antifascistas: conflictos en la cultura católica argentina, 1936-1959*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2013, p. 46.

²⁷ Cf. Nimio de Anquín, *Escritos Políticos*, Santa Fe, Instituto Leopoldo Lugones, 1972; Nimio de Anquín, *Escritos filosóficos*, Córdoba, Ediciones del Copista, 2003.

²⁸ Para el pensamiento de Anquín, cf. Enrique Zuleta Álvarez, *El nacionalismo argentino*, op. cit., p. 292; Jorge Dotti, *Carl Schmitt en Argentina*, Rosario, Homo Sapiens Ediciones, 2000, cap. 26.

la guerra fría), el contexto de recepción de las ideas maurrasianas se había modificado con relación al período de entreguerras. También lo había hecho el campo nacionalista argentino.

Así, mientras que bajo un contexto político e intelectual trazado no solo por la guerra fría sino además por los ecos de la Revolución Cubana, el Concilio Vaticano II y la resolución de la cuestión peronista, una parte de la militancia nacionalista atravesó desplazamientos ideológicos, resignificaciones de trayectorias y cruces de fronteras con variados e impensados actores políticos; otros, en cambio, profundizaron sus aristas más intransigentes.

Utilicemos como ejemplo dos empresas políticas de la época, que además nos permitirán desbrozar estas complejas redes que convergieron en torno al aniversario del fallecimiento de Maurras. La primera de ellas es la organización *Tacuara*. De sus crisis periódicas surgieron grupos como el *Movimiento Nueva Argentina*, cuyos militantes se aproximaron a la izquierda peronista; el *Movimiento Nacionalista Revolucionario Tacuara*, que derivó en una de las primeras organizaciones guerrilleras de aquellos años; mientras otros, siguiendo al sacerdote Julio Meinvielle y preocupados por el avance del “enemigo subversivo” aún en el interior de la organización, conformaron la *Guardia Restauradora Nacionalista* (donde, entre otros, participaron Fernando de Estrada y el sacerdote Mario Pinto, quien orientó a un conjunto de jóvenes militantes).²⁹

Pero fue el principal órgano periodístico nacionalista de aquellos años el que mejor refleja dicho proceso. Reuniendo a buena parte de los que acompañaron a Eduardo Lonardi en la “Revolución Libertadora”, en junio de 1956 apareció bajo la dirección de Marcelo Sánchez Sorondo el semanario *Azul y Blanco*. Como ya se ha señalado, las huellas de Maurras en las páginas de la revista estaban más que presentes, sea por la incorporación de la dicotomía maurrasiana de “país legal vs. país real” utilizada para criticar el discurso de Pedro E. Aramburu, sea por la recuperación del catolicismo en tanto parte de la tradición nacional (y no por razones confesionales), sea por los itinerarios personales de algunos de sus integrantes (como el caso del caricaturista Jean-Henri Azéma, un activo militante de *Action française* y destacado colaboracionista durante la segunda guerra mundial) o, como se podrá observar a lo largo del artículo, por las propias biografías intelectuales de sus integrantes.³⁰

A diferencia de *La Nueva República*, aquí la impronta de Maurras fue sistemáticamente negada (incluso por su director, quien retrospectivamente optaba por emparentarse intelectualmente con Barrès),³¹ debido posiblemente al desprestigio de los autoritarismos europeos en la inmediata posguerra con los que Maurras y su movimiento habían quedado vinculados.³²

A cargo de sus secciones aparecían figuras ya de renombre como Mario Amadeo, Federico Ibarguren, Juan Carlos Goyeneche y Máximo Etchecopar, quienes se intercalaron con

²⁹ Cf. Daniel Gutman, *Tacuara. Historia de la primera guerrilla urbana argentina*, Buenos Aires, Vergara, 2003; María Valeria Galván, “El Movimiento Nacionalista Tacuara y sus agrupaciones derivadas: una aproximación desde la historia cultural”, Tesis de maestría, Universidad Nacional de San Martín, 2008; Juan Manuel Padrón, “Nacionalismo, militancia y violencia política. Los tacuaras en la Argentina, 1955-1969”, Tesis de doctorado, Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires, 2009.

³⁰ María Valeria Galván, *El nacionalismo de derecha en la Argentina posperonista. El semanario Azul y Blanco (1956-1969)*, Rosario, Prohistoria, 2013.

³¹ Cf. Marcelo Sánchez Sorondo, *Memorias. Conversaciones con Carlos Payá*, Buenos Aires, Sudamericana, 2001, p. 34.

³² Véase María Inés Tato, “Un sinuoso itinerario en los laberintos de la política argentina. A propósito de María Valeria Galván, *El nacionalismo de derecha en la Argentina posperonista. El semanario Azul y Blanco (1956-1969)*”, *PolHis*, Año 6, N° 12, 2013, pp. 297-302.

nuevas generaciones como Ricardo Curutchet o más jóvenes aun como Raúl Puigbó y Mariano Montemayor.³³

Durante la presidencia de Arturo Frondizi, a quien decidieron acompañar tras la apertura electoral de 1958, su *staff* comenzó a fracturarse. Al poco tiempo de asumir, un grupo de ellos adoptó un tono crítico que se incrementaría en los meses siguientes.³⁴ Allí se ubicaron su director junto a Goyeneche y Curutchet (a cargo de aquí en más de la secretaría de redacción en reemplazo de Montemayor), quienes no tardaron en iniciar una virulenta campaña opositora acusando al nuevo presidente de comunista, lo que provocó la clausura y el final de su primera y más próspera etapa.³⁵

Representados por Amadeo, otro grupo más numeroso (entre los que se ubicaron el propio Montemayor, Etchecopar, Puigbó, Alberto Tedín, Santiago de Estrada y Bonifacio Lastra) apoyó las políticas del gobierno y comenzó un camino que los llevaría a nuevas estaciones políticas alejadas de la intransigencia de épocas pasadas.

Años más tarde, ya durante la segunda época del semanario, el primer grupo también se fracturaba. Reinaugurada en 1966, y con la participación de antiguos colaboradores como Federico Ibarguren y José Luis Muñoz Azpiri, y de nuevas figuras como Ignacio B. Anzoátegui, Juan Manuel Palacio y Luis Alberto Murray, entre otros, permaneció desde sus comienzos bajo la dirección formal de Curutchet pero con Sánchez Sorondo a cargo de la sección editorial; además, jóvenes nacionalistas como Juan Manuel Abal Medina y Luis Rivet dieron sus primeros pasos en la militancia a partir del periodismo político. A pesar de entusiasmarse con el rumbo inicial de la “Revolución Argentina”, al año siguiente las críticas hacia la dictadura de Juan Carlos Onganía dominaban el clima de la publicación. Claro que los lugares escogidos para formularlas ya no eran los mismos.

Mientras que Sánchez Sorondo, secundado por Abal Medina y Palacio (hijo de Ernesto), lanzaba el *Movimiento de la Revolución Nacional* para articular con sectores que excedían el habitual público del semanario (entre ellos diversos exponentes del peronismo o cercanos al mismo como Raimundo Ongaro, Rodolfo Ortega Peña, Eduardo Luis Duhalde, José María Rosa, Ernesto Palacio y Arturo Jauretche), Curutchet, acompañado por Juan Pablo Oliver, Roque Raúl Aragón y Carlos María Dardán, disconforme con el espíritu aperturista, abandonaban su redacción para conformar la *Junta Coordinadora Nacionalista*.³⁶ Desde allí también se opusieron a Onganía pero a partir de una agenda permeada cada vez más por el ideario tradicionalista.

Al igual que el derrotero de otras empresas políticas de la época, la bifurcación de ambos grupos no hizo más que profundizarse en el clima político generado por el retorno de Perón. Si los primeros terminaron por integrarse al *Frente Justicialista de Liberación Nacional* (donde se reencontraron con ex “azulblanquistas” como Mario Amadeo), Curutchet no solo se opuso

³³ Luis Fernando Beraza, *Nacionalistas. La trayectoria política de un grupo polémico (1927-1983)*, Buenos Aires, Cántaro, 2005, cap. 3; María Valeria Galván, *El nacionalismo de derecha en la Argentina posperonista*, op. cit.

³⁴ El giro aperturista hacia el capital extranjero (incluso en la sensible área petrolera), el acercamiento al Fondo Monetario Internacional, la legalización de títulos habilitantes de universidades privadas (que a pesar de favorecer a instituciones católicas para ellos fomentaba la radicalización del estudiantado) y su política exterior atravesada por las tensiones diplomáticas desatadas por la Revolución Cubana como por el *affaire* Eichmann, fueron algunos de los temas que alejaron a una parte de ellos del nuevo gobierno.

³⁵ Cf. María Valeria Galván, *El nacionalismo de derecha en la Argentina posperonista*, op. cit.

³⁶ Cf. Luis Fernando Beraza, *Nacionalistas. La trayectoria política de un grupo polémico (1927-1983)*, op. cit., p. 233.

a este nuevo capítulo peronista, sino que desde la dirección de la revista *Cabildo* inaugurada en mayo de 1973 (promovida por los jóvenes Vicente Massot y Juan Carlos Monedero) observó en él un avance del “enemigo subversivo”.

A pesar de sus diferencias, en noviembre de 1972, en la “Comisión Argentina de Homenaje a Charles Maurras en el xx aniversario de su muerte”, buena parte de ellos, y otros más, lograron juntarse en torno al autor de *Encuesta sobre la monarquía*.³⁷ ¿Los unificaban sus lecturas de la coyuntura política local? Por lo visto no. ¿Era, entonces, un itinerario de trayectorias compartidas? Tampoco; las distancias generacionales, sus prácticas políticas, su relación con la Iglesia, sus lecturas del peronismo, las empresas políticas en las cuales participaron, arrojaban resultados heterogéneos. ¿Los atraía, acaso, la reivindicación maurrasiana de “lo nacional”, y de allí el compartido rechazo al liberalismo en tanto enemigo de la *Nación*? Quizá por aquí podía ubicarse un punto de convergencia más firme, aunque no suficiente para comprender las redes de quienes allí confluyeron. La historia de cada uno de ellos con la figura de Maurras y las lecturas de su obra fueron ciertamente divergentes.

Una fotografía grupal de la citada comisión daba cuenta de tres genealogías nacionalistas. Una de ellas era la *tradicionalista*, cuyos integrantes guardaban la convicción de que la Iglesia católica era la única y verdadera religión y a partir de ella la sociedad debía organizarse; por lo tanto, la doctrina católica no solo debía permear sino también subordinar todas las esferas de la actividad humana. De allí que desplegaran una fuerte reacción contra las corrientes de secularización y laicización de la sociedad, según ellos iniciadas en el siglo xvi con el protestantismo pero aceleradas con la Revolución Francesa y coronada con la Revolución Rusa. En pos de la defensa de un orden jerárquico y elitista, rechazaban la democracia liberal y cualquier tentativa de participación popular. Consideraban irreconciliables catolicismo y liberalismo, y no admitían el esquema de partidos políticos ni la posibilidad de un escenario electoral (restringido o no) como vehículo de participación republicana.

Por la cantidad de miembros y por los disertantes en la agenda de actividades mencionada, fueron quienes tuvieron mayor presencia en la comisión (con la llamativa ausencia de Curutchet). A diferencia de la generación precedente, representada por Pico y Casares, Maurras parecía cobrar ahora una centralidad mayor. El levantamiento de la condena vaticana y su adhesión a la fe católica en el lecho de muerte quizá hayan sido elementos que ayudaron a recuperarlo en clave católica, como demostraba el sacerdote Mario Pinto (de todos ellos su lector más sistemático), quien a raíz del fallecimiento le recordaba al “liberal” diario *La Nación* que a pesar de las tensas relaciones con el Vaticano este no era un enemigo de la Iglesia sino un custodio de los más altos valores de la civilización cristiana.³⁸

³⁷ Los integrantes que logramos relevar fueron: Julio Irazusta y Alberto Falcionelli (presidentes); Federico y Vicente Massot (secretarios ejecutivos); y como vocales: Julio Meinvielle, Hervé Le Lay, Mario Pinto, Raúl Sánchez Abeleña, Juan Carlos Goyeneche, Jean Azéma, Mario Amadeo, Carlos F. Ibarguren, Federico Ibarguren, Enrique Zuleta Puceiro, Enrique Zuleta Álvarez, Marcelo Sánchez Sorondo, Ernesto Palacio, Juan Manuel Palacio, Fermín Chávez, Nimio de Anquín, Carlos M. Dardan, Fernando de Estrada, Ignacio Anzoátegui, Roque Raúl Aragón, Luis Alberto Barnada, Francisco Bosch, Héctor Bernardo, Rubén Calderón Bouchet, Alberto Ezcurra Medrano, Rodolfo Follari, César Augusto Falciola, Maurice Larivière, Bonifacio Lastra, Andre Laxague, Bernardino Montejano, Roberto Murga, Héctor Obligado, Ignacio Pirovano, Albert Paillard, Juan Manuel Medrano, Jean du Mazeau, Augusto Padilla, Antonio Rego, Alejandro Sáez Germain, Belisario Tello, Juan Carlos Villagra, Guillermo Zorraquín, Raúl Torres de Tolosa, Francisco Bellouard Ezcurra, Clodomiro Ledesma, Juan Antonio Urrestarazu Pizarro. Cf. “Homenaje a Maurras”, *op. cit.*, pp. 4-5; “Semana de homenaje”, *op. cit.*, p. 3.

³⁸ Mario Pinto, “Charles Maurras y la Iglesia”, *op. cit.*, p. 2.

¿Qué lectura realizaban de su obra? A pesar de que los resultados no eran homogéneos, en el aspecto filosófico el esfuerzo intelectual parecía estar puesto en conciliar maurrasianismo y neotomismo. Es decir, Comte y Santo Tomás de Aquino, un incrédulo y agnóstico con un ortodoxo cristiano.

Quienes recorrieron este camino parecieron ser conscientes de las dificultades que presentaba. Si en un artículo aparecido en una publicación que serviría de punto de encuentro de las distintas familia nacionalistas el padre Pinto prefería sortear dicha dificultad señalando que la afinidad entre el método y el pensamiento de Maurras (es decir, comteano) y el de Santo Tomás, “reside en el espíritu clásico del orden”, y rastreaba en la biografía del primero los testimonios en que reconocía desde su infancia la influencia de este último (recurriendo para ello al clásico libro de Henri Massis),³⁹ otro sacerdote como Meinvielle, en cambio, mostraba mayor cautela.

A pesar de desplegar una defensa del corpus maurrasiano y reconciliarlo con las coordenadas tradicionalistas, el “padre Julio”, como lo llamaban sus seguidores, lo colocaba en un plano de inferioridad. Para él, Maurras no brindaba una respuesta total, omnicompreensiva, ni una propuesta universal para contener el avance de la Revolución; como sí podía hacerlo la doctrina de Santo Tomás.⁴⁰

Pero fue Alberto Caturelli, el filósofo de mayor formación de los tradicionalistas argentinos en la segunda posguerra, quien más ajustadamente señaló las dificultades para la convivencia de ambas doctrinas. En *La Política de Maurras y la filosofía cristiana*, Caturelli, a diferencia de Pinto y de Meinvielle, ubicaba al francés fuera de las filas católicas al señalar que su agnosticismo lo llevó a disociar política y moral, y de allí una idea del orden no sustentada en Dios. El suyo era un orden referido al mundo biológico, al mundo humano e histórico y social; por lo tanto, un orden no católico.⁴¹

En cambio, en el clima social de entonces fue una lectura de Maurras en clave política la que pareció resultar más efectiva y lograr mayores acuerdos en el interior de esta familia nacionalista. La misma no buscaba incorporarlo a la fe católica (aunque otro artículo del padre Pinto en ocasión del primer aniversario de su muerte recorría ese camino)⁴² sino como un aliado en el combate del catolicismo contra sus enemigos: la democracia, el liberalismo y el socialismo.

Ya en ocasión de su muerte, Falcionelli, quien para entonces se declaraba su discípulo desde hacía un cuarto de siglo, recuperaba a un Maurras que le permitía delinear para los primeros años de la guerra fría una tercera alternativa desde las coordenadas de la propia “Patria”, alejada tanto del comunismo moscovita como del democratismo europeísta, ambos, para él, de raíz universalista.⁴³

Para el 20° aniversario de su fallecimiento, en aquel agitado y convulsionado año 1972, la mayor atracción pareció ser, entonces, recolocar a Maurras en la línea de los pensadores franceses del siglo XIX críticos de la “anarquía democrática”, tal como lo proponía desde las

³⁹ Mario Pinto, “Charles Maurras y el tomismo”, *op. cit.*, pp. 9-11. El libro de Massis es *Maurras et notre temps*, 2 vols., París, Plon, 1951. Publicado en español como *La vida intelectual de Francia en tiempo de Maurras*, Madrid, Rialp, 1956.

⁴⁰ Cf. Julio Meinvielle, “La ‘física política’ de Charles Maurras y la política cristiana”, en *Concepción Católica de la política*, Buenos Aires, Ediciones Dictio, colección: “Biblioteca del Pensamiento Nacionalista Argentino”, N° III, 1974, pp. 186-195.

⁴¹ Cf. Alberto Caturelli, *La Política de Maurras y la filosofía cristiana*, *op. cit.*

⁴² Mario Pinto, “Un sacerdote ante un alma”, *op. cit.*, p. 2.

⁴³ Alberto Falcionelli, “Maurras y su doctrina”, *Dinámica Social*, III, N° 28, diciembre de 1952, pp. 7-8.

páginas de *La Nueva Provincia* Thomas Molnar (un filósofo húngaro radicado en los Estados Unidos pero con aceitadas conexiones locales), al ubicarlo junto a Comte, Tocqueville, Taine y Renan.⁴⁴ Camino que continuaba el mismo periódico cuando días después transcribía una selección de citas donde podía encontrarse en él, no solo como recordaba Caturelli una garantía contra dos “errores” condenados por la Iglesia (el liberalismo y el socialismo),⁴⁵ sino además, y aquí los editores del diario realizaban la operación inversa al filósofo de la Universidad Nacional de Córdoba, “la más brillante síntesis de las ideas tradicionalistas en lo que va del siglo”.⁴⁶

En cuanto al clima político e intelectual, para los tradicionalistas ¿arrojaba mejores resultados su lectura en la Argentina de los años sesenta y setenta que en el período de entreguerras? Posiblemente sí, aunque la temática del presente artículo no debe llevarnos a conclusiones exageradas. Al igual que entonces, Maurras convivió con otros autores que por aquellos años también fueron recuperados y que quizá brindaban soluciones más efectivas para las tareas políticas del momento.

Así, si desde sede católica se pretendía condenar a la Revolución Francesa como la partera de los males del mundo contemporáneo (o aun fijar un punto de origen más lejano en el tiempo, como el surgimiento del protestantismo), si bien Maurras brindaba ciertas herramientas, sus predecesores podían resultar más útiles, es decir, Burke por un lado, y De Maistre por otro.⁴⁷ En cambio, si se buscaba una filiación con el hispanismo, tan presente entre ellos, entonces Ramiro de Maeztu era sin duda la referencia más citada.⁴⁸ Ahora, si en medio de aquel convulsionado panorama político y social se buscaba una salida a través de un gobierno autoritario, era Donoso Cortés, o aun Carl Schmitt, quienes brindaron apoyaturas más firmes (como podía explorar Sánchez Abelenda).⁴⁹ Y si el objetivo era denunciar y combatir al “enemigo comunista”, intercalando su tradicionalismo con la doctrina de la guerra contrarrevolucionaria de origen francés, allí las lecturas fueron más contemporáneas y tributarias de la guerra fría.⁵⁰

Otro conjunto de integrantes de la comisión, en cambio, se ubicó a mayor o menor distancia de otra familia nacionalista, la *populista*. Más allá de que buena parte se consideraba católico, la Iglesia no poseía entre ellos la centralidad que tuviera los anteriores, sino que, más

⁴⁴ Thomas Molnar, “Charles Maurras y el positivismo”, *La Nueva Provincia*, 13 de noviembre de 1972, p. 3.

⁴⁵ Cf. Alberto Caturelli, *La política de Maurras y la filosofía cristiana*, op. cit., p. 78.

⁴⁶ Véase “A veinte años de su muerte. El pensamiento de Charles Maurras”, *La Nueva Provincia*, 16 de noviembre de 1972, p. 3.

⁴⁷ En 1980 Editorial Diction publicó *Reflexiones sobre la revolución francesa*, de Edmund Burke, traducido y prologado por Julio Irazusta.

⁴⁸ En 1986 Editorial Huemul publicó una nueva edición de libro de Ramiro de Maeztu, *Defensa de la Hispanidad*.

⁴⁹ De los tradicionalistas locales, primero Caturelli y más tarde de manera más sistemática Sánchez Abelenda fueron quienes más se interesaron por Donoso Cortés. El primero lo hizo sobre su filosofía de la historia, mientras que el sacerdote se dedicó a su pensamiento en el marco de su tesis de doctorado. Fue desde allí que arribó al pensamiento de Schmitt, con quien estableció un contacto personal y epistolar. Su tesis fue publicada en 1969 por la editorial Eudeba con el título *La teoría del poder en el pensamiento político de Juan Donoso Cortés*. El trabajo de Alberto Caturelli, *Donoso Cortés: ensayo sobre su filosofía de la historia*, Córdoba, Universidad Nacional de Córdoba, 1958.

⁵⁰ Entre otros, véanse Plinio Correa de Oliveira, *Revolución y Contra-Revolución* [1959], Buenos Aires, Tradición, Familia, Propiedad, 1970; Jean Ousset, *El marxismo-leninismo*, Buenos Aires, Ictio, 1961 (en 1963 se publica en español con traducción de Juan Francisco Guevara y prólogo del cardenal Caggiano); Julio Meinvielle, *El comunismo en la revolución anticristiana* [1961], Buenos Aires, Theoría, 1964; Jordán Bruno Genta, *Guerra contrarrevolucionaria. Doctrina Política* [1964], Buenos Aires, Nuevo Orden, 1965. Producciones que se sumaban a un creciente catálogo de obras de origen militar integrado también por autores locales y extranjeros.

que sus trayectorias, era su adhesión al peronismo de entonces, en tanto movimiento político que representaba al “pueblo” y enfrentaba a la “oligarquía”, la variable que los identificaba y que sin duda trazaba una línea divisoria con aquellos. Optando también por una acción política secularizada y menos por prácticas contemplativas, diagramaban sus lecturas políticas desde las fronteras del Estado-nación y no a partir de objetivos ecuménicos trazados por la Iglesia (en este sentido eran mejores maurrasianos). Tampoco buscaban preservar un orden social jerárquico ni añoraban con nostalgia un pasado idealizado (aquí quizá sí ponían distancia con Maurras) y aun menos observaban al “pueblo” como una amenaza.⁵¹ En la coyuntura política de 1972, podían ubicarse allí Mario Amadeo, Ernesto y Juan Manuel Palacio, Marcelo Sánchez Sorondo, Nimio de Anquín y Fermín Chávez.

¿Eran asiduos lectores de Maurras? Para la “vieja guardia” de nacionalistas posiblemente representaba entonces el recuerdo de una de las tantas lecturas consumidas en sus años juveniles, quizá leído más sistemáticamente por alguno de ellos. Quien sí mostraba admiración por su pensamiento, y se lo podía inscribir en esta constelación nacionalista, era Jacques Marie de Mahieu, otra ausencia importante en la comisión.

Más allá del carácter fragmentario de sus datos biográficos –cuestión por él mismo alimentada–, podemos decir que De Mahieu nació en París en 1915; para los años treinta ya se había interesado por la propuesta de *Action française*, la cual marcó su formación política inicial. En agosto de 1946, fue uno de los primeros refugiados de guerra que llegó a la Argentina, donde modificó su nombre por el de Jaime María. En su nuevo lugar de residencia se desempeñó como profesor en la Universidad Nacional de Cuyo, otro punto de encuentro de las familias nacionalistas analizadas, además de la ya mencionada publicación *Dinámica Social*, en la que también colaboró.⁵² Por esos años comenzó su acercamiento al peronismo, lo que lo llevó a participar del Congreso Nacional de Filosofía de 1949.

Ubicado durante los años sesenta como mentor ideológico o fuente de consulta de distintos grupos peronistas y nacionalistas, entre ellos *Tacuara* (donde la convivencia con Meinvielle resultó dificultosa, entre otras cuestiones porque el sacerdote lo consideraba comunista por el contenido de sus libros *El Estado comunitario* y *La economía comunitaria*), en el momento de conformarse la comisión, y a pesar de ser un personaje reconocido en el mundo peronista, De Mahieu aparecía como una figura con redes políticas más acotadas y en proceso de iniciar una nueva etapa de su producción escrita cuando ese mismo año creó el Instituto de Ciencias del Hombre (que si bien revelaba una nueva curiosidad antropológica –que con los años derivará en un excéntrico esoterismo– marcaba una distancia con los demás promotores de los homena-

⁵¹ Esta última distinción la tomamos de Daniel Lvovich, *El nacionalismo de derecha. Desde sus orígenes a Tacuara*, Buenos Aires, Capital Intelectual, “Colección Claves para todos”, N° 50, 2006, p. 12.

⁵² Inaugurada por los gobiernos conservadores a fines de la década del treinta, con la llegada del gobierno militar de 1943, el elenco docente y directivo de la Universidad comenzó a recibir de allí en más a un heterogéneo conjunto de figuras de linajes católicos y nacionalistas. Entre los filiados a coordenadas tradicionalistas, el padre Juan R. Sepich (1906-1979), doctor en filosofía y teología, comenzaría la formación de una importante escuela de discípulos. La filosofía, el derecho y la historia fueron las principales áreas donde desarrollaron sus actividades figuras relevantes del catolicismo intransigente argentino. Rubén Calderón Bouchet y Abelardo Pithod desde la primera de ellas, Guido Soaje Ramos desde la filosofía del derecho, y Alberto Falcionelli y Enrique Díaz Araujo desde la historia; todos ellos ejercieron a partir de la docencia o de cargos directivos una prolongada influencia en la universidad, especialmente en sus facultades de Filosofía y Letras y de Ciencias Políticas y Sociales. Véase María Celina Fares, “Universidad y nacionalismos en la Mendoza posperonista. Itinerarios intelectuales y posiciones historiográficas en los orígenes de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales”, *Anuario IJES*, N° 26, 2011, pp. 215-238.

jes y cierto neopaganismo que hasta podía resultar irritante para los tradicionalistas, aunque menos para el corpus maurrasiano).⁵³

Desde inicios de los años cincuenta De Mahieu venía estudiando la obra de Maurras. Si se repasa su producción pueden rastrearse dos operaciones intelectuales. Una, posiblemente la más tenue, fue la que ensayó en la introducción de *Soliloquio del prisionero*, el último trabajo de Maurras y el primero que se publicó en la Argentina, editado por la colección de cuadernos de *Dinámica Social* y traducido por Fermín Chávez. Más allá del tema que convocaba el libro, es decir, el papel del líder de *Acción Francesa* durante la segunda guerra y las tensiones de su antigermanismo en la Francia de Vichy, se recuperaba allí a Maurras como teórico de las “Revoluciones Nacionales”, en momentos en que la experiencia peronista transitaba su apogeo y buscaba un marco teórico que la justificara.⁵⁴

La segunda línea, sin duda más provocativa y en la cual colocó mayor atención, fue leer a Maurras en sintonía con las ideas de Sorel.⁵⁵ Consciente de los riesgos de compaginar el nacionalismo de este con el socialismo soreliano, De Mahieu veía en ambos la crítica más acabada al espíritu del “siglo de las luces” y a la mitología burguesa del siglo XVIII expresada en la Enciclopedia. Así, la añoranza maurrasiana de una comunidad perimida por la Revolución Francesa donde el hombre permanecía integrado a grupos sociales diversos (familia, gremio, iglesia, municipio, etc.) era complementada con la propuesta soreliana del proletariado como parte de la sociedad de productores (ya que Maurras, según De Mahieu, “no supo dar al problema proletario [...] otra respuesta que la de la ‘reconciliación de las clases’ en un pseudo corporativismo reformista”).⁵⁶ La síntesis sería una comunidad jerarquizada de productores, alternativa que permitiría superar tanto el individualismo liberal burgués como el colectivismo de Estado del socialismo materialista (alternativa, como vimos, también imaginada por Falcionelli).

Al igual que la operación anterior, aquí también se percibía cierta preocupación por brindar una apoyatura teórica al peronismo. La lectura en paralelo de Sorel parecía reforzar así la propuesta de la “Tercera Posición” puesta en circulación por Perón en aquellos años iniciales de la guerra fría; preocupación que De Mahieu explícitamente manifestaba cuando consideraba a La Tour du Pin un precursor de la misma.⁵⁷

Claro que si se volvía sobre su artículo “La contraenciclopedia contemporánea: Maurras y Sorel” en el clima político e intelectual de su reedición de 1969, podía leerse también como el intento de repensar un “socialismo nacional” más afín a las tradiciones de izquierda, entre ellas la peronista; lo que nos llevaría a indagar otras apropiaciones posibles de Maurras por fuera de las derechas o los nacionalismos (como efectivamente ocurrió en otras latitudes).

⁵³ Véase Buchrucker, “Los nostálgicos del ‘Nuevo Orden’ europeo y sus vinculaciones con la cultura política argentina de la postguerra”; Luis Donatello, “De la Action Française al peronismo. De Maurras a los templarios. Circulación de ideas entre Francia y Sudamérica en la posguerra”, en Fortunato Mallimaci y Humberto Cucchetti (eds.), *Nacionalismo y nacionalistas: debates y escenarios en América Latina y Europa*, Buenos Aires, Gorla, 2011.

⁵⁴ Cf. J. M. de Mahieu, “Introducción” a Charles Maurras, *Soliloquio del prisionero*, *Cuadernos de Dinámica Social*, N° 3, Buenos Aires, Ed. de los autores, 1953.

⁵⁵ Cf. Jaime María de Mahieu, *Maurras y Sorel*, Buenos Aires, Centro Editor Argentino, 1969. Reproduce aquí tres ensayos aparecidos entre 1951 y 1952 en la revista *Estudios Franceses* dirigida por Alberto Falcionelli y editada por la Universidad Nacional de Cuyo: “La mitología burguesa del ‘Siglo de las Luces’”, “La contraenciclopedia contemporánea: Maurras y Sorel”, “La Tour du Pin, precursor de la Tercera Posición”.

⁵⁶ Cf. *ibid.*, p. 68.

⁵⁷ Véase De Mahieu, “La Tour du Pin, precursor de la Tercera Posición”, *op. cit.*

Más allá de dichas operaciones, el de De Mahieu era un Maurras compatible con el socialismo y, por lo tanto, alejado de la tradición católica reaccionaria francesa, tradición que el autor de *El Estado comunitario* consideraba “magnífica pero históricamente superada”. Aquí, entonces, Maurras no continuaba la línea que iba de De Maistre a Bonald, porque estos “mezclaban indebidamente política y teología”, algo que De Mahieu creía obsoleto para pensar un nuevo Estado y un nuevo orden social.⁵⁸

Si hasta aquí las dos familias nacionalistas que convivían en la comisión eran más sencillas de identificar, no sucedía lo mismo con otro grupo de figuras. A pesar de compartir similitudes sensibilidades nacionalistas que los anteriores, algunos de ellos no desplegaban un catolicismo tradicionalista ni tampoco simpatizaban con el peronismo. De contornos más difuminados, aparecían sin una organización estable, minoritarios, pero representados en uno de los presidentes de la comisión, personaje de extensa trayectoria, de reconocido prestigio y puente generacional entre los distintos integrantes de la misma. Nos referimos a Julio Irazusta.

Menos preocupados por las vicisitudes de la coyuntura política, y más avocados a la investigación histórica y a la divulgación fueron quienes en los años sesenta tradujeron parte de su producción escrita. Irazusta sería el encargado de *Mis ideas políticas* en 1962 (el resumen más completo de las ideas maurrasianas) y *El porvenir de la inteligencia* en 1965 (donde en la introducción se animaba a matizar los resultados de la influencia de la plutocracia previstos por Maurras hacia principios del siglo xx); mientras que José Luis Muñoz Azpiri, un ex integrante del cuerpo diplomático argentino y también un estudioso del período rosista, traducía en 1964 *El orden y el desorden*. Era evidente que la principal obra, *Encuesta sobre la monarquía*, por ser un tema ajeno a la discusión política local, no merecía una edición local (aunque sí en España, donde se publicó en Madrid un año antes del inicio de la Guerra Civil).

Huemul y *Nuevo Orden* fueron los sellos editoriales que promovieron dichas traducciones. Si bien en ambas se publicó buena parte del catálogo tradicionalista, su promotor, Antonio Rego (primer director de la revista *Combate*, cuya lectura, por cierto, arrojaba cierto antisemitismo en clave maurrasiana retomado años más tarde por la revista *Cabildo*),⁵⁹ supo diversificar el repertorio con la publicación de autores locales y europeos identificados por su antiliberalismo, y con la incorporación de trabajos de un revisionismo histórico no peronista, fueran los del mismo Irazusta o los de otros autores que transitaban caminos similares.

Aunque Irazusta en ocasión de la muerte de Maurras dedicó un segundo artículo a recordar su figura (donde aprovechó para ajustar cuentas con el peronismo gobernante al recuperar un nacionalismo leído en oposición a las experiencias de alta movilización popular, estatistas y totalitarias, claramente rechazadas por él),⁶⁰ fue su discípulo, Zuleta Álvarez, quien más sistemáticamente se encargó de analizarlo.

⁵⁸ Cf. De Mahieu, *Maurras y Sorel*, op. cit., p. 47.

⁵⁹ Bajo el lema bíblico “Mi boca dice la verdad, pues aborrezco los labios impíos”, *Combate* fue promovida por Jordán Bruno Genta. Durante su existencia, desde diciembre de 1955 hasta mediados de 1967, contó con varios directores, el primero de ellos un joven Antonio Rego. Al repertorio tradicionalista Genta le aportó una obsesión mayor que la habitual por denunciar los peligros de infiltración masónica y reiteradas intervenciones antisemitas a partir de la sección titulada “Crónica del ghetto”. Allí se satirizaba a la comunidad judía y se llegaba a defender la veracidad del panfleto *Los Protocolos de los Sabios de Sión*.

⁶⁰ Julio Irazusta, “Maurras o el primer ciudadano de su tiempo”, *Dinámica Social*, N° 28, diciembre de 1952, pp. 5-6.

No exageraba Caturelli cuando afirmaba que fue este el primero en señalar la influencia de Maurras en la Argentina.⁶¹ Así lo hizo en el primer trabajo exhaustivo publicado en el país acerca de la doctrina maurrasiana (el segundo sería el del mismo Caturelli); trabajo que preparó a mediados de los años cincuenta y que, corregido y ampliado, tiempo después fue editado como *Introducción a Maurras* bajo el sello de Nuevo Orden, versión que alcanzó cierta circulación y reconocimiento.⁶²

Retomando ciertas líneas ya trazadas por Irazusta en su primer artículo, Zuleta, pese a reconocer su admiración, no dejaba de ensayar un análisis crítico de su vida y su doctrina, en especial de su irreductible monarquismo que, según el autor, le habría impedido aceptar el hecho republicano. Si bien reaparecían los tópicos más controvertidos ya recorridos por otras figuras aquí nombradas –sus relaciones con el catolicismo y el Vaticano, y su actuación en la segunda guerra– era la compatibilidad entre política y religión lo que más parecía preocuparle; claro que una preocupación no en clave teológica, como sucedía con los tradicionalistas, sino en clave política. ¿Cómo no observar allí un posible eco del conflicto entre el peronismo y la Iglesia católica ocurrido mientras preparaba la primera versión del trabajo?

¿Cuál era, entonces, el nacionalismo que arrojaba esta biografía política de Maurras? Era un nacionalismo contrarrevolucionario (aquí sí, como señalaba Zuleta, en la línea de Burke, De Maistre, De Bonald, Donoso Cortés y Maeztu), empirista (es decir, soluciones políticas concretas para los problemas de cada realidad nacional), promotor del orden (recuperando la propuesta maurrasiana de la Iglesia como institución esencial de toda sociedad organizada)⁶³ y enemigo de la “plutocracia”.

Sin embargo, era posiblemente el lugar de enunciación en el que pretendía inscribirse Zuleta, es decir, el espacio académico, y cierta distancia que había adoptado de la coyuntura política local (al igual que para entonces su maestro Irazusta) lo que arrojaba una mirada más desapasionada pero no por eso menos panegírica que los trabajos del padre Pinto y De Mahieu, los representantes más destacados de las otras corrientes aquí mencionadas.

Conclusiones

La delimitación, por cierto esquemática, de distintos nacionalismos merece ciertas precauciones. La sola convivencia de las figuras analizadas en la actividad homenaje a Maurras daba cuenta de que sus fronteras eran por demás porosas. Personajes como Julio Irazusta, reconocido como intelectual e historiador de prestigio por todos ellos, y ámbitos como la Universidad Nacional de Cuyo o el periódico *Dinámica Social*, también arrojaban posibles ámbitos de sociabilidad compartidos.

⁶¹ Cf. Alberto Caturelli, *La política de Maurras y la filosofía cristiana*, op. cit., p. 83.

⁶² Cf. Enrique Zuleta Álvarez, “Charles Maurras: nota introductoria a su vida y su obra”, *Boletín de estudios políticos*, N° 7, Universidad Nacional de Cuyo-Escuela de Estudios Políticos y Sociales, 1957, pp. 35-105; Enrique Zuleta Álvarez, *Introducción a Maurras*, Buenos Aires, Nuevo Orden, 1965. Este último reproduce los contenidos del primero; solo incorpora en el apartado “Prestigio de Maurras” la influencia del francés en Colombia y, en menor medida, en Chile y en Nicaragua.

⁶³ Véase Enrique Zuleta Álvarez, “Clasicismo y orden en la obra de Charles Maurras”, *Boletín de Ciencias Políticas y Sociales*, N° 21, Universidad Nacional de Cuyo, 1977, pp. 243-286.

Pero más allá de ello sus diferencias eran sin duda visibles. El lugar otorgado al catolicismo y a la Iglesia, sus relaciones con el peronismo, sus prácticas y su diccionario político y, aun, qué representaba para cada uno de ellos conceptos como el de *Nación* marcaron límites difíciles de borrar; aun más en aquella coyuntura donde el retorno de Perón reavivó antiguas querellas que algunos creían saldadas.

Fueron estas diferencias las que delinearón las heterogéneas lecturas y operaciones intelectuales acerca del corpus maurrasiano. Quienes recorrieron su biografía y su producción escrita buscaron apropiarse de su figura, no sin recordar ciertas precauciones. La condena vaticana y su propuesta monárquica fueron temas que llevaron a sus seguidores a realizar esfuerzos denodados para explicarlos con cierta coherencia, aunque los resultados no fueran homogéneos.

Fue la defensa de la “Patria” frente a sus enemigos, fuera la democracia, el socialismo (salvo la propuesta de De Mahieu en clave soreliana) o el liberalismo, el tópico maurrasiano más efectivo para incorporar en la Argentina posperonista. En cambio, su antisemitismo, su propuesta monárquica, su consigna *politique d’abord*, su añoranza de un Antiguo Régimen, su “empirismo organizador”, fueron temas más difíciles de compatibilizar entre las distintas figuras mencionadas.

De las constelaciones nacionalistas analizadas, quizá hayan sido los tradicionalistas quienes buscaron en Maurras respuestas efectivas para enfrentar el contexto político argentino de la década del setenta, leído como un asedio de la subversión sobre la sociedad cristiana. Maurras les aportaba el recurso de la teoría del complot sustentado en lecturas conspirativas de la realidad social (y en algunos la incorporación allí de un antisemitismo en clave racial más que religiosa), que les permitía darle inteligibilidad a un enemigo omnipresente y hábilmente “camuflado” que para ellos tenía el propósito de destruir, antes que la “Patria” (como denunciaba Maurras), a la civilización cristiana.

Claro que si se repasaba su catálogo de lecturas podía observarse que, en definitiva, eran incorporados todos aquellos autores que condenaban la Revolución Francesa en cuanto proceso disolvente del orden social estamentario; Maurras, en ese sentido, fue uno más. A pesar de que ciertos episodios de su biografía le dieron mayor centralidad, como su “conversión” al catolicismo en su lecho de muerte (que transformaba su catolicismo como solución política en un catolicismo como fe personal) y el ostracismo en el que había caído en los años de posguerra producto de un complot de sus “enemigos”, fueron conscientes, algunos más que otros, de que la conciliación entre tomismo y maurrasianismo resultaba dificultosa.

En cambio, Irazusta y sus seguidores parecieron encontrar en Maurras un nacionalismo alternativo al peronismo. Un nacionalismo que, partiendo del empirismo maurrasiano, les permitía adaptarlo a la “realidad” concreta de la Argentina, es decir, un nacionalismo republicano y no monárquico, alejado del populismo y del estatismo, antisocialista y enemigo de la “plutocracia”, concepto que por aquellos años gozó de cierta popularidad.

Pero fue uno de los principales ausentes de la comisión, Jaime María de Mahieu, quien posiblemente propuso la lectura más arriesgada. Aquí aparecía un Maurras compaginado junto a Sorel que arrojaba un nacionalismo despojado de elementos católicos pero estamentario, con una impronta sindical y compatible con el socialismo (al menos, con una de sus tradiciones); operación que podía ser vista en su contexto como el intento de brindar un andamiaje teórico a la primera experiencia peronista. A diferencia de la lectura tradicionalista, De Mahieu parecía más cercano a la familia de las derechas radicales europeas, también antiliberales pero que

no buscaban legitimar su discurso y proyecto político en la religión (o al menos no exclusivamente), sino en una clave secular. Si recuperaba a un Maurras nostálgico del Antiguo Régimen francés no lo hacía por la centralidad que allí ocupó la Iglesia, sino en tanto sociedad organizada a partir de comunidades intermedias (donde la religión era un ámbito más junto a la familia, las corporaciones profesionales, el municipio, etcétera).⁶⁴

Evidentemente, los “usos” de Maurras fueron por demás heterogéneos. Como también lo fue la galaxia nacionalista que el presente artículo pretendió analizar. □

Bibliografía

Anquín, Nimio de, *Escritos Políticos*, Santa Fe, Instituto Leopoldo Lugones, 1972.

—, *Escritos Filosóficos*, Córdoba, Ediciones del Copista, 2003.

Beraza, Luis Fernando, *Nacionalistas. La trayectoria política de un grupo polémico (1927-1983)*, Buenos Aires, Cántaro, 2005.

Buchrucker, Cristián, “Los nostálgicos del ‘Nuevo Orden’ europeo y sus vinculaciones con la cultura política argentina de la postguerra”, en *Informe final de la “Comisión para el Esclarecimiento de las Actividades del Nazismo en la Argentina” (CEANA)*, Argentina, Ministerio de Relaciones Exteriores, Comercio Internacional y Culto, 1998.

Calderón Bouchet, Rubén, *Maurras y la Acción Francesa frente a la Tercera República*, Buenos Aires, Nueva Hispanidad, 2000.

Caponnetto, Mario, “*Combate*” (1955-1967). *Estudio e índices*, Buenos Aires, Instituto Bibliográfico Antonio Zinny, 1999.

Carulla, Juan E., *Al filo del medio siglo* [1951], Buenos Aires, Huemul, 1964.

Caturelli, Alberto, *Donoso Cortés: ensayo sobre su filosofía de la historia*, Córdoba, Universidad Nacional de Córdoba, 1958.

—, *La Política de Maurras y la filosofía cristiana*, Buenos Aires, Nuevo Orden, 1975.

Compagnon, Olivier, “Le maurrassisme en Amérique latine. Etude comparée des cas argentin et brésilien”, en O. Dard y M. Grunewald (eds.), *Charles Maurras et l'étranger – L'étranger et Charles Maurras*, Berna, Peter Lang, 2009.

Correa de Oliveira, Plinio, *revolución y contrarrevolución* [1959], Buenos Aires, Tradición, Familia, Propiedad, 1970.

De Mahieu, Jaime María, *Maurras y Sorel*, Buenos Aires, Centro Editor Argentino, 1969.

Devoto, Fernando, *Nacionalismo, fascismo y tradicionalismo en la Argentina*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2002.

Díaz Nieva, José, “Apuntes para un estudio de la influencia de Maurras en Hispanoamérica”, en *Anales de la Fundación Francisco Elías de Tejada*, N° 16, 2010.

Donatello, Luis, “De la Action Française al peronismo. De Maurras a los templarios. Circulación de ideas entre Francia y Sudamérica en la posguerra”, en Fortunato Mallimaci y Humberto Cucchetti (eds.), *Nacionalismo y nacionalistas: debates y escenarios en América Latina y Europa*, Buenos Aires, Gorla, 2011.

Dotti, Jorge, *Carl Schmitt en Argentina*, Rosario, Homo Sapiens Ediciones, 2000.

Echeverría, Olga, *Las voces del miedo. Los intelectuales autoritarios argentinos en las primeras décadas del siglo XX*, Rosario, Prohistoria, 2009.

⁶⁴ Véase Pedro Carlos González Cuevas, *Historia de las derechas españolas. De la ilustración a nuestros días*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2000.

- Fares, María Celina, “Universidad y nacionalismos en la Mendoza posperonista. Itinerarios intelectuales y posiciones historiográficas en los orígenes de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales”, *Anuario IHEs*, N° 26, 2011.
- Galván, María Valeria, “El Movimiento Nacionalista Tacuara y sus agrupaciones derivadas: una aproximación desde la historia cultural”, Tesis de maestría, Universidad Nacional de San Martín, 2008.
- , *El nacionalismo de derecha en la Argentina posperonista. El semanario Azul y Blanco (1956-1969)*, Rosario, Prohistoria, 2013.
- Genta, Jordán Bruno, *Guerra contrarrevolucionaria. Doctrina Política* [1964], Buenos Aires, Nuevo Orden, 1965.
- González Cuevas, Pedro Carlos, *Historia de las derechas españolas. De la ilustración a nuestros días*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2000.
- Grillo, María Victoria (comp.), *Tradicionalismo y fascismo europeo*, Buenos Aires, Eudeba, 1999.
- Gutman, Daniel, *Tacuara. Historia de la primera guerrilla urbana argentina*, Buenos Aires, Vergara, 2003.
- Ibarguren, Carlos (h.), *Roberto de Laferrère (periodismo-política-historia)*, Buenos Aires, Eudeba, 1970.
- Irazusta, Julio, *Balace de siglo y medio*, Buenos Aires, La Balandra, 1972.
- , *Memorias (Historia de un historiador a la fuerza)*, Buenos Aires, Ediciones Culturales Argentinas/Ministerio de Educación y Justicia, 1975.
- (prólogo), Edmund Burke, *Reflexiones sobre la Revolución francesa*, Buenos Aires, Dictio, 1980.
- Lida, Miranda, “Trazos francófilos en la cultura católica argentina de entreguerras”, *PolHis. Revista del programa interuniversitario de historia política*, N° 13, 2014.
- Lvovich, Daniel, *Nacionalismo y antisemitismo en la Argentina*, Buenos Aires, Javier Vergara Editor, 2003.
- , *El nacionalismo de derecha. Desde sus orígenes a Tacuara*, Buenos Aires, Capital Intelectual, “Colección Claves para todos”, N° 50, 2006.
- Massis, Henri, *La vida intelectual de Francia en tiempo de Maurras*, Madrid, Rialp, 1956.
- Maurras, Charles, *Soliloquio del prisionero. Cuadernos de Dinámica Social*, N° 3, Buenos Aires, Editorial de Autores, 1953.
- , *Mis ideas políticas*, Buenos Aires, Huemul, 1962.
- , *El orden y el desorden*, Buenos Aires, Huemul, 1964.
- , *El porvenir de la inteligencia*, Buenos Aires, Nuevo Orden, 1965.
- McGee Deutsch, Sandra, *Contrarrevolución en la Argentina, 1900-1932. La Liga Patriótica Argentina*, Buenos Aires, UNQ, 2003.
- , *Las derechas. La extrema derecha en la Argentina, el Brasil y Chile, 1890-1939*, Buenos Aires, UNQ, 2005.
- Meinvielle, Julio, *El comunismo en la revolución anticristiana* [1961], 2ª ed. corregida y aumentada, Buenos Aires, Theoría, 1964.
- Ousset, Jean, *El marxismo-leninismo*, Buenos Aires, Ictio, 1961.
- Padrón, Juan Manuel, “Nacionalismo, militancia y violencia política. Los tacuaras en la Argentina, 1955-1969”, Tesis de doctorado, Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires, 2009.
- Sánchez Abelenda, Raúl, *La teoría del poder en el pensamiento político de Juan Donoso Cortés*, Buenos Aires, Eudeba, 1969.
- Sánchez Sorondo, Marcelo, *Memorias. Conversaciones con Carlos Payá*, Buenos Aires, Sudamericana, 2001.
- Tato, María Inés, “Un sinuoso itinerario en los laberintos de la política argentina. A propósito de María Valeria Galván. El nacionalismo de derecha en la Argentina posperonista. El semanario Azul y Blanco (1956-1969)”, *PolHis*, Año 6, N° 12, 2013.
- Weber, Eugen, *L'Action française*, París, Fayard, 1985.
- Winock, Michel (dir.), *Histoire de l'extrême droite en France*, París, Seuil, 1993.

Winock, Michel (dir.), *El siglo de los intelectuales*, Barcelona, Edhasa, 2010.

Zanca, José, *Cristianos antifascistas: conflictos en la cultura católica argentina, 1936-1959*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2013.

Zuleta Álvarez, Enrique, *Introducción a Maurras*, Buenos Aires, Nuevo Orden, 1965.

—, *El nacionalismo argentino*, 2 vols. Buenos Aires, Ediciones La Bastilla, 1975.

—, “Presencia de Irazusta en la Argentina Contemporánea”, en Enrique Zuleta Álvarez, Enrique Díaz Araujo y Mario Saravi, *Homenaje a Julio Irazusta*, Mendoza, 1992.

—, *España en América. Estudios sobre la historia de las ideas en Hispanoamérica*, Buenos Aires, Confluencia, 2000.

Resumen / Abstract

Charles Maurras y los nacionalistas argentinos.

Recepción y “usos” en los años posperonistas

Charles Maurras, principal figura en Francia del movimiento monárquico *Action Française*, se convirtió durante el siglo XX en una referencia política e intelectual para ciertos círculos nacionalistas argentinos. Tras una primera recepción en los años de entreguerras, luego de su fallecimiento en 1952 fue recuperado en un clima político e intelectual diagramado ahora por la guerra fría y el posperonismo. A partir del análisis de la comisión de homenaje conformada para recordar el 20º aniversario de su fallecimiento, analizaremos este segundo momento de recepción, circulación y “usos” de la obra escrita del autor de *Enquête sur la monarchie*.

Palabras clave: Charles Maurras - Acción Francesa - Nacionalismo - Argentina - Posperonismo

Charles Maurras and the argentinian nationalists.

Reception and “uses” at the post-peronist period

Charles Maurras, France’s principal figure of the monarchic movement *Action Française*, became, among the twentieth century, a political and intellectual reference for certain argentinian nationalists groups. After a first reception at the interwar period, thereafter his death in 1952 was recovered in an political and intellectual context signed by the Cold War and the post-peronism. Through the analysis of the homenaje comitee established to commemorate the 20th anniversary of his death, we will analyse this second moment of reception, circulation and “uses” of the printed work of the autor of *Enquête sur la monarchie*.

Keywords: Charles Maurras - Action Française - Nationalism - Argentina - Post-peronism

Fecha de recepción del original: 3/2/2016

Fecha de aceptación del original: 2/6/2016

Desde la “revolución total” a la democracia

*Siloísmo, contracultura y política en la historia argentina reciente**

Valeria Manzano

IDAES-UNSAM / CONICET

Al despuntar 1969, la prensa anunciaba la inminente llegada de un mesías a la Argentina. El semanario sensacionalista *Así* fue un paso más lejos y envió a un periodista a Mendoza para localizarlo. Se trataba de un oriundo de esa provincia, nacido en 1938 con el nombre de Mario Rodríguez Cobos, alias Silo, quien –antes que un mesías– se proclamó portador de una “conciencia despierta”.¹ Silo y sus compañeros alimentaron la curiosidad mediática durante varios meses. El 4 de mayo de 1969, finalmente, Silo bajó de su ermita en la montaña hasta un paraje conocido como Punta de Vacas para arengar a una concurrencia estimada en 350 personas. Titulada “La curación del sufrimiento”, esa arenga de 20 minutos fue la carta de presentación de un movimiento que se gestó en la primera mitad de la década de 1960 y se nutrió de un creciente grupo de “coetáneos” –hombres y mujeres de entre 18 y 30 años de edad–. En tanto que inicio de la fase pública del movimiento, “La curación del sufrimiento” llamaba a “purificar el deseo” para disolver la violencia individual y así abonar una nueva era despojada de violencias colectivas.² Irónicamente, los ecos de la arenga se evaporaron en el marco de las revueltas populares que irrumpieron en Corrientes, Rosario y Córdoba. La coyuntura y los modos en que emergió Silo, sin embargo, muestran las coordenadas que signaron la historia de su movimiento. Primero, el Siloísmo se presentó como una iniciativa para modelar una nueva conciencia a partir de una serie de discursos y prácticas centrados en la no violencia y en la liberación individual y colectiva. Segundo, quienes formaron parte de ese movimiento intervinieron en el espacio público apelando al misterio y a la provocación, y generando acontecimientos de resonancia político-cultural. Por último, el Siloísmo mantuvo una relación tensa no solo con las fuerzas de seguridad sino también con agrupaciones propiamente políticas.

Este ensayo se propone reconstruir una historia del movimiento que, desde la década de 1960 hasta la de 1980, se creó en torno a la figura de Silo. Peyorativamente tildados como sectas o, de modo más amigable, como grupos minoritarios de pacifistas, no se ha escrito aún

* Una primera versión de este ensayo fue discutida en el Núcleo de Historia Reciente del Instituto de Altos Estudios Sociales. Agradezco la lectura atenta y las sugerencias de los colegas del Núcleo, tanto como las realizadas luego por Cristian Aquino, Mauro Pasqualini y los lectores anónimos de *Prismas*.

¹ “Silo entre los hombres”, *Así*, N° 377, 7 de enero de 1969, pp. 2-3. Silo falleció en Mendoza, en septiembre de 2010.

² “La curación del sufrimiento”, en H. van Doren, *Silo y la liberación*, Buenos Aires, Transmutación, 1971, pp. 59-60.

una historia del Siloísmo en la Argentina –como sí en Chile, su otro gran epicentro–.³ Este ensayo analiza los núcleos de ideas y prácticas de ese movimiento, los modos en que interpeló a diversas cohortes de activistas y militantes –que en general fueron jóvenes– y también las reacciones que generó en el espacio político-cultural. Más allá de las mutaciones en ideas y modos de organización, el Siloísmo preservó parte de una sensibilidad moldeada en los años sesenta, una década atravesada “por un sentido de inminencia [...] de cambio a punto de suceder o ser voluntarísticamente buscado”.⁴ La voluntad de cambio interior y exterior; la certeza de que el individuo y la sociedad debían transformarse en un mismo movimiento “libertario” y la crítica a toda institución jerárquica (la familia, la escuela, la Iglesia Católica) han sido los pilares de las propuestas siloístas. Esos eran los núcleos que, según Theodore Roszack, daban coherencia al mosaico de expresiones y grupos opuestos a los efectos de las “sociedades tecnocráticas” en los Estados Unidos y en Europa.⁵ En sintonía con dinámicas similares en el Atlántico Norte, el Siloísmo constituyó un segmento de la contracultura en la Argentina, uno que buscó posicionarse en la arena política a partir de una interpretación peculiar de la idea y la práctica de la “liberación”. El Siloísmo formó parte de una nueva izquierda que, en América Latina, como lo planteara Eric Zolov, buscaba fórmulas para resolver la tensión entre la formación de nuevas subjetividades individuales y formas de acción colectiva.⁶ Antes que eclipsarse por los efectos de la última dictadura, esa búsqueda se reactualizó durante la apertura democrática de la década de 1980, cuando el Siloísmo ya era un movimiento transnacional y sirvió de base para la creación, en 1984, del Partido Humanista (PH).

Reconstruir una historia del Siloísmo ofrece así una ventana para, por un lado, contribuir a la expansión de un campo de estudio sobre la contracultura y, por otro, analizar las relaciones entre prácticas contraculturales y política. Los estudios sobre la contracultura en la Argentina se han enfocado en el mundo del rock, concibiéndolo como un espacio que, en algunas coyunturas (como, por ejemplo, las impuestas con las dictaduras iniciadas en 1966 y 1976), fue contestatario del autoritarismo cultural y político, sirviendo como núcleo para sociabilidades que se pretendían más igualitarias y menos normativas que en la “sociedad corriente”.⁷ En tanto movimiento, el Siloísmo permite ampliar las coordenadas del estudio de la contracultura. Como el rock y el hipismo, el Siloísmo interpelaba a jóvenes, y lo hacía desde un programa centrado en ideas antiautoritarias y de liberación interior. A diferencia de aquellas propuestas, sin embargo, el Siloísmo se propuso como un movimiento político *tout court*. En tal sentido, el análisis del Siloísmo arroja luz sobre aspectos menos conocidos de la historia reciente de la Argentina, identificada con el estudio de la última dictadura militar y su pasado

³ Patrick Barr-Melej, “Siloism and the Left in Allende’s Chile: Youth, ‘Total Revolution’, and the Roots of the Humanist Movement”, *Hispanic American Historical Review*, vol. 86, N° 2, noviembre de 2006.

⁴ Diana Sorensen, *A Turbulent Decade Remembered: Scenes from the Latin American Sixties*, Stanford, Stanford University Press, 2007, p. 14.

⁵ Theodore Roszack, *The Making of the Counter Culture*, Berkeley, University of California Press, 1969, pp. x-xii.

⁶ Eric Zolov, “Expanding Our Conceptual Horizons: The Shift from an Old to a New Left in Latin America”, *A Contracorriente*, vol. 5, N° 2, 2008.

⁷ Pablo Vila, “Rock nacional and Dictatorship in Argentina”, *Popular Music*, vol. 6, N° 2, mayo de 1987; Pablo Alarces, *Entre gatos y violadores*, Buenos Aires, Colihue, 1993; Sergio Pujol, *La década rebelde: los sesenta en la Argentina*, Buenos Aires, Emecé, 2002; Claudio Díaz, *Libro de viajes y extravíos: un recorrido por el rock argentino (1965-1985)*, Córdoba, Narvaja Editor, 2005; Valeria Manzano, *The Age of Youth in Argentina: Culture, Politics, and Sexuality from Perón to Videla*, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 2014, cap. 5.

inmediato.⁸ Introducir una exploración del Siloísmo posibilita indagar la amplitud de opciones de militancia de comienzos de la década de 1970, tanto como de las posibilidades de interconectar un programa antiautoritario con el lenguaje de los derechos a mediados de la década siguiente.

Valiéndose de materiales de prensa periódica nacional, publicaciones y boletines de los movimientos siloístas, entrevistas con informantes clave y dos dossiers producidos por la antigua Dirección de Inteligencia de la Policía de la Provincia de Buenos Aires (DIPPBA) para el período 1967-1974, este ensayo sigue un orden cronológico y problemático. Un primer apartado se enfoca en los años de desarrollo gradual de la “escuela de autoconocimiento”, alrededor de 1965-1969. Además de analizar las ideas y las prácticas que daban forma a esa escuela, el ensayo muestra las reacciones que uno de los grupos que la llevaban adelante, Kronos, generó entre las fuerzas represivas y los medios. Esa fase culminó en 1969, cuando “La curación del sufrimiento” ofició de carta de presentación para que el Siloísmo se hiciera conocido por un público ampliado. Ese público se entendía como joven y disconforme con un “sistema” considerado estructuralmente injusto. En el segundo apartado, el ensayo se centra en la emergencia del grupo Poder Joven y analiza los posibles significados de una de sus campañas más sonadas en los primeros años 1970: el llamado al “voto anulado revolucionario” como respuesta a las elecciones de marzo de 1973. Ese posicionamiento, junto con una incrementada centralidad de ideas libertarias, aumentó la visibilidad del Siloísmo. Muy rápidamente, sin embargo, el Siloísmo –como el resto de las fuerzas de izquierda– sufrió el embate represivo y, ya para 1976, muchos se fueron del país, amplificando la transnacionalización de ese movimiento (una dimensión central que este ensayo solo insinúa). En el tercer apartado, el ensayo se aproxima a las transformaciones del Siloísmo en el contexto de la última dictadura militar y explora la emergencia de La Comunidad (para el Desarrollo Humano) y luego del PH, intentando mostrar cómo un movimiento con arraigo en ideas y prácticas sesentistas participó de las dinámicas de democratización política.

Buscar coetáneos: del interior al exterior

Como su nombre lo indica, en tanto movimiento el Siloísmo se referenció en una figura, la de Mario Rodríguez Cobo, quien a mediados de la década de 1960 adoptó el alias de Silo. Hijo de una familia dedicada a la vitivinicultura, Silo estudió en un colegio católico marista e inició la carrera de abogacía en la Universidad de Córdoba. Con inquietudes sociales, filosóficas y políticas, en 1960 hizo un viaje en motocicleta por América del Sur, en el que entró en contacto con grupos de vanguardia “neo-humanistas”, donde florecían las lecturas de Albert Camus y Jean-Paul Sartre, las críticas al armamentismo, los cuestionamientos a la “tecnocracia” y el apoyo a los procesos de cambio en lo que comenzaba a llamarse Tercer

⁸ Para balances de las perspectivas de la historia reciente, véanse Marina Franco y Florencia Levín, “El pasado cercano en clave historiográfica”, en M. Franco y F. Levín (coords.), *Historia reciente: perspectivas y desafíos de un campo en construcción*, Buenos Aires, Paidós, 2007; Alejandro Cattaruzza, “Los años sesenta y setenta en la historiografía argentina (1983-2008): una aproximación”, *Nuevo Mundo Mundos Nuevos*, Debates [en línea], puesto en línea el 11 diciembre 2008. URL: <<http://nuevomundo.revues.org/45313>>.

Mundo.⁹ En particular, Silo se vinculó a los Nadaístas colombianos, cuyo *Manifiesto* llamaba a desacreditar los valores y las instituciones de una sociedad sumida en “la violencia, la miseria y la superchería”. Abiertamente anticlericales, proponían “librar al hombre de la razón y de los idealismos trascendentales” y, sobre la base de la “literatura como forma de ocio”, también “santificar al placer y los instintos”.¹⁰ Quizá fue ese tinte hedonista el que alejó a Silo de los escritores colombianos para acercarlo a otros encuentros, como el sucedido en una escuela esotérica situada en Nápoles durante un viaje que realizó en 1962. Si bien es difícil reconstruir el utillaje conceptual recogido en esa experiencia, tras retornar a su Mendoza natal comenzó a reunir a grupos de conocidos con la intención de fomentar un “despertar” de sus conciencias. Esa primera cohorte de una docena de personas buscó crear “escuelas” en países sudamericanos pero, en 1966, reconoció su fracaso y decidió apostar a otra estrategia. Tras un largo retiro en Jujuy, cada uno se apostó en una ciudad argentina y, en calidad de “epónimos” o guías, intentaron crear un grupo, o “cripta”.¹¹ Uno de los grupos más conocidos fue Kronos.

En septiembre de 1967, *La Razón* publicó una extensa nota sobre los miembros del grupo Kronos, quienes en esas semanas se encontraban llevando adelante una experiencia de retiro en la localidad de Melchor Romero. Se trataba de 21 jóvenes, trece varones y ocho mujeres, provenientes de Buenos Aires, Rosario, Córdoba y Mendoza, estudiantes universitarios o recientes graduados de la escuela secundaria. Los alentaba el deseo de “purificarse” y “conocerse a sí mismos” durante un intenso proceso de entrenamiento intelectual, emocional y físico, cuya duración se estimaba en tres meses.¹² El proceso estuvo a punto de ser interrumpido, ya que una denuncia de vecinos alertó a la Policía de la Provincia de Buenos Aires, originando una investigación sobre Kronos, al que se presumió vinculado a grupos guerrilleros. Para sorpresa de los agentes policiales y de la prensa que se hizo eco de la noticia, los jóvenes no solo carecían de “literatura subversiva” sino que llevaban adelante una rutina alejada de la experimentación con drogas y el desenfreno sexual que, en términos de época, se relacionaban con los hippies. Más allá de las constataciones, los interrogantes por las dimensiones sexuales, culturales y, en especial, políticas de las prácticas del grupo Kronos –y de otros grupos siloístas– siguieron cautivando el interés mediático y alimentaron la investigación policial llevada adelante por la ex DIPPBA, cuyos dossiers aportan dos puntas para adentrarse en las organizaciones siloístas. Por un lado, los informes están dotados de recurrencias en la descripción de ciertas prácticas que pueden iluminar algunos significados que tuvieron para quienes las realizaron. Por otro lado, mediante las tácticas de acopio de cualquier evidencia que resultara de interés, los agentes policiales incluyeron panfletos, volantes y otros materiales no preservados en otros archivos. Tal es el caso del así llamado “Libro Rojo”.

⁹ Sobre esa sensibilidad “neo-humanista” véanse Mary Kay Vaughan, *Portrait of a Young Painter: Pepe Zúñiga and Mexico City's Rebel Generation*, Durham, Duke University Press, 2015, pp. 153-157, y Valeria Manzano, “Fraternalmente americanos: el Movimiento Nueva Solidaridad y la emergencia de una contracultura latinoamericana en los tempranos sesenta”, *Iberoamericana*, vol. 17, N° 66, 2017.

¹⁰ Gonzalo Arango, “Manifiesto Nadaísta”, *El Corno Emplumado*, No. 7, julio de 1963, pp. 88-93. Sobre ese movimiento, véase Juan Carlos Galeano, “El Nadaísmo y ‘la violencia’ en Colombia”, *Revista Iberoamericana*, vol. 59, N° 2, 1993.

¹¹ Pablo Collado, “Ideas de una contracultura: los orígenes intelectuales del Siloísmo en Argentina (1964-1971)”, en E. Gauguin, A. Pérez y H. Sorgentini (comps.), *Formas del pasado: conciencia histórica, historiografías, memorias*, La Plata, Universidad Nacional de La Plata, 2015.

¹² “Algo extraordinario”, *La Razón*, 27 de septiembre de 1967, p. 9.

Hallado entre los materiales decomisados en el retiro de Melchor Romero, el “Libro Rojo” era un compendio de las creencias, los modos organizativos y el tipo de entrenamiento propiciado por Kronos y los otros grupos de esta fase de “escuela” Siloísta. El núcleo central de las creencias era la noción de “despertar”. Como tiempo después lo sistematizó Silo, la “escuela” se organizaba en función de desafiar la dicotomía entre sueño y vigilia. De acuerdo a esa visión, se estaba viviendo una transición por la cual “la era de la razón” estaba dando paso a la “era de la angustia”, en la cual los individuos –y las sociedades– vivían en un continuo estado intermedio, de “ensueño”. Antes que romántico y utópico, ese estado se correspondía con la prevalencia de lo mecánico, negador de la voluntad individual y propiciador de acciones automatizadas. Así, el objetivo primordial de la “escuela” era sentar las condiciones de un “despertar” que, iniciado a escala individual, podría luego ser trasladado como semilla de una nueva era, o civilización.¹³ Ese vocabulario en torno a la “nueva era” que germinaría a partir de los “súper-hombres” que despertaban sus conciencias reconocía raigambres variadas. En principio, una asociación obvia con las ideas de Friedrich Nietzsche sobre el súper-hombre en conexión con discursos palingenésicos en boga en la primera mitad del siglo xx. De modo particular, sin embargo, esas creencias se nutrían de las ideas de George Gurdjieff, un pensador místico de origen armenio que en las décadas de 1910 y 1920 desarrolló una línea de reflexiones en torno al acto de despertar como producto de un proceso interno de crecimiento y reflexión, del cual idealmente resultarían individuos auténticos: los “verdaderos súper hombres”. Las ideas de Gurdjieff, en particular sus enseñanzas sobre “el cuarto camino”, tenían decenas de adeptos en la Buenos Aires de la década de 1960, conocidos como “gurdjievos”. De hecho, algunos siloístas se iniciaron en esa corriente, a la cual luego tildaban de “esotérica y cerrada”.¹⁴ En cualquier caso, los miembros de Kronos retomaban las enseñanzas de Gurdjieff a través de las obras del ruso Piotr Ouspenski. Entre los seis libros decomisados en Melchor Romero estaban la Biblia y tres ensayos de Ouspenski.¹⁵

Desde la perspectiva de quienes idearon la “escuela” que propiciaba el despertar, este solo se lograría al interpelar a quienes experimentaran con intensidad la “edad de la angustia”: los y las jóvenes eran, así, el epicentro de la prédica de Kronos. Este grupo se hacía eco de una serie de representaciones sobre la juventud a la que, desde el siglo xix, concebían como una etapa de “tormento y estrés”, susceptible a la experimentación de crisis existenciales. Los miembros de Kronos iban un paso más allá al entender que los y las jóvenes que decidieran iniciar su proceso de “despertar” eran la vanguardia de una nueva generación, basándose en una interpretación del movimiento histórico como una sucesión de generaciones. De acuerdo con algunos testimonios, Silo y sus principales colaboradores eran lectores de la obra del filósofo español José Ortega y Gasset, quien asociaba las generaciones con una sensibilidad específica que podía dotar a su época de un élan particular.¹⁶ Los siloístas daban una inflexión específica a esas ideas, participando de un movimiento amplio de poetas, artis-

¹³ Legajo Kronos, Ref. 14628, folios 8 y 9; véase también H. van Doren, “Los temas fundamentales de la escuela de liberación”, en *Silo y la liberación*, Buenos Aires, Transmutación, 1971, pp. 12-14.

¹⁴ Conversación con María Cristina G., 29 de octubre de 2015; véase también Javier Giménez Noble (comp.), *El trabajo de Gurdjieff en el Río de la Plata*, Buenos Aires, Sennin, 2012.

¹⁵ Legajo Kronos, Ref. 14628, vol. I, folio 30.

¹⁶ Las referencias a la importancia de Ortega y Gasset aparecen en los testimonios de Alberto Leiva Guevara y Tito de Casas, que pueden consultarse en <<http://www.yogaleivaguevara.com/2-silo-el-magister-ludi>>. Para más detalles sobre el pensamiento generacional en el Siloísmo, véase Collado, “Ideas de una contracultura”, *op. cit.*

tas y pensadores que buscó interpelar a sus pares de edad con un discurso contestatario de las instituciones y el “sistema”.¹⁷ El “Libro Rojo” detallaba los modos en que podría producirse esa interpelación. Indicaba, por ejemplo, que las universidades, las ramas juveniles de partidos de izquierda y de sindicatos, los clubes sociales, ciertos grupos artísticos y reuniones orientalistas eran posibles ámbitos donde encontrar “jóvenes insatisfechos con el sistema”.¹⁸ Los coetáneos tenían que asumir una actitud perceptiva como para poder detectar signos de “insatisfacción” y, lo más importante, trabajar de manera capilar con quien mostrara esos signos para profundizar su disconformidad y convencerlo de la necesidad de iniciar un proceso de transformación interior.¹⁹ Una vez convencido, el nuevo coetáneo era llamado a asumir (si lo quería) un nuevo nombre, y a formar parte de una “cripta”. De no más de ocho personas, preferentemente de diferentes orígenes sociales, la cripta era la célula básica de los grupos siloístas originales y su responsable era un “epónimo” que había alcanzado ese grado por la profundidad de su “trabajo interior”.²⁰ La etapa última de ese “trabajo” se cristalizaba en el ámbito de los retiros. En este sentido, el “Libro Rojo” precisaba algunos ejercicios que incluían, por ejemplo, despojar a las personas de sus objetos más preciados con el objetivo de contribuir al modelamiento de sus emociones en relación a la posesión y a los sentimientos de violencia y venganza.²¹ Ese último tramo formativo tanto como el trabajo capilar de cooptación de coetáneos tenía semejanzas con lo narrado por Leopoldo Marechal en *El banquete de Severo Arcángelo*. Publicada en 1965, la novela disecciona los modos en que individuos localizados en una “región de frontera” emocional o psíquica eran captados para crear una sociedad con reglas propias, en la cual su cotidianeidad y su subjetividad previa se desarmaban para dar forma a nuevos seres.²² La novela, de hecho, figuró como lectura sugerida a los ingresantes a grupos siloístas.

Aunque posiblemente en menor medida de lo deseado por los “epónimos”, el Siloísmo sumó adeptos en el último trienio de los años sesenta, combinando las estrategias capilares de cooptación con la publicidad del movimiento. Uno de los nuevos adeptos fue Jorge D., que en 1967 cursaba estudios secundarios en una escuela técnica de Avellaneda cuando, interesado en la carrera espacial (pero “como estaba interesado en todo por esos años”, reconoce), comenzó un curso semanal en un centro cultural. El curso fue la base para la formación de un grupito estable de varones jóvenes, donde a lo largo de los años “se hablaba de todo: de política, de filosofía, de libros”. Fue allí donde “comenzó el enganche” con grupos siloístas, aunque registró el nombre “Silo” por primera vez en una pintada “misteriosa” cerca de la estación de Avellaneda, ya en 1968.²³ La emergencia de pintadas se dio en el marco de una nueva oleada de atención mediática tras el desmantelamiento de un retiro en el Tigre —esta vez, a pedido del padre de una joven rosarina, que sostenía que su hija, de 21 años, había sido

¹⁷ Sobre los llamados a la emergencia de una “nueva generación” en los Estados Unidos y en la Argentina véanse Leerom Medovoi, *Rebels: Youth and the Cold War Origins of Identity*, Durham, Duke University Press, 2005, y Manzano, *The Age of Youth in Argentina*, op. cit., cap. 5.

¹⁸ Legajo Kronos, Ref. 14628, folios 121-122.

¹⁹ *Ibid.*, folios 124-125.

²⁰ *Ibid.*, folios 130-135.

²¹ *Ibid.*, folios 142-160.

²² Leopoldo Marechal, *El banquete de Severo Arcángelo*, Buenos Aires, Sudamericana, 1965, sobre la “región de frontera”, p. 28.

²³ Conversación con Jorge D., 28 de octubre de 2015.

raptada por una “secta”.²⁴ Como parte de esa atención, la prensa entrevistó a siloístas que revisaban las referencias doctrinarias que los guiaban –un espectro que, además de Gurdjieff, incluía a Gandhi– e introducían a Silo como quien, habiendo “superado” el entrenamiento al que todos estaban sujetos, comenzaba a transitar la nueva era, personificándola. Su “aparición”, asimismo, se fechaba para 1969.²⁵ La prensa sensacionalista, sin embargo, fue la mejor aliada del Siloísmo. Aunque contribuyera a representar al Siloísmo como una secta, la revista *Así* –con una tirada de 800.000 ejemplares– sirvió para instalar el nombre y al movimiento entre públicos ampliados.

Fue, en efecto, durante 1969 cuando el Siloísmo se trasladó “hacia fuera”, buscando también trazar una identidad por oposición a otras opciones contraculturales. Esa transición estuvo puntuada por la arenga inaugural de Silo en Punta de Vacas, el 4 de mayo. “La curación del sufrimiento” condensaba algunos de los núcleos de las creencias siloístas referidas al despertar y al trabajo con las emociones. Asimismo, si bien en su arenga Silo apelaba a un “tú” etariamente indefinido, la preocupación por los jóvenes se destacaba. En un pasaje comentaba “Me dicen que la gente joven en distintas latitudes está buscando falsas puertas para salir de la violencia y del sufrimiento interno. Busca la droga como solución. No busques falsas puertas para acabar con la violencia”.²⁶ La apelación aquí es, de manera directa, a aquellos jóvenes cuya “insatisfacción” –para usar una expresión del “Libro Rojo”– se cincelaba contraculturalmente, reconociendo su deseo de buscar “puertas” de salida a la vez que remarcando sus límites. La opción contracultural que modelaría el Siloísmo, en este sentido, se asemejaba a la de vertientes de signo espiritualista que emergieron en los Estados Unidos, muchas de las cuales promovían la “desintoxicación” y el ascetismo sexual como base para la construcción de formas de interacción alternativas.²⁷ Sin llegar al abandono de la actividad sexual, el Siloísmo compartía un lenguaje centrado en la “purificación del deseo”, concebido como fuente de las pulsiones violentas que habían de erradicarse del “interior” para irradiar un mensaje de no-violencia al exterior. Con ese mensaje el movimiento delinearía su posición en el entramado político y cultural argentino.

Poder Joven para la “revolución total”

Con su arenga de Punta de Vacas, Silo lanzaba la fase pública del movimiento tendiente al “despertar”. Su prédica coincidió con otros despertares, en especial con la cristalización del descontento popular con las coordinadas políticas, económicas y culturales sentadas por la así llamada Revolución Argentina. La combinación de una amplia movilización política con el accionar de esos grupos guerrilleros fue el signo de la etapa política abierta tras las revueltas populares de mayo de 1969, una etapa que tuvo su apogeo entre 1971 y 1973. En ese ciclo, los y las jóvenes ocuparon de manera visible el centro de la escena política, militando en grupos

²⁴ “Extraña denuncia”, *La Razón*, 18 de junio de 1968, p. 7; “Hacen declaraciones los miembros de un grupo juvenil”, *La Razón*, 23 de junio de 1968, p. 9.

²⁵ “Los buenos súper hombres”, *Análisis*, N° 383, 15 de julio de 1968, p. 32.

²⁶ Silo, “La curación por el sufrimiento”, *op. cit.*, pp. 59-60.

²⁷ Timothy Miller, “The Sixties-Era Commune”, en P. Braustein y W. Doyle (eds.), *Imagine/Nation: The American Counterculture from the 1960s and 1970s*, Nueva York, Routledge, 2002, pp. 338-340.

estudiantiles, políticos y armados.²⁸ En ese marco, el Siloísmo reforzó su lenguaje generacional a la vez que enfatizó, en clave política, las ideas de transformación interior y exterior, ahora codificadas en términos de liberación. La propuesta era movilizar a una generación para que, bajo el nombre de Poder Joven, se transformara en la vanguardia que propagara la “revolución total”: social, cultural y psicológica. En los tempranos setenta, las estructuras organizativas, las articulaciones con otros sistemas de ideas, las demandas y los modos de intervención pública viraron hacia la consecución de esa “revolución total” que proponía el socialismo libertario.

En esta nueva etapa, en la que se dejaba atrás el momento de “escuela”, el Siloísmo produjo un nuevo balance entre el “trabajo interno” y el “externo”. Si bien ya desde la fase anterior el Siloísmo fue acechado por las fuerzas de seguridad, esto se profundizó a fines de 1969, cuando fueran denegadas varias peticiones para que Silo diera conferencias públicas hasta que decidió mudarse a Santiago de Chile, donde siguió de cerca (aun de modo ambivalente) la experiencia liderada por Salvador Allende.²⁹ Para quienes se quedaron en la Argentina, el nuevo balance entre lo “interno” y lo “externo” generó las primeras rupturas (más de la mitad no acordó con la táctica “externa” y dejó el movimiento a comienzos de la década de 1970) y se expresó en tres dimensiones. En primer lugar, se acortaron los tiempos del entrenamiento –suprimiendo, en términos prácticos, la fase de los retiros– y se aconsejaba a los ingresantes, simplemente: “al finalizar el día, busca un lugar sereno y medita sobre tus acciones”.³⁰ En segundo lugar, se agilizó la formación de grupos, nucleados para compartir experiencias de “formación interna” que incluían nuevas lecturas, entre las que se destacaba *La mirada interna*, un texto filosófico escrito por Silo y publicado en 1972 por la primera editorial propia, Transmutación. En tercer lugar, la fase pública del movimiento, sostenida en esos grupos más pequeños y flexibles, implicó el desarrollo de actividades de propaganda en torno al llamado a una “revolución total”.³¹

Las premisas para la concepción de “revolución total” se sistematizaron en el *Manual del Poder Joven*, un libro publicado simultáneamente en Buenos Aires y en Santiago de Chile en 1971. Bajo el seudónimo de H. van Doren, Silo y algunos colaboradores dieron forma a este *Manual* en el que adecuaban muchas de las ideas ya conocidas a un lenguaje político y, más precisamente, libertario. El *Manual* comenzaba por reconocer que América Latina se había transformado en la vanguardia del proceso de la “revolución mundial” no solamente porque la Revolución Cubana había encendido la mecha en 1959, afirmaban, sino porque en el subcontinente se daban “formas de organización y sensibilidad especiales”. Esas últimas se habían perfilado con claridad en las revueltas de 1968 y 1969, que habían mostrado la existencia de una nueva generación –integrada por estudiantes y obreros jóvenes– cuya unidad estaba dada por “la voluntad de acción sin atenerse a esquemas previos” y por la convicción de que “la acción y la subjetividad modifican las condiciones objetivas”.³² El Siloísmo se apropiaba así de al menos tres posiciones de algunas vertientes de la nueva izquierda, especialmente en el Atlán-

²⁸ Sobre la movilización juvenil véase Alejandro Cattaruzza, “Un mundo por hacer: una propuesta para el análisis de la cultura juvenil en la Argentina de los años setenta”, *Entrepasados*, N°13, 1997; y Manzano, *The Age of Youth in Argentina*, op. cit., cap. 6.

²⁹ “Silo llegó a Buenos Aires,” *La Razón*, 21 de octubre de 1969, p. 7; “Silo habló de la liberación, la no violencia y el peronismo”, *Crónica*, 21 de octubre de 1969, p. 11.

³⁰ “Algo sobre Silo”, Silo, N° 1, marzo-abril de 1970, p. 5.

³¹ Conversación con Jorge D., 28 de octubre de 2015.

³² H. van Doren, *Manual del Poder Joven*, Buenos Aires, Transmutación, 1971, p. 27.

tico Norte. La primera era del orden de lo geopolítico, esto es, la certeza de que el denominado Tercer Mundo, y en especial América Latina, estaba a la cabeza de un ciclo revolucionario mundial.³³ Segundo, influidos especialmente por las ideas de Herbert Marcuse –a quien citan en el *Manual*– los siloístas cuestionaban el rol que las viejas izquierdas le habían asignado a la clase obrera como vanguardia revolucionaria, a la vez que descreían de la validez de las “condiciones objetivas”. El camino se despejaba para el encuentro de nuevas vanguardias y la valoración de la subjetividad como motor de la revolución.³⁴ Tercero, los siloístas entendieron que esa nueva vanguardia tenía un clivaje generacional. En su ligazón entre juventud, voluntad de acción y nuevas subjetividades, el Siloísmo se asemejaba a los grupos contraculturales y políticos que, en los Estados Unidos, dieron forma al Youth International Party, que proponía sostener una “guerrilla cultural” para mostrar lo que consideraban el absurdo del “sistema”, formas de intervención “guerrillera” que, como se detalla más abajo, el grupo Poder Joven también intentaría llevar adelante.³⁵

Sin embargo, los miembros de Poder Joven en general, y los autores del *Manual* en particular, no dejaban de anotar ciertas reservas en torno a las potencialidades de la juventud, ya que entreveían que podrían ser erosionadas por “puertas falsas” y por los efectos permanentes de algunas instituciones clave del “sistema”, como la familia. Además del hipismo y del uso de drogas, los autores del *Manual* veían otra “puerta falsa” en la libertad sexual. Asemejándose en este punto a otras opciones de la izquierda –y de la cultura pública argentina, por caso– el Siloísmo veía a la pareja heterosexual y monogámica como la única legítima para el ejercicio de la sexualidad. Asimismo, el *Manual* oponía la fidelidad en la pareja a “la mezcla fácil de impotentes y frías en un aquelarre pequeño-burgués desvitalizado”.³⁶ Esa visión de la “revolución sexual” se comparaba, en su potencia descriptiva, con la asimilación de la familia como auténtica “devoradora” de la juventud. Eran las presiones sociales por formar una familia las que, desde la perspectiva siloísta, terminaban por limar el espíritu de rebelión juvenil. El resultado de esas presiones era la figura de “Juan Nadie”, un ser monótono y mecánico, “víctima del sistema y futuro victimario de sus hijos”.³⁷

La familia tendencialmente minaba el potencial rebelde de la juventud y, para Poder Joven, era solo una de las muchas instituciones a ser radicalmente cuestionadas por una práctica y una militancia “anti-sistema” que atrajo nuevas camadas de activistas. Con el correr de la década de 1970, el Siloísmo se fue recostando en un discurso antiautoritario, antijerárquico y libertario, que rozaba al anarquismo de fines del siglo XIX. El *Manual*, de hecho, introducía una cita de la Federación Libertaria, datada en 1898, donde se planteaba la necesidad de abolir el Estado, considerado como el “ente autoritario, tutelador, represivo de la iniciativa y de la libertad social”.³⁸ Esa identificación contribuyó a que se incorporaran al Siloísmo algunos jóvenes cuya

³³ Véase especialmente Christoph Kalter, “A Shared Space of Imagination, Communication, and Action: Perspectives on the History of the ‘Third World’”, en S. Christiansen y Z. Scarlett (eds.), *The Third World in the Global Sixties*, Nueva York, Bergham, 2013, pp. 23-38.

³⁴ Un análisis de esas premisas en la “nueva izquierda” europea en Geoffrey Eley, *Forging Democracy: The History of the Left in Europe, 1850-2000*, Nueva York, Oxford University Press, 2002, pp. 341-365.

³⁵ Véase Todd Gitlin, *The Sixties: Years of Hope, Days of Rage*, Nueva York, Bantam Books, 1993.

³⁶ Van Doren, *Manual del poder joven*, op. cit., p. 59.

³⁷ *Ibid.*, p. 42. Sobre las transformaciones en la moral sexual, véase Isabella Cosse, *Pareja, familia y sexualidad en los sesenta: una revolución discreta en Buenos Aires*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2010.

³⁸ Van Doren, *Manual del poder joven*, op. cit., p. 32.

pertinencia primaria era a grupos anarquistas. En septiembre de 1971, por ejemplo, grupos de adolescentes autodenominados “anarco-siloístas” se juntaron en una plaza de Mar del Plata para quemar útiles mientras entregaban un volante repudiando “la cultura hipnotizante del sistema”.³⁹ Pero no todos quienes se sumaron eran adolescentes. El cuestionamiento a las instituciones y el llamado a “transformarse uno para transformar al medio” fue clave para que María Cristina, con 27 años en 1972, se sumara al Siloísmo. Egresada de Letras en la Universidad de Buenos Aires, llegó al Siloísmo tras haber participado en “toda actividad ‘contra’ de los sesenta”, desde los gurdjievos hasta grupos de izquierda.⁴⁰ Similares razones llevaron a Luis Ammann a sumarse. Durante la década de 1960, Luis participó de grupos de izquierda en su Córdoba natal, donde también dirigió el legendario semanario *Jerónimo*. En la coyuntura que siguió al mayo de 1969, Luis comenzó una “profunda autocrítica” de su militancia en esas variantes de la izquierda, a la cual se sumaba su desconfianza respecto a la lucha armada. La propuesta de una estrategia “no violenta hacia la revolución más totalizadora”, dice Luis, fue determinante para su incorporación al Siloísmo. Luis fue uno de los artífices del “contra-voto” en las elecciones de 1973.⁴¹

Combinando posiciones antisistémicas cifradas en un lenguaje libertario y performances de alto impacto público, la campaña del “contra-voto” ponía en evidencia al Siloísmo en tanto movimiento contracultural y político a la vez, una mixtura que resultaba difícilmente asimilable en las coordenadas políticas de la época. La campaña del “contra-voto”, o de anulación del voto, se originó luego de que el gobierno de Alejandro Lanusse impidiera a Juan Perón participar como candidato. Lanzada en julio de 1971, estuvo puntuada por performances de alto impacto. La primera fue la instalación de una lápida de 400 kilos en la esquina de la Avenida Santa Fe y Rodríguez Peña, en Buenos Aires. Dedicada a “Juan Nadie”, en la lápida se leía “el hombre mediocre usado y oprimido por este sistema corrupto y criminal, y a la vez cómplice del mismo”. La instalación se acompañaba con un volante llamando a anular el voto para “vaciar el sistema de partidos”. En otra performance, consistente en la instalación de un inodoro gigante en la esquina de Corrientes y Florida, se repartió un volante que intentaba ser la boleta a insertarse en la urna-inodoro.⁴² Firmado por Poder Joven y por “Fuerzas Revolucionarias Anarquistas”, la boleta-volante sostenía: “No des tu brazo a torcer: todo gobierno es una dictadura. No elijas a tu verdugo”.⁴³ Esas posiciones provocaron reacciones por derecha y por izquierda. En el primer caso, en un informe fechado en septiembre de 1972, los agentes de la DIPPBA consignaban que el Siloísmo se había “infiltrado en universidades, partidos de izquierda y grupos musicales”. Además de exagerar una cifra de 15.000 miembros (cuando quizá no superaran los 1.000), el informe establecía su peligrosidad al caratararlo como un movimiento de tendencia “comunista”.⁴⁴ La izquierda política no opinaba lo mismo, o al menos los activistas de Poder Joven sentenciaban, en un volante distribuido en Buenos Aires durante 1973, que “mientras que para los de derecha somos de izquierda, para los de izquierda somos de derecha. Nosotros decimos: juventud es fuerza, es acción, es liberación”.⁴⁵ Los grupos siloístas otorga-

³⁹ “Una primavera diferente en Mar del Plata”, *Clarín*, 22 de septiembre de 1971, p. 3.

⁴⁰ Conversación con María Cristina G., 29 de octubre de 2015.

⁴¹ Conversación con Luis Ammann, 24 de julio de 2015.

⁴² “Otra del grupo Poder Joven”, *La Opinión*, 4 de agosto de 1971, p. 4.

⁴³ Volante en Legajo Kronos, Ref. 14628, vol. II, folio 534.

⁴⁴ “Logia Kronos y asociadas, 29 de septiembre de 1972”, Legajo Kronos, Ref. 14628, vol. II, folios 582-586.

⁴⁵ *Ibid.*, folio 617.

ban declinaciones particulares al término “liberación”. Silo, de hecho, planteaba que su noción de “revolución total” suponía “micro-liberaciones que apuntalen la construcción de un socialismo libertario, anti-jerárquico y antiautoritario”.⁴⁶ Así, el Siloísmo llevó a la escena pública un abanico amplio de relaciones de poder a ser cuestionadas, incluyendo las instituciones familiares y educativas, y también el “yo” de los “Juan Nadie” que debían “purificarse” para garantizar que las dinámicas revolucionarias que muchos veían en marcha devinieran auténticas. En el fragor de las disputas y las movilizaciones que puntuaron la llegada de Juan Perón al país en junio de 1973 y que se profundizaron en los meses que siguieron, los reclamos de “micro-liberaciones” y “revolución total” eran ajenos a los núcleos de ideas enmarcados en movimientos políticos que, además de proponerse como baluartes de la “liberación nacional y social”, testificaban la vigencia del verticalismo y el respeto a la autoridad.

Dispersión, trabajo “interno” y promesas democráticas

La apertura democrática iniciada en 1973 había establecido condiciones para que los grupos siloístas se expandieran y modificaran sus formas de trabajo, promoviendo tres iniciativas. En primer lugar, los grupos siloístas –y en especial Poder Joven– intensificaron sus esfuerzos para dotar al Frente Único de la Juventud (FUJ) de personería legal a escala nacional. El FUJ era un “sello” creado en 1972, que había conseguido personería en las provincias de La Pampa, Mendoza, Jujuy, Salta y Tucumán –lo que da cuenta de la extensión del Siloísmo en el mapa nacional–. A partir de 1973 se sumaron Santiago del Estero y Buenos Aires, y los siloístas se entusiasaban con la posibilidad de usarlo como arma de propaganda –además de usarlo, en términos más concretos, para convocar a votar por Juan Perón en octubre de 1973–. En segundo lugar, en 1974 los esfuerzos de construcción del FUJ se asociaron con una campaña de “proyección”, orientada a captar nuevos miembros. Entre octubre y noviembre de 1974, se habrían de movilizar 120 núcleos de 3 personas para conseguir acercar a 10 personas más cada uno.⁴⁷ Por último, para reorientar el “trabajo interno”, los grupos radicados en Córdoba gestionaron el alquiler de una casa quinta en Traslasierra que habría de dedicarse a la formación en “oficios” que favorecieran el desarrollo de aptitudes psicológicas, motrices e intelectuales. En 1974, varios contingentes participaron de esa experiencia, hasta que en septiembre de ese año 72 personas terminaran en una comisaría.⁴⁸ Ese fue el inicio de un largo período signado por la persecución, la represión y la dispersión, que se extendió hasta inicios de la década de 1980 y cuyos efectos supusieron transformaciones profundas en la estructuración, las demandas y la composición misma del Siloísmo.

Comenzando en 1974, la puesta en práctica de una profusa legislación represiva se combinó con nuevas variantes de represión policial y para-policial. La DIPPBA había catalogado de “comunista” al movimiento alrededor de Silo, una caracterización que compartía también un semanario vocero de la Triple A, *El caudillo*. Este semanario acusaba al Siloísmo de “entrenar

⁴⁶ “Guerrilla psicológica, socialista y libertaria propone ahora Silo”, *La Opinión*, 13 de agosto de 1971, p. 9.

⁴⁷ “Campaña de proyección”, *La cosa*, N° 3, 29 de octubre de 1974, p. 6.

⁴⁸ Conversaciones con Luis Ammann, 24 de Julio de 2015, y con María Cristina G., 29 de octubre de 2015.

a guerrilleros usando la técnica del yoga”.⁴⁹ Mucho más, en un informe enfatizaba que se trataba de una “secta” que ponía en cuestión “la propiedad privada, la familia, y la educación”. Ante tamaños desafíos, la conclusión era obvia: “no hay más tiempo: “¿qué se espera para prohibirlo y combatirlo?”⁵⁰ Como si fuera una declaración de guerra, en esas mismas semanas se intensificaron las redadas policiales: a la ya mencionada en Córdoba se sumó una en Mar del Plata, en septiembre de 1974, cuando fueron detenidos 75 varones y 43 mujeres, acusados de participar en actividades subversivas al asistir a una conferencia de Silo.⁵¹ La redada fue aun más significativa en Buenos Aires: en una conferencia en Casa Suiza, la policía federal detuvo a 400 personas, incluido el propio Silo, quien fue trasladado al pabellón para presos políticos de la cárcel de Villa Devoto.⁵² Más dramático aun, en julio de 1975 el Comando Nacional Universitario asesinó en La Plata a Eduardo Lascano y a Ricardo Carreras, dos militantes siloístas que se sumaban a la trágica lista de asesinados por grupos parapoliciales que, de acuerdo a los cálculos más prudentes, alcanzó a 900 personas entre diciembre de 1973 y marzo de 1976.⁵³

Al imponerse la última dictadura militar, el Siloísmo argentino siguió dos caminos: por un lado, un significativo desplazamiento de activistas hacia el exterior y, por otro, una concentración en el “trabajo interno” entre quienes se quedaron o se sumaron en esos años. El desplazamiento de activistas estaba inscripto en la propia dinámica del Siloísmo: aun cuando sus centros de irradiación fueran la Argentina y Chile, se apuntaba a la formación de un movimiento que alcanzara a toda la humanidad. En 1974, un informe publicado en un boletín del movimiento daba cuenta de la diseminación de grupos siloístas en España, Italia, Francia e Inglaterra, tanto como en México, Venezuela y Perú. Se trataba de grupos reducidos, fundados por activistas argentinos y –desde el golpe militar que derrocara al gobierno de Allende en septiembre de 1973 –también chilenos que, de manera individual, abrían espacios, distribuían materiales de propaganda y se disponían a iniciar “trabajo interior”.⁵⁴ En algunos casos, los iniciadores también podían ser jóvenes extranjeros que habían escuchado hablar del Siloísmo y se habían entrenado en alguno de los países del Cono Sur y, a su regreso, iniciaban la formación de núcleos. En cualquiera de los sentidos, la existencia de estos pequeños grupos facilitó la salida de numerosos activistas que, en la Argentina y en Chile, eran perseguidos o buscaban salir de espacios sofocantes. Tal fue el caso de Jorge D., quien recuerda que desde la detenciones masivas de 1974 el trabajo de propaganda estaba siendo casi desmantelado, privándolo así de uno de los aspectos que más le interesaban de la militancia. A la vez, se le dificultaba conseguir un empleo. En 1977 inició una experiencia de cinco años en Uppsala, donde lo esperaban compañeros siloístas argentinos. Además de trabajar y aprender sueco, Jorge intentó, sin mucho éxito, organizar un grupo estable de siloístas, a la vez que se vinculó con exiliados argentinos y chilenos con quienes llevó adelante tareas de denuncia por la vio-

⁴⁹ “Oíme, hipócrita”, *El caudillo*, N° 38, 9 de agosto de 1974, y “La verdad desde el campo de batalla”, *El caudillo*, N° 40, 23 de agosto de 1974.

⁵⁰ “Silo, claves para entenderlo”, *El caudillo*, N° 45, 27 de septiembre de 1974.

⁵¹ Legajo Kronos, Ref. 14628, vol. II, folio 687.

⁵² “Detención de Silo y sus seguidores”, *Clarín*, 15 de septiembre de 1974, p. 17; “Detúvose a Silo y hay más de 400 detenidos”, *La Nación*, 14 de septiembre de 1974, p. 9.

⁵³ Para el asesinato de los jóvenes siloístas, véase Daniel Cecchini y Alberto Elizalde Leal, *La CNU: El terrorismo de estado antes del golpe*, Buenos Aires, Miradas al Sur, 2013, pp. 161-162; los datos estimados en Prudencio García, *El drama de la autonomía militar*, Buenos Aires, Alianza, 1995, p. 65.

⁵⁴ “Situación internacional”, *La cosa*, N° 3, 29 de octubre de 1974, pp. 6-10.

lación de derechos humanos por parte de las dictaduras del Cono Sur, denuncias que los siloístas tomarían como propias.⁵⁵

La conexión entre grupos siloístas diseminados por el mundo se facilitó con la incipiente organización transnacional de un movimiento crecientemente identificado como “humanismo” y centrado en una lectura particular del pacifismo. Tras haber sido detenido, en 1975 Silo se radicó por una temporada en la isla griega de Corfú. Cada vez más interesado en crear una psicología propia, pero manteniendo su doctrina del despertar y de la necesidad de la transformación dual –individual y colectiva– Silo entrenó en Corfú a varias cohortes de personas provenientes de Europa, América y Asia. Esa experiencia fue el puntapié para la creación de La Comunidad (para el Desarrollo Humano). En términos prácticos, su logística y el aparato informativo se localizaron en las Islas Canarias, y Luis Ammann se encargó de organizarlos entre 1977 y 1982.⁵⁶ La elección de esa sede no fue fortuita: por razones lingüísticas y culturales, muchos argentinos y chilenos exiliados, incluidos los siloístas, eligieron España como destino. Esa dinámica coincidió con la apertura democrática en aquel país y la creciente actividad de movimientos sociales, como el pacifismo. Como lo ha estudiado el historiador Pedro Oliver Olmo, el movimiento pacifista español se componía de grupos pequeños que, aunque tenían raíces ideológicas diversas –desde católicas hasta anarquistas– coincidían en el llamado a eliminar el servicio militar obligatorio y en promover campañas antiarmamentistas.⁵⁷ Aunque hace falta mucha investigación para explorar los cruces, es posible que el Siloísmo se nutriera de, y nutriera a, esa corriente, brindando una inflexión particular. Al borde de la década de 1980, Silo hablaba de un “pacifismo revolucionario”, que partiera de reconocer una “violencia original”, esto es, la “apropiación de los medios de producción” que, a su juicio, estaba inscrita en una “dominación mayor”: el “imperialismo.” Así, Silo llamaba a darle al pacifismo una doctrina más abarcadora, “socialista y humanista”.⁵⁸ Desplegó ese mensaje en una gira denominada “Misión del 80”. Ante audiencias de Bombay, Madrid, o París, Silo presentaba a La Comunidad como una organización “pacifista y humanista” que, en cada país, entroncaría con demandas específicas. Si bien la idea era culminar esa Misión en la Argentina, las condiciones políticas no estaban, todavía, garantizadas.⁵⁹

Para quienes se quedaron en la Argentina y para muchos jóvenes que no habían tenido un involucramiento previo, en tiempos dictatoriales el Siloísmo les ofrecía la posibilidad de “hacer algo”, reforzando la convocatoria al “trabajo interno”. Tal fue el caso de Víctor, quien comenzó su militancia en círculos siloístas en 1978, en Mar del Plata. A los 18 años y tras haber militado en el trotskista Partido Socialista de los Trabajadores, Víctor estaba “desenganchado y en un mar de incertidumbres”. Un compañero de trabajo lo invitó a una reunión para “hablar de Silo”. Atemorizado, su compañero nunca llegó, pero él sí. Desde allí, su vida estuvo puntuada por nuevas lecturas, el inicio del “entrenamiento para el conocimiento interno” y acciones de denuncia de “injusticias” en el marco de grupos muy pequeños.⁶⁰ En Buenos Aires, mientras

⁵⁵ Conversación con Jorge D., 11 de noviembre de 2015.

⁵⁶ Conversación con Luis Ammann, 10 de septiembre de 2015.

⁵⁷ Pedro Oliver Olmo, “El movimiento pacifista en la transición democrática española”, en R. Queiroso-Cheyrouz (ed.), *La sociedad española en la transición*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2011, pp. 271-286.

⁵⁸ Mario Rodríguez Cobo (Silo), “No está en duda la fuerza real del pacifismo sino su eficacia”, *El observador*, 30 de diciembre de 1983, p. 10.

⁵⁹ Conversación con María Cristina G., y conversación con Luis Ammann, 10 de septiembre de 2015.

⁶⁰ Conversación con Víctor P., Buenos Aires, 27 de agosto de 2013.

tanto, Lizel llegó al Siloísmo también en 1978, tras haber militado en grupos estudiantiles de izquierda en la escuela secundaria y también en la Universidad de Buenos Aires –en Filosofía y Letras– y tras sufrir las traumáticas experiencias con la imposición del terrorismo de Estado. Lizel recuerda de manera especial el modo en que la cautivó la lectura de *La mirada interna*, ya que ella siempre estuvo “interesada en la filosofía”. De hecho, a comienzos de la década de 1980 leía la revista contracultural *Mutantia* (dirigida por Miguel Grinberg), participaba de la Escuela de Filosofía de Buenos Aires (donde compartió espacios con Luis Jalfen) y se reunía una vez por semana en círculos siloístas, generalmente en la casa particular de María Cristina.⁶¹ Allí, de acuerdo a esta última, convergían grupos de personas de los orígenes sociales y culturales más variados para adentrarse en “experiencias guiadas”, que consistían en la lectura conjunta de textos de Silo, la reflexión individual y la puesta en común de lo aprendido.

En términos de prácticas (intimistas) y valores (antiautoritarios), el Siloísmo constituyó una de las semillas que contribuyeron al florecimiento de una contracultura en el contexto dictatorial. A diferencia de los casos más estudiados hasta el momento –la cultura del rock o la proliferación de un periodismo alternativo– el Siloísmo ofrecía una declinación particular que intentaba, en la medida de lo posible, proseguir la combinatoria de trabajo interior y exterior. El balance entre ambos asumió formas novedosas en la intersección de la década de 1980. En primer lugar, mirando en el mediano plazo su propia historia, en el contexto dictatorial se modificaron las pautas del “trabajo interno”. Silo y sus colaboradores venían trabajando en la creación de una psicología de “autoconocimiento”, que incluía técnicas de meditación y trabajo con el sueño y la vigilia. Además de implementarse en las “experiencias guiadas” en el marco de los grupos pequeños, cuando comenzó la apertura política se crearon dos “centros de trabajo” que permitirían retomar las prácticas de los retiros.⁶² En segundo lugar, también ligado a la apertura política, en 1981 se consiguió la legalización de la rama local de La Comunidad. Además de la publicación de boletines y la apertura de algunos locales, la reemergencia pública del Siloísmo se dio mediante actividades que divulgaban el mensaje de la no violencia, incluyendo la proyección de *Gandhi* (dirigida por Richard Attenborough, 1982) en Córdoba y la exhibición de una muestra del fotógrafo Pedro Raota, basada en su interpretación de las ideas de Silo.⁶³

Un discurso y una serie de prácticas centrados en el “pacifismo revolucionario” y en la no violencia se entroncaron con un decidido antimilitarismo que, compartido por amplias franjas sociales, fue una de las claves que explican la expansión del Siloísmo en la posdictadura.⁶⁴ En el contexto de la apertura democrática, crecientes contingentes juveniles se sumaron a los partidos más tradicionales (notablemente la Juventud Radical, pero también ramas de la peronista) tanto como a los de la izquierda, incluyendo el Movimiento al Socialismo o los partidos Comunista e Intransigente. Los grupos siloístas recibieron parte de ese caudal. Tal fue el caso de Nicolás, un joven porteño de clase media quien, con 16 años en 1983, estaba a la búsqueda de un espacio donde militar: “roquero y medio hippie”, se recuerda, “en la calle me dieron un volante

⁶¹ Conversación con Lizel T., Buenos Aires, 4 de diciembre de 2015.

⁶² Véase un detalle en “Silo ha vuelto y tuvo cría”, *El porteño*, abril de 1983, pp. 54-58.

⁶³ Conversaciones con Luis Ammann, 24 de julio de 2015, y con Jorge D., 11 de noviembre de 2015.

⁶⁴ Para una reflexión sobre el antimilitarismo en el contexto de la “transición”, véase Marina Franco y Claudia Feld, “Democracia y derechos humanos en 1984: ¿hora cero?”, en M. Franco y C. Feld (dirs.), *Democracia, hora cero: actores, políticas y debates en los inicios de la posdictadura*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2015.

sobre la no violencia y perseguí al tipo hasta que me hizo entrar”. Interesado menos en el trabajo interno (“leía algunas cositas, un librito de Silo por ahí”) que en la discusión política y la propaganda, Nicolás dice haber aprendido “tácticas de organización”.⁶⁵ Esas tácticas, que suponían el trabajo de todo el activismo en la consecución de una meta en tiempos prefijados, se desplegaron en una de las campañas más exitosas del Siloísmo: desde las elecciones de octubre de 1983 hasta enero de 1984, los siloístas instalaron cientos de mesas en las esquinas más transitadas del país para conseguir firmas que avalaran un proyecto de ley para hacer optativo el servicio militar. Jorge recuerda que esa campaña fue “épica”, marcada por esfuerzos individuales y colectivos, y que “firmaban jóvenes, sobre todo, pero también gente grande, muchas mujeres y también algún militar, que no quería conscriptos”. Y efectivamente firmaron muchos: en seis semanas, más de un millón de personas puso su firma (y su número de documento) avalando el proyecto.⁶⁶ La propuesta siloísta había sintonizado con un humor social de rechazo a los militares, alimentado por la derrota en la Guerra de Malvinas y también por la incesante circulación de información sobre las desapariciones de personas que se conoció como el “show del horror” –cuyo cenit coincidió con la recolección de firmas–.⁶⁷ Desde las perspectivas del Siloísmo, sin embargo, la supresión de la obligatoriedad del servicio militar era el primer paso para desmantelar las instituciones que regulaban el aprendizaje del militarismo y del autoritarismo, y esos fueron los pilares básicos para el lanzamiento del Partido Humanista.

La formación de partidos fue parte de una apuesta global del Humanismo en la década de 1980, apuntando a fortalecer vínculos con ciertos movimientos sociales y a situar los principios humanistas como bases programáticas de fuerzas con voluntad, ya no de “vaciar al sistema de partidos” (como en los tempranos setenta) sino de incorporarse e intentar democratizarlo. En 1984 se iniciaron los preparativos para crear una Internacional Humanista (formalizada en 1989 y vigente en la actualidad), con la intención de coordinar acciones y programas de los partidos a escala global.⁶⁸ También serviría para intentar influir en procesos en marcha, como la Perestroika soviética. Mijail Gorbachov clamaba por “humanizar el socialismo” a través de ese proceso y Silo se vio muy atraído por esas propuestas. Ambos llegaron a tener una relación personal y en 1993, cuando Gorbachov ya no era primer ministro pero continuaba en la primera línea de la política rusa, facilitó que la Academia de Ciencias de Moscú le otorgara a Silo un doctorado honoris causa.⁶⁹ En parte por esa gravitación internacional, Silo no participó directamente de la fundación ni del liderazgo del PH en la Argentina. El lanzamiento del partido se dio en el contexto transicional, marcado por la visibilidad y la organización de algunos movimientos sociales, como el que bregaba por la igualdad de derechos entre varones y mujeres. El PH hizo su aparición pública en el acto por el Día de la Mujer, el 8 de marzo de 1984. La elección de esa fecha es indicativa de la decisión de presentarse como un partido que pro-

⁶⁵ Conversación con Nicolás P., 3 de octubre de 2015.

⁶⁶ Conversación con Jorge D., 11 de noviembre de 2015.

⁶⁷ Véase Claudia Feld, “La prensa de la transición ante el problema de los desaparecidos: el discurso del ‘show del horror’”, en Franco y Feld (dirs.), *Democracia, hora cero, op. cit.*

⁶⁸ Durante 1984 se sumaron las aperturas y las legalizaciones del PH en Francia, Dinamarca, España, Holanda, Bélgica, Italia, Finlandia, Inglaterra y Suiza. En América Latina, el PH se encontraba en la Argentina, México, Costa Rica, Bolivia y Brasil, “Hacia la Internacional Humanista”, *El humanista*, año I, N° 1, noviembre de 1984, p. 5.

⁶⁹ Mijail Gorbachov expuso sus ideas sobre la humanización del socialismo en su *Perestroika: New Thinking for our Country and the World*, Cambridge, Harper & Co., 1987, cap. 3. Sobre la relación con Silo, véase conversación con Luis Ammann, 10 de septiembre de 2015.

movía la igualdad en toda relación social. Encabezado por una delegación de Madres de Plaza de Mayo y aglutinando a grupos feministas y a ramas femeninas de partidos políticos, en el acto se reclamó por la sanción de la ley del divorcio vincular y de la regulación del aborto.⁷⁰ El PH apoyaba esos reclamos desde posiciones igualitaristas y también desde la certeza de que “el cuerpo es de cada uno” (y cada cual tiene la libertad para usarlo como considere), posiciones que fueron clave para que se sumaran grupos de homosexuales a un partido que, de hecho, fue el primero en llevar candidatos de militancia gay en las elecciones de 1985.⁷¹

El PH se presentaba con el slogan de no ser “un partido más”, algo que apuntaba a la autopercepción de sus militantes y también a las diferencias que existían con otros partidos, en especial de la izquierda. En primer lugar, la originalidad del PH residía en que nunca abandonó la idea de un trabajo dual, “interno” y “externo”. Como había sucedido a inicios de la década de 1970, con la formación del PH sí hubo un nuevo balance entre ambos trabajos, con un énfasis mayor puesto en el “externo”. Eso implicó nuevamente que una porción considerable de personas más interesadas en el trabajo “interno” se retiraran del movimiento. En segundo lugar, el PH se estructuró en vinculación directa con La Comunidad, organizándose en torno a “líneas de trabajo” asociadas a nombres propios, por lo general las segundas líneas detrás de Silo. Aunque se dotó de las formalidades de un partido –incluyendo congresos regulares– la formación de un liderazgo y de un estilo de trabajo se imbricaban con la de un movimiento más amplio, en el cual se intentaba poner en práctica principios relacionados a la democracia participativa y la reflexión. Por ejemplo, semanas antes del lanzamiento del PH, La Comunidad llevó adelante una consulta popular: en bares, puerta a puerta o en esquinas, los militantes preguntaban la opinión de los entrevistados en torno al pago de la deuda externa, la política de defensa, la acción no violenta o la ecología. Se recaudaron 250.000 opiniones, que se volcaron a la estructuración programática del PH.⁷² Asimismo, a poco de lanzado el PH convocó a una “semana de reflexión” en la cual se realizaron tareas de propaganda en lugares públicos, explicando las propuestas del partido y convocando a reflexionar “sobre la necesidad del cambio profundo de la sociedad”. Tras esa semana, la militancia se abocó a afiliarse para lograr legalizar el partido.⁷³ La afiliación fue una “gesta”, al decir de Jorge, salpicada por múltiples inconvenientes formales con la justicia a escala provincial y nacional. A fines de 1984, el PH había ya alcanzado las 40.000 afiliaciones en once distritos necesarias para la personería nacional y en agosto de 1985, con el doble de miembros, estaba presente en 20 distritos.⁷⁴ Era una cifra similar a la alcanzada por el Partido Comunista en su campaña de reafiliación de 1982 y, como en esta, primó la incorporación de jóvenes –la media de edad era de 24 años para el PH–.⁷⁵ A diferencia del Comunista y del resto de los partidos, el PH optó por no crear una rama juvenil, ya que entendía que mediante estas se “usaba” a los jóvenes como mano de obra barata, tutelándolos y “discriminándolos”.⁷⁶ En tercer lugar, se destaca la búsqueda por consagrar el igualita-

⁷⁰ “Se celebró ruidosamente el Día de la Mujer”, *Clarín*, 9 de marzo de 1984, p. 9.

⁷¹ “Los homosexuales también son humanos”, *El humanista*, año 1, N° 11, octubre de 1985, p. 4.

⁷² Conversación con María Cristina, y también “El espíritu al poder”, *El porteño*, N° 27, mayo de 1984, pp. 32-33.

⁷³ “El Humanismo viene surgiendo”, *El humanista*, año 1, N° 1, noviembre de 1984, p. 4.

⁷⁴ Conversación con Jorge D., “Y Argentina tiene un PH”, *El humanista*, año 1, N° 3, enero de 1985, p. 5; “El PH es el pueblo que se está organizando”, *El humanista*, año 1, N° 10, agosto de 1985, p. 5.

⁷⁵ “La justicia electoral reconoció al PH”, *El humanista*, año 1, N° 4, febrero de 1985, p. 3. Para las cifras del Partido Comunista, “Vamos a cambiar la vida: el PC en busca del voto joven”, *Nueva Era*, N° 7, octubre de 1983, p. 10.

⁷⁶ Isaías Nobel, “El otoño de las ramas”, *El humanista*, año 1, N° 5, marzo de 1985, p. 4.

rismo y la no discriminación como principios que guiaran a la organización interna y sirvieran como puntos programáticos básicos.

El programa del PH actualizaba, en la década de 1980, las vertientes contraculturales y políticas de un movimiento que se localizaba en una “nueva izquierda”. Desde su fundación, el PH fue muy crítico del gobierno de Alfonsín, en particular de su política económica, denunciando la inflación y el pago de la deuda externa como mecanismos que engendraban “violencia social y económica”.⁷⁷ Una de las campañas gráficas más originales del PH, de hecho, fue la de un cerdo que representaba al Fondo Monetario Internacional, acompañada por la leyenda “ni un mango al FMI”. En el terreno político, el PH planteaba la revocabilidad de los cargos (una demanda con la cual se buscaba potenciar la participación y el compromiso ciudadano).⁷⁸ Para las elecciones de 1985, las primeras en que participó, el PH privilegió una presentación conceptual del Humanismo como “movimiento que pone en el centro de la actividad social al ser humano (no a la patria, al Estado, a dios o a un sistema)”, declarándolo como “socialista, libertario y revolucionario”. Además de enfatizar que sus bases metodológicas estaban signadas por la acción no violenta, puntualizaba que fomentaría el cooperativismo y la autogestión.⁷⁹ Los resultados fueron desilusionantes para la militancia, y en parte explican la táctica adoptada de allí en más, esto es, la búsqueda de articular frentes con otras organizaciones de izquierda. La propuesta de la dirigencia del PH fue un llamado a otras fuerzas para la formación de una “nueva izquierda”, una que tendría que incorporar una serie de principios, como la “defensa irrestricta de los derechos humanos y la democracia”, la convicción de que la “propiedad privada es un producto histórico” (y por ende, modificable) y la voluntad de “combatir interna y externamente distintas formas de violencia y autoritarismo”.⁸⁰ Si bien, como lo recuerda Luis Ammann, lograron sentar a una misma mesa a dirigentes de toda la izquierda, la propuesta de una convergencia que tomara en consideración esos tres ramilletes no prosperó.⁸¹ Dos décadas después de lanzarse al “exterior”, el Siloísmo no abandonaba su originalidad en términos de la búsqueda, también, de un “cambio interior” –la cinta de Moebius que aparecía junto al logo del PH simbolizaba el intento de lograr el cambio social e individual en un mismo movimiento–. Muchos de quienes se acercaron a las filas del humanismo en el fragor de la “primavera democrática” estaban atraídos por esa propuesta y por cierto aire “de amor y paz” que, al decir de un militante, irradiaba el partido.⁸² Esa búsqueda dual y ese “aire” fueron los componentes distintivos de un movimiento que en el transcurso de dos décadas navegó las aguas de la política y la contracultura.

Conclusiones

Pocos movimientos políticos y contraculturales que devinieron transnacionales tuvieron su origen en la Argentina: el Siloísmo probablemente constituye una de las raras excepciones.

⁷⁷ “Ahora nos endeuda Alfonsín”, *El humanista*, año I, N° 3, enero de 1985, p. 3; “La inflación es el robo”, *El humanista*, año I, N° 4, febrero de 1985.

⁷⁸ “El PH propone una ley de responsabilidad política”, *El humanista*, año I, N° 7, mayo de 1985.

⁷⁹ “Bases para un gobierno humanista”, separata de *El humanista*, año I, N° 7, mayo de 1985.

⁸⁰ “Nueva izquierda”, *El humanista*, año II, N° 4, diciembre de 1986, pp. 4-5.

⁸¹ Conversación con Luis Ammann, 10 de septiembre de 2015; “Izquierdazo”, *El humanista*, año III, N° 1, enero de 1987, pp. 4-5.

⁸² Conversación con Víctor P.

Acarreando estigmas en torno a su “sectarismo” o menoscabado por tratarse de un fenómeno minoritario, el Siloísmo local no había recibido prácticamente ninguna consideración por parte de los estudiosos de la política y las propuestas contraculturales en la historia argentina reciente. Este ensayo comienza a reparar esa laguna y se propone abrir una interrogación sobre los modos de relación entre contracultura y política. El Siloísmo oficia como caso testigo de esas relaciones, ya que se propuso como puente entre dos constelaciones que suelen ser percibidas como separadas.

Portando a lo largo de dos décadas las marcas de su nacimiento, los grupos que integraron el Siloísmo buscaron resolver la tensión entre subjetividad y transformación individual, y acción colectiva. Constitutiva de la “nueva izquierda” sesentista, hubo diversas respuestas a aquella tensión. En las décadas de 1960 y 1970, por ejemplo, para quienes optaron por seguir las vías armadas, la subjetividad individual se moldeaba de acuerdo a los imperativos físicos, ideológicos y políticos de la lucha colectiva y, en este caso, el Che Guevara servía como modelo y ejemplo. Para quienes, como el organizador contracultural Miguel Grinberg en la Argentina, proponían que “remover energías del sistema” (mediante la creación de comunas, por ejemplo) era la puerta de entrada para reconstituir una subjetividad individual más auténtica, la acción que traspasara los círculos más íntimos y deviniera colectiva se representaba como el paso siguiente.⁸³ Los siloístas, en cambio, se empeñaron en delinear las características del “hombre nuevo” mientras creaban su versión de la “revolución total”.⁸⁴ A partir de las prácticas de autoconocimiento y despertar tanto como de las invitaciones a “transformar el medio” y a denunciar la injusticia, los siloístas creían estar avanzando en un proceso dual de transformación del individuo y de la sociedad, una vocación explícita que constituye la clave de la originalidad de ese movimiento.

Ese lugar de intersección entre la contracultura y la política, asimismo, ayuda a explicar el porqué ese movimiento ha tenido notable éxito a la hora de conquistar adeptos pero una aparente dificultad en lograr que sus prácticas e ideas tuvieran eco entre las fuerzas de una izquierda que pugnaba por renovar. Como lo señalaba el slogan del Partido Humanista en la década de 1980, no se trataba de “un partido más”. El plus del PH, y del Siloísmo en general, tenía que ver con ese “trabajo interno” que suponía lograr, con diferentes técnicas, el autoconocimiento y el modelamiento de las emociones, “purificando el deseo” y erosionando la violencia “interna” para avanzar con la acción no violenta. En la posdictadura el Siloísmo ofrecía más: la participación en un movimiento que, transnacionalmente, postuló un proyecto socialista y libertario y que, a escala doméstica, adaptaba el discurso pacifista con una crítica al militarismo. Interpelados como miembros de una generación compartida, en las décadas de 1960 y 1970, y como miembros de una misma humanidad, en la década de 1980, quienes se sumaron al Siloísmo ingresaron a un entramado de ideas y prácticas que prometían colaborar con la “liberación” individual –en sentidos análogos a otras franjas de la contracultura– tanto como colectiva. Poco importa medir los efectos numéricos de tal propuesta (aunque la proyección indica un pasaje de 200 integrantes a fines de la década de 1960 a 1.500 a mediados de la de 1970 y a 20.000 para mediados de la siguiente). Como lo señalaba ya el *Manual del Poder Joven*, de todas formas, para los siloístas importaba la interconexión entre nuevas subjetivida-

⁸³ Véase, por ejemplo, “Qué? Cómo? Cuándo?”, *Contracultura*, N° 3, octubre de 1970, pp. 46-48.

⁸⁴ H. van Doren, *Manual del Poder Joven*, op. cit., p. 29.

des y voluntad de acción, más allá de los resultados. En ese sentido, su propia permanencia en la arena política y cultural, de por sí, representaría un éxito. Fue mucho menos exitosa, en cualquier caso, su pregnancia en el espacio de la izquierda. Las propuestas en torno a la “revolución total” no se instalaron en las agendas de la izquierda en las décadas de 1960 y 1970, e igualmente nula fue la aceptación de los términos del PH para la formación de una “nueva izquierda” a mediados de la década de 1980, que suponían un llamado a “combatir interna y externamente distintas formas de violencia y autoritarismo”. La permanencia en el tiempo del Siloísmo testimonia la permanencia de propuestas e iniciativas “anti” (autoritarias, jerárquicas) en la cultura de izquierda argentina, así como los dilemas para asimilarlas. Y también habla de un mundo de expectativas sostenido en la voluntad y la imaginación de camadas sucesivas de hombres y mujeres, a caballo entre la contracultura y la política. □

Bibliografía

Alabarces, Pablo, *Entre gatos y violadores*, Buenos Aires, Colihue, 1993.

Barr-Melej, Patrick, “Siloism and the Left in Allende’s Chile: Youth, ‘Total Revolution’, and the Roots of the Humanist Movement,” *Hispanic American Historical Review*, vol. 86, N° 2, noviembre de 2006.

Cattaruzza, Alejandro, “Los años sesenta y setenta en la historiografía argentina (1983-2008): una aproximación”, *Nuevo Mundo Mundos Nuevos*, Debates [en línea], puesto en línea el 11 diciembre de 2008. URL: <<http://nuevomundo.revues.org/45313>>.

—, “Un mundo por hacer: una propuesta para el análisis de la cultura juvenil en la Argentina de los años setenta”, *Entrepasados*, N° 13, 1997.

Cecchini, Daniel y Alberto Elizalde Leal, *La CNU: El terrorismo de estado antes del golpe*, Buenos Aires, Miradas al Sur, 2013.

Collado, Pablo, “Ideas de una contracultura: los orígenes intelectuales del Siloísmo en Argentina (1964-1971)”, en E. Gauguin, A. Pérez y H. Sorgentini (comps.), *Formas del pasado: conciencia histórica, historiografías, memorias*, La Plata, Universidad Nacional de La Plata, 2015.

Cosse, Isabella, *Pareja, familia y sexualidad en los sesenta: una revolución discreta en Buenos Aires*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2010.

Díaz, Claudio, *Libro de viajes y extravíos: un recorrido por el rock argentino (1965-1985)*, Córdoba, Narvaja Editor, 2005.

Eley, Geoffrey, *Forging Democracy: The History of the Left in Europe, 1850-2000*, Nueva York, Oxford University Press, 2002.

Franco, Marina y Florencia Levín, “El pasado cercano en clave historiográfica”, en M. Franco y F. Levín (coords.), *Historia reciente: perspectivas y desafíos de un campo en construcción*, Buenos Aires, Paidós, 2007.

Franco, Marina y Claudia Feld, “Democracia y derechos humanos en 1984: ¿hora cero?”, en M. Franco y C. Feld (dirs.), *Democracia, hora cero: actores, políticas y debates en los inicios de la posdictadura*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2015.

Feld, Claudia, “La prensa de la transición ante el problema de los desaparecidos: el discurso del ‘show del horror’”, en M. Franco y C. Feld (dirs.), *Democracia, hora cero*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2015.

Galeano, Juan Carlos, “El Nadaísmo y ‘la violencia’ en Colombia”, *Revista Iberoamericana*, vol. 59, N° 2, 1993.

García, Prudencio, *El drama de la autonomía militar*, Buenos Aires, Alianza, 1995.

Giménez Noble, Javier (comp.), *El trabajo de Gurdjieff en el Río de la Plata*, Buenos Aires, Sennin, 2012.

Gitlin, Todd, *The Sixties: Years of Hope, Days of Rage*, New York, Bantam Books, 1993.

Kalter, Christoph “A Shared Space of Imagination, Communication, and Action: Perspectives on the History of the ‘Third World’”, en S. Christiansen y Z. Scarlett (eds.), *The Third World in the Global Sixties*, Nueva York, Bergham, 2013.

Manzano, Valeria, “Fraternalmente americanos: el Movimiento Nueva Solidaridad y la emergencia de una contracultura latinoamericana en la década del sesenta”, *Iberoamericana*, vol. 17, N° 66, 2017.

———, *The Age of Youth in Argentina: Culture, Politics, and Sexuality from Perón to Videla*, Chapel Hill, University of North Carolina Press.

Medovoi, Leerom, *Rebels: Youth and the Cold War Origins of Identity*, Durham, Duke University Press, 2005.

Miller, Timothy, “The Sixties-Era Commune,” en P. Braustein y W. Doyle (eds.), *Imagine/Nation: The American Counterculture from the 1960s and 1970s*, Nueva York, Routledge, 2002.

Oliver Olmo, Pedro, “El movimiento pacifista en la transición democrática española”, en R. Queirosa-Cheyrouz (ed.), *La sociedad española en la transición*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2011.

Pujol, Sergio, *La década rebelde: los sesenta en la Argentina*, Buenos Aires, Emecé, 2002.

Roszack, Theodore, *The Making of the Counter Culture*, Berkeley, University of California Press, 1969.

Sorensen, Diana, *A Turbulent Decade Remembered: Scenes from the Latin American Sixties*, Stanford, Stanford University Press, 2007.

Vaughan, Mary Kay, *Portrait of a Young Painter: Pepe Zúñiga and Mexico City’s Rebel Generation*, Durham, Duke University Press, 2015.

Vila, Pablo, “Rock nacional and Dictatorship in Argentina”, *Popular Music*, vol. 6, N° 2, mayo de 1987.

Zolov, Eric, “Expanding Our Conceptual Horizons: The Shift from an Old to a New Left in Latin America”, *A Contracorriente*, vol. 5, N° 2, 2008.

Resumen / Abstract

Desde la “revolución total” a la democracia. Siloísmo, contracultura y política en la historia argentina reciente

Este artículo reconstruye una historia del movimiento que, desde la década de 1960 hasta la de 1980, se creó en torno a la figura de Mario Rodríguez Cobos, alias Silo. Este ensayo analiza los núcleos de ideas y prácticas del movimiento Siloísta, los modos en que interpeló a diversas cohortes de activistas y militantes y las reacciones que generó en el espacio político-cultural. Moldeado en la década de 1960, sus núcleos de ideas incluyeron la certeza de que el individuo y la sociedad debían transformarse en un mismo movimiento “libertario” y la crítica a toda institución jerárquica. Esas ideas se conjugaron con una interpretación peculiar de la noción de “liberación”, desde la cual el Siloísmo se posicionó en la escena política. Este ensayo sostiene que el Siloísmo formó parte de una “nueva izquierda” que buscaba fórmulas para resolver la tensión entre la formación de nuevas subjetividades individuales y las formas de acción colectiva. Antes de eclipsarse

From “Total Revolution” to Democracy: Siloism, Counterculture, and Politics in Argentina’s Recent History

This article reconstructs a history of the movement that, between the 1960s and the 1980s, developed around Mario Rodríguez Cobos, aka Silo. It analyzes the ideas and practices of the Siloist movement, the ways it appealed to successive cohorts of activists and militants, and the reactions it awoke in the politico-cultural arena. Shaped in the 1960s, its ideas included the certainty that the individual and society should change in a unique, “libertarian” movement as well as a critique to all hierarchical institution. Those ideas were combined with a peculiar notion of “liberation,” from which the Siloist groups acted upon the political scenario. This article contends that the Siloist movement was part of a “new left” that searched for ways of solving the tensions between the making of new individual subjectivities and modes of collective action. Rather than vanishing during the last military dictatorship, that search was updated in the frame of the democratic opening in

por los efectos de la última dictadura argentina, esa búsqueda se reactualizó en el contexto de la apertura democrática en la década de 1980, cuando el Siloísmo ya era un movimiento transnacional y sirvió de base para la creación, en 1984, del Partido Humanista.

Palabras clave: Siloísmo - Contracultura - Historia reciente - Humanismo - Nueva izquierda

Fecha de recepción del original: 19/1/2016

Fecha de aceptación del original: 22/6/2016

the 1980s, when the Siloist movement had become transnational and served as the basis for the creation of the Humanist Party, in 1984.

Keywords: Siloism - Counterculture - Recent History - Humanism - New Left

Argumentos

Repensando The Foundations of Modern Political Thought,
de Quentin Skinner



Prismas

Revista de historia intelectual
Nº 21 / 2017

Presentación

Elías J. Palti

En 2003 se realizó un Encuentro con motivo del 25 aniversario de la publicación de *The Foundations of Modern Political Thought* (1978), cuyo autor, Quentin Skinner, es uno de los principales referentes de la llamada “Escuela de Cambridge”. Esta se propuso renovar los estudios en el campo de la historia político-intelectual, desprendiéndola de los marcos de la vieja tradición de “historia de ideas”, la cual, en los años en que los miembros de dicha Escuela iniciaban su producción (fines de los sesenta y comienzos de los setenta), se encontraba ya fuertemente desacreditada. Los trabajos presentados en tal Encuentro fueron publicados (aunque no en su totalidad) por Cambridge University Press en 2006, en una edición preparada por Annabel Brett y James Tully, bajo el título *Rethinking The Foundations of Modern Political Thought*.¹ A continuación se reproducen, en traducción de María Eugenia Gay, tres de los textos allí recopilados. Los dos primeros trabajos, escritos por Mark Goldie y John Pocock, revisan –en algunos aspectos, críticamente– la obra de Skinner. En el tercero de ellos, Skinner hace un balance retrospectivo de su propia obra e intenta responder a aquellas observaciones críticas contenidas en los textos precedentes. Conviene, pues, repasar brevemente el contenido de la misma y los debates que se suscitaron en torno de ella.

En *The Foundations*, Skinner recogía sus lecciones sobre la historia del pensamiento político. Su objetivo, según decía, era ofrecer un relato actualizado del tránsito de la Edad Media a la modernidad temprana, dado que el mejor hasta entonces disponible, de Pierre Mesnard (*L'essor de la philosophie politique au XVI^e siècle*), databa de 1936. El hilo conductor que articula su relato es el surgimiento del concepto moderno de Estado, al que asocia a la definición de Weber del mismo (aquel que posee el monopolio del ejercicio legítimo de la violencia). La obra pronto se convirtió en un clásico, y es hoy, probablemente, la más frecuentada tanto por estudiantes como por especialistas en el tema y el período en cuestión (aunque no solo por ellos). Si bien muchas de las tesis que sostiene allí habían sido ya anticipadas por autores como Otto Gierke, J. W. Allen y, particularmente, John N. Figgis, la síntesis que logra sienta una nueva base y un punto de referencia obligado para todos los estudios posteriores relativos a la línea de pensamiento político que va del Renacimiento italiano al siglo XVII británico.

¹ Annabel Brett y James Tully (eds.), *Rethinking the Foundations of Modern Political Thought*, Cambridge, Cambridge University Press, 2006.

La enorme trascendencia que tiene esta obra, solo igualada quizá por *The Machiavellian Moment* (1975), de John Pocock, a la que *The Foundations*, según confiesa su propio autor, le debe mucho, no impide que también haya sido objeto de fuertes críticas. Algunas de esas críticas apuntan a aspectos puntuales de tal obra, a alguna interpretación suya de las ideas de algún autor o corriente de pensamiento en particular. Tales críticas resultan, en realidad, previsibles en una obra tan comprehensiva, que aborda tres siglos de historia del pensamiento político, sobre los cuales, además, se ha debatido extensamente. En trabajos posteriores suyos, Skinner trataría o bien de aclarar o bien de corregir aquellos aspectos de la misma que habían sido puestos en entredicho. Más sensible, sin embargo, resultaría ante aquellos cuestionamientos de orden metodológico que se le realizaron, y que resultarían ya menos sencillos de responder. Estos, básicamente, señalarán la existencia de una contradicción evidente entre sus postulados metodológicos, tal como fueron desarrollados en su escrito teórico fundamental, “Meaning and understanding in the history of ideas” (1969) (que *Prismas* publicó por primera vez en español en su número 4), y el tipo de reconstrucción histórica que ofrece en esa obra. Según afirmarán sus críticos, en ella Skinner recaía en todo aquello que, en su texto anterior, denunciaba como las “mitologías” propias de la historia de ideas, y que conducían, según decía, a incurrir en toda suerte de anacronismos conceptuales. Su título mismo parecía ya la mejor ilustración de lo que él mismo llamaba la “mitología de las doctrinas”, según la cual las ideas de los autores analizados se las va a abordar exclusivamente desde la perspectiva de cómo contribuyeron al desarrollo de la doctrina en cuestión (en este caso, el concepto moderno de Estado), la cual se convierte así en el verdadero sujeto de tales narrativas históricas. Tras este procedimiento subyacería una perspectiva teleológica, que conduce, inevitablemente, a dislocar los textos analizados. Es decir, lleva a perder de vista el contexto comunicativo específico del cual estos surgieron, y a abordarlos de acuerdo con problemáticas que, en realidad, les eran extrañas y que solo posteriormente emergerían como tales.

El trabajo de Mark Goldie que aquí se reproduce señala por qué estas críticas resultarían, en su mayor parte, injustificadas, puesto que, según afirma, no toman en cuenta el contexto específico de problemas que dio origen a esa obra de Skinner. Como muestra Goldie, la preocupación que subyacía a la misma era tratar de confrontar las corrientes positivistas y materialistas que reducían lo ideológico a una mera expresión “epifenoménica” de procesos económico-sociales, y veían los discursos solo como intentos de racionalización de impulsos de otra índole (intereses económicos, afán de poder, etc.). *The Foundations* cabría entenderlo así como una especie de contrapartida, en el plano del pensamiento político, de *La ética protestante y el espíritu del capitalismo* de Max Weber. Así como este intentó ofrecer una visión de los orígenes del capitalismo alternativa a la visión materialista más difundida, en la que los factores ideológicos tendrían un papel determinante, Skinner se habría propuesto realizar lo propio respecto de los orígenes del Estado moderno. El marco conceptual en el que hay que inscribirla, entonces, sería la tradición antipositivista, de matriz neokantiana, articulada en torno de lo que se llamaba por entonces la “operación *Verstehen*”, y de la que derivarían la serie de oposiciones como explicación y comprensión, ciencias naturales y ciencias del espíritu, causalismo y teleologismo, en boga en los años de formación de Skinner. Esto explicaría, en fin, el énfasis en la intencionalidad autoral que atraviesa su texto teórico de 1969 y también articula, según muestra Goldie, ese largo recorrido que nos presenta en *The Foundations*.

Goldie ofrece así una clave para releer dicha obra que permitiría armonizar los postulados teóricos previos con los hallazgos historiográficos que Skinner ofrece en ella, lo que resulta un

aporte valioso sobre todo porque el propio Skinner fue más bien esquivo al respecto. Ello tiene que ver con el hecho de que sus intereses teórico-metodológicos pronto cedieron ante preocupaciones referidas a los contenidos político-conceptuales de sus reconstrucciones históricas. Este desplazamiento, de hecho, puede ya descubrirse en el propio texto de *The Foundations*; más precisamente, en cierto desfasaje entre su postulado inicial y lo que efectivamente terminaría realizando allí. Si lo analizamos detenidamente, se observa que el tema que preside su relato no es realmente los orígenes del concepto moderno de Estado, según afirma en su Prólogo, sino recobrar una tradición de pensamiento político, para él injustamente olvidada: el llamado republicanismo clásico. En efecto, las referencias a lo largo del libro a las doctrinas del Estado son escasas y sumarias. La mayor parte se dedica, por el contrario, a analizar las teorías de la resistencia, algo que se puede descubrir ya en el índice mismo del libro. Es esto lo que lo lleva a enfocarse, en su segundo volumen, en los pensadores jesuitas y calvinistas, quienes fueron los que sostuvieron entonces la doctrina de la legitimidad del tiranicidio (la cual resulta, en verdad, la menos indicada como antecedente precursor del concepto moderno de Estado, en el sentido weberiano del mismo), y también a prolongar hacia atrás su estudio para rastrear los antecedentes más remotos de aquellas teorías. Es en este desplazamiento donde mejor se trasluce, además, la influencia del libro de Pocock *The Machiavellian Moment*, aunque Skinner terminaría apartándose de él en su interpretación del republicanismo clásico.

El texto de Pocock aquí reproducido reflexiona, justamente, acerca de estas diferencias entre ambos. El punto de referencia común, en este caso, es la conferencia dictada en Oxford por Isaiah Berlin, titulada *Los dos conceptos de libertad* (1958). Berlin retoma allí una distinción establecida ya en 1819 por Benjamin Constant entre lo que llamaba la “libertad de los antiguos” y la “libertad de los modernos”, que él reformula en términos de “libertad positiva” y “libertad negativa”, es decir, la libertad como participación y la libertad como no-intervención. Tradicionalmente, esta oposición acompañó otra de las antinomias clásicas en la historia de ideas entre una visión holista-organicista de lo social (que concibe la sociedad como un todo orgánico) y una visión mecanicista-individualista (que concibe la sociedad como un agregado de individuos originariamente aislados). En este esquema clásico, la idea de libertad positiva, la visión organicista de lo social, se asociaría tanto a las perspectivas conservadoras como revolucionarias, y portaría cierto componente autoritario en la medida en que tendería a priorizar las exigencias del bien común por sobre el bienestar de los ciudadanos. La visión individualista, en cambio, sería la más propia de las ideas liberales que colocan el acento en la protección de la libertad y la autonomía de los individuos. La recuperación contemporánea de la tradición republicana clásica, de la que Pocock será un actor fundamental, buscará, pues, rescatar la idea de libertad positiva del descrédito a que este esquema la condenaba. Lejos de portar connotaciones autoritarias, la idea de libertad como participación en las decisiones colectivas sería, asegura, una forma superior de libertad, la única que garantizaría la realización plena del ser humano como sujeto, evitando su dependencia de las decisiones de otros.

En su escrito teórico de 1969, Skinner ya había cuestionado estos esquemas dicotómicos mostrando, con referencia a la metodología de uno de sus maestros, T. D. Weldon, en su obra *The Vocabulary of Politics* (1953), cómo los mismos resultan sumamente estrechos, obligando a violentar los sistemas de pensamiento para hacerlos encajar dentro de los marcos de esta grilla dual. En textos posteriores se propone así incorporar la idea de una tercera forma de libertad, que sería la más adecuada a la idea de libertad implícita en la tradición republicana clásica, aunque, para evitar confusiones al respecto, prefiere rebautizarla en términos de “teoría neorromana de

los derechos”. La concibe, en realidad, más que como una expresión de una idea de libertad positiva, como una variante de libertad negativa, aunque ampliada y redefinida. Ya no se trataría de una idea de libertad como no-intervención por parte del Estado en la esfera privada de los sujetos sino un ideal más fuerte y comprensivo de libertad. Según este concepto, que Skinner encuentra plasmado en el pensamiento británico del siglo xvii, pero cuyos orígenes serían mucho más remotos, ya que se encontrarían en el antiguo derecho romano, no sería libre todo aquel que se encontrase en una situación de dependencia de otro, es decir, que resultara pasible de verse eventualmente sometido a la voluntad de otro, aun cuando fuera formalmente libre.

Pocock debate aquí centralmente con esta idea de Skinner, señalando ciertas inconsistencias que asocia, a su vez, a algunos de los problemas metodológicos presentes en *The Foundations*. Según insiste, esa idea de “libertad negativa” como no-dependencia sería, en realidad, solo una fase preliminar de la “libertad positiva”, solo una condición necesaria para hacer posible el ideal participativo de la libertad. En su respuesta, Skinner habrá de concentrarse centralmente también en este debate propuesto por Pocock. Si bien retoma y trata de dar cuenta de algunos de aquellos señalamientos críticos, tanto de índole histórica como metodológica, realizados por los otros participantes de este Encuentro, se limita aquí o bien a aceptarlos como precisiones apropiadas que permitirían ajustar su propia visión de la historia política del período en cuestión, o bien, sobre todo en los casos en que se denuncian ciertos anacronismos suyos, a atribuirlos a errores de interpretación de su obra.

Aunque algunas de sus observaciones permiten comprender mejor algo de su proyecto original y, sobre todo, su perspectiva actual acerca de lo que propuso allí transcurridos ya veinticinco años, lo que queda claro, sin embargo, es que sus preocupaciones presentes ya no pasan centralmente por el tipo de cuestiones de orden teórico-metodológico que motivaron originalmente aquel escrito. Sus respuestas, en este sentido, aparecen, nuevamente, como algo livianas y no demasiado efectivas como tales, y bajo cierto tono irónico eventualmente encubren la endebles de argumentos que no alcanzarán nunca a volver compatibles esas largas genealogías de pensamiento que traza con el postulado de las discontinuidades en la historia político-intelectual que esgrime en su crítica a la historia de ideas.

Su foco estará puesto, así, en demostrar por qué el esquema de Berlin –al que Pocock, aunque lo reformula, se mantiene aún aferrado– resultaría insuficiente para dar cuenta de la variedad de formaciones político-conceptuales presentes en la historia del pensamiento europeo y, especialmente, en la modernidad temprana. En definitiva, intenta mostrar cómo nuestros sistemas políticos presentes son el resultado contingente de un proceso posterior de estrechamiento de nuestro horizonte conceptual que condenaría al olvido a toda una constelación ideológica en cuyo interior se habría forjado un muy rico entramado de pensamiento político, cuyo desarrollo se prolongó por casi dos milenios, pero que a partir del siglo xvii sufrió un progresivo oscurecimiento hasta desaparecer definitivamente de nuestro universo de pensamiento.

El intercambio que aquí se reproduce por primera vez en nuestro idioma nos permite, pues, comprender mejor la deriva reciente de la llamada Escuela de Cambridge y de su proyecto de renovación de la historia político-intelectual, la serie de reformulaciones que este experimentó en el curso de su ya larga trayectoria, así como las diversas orientaciones presentes en su interior y, en definitiva, el tenor de las problemáticas en torno de las cuales ella se debate hoy. □

*El contexto de Los fundamentos**

Mark Goldie**

Los primeros trabajos de Quentin Skinner se dedicaban a cuestiones de método tanto como a la exposición histórica sustantiva. De hecho, llegó a ser conocido por un público mucho más amplio a través de sus ensayos metodológicos antes que a través de su campo primario de investigación, el pensamiento político de la revolución inglesa.¹ Su artículo más citado, “Significado y comprensión en la historia de las ideas”, publicado en 1969, fue sorprendentemente polémico debido a los anatemas que pronunciaba sobre las prácticas de sus colegas.² En consecuencia, cuando *Los fundamentos del pensamiento político moderno* apareció en 1978, sus críticos estaban tan preocupados por evaluar el libro según los mandatos metodológicos de su autor, como por juzgar su contribución al tema histórico. *Fundamentos* fue, entre muchas otras cosas, un rehén heroico de la fortuna, y no pocos *Schadenfreude* entre los reseñistas sostuvieron que el texto había fallado la prueba de su propio autor.

En este ensayo revisaré algunos aspectos de la perspectiva de Skinner sobre la historia intelectual, tomando nota de las primeras reacciones a *Fundamentos*. Mis objetivos son tres. En primer lugar, se exploran algunos de los impedimentos, dentro de la profesión histórica en la década de 1960, que según Skinner se interponían en el camino del estudio de la historia intelectual. En segundo lugar, consideraré una crítica específica a *Fundamentos*, que sostenía que estaba excesivamente comprometido con un relato teleológico de la aparición de la teoría moderna del Estado soberano. En tercer lugar, entretejido a lo largo del texto, haré hincapié en el grado en que el trabajo de Skinner estaba en deuda con el teórico social alemán Max Weber.

* Título original: “The context of *The Foundations*”, en *Rethinking the Foundations of Modern Political Thought*, editado por Annabel Brett y James Tully, con Holly Hamilton-Bleakley, Cambridge, Cambridge University Press, 2006, pp. 3-19. Traducción de Eugenia Gay.

** Estoy en deuda con Holly Hamilton-Bleakey, Clare Jackson, Jacqueline Rose y Sylvana Tomaselli por sus lecturas de los primeros borradores de este ensayo. Reseñas cortas de *Fundamentos* serán citadas solo por autor y título de revista.

¹ Muchos de los ensayos de Skinner se encuentran reunidos con edición revisada en Quentin Skinner, *Visions of Politics*, 3 vols., Cambridge, Cambridge University Press, 2002. Su principal ensayo sobre el siglo xvii es “History and Ideology in the English Revolution”, *Historical Journal*, N° 8, 1965, pp. 151-178, reimpresso en Skinner, *Visions...*, *op. cit.*, vol. iii.

² Quentin Skinner, *History and Theory*, N° 8, 1969, pp. 3-53; reimpresso en Skinner, *Visions...*, *op. cit.*, vol. i [trad. esp. en *Prismas, Revista de Historia intelectual*, N° 4, 2000, pp. 149-191].

En esta discusión, debería mantenerse en mente que el contexto principal de *Fundamentos* reside en la práctica histórica de Gran Bretaña en la década de 1960, pues los orígenes del libro yacían en las clases que Skinner había ofrecido en Cambridge en 1965.

Lo que ha dominado, apropiadamente, la discusión sobre la metodología de Skinner es su deuda con la filosofía del lenguaje enunciada por R. G. Collingwood, J. L. Austin y el segundo Wittgenstein, y a este tema se refiere el capítulo de Holly Hamilton-Bleakley en el presente volumen. Menos reconocida es la inspiración bastante evidente en Max Weber, quien arroja una larga sombra sobre *Fundamentos*, y cuyo *Economía y Sociedad* es el primer trabajo citado en el libro, justo antes del reconocimiento a Collingwood.³ El resurgimiento generalizado del interés por Weber durante la década de 1960 fue determinante en el esfuerzo por retirar las barreras que se interponían en el camino de la renovación de la historia intelectual. A inicios de la década de 1970, Skinner se encontraba analizando detenidamente el modo en que las teorías de la acción y la explicación eran concebidas dentro de la tradición weberiana de la sociología teórica.⁴ Este interés cobró fuerza cuando en 1974 Skinner se tornó miembro del Instituto de Estudios Avanzados de Princeton, pues encontró en científicos sociales como Clifford Geertz una tradición de hostilidad hacia el positivismo que podía ser rastreada hasta el concepto weberiano de *verstehen*, un concepto que colocaba los significados subjetivos de los agentes individuales en el centro de la comprensión de la acción social.

En las décadas centrales del siglo xx, una versión fuerte del positivismo aparecía implícita, y a veces explícitamente, en el trabajo de una amplia franja de historiadores británicos, especialmente aquellos que estudiaban la “alta” política, y quienes de hecho tendían a concebir la “alta” política como la esencia de su disciplina. La crítica de Skinner a sus colegas practicantes de historia intelectual es bien conocida –“Significado y comprensión en la historia de las ideas” se dirige principalmente a ellos–, pero esta denuncia a los historiadores de la “alta” política que menospreciaban la historia intelectual en su conjunto merece atención. Skinner dedicó algunos ensayos a diseccionar las suposiciones de dos de los referentes de la profesión histórica británica, Lewis Namier y Geoffrey Elton. Su crítica a Namier apareció en 1974 en un *Festschrift* para su colega de Cambridge, J. H. Plumb.⁵ En *The Growth of Political Stability in England, 1675–1725* (1967), Plumb había declarado su propia liberación de las restricciones propuestas por Namier, y con ello había abierto una ruta para restablecer la historia del pensamiento político en la era de los primeros partidos políticos ingleses.

La crítica devastadora que Skinner realizara de Elton, el mayor profesor de su propia universidad, no apareció hasta más tarde, en 1997. Apuntaba al “culto del hecho” de Elton, su ve-

³ Quentin Skinner, *The Foundations of Modern Political Thought*, 2 vols., Cambridge, Cambridge University Press, 1978, vol. i, p. x. [trad. esp.: *Los fundamentos del pensamiento político moderno*, México, Fondo de Cultura Económica, 1985-1986]; Max Weber, *Economy and Society: an Outline of Interpretive Sociology*, ed. de Guenther Roth y Claus Wittich, 2 vols., Berkeley, University of California Press, 1978. El elemento weberiano en el trabajo de Skinner es bien desentrañado en Kari Palonen, *Quentin Skinner: History, Politics, Rhetoric*, Cambridge Polity Press, 2003.

⁴ Quentin Skinner, “‘Social Meaning’ and the Explanation of Social Action”, en Peter Laslett, W. G. Runciman y Quentin Skinner (eds.), *Philosophy, Politics, and Society*, 4ª serie, Oxford, Blackwell, 1972, reimpresso en Skinner, *Visions...*, op. cit., vol. i; Quentin Skinner, “Some Problems in the Analysis of Political Thought and Action”, *Political Theory*, N° 2, 1974, pp. 277-303; reimpresso en Skinner, *Visions...*, op. cit., vol. i.

⁵ Quentin Skinner, “The Principles and Practices of Opposition: the Case of Bolingbroke versus Walpole”, en Neil McKendrick (ed.), *Historical Perspectives: Studies in English Political Thought and Society*, Londres, Europa, 1974, pp. 93-128, reimpresso en Skinner, *Visions...*, op. cit., vol. iii.

neración estrecha de la historia política, su insistencia en que la historia intelectual estaba “apartada” de la vida real, y el notable desequilibrio de sus posiciones sobre cuáles tipos de historia eran “sólidas” y “reales”.⁶ Namier y Elton eran historiadores cuyo principio rector era, casi podría decirse, el rechazo de los relatos de los propios agentes históricos sobre lo que estaban haciendo. Namier veía la ideología, la exposición de ideas normativas sobre la vida política y social, como una distorsión patológica y sistemática de las cosas como eran en realidad. Para él, el historiador era un desenmascarador de la ideología, que expone los fundamentos materiales de la acción política. La falla de los historiadores intelectuales era la de ser lo suficientemente ingenuos como para tomar en serio los pronunciamientos de los agentes históricos. Los argumentos propuestos por príncipes, cortesanos, estadistas e intelectuales eran en buena medida autojustificación sofisticada, ajustada a la dinámica del poder y a los motivos e intereses “reales” de los actores. Las ideologías eran, en los memorables términos de Namier, meras “tonterías”.⁷ Eran, para utilizar un vocabulario más técnico, “epifenoménicas”. Este último término era familiarmente utilizado por marxistas, y esto apunta a la paradoja de que los practicantes conservadores de la “alta” política compartían una suposición fundamental con los marxistas, según la cual aquello que sostenían y publicaban las personas del pasado no era el material vital de la historia. Consecuentemente, los historiadores de las ideas pertenecían, en palabras de Elton, al “cuarto trasero” de la cocina de la profesión historiográfica y no al salón principal.⁸

Los cánones namieritano y eltoniano de la corrección histórica tenían dos consecuencias para la práctica ordinaria de la investigación y la escritura histórica. En su opinión, los archivos manuscritos tenían privilegio sobre las fuentes escritas. En general, la correspondencia de los políticos debía tomar precedencia sobre los tratados, los panfletos y las ceremonias de su tiempo. Un historiador profesional propiamente dicho iba al Archivo Público Oficial y al archivo municipal y no a la biblioteca de libros raros. Si bien era imposible evadir la idea obvia de que casi todo el trabajo histórico dependía del estudio de los pronunciamientos de agentes pasados, se sostenía que los pronunciamientos contenidos en la correspondencia privada eran más fidedignos que los públicos. El discurso público se describía generalmente como “propaganda” y por lo tanto se consideraba inherentemente distorsionado. Cualquier historiador que habitase solo el *milieu* de la afectación retórica y la persuasión pública se veía fundamentalmente debilitado. Este argumento implicaba una postura respecto de la autenticidad de los pronunciamientos privados, como si el discurso privado estuviese libre de “ideología”.

Una segunda consecuencia para la práctica se encuentra en la prosa de buena parte de la escritura histórica de mediados de siglo. Los historiadores proporcionaban análisis de eventos y motivaciones, de causas y consecuencias, pero tendían a considerar que dejarnos escuchar las voces de los actores sería una distracción o una irrelevancia. No citaban frecuentemente la palabra de las personas sobre las que escribían. Desde los años '60, prácticamente toda propuesta, ya sea la invitación a la “empatía” o la relación estrecha que ahora existe entre la historia y la literatura, nos ha enseñado a sintonizar mejor con los lenguajes del pasado. Namier

⁶ Quentin Skinner, “The Practice of History and the Cult of the Fact”, en Skinner, *Visions...*, *op. cit.*, vol. 1, pp. 8-26, publicado originalmente en *Transactions of the Royal Historical Society*, N° 7, 1997, pp. 301-306.

⁷ L. B. Namier, *England in the Age of the American Revolution*, Londres, Macmillan, 1930, p. 95. Para su reflexión general sobre el método, véase *Personalities and Power*, Londres, Macmillan, 1955.

⁸ G. R. Elton, *Return to Essentials*, Cambridge, Cambridge University Press, 1991, p. 12; citado en Skinner, “The Practice of History and the Cult of the Fact”, *op. cit.*, p. 14.

y Elton se preocupaban por los efectos corruptivos del matrimonio de la historia con las ciencias sociales, y difícilmente imaginaron que su abordaje histórico sería mucho más seriamente desafiado por el enlace de la historia con la literatura. No ha sido la sociología, y ni siquiera la filosofía hermenéutica lo que más ha impactado en la manera en que escriben los historiadores, sino la literatura. Los historiadores de todas las persuasiones piensan ahora con mucho más cuidado sobre la voz, el género, la retórica y la metáfora. Consideran importante prestar atención a la autodescripción de los agentes históricos, y a su vez comprender los lenguajes públicos dentro de los cuales esas autodescripciones están ensambladas. Aun cuando Skinner nos ha advertido sobre los aspectos más endeble de la “empatía”, y ha insistido en que los historiadores pueden tener ambiciones explicativas que van más allá de la redescipción del aspecto que el mundo tenía para los agentes pasados, una de las ambiciones principales de *Fundamentos* era la de ser perspectivista, la de proporcionar al lector un sentido de cómo los actores pasados comprendieron y articularon sus acciones e intenciones y, más precisamente, cómo se justificaron retóricamente al hablar con sus contemporáneos. “Desde su punto de vista”, es el simple mandato en el título de la reciente introducción de Skinner a sus ensayos metodológicos reunidos.⁹ El ensayo de 1974 de Skinner contra Namier se concentraba en la era de sir Robert Walpole, la tercera y cuarta décadas del siglo XVIII. Utilizó su examen del celebrado ataque político y literario del vizconde Bolingbroke sobre el primer ministro *Whig* como estudio de caso para su teorema de que comprender la ideología es una parte necesaria de la explicación de la acción histórica. Admitía, con los namieritas, que no era necesario tomar la sinceridad y los propósitos supuestamente elevados de los bolingbrokeanos al pie de la letra. Skinner desconfía de los historiadores que recurren a las categorías de “sinceridad” e “insinceridad”. La sinceridad no es algo que pueda establecerse. Comprendemos a los actores desde fuera, discerniendo su actuación pública. Sin embargo, por otro lado y contra los namieritas, negaba que fuera posible descartar las ideas de Bolingbroke como racionalizaciones *ex post facto* que ocultaban motivaciones materiales. Antes bien, la apelación de Bolingbroke a los ideales tradicionales *Whig* servía para legitimar un programa de oposición política, de otro modo sedicioso, alineándolo con cánones de rectitud patriótica convencionalmente aceptados. El programa político de Bolingbroke solo era posible en la medida en que pudiera justificarse en el tribunal del discurso público. La acción política se basa en la legitimación pública.

El ensayo de Skinner tenía un tono weberiano. Si bien Weber reconocía que las relaciones entre los seres humanos son relaciones de poder, y que el poder se basa en última instancia en la coerción, aun así el poder rara vez se presenta directamente. En la mayoría de las sociedades, las personas son persuadidas de que lo que se demanda de ellas es legítimo. Esto desplaza el peso de la explicación social desde el ejercicio de la fuerza a la producción de legitimidad. Weber proporcionó un antídoto a la tendencia marxista –y a todas las tendencias similares del derecho político– a descartar la esfera de la ideología como epifenoménica respecto de los motores materiales de la historia. Weber sostenía que las ideologías funcionan como habilitadores. Los agentes políticos son habilitados para proceder si, y solo si, tienen éxito en construir públicamente sus ambiciones en términos que sus audiencias reconocen como legítimos según

⁹ Skinner, *Visions...*, *op. cit.*, vol. 1, cap. 1. Para los usos y límites de la “caridad interpretativa” véase *ibid.*, vol. 1, cap. 3; y Quentin Skinner, “The Rise of, Challenge to, and Prospects for a Collingwoodian Approach to the History of Political Thought”, en Dario Castiglione e Iain Hampsher-Monk (eds.), *The History of Political Thought in National Context*, Cambridge, Cambridge University Press, 2001, pp. 175-188, en pp. 185-186.

los estándares de sus creencias normativas sobre lo que es honorable, virtuoso, piadoso o patriótico. Esto desplaza la atención desde la especificación de los intereses que tienen los agentes a la especificación de los valores que sostienen las comunidades y las maneras en que esos valores son transmutados por los expertos discursivos. Las revoluciones políticas dependen de las revoluciones conceptuales. Implican una suerte de prestidigitación, en la que el innovador político logra una transformación ataviada con los colores de las creencias convencionales. Los lenguajes normativos son el campo de fuerza dentro del cual funcionan los ideólogos, y tales lenguajes pueden ser profundamente constrictivos de lo realmente posible, o liberadores, para aquellos versados en remodelar las convenciones. *Fundamentos* se basaba en este conjunto de presuposiciones. En el prefacio, por ejemplo, hablando de la norma humanista del “honor”, Skinner escribía:

Cualquiera que esté ansioso por que su comportamiento se reconozca como el de un hombre honorable, se encontrará limitado a la ejecución de un cierto rango de acciones. Así, el problema que enfrenta un agente que desea legitimar lo que hace al mismo tiempo que obtiene lo que quiere no puede ser el problema instrumental de adecuar su lenguaje normativo de manera que se adapte a sus proyectos. Debe ser en parte el problema de adecuar sus proyectos de modo que se adecuen al lenguaje normativo disponible.¹⁰

El verbo “legitimar” y sus equivalentes aparecen repetidamente a lo largo de *Fundamentos*. El siglo XII, observa Skinner, vio “la formación de una ideología diseñada para legitimar la más agresiva de las reivindicaciones de autoridad del papado”. Los hugonotes se dispusieron a “legitimar la primera revolución completa dentro de un Estado moderno europeo”. Pierre du Moulin ayudó a “legitimar el gobierno de la monarquía absoluta en Francia”.¹¹ Se entendía que los teóricos realizaban trabajo ideológico en nombre de alguna causa específica. Se decía que respondían a “necesidades ideológicas urgentes”, que realizaban “servicios ideológicos” o que proporcionaban “un arsenal de armas ideológicas”.¹² Las ideas habilitaban la acción, pero la acción estaba limitada por lo que podía ser alcanzado con éxito en el trabajo de legitimación. Una consecuencia no menor de esta aproximación fue que el mundo de las ideas, comprendido como la producción de legitimidad, ya no estaba separado de la historia de las “acciones” y los “intereses”. Las acciones son predicadas sobre las posibilidades y las limitaciones que ofrecen las palabras.

Max Weber ejemplificó este concepto de legitimación en su clásico estudio *La ética protestante y el espíritu del capitalismo* (1904). Allí, refutó el análisis marxista que buscaba la genealogía del capitalismo en la dinámica económica de la decadencia del feudalismo. Weber sugería que el capitalismo debía su triunfo a la habilidad de sus partidarios iniciales para legitimarlo en relación con los valores religiosos dominantes. En su argumento, la ética protestante, con sus piadosas normativas de laboriosidad, su disgusto puritano por la ostentación de lujo y su preferencia por la gratificación indefinidamente diferida, demostró ser particularmente apropiada para la empresa comercial sostenible. Por lo tanto, para comprender la emer-

¹⁰ Skinner, *Foundations...*, *op. cit.*, vol. I, pp. 12-13 y 11; vol. I, p. 14; vol. II, pp. 241, 264.

¹¹ *Ibid.*, vol. I p. 14; vol. II, pp. 241, 264.

¹² *Ibid.*, vol. I, pp. 6, 11; vol. II, p. 310.

gencia del capitalismo era necesario comprender no solo economía sino también teología. A inicios de la década de 1970, Skinner pretendía escribir una reevaluación sustantiva de la tesis de Weber a través de una investigación de las transmutaciones del vocabulario piadoso de la modernidad temprana a la manera en que pasó a ser aplicada a los valores de la sociedad comercial. ¿Cómo fue –por ejemplo– que las recomendaciones implícitas en la noción de vivir de acuerdo con la “providencia” divina pasaron a ser aplicadas a formas “providentes” de conducta en las vidas mundanas de capitalistas diligentes y parsimoniosos? El proyecto fue abandonado, pero algunos elementos de él afloran en sus escritos.¹³ Era un proyecto que reunía el concepto de legitimación de Weber y las preocupaciones lexicales de la filosofía lingüística, una fusión que ha estado en el corazón del procedimiento de Skinner.¹⁴

El énfasis de *Fundamentos* en la historia de las ideologías tenía una consecuencia para la manera en que se trataban los autores y los textos “clásicos”. Desde el principio, Skinner había sido escéptico con respecto a la canonización de los clásicos. Su ensayo “Sentido y comprensión”, de 1969, originalmente se titulaba “La irrelevancia de los Grandes Textos en la historia del pensamiento político”.¹⁵ La degradación de los textos clásicos era en parte una consecuencia del concepto de legitimación. Los teóricos no pueden interpretarse “en sus propios términos”, como si participasen de una actividad intelectual sin mediaciones, sino que deben comprenderse según la manera en que operan dentro de convenciones predominantes. Inclusive cuando es más innovadora, la teoría política es necesariamente convencional. Las consideraciones de Skinner sobre Tomás Moro, para tomar un ejemplo, se tejían en una consideración colectiva de Erasmo, Starkey, Elyot y Budé, pues era necesario investigar un cuerpo amplio de textos para establecer las normas morales implícitas en el lenguaje ordinario del debate. El estudio de las ideologías requería la investigación de géneros, escuelas, tradiciones y creencias compartidas más que de textos singulares. Es notable el abanico de autores hasta entonces ocultos recuperados en *Fundamentos*, desde Azo a Zasius y de Accolti a Zabarella. Otro aspecto destacado del libro es que ningún título de capítulo contuviera el nombre de una persona. Antes bien, los capítulos tenían títulos como “El renacimiento florentino” o “El deber de resistir”. Este hecho elemental de la organización del libro lo liberaba de la letanía de clásicos encumbrados que estructuraba la mayoría de los libros de texto: Maquiavelo, Moro, Bodin, Hobbes, Locke. *Fundamentos* era, como subrayaba uno de sus reseñistas, historia “colectivista” del pensamiento político.¹⁶ Para aquellos reseñistas apegados a una concepción más heroica de la filosofía política, el libro de Skinner degradaba a la filosofía. Achataba la distinción entre, en palabras de Michael Oakeshott, la “reflexión filosófica” genuina y el enfrentamiento “forense” de panfletistas comprometidos en la “mera justificación”. Igualmente, Judith Shklar hubiera deseado que Skinner distinguiera más enfáticamente a los “teóricos políticos que siempre son interesantes de aquellos que solo nos interesan como parte del paisaje general”.¹⁷

¹³ Véase nota 4.

¹⁴ Véase Palonen, *Skinner...*, *op. cit.*, p. 53.

¹⁵ P. Koikkalainen y S. Syrjämäki, “On Encountering the Past: an Interview with Quentin Skinner”, *Finnish Yearbook of Political Thought*, N° 6, 2002, pp. 34-63, p. 35.

¹⁶ C. Trinkaus, *American Historical Review*, N° 85, 1980, p. 79 n.

¹⁷ Michael Oakeshott, *Historical Journal*, N° 23, 1980, pp. 450-451; Judith Shklar, *Political Theory*, N° 7, 1979, p. 551 n. Me he adentrado hasta aquí en las depreciaciones positivistas de la historia intelectual. Sin embargo, algunos críticos dentro de la historia intelectual han juzgado que la propia posición de Skinner es perjudicial para la autonomía apropiada de la historia del pensamiento.

Implícitamente, *Fundamentos* planteó grandes preguntas sobre la canonicidad y sobre los géneros que debían pertenecer al ámbito de la “historia del pensamiento político”. *Fundamentos* se basaba principalmente, y más o menos tradicionalmente, en tratados y panfletos que trataban la política como un campo diferenciado de actividad humana y dificultad moral. Al mismo tiempo, llamó la atención sobre fuentes menos familiares. Abarcaba trabajos de teólogos, diplomáticos, abogados y educadores, junto con libros de consulta, panegíricos, crónicas de ciudades, anotaciones en la Biblia de Ginebra y obras de teatro de Shakespeare y de John Bale.¹⁸ Como destacara Shklar, una vez que se amplía el canon se produce un inevitable deslizamiento hacia territorio altamente inestable en lo que respecta al género.¹⁹ En las décadas transcurridas desde la publicación de *Fundamentos*, la expansividad genérica se ha vuelto mucho más abarcadora. Por ejemplo, las recomendaciones de Skinner sobre la importancia de la historia de los planes curriculares se atienden más a fondo, y no menos en su propio estudio sobre el contexto de la ciencia civil de Hobbes.²⁰ En un ensayo de 1987, Skinner también defendió una ampliación mayúscula de género en su tratamiento de la teoría política en los frescos del Palazzo Pubblico en Siena.²¹ La expansión genérica es, *inter alia*, producto del impacto del “nuevo historicismo” literario, que ha llamado la atención de los historiadores del pensamiento político sobre la poesía y el teatro del pasado.

Para la década de 1990, algunos temas humanistas y republicanos ensayados en *Fundamentos* estaban siendo explorados en trabajos sobre, por ejemplo, la *Arcadia* de sir Philip Sidney y la poesía de la Guerra Civil inglesa.²² Un caso significativo de este advenimiento es el estudio del ataque de Bolingbroke sobre Walpole. Las tres décadas transcurridas desde el ensayo de 1974 sobre este tema vieron un rango notablemente fértil de investigación, buena parte de la cual fue realizada por académicos literarios. El tema incluye ahora la consideración de las novelas de Jonathan Swift, la poesía de Alexander Pope y James Thompson, las obras de John Gay y Henry Brooke, las ilustraciones de Hogarth y los oratorios de Händel.²³ La expansividad genérica ha erosionado las fronteras ortodoxas de “la historia del pensamiento político” y, un cuarto de siglo después de *Fundamentos*, es menos claro si la materia subsiste fuera de su incorporación en la historia intelectual en general, y a su vez en la historia cultural.

El énfasis de *Fundamentos* en ideologías más que en autores “clásicos” ha acarreado otros problemas para la práctica de la disciplina. En la medida en que el “giro lingüístico” impacta sobre la totalidad de las humanidades y el marxismo retrocede, el término “ideología”, que sobresalía por su presencia en *Fundamentos*, ha dado lugar a la ubicuidad de los términos

¹⁸ Para los últimos dos, véase Skinner, *Foundations...*, *op. cit.*, vol. II, pp. 99, 222.

¹⁹ Shklar escribió que, para Skinner, el teórico político es “visto como un colaborador necesario de los historiadores, juristas, teólogos y poetas de su época. Por razones no del todo claras, los científicos, metafísicos, descarriados y videntes religiosos con inclinaciones místicas, y los aficionados a la magia, no fueron incluidos”, en *Political Theory*, Nº 7, 1979, p. 551.

²⁰ Quentin Skinner, *Reason and Rhetoric in the Philosophy of Hobbes*, Cambridge, Cambridge University Press, 1996.

²¹ Quentin Skinner, “Ambrogio Lorenzetti: the Artist as Political Philosopher”, *Proceedings of the British Academy*, Nº 72, 1987, pp. 1-56; reimpresso en Skinner, *Visions...*, *op. cit.*, vol. II.

²² Blair Worden, *The Sound of Virtue: Philip Sidney's Arcadia and Elizabethan Politics*, New Haven, Yale University Press, 1996; David Norbrook, *Writing the English Republic: Poetry, Rhetoric, and Politics, 1627-1660*, Cambridge, Cambridge University Press, 1999.

²³ Para un análisis, véase Mark Goldie, “The English System of Liberty”, en Mark Goldie y Robert Wokler (eds.), *The Cambridge History of Eighteenth-Century Political Thought*, Cambridge, Cambridge University Press, 2006, pp. 70-74.

más aceptados “lenguaje” y, sobre todo, “discurso”. La duda posmoderna sobre la agencia autoral, y el énfasis en la recepción de los textos, ha tenido el efecto de hacer que el mundo de las ideas sea menos el producto de autores que del común desconocido vernáculo de su época. Irónicamente, el resultado puede ser una variedad de historia intelectual que se parece bastante a la vieja historia de las ideas que Skinner se había propuesto atacar, en la que las ideas platónicas flotan liberadas de autores y contingencias históricas. Biancamaria Fontana ha reclamado recientemente, en relación a una colección de ensayos sobre el republicanismo moderno temprano, de la presencia

de campos de batalla surreales, en los que lenguajes y vocabularios, jergas y paradigmas compiten bravamente uno contra otro, como las vacías armaduras de los caballeros inexistentes de Ítalo Calvino en *Nuestros antepasados*. El resultado no es muy diferente de la lucha de “ismos” opuestos en los viejos libros de texto (pre-método-Cambridge) sobre la historia del pensamiento político.²⁴

Esta tendencia se acentúa aun más debido al mandato metodológico, sobre el que John Pocock ha insistido especialmente, según el cual los lenguajes políticos no deben ser confundidos con las doctrinas políticas.²⁵ El efecto puede ser el de hablar de este o aquel “discurso” como una red de palabras no producidas por ningún agente. El resultado puede ser una práctica laxa, en la que el historiador es exonerado del trabajo preliminar de excavación de las circunstancias exactas y del contexto de la actividad autoral. Las ideas no son, como remarcará el tardío Richard Ashcraft al elogiar el método de *Fundamentos*, “un banco de nubes que se mueve por la estratósfera”.²⁶

Uno de los propósitos centrales de *Fundamentos* era el de elucidar la emergencia del concepto moderno de Estado. Skinner definió el Estado en términos explícitamente weberianos, como “la única fuente de la ley y la fuerza legítima dentro de su propio territorio”.²⁷ Dentro del cuerpo del libro sus definiciones tendieron más hacia lo jurídico, pues acentuaban la emergencia de la idea de la soberanía legal, y recurrían a los glosadores del derecho romano, en particular en Bartolus de Saxoferrato,²⁸ para encontrar sus primeras expresiones. Al respecto, el libro construía un arco desde Bartolus hasta Bodin, desde el jurista del siglo XIV que respondía a las arrogantes reivindicaciones del emperador, hasta el jurista del siglo XVI que reformulaba la idea de la soberanía en el contexto de las Guerras de Religión francesas. El encuadramiento de *Fundamentos* como una búsqueda de los orígenes suscitó el más persistente reclamo de sus reseñistas, según el cual el libro tendía hacia lo teleológico. John Salmon resaltaba la “tensión entre dos de los objetivos profesos del libro, entre la ejemplificación de un método historicista recientemente prescrito en la historia de las ideas y un intento ligeramente *Whig* de iluminar el

²⁴ Biancamaria Fontana, “In the Gardens of the Republic”, *Times Literary Supplement*, 11 de julio de 2003, reseña de Martin van Gelderen y Quentin Skinner (eds.), *Republicanism: a Shared European Heritage*, 2 vols., Cambridge, Cambridge University Press, 2002.

²⁵ J. G. A. Pocock, *Politics, Language, and Time*, Nueva York, Macmillan, 1971.

²⁶ Richard Ashcraft, *Journal of the History of Philosophy*, N° 19, 1981, p. 390.

²⁷ Skinner, *Foundations...*, *op. cit.*, vol. I, p. x; cf. vol. II, pp. 351-353.

²⁸ *Ibid.*, vol. I, pp. 9-10 y *passim*.

proceso por el cual el concepto moderno de Estado vino a formarse”.²⁹ Oakeshott, realizando un ensayo de *tu quoque*, preguntaba,

¿no es “ahistórico”, anacrónico, pensar [el concepto de Estado] como una construcción erigida sobre “fundamentos” establecidos por Marsiglio, Bartolus, Maquiavelo, Beza, etc.? Estos escritores no estaban estableciendo fundamentos, eran moralistas casuísticos y abogados hurgando en busca de argumentos para respaldar a sus clientes.³⁰

Críticas similares han reaparecido recientemente. James Alexander ha sugerido que mientras *El momento Maquiavélico* de John Pocock (1975) podría considerarse historia intelectual jacobita porque mapea un concepto, el de republicanism cívico, que había sido eclipsado por la modernidad, *Fundamentos* es, por el contrario, historia intelectual *Whig*, porque rastrea de qué modo la vida política moderna fue provista de su concepto más persistente y potente, el de soberanía.³¹ Es el aspecto de *Fundamentos* sobre el cual Skinner aún se disculpa. En 2002, confesó que se había

equivocado [...] al utilizar una metáfora que virtualmente nos compromete a escribir teleológicamente. Mi propio libro se ocupa demasiado de los orígenes de nuestro mundo presente cuando debería haber intentado representar el mundo que estaba examinando en sus propios términos en la medida de lo posible. Pero el problema de escribir historia de la modernidad temprana europea es que, aunque su mundo y nuestro mundo son enormemente diferentes uno de otro, sin embargo nuestro mundo de alguna manera ha emergido del de ellos, de modo que existe una tentación natural de escribir sobre orígenes, fundamentos, desarrollos. Pero es una tentación a la que de ninguna manera pensaría sucumbir en estos tiempos posmodernos.³²

Si bien *Fundamentos* es vulnerable en este sentido, resulta equivocado suponer que el libro ejemplificara la tesis de la “modernización” que, durante y más allá de la década de 1960, atravesaba tantos trabajos historiográficos. Casi invariablemente, los exponentes de esta tesis veían el período moderno temprano como si definiera una separación nítida entre lo “medieval” o “tradicional” y lo “moderno”. La ciencia política convencional había invertido mucho en la noción de que el “nacimiento de la modernidad” residía en el concepto de Estado que emergiera entre Maquiavelo y Hobbes, y buena parte de la pedagogía de las carreras de grado aún se apoya en esta suposición. Al contrario, uno de los logros de *Fundamentos* fue la ruptura con la frontera cronológica tradicional que generalmente definía el “nacimiento de lo moderno”. Buena parte del libro trata de la Edad Media, lo que de alguna manera es oscurecido por el hecho de que el primer volumen lleva por título *El Renacimiento*. Su primera fecha es 1085. Lo impactante era el desplazamiento decisivo del centro

²⁹ John Salmon, *History of European Ideas*, N° 4, 1983, p. 331. Cf. D. Boucher, *Political Theory*, N° 8, 1980, pp. 406-408; W. J. Bouwsma, *Catholic Historical Review*, N° 67, 1981, pp. 84-85; K. R. Massingham, *Politics*, N° 16, 1981, pp. 124-129.

³⁰ Michael Oakeshott, *Historical Journal*, N° 23, 1980, p. 452.

³¹ James Alexander, “An Essay on Historical, Philosophical, and Theological Attitudes to Modern Political Thought”, *History of Political Thought*, N° 25, 2004, pp. 116-148, en pp. 137-138.

³² Koikkalainen y Syrjämäki, “On Encountering the Past”, *op. cit.*, p. 53. Cf. Palonen, *Skinner...*, *op. cit.*, pp. 71-72.

de gravedad histórico desde lo ortodoxo –Maquiavelo, Bodin, Hobbes– hacia lo inesperado –Bartolus, Marsilius, Dante–.

Fundamentos dice mucho sobre las adaptaciones del Derecho Romano y la retórica clásica. Sin embargo, la exploración de la Edad Media, y la construcción del segundo volumen alrededor de Lutero, Calvino y la Contrarreforma, inevitablemente suponían un encuentro con la teología. Podría decirse que al tomar en serio la teología política, *Fundamentos* muestra fidelidad a sus convicciones historicistas. Esto está de alguna manera en tensión con las ocasionales observaciones programáticas de Skinner, que evocan la tesis de la “modernización”, sobre el nacimiento de lo secular.³³ También contrasta con su insistencia en la presencia generalizada de una corriente pagana, ciceroniana, dentro del pensamiento europeo.³⁴ Y contrasta sin más con sus predilecciones personales, hostiles al cristianismo.³⁵ Aun así, el giro hacia la teología política cristiana y la Edad Media continúa siendo fundamental para el libro, y acarrió consecuencias significativas. El carácter del libro resulta en parte de una consideración más profunda de la tesis de la ética protestante de Weber, pero esta vez para rechazarla definitivamente, rompiendo el lazo entre el protestantismo y la modernidad. Al recurrir a la Edad Media católica, Skinner apela a una tradición histórica bastante diferente, también alemana y contemporánea de Weber, una tradición asociada especialmente con Otto Gierke y, en Inglaterra, con John Neville Figgis. Se trata de una tradición de comprensión histórica que, como se indicará al final, estaba estrechamente asociada con las primeras raíces del estudio de la historia del pensamiento político dentro de la universidad del propio Skinner.

Este giro hacia atrás fue un resultado que sorprendió al propio autor. Originalmente, Skinner pretendía escribir un solo volumen sobre el pensamiento político de la modernidad temprana en conformidad con la cronología ortodoxa. Así lo indica el título de sus primeras conferencias en Cambridge en 1965, “Historia del pensamiento político, 1500-1800”. A principios de la década de 1970, Skinner continuó conferenciando sobre el período que va desde el Renacimiento hasta la Ilustración. En este caso, *Fundamentos* cubría *circa* 1200-1600 y no 1500-1800. El libro termina un poco abruptamente alrededor de 1600, y el truncamiento es causa de grandes lamentos para los historiadores del período posterior. Mis propias notas de las conferencias de Skinner incluyen su relevamiento del contexto ideológico del *Espíritu de las leyes* de Montesquieu. Si eso hubiera sido incluido en el libro, se habría completado otro arco, referido a los usos ideológicos de la erudición histórica. Las tesis rivales, “romanista” y “germanista”, sobre los orígenes de la organización política francesa, que Hotman y Bodin debatieron durante las Guerras de Religión y que se presentan en el segundo volumen de *Fundamentos*, reaparecen en el debate entre la *thèse royale* y la *thèse nobiliaire*, librado entre Dubos, Boulanvilliers y Montesquieu. En *Fundamentos*, los restos arqueológicos más visibles de la cronología original de Skinner son sus referencias regulares a Locke como el punto culminante del relato. Sus reflexiones sobre Locke forman elipsis que llevan el relato desde la teoría hugonote de la revolución, situada dentro de los límites de *Fundamentos*, a los *Dos tratados sobre el gobierno civil*, situados un siglo más tarde. En este aspecto, *Fundamentos* aportaba la corroboración para un libro que Skinner estimaba especialmente, *El pensamiento*

³³ Skinner, *Foundations...*, *op. cit.*, por ejemplo vol. II, pp. 339, 347, 358.

³⁴ *Ibid.*, vol. I, cap. 2. El tema es aun más fuerte en trabajos posteriores: *Visions*, *op. cit.*, vol. II, *passim*.

³⁵ Quentin Skinner, “Who are ‘We’?: Ambiguities of the Modern Self”, *Inquiry*, N° 34, 1991, pp. 133-153 (sobre Charles Taylor).

político de John Locke (1969), de John Dunn: corroboraba la opinión de que tiene más sentido histórico ver a Locke como el heredero de la “política calvinista radical” que verlo como el “primer liberal moderno”.³⁶

Sin embargo, *Fundamentos* introducía una advertencia crucial. Después de todo, la “política calvinista radical” resultó no ser definitivamente calvinista. Cada uno de los dos volúmenes de *Fundamentos* se apoyaba sobre una predatación dramática. El primer volumen desafiaba la crisis florentina de principios del siglo xv de Hans Baron, y daba inicio a la historia del Renacimiento mucho antes.³⁷ Más pertinente aquí es señalar que el segundo volumen contradecía la tesis de Michael Walzer en *La revolución de los santos* (1966), según la cual la teoría de la revolución política, que alcanzó su realización en la rebelión de los Parlamentos escocés e inglés contra Carlos I (y, por su parte, en los *Dos tratados* de Locke), se había originado en aspectos distintivos de la teología protestante. En opinión de Walzer, las revoluciones modernas fueron hijas del Calvinismo, y sus *ur*-textos fueron escritos por los hugonotes, Beza, Hotman y el autor anónimo de *Vindicae contra Tyrannos*. Su opinión era que la cosmovisión protestante había sido un factor clave de la modernidad, en forma de individualismo político y revolución. Walzer no era de ninguna manera el único en sostener este argumento. La asociación de “puritanismo y revolución” estaba profundamente encastrada en el marxismo teñido de weberianismo de Christopher Hill, cuyos muchos libros dominaron las listas de lectura en las décadas de 1960 y 1970.³⁸

A pesar de haber sido inicialmente atraído por la tesis de Walzer, Skinner pasó a considerarla equivocada. Los lineamientos de la teoría calvinista no estaban presentes solo entre los defensores luteranos de los príncipes alemanes en la década de 1530 sino que también, más sorprendentemente, sus ingredientes distintivos podían rastrearse más allá del protestantismo, hasta los teólogos católicos. Estos incluyen a los neotomistas de la “segunda escolástica”, Victoria, Molina, Soto, Suárez y Mariana, y a los profesores parisinos del cambio del siglo xvi, John Mair (o Major) y Jacques Almain. Estos últimos fueron, por su parte, herederos de los argumentos desarrollados en el siglo xiv e inicios del xv por Guillermo de Ockham y Jean Gerson.³⁹ Los lazos entre católicos y protestantes eran tanto ideológicos como personales. Notablemente, el gran calvinista escocés que propusiera la doctrina de la resistencia a los tiranos, George Buchanan, había sido alumno de Mair.⁴⁰ Gerson, Almain y Mair eran conciliaristas, exponentes de la perspectiva de que la suprema autoridad en la iglesia católica descansaba en el Concilio General de la iglesia y, en consecuencia, la iglesia era una monarquía constitucional y no absoluta. Era una doctrina que había legitimado la dramática destitución de tres papas en el Concilio de Constanza en 1414. Consecuentemente, podía encontrarse una poderosa teoría de constitucionalismo y resistencia en la eclesiología católica medieval tardía.

Skinner consideraba que “los principales fundamentos de la teoría calvinista de la revolución habían sido de hecho contruidos enteramente por sus adversarios católicos”. Señalaba

³⁶ Skinner, *Foundations...*, *op. cit.*, vol. II, pp. 147 n., 239; cf. pp. 328, 338-339, 347. Para elipsis similares entre Bodin, Filmer, Bossuet, véase vol. II, pp. 114, 301.

³⁷ Hans Baron, *The Crisis of the Early Italian Renaissance*, 2 vols., Princeton, Princeton University Press, 1955; Skinner, *Foundations...*, vol. I, pp. 69 y *passim*.

³⁸ Notablemente *Puritanism and Revolution*, Londres, Secker and Warburg, 1958, *Society and Puritanism in Pre-Revolutionary England*, Londres, Secker y Warburg, 1964; e *Intellectual Origins of the English Revolution*, Oxford, Clarendon Press, 1965.

³⁹ Skinner, *Foundations...*, *op. cit.*, vol. II, pp. 114ff, 135ff.

⁴⁰ *Ibid.*, pp. 44, 340.

que, en consecuencia, su relato estaba “en oposición con el tipo de análisis weberiano del calvinismo como una ideología revolucionaria, que recientemente ha recibido aceptación general”.⁴¹ Rechazaba la noción de un calvinismo radical irradiando hacia “el pensamiento político de los tiempos modernos”, que acarreaba con él un conjunto de tendencias políticas “modernizantes”.⁴² Al demostrar las raíces católicas y medievales de las teorías del constitucionalismo y la resistencia, Skinner descartaba un principio cardinal de la tesis de la modernización sostenida tanto por liberales como por marxistas, según la cual el protestantismo de la modernidad temprana había sido el factor clave del pensamiento político moderno. Era —concluía Skinner— un error pensar en el desarrollo de esta teoría moderna “liberal” del constitucionalismo como un logro del siglo xvii. De hecho, “los santos radicales del siglo xvii [no] titubearon en hacer uso de las armas dialécticas que habían sido así modeladas para ellos por sus enemigos papistas”.⁴³ Como sugiere esta última observación, existen, curiosamente, paralelos entre el argumento de Skinner en *Fundamentos* y las historias del pensamiento político escritas por realistas y *Tories* en la Inglaterra de la restauración y posrestauración. Escribiendo en reacción a la ruina provocada por las guerras civiles y el regicidio, estos escritores buscaban demostrar que parlamentaristas y *Whigs* habían heredado sus doctrinas “matarreyes” de los papistas. No se ocupaban, es cierto, del constitucionalismo católico conciliarista, sino de una doctrina católica diferente, aunque no menos peligrosa para la autoridad real: la doctrina del “poder de destitución” papal. En su formidable erudición, revelaron una profunda familiaridad con un amplio rango de autores católicos medievales y del siglo xvi. Escribiendo en 1704, Mary Astell, una de estas polemistas, declaraba que en cualquiera de sus aspectos, “la doctrina de la destitución [...] es [...] papismo rancio”. Astell procedía a revelar los orígenes del “veneno de los príncipes rebeldes” y la doctrina del “contrato mutuo entre rey y pueblo” en los trabajos de Belarmino, Mariana, Molina, Soto y Suárez, y a la vez en “John Major, un escocés, y maestro de Buchanan”.⁴⁴ Skinner invocaba precisamente la tradición dentro de la cual escribía Astell, pues citaba al realista de la guerra civil John Maxwell, según quien era un error buscar las raíces de la revolución solo en los calvinistas, en Knox y Buchanan, pues quienes se rebelaron contra el rey Carlos I “tomaron su postulado básico inicial de los sorbonistas” y particularmente de Guillermo de Ockham y Jacques Almain.⁴⁵

Llegados a este punto, vale la pena observar que, para algunos lectores modernos, continúa siendo una sorpresa que la teología católica produjera resultados de política radical. Ha sido una sorpresa tanto para mentes protestantes como seculares desde que los católicos del siglo xix, huyendo de la Revolución Francesa, transformaron el catolicismo en una fortaleza contra el liberalismo y el socialismo. Y efectivamente desde que, en una reacción horrorizada

⁴¹ *Ibid.*, pp. 321-322.

⁴² *Ibid.*, p. 322, citando a Hans Baron en “Calvinist Republicanism and its Historical Roots”, *Church History*, N° 8, 1939, pp. 30-42, en pp. 31, 41.

⁴³ Skinner, *Foundations...*, vol. ii, pp. 347-348. Una breve nota al pie (otra de las elipsis de Skinner) descarta el influyente libro de C. B. Macpherson, *The Political Theory of Possessive Individualism* (Oxford, Oxford University Press, 1962), y con él toda la agenda marxista para las revoluciones del siglo xvii (p. 347).

⁴⁴ Mary Astell, “An Impartial Enquiry into the Causes of Rebellion and Civil War”, en *Political Writings*, ed. de Patricia Springborg, Cambridge, Cambridge University Press, 1996, pp. 152-159.

⁴⁵ John Maxwell, *Sacro-Sancta Regum Maiestas* (1644); Skinner, *Foundations...*, vol. ii, p. 123. Un realista más conocido que se dedicó al mismo tema es sir Robert Filmer, en las páginas iniciales de *Patriarcha (Patriarcha and Other Writings)*, ed. de Johann P. Sommerville, Cambridge, Cambridge University Press, 1991.

ante el asesinato de Enrique IV a manos del monje Ravaillac, los católicos del siglo xvii transformaron el catolicismo en un bastión del absolutismo monárquico. Bossuet, alrededor del 1700, y De Maistre, alrededor del 1800, separaron definitivamente el pensamiento político católico moderno de la doctrina “matarreyes” de los sorbonistas y de Mariana. Por su parte, el catolicismo de la era pos-revolución francesa reforzó, en la mente protestante liberal y socialista de la Europa de los siglos xix y xx, una asociación instintiva entre la Reforma, la revolución, la libertad y la modernidad. Y no menos en el propio Weber, quien escribió bajo la sombra de la *Kulturkampf* de Bismark, en una Alemania donde el contraste entre el progresismo protestante del norte y la reacción católica del sur parecía palpable.⁴⁶ El caso era similar para historiadores como Christopher Hill, que pertenecían a la generación cuyo izquierdismo había sido forjado frente al fascismo católico de Franco: la ética protestante y muchas veces inconformista o metodista dentro del marxismo inglés ha sido reconocida por sus historiadores.⁴⁷ Por el contrario, la insistencia histórica de Skinner sobre el fenómeno del radicalismo político católico marca su desviación más aguda respecto de los modelos weberianos de *Fundamentos*.⁴⁸ Su jugada era fuertemente anti-*Whig*, es decir, hostil a una teleología ortodoxa sobre la modernidad y la libertad. En su clásica crítica de la *interpretación Whig de la historia* (1931), Herbert Butterfield se ocupó acertadamente del carácter protestante de la mentalidad *Whig*. Tienta decir que Skinner recuperó la tradición política católica con el objetivo de desechar las teorías protestantes de la modernidad liberal. Por supuesto, no lo hizo para predicar el catolicismo, sino para despejar el terreno a una ruta bastante diferente hacia la historia de los conceptos de libertad, un tema sobre el cual han versado muchos más de sus trabajos recientes.⁴⁹

Al realizar su jugada en el terreno de la teología política católica tardomedieval, Skinner volvía a una tradición historiográfica más antigua, que había identificado justamente esa línea de desarrollo desde el conciliarismo católico hasta el constitucionalismo calvinista. Era una tradición minoritaria, que sin embargo produjo algunos de los primeros trabajos que aparecieron en la historia del pensamiento político como disciplina universitaria organizada. En *Political thought from Gerson to Grotius* (1907), John Neville Figgis escribía que el decreto que Gerson redactara para el Concilio de Constanza era “probablemente el documento oficial más revolucionario de la historia mundial”, pues prefiguraba los argumentos de los revolucionarios de la modernidad temprana.⁵⁰ El argumento de Figgis se refleja en un útil latiguillo histórico: “el camino desde Constanza hasta 1688”.⁵¹ Algunos de los reseñistas de *Fundamentos* queda-

⁴⁶ Anthony Giddens, *Politics and Sociology in the Thought of Max Weber*, Londres, Macmillan, 1972; Norman Stone, “The Religious Background to Max Weber”, en W. J. Sheils (ed.), *Persecution and Toleration*, Oxford, Blackwell, 1984, pp. 393-407.

⁴⁷ Raphael Samuel, “British Marxist Historians, 1880-1980”, *New Left Review*, N° 120, 1980, pp. 21-96.

⁴⁸ Un desarrollo paralelo en los últimos treinta años ha sido la recuperación de lo que hubiera sido considerado un oxímoron: la Ilustración católica. Para un análisis, véase Dale Van Kley, “Piety and Politics in the Century of Lights”, en Goldie y Wokler (eds.), *The Cambridge History of Eighteenth-Century Political Thought*, op. cit., pp. 110-146.

⁴⁹ Quentin Skinner, *Liberty before Liberalism*, Cambridge, Cambridge University Press, 1998.

⁵⁰ J. N. Figgis, *Studies of Political Thought from Gerson to Grotius, 1414-1625*, Bristol, Thoemmes, 1998, p. 63.

⁵¹ Francis Oakley, “On the Road from Constance to 1688”, *Journal of British Studies*, N° 2, 1962, pp. 1-31. Véase también Brian Tierney, *Religion, Law, and the Growth of Constitutional Thought, 1150-1650*, Cambridge, Cambridge University Press, 1982; y cf. Skinner, *Foundations...*, op. cit., vol. II, p. 123. Los muchos trabajos de Oakley sobre el conciliarismo se inscriben en la tradición que describe, pues buscan reivindicar un disgusto católico liberal por la monarquía papal contemporánea. Véase, más recientemente, Francis Oakley, *The Conciliarist Tradition: Constitutionalism in the Catholic Church, 1300-1870*, Oxford, Oxford University Press, 2004.

ron sorprendidos de su semejanza con el libro de Figgis, y con un conjunto de obras escritas aproximadamente en la misma época. “No hay nada aquí –escribió Keith Thomas– que Otto Gierke, John Neville Figgis, A. J. Carlyle, o J. W. Allen no hubieran reconocido.”⁵²

Figgis fue uno de los primeros profesores de historia en Cambridge luego de la fundación de la carrera de grado en 1973. El paralelo entre Skinner y Figgis apunta a un aspecto clave del contexto de *Fundamentos*, a saber, que a pesar de todo el escepticismo sobre la historia intelectual emanado por Geoffrey Elton en la Cambridge de la década de 1960, la Escuela histórica de Cambridge había otorgado un lugar privilegiado a la historia del pensamiento político desde el inicio. Al principio, la materia era obligatoria en el curso de grado, un hecho que se debía en buena medida a la influencia de John Seeley en la creación de la carrera. Seeley aportó una propuesta para la emergente facultad de historia, orientada hacia la implementación de una escuela de política estatal dentro de la cual la comprensión de las teorías políticas y las instituciones en perspectiva histórica era central. Era una posición defendida en controversias muchas veces aguerridas contra aquellos que sostenían la perspectiva rankeana de que el curso de historia debía ser un entrenamiento profesional para la investigación archivística. Fiel a sus raíces rankeanas, el segundo campo siguió el ejemplo de una concepción de *Realpolitik* en la que la evidencia de las cancillerías era la esencia de la historia. Elton era un heredero de esta tradición, así como Skinner heredara la de Seeley. La versión de Seeley había ganado renovado ímpetu con la creación de una cátedra de ciencia política dentro de la Facultad de historia en 1928, para la cual Skinner fue elegido en 1979, luego de la publicación de *Fundamentos*.⁵³

Si bien Ranke era el abuelo de una tradición histórica dentro de Cambridge, los figgisiaños eran igualmente germánicos en su inspiración elegida, pues detrás de Figgis y Seeley se encontraba Gierke, cuyo *Deutsche Genossenschaftsrecht* (1868) continúa siendo insuperable.⁵⁴ Gierke contaba una historia medieval sobre una teología política católica en la que el derecho romano era incorporado en el derecho canónico. Este sistema de derecho daba lugar a la concepción de cuerpos corporativos como entidades plenamente jurídicas, cuya autoridad era independiente de, y superior a, cualquier persona individual. Tales cuerpos corporativos, fueran consejos, ciudades o parlamentos, pasaron con ello a poseer los medios ideológicos para desafiar la autoridad de los papas, los emperadores y los príncipes por igual.

En virtud de su decisiva investigación sobre la teología política católica, la tesis de Skinner en *Fundamentos* implicaba una inesperada compañía historiográfica para el autor. Figgis, quien se retiró eventualmente a un monasterio, era un anglicano convencido, en desacuerdo con el Estado soberano de su tiempo. Había un elemento de nostalgia en su consternación

⁵² Keith Thomas, *New York Review of Books*, 17 de mayo de 1979, p. 27; cf. Denys Hay, *Journal of Ecclesiastical History*, N° 31, 1980, pp. 223-226; S. T. Holmes, *American Political Science Review*, N° 73, 1979, pp. 1133-1135.

⁵³ Para la historia temprana de la escuela histórica de Cambridge, véase Stefan Collini, “A Place in the Syllabus: Political Science at Cambridge”, en S. Collini, D. Winch y J. Burrow (eds.), *That Noble Science of Politics: a Study in Nineteenth-Century Intellectual History*, Cambridge, Cambridge University Press, 1983; Stefan Collini, “Disciplines, Canons, and Publics: the History of ‘The History of Political Thought’ in Comparative Perspective”, y Robert Wokler, “The Professoriate of Political Thought in England since 1914”, tanto como Castiglione y Hampsher-Monk (eds.), *History of Political Thought in National Context*; y Mark Goldie, “J. N. Figgis and the History of Political Thought in Cambridge”, en Richard Mason (ed.), *Cambridge Minds*, Cambridge, Cambridge University Press, 1994.

⁵⁴ Ediciones inglesas: Otto von Gierke, *Political Theories of the Middle Ages*, trad. de F. W. Maitland, Cambridge, Cambridge University Press, 1900 [trad. esp.: *Teorías políticas de la Edad Media*, trad. de Piedad García-Escudero, Colección “Clásicos Políticos”, 1995, LXXIV]; y Otto von Gierke, *Natural Law and the Theory of Society, 1500-1800*, trad. de E. Barker, Cambridge, Cambridge University Press, 1934.

frente a la forma de la modernidad, y se inclinaba hacia una especie de medievalismo comunitario.⁵⁵ Es claro que esto no podría estar más lejos de las preferencias políticas de Skinner. Lo que los dos hombres compartían era la convicción general de que la historia del pensamiento político era central para la empresa histórica, y una convicción particular de que había razones para dudar de las doctrinas políticas predominantes. Al escribir historia intelectual, sostenía Skinner, vemos las contingencias frecuentemente mezquinas que dieron lugar a nuestras doctrinas rectoras y aparentemente permanentes. Skinner ha escrito que “somos propensos a caer bajo el hechizo de nuestra propia herencia intelectual [...] [pues] es fácil encantarse con la creencia de que las formas de pensar [...] que nos fueron legadas por nuestras tradiciones intelectuales predominantes deben ser *las* formas de pensar sobre ellas. Dada esta situación, una de las contribuciones que los historiadores pueden realizar es la de ofrecer una especie de exorcismo”.⁵⁶ □

⁵⁵ La política de Figgis y la de sus contemporáneos en las primeras décadas del siglo XX (“la teoría política del pluralismo”) han recibido gran atención recientemente. Véase Paul Hirst (ed.), *The Pluralist Theory of the State*, Londres, Routledge, 1993; Julia Stapleton, *Englishness and the Study of Politics: the Social and Political Thought of Ernest Barker*, Cambridge, Cambridge University Press, 1994; David Runciman, *Pluralism and the Personality of the State*, Cambridge, Cambridge University Press, 1997.

⁵⁶ Skinner, *Visions...*, *op. cit.*, vol. I, p. 6; cf. Skinner, *Liberty before Liberalism*, *op. cit.*, pp. 116-117.

*Fundamentos y momentos**

J. G. A. Pocock

El contexto es rey, pero este escritor, para su propia vergüenza, es incapaz de reflexionar sobre *Los fundamentos del pensamiento político moderno* despegado de un contexto formado por su propia memoria histórica, en la que juega una parte importante y autobiográfica. Me extenderé sobre estas memorias, con la esperanza de ofrecer un comentario sobre el trabajo de Quentin Skinner moldeado por las relaciones de ese trabajo con el mío.

Puedo afirmar que he estado presente en la creación, no solo de *Fundamentos*, sino de la empresa de la que Skinner se ha tornado líder. Dataré su nacimiento alrededor de 1949, cuando la edición del *Patriarca*¹ de Filmer que realizara Peter Laslett lideró el esfuerzo por investigar exactamente cómo y por qué se había a) escrito, b) publicado y c) respondido un trabajo de teoría política. Laslett separaba por casi medio siglo el momento en que el *Patriarca* se había escrito (1630s) del momento en que se había publicado; separaba radicalmente intención de efecto, y concentraba la atención sobre lo que se había pretendido y lo que efectivamente había sucedido cuando los trabajos de Filmer fueron republicados –por agentes sobre los que todavía estamos pensando– en 1679-1680. Lo que hizo entonces Laslett tuvo dos conjuntos de consecuencias. En su propio trabajo, llevó al descubrimiento revolucionario de que los *Tratados sobre el gobierno civil* fueron escritos alrededor de 1680, con intenciones y por lo tanto significados necesariamente diferentes de aquellos que tenían cuando fueron publicados en 1689.² En el mío –debo introducirme aquí a mí mismo como un actor en el relato– orientó mis investigaciones hacia el trabajo de Robert Brady para descubrir que la republicación de Filmer llevaba a dos debates concurrentes en diferentes idiomas (comencé a llamarlos “lenguajes”) de discusión política: uno que se relacionaba con los orígenes y el derecho de gobierno –el campo clásico y la definición del “pensamiento político” –, el otro con los orígenes históricos y las

* Título original: “Foundations and moments”, en *Rethinking the Foundations of Modern Political Thought*, editado por Annabel Brett y James Tully, con Holly Hamilton-Bleakley, Cambridge, Cambridge University Press, 2006, pp. 37-49. Traducción de Eugenia Gay.

¹ Robert Filmer, *Patriarcha and Other Political Works of Sir Robert Filmer*, ed. de Peter Laslett, Oxford, Basil Blackwell, 1949 [trad. esp.: R. Filmer, *Patriarca o el poder natural de los reyes*, ed. de Ángel Rivero, Madrid, Alianza, 2010].

² John Locke, *Two Treatises of Government* [1960], ed. de Peter Laslett, Cambridge, Cambridge University Press, 1988 [trad. esp.: J. Locke, *Segundo tratado sobre el gobierno civil*, Madrid, Península, 2004].

vicisitudes del gobierno en Inglaterra.³ La búsqueda de contextos se tornó ahora la búsqueda de lenguajes así como de momentos. Resultó que Locke había participado en el primer debate, pero difícilmente en el segundo. Su amigo James Tyrell había intentado participar en ambos, y es una observación sobre la disciplina que practicamos, más que sobre su estatura intelectual, que hayan pasado cincuenta años desde el tiempo a que me refiero y la aparición, finalmente, de una monografía sobre Tyrell.⁴ Para mí, como para Skinner, el punto importante ha sido que el estudio de los contextos en el que se realizan los actos de habla políticos puede acarrear, e incluso convertirse en, el estudio de diversos lenguajes, maneras de pensar y perspectivas sobre el mundo en el que han sido conducidos. La cuestión es si el “pensamiento político”, la “teoría política” y la “filosofía política” pueden ser estudiados en formas que reducen la historia en la que han interactuado a una única narrativa.

El momento laslettiano, como lo llamaré, perduró a través de los tardíos 1950s, cuando *Filosofía, política y sociedad* –una serie iniciada y editada por Laslett cuyos contenidos eran tan rigurosamente analíticos que dejaban poco espacio para la reconstrucción histórica– despertaron en mí la idea de que si había tantas maneras de validar una afirmación, cada una de estas maneras debía tener una historia propia y existir en la historia. Realicé mi primera tentativa de elaborar una metodología laslettiana para la historia del pensamiento político en 1962,⁵ cuando el trabajo de Laslett sobre Locke estaba mayoritariamente terminado y sus intereses estaban a punto de tomar una nueva dirección. Publiqué más ensayos metodológicos entre 1968 y 1987;⁶ estos no provocan la misma intensidad de atención analítica que se le ha dedicado a los escritos de Skinner con temáticas similares, aunque me atrevo a decir que la comparación revelaría tanto semejanzas como desemejanzas entre las maneras en las que intentamos reconstruir la ejecución de actos de habla que constituyen el discurso político en la historia. Estoy más interesado en comparar las narrativas históricas que hemos construido que en comparar sus estructuras metodológicas. Para 1964 los ensayos de Skinner, tanto metahistóricos

³ J. G. A. Pocock, *The Ancient Constitution and the Feudal Law: a Study of English Historical Thought in the Seventeenth Century*, Cambridge, Cambridge University Press, 1957.

⁴ Julia Rudolph, *Revolution by Degrees: James Tyrrell and Whig Political Thought in the Late Seventeenth Century*, Nueva York, Palgrave, Macmillan, 2002.

⁵ J. G. A. Pocock, “The History of Political Thought: a Methodological Enquiry”, en Peter Laslett y W. G. Runciman (eds.), *Philosophy, Politics and Society*, 2ª Serie, Oxford, Basil Blackwell, 1962.

⁶ J. G. A. Pocock, “Time, Institutions and Action: an Essay on Traditions and their Understanding”, en Preston King y B. C. Parekh (eds.), *Politics and Experience: Essays Presented to Michael Oakeshott*, Cambridge, Cambridge University Press, 1968, pp. 209-238; J. G. A. Pocock, *Politics, Language and Time: Essays in Political Thought and History*, Nueva York, Atheneum, 1971 (ahora publicados por University of Chicago Press); J. G. A. Pocock, “Verbalising a Political Act: towards a Politics of Language”, *Political Theory*, N° 1, 1973, pp. 3-17; J. G. A. Pocock, “Political Ideas as Historical Events: Political Philosophers as Historical Actors”, en Melvin Richter (ed.), *Political Theory and Political Education*, Princeton, Princeton University Press, 1980, pp. 139-158; J. G. A. Pocock, “The Reconstruction of Discourse: towards the Historiography of Political Thought”, *Modern Language Notes*, N° 96, 1981, pp. 959-980; J. G. A. Pocock, *Virtue, Commerce and History: Essays on Political Thought and History, Chiefly in the Eighteenth Century*, Cambridge, Cambridge University Press, 1985; J. G. A. Pocock, “The Concept of a Language and the *métier d'historien*: Some Considerations on Practice”, en Anthony Pagden (ed.), *The Languages of Political Theory in Early Modern Europe*, Cambridge, Cambridge University Press, 1987, pp. 19-40; J. G. A. Pocock, “Texts as Events: Reflections on the History of Political Thought”, en Kevin Sharpe y Steven N. Zwicker (eds.), *Politics of Discourse: the Literature and History of Seventeenth-Century England*, Los Angeles, University of California Press, 1987, pp. 21-34. [Títulos disponibles en español: *Historia e ilustración. Doce estudios*, Ed. Marcial Pons, 2002; *Pensamiento político e historia. Ensayos sobre teoría y método*, Madrid, Akal, 2012; *La “Ancient constitution” y el derecho feudal*, Madrid, Tecnos, 2011.]

como históricos, habían comenzado a aparecer y habían establecido los fundamentos de una alianza entre nosotros y con otros, que nada parece poder socavar.

Un momento de creación secundaria; los lectores de Tolkien sabrán que este es el verdadero lugar de peligro. *Los fundamentos del pensamiento político moderno* apareció en 1978, y la circunstancia que no puedo dejar de mencionar es que *El momento maquiavélico: el pensamiento político florentino y la tradición republicana atlántica* había aparecido por Princeton tres años antes. Para mayor contextualización y complicación, en 2003, el año en el que fue celebrado el jubileo de plata de *Fundamentos* en la conferencia que dio origen al presente volumen, *El momento maquiavélico* fue republicado con un epílogo que trataba de su recepción y su sobrevivencia,⁷ y el mismo año publiqué *The First Decline and Fall*,⁸ una indagación a través de los siglos sobre la idea de que el imperio romano y su decadencia eran ambos consecuencia de la caída de la república, que bien podría haberse subtítuloado “el momento maquiavélico de Gibbon”. Tres volúmenes, a su vez, aparecieron muy pronto tras los tres volúmenes de *Visions of politics* de Skinner, y hay un complejo de bailes circulares, aunque elefantino, que me alienta a comentar sobre lo que Skinner ha estado haciendo a la luz de lo que yo mismo he estado haciendo.

Fue por supuesto Skinner quien sugirió la primera parte de mi título de 1975 –nadie más que yo debería cargar con la responsabilidad por la segunda– pero el significado del “momento maquiavélico” se ha desarrollado más allá de lo que entonces podría haber tenido en mente. No significa solamente “el momento en el que Maquiavelo ejecutó sus actos de habla y provocó sus consecuencias (incluso aquellas que no podría haber pretendido)”, o “el momento en el que se puede decir que las intenciones de Maquiavelo asumieron su forma” (hay por supuesto dos momentos implícitos en la segunda formulación). Estos son momentos skinnerianos y yo ciertamente había pretendido aislarlos y describirlos; pero hay un nivel más profundo de significado para “el momento maquiavélico”, que puede ser menos plausible atribuir a la sugerencia de Skinner. La frase pasó a denotar –en el transcurso de la escritura del libro del cual es el título– dos momentos de transitoriedad que Maquiavelo percibió, vivió y exploró en sus escritos: el momento en el que alguna forma de gobierno –por ejemplo el régimen establecido por Cosme de Medici a inicios del siglo xv– se percibía frágil, mientras que la república se percibía tanto posible como necesaria; y el momento en que la república, a su vez, encontraba problemas dentro o fuera de su propia naturaleza, con los que no podía lidiar. A falta de algún futuro milenario, pasé a argumentar, la república intentó un equilibrio tan perfecto entre los componentes de una naturaleza humana necesariamente imperfecta que debe interpretarse que incurrió deliberadamente en su propia mortalidad. El cristiano Agustín sabía esto, y también lo sabía el pagano Maquiavelo.

Hay, por consiguiente, un elemento de historicismo en mi trabajo de 1975 –por más escasamente simpática que esa palabra pueda ser para alguien como yo, cuyo pensamiento fue modelado en la era de Karl Popper–: la república, y por extensión la sociedad, se percibe en su

⁷ J. G. A. Pocock, *The Machiavellian Moment: Florentine Political Thought and the Atlantic Republican Tradition: with a New Afterword by the Author*, Princeton, Princeton University Press, 2003 [trad. esp.: *El momento maquiavélico*, trad. de Marta Vázquez-Pimentel y Eloy García, Madrid, Tecnos, 2002].

⁸ J. G. A. Pocock, *Barbarism and Religion*, vol. III: *The First Decline and Fall*, Cambridge, Cambridge University Press, 2003).

historicidad. Es posible, aunque solo debería intentarse con cautela, relacionar esto con la propuesta de que la idea central de la estrategia de contextualización de Skinner es la de devolver el texto y los actos de habla implícitos en su escritura al contexto lingüístico existente en un momento determinado, y construir las intenciones del autor según la forma que tenían en ese momento; mientras que *El momento maquiavélico* y los trabajos que surgieron de él han abordado directamente la cuestión de qué sucede cuando un lenguaje o discurso persiste y es reasignado en una situación histórica, o contexto, diferente de aquel en que fuera desplegado anteriormente. Mi libro intenta narrar de qué manera los textos de Maquiavelo, y las implicaciones de su lenguaje, fueron empleados por algunos y atacados por otros, primero en la Inglaterra del siglo XVII y luego en la Inglaterra y la América del siglo XVIII. Eso no se intenta en, y puede que sea impedido por, la estructura de *Los fundamentos del pensamiento político moderno*, aunque nos acercamos a ello a medida que pasamos del primero al segundo volumen de *Visions of Politics*, casi un cuarto de siglo más tarde. *Fundamentos* se compone de dos volúmenes, titulados *El Renacimiento* y *La era de la reforma*. El primero se concentra en la política del humanismo italiano y de las ciudades-estado italianas, se ocupa del principio de que la vida de un ciudadano en la república es natural y necesaria para los hombres (no para las mujeres), de la recensión de esta idea por parte de Maquiavelo y de las consecuencias de la caída de las repúblicas del *cinquecento*. El segundo no es una continuidad del primero, preocupado principalmente por un problema que las repúblicas nunca enfrentaron: el de las circunstancias, si es que las hay, en las que el súbdito tiene derecho a resistir al gobernante en nombre de la verdad religiosa. No hay necesidad de una narrativa que muestre cómo los problemas del primer volumen fueron reemplazados por los del segundo, pues es dudoso que tal proceso pueda ser localizado alguna vez. *Fundamentos* concluye, sin embargo, con una afirmación⁹ que parece implicar un futuro desarrollo y una narrativa: que “los fundamentos del pensamiento político moderno” fueron establecidos cuando a) el sujeto del pensamiento político pasó a ser predominantemente “el Estado”, y b) “el Estado” pasó a ser el sujeto de una especie de pensamiento denominado “filosofía”. Podría debatirse hasta qué punto estas proposiciones han determinado el curso del trabajo de Skinner desde 1978. Sin embargo, es seguro que no son abordadas –y no veo ninguna razón por las que deberían haberlo sido– en *El momento maquiavélico* o en ninguno de mis trabajos desde 1975.

Esto no constituye un desacuerdo entre nosotros. Yo no ofrecía una historia general del pensamiento político, y compartía lo que podrían considerarse las dudas de Skinner sobre si tal cosa podría existir. No estaba muy preocupado con el momento en el que el pensamiento político se volvió “moderno”, o con los “fundamentos” de lo que sea que permitía que se lo considerara de esa manera; y no estoy sugiriendo aquí que su trabajo debería ser tratado como si intentara resolver tales cuestiones. No me he dedicado –ni lo ha hecho él, creo– a la indagación de la “modernidad”, aunque he señalado varios momentos históricos en los cuales el término “moderno” fue utilizado con sentidos cambiantes. En el trabajo de Skinner, sin embargo, veo que el segundo y el tercer volumen de *Visions of Politics* exhiben una estructura no muy diferente de aquella de *Fundamentos*, que puede proveer tanto un proceso narrado como algunos puntos a debatir entre él y yo.

⁹ Quentin Skinner, *The Foundations of Modern Political Thought*, 2 vols., Cambridge, Cambridge University Press, 1978, vol. II, “Conclusión”, *passim*, especialmente p. 358, poniendo fin a todo el trabajo. [trad. esp.: *Los fundamentos del pensamiento político moderno*, trad. de Juan José Utrilla, México, Fondo de cultura Económica, 1985-1986].

El segundo volumen de *Visions* se asemeja al primer volumen de *Fundamentos* en que consiste en ensayos sobre el pensamiento republicano y cívico antes y durante el tiempo de Maquiavelo. El tercero se compone de ensayos sobre Thomas Hobbes, y podría considerarse que va más allá de los temas del segundo volumen de *Fundamentos*, hasta un tiempo en que “el Estado” estaba siendo creado para disolver los problemas devastadores de la resistencia religiosa y la guerra civil. Más aun, queda claro que Hobbes conocía el lenguaje que retrataba a ciudadanos que vivían en repúblicas para afirmar su virtud civil, militar y moral, y que lo repudiaba por completo, y se puede suponer que pretendía contrarrestar la imagen y el ideal de ciudadano con la del súbdito, que había invocado al Estado para que lo protegiera, debiéndole obediencia incondicional. Podría encontrarse aquí una narrativa concebida en términos generales, en la cual un ideal confrontaba a otro y la confrontación tenía consecuencias; pero continúa siendo un interrogante si estamos siguiendo un proceso de cambio o simplemente moviéndonos hacia otra parte del bosque.

Este interrogante se enreda con otros. En el primer volumen de *Fundamentos*, Skinner propuso una importante modificación de algo que Hans Baron había dicho, y continuaba afirmando, sobre el origen y la originalidad de las ideas republicanas italianas sobre la libertad cívica. Hans Baron –un defensor tan desafiante del humanismo cívico que aún se cree que su crítica y la de todos aquellos asociados con él merece un volumen entero¹⁰ fue a su manera un contextualista laslettiano: sostuvo, con gran detalle bibliográfico, que los humanistas florentinos se transformaron desde el imperialismo medieval al republicanismo “moderno” (como lo entendía él), bajo la presión de una única experiencia histórica, la guerra de Visconti de 1400-1402. Yo no había adoptado esta tesis –recuerdo, aunque no puedo documentarlo, haber recibido una carta del profesor Baron en la que expresaba pesar porque no me había parecido adecuado aprobarla– aunque sí había aceptado el argumento de que había florentinos que llevaron la idea de la ciudadanía activa a niveles que los hacían parte del “momento maquiavélico”. Mantengo esta posición, aunque es posible que valga la pena registrar que no considero que estas afirmaciones constituyan un nacimiento de lo “moderno” basado en un renacimiento de lo “antiguo”, y la noción de “modernidad” ejerce una influencia en la mente académica que me parece poco definida y que me gustaría ver de- y reconstruida.¹¹

También había defendido intensamente que la idea de ciudadanía activa descansaba sobre fundamentos aristotélicos. Esto ha sido bastante malinterpretado, y puedo haber confundido a mis lectores al no haberlo previsto. Claramente, un entrenamiento completamente “aristotélico” o “escolástico” no necesariamente conducía al “humanismo cívico” y podría avalar al rey tanto como a la república. Podría haber aclarado mejor que cuando escribía “aristotélico” no pensaba en la totalidad del *corpus* de su trabajo. Pero había encontrado en la *Política* la teoría más satisfactoria del ciudadano activo que había, o que había podido detectar: aquella en la que él (aún faltaba incluirla a ella) es un igual, que gobierna sobre iguales y es gobernado por ellos, tomando decisiones que se extienden a la forma y el carácter de la *polis* o *res publica*, y que encuentra en el ejercicio y goce de esta igualdad la libertad y la autoridad necesarias para la naturaleza del ser humano. Continúo empleando esta imagen del ciudadano

¹⁰ James Hankins (ed.), *Renaissance Civic Humanism: Reappraisals and Reflections*, Cambridge, Cambridge University Press, 2000.

¹¹ J. G. A. Pocock, “Foundations of Modernity in Early Modern Historical Thinking”, en prensa en *Intellectual History Review*, N° 19, 2007.

en la crítica de mi propio mundo tanto como en la reconstitución de mundos pasados, y me encuentro claramente en el punto de peligro donde lo heurístico y lo prescriptivo pueden transformarse en, o confundirse con, lo histórico. Pero al haber encontrado este concepto en la *Política*, un texto tan conocido como cualquier otro para los humanistas florentinos, me sentí a salvo para utilizarlo en la interpretación de su pensamiento, y creí que tenía alguna evidencia de su presencia en sus textos.

Lo que Skinner propuso en el primer volumen de *Fundamentos* era desplazar toda la formulación –o debería decir “invención”– de la ciudadanía activa desde el *quattrocento*, donde la había localizado Baron, al *trecento*, o incluso antes, a la crisis de la desintegración Hohenstaufen y la predominancia güelfa que humanistas e historiadores pasaron a tratar como algo central. Esto implicaba llevarla desde términos aristotélicos a términos ciceronianos, de griegos a latinos y de la filosofía a la retórica, y desvelar el lenguaje de la ciudadanía empleado por los *dictatores* en general, por Brunetto Latini, Tolomeo da Lucca, posiblemente por el mismo Santo Tomás, y desarrollado en forma pictórica por Ambrogio Lorenzetti en los frescos del buen y mal gobierno en Siena, de los que Skinner ha escrito con tanto contenido. Este enorme cambio –¿es un cambio de paradigma?– desde un vocabulario griego a uno romano ha sido enormemente valioso, aclarando y enriqueciendo nuestra comprensión de la historia de lo cívico. Aun así, cuando exploramos sus intimidades en busca de lo que Baron o yo intentábamos decir, nos encontramos en un terreno en el que Skinner no es el único actor –como nunca pretendió serlo– y deben considerarse otras intenciones, además de las suyas.

III *Dos conceptos de libertad*, de Isaiah Berlin, había sido publicado en 1958. Su *Originalidad de Maquiavelo*, en 1972.¹² El primero inició el debate sobre los conceptos “positivo” y “negativo” de libertad, que aún posee vigencia, y mereció la atención de Skinner en la intervención inaugural sobre *La libertad antes del liberalismo*,* en su conferencia Isaiah Berlin de 2001. Este ha sido un debate analítico y normativo –¿qué concepto tiene más sentido lingüístico?, ¿qué concepto en general es preferible?– y aunque tanto Skinner como yo hemos estado atentos a él en nuestros escritos históricos, y probablemente hemos dado indicios de nuestras respectivas preferencias normativas, ciertamente ninguno de nosotros ha estado escribiendo historia con la pretensión de contribuir a ese debate. No obstante, los dos conceptos tienen valor sustantivo tanto como heurístico para la escritura de la historia, pues ambos han sido alternativamente articulados y opuestos. Fue Carlos I en el cadalso quien declaró que la libertad del pueblo consistía en su libertad bajo la ley, y no en tener voz en su propio gobierno. En la investigación histórica que Skinner y yo hemos estado desarrollando, el concepto “republicano” de ciudadanía activa –particularmente en la forma aristotélica en que he buscado expresarlo– articula a un alto nivel el concepto “positivo” de libertad: es la libertad *para* hablar, *para* actuar, *para* asociarse, *para* entablar relaciones entre iguales, *para* tomar decisiones, *para* decidir dónde residir y quién ser, para ser –en definitiva– la criatura política que se dice que uno es, y que debe ser, por naturaleza. Es menos una libertad para hacer que para ser, menos una afirma-

¹² Para el segundo, véase Myron P. Gilmore (ed.), *Studies on Machiavelli*, Florencia, Sansoni, 1972, pp. 149-206.

* *La libertad antes del liberalismo*, México, Taurus-CIDE, 2004, y “La libertad de las repúblicas: ¿un tercer concepto de libertad?”, *Isegoría*, N° 33, 2005. [N. de la T.]

ción de derecho que un ejercicio de virtud. En otro extremo, el individuo presupuesto por Hobbes, que acepta las acciones del soberano como las suyas propias de modo que puede estar libre del miedo a la muerte, ha llevado la libertad negativa tan lejos como podría llegar, y puede ser inteligible para el filósofo cuando ya no puede ser representada por el retórico.

Pasar de Maquiavelo a Hobbes es pasar de *Visions II* a *Visions III*, no de *Fundamentos I* a *Fundamentos II*. Puede ser que el compromiso de Skinner con Hobbes pertenezca principalmente al período posterior a 1978, pero hace mucho que la presencia de Berlin y sus dos conceptos es evidente para mí –aunque no puedo recordar cuándo la percibí por primera vez–, cuando considero la propuesta de *Fundamentos* de trasladar los orígenes del ideal de ciudadanía desde el *quattrocento* hasta el *duecento* y desde Aristóteles a Cicerón. Esta no es una percepción de las intenciones de Skinner, sino del clima en el que ambos escribíamos. Yo era consciente –y aún lo soy– de una reticencia bien establecida a aceptar el concepto humanista de ciudadanía y su equiparación de la virtud con la autonomía y la actividad, como una voz independiente y persistente en la conversación sobre la política. Hay varias razones para ello. Una de ellas es la preferencia por la libertad negativa de Berlin antes que por la positiva. Por buenas razones, la historia del pensamiento político –una subdisciplina académica– ha sido concebida desde el principio como una interacción entre los lenguajes de la filosofía, la teología y la jurisprudencia, y el lenguaje intensamente retórico, histórico y romano de la ciudadanía republicana no cabe fácilmente en este marco. Ha habido una tendencia a reformular la historia del pensamiento cívico de manera que se adapte al paradigma dominante, y debido a que un fuerte elemento en este último ha sido el lenguaje de la jurisprudencia, que presupone un súbdito que tiene derechos y un soberano que hace las leyes, ha habido un sesgo intrínseco en favor del concepto negativo de libertad. En la mayoría de las críticas que se dirigen contra Baron, contra mí y contra Skinner en la medida en que se considera que nos utilizan, creo detectar un impulso no de reescribir la historia del humanismo cívico, sino de excluirlo de la historia en la medida de lo posible.

Por supuesto que Skinner no comparte este impulso, aunque sospecho un poco cuando parece sugerir el reemplazo de “republicano” por “neorromano”, sobre la base de que este último parece apelar al derecho romano antes que a la virtud romana y al César antes que a la república. La propuesta de *Fundamentos*, de basar la ciudadanía en el ciceronianismo medieval, sin embargo, antecede por mucho la invención del neo-romanismo y apunta contra la opinión de Baron de que el republicanismo activo había nacido de repente y traumáticamente en 1400-1402. En *The First Decline and Fall* he vuelto sobre este tema, y me he visto inclinado a sugerir que las virtudes cívicas alabadas en 1250-1350 no eran incompatibles con una *translatio imperii*, en el sentido de que podrían sobrevivir a la república, florecer y volverse cristianas bajo los buenos emperadores. Recurriendo a Leonardo Bruni, sin embargo, me parece inequívocamente establecido que la libertad que sostenía a la virtud, y el imperio sostenido por esa virtud, comenzaron a colapsar y a decaer con los primeros Césares, que privaron a los romanos de la libertad de la república.¹³ Aquí hay algo mucho más parecido a la ruptura dramática con el imperialismo medieval y con el papismo que manifestaba Baron, aunque no he acompañado su indagación para identificar su momento o sus causas.

No lo he hecho porque me dedico a la historia continua, aunque intermitente, de un tema en la historiografía occidental que es también un tema en el pensamiento político: el tema de la

¹³ Pocock, *The First Decline and Fall*, *op. cit.*, cap. 8.

libertas et imperium, vistos como algo inseparable y sin embargo incompatible. Solo la libertad obtenida con la expulsión de los reyes, dice Salustio, permitió a los romanos construir un imperio, la extensión de ese imperio, dice Tácito, hizo necesario un retorno a la monarquía. La consecuente pérdida de libertad, dicen Bruni y Maquiavelo, destruyó tanto la virtud como el imperio. Toma forma una historiografía en la que el imperio se ve como corruptor tanto de la república como del principado, y la consecuencia para la teoría y la filosofía política es que la libertad se ejerce en la historia y es autoproblematizadora. Es difícil ser libre y gobernarnos sin gobernar a otros que no son libres, una problemática de ningún modo arcaica en el año 2003. De esta manera, el momento maquiavélico se torna un componente permanente del pensamiento político europeo-americano, un tema aún debatido en *The First Decline and Fall*.

IV Si el escenario “maquiavélico” sobrevive y persiste –como opino que lo hace hasta bien entrado el siglo XVIII– me parece justo preguntar cómo se presentará en relación con cualquier escenario que pudiera aparecer en el trabajo futuro de Skinner. Escribo en un momento en que su trabajo posee un futuro amplio cuyo argumento aún no ha sido revelado, y sería una pérdida de buenos árboles llenar páginas con especulaciones sobre ese futuro, o pedirle que anticipe intenciones que se encuentran en proceso de elaborar: uno no conoce las propias intenciones hasta que las ve declaradas y puestas en práctica. No obstante, este volumen representa un momento de conmemoración que es también de expectativa, y como seguramente está a punto de hacer algo diferente de lo que he hecho yo mismo, puede ser sugerente emplear *El momento maquiavélico* para preguntar qué será ese algo.

He sugerido que ninguno de los volúmenes de *Fundamentos* ni el segundo y el tercer volumen de *Visions* nos ofrecen una narrativa abarcadora o una macronarrativa. Permítaseme decir inmediatamente que no existe razón por la cual debería hacerlo, o por la cual serían peores si no lo hacen. Es posible que la inteligencia histórica de Skinner esté concentrada en lo sincrónico, en la reconstrucción detallada de situaciones de lenguaje de la manera en que existen en una determinada época, mientras que la mía se inclina a lo diacrónico, al estudio de lo que sucede cuando los lenguajes cambian o los textos migran desde una situación histórica a otra. De ser así, hay un punto en el cual nuestros intereses divergen y ninguno ofrece más que una crítica incidental del otro. Sin embargo, es cierto que tener, o no tener, un conjunto dado de intenciones tiene consecuencias, y que sobre esas bases es legítimo preguntar si su trabajo podría en el futuro comportar una narrativa abarcadora, y si será semejante –aunque no hay razón para que deba serlo– a la de *El momento maquiavélico*.

He propuesto que *Fundamentos I* y *II* no ofrecen una narrativa abarcadora por la razón de que no hay ningún proceso o serie mediante la cual pueda verse que los autores se desplazan desde el lenguaje de la ciudadanía renacentista al lenguaje de la resistencia reformista. La situación es algo diferente cuando consideramos *Visions II* y *III*, pues Hobbes conocía a Maquiavelo y le parecía problemático para su mundo. Esto es, los conceptos y los argumentos del mundo del pensamiento de la literatura humanista clásica –ciceroniana, plutarquiana, maquiavélica y tacítea– se habían abierto camino, un tanto inesperadamente, al mundo del pensamiento y la armadura retórica de la Inglaterra de los Estuardo, y Hobbes consideraba que su presencia allí era dañina, de modo que se propuso refutarlos y expulsarlos. Sería posible, entonces, construir una narrativa en la que el lenguaje humanista sobre la ciudadanía y sus virtudes colisionara con el lenguaje hobbesiano sobre el derecho, la ley y la voluntad soberana. Esta última, proba-

blemente más profundamente arraigada, obtuvo lo que parece ser una serie de victorias, que sin embargo no expulsaron (como veremos) a las primeras del vocabulario conceptual inglés.

Construir esta narrativa tendría un efecto más interesante. El ciudadano italiano que afirmaba sus virtudes y el sujeto inglés que defendía sus derechos podrían, sin mucha distorsión, colocarse como la representación de los polos “positivo” y “negativo” de “los dos conceptos de libertad” de Isaiah Berlin, y estos conceptos, o fenómenos similares, podrían encontrarse operando en la narrativa de la historia tanto como en las esquematizaciones de la filosofía. Podría decirse que *Reason and Rhetoric in the Philosophy of Hobbes*, de Skinner, es una exploración sofisticada y brillante de los detalles de su presencia conflictiva. Tal narrativa, sin embargo, sería multidimensional y poseería una trama enrevesada. El texto del *Leviatán* es extremadamente rico y es recorrido por innumerables hilos con sus respectivas narrativas. Existen otras narrativas con otros puntos de partida. Las publicaciones recientes de Skinner indican una de ellas: su *Un tercer concepto de libertad*, que continúa con la empresa, evidente incluso antes de *La libertad antes del liberalismo*, de buscar alguna manera de definir la libertad válida tanto como concepto filosófico y como fenómeno histórico, que no fuera idéntica ni a la libertad “positiva” de Berlin ni a la “negativa”. Este tercer concepto puede ser definido, muy brevemente, como la propuesta de que se es libre solo si esa libertad no depende de otro. En la conferencia Isaiah Berlin que lleva este título, Skinner explora este concepto con el espíritu del filósofo analítico, que es una de las cosas que es, y proporciona evidencia de la presencia de un lenguaje que lo sugiere en la historia de la guerra civil inglesa, en un momento en que “un Hobbes apopléjico levantaba su pluma” para responderle.

Tengo ciertas reservas sobre el tercer concepto de libertad. Filosóficamente, la condición de no tener amo, en la cual frecuentemente se resume, me parece extrañamente incompleta cuando se coloca junto a la definición aristotélica de libertad como igualdad, mencionada anteriormente. La igualdad es más que la mera ausencia de desigualdad, puede denotar una relación real y positiva, una amistad o fraternidad (se busca un equivalente de género neutro) entre iguales que se disfruta por su propio beneficio y, convertida en decisión, se vuelve una manera necesaria de afirmar la propia humanidad. No tener amo, y entonces no ser esclavo ni villano, es un medio o un prerrequisito de la igualdad, no el fin para el que uno lo posee, de modo que cuando se propone como alternativa a la libertad positiva de los ciudadanos, comienza a parecer como una disminución de esta última. Históricamente, parece que esta definición de libertad podría situarse en una serie de contextos lingüísticos con sentido para las mentes del siglo xvii, de modo que sería necesario saber en qué contexto particular estaba siendo situado antes de saber qué acto de habla particular se estaba ejecutando. En el material histórico que Skinner nos presenta, la condición de no tener amo parece transformarse en la libertad que se posee bajo la ley, que define nuestras propiedades y derechos y nos hace iguales a otros que son, como uno mismo, *legales homines*, ni siervos ni villanos. Si este concepto de libertad se denomina “neorrománico” parece depender de si se piensa que la definición es provista por el derecho civil o por el derecho consuetudinario.

Me inclino, por lo tanto, a sospechar cierta indeterminación en esta definición de libertad, especialmente cuando se utiliza para denotar una forma de argumento continuamente involucrada en la historia. No dudo de que el argumento de que estar privado del recurso a la ley significa estar reducido a la esclavitud se encuentra regularmente en la historia, desde la guerra civil inglesa hasta la guerra de la revolución americana, o de que es uno de muchos argumentos (no todos reductibles a él) que Hobbes se dispuso a objetar. Pero –mientras espero el texto de Skinner

en las conferencias Ford para instruirme, como de seguro lo haré— sospecho que había otros argumentos en marcha —algunos que pueden encontrarse en el *Leviatán* y otros no— y consecuentemente una serie de narrativas a ser explicadas, especialmente si, con la compañía de Skinner o no, nos aventuramos más allá de Hobbes hacia el mundo, tan diferente, posterior a 1688.

Resumo aquí una narrativa propia que sigue ese camino. Se recordará que seleccioné como figura central de la revolución inglesa no a Thomas Hobbes sino a James Harrington.¹⁴ Si bien sabemos lo que Harrington pensaba de Hobbes, parecemos ignorar lo que Hobbes pensaba sobre Harrington. Pero sí sabemos que si bien diferían radicalmente sobre el significado de *libertas* en las torres de Lucca, concordaban, aunque con objetivos opuestos, en que los primeros obispos no debían su mandato a la gracia sobrenatural conferida por los apóstoles. He propuesto que Harrington construyó una “mediación maquiavélica con el feudalismo”, en la cual la decadencia de las posesiones feudales restituía, por primera vez en un milenio y medio, la posibilidad de que propietarios libres armados pudieran actuar como ciudadanos y exhibir esa virtud de gobierno que los transformaba en retratos de Dios. Considero como evidencia de la profunda división en la mente académica del siglo xx abierta por *Dos conceptos de libertad* de Isaiah Berlin el haber sido acorralado por críticos dedicados a probar que Harrington no era un humanista cívico en un aspecto o en otro, o que no lo era en absoluto. Tampoco parece ser accidental que Richard Tuck pusiera fin a su *Government and philosophy* en 1651, el año del *Leviatán*, y no se extendiera cinco años más, hasta la fecha de *Oceana*. Harrington no era un filósofo en los términos de Tuck, y no puede ser incorporado a una historia del pensamiento político controlado por el concepto de filosofía. El asunto continúa siendo la multiplicidad de paradigmas.

En respuesta a aquellos que criticaron mi interpretación de Harrington, he respondido secundariamente que su filosofía, si es que poseía una, contenía un fuerte aditivo de platonismo. Primariamente, que construyó una historia de las armas, la propiedad, la libertad y la virtud, que iba desde tiempos antiguos hasta los suyos propios y pretendía culminar en un renacimiento de la capacidad para el autogobierno republicano.¹⁵ Este es un objetivo raramente perseguido antes de su tiempo, que inyectó una narrativa histórica dentro de un argumento político en una escala desconocida hasta entonces. Transcurrido medio siglo, sin embargo, estaba siendo atacado con la intención de reemplazarlo por una contranarrativa en la cual la necesidad de portar armas y de actuar en el gobierno propio era relegada a un pasado tanto clásico como bárbaro, y sobrepasada por la capacidad, o mejor dicho la oportunidad, de participar en las relaciones de una sociedad comercial, en la que uno era defendido por profesionales a los cuales se pagaba, y gobernado por representantes que se elegían. El resultado fue una diseminación —por no decir absorción— casi revolucionaria del pensamiento político por un nuevo lenguaje del comercio, los modales y la cortesía,¹⁶ cuyos efectos transformadores han sido el tema de la mayor parte del

¹⁴ Pocock, *The Machiavellian Moment*, op. cit., cap. 11; James Harrington, *The Political Works of James Harrington*, ed. de J. G. A. Pocock, Cambridge, Cambridge University Press, 1977; J. G. A. Pocock (ed.), *Harrington: Oceana and a System of Politics*, Cambridge, Cambridge University Press, 1992.

¹⁵ Pocock, *The Machiavellian Moment*, op. cit., pp. 567-569.

¹⁶ J. G. A. Pocock, “Virtues, Rights and Manners: a Model for Historians of Political Thought”, en Pocock, *Virtue, Commerce and History*, op. cit., pp. 37-50.

discurso sobre el siglo XVIII, y de todos mis propios trabajos desde (e incluyendo) la segunda mitad de *El momento maquiavélico*. Esta es una secuencia a la que las investigaciones históricas de Skinner no lo han llevado, y puede uno preguntarse si lo harán.

Había debates en el siglo XVIII en favor, pero también significativamente en contra, de esta transformación tanto de la política como de la historia. Aquellos que la atacaban generalmente se retrotraían al pasado romano o gótico, en el que el individuo conservaba su virtud a través de su participación directa en el ejercicio de las armas y la política. Aquellos que la defendían, podían representar a la “virtud” como feudal y bárbara, pero les resultaba más difícil dotar al hombre de comercio con una personalidad que reemplazara la unidad que había perdido. Un siglo antes de Benjamin Constant, surgió un debate entre la “libertad moderna” y la “antigua” que tenía mucho en común con las libertades “positiva” y “negativa” de Berlin, pero que se situaba dentro de un historicismo pesimista que describía la personalidad unificada como orientada hacia lo salvaje, y la personalidad civilizada como orientada hacia adelante, hacia la corrupción y la desintegración. Su representante entre los filósofos modernos no ha sido Berlin sino Hannah Arendt, quien sostenía que en el siglo XVIII lo político había sido desbancado por lo social, y el estudio de la acción había sido reemplazado por el estudio del comportamiento.¹⁷

Me tiento desarrollar esta narrativa hacia una crítica del posmodernismo como la consumación de la desintegración del yo en una sociedad mercantilizada, cuyos inicios fueron detectados hace tres siglos. Los puntos importantes para este ensayo son, sin embargo, que su búsqueda me ha proporcionado una narrativa, e incluso una narrativa de la transformación de la narrativa misma; segundo, que al desarrollarla he conseguido relacionar la modificación del pensamiento político mediante la operación, y quizá mediante los roles cambiantes, de modos de discurso distintos de la filosofía, la teología y la jurisprudencia que, según el canon, lo constituyen históricamente. Mi percepción de hace cincuenta años de que la controversia filmeriana había sido conducida en el lenguaje de la historia así como en el de la filosofía fue ampliada y reforzada por el descubrimiento del humanismo cívico y luego de la economía política, y en todo esto me encuentro en deuda con dos estudiosos, Peter Laslett y Quentin Skinner. Al especular sobre el trabajo futuro de Skinner, por lo tanto, me pregunto lo siguiente. ¿Encontrará una narrativa –¿necesita una narrativa?– en la cual el tema y los procedimientos rectores del pensamiento político se transformen por la introducción de nuevos lenguajes? Me he alejado –contra mi voluntad– del estudio de la filosofía y del Estado hacia el estudio de la historiografía y la sociedad civil (en sí mismos conceptos innovadores y renovados). ¿Persigue él aún el *dictum*, que aparece en el final de *Fundamentos*, según el cual el pensamiento político “moderno” consiste en este modo anterior de estudio? De ser así, su definición de “modernidad” probablemente difiera de la mía, aunque preferiría emanciparme de definirla en absoluto. Dudo mucho si se permitirá ser dominado o constreñido por su lenguaje de 1978, pero no puedo predecir con qué conceptos rectores estudiará la historia del pensamiento político hasta Hobbes y probablemente más allá de él. Valdrá la pena esperar para averiguarlo. □

¹⁷ Hannah Arendt, *The Human Condition*, Chicago, University of Chicago Press, 1958 [trad. esp.: *La condición humana*, Buenos Aires, Paidós, 2009, cap. 6].

*Analizando Los fundamentos: retrospectiva y reconsideración**

Quentin Skinner

IEn el inicio de su autobiografía, David Hume observaba: “es difícil para un hombre hablar mucho sobre sí mismo sin vanidad: por lo tanto, seré breve”.¹ Yo iría más lejos y diría que al escribir el tipo de ensayo autobiográfico en el cual me estoy embarcando es imposible evitar algún elemento de autoelogio. Más aun, no puedo estar de acuerdo con Hume en que la mejor manera de lidiar con el problema fuera simplemente hablar tan brevemente como sea posible. Los capítulos precedentes sobre mi trabajo son de un nivel de interés y originalidad tan excepcionalmente elevado que exigen ser examinados en detalle. La única solución, desde mi punto de vista, es la de disculparme desde el inicio por cualquier vulgaridad en el tono y emprender la tarea.

IIEstoy profundamente en deuda con Annabel Brett, James Tully y Holly Hamilton-Bleakey por editar este volumen, y por darme una oportunidad para reflexionar nuevamente sobre mis intenciones al escribir *Los fundamentos del pensamiento político moderno*. Al releer el libro, sin embargo, lo que me impacta principalmente es en qué medida no alcanza las aspiraciones que tenía originalmente para él. Mi pretensión inicial –como la registré en los agradecimientos– era producir un relevamiento histórico que abarcara todo el período desde el Renacimiento hasta la Ilustración. Mientras esto aún era un destello en mis ojos, dicté una serie de clases en Cambridge (como recuerda Mark Goldie) bajo el título de “La formación del pensamiento político moderno”, en las cuales, entre otras cosas, luché en vano por comprender los orígenes ideológicos de la Revolución Francesa. Quisiera poder declarar que mi decisión de abandonar el plan original surgió del reconocimiento de que había algo inherentemente cuestionable en la idea de rastrear el surgimiento de algo llamado modernidad en el pensamiento político. La verdad, más prosaica, es que perdí la esperanza de adquirir el conocimiento suficiente

* Título original: “Surveying *The Foundations*: a retrospect and reassessment”, en *Rethinking the Foundations of Modern Political Thought*, editado por Annabel Brett y James Tully, con Holly Hamilton-Bleakley, Cambridge, Cambridge University Press, 2006, pp. 236-261. Traducción de Eugenia Gay.

¹ David Hume, “My Own Life”, en Ernest Campbell Mossner, *The Life of David Hume*, Londres, Nelson, 1954, Apéndice A, p. 611.

como para escribir con alguna seguridad sobre un período de tiempo tan extenso. A continuación, resolví limitarme a investigar lo que había pasado a considerar como el tema central en el pensamiento político de la modernidad temprana: la adquisición del concepto de Estado soberano, junto con la idea correspondiente de que los sujetos individuales están dotados de derechos naturales dentro y potencialmente contra el Estado. Confieso que hoy en día estoy menos interesado en escribir este tipo de historia. Ha de admitirse que el objetivo de rastrear los orígenes de nuestras creencias y nuestros órdenes presentes continúa siendo actual, y siempre hay historiadores a mano para asegurarnos que la “historia trata de las continuidades”.² Pero la historia no trata sobre una sola cosa, y entre las muchas cosas que los historiadores pueden investigar con provecho están las discontinuidades. Como señala Marco Geuna, últimamente han pasado a interesarme más los contrastes entre nuestros sistemas de pensamiento pasados y presentes, e inclusive he pasado a creer que este tipo de historia puede tener importancia práctica.³ Establecer que algunos de nuestros conceptos políticos más preciados pueden haber estado completamente ausentes en períodos anteriores, o que pueden haber sido interpretados de manera completamente diferente, me parece una de las maneras más efectivas de desafiar la tendencia perpetua de la filosofía política a degenerar en mera servidumbre de su tiempo.

Esto no pretende sugerir que haya algo ilegítimo en intentar investigar las fuentes de nuestras creencias actuales, y el deseo de embarcarse en tal investigación fue indudablemente lo que me impulsó en *Los fundamentos del pensamiento político moderno* (al cual me referiré a partir de ahora como *Fundamentos*). Me sorprende un poco, sin embargo, descubrir cuán irreflexivamente me sentí capaz de equiparar la adquisición del concepto europeo moderno de nación con la construcción de los fundamentos del pensamiento político moderno. Es verdad que, en los siglos transcurridos, los estados-nación se han vuelto un fenómeno global, tanto que tienen ahora una institución –las Naciones Unidas– que debería llamarse propiamente los Estados Unidos, si no fuera que uno de sus miembros se ha reservado ese nombre. También es cierto que la idea concomitante de derechos naturales se ha globalizado igualmente, con el resultado de que las naciones occidentales ahora prefieren hablar de derechos “humanos”, e impulsarlos sobre países aún demasiado ignorantes como para ver el mundo desde la perspectiva occidental. Puede sostenerse, sin embargo, que esta retórica continúa apoyándose en un elemento de imperialismo; y es seguro que, en el momento en que escribía los *Fundamentos*, era menos consciente de la estrechez mental de mi perspectiva de lo que debería haberlo sido.

Cuando finalmente logré organizar mis notas de clase y comenzar a escribir mi libro, en 1972, encontré menos dificultades de las que debería haber considerado para apuntalar lo que me parecían las fronteras apropiadas de mi narrativa. Estaba seguro de que mi relato debía comenzar con el humanismo del *rinascimento* italiano, y sobre todo con una tentativa de dar sentido al pensamiento político de Maquiavelo. Con respecto a mi percepción de un fin, no tenía dudas (aunque esto era otra perspectiva estrecha) de que mi narrativa debía culminar con la revolución inglesa de mediados del siglo XVII, y sobre todo con la filosofía de Thomas Hobbes.

² Para la más reciente aparición de este cliché en el momento de la escritura, véase *The Times Literary Supplement*, 5 de agosto de 2005, p. 25.

³ Anuncié este compromiso en términos generales en un artículo originalmente publicado en 1969. Véase Quentin Skinner, *Visions of Politics*, vol. 1: *Regarding Method*, Cambridge, Cambridge University Press, 2002, pp. 86-89. Pero solo más recientemente este compromiso se ha tornado central para mi investigación. Véase especialmente Quentin Skinner, *Liberty before Liberalism*, Cambridge, Cambridge University Press, 1998, pp. 101-120.

No es difícil recordar por qué esperaba originalmente terminar con Hobbes. En esos días, Gierke era mi biblia, y bajo su autoridad estaba convencido de que con Hobbes la lucha por articular la idea del Estado como portador de la soberanía se había cerrado triunfalmente.⁴ Como subrayé debidamente en mi conclusión, el mismo Hobbes declara en *De Cive* que la tarea de la “ciencia civil” debería ser ahora la de realizar “una búsqueda más curiosa sobre los derechos de los Estados y los deberes de los súbditos”.⁵ Mi elección del punto de partida puede parecer más idiosincrática, pero no me siento inclinado a repetir el relato maravillosamente despectivo de Flaubert en *L'education sentimentale*, sobre por qué su antihéroe Frédéric se embarca en una empresa desconcertantemente similar. Tratando de olvidar una pasión calamitosa, Frédéric “tomó el primer tema que le pasó por la cabeza, y decidió escribir una *Historia del renacimiento*”.⁶ Mi propia decisión, sin embargo, estaba fuertemente sobredeterminada.

Una de las razones de mi elección, como reconocen varios de los colaboradores del presente volumen, era que quería examinar y criticar dos perspectivas dominantes sobre el lugar del *rinascimento* italiano en la historia del pensamiento político moderno. Quería, en primer lugar, cuestionar una presuposición general que había pasado a ser asociada con el nombre de Hans Baron y su estudio clásico, *La crisis del Renacimiento italiano temprano*.⁷ Geuna inicia su capítulo recordando el argumento central de Baron: que la teoría política medieval puede distinguirse por su adhesión a un ideal de monarquía imperial, y que el nacimiento de ideas claramente modernas sobre la libertad política y el autogobierno pueden ser rastreadas hasta la disputa entre Florencia y el Milán de los Visconti a comienzos del *quattrocento*. Baron extraía la conclusión de que el año 1400 marcaba, en consecuencia, una ruptura histórica entre la era medieval y el mundo moderno. Estas perspectivas pasaron a ser generalmente aceptadas, y siempre he asumido que John Pocock, en su gran trabajo *El momento maquiavélico*, estaba entre aquellos que habían sido influidos por la línea de pensamiento de Baron, aunque Pocock nos informa en su contribución al presente volumen que este nunca fue el caso.

La otra tesis que quería cuestionar estaba más específicamente relacionada con la interpretación del pensamiento de Maquiavelo. Escribía en un tiempo en que la tradición alemana –la tradición de Friedrich Meinecke, Ernst Cassirer y Leo Strauss– era aún dominante en la historiografía de la filosofía política del Renacimiento. Uno de los postulados rectores asociados con estos estudiosos era que Maquiavelo había sido el primer teórico político que organizara su pensamiento alrededor del concepto de *lo stato*, el concepto de un Estado impersonal y soberano. A lo cual añadían que había sido también el primero en insistir en que los Estados podrían tener razones para sus acciones –*ragioni di stato*– que no necesariamente contaban como buenas razones en boca de sus propios súbditos.

⁴ Otto von Gierke, *Natural Law and the Theory of Society, 1500 to 1800*, trad. de Ernest Barker, Boston (MA), Beacon Press, 1957, p. 139.

⁵ Quentin Skinner, *The Foundations of Modern Political Thought*, vol. II: *The Age of Reformation*, Cambridge, Cambridge University Press, 1978 [Los fundamentos del pensamiento político moderno, trad. de Juan José Utrilla, México, Fondo de Cultura Económica, 1985-1986, p. 349].

⁶ Gustav Flaubert, *L'education sentimentale*, ed. De René Dumesnil, 2 vols., París, 1942, p. 236.

⁷ Hans Baron, *The Crisis of the Early Italian Renaissance*, 2ª ed., Princeton, Princeton University Press, 1966. Sin embargo, debo resaltar que tengo una gran deuda con el artículo clásico de Baron sobre Maquiavelo (Hans Baron, “Machiavelli: the Republican Citizen and Author of *The Prince*”, *English Historical Review*, N° 76, 1961, pp. 217-253) y que hay un sentido más general, como señala Eric Nelson, *The Greek Tradition in Republican Thought*, Cambridge, Cambridge University Press, 2004, pp. 8-9 en el que estoy en deuda con el análisis de Baron sobre los usos de la historia romana en el Renacimiento.

Contra la primera de estas ortodoxias –la de Baron y sus discípulos– sostuve que la idea de *libertas* y autogobierno fueron articuladas en el *Regnum Italicum* en una fecha muy anterior al año mágico de 1400. Como observa Geuna, esta afirmación ya había sido adelantada por varios historiadores que asociaban estos desarrollos con la recepción de la *Política* de Aristóteles hacia fines del siglo XIII. Sin embargo, yo estaba igualmente insatisfecho con esta periodización, pues me parecía que la emergencia de las ideologías comunales precedía por varias generaciones a la disponibilidad de los textos de Aristóteles, y que las celebraciones pioneras de gobiernos republicanos se debían a las autoridades romanas más que a las griegas. En lo que respecta a Maquiavelo, intenté mostrar que cada uno de sus mayores trabajos intentaba, a su manera, ofrecer un comentario crítico sobre estos patrones previos y duraderos de pensamiento neorromano. Aunque llamara *El Renacimiento* al primer volumen de mi libro, el título no representaba una ironía intencional: mi énfasis estaba en la *longue durée*, no en un momento determinable de renacimiento.

Falta explicar lo que me atrajo a la idea misma de escribir una historia del pensamiento político de la modernidad temprana. Debe admitirse que, por lo menos al comienzo, no estaba interesado primariamente en contribuir a la historia o a la historiografía del tema. Como señala Goldie, en esos días lejanos estaba mucho más interesado en preguntas sobre la interpretación, la explicación y el método histórico en general. Es verdad que durante mis primeros años de investigación (1963-1966), había publicado algunos ensayos principalmente históricos sobre las teorías políticas de la revolución inglesa, dedicados en particular a la figura de Hobbes. Pero mientras más reflexionaba sobre la literatura interpretativa del *Leviatán*, más me encontraba reflexionando sobre la naturaleza de la interpretación misma, y en los años siguientes (1966-1971) escribí una serie de artículos intentando dilucidar mi propia perspectiva.⁸ Cuando en 1972 me dediqué a escribir *Fundamentos*, lo hice básicamente con la intención de utilizar un lienzo amplio para ilustrar algunas de las conclusiones metodológicas e incluso filosóficas a las que había llegado.

Estaba especialmente interesado en desafiar dos presuposiciones generalizadas sobre la interpretación de los textos políticos. Una era que la forma más esclarecedora de analizar la *oeuvre* de cualquier escritor político importante debía ser la de extraer, de sus diferentes trabajos, el conjunto de doctrinas más coherente y sistemático que pudieran contener. Entre los teóricos políticos “clásicos”, Maquiavelo había sido sometido a este tratamiento con extrema severidad. Federico Chabod, Gennaro Sasso y otros estudiosos italianos se habían ocupado, como nos recuerda Geuna, de establecer que *Il principe* y *Discorsi* de Maquiavelo debían considerarse como contribuciones parciales a un todo “maquiavélico” comprensivo, cuya estructura subyacente intentaban develar.

Cuando comencé a estudiar los textos de Maquiavelo por cuenta propia, ya desconfiaba de esta aproximación. Debía esta desconfianza en parte a mis lecturas de R. G. Collingwood, quien me había persuadido de que la manera más reveladora de interpretar cualquier texto filosófico era la de considerarlo como respuesta a un conjunto específico de preguntas e intentar reponer esas preguntas. Pero no estaba menos influido por algunos estudiosos que no solo habían desarrollado una visión similar del método histórico en la década de 1960, sino que lo habían implementado. Pienso en particular en John Pocock y John Dunn. En su capítulo para

⁸ Algunos de los artículos que escribí durante este período fueron publicados muchos años después.

el presente volumen, John Pocock además señala el nombre de Peter Laslett, cuya edición de Filmer y Locke sin duda encarnaba una perspectiva de pregunta y respuesta. Pero Laslett nunca aportó una explicación teórica de su práctica, mientras que tanto Dunn como Pocock publicaron artículos metodológicos pioneros en los años '60 (Pocock en 1962, Dunn en 1968),⁹ después de lo cual procedieron a practicar lo que habían predicado. La monografía clásica de Dunn sobre John Locke apareció en 1969,¹⁰ y el mismo año Pocock me permitió leer un borrador completo de su *Momento maquiavélico*, una obra maestra cuya interpretación de la teoría política de Maquiavelo ejerció una profunda influencia en mi propio trabajo. Sabemos cómo hablar *de mortuis*, pero somos menos adeptos a saber cómo hablar *de viventibus*. W. H. Auden ofrece un excelente principio rector: “Honremos, si podemos, al hombre vertical”. Entre los hombres verticales con quienes estoy más en deuda se encuentra John Pocock, cuya contribución al presente volumen constituye un espléndido ejemplar de su trabajo. Como siempre, es profundamente generoso, pero como siempre nos desafía a reexaminar nuestros hábitos enraizados de pensamiento. Solo puedo objetar que se refiera a mí como el exponente principal del método histórico que he descrito. Su propio liderazgo ha sido una inspiración para todo historiador intelectual de mi generación y más allá.

El relato que propuse en *Fundamentos* sobre la teoría política de Maquiavelo reflejaba adecuadamente mi admiración tanto por la filosofía de Collingwood como por la erudición de Pocock. Esto es, suponía que cada uno de los tratados de Maquiavelo preguntaba sus propias preguntas, y buscaba la coherencia solo a nivel de cada texto individual. Geuna objeta que el resultado me exhibe demasiado prisionero de mis compromisos metodológicos. Acepto que fracasé en hacer justicia a los elementos comunes presentes en los trabajos más importantes de Maquiavelo, y estoy de acuerdo con Geuna en que la preocupación constante de Maquiavelo con el papel del tiempo en la política –*i tempi, l'occasione*– ofrece un buen ejemplo. Pero no me arrepiento de pensar que mi aproximación texto-por-texto es en principio adecuada, y me consuelo con el hecho de que nadie hoy en día podría hablar sobre Maquiavelo como si *Principio* y *Discorsi* fueran fragmentos de un tratado más general sobre la política que Maquiavelo hubiera dejado inexplicablemente sin escribir.

Me dedicaré ahora a la otra presuposición general que quería desafiar y si fuera posible desacreditar en *Fundamentos*. Tenía en vista la opinión de que los historiadores de la teoría política debían centrar su atención en el estudio de un canon de textos “clásicos”. El valor de este tipo de historia, nos decían en aquella época, surge del hecho de que estos textos contienen una “sabiduría atemporal” en forma de “ideas universales”. La mejor manera de aproximarse a ellos debía ser entonces concentrándose en lo que cada uno expresaba sobre los “conceptos fundamentales” y las “preguntas perennes” de la vida política. Debíamos leerlos, en definitiva, como si fueran “escritos por un contemporáneo” para nuestra propia ilustración y beneficio.¹¹

Existe un consenso general según el cual, entre los teóricos clásicos, Hobbes ofrece el mejor ejemplo de alguien que se dedicara a elucidar los conceptos clave de la teoría política en

⁹ J. G. A. Pocock, “The History of Political Thought: a Methodological Enquiry”, en Peter Laslett y W. G. Runciman (eds.), *Philosophy, Politics and Society*, segunda serie, Oxford, Oxford University Press, 1962, pp. 183–202; John Dunn, “The Identity of the History of Ideas”, *Philosophy*, N° 43, 1968, pp. 85-104.

¹⁰ John Dunn, *The Political Thought of John Locke: an Historical Account of the Argument of the “Two Treatises of Government”*, Cambridge, Cambridge University Press, 1969.

¹¹ Para las fuentes de las citas en este párrafo, véase Skinner, *Visions, op. cit.*, I, p. 57.

espíritu puramente filosófico, incluyendo los conceptos de libertad, soberanía, representación, derechos naturales, obligaciones políticas, y así sucesivamente. Sin embargo, como resultado de mis investigaciones de inicios de la década de 1960, había pasado a sentir que esta presuposición básica era cuestionable inclusive en el caso de Hobbes. Como observa apropiadamente Hamilton-Bleakey, la afirmación que más claramente encapsulaba todo lo que había pasado a molestarme sobre la aproximación “canónica” se encontraba en la introducción de John Plamenatz a su *Man and Society*, de 1963. “Para comprender a Hobbes –declaraba– no necesitamos saber qué se proponía al escribir el *Leviatán* ni qué opinión tenía de los argumentos de realistas y parlamentaristas” durante la revolución inglesa.¹² Esta afirmación me parecía la más equivocada posible. Había pasado a pensar que el *Leviatán* trataba sobre la revolución inglesa, y que no podía haber ninguna posibilidad de comprender su interpretación de conceptos como la libertad, la soberanía y la representación sin apreciar el carácter específico de la intervención que Hobbes pensaba estar haciendo en la política de su tiempo.

Fue esta intuición, como señala Hamilton-Bleakey, lo que me llevó a los trabajos de Wittgenstein, Austin y Searle. Wittgenstein nos había instado a preguntar no por el significado sino por el uso de las palabras. Austin y Searle habían extendido esta perspectiva a una teoría general de los actos de habla, examinando las múltiples formas en las que se puede decir que estamos haciendo algo tanto como diciendo algo en el acto de emitir cualquier afirmación sería. De su trabajo obtuve no solo la confianza para sostener que la interpretación textual debía ocuparse no solo de recuperar los supuestos significados de los textos sino también –y tal vez principalmente– del abanico de cosas que se puede decir que los textos hacen, y por lo tanto la naturaleza de las intervenciones que se puede decir que constituyen.

Con un gran salto de fe, esto me llevó al principio sobre el cual se basa *Fundamentos*. Si –me propuse temerariamente– es posible que la forma más esclarecedora de escribir inclusive sobre la teoría política de Hobbes sea tratándolo como un acto político, entonces tal vez esta sea la forma más esclarecedora de escribir sobre teoría política *tout court*. Utilicé el prefacio de *Fundamentos* para resumir mi escepticismo sobre la visión rival de los textos clásicos como meditaciones atemporales sobre temas perennes. “Entiendo –respondía– que la vida política misma establece los problemas para el teórico político, provocando que un cierto rango de temas se presente como problemático, y que un rango correspondiente de preguntas se transforme en el tema principal de debate.”¹³ Como ha subrayado recientemente Kari Palonen, todo mi libro fue una tentativa de demostrar este argumento.¹⁴ Mi aspiración principal en *Fundamentos* era la de escribir una historia de la teoría política esencialmente como una historia de las ideologías.¹⁵ El capítulo de Goldie provee un análisis altamente perspicaz del estilo de historia al cual esta aspiración dio lugar, y no podría explicarlo mejor aquí. El único punto que quisiera resaltar se relaciona con la orientación práctica de mi perspectiva. Como destaca Hamilton-Bleakley, uno

¹² J. P. Plamenatz, *Man and Society: a Critical Examination of Some Important Social and Political Theories from Machiavelli to Marx*, Londres, Longmans 1963, vol. 1, p. ix.

¹³ Quentin Skinner, *The Foundations of Modern Political Thought*, vol. 1: *The Renaissance*, Cambridge, Cambridge University Press, 1978, p. xi.

¹⁴ Kari Palonen, “Political Theorizing as a Dimension of Political Life”, *European Journal of Political Theory*, 4, 2005, pp. 351-366.

¹⁵ Mis referencias a “ideologías” ocasionaron alguna confusión, de modo que tal vez valga la pena reiterar que empleaba el término no en sentido marxista para referirme a las distorsiones de la realidad social, sino en sentido weberiano, para referirme a los discursos de legitimación.

de mis objetivos era dar prioridad a las “formas de vida” sobre las teorías, y así desafiar la presuposición de que la historia intelectual es diferente de la historia de las instituciones y del comportamiento.¹⁶ Quería, en otras palabras, socavar la distinción convencional entre teoría y práctica. Escribiendo en tono weberiano, subrayé el hecho de que las prácticas políticas normalmente necesitan ser legitimadas. Sin embargo, como he sostenido, la habilidad de legitimar nuestro comportamiento al mismo tiempo que obtenemos lo que queremos depende en parte de la habilidad para mostrar que nuestras acciones pueden ser descritas según un principio o valor aceptado. Por lo tanto, hay un sentido en el que la dirección de la vida política siempre será controlada por tales principios, y así será inclusive cuando los agentes involucrados no posean ningún vínculo genuino con los valores según los cuales declaran actuar. Así es como sucede que, en el breve resumen de Tully, la pluma sea una espada poderosa.¹⁷

Este relato de mis procedimientos –y especialmente de mi deseo de enfocarme en discursos legitimadores antes que en textos clásicos– puede sugerir que había aceptado rígidamente el argumento que Michel Foucault propagaba más o menos en la misma época sobre la muerte del autor.¹⁸ Pero como enfatiza acertadamente Hamilton-Bleakley, siempre he querido reservar un lugar para la figura tradicional del autor dentro del estudio más amplio de los “lenguajes” políticos. Una razón es que de otra forma hay un riesgo (como señala Goldie) de deslizarse nuevamente hacia la escritura de la historia desencarnada de los “ismos” o “ideas-unidad”, una especie de historia que rápidamente pierde de vista los varios propósitos que pueden servir diferentes sistemas de creencias. Pero mi principal razón para querer hablar de autores y no meramente de textos siempre ha sido la de intentar dar sentido a aquellos momentos en los que una *episteme* prevaleciente (para citar la terminología de Foucault) es cuestionada u horadada. Me parece una debilidad de la perspectiva más estructuralista de Foucault que tenga tanta dificultad en explicar cómo suceden tales cambios conceptuales.

Considérese, por ejemplo, la visión humanista de la política que discuto en el volumen I de *Fundamentos*. Según esta visión de la vida pública, la cualidad de la *virtù* es al mismo tiempo el medio para alcanzar la *gloria* civil y un compendio de las virtudes morales. Estas presuposiciones fueron sujetas a un desafío que hizo época cuando Maquiavelo propuso en *Il príncipe* que la cualidad de la *virtù* debía ser el nombre de *cualquier* conjunto de atributos (morales u otros) que conducen a la *gloria*. El resultado fue un furioso debate sobre si había alguna *ragione di stato* distintiva que trascendiera las reglas morales ordinarias. ¿Cómo podemos esperar explicar este desarrollo a menos que estemos preparados para identificar a Maquiavelo como el autor de la obra que desencadenó la discusión?

Sin embargo, aparte de este elemento tradicional en mi narrativa, ciertamente *Fundamentos* esperaba enfocarse todo lo posible no en autores individuales sino en genealogías de discurso más amplias. Quería dejar tan claro como fuera posible que ni siquiera los autores más originales son jamás los inventores del lenguaje que hablan, sino que son siempre el producto de una cultura preexistente con la cual inevitablemente dialogan.¹⁹ Como señala Goldie, mi

¹⁶ Para una evaluación valiosa de este punto, véase Annabel Brett, “What is Intellectual History Now?”, en David Cannadine (ed.), *What is History Now?*, Londres, Palgrave, 2002, pp. 113-131, esp. p. 115.

¹⁷ James Tully (ed.), *Meaning and Context: Quentin Skinner and his Critics*, Cambridge, Polity Press, 1988, pp. 7-25.

¹⁸ Véase especialmente Michel Foucault, “What is an Author?”, en Josué V. Harari (ed.), *Textual Strategies*, Ithaca (NY), Cornell University Press, 1979, pp. 141-160.

¹⁹ Para esta formulación, véase Brett, “What is Intellectual History Now?”, *op. cit.*, p. 118.

libro estaba activamente organizado de manera de forzar al lector a confrontar este argumento. Si, por ejemplo, se consulta la bibliografía de textos primarios en el volumen I, se encontrará una lista de cerca de doscientos títulos. Pero al referirse a la lista de contenidos, solo se encontrará un escritor político mencionado por su nombre: el autor (sic) de *Il príncipe*.

Al principio, mi intento de mostrar que la teoría política forma parte de la vida política causó mucha indignación. Michael Oakshott fue solo el más distinguido entre muchos críticos hostiles que me amonestaron por no comprender que la teoría política “genuina” ocupa un universo filosófico autónomo²⁰ (tampoco fue el único crítico que se facilitó el trabajo insertando su conclusión predilecta en sus premisas). Desde entonces, sin embargo, los tiempos han cambiado, y muy para mejor, creo. Ninguno de los colaboradores del presente volumen parece encontrar cualquier dificultad con mi presuposición cardinal según la cual como en la discusión política no hay nada más que la batalla, la idea de estar por sobre la batalla tiene poco sentido. Por el contrario, muchos de ellos se alinean explícitamente con este punto de vista esencialmente nietzscheano.

Con todo, muchos colaboradores levantan una duda interesante sobre el alcance de mi argumento. Goldie objeta que le falta aquello que él describe como expansividad genérica.²¹ Una vez que aceptamos, sostiene, que la actividad característica de los teóricos políticos es la de legitimar o desafiar instituciones y creencias existentes, se vuelve meramente arbitrario concentrarse en los textos confesamente “políticos” como medio de ilustrar la tesis. En cambio, debemos reconocer que el poeta, el pintor y el músico pueden ser igualmente hábiles para montar argumentos políticos, y pueden incluso ser capaces de hacerlo con fuerza insuperable. Esto me parece una crítica justa, y que hoy en día quisiera llevar aun más lejos. Una vez que tomamos en serio el argumento de Goldie, la noción de una “historia de la teoría política” particularizada comienza a deshacerse en el aire. Precisamos reemplazarla, argumentaría ahora, con una forma de historia intelectual más general en la que, incluso si seguimos centrándonos en textos “políticos”, permitimos que el principio de expansividad genérica reine libremente. Si, por ejemplo, fuera hoy a reescribir los capítulos del volumen I de *Fundamentos* sobre el republicanismo temprano del *Regnum Italicum*, definitivamente querría prestar tanta atención a los frescos de Ambrogio Lorenzetti como a los tratados de Marsilio de Padua.²² Si, en el mismo sentido, fuera a escribir sobre el retorno de *libertàs* como grito de guerra en el *risorgimento*, podría muy bien inclinarme a atribuir este desarrollo tanto a las primeras óperas de Verdi como a los escritos de Mazzini o a los discursos de Cavour. En definitiva, concuerdo en que debemos cultivar una historia de la teoría política en la que pueda integrarse y ponerse en funcionamiento un abanico mucho más amplio de fuentes. El capítulo de Warren Butcher se dedica a una crítica diferente, sobre el alcance excesivamente estrecho de mi trabajo. Si bien concede que el objetivo básico debe ser el de recuperar aquello que los textos hacen tanto como lo que dicen, enfatiza que muchos agentes además de los autores pueden estar haciendo cosas con textos, incluidos aquellos que los copian, financian su publicación, los recomiendan a otros o expiden advertencias contra su influencia. Más aun, los intereses de estos lectores tar-

²⁰ Michael Oakshott, “The Foundations of Modern Political Thought”, *The Historical Journal*, N° 23, 1980, pp. 449-453.

²¹ Goldie, “The context of *The Foundations*”, en este volumen, pp. 3-19.

²² Como lo hice cuando volví a escribir sobre la teoría política del *trecento* en los ‘80s. Véase Quentin Skinner, *Visions of Politics*, vol. II: *Renaissance Virtues*, Cambridge, Cambridge University Press, pp. 39-92.

díos serán inevitablemente diferentes de, y podrían muchas veces contradecir, aquellos de los *soi-disant* autores de los textos en cuestión. Como resultado, los significados de estos textos dependerán en parte de tales procesos de transmisión, y puede ser necesario recuperarlos mediante el examen de tradiciones de discurso mucho más amplias de las que he posibilitado.

Esta crítica sin duda asesta un golpe contra mi propuesta de que necesitamos pensar en los textos políticos esencialmente como intervenciones en algún debate identificable. Pero difícilmente sirve para invalidar mi perspectiva. Antes bien, exige una forma suplementaria de interrogación sobre la *fortuna* de los textos y el rango de cosas que se pueden hacer con ellos. Pocock captura perfectamente el punto cuando habla de mi predilección por intentar “retornar al texto, y a los actos de habla implícitos en su escritura, al contexto lingüístico existente en un momento particular”, en contraste con su propio interés en preguntar “qué sucede cuando un lenguaje de discursos persiste y es reasignado en una situación histórica, o contexto, diferente de aquel en el que había sido implementado anteriormente”.²³ Este último lenguaje no es uno en el que alguna vez haya aspirado a escribir, pero ciertamente concuerdo en que es capaz de producir efectos intensamente esclarecedores. Que es así es evidente en buena parte del trabajo reciente de Pocock,²⁴ y el capítulo de Boutcher provee algunos ejemplos no menos fascinantes. Escribiendo, por ejemplo, sobre *De la servitude volontaire* de La Boétier, Boutcher puede demostrar que a veces puede ser completamente imposible identificar la naturaleza de la intervención para la que un texto fue pensado originalmente, puede que *solo* sea posible capturar y examinar su sobrevida posautoral.

De *Fundamentos* sería acertado decir que era una estructura de dos niveles. Ofrece un examen de la literatura política producida en Europa occidental en el período moderno temprano, y especialmente en el siglo XVI. Pero al mismo tiempo trata estos materiales como contribuciones a una visión emergente del Estado como el portador de la soberanía, y con ello los ve como aspectos de un tema global y unificador. Ofrecer esta caracterización, sin embargo, es sugerir que el libro es un *grand récit* en el mismo estilo fustigador tan influyente de Jean-François Lyotard en *La condition postmoderne*.²⁵ En este sentido, una pregunta que surge, como muchos de los colaboradores de este volumen señalan, es hasta qué punto mi libro es culpable de los crímenes asociados por Lyotard y otros críticos posmodernos con la construcción de metanarrativas. La objeción general a los *grand récits* siempre ha sido que se presentan como el único relato sobre su tema elegido. Una de las razones por la que se sostiene que esto es cuestionable es que, aunque siempre habrá una multiplicidad de relatos rivales que podrían igualmente ser narrados, estos siempre serán suprimidos en nombre de la preservación de la metanarrativa. Esta es sin duda una acusación que puede hacerse con justicia a muchas secciones de mi libro. Annabel Bretto observa, respecto de mi capítulo sobre la segunda escolástica, que, al concentrarse en los puntos de vista de los dominicanos sobre la *civitas* y la *res publica*, subestima hasta qué grado mantuvieron una perspectiva internacjonalista, resistiendo la idea de las repúblicas individuales como entidades jurídicamente aisladas unas de otras. Martin van Gelderen igualmente reclama que mi énfasis en la soberanía

²³ Pocock, “Foundations and Moments”, en este volumen, p. 40.

²⁴ Véase especialmente J. G. A. Pocock, *Barbarism and Religion*, vol. III: *The First Decline and Fall*, Cambridge, Cambridge University Press, 2003.

²⁵ Jean-François Lyotard, *La condition postmoderne: Rapport sur le savoir*, París, les Editions de Minuit, 1979, esp. pp. 7-9 y 35-43.

nacional ignora el hecho de que muchos escritores republicanos del período moderno temprano rechazaban explícitamente el Estado soberano en favor de la defensa de modelos rivales de poder localizado y federado.²⁶ El punto en el que convergen estas críticas es que, incluso al final del período sobre el que trabajé, la noción de Estado como la unidad más natural de poder político era tema de intenso debate. Una segunda objeción sobre los *grands récits* es que, incluso cuando es posible presentar plausiblemente un cuerpo particular de textos como contribución a algún tema global, las exigencias de las metanarrativas harán que los textos en cuestión sean manipulados en un inapropiado estilo de Procusto. Cathy Curtis sugiere que esta crítica puede ser lanzada contra mi tratamiento de la teoría política humanista, mientras que Brett muestra que indudablemente se aplica a mi capítulo sobre la segunda escolástica, en la cual me permito, en sus palabras, elegir y seleccionar.²⁷ Enfocando la incontestable contribución de los escolásticos a la teoría del Estado moderno, me concentro casi enteramente en sus perspectivas sobre la ley, la justicia y la naturaleza del poder soberano. Como resultado, presto poca atención a sus perspectivas igualmente sistemáticas sobre temas como la legitimidad de la propiedad privada, la ética del imperio y las leyes de la guerra. Este reclamo también me parece justificado. Veo ahora que hay varias secciones de mi libro en las que, con el objetivo de satisfacer las demandas de la metanarrativa, desfiguré las teorías que vengo exponiendo.

De todas las objeciones a los *grands récits*, la más dañina es la de que fuerzan a los agentes históricos a participar en relatos que no les pertenecen. El propósito del capítulo de Harro Höpfl es lanzar precisamente este ataque sobre mi análisis del pensamiento político escolástico. Ninguno de los escolásticos, insiste Höpfl, escribió jamás sobre “política” o publicó tratados de “pensamiento político”. El término “política” en su vocabulario se refería a un arte puramente práctico, y por lo tanto a un tema sobre el cual no podían adquirirse certezas. Pero los escolásticos nunca se ocuparon con tales artes; les interesaba solo la adquisición de conocimiento demostrativo, y por lo tanto el estudio de las ciencias genuinas. Hablar de una “contribución” escolástica al “pensamiento político” es por lo tanto hablar en términos deplorablemente anacrónicos.

La acusación de Höpfl es presentada con considerable fuerza, tanto que a veces uno siente que el engranaje comienza a tambalear. Tampoco puede negarse que su punto se sostiene. Hoy en día vería como un deber sagrado, al intentar reproducir el contenido de un argumento, la utilización de la terminología exacta empleada por los propios protagonistas. No hacerlo es atribuirles inevitablemente distinciones que no realizaron, y atribuir a alguien distinciones que no le son familiares significa cesar de reportar sus creencias. Hasta este punto comparto la inquietud de Höpfl, y es para mí una fuente de asombro tanto como de consternación descubrir cuán relativamente desaprensivo de la observación de esta regla vital fui en *Fundamentos*.

Sin embargo, me siento inclinado a entrecerrar un poco los ojos frente a la crítica de Höpfl. Las tres facultades más importantes en las universidades de la Europa moderna temprana –las facultades en las que se enseñaban las ciencias genuinas– eran las de derecho,

²⁶ Martin van Gelderen, “Aristotelians, Monarchomachs and Republicans: Sovereignty and *res publica mixta* in Dutch and German Political Thought, 1580-1650”, en Martin van Gelderen y Quentin Skinner (eds.), *Republicanism: a Shared European Heritage*, vol. 1: *Republicanism and Constitutionalism in Early Modern Europe*, Cambridge, Cambridge University Press, 2002, pp. 195-217.

²⁷ Annabel Brett, “Scholastic political thought and the modern concept of the state”, en este volumen, p. 142.

teología y medicina. Sin embargo, la medicina también era clasificada como arte práctico. Los escolásticos consideraban posible, en otras palabras, estudiar las artes prácticas de forma genuinamente científica. En una sección fascinante de su capítulo, Brett explora las implicaciones de este compromiso para el análisis de la vida política. Como ella establece, Aquino ya estaba preparado para sostener que, debido a que todas las comunidades son constituidas por seres humanos, podemos esperar llegar a una comprensión científica de cómo deberían ser gobernadas. Según Aquino, el nombre de la ciencia que se ocupaba de tales cuestiones es *scientia politica*, la ciencia de la política. Siguiendo a Aquino, una serie de escolásticos comenzaron a escribir en detalle sobre tales temas “políticos”, incluyendo los temas que destaco en mis capítulos sobre el pensamiento escolástico: la naturaleza del derecho, los requerimientos de la justicia, los poderes del Estado secular. Siendo así, creo que no hay nada de anacrónico en la afirmación de que estos escritores estaban realizando una contribución a la historia del pensamiento político.

Me parece, en definitiva, que el capítulo de Höpfl va demasiado lejos. Para un tratamiento fuertemente contrastante y, diría, más matizado, de la compleja cuestión de la nomenclatura, quisiera referirlo al reciente e innovador estudio, *Jesuit political Thought: the Society of Jesus and the State, c.1540-1630*. La introducción habla sin reparos sobre los “pensadores políticos” de la segunda escolástica, de sus perspectivas sobre la “autoridad política” y de su preocupación con “cuestiones de Estado”. El análisis subsiguiente se dedica a evaluar su contribución distintiva a lo que se describe, nuevamente sin ambages, como “la historia del pensamiento político”. Hay una cierta ironía, sin embargo, en llamar la atención de Höpfl a este importante libro, pues lo escribió él mismo.²⁸

I Comencé señalando que originalmente había planeado cerrar *Fundamentos* con la política de la revolución inglesa, y más específicamente con la filosofía de Hobbes. Sin embargo, lejos de comprender la primera mitad del siglo XVII, como hubiera requerido esta ambición, eventualmente lo cerré con los teóricos de la soberanía absoluta y sus adversarios constitucionalistas en las décadas finales del siglo XVI. Pocock resaltó en ese momento que, en vista de mi preocupación general con la idea del Estado, este parecía un momento peculiar para retirarse, y en el presente volumen Goldie afirma que mi libro “se detiene algo abruptamente alrededor de 1600”.²⁹

Creo que la acusación de que he construido una columna trunca no se justifica. Como enfaticé en mi introducción, me refería a un tema esencialmente weberiano. Intentaba recuperar las precondiciones, materiales tanto como intelectuales, para la creciente aceptación en la Europa occidental de la idea de que los asuntos de gobierno deberían ser puestos en manos de autoridades unitarias detentoras del monopolio del uso legítimo de la fuerza. Entendí que, con la afirmación de la teoría de la soberanía legislativa absoluta en el trabajo de Jean Bodin y sus seguidores, y con su articulación de la consecuente distinción entre Estados y formas de gobierno, mi relato había llegado a su término. Aun siento que este criterio era intelectualmente

²⁸ Harro Höpfl, *Jesuit Political Thought: The Society of Jesus and the State, c. 1540-1630*, Cambridge, Cambridge University Press, pp. 2, 4 y 5.

²⁹ Goldie, en este volumen, p. 13.

defendible, y vale la pena recordar que incluso Julian Franklin, uno de los más insatisfechos de mis críticos originales, entendió que era indisputable.³⁰

Debo admitir, sin embargo, que tenía más razones para abandonar cualquier tentativa de cubrir la primera mitad del siglo XVII. No podía desentrañar el proceso por el cual, en el curso de ese período, el “sujeto” de la soberanía absoluta pasó a ser identificado con la *persona ficta* del Estado. Podía ver que este debía ser mi tema guía, y podía ver que la declaración de Hobbes en el *Leviatán* según la cual el Estado es “una persona” sería un final apropiado. Pero no podía ver mucho más que eso.³¹ Como resultado, Hobbes es sin duda la ausencia más importante de mi libro. Siendo así, estoy especialmente agradecido de que no menos de tres de los capítulos del presente volumen estén dedicados a la teoría del Estado de Hobbes. Me proporcionan una buena oportunidad para decir algo más acerca de la evolución y la orientación de su pensamiento político. El capítulo de David Armitage sirve para recordarme que, si hubiera llevado a cabo mi proyecto más amplio en *Fundamentos*, habría prolongado el alcance restringido ya observable a lo largo del libro. Como señala Armitage, examino el Estado casi solo en relación con su organización y sus capacidades internas, y no tengo casi nada que decir sobre su papel como agente internacional. Esto es sin duda un defecto, pero no estoy seguro de cuánto lo habría exacerbado si hubiera escrito sobre Hobbes sin examinar esa dimensión de su pensamiento. Después de todo, ¿por qué discute Hobbes la relación entre Estados? Armitage no planteaba la cuestión, aparentemente dando por sentado que Hobbes debe haber entendido que se trataba de un asunto ineludible. Pero creo que puede sostenerse que la razón principal por la que Hobbes introduce el tema no es un interés en la teoría de las relaciones internacionales en sí mismas, sino que pretende introducir un argumento polémico sobre la naturaleza del Estado.

Una de las posiciones que Hobbes está más ansioso por derrumbar en el *Leviatán* es la que sugiere que solo podemos esperar preservar nuestra libertad si vivimos como ciudadanos de repúblicas o “Estados libres”. Habla con aborrecimiento de “esos escritores democráticos” que insisten en “que los súbditos de un Estado popular disfrutan de libertad, pero que en una monarquía son esclavos”.³² Para ver de qué manera la exposición de Hobbes sobre las relaciones entre Estados le permite desacreditar o por lo menos ridiculizar esta línea de pensamiento, será útil comenzar con la cuidadosa anatomía de las perspectivas de Hobbes sobre el ámbito internacional propuesta por Armitage. Como demuestra Armitage más allá de toda duda, el argumento básico de Hobbes en todas las versiones maduras de su teoría política es que el derecho de las naciones o *ius gentium* es directamente idéntico al derecho natural o *ius naturale*. Como lo resume Hobbes en el capítulo xxx del *Leviatán*, vienen a ser “lo mismo”.³³

Lo que necesitamos elucidar para comprender las perspectivas de Hobbes sobre la relación entre Estados es lo que quiere decir con *ius naturale*. Hobbes proporciona su respuesta más analizada en el capítulo XIV del *Leviatán*, en el que enuncia dos argumentos estrechamente

³⁰ Julian Franklin, “Review of *The Foundations of Modern Political Thought*”, *Political Theory*, N° 7, 1979, pp. 552-558, esp. p. 553.

³¹ El intento de dar sentido a la idea de que el Estado es una *persona ficta* representada ha sido, en consecuencia, tema de buena parte de mis investigaciones recientes. Véase especialmente Skinner, *Visions, op. cit.*, II, pp. 386-413; *Visions of Politics*, vol. III: *Hobbes and Civil Science*, Cambridge, Cambridge University Press, 2002, pp. 177-208; Quentin Skinner, “Hobbes on Representation”, *European Journal of Philosophy*, N° 13, 2005, pp. 155-184.

³² Thomas Hobbes, *Leviathan, or The Matter, Forme & Power of a Common-wealth Ecclesiasticall and Civill*, ed. de Richard Tuck, Cambridge, Cambridge University Press, 1996, p. 226.

³³ *Ibid.*, p. 244.

conectados. Uno es que el *ius naturale* puede ser equiparado con el derecho natural, el derecho poseído por todos en el estado de naturaleza para hacer lo que sea que crean necesario para protegerse. El segundo argumento es que, a su vez, el derecho natural puede ser representado como una forma específica de libertad o de libertad natural. Como lo resume Hobbes al inicio, “el DERECHO DE NATURALEZA, que los autores comúnmente llaman *Jus Naturale*, es la libertad que cada hombre tiene para utilizar su propio poder, como lo crea conveniente, para la preservación de su propia naturaleza, eso es, de su propia vida”.³⁴

Armado con este análisis, Hobbes procede, en el capítulo XXI del *Leviatán*, a exponer uno de sus efectos retóricos más ingeniosos. *Ahora* podemos ver, declara, de qué deben estar hablando los escritores democráticos cuando exaltan la libertad de los “Estados libres”. Dado que el derecho de las naciones no es más que la libertad de la naturaleza, deben estar hablando simplemente de la misma clase de libertad que puede decirse que toda persona posee en el estado de naturaleza. Así como “todo hombre particular” en su condición natural tiene “total y absoluta libertad” para protegerse a sí mismo, también toda república (no todo hombre) tiene absoluta libertad para hacer lo que juzgue” que es “más conveniente para su propio beneficio”.³⁵ De esta manera, el movimiento brillantemente deflacionario de Hobbes consiste en insistir en que la tan alardeada libertad supuestamente alcanzable solo en “Estados libres” no es más que la libertad de defenderse a sí mismos contra otros Estados. Como concluye socarronamente, “los *atenienses* y *romanos* eran libres, esto es, repúblicas libres: no es que cualquier hombre en particular tuviera libertad para resistir a sus propios representantes, sino que su representante tenía la libertad de resistir o de invadir otro pueblo”.³⁶

Armitage señala acertadamente que las reflexiones de Hobbes sobre las relaciones entre Estados son notablemente “superficiales” e incluso “precarias” en su calidad.³⁷ La razón, quisiera proponer, es que puede ser falso suponer, para la concepción del proyecto de Hobbes, que procuraba realizar una “contribución”, como asume Armitage, “al pensamiento internacional”.³⁸ La desestimación sarcástica de los escritores democráticos por parte de Hobbes, y de sus propuestas sobre los méritos especiales de los “Estados libres”, es uno de los grandes golpes retóricos del *Leviatán*, y depende completamente de su identificación subyacente entre el derecho de las naciones y el derecho de naturaleza. Pero es posible, quiero sugerir, que de no haber estado tan ansioso por urdir este golpe, tal vez no hubiera prestado absolutamente ninguna atención al derecho de las naciones.

A continuación, quisiera examinar las conexiones entre la historia que relato en *Fundamentos* y el desarrollo de la teoría del Estado de Hobbes. Mi propia visión de Hobbes, como he intentado mostrar en trabajos recientes, es que merece ser reconocido como el escritor contrarrevolucionario más importante de su época.³⁹ Para comprender esta posición, necesitamos comenzar considerando la era de la política revolucionaria en Francia y en los Países Bajos a fines del siglo XVI. Buscando legitimar sus protestas contra las monarquías Valois y Habsburgo, los calvinistas radicales en ambos países comenzaron a reivindicar la legalidad de la

³⁴ *Ibid.*, p. 91.

³⁵ *Ibid.*, p. 149.

³⁶ *Ibid.*

³⁷ David Armitage, “Hobbes and the foundations of modern international thought”, en este volumen, pp. 224, 221.

³⁸ *Ibid.*, p. 221.

³⁹ Véase Skinner, *Visions, op. cit.*, II, p. 405.

resistencia al dominio herético y tiránico. Sostuve en *Fundamentos* que estos “monarcómacos” –o teóricos mata-reyes, como los estigmatizara William Barclay– utilizaron a su vez doctrinas luteranas originalmente desplegadas contra el emperador Carlos V. Veo ahora que, como señala Gelderen, este argumento adicional puede ser cuestionable, pues los luteranos generalmente se limitaban a reivindicar el derecho de autodefensa. Pero no puede haber ninguna duda sobre mi argumento principal: que entre los monarcómacos calvinistas más importantes –escritores como Johannes Althusius en Holanda y el autor de los *Vindiciae, contra tyrannos* en Francia– el derecho general del pueblo o de sus representantes para recurrir a la resistencia por la fuerza contra la tiranía era inequívocamente admitido.

Frente al desafío revolucionario, varios escritores políticos respondieron con la insistencia en la necesidad de una soberanía absoluta e irresistible, entre ellos Jean Bodin y William Barclay en Francia y Hugo Grotius en Holanda. Hobbes pertenece, sostengo, esencialmente a este grupo de contrarrevolucionarios. Con el estallido de la guerra civil inglesa en 1642, parlamentaristas como Henry Parker, William Prynne y sus seguidores, lograron introducir los argumentos más radicales de los monarcómacos en el pensamiento político anglófono. El *Leviatán*, según mi punto de vista, es esencialmente la respuesta de Hobbes a estos escritores democráticos y la marea teñida de sangre que desataron.⁴⁰

El principal propósito de Richard Tuck en su brillante capítulo es cuestionar toda esta genealogía. Lejos de ser un enemigo declarado de los escritores democráticos –replica–, Hobbes era un teórico sofisticado y profundo de la democracia.⁴¹ Uno de los grandes logros de Hobbes, especialmente en las primeras versiones de su teoría política –sobre la cual se concentra principalmente Tuck– fue la de proporcionar una “nueva teoría de la democracia”.⁴² “La contribución de Hobbes a la teoría democrática” nos dice, fue “tal vez uno de sus legados más importantes”.⁴³

Según Tuck, la forma de democracia que interesaba principalmente a Hobbes era la que fuera descrita por Aristóteles en la *Política* como “radical” o “extrema”. Aristóteles es citado diciendo que en su forma “extrema”, “no la ley, sino la multitud, tiene el poder supremo, y sustituye la ley por sus decretos”.⁴⁴ Tuck propone dos argumentos sobre este tipo de gobierno, el primero de los cuales se refiere a la relación que hay al respecto entre los análisis de Aristóteles y de Hobbes. Hubo un intermediario clave, sostiene Tuck, a saber, la traducción latina de la *Política* de Aristóteles de Pietro Vettori, publicada por primera vez en 1576. Cuando Vettori comenta la frase *princeps enim populus fit*, “el pueblo se vuelve monarca”, explica que esta transformación surge cuando el pueblo “se reúne y compone un solo hombre”. Anclado en la referencia de Vettori al pueblo como “un solo hombre”, Tuck declara que esta “debe haber sido la fuente de la reflexión de Hobbes sobre el tema”.⁴⁵ Eso es ciertamente posible, pero no hay ninguna evidencia independiente de que Hobbes conociera la traducción de Vettori, de manera que la afirmación “debe haber” estado en la mente de Hobbes parece bastante fuerte. Además, una fuente más probable es ciertamente la versión inglesa de la *Política* de John Dee, publicada

⁴⁰ Para un desarrollo completo de este caso, véase Skinner, “Hobbes on Representation”, *op. cit.*

⁴¹ Tuck, “Hobbes and democracy”, en este volumen, p. 171.

⁴² *Ibid.*, p. 190.

⁴³ *Ibid.*, p. 171.

⁴⁴ *Ibid.*, p. 176.

⁴⁵ *Ibid.*, p. 181.

por primera vez en 1598, en la cual leemos, en el pasaje que nos interesa, que “el pueblo se transforma en monarca” cuando gobiernan “todos juntos como uno”.⁴⁶

La cuestión de la transmisión, sin embargo, es menos importante para Tuck que el segundo y central argumento que pretende presentar sobre la democracia “extrema”. Sostiene que esta forma de gobierno era “especial” para Hobbes, en dos maneras distintas.⁴⁷ Primero afirma que, cuando Hobbes discute “la formación de cada forma de gobierno”, especialmente en *De Cive*, sostiene que “la democracia extrema es el gobierno paradigmático”.⁴⁸ En otras palabras, una de las formas en que la democracia es “especial” para Hobbes es que se dice que todas las otras formas de gobierno surgen de ella.

Concuerdo en que cuando Hobbes considera la manera en que se “instituyen” las asociaciones civiles –en *Elementos de Derecho* tanto como en *De Cive*– entiende que la democracia es, como afirma en *Elementos*, “primera en el orden temporal”.⁴⁹ La explicación más clara de Hobbes sobre por qué esto es así se encuentra en el capítulo VII de *De Cive*. Debe suponerse que cuando los miembros de una multitud se reúnen para crear una república, concuerdan en que cada decisión tomada por la mayoría será vinculante para el resto. Tan pronto como comienzan a operar según este principio, estarán efectivamente operando según un sistema de gobierno democrático.⁵⁰ Por eso es que, como lo expresa Hobbes en *Elementos*, “la democracia precede a todas las otras instituciones de gobierno”.⁵¹ No obstante, existen dos dudas que deben ser registradas sobre esta parte del argumento de Tuck. Kinch Hoekstra las señala adecuadamente en el curso de su crítica tenaz y abrumadoramente erudita, y debo decir que ambas me parecen bien fundadas. En primer lugar, es una exageración sostener que, al discutir los orígenes del gobierno, Hobbes considere que la democracia es “paradigmática” en todos los casos.⁵² Hobbes formula dos paradigmas distintos en todas las versiones de su teoría política, a uno de los cuales denomina “gobierno por institución”, y al otro “gobierno por adquisición”. Se dice que un gobierno es “instituido” cuando los miembros de la multitud acuerdan, entre ellos, establecer un poder soberano.⁵³ Sin embargo, cuando un gobierno es “adquirido”, ellos simplemente someten sus voluntades al poder absoluto de un conquistador a cambio de que se les garantice su vida y su libertad personal.⁵⁴ El segundo caso no involucra ningún proceso democrático de decisión.

También es una exageración sostener que la perspectiva de Hobbes sobre estos asuntos en *Elementos* y en *De Cive* sea “ampliamente compatible” con sus tratamientos posteriores.⁵⁵ Cuando Hobbes replanteó su teoría política en el *Leviatán*, primero en inglés y luego en latín, uno de los argumentos que revisó con más cuidado fue su propuesta inicial de que todas las repúblicas instituidas comienzan su vida como democracias. En ambas versiones del *Leviatán*

⁴⁶ Aristotle, *Politiques, or Discourses of Government*, Londres, 1598, p. 192.

⁴⁷ Tuck, en este volumen, pp. 183-184.

⁴⁸ *Ibid.*

⁴⁹ Thomas Hobbes, *The Elements of Law Natural and Politic*, 2ª ed., ed. de Ferdinand Tönnies, introducción de M. M. Goldsmith, Londres, Frank Cass, 1969, p. 118.

⁵⁰ Thomas Hobbes, *De Cive: the English Version*, ed. de Howard Warrender, Oxford, Clarendon Press, 1983, p. 109.

⁵¹ Hobbes, *The Elements of Law*, *op. cit.*, p. 118.

⁵² Tuck, en este volumen, p. 184.

⁵³ Hobbes, *The Elements of Law*, *op. cit.*, p. 108; Hobbes, *De Cive*, *op. cit.*, p. 90; Hobbes, *Leviathan*, *op. cit.*, p. 121.

⁵⁴ Hobbes, *The Elements of Law*, *op. cit.*, p. 127; Hobbes, *De Cive*, *op. cit.*, p. 117; Hobbes, *Leviathan*, *op. cit.*, p. 121.

⁵⁵ Tuck, en este volumen, p. 172.

presenta una nueva y fuertemente contrastante teoría según la cual, tanto el “gobierno por institución” como el “gobierno por adquisición” surgen cuando los miembros individuales de una multitud autorizan a un representante soberano para que hable y actúe en su nombre.⁵⁶ Su proposición anterior de que en el caso del gobierno por institución podemos trazar una secuencia cronológica que comienza con la democracia es completamente suprimida.

Me referiré ahora al otro aspecto por el cual, según Tuck, Hobbes otorga a la democracia “extrema” un “estatus muy especial” en su teoría política, y lo hace de forma “sin precedentes”.⁵⁷ Tuck comienza concediendo que Hobbes reconocía no ser admirador del gobierno por asambleas deliberativas. Sin embargo, creía que mientras las democracias evitaran comprometerse con este tipo de sistema administrativo, eran capaces de ser “tan efectivas y admirables como las monarquías”.⁵⁸ Creía, en definitiva, que la democracia no era necesariamente “en absoluto inferior a la monarquía”, y que incluso podría sostenerse que la democracia puede haber sido su forma preferida de gobierno.⁵⁹ Me parece que esta interpretación descansa sobre la incapacidad de apreciar que la estructura del argumento de Hobbes sobre la democracia es profundamente irónica.⁶⁰ En su influyente análisis sobre las figuras y los tropos, Quintiliano introdujo una distinción entre la ironía como tropo discursivo y como figura de pensamiento. Cuando empleamos la ironía como tropo, damos meramente una inflexión distintiva a alguna afirmación particular. Buscando introducir un tono de burla, “decimos lo contrario de lo que queremos que se entienda”.⁶¹ Cuando, por el contrario, empleamos la ironía como figura de pensamiento, buscamos producir un efecto retórico mucho más ambicioso. En este caso, buscamos presentar una cadena completa de razonamiento de manera que confunda y con eso ridiculice las expectativas de nuestra audiencia.⁶² Quintiliano da el ejemplo de Sócrates, cuyo posicionamiento tomara la forma de “presentarse como un hombre ignorante que admira intensamente la sabiduría de otros”.⁶³ El objetivo final de Sócrates al hacerlo era mostrar a sus interlocutores que sus premisas podían contener conclusiones de un tipo completamente inesperado y contradictorio.

Esta es exactamente la estrategia irónica que Hobbes despliega en todas las versiones de su teoría política contra los escritores democráticos de su época. Como hemos analizado, se concentra en su tesis principal, según la cual a menos que vivamos en una “república popular” nos veremos condenados a vivir como esclavos. Confrontando este argumento, Hobbes se abstiene cuidadosamente de cuestionar la presuposición subyacente de que la mejor forma de asociación civil debe ser aquella en que gobierne el pueblo. Lo que intenta mostrar es que, si se sostiene la idea de que esta es la mejor forma de asociación civil, entonces no debería defenderse la democracia. Ningún gobierno democrático podrá ser jamás, en la práctica, más que una aristocracia de oradores embelesados con su propia gloria y con sus objetivos faccio-

⁵⁶ Hobbes, *Leviathan*, *op. cit.*, pp. 120, 138; Thomas Hobbes, *Leviathan, sive De Materia, Forma, & Potestate Civitatis Ecclesiasticae et Civilis*, en *Opera philosophica*, ed. de Sir William Molesworth, vol. III, Londres, 1841, pp. 123, 131-132, 150-151.

⁵⁷ Tuck, en este volumen, p. 183.

⁵⁸ *Ibid.*, p. 186.

⁵⁹ *Ibid.*, p. 187.

⁶⁰ Esto puede ser lo que Kinch Hoekstra tiene en mente cuando dice, en este volumen, que Hobbes habla de la democracia “con seria ironía” (p. 217).

⁶¹ Quintiliano, *Institutio oratoria*, ed. y trad. De H. E. Butler, 4 vols., Londres 1920-1922, IX.VI.56, vol. III, p. 332: “quodam contraria dicuntur is quae intellegi volunt”.

⁶² *Ibid.*, IX.II.48, vol. III, p. 402.

⁶³ *Ibid.*, IX.II.46, vol. III, p. 400: “agens imperitum et admirationem aliorum tanquam sapientium”.

sos.⁶⁴ Si se desea genuinamente que gobierne el pueblo, entonces debe instituirse, en cambio, una monarquía absoluta. El fragmento decisivo en el cual Hobbes acciona su trampa mortal está en el capítulo XII de *De Cive*. Citaré de la traducción de 1651, pues esta es la versión cuya publicación permitiera y tal vez incluso autorizara Hobbes:

El *Pueblo* manda en todos los gobiernos, pues incluso en las *monarquías* el *pueblo* comanda; pues el *pueblo* realiza su voluntad mediante la voluntad de *un hombre*; pero la multitud son los ciudadanos, esto es, los súbditos. En una *democracia*, y en una *aristocracia*, los súbditos son la *multitud*, y (aunque parezca una paradoja), el rey es el *pueblo*.⁶⁵

Tuck entiende que este fragmento es crucial para defender su propio argumento. Es aquí, sostiene, que encontramos la sugerencia que Vettori desarrollara a partir de la *Política* de Aristóteles y cediera a Hobbes. Se nos dice que aquí hay una forma de gobierno –una forma que Hobbes considera admirable– en la cual el pueblo es un hombre y es al mismo tiempo el rey. Pero me parece que eso es precisamente lo contrario de lo que sostiene aquí Hobbes: no está diciendo que es posible que el pueblo sea rey; dice que es posible que un rey sea el pueblo. No sostiene que haya una forma extrema de democracia en la cual el pueblo es el rey, y que esta sea una forma admirable de gobierno. Ni siquiera está hablando sobre democracia, extrema o de cualquier otro tipo. Está hablando sobre la monarquía, y defendiendo una conclusión abiertamente paradójica según la cual, incluso en esta forma de gobierno, puede decirse que el pueblo gobierna, porque “el rey es el *pueblo*”.

Resta a Hobbes desentrañar esta paradoja y explicarnos qué quiere decir cuando establece que el rey “es” el pueblo. En *Elementos*, explica, más bien torpemente, que lo que tenía en mente es que puede decirse que la voluntad del pueblo está “involucrada” o “incluida” en la voluntad del rey.⁶⁶ En *De Cive*, por el contrario, sugiere, más perspicuamente, que puede argumentarse que la voluntad del rey “está por” las voluntades de todos.⁶⁷ Pero es solo en el *Leviatán* que logra transformar esta paradoja en un argumento aceptable. Lo hace mediante la introducción, por primera vez en su teoría, del concepto clave de *autorización*. Esto le permite sostener que como cada uno de nosotros autoriza la conducta del soberano, continuamos siendo los autores, y por lo tanto los “dueños” de cualquier acción que decida realizar en nuestro nombre.⁶⁸ En otras palabras, las acciones de nuestro soberano cuentan como nuestras propias acciones, por las cuales debemos asumir completa responsabilidad.⁶⁹ Pero esto significa que cuando un soberano autorizado actúa, de hecho quien actúa es el pueblo, y a su vez esto significa que el pueblo gobierna todo el tiempo.

Con este argumento, Hobbes llega a la culminación de su ironía. Según los escritores democráticos, la ejecución del rey Carlos I en 1649 sirvió para liberar al pueblo de Inglaterra de una tiranía esclavizadora. Con la abolición de la monarquía y el establecimiento del “Estado

⁶⁴ Hobbes, *The Elements of Law*, *op. cit.*, pp. 120-121; Hobbes, *De Cive*, *op. cit.*, p. 133; Hobbes, *Leviathan*, *op. cit.*, pp. 131-132.

⁶⁵ Hobbes, *De Cive*, *op. cit.*, p. 151.

⁶⁶ Hobbes, *The Elements of Law*, *op. cit.*, pp. 63, 124.

⁶⁷ Hobbes, *De Cive*, *op. cit.*, p. 89.

⁶⁸ Hobbes, *Leviathan*, *op. cit.*, pp. 112, 114.

⁶⁹ *Ibid.*, pp. 122-124.

libre”, el pueblo finalmente fue capaz de gobernarse a sí mismo a través de la agencia de la Casa de los Comunes como su representante autorizado.⁷⁰ Según la teoría de Hobbes, sin embargo, los súbditos del rey Carlos I, como “dueños” de sus acciones ya gobernaban ellos mismos a través de la agencia de un representante autorizado.⁷¹ Por lo tanto, la trágica ironía es que el rey fue asesinado y la constitución destruida con el objetivo de producir un resultado que, bajo el gobierno del rey, ya había sido completamente alcanzado.

Tuck tiene un argumento más para presentar, y por momentos parece ser el que más le interesa. Hoekstra no comenta demasiado sobre este aspecto del caso de Tuck, y en este punto sus dos brillantes capítulos se complementan (si yo fuera Tuck, me inclinaría a reproducir a Buck Mulligan en *Ulises*: “Dios, Kinch, si solo tú y yo pudiéramos trabajar juntos...”).⁷² La hipótesis adicional de Tuck es que la idea de la democracia “extrema” descendió al mundo moderno básicamente desde el *De Cive* de Hobbes. Fue principalmente como autor de *De Cive* que Hobbes fue reconocido por Pufendorf, Leibniz, Spinoza, y tal vez Rousseau, y fue en *De Cive* que se presentaron por completo sus perspectivas sobre la democracia “extrema”.

Resulta fácil imaginar un libro importante sobre la historia de la democracia “extrema”, y esperamos devotamente que sea el mismo Tuck quien lo escriba. La única nota de advertencia que escucharía es la que suena en el argumento de Boutcher. Puede ser que el *De Cive* de Hobbes haya inspirado a escritores posteriores dedicados a la soberanía popular, y valdría la pena especialmente investigar su posible influencia sobre Rousseau. Pero si bien este puede haber sido un elemento importante en la sobrevida del texto de Hobbes, sígo convencido de que al mismo Hobbes le hubiera parecido un ejemplo indeseable del tipo de ironía que él normalmente disfrutaba tanto. Puede haber influido la evolución de la teoría democrática, pero los escritores democráticos de su propio tiempo eran a quienes más temía.

IV Quisiera expresar una palabra especial de agradecimiento a aquellos colaboradores que han reconocido que uno de mis objetivos principales en *Fundamentos* era el de desmontar un mito histórico que disfrutaba de un amplio favor en ese momento. El mito se centraba sobre la supuesta contribución de la reforma protestante al mundo moderno. Según una parte del relato, la teoría moderna del constitucionalismo surgió del ataque monarcómaco sobre la tiranía y la subsecuente “revolución de los santos”. No obstante, como enfatizan tanto Goldie como Brett, una de mis ambiciones principales en el volumen II de *Fundamentos* era establecer que los argumentos desplegados por los revolucionarios protestantes habían sido tomados casi enteramente de sus enemigos católicos. Los conceptos fundamentales del constitucionalismo moderno se fundaron originalmente en el conciliarismo tardo medieval y en las teorías del derecho natural del segundo escolasticismo.

Según un segundo elemento del mito, el crecimiento del constitucionalismo en el siglo XVII dio origen a una teoría de la libertad que ha demostrado ubicarse entre los ítems más valiosos de nuestra herencia intelectual. El concepto de libertad pasó a ser entendido en términos negativos como la ausencia de interferencia, y pasó a ser aceptado que una de las principales

⁷⁰ S. R. Gardiner, *The Constitutional Documents of the Puritan Revolution, 1625-1660*, 3ª ed., Oxford, Clarendon Press, 1906, pp. 386-387.

⁷¹ Hobbes, *Leviathan*, op. cit., p. 130.

⁷² James Joyce, *Ulysses*, Londres, Bodley Head, 1960, p. 6.

tareas del Estado era proteger y ampliar esta área de no interferencia tanto como fuera posible. Sin embargo, como señalan tanto Geuna como Van Gelderen, el volumen I de *Fundamentos* estaba diseñado en parte para sugerir que el triunfo de esta visión de la política encarnaba una grave pérdida. La entronización de la idea de libertad como no interferencia involucraba el rechazo de una comprensión mucho más estricta del concepto, que yo asociaba con el humanismo del Renacimiento. Según el ideal humanista de *vivere libero*, la libertad de los ciudadanos individuales es socavada no solo por las limitaciones activas sino también, y más fundamentalmente, por las condiciones de dependencia y servidumbre de fondo. El concepto desteñido de libertad como no interferencia solo pudo conquistar el mundo moderno a partir del rechazo de esta comprensión más democrática de la libertad política. No puedo decir que haya tenido éxito en articular la visión humanista de la libertad con la sofisticación filosófica que merecía. Aunque escribí sobre *dependenza* y *servitù*, solo logré esclarecer satisfactoriamente las características que definen la teoría que yo había delineado con la ayuda del trabajo esclarecedor de Philip Pettit.⁷³ También debo reconocer que puedo haber sobreenfatizado el grado en que los humanistas del Renacimiento respaldaron sin ambigüedades el contraste entre la libertad y la servidumbre. Como muestra el capítulo de Curtis, existen muchos humanistas importantes, en particular Sir Tomás Moro, cuyas perspectivas sobre esta distinción aún son, por lo menos, poco claras. No obstante, continúo al menos insatisfecho con los capítulos de *Fundamentos* sobre el ideal de *vivere libero*. Ayudaron, creo, a abrir una ventana hacia un mundo que el liberalismo había cerrado, y ofrecieron algunas bases para pensar que el balance general de costos y beneficios debía ser reevaluado.

Sin embargo, antes de sucumbir a la enajenación, debo reconocer que Pocock registra alguna preocupación sobre esta parte de mi argumento. Pocock sostiene que, cuando los defensores del *vivere libero* hablan de la *libertà* de los ciudadanos, están invocando lo que él describe como “la forma aristotélica [del] concepto ‘republicano’ de ciudadanía activa”. Esta es la forma, agrega, que “articula a un alto nivel el concepto ‘positivo’ de libertad”.⁷⁴ Aquí nos refiere explícitamente al intento de Isaiah Berlin por distinguir entre lo que llamara libertad “positiva” y “negativa”.⁷⁵ Cuando Berlin habla de libertad “negativa”, la define de manera bastante consistente como la perspectiva de que somos libres cuando y solo cuando no somos sometidos a interferencia física o coercitiva.⁷⁶ Cuando se refiere a la libertad “positiva”, habla con mucha menos coherencia,⁷⁷ pero en general la define como la idea de que somos completamente libres si y solo si actuamos de manera de realizar nuestra verdadera naturaleza.⁷⁸ Es esta interpretación “positiva” de la libertad la que Pocock atribuye a los protagonistas del *vivere libero*. Ellos creen, sostiene Pocock, que lo que distingue a un ciudadano libre es que el

⁷³ Philip Pettit, *Republicanism: a Theory of Freedom and Government*, Oxford, Oxford University Press, 1997.

⁷⁴ Pocock, “Foundations and moments”, en este volumen, p. 43.

⁷⁵ Isaiah Berlin, “Two Concepts of Liberty”, en Henry Hardy (ed.), *Liberty*, Oxford, Oxford University Press, 2002, pp. 166-217.

⁷⁶ Berlin, “Two Concepts”, *op. cit.*, p. 170.

⁷⁷ Para las diferentes formulaciones del concepto véase Berlin, “Two Concepts”, *op. cit.*, pp. 178-180; sobre la incompatibilidad entre ellos, véase Quentin Skinner, “A Third Concept of Liberty”, *Proceedings of the British Academy*, N° 117, 2002, pp. 237-268, en pp. 238-240.

⁷⁸ Véase Berlin, “Two Concepts”, *op. cit.*, p. 180, donde la libertad “positiva” es equiparada con la autorrealización, y sobre todo con la idea (como lo expresa Berlin) del yo mismo en su mejor expresión. Su perspectiva más reconocida del concepto positivo es que, como finalmente resume (p. 180), “cualquiera sea el verdadero objetivo del hombre [...] debe ser idéntico a su libertad”.

patrón de sus acciones lo revela como “la criatura política que se dice que uno es, y que debe ser, por naturaleza”. Consecuentemente, creen que el goce de la libertad no es una cuestión “negativa” de poder actuar sin interferencia; es una cuestión “positiva” de dedicarse, como lo expresa Pocock, al ejercicio de la virtud en el ámbito público.⁷⁹

No obstante, he encontrado poca evidencia de que Maquiavelo, Guicciardini y los otros protagonistas principales del *vivere libero* hayan adoptado este punto de vista sobre lo que significa ser un ciudadano libre. Me parece que, como sugieren sus repetidos contrastes entre *libertà* y *servitù*, se aferran a la concepción esencialmente romana de libertad que ya he mencionado, la concepción que celebrara Cicerón, que conmemoraba Tácito y que el *Digesto* de Justiniano eventualmente definió en términos legales formales.⁸⁰ De acuerdo con el *Digesto*, la distinción básica que debemos establecer es la que se encuentra entre la independencia que caracteriza a los ciudadanos libres y la dependencia que caracteriza a los esclavos. La “esclavitud”, como expresa el *Digesto*, “es una institución del *ius gentium* según la cual alguien es, contra la naturaleza, sometido al dominio de otro”.⁸¹ Se sigue que, como en una *civitas* todos están atados o libres, un *civis* o ciudadano libre debe ser alguien que no se encuentra bajo el dominio de nadie más, sino que es *sui iuris*, capaz de actuar de propio derecho.⁸² Se sigue igualmente que para una persona carecer del estatus de ciudadano libre significa no ser *sui iuris*, sino *sub potestate*, bajo el poder y consecuentemente dependiente de la voluntad de otra persona.

Esta es la perspectiva de la libertad cuyo eco escucho a través de textos como el *Diálogo* de Guicciardini y los *Discorsi* de Maquiavelo. Consecuentemente, cuando estos y otros defensores del *vivere libero* agregan que el ejercicio de la *virtù* es indispensable para la preservación de la *libertà*, no creo que estén argumentando que la libertad pueda ser de alguna forma equiparada con el ejercicio de la virtud. Entiendo que proponen que, a menos que estemos preparados para participar en el ámbito público, y por lo tanto para cultivar las cualidades necesarias para la participación efectiva, seremos dependientes de las voluntades y las decisiones de otros, perdiendo con eso nuestro estatus como ciudadanos libres y descendiendo a la condición de servidumbre.

Pocock pasa entonces a distinguir la libertad de los *vivere libero* de la libertad demandada por los opositores a la corona en la Inglaterra de inicios del siglo XVII. “El ciudadano italiano que afirma sus virtudes –declara– y el súbdito inglés que defiende sus derechos pueden ser, sin distorsiones, considerados como representantes de los polos ‘positivo’ y ‘negativo’ de los ‘dos conceptos de libertad’ de Isaiah Berlin.”⁸³ Esto significa, sin embargo, que en Inglaterra la identificación de la libertad con la virtud fue reemplazada por una visión de la libertad como no interferencia, y esta interpretación no me parece sostenible. Es verdad que los críticos de la corona en los primeros tiempos de la Inglaterra de los Estuardo temían un incremento en la in-

⁷⁹ Pocock, en este volumen, p. 43.

⁸⁰ Para este relato, véase Quentin Skinner, “Classical Liberty and the Coming of the English Civil War”, en Martin van Gelderen y Quentin Skinner (eds.), *Republicanism: a Shared European Heritage*, vol. II: *The Values of Republicanism in Early Modern Europe*, Cambridge, Cambridge University Press, 2002, pp. 9-28.

⁸¹ Theodor Mommsen y Paul Krueger (eds.), *The Digest of Justinian*, trad. De Alan Watson, 4 vols., Filadelfia, University of Pennsylvania Press, 1985, I.V.4.35: ‘Servitus est constitutio iurisgentium, qua quis dominio alieno contra naturam subicitur’.

⁸² *Ibid.*, I.VI.1.36: “Algunas personas están bajo su propio poder, algunas están sujetas al poder de otros, como los esclavos, que están bajo el poder de sus amos” [“quaedam personae sui iuris sunt, quaedam alieno iuri subiectae sunt . . . in potestate sunt servi dominorum . . .”].

⁸³ Pocock, en este volumen, p. 46.

terferencia con los derechos establecidos, como torna evidente la Petición de Derechos, cuando denuncia que el pueblo está siendo sometido a obligaciones abusivas y además “acosado e inquietado” en el ejercicio de sus libertades.⁸⁴ Pero este no es el único y ni siquiera el principal sentido en que el Parlamento denuncia una pérdida de libertad. La acusación básica que dirigen contra la corona es que está haciendo que el pueblo de Inglaterra pierda su posición como *liberihomines* u hombres-libres.⁸⁵ Insisten en que la existencia misma de la prerrogativa real tiene el efecto de tornar a todos dependientes de la buena voluntad del rey para la conservación de sus libertades, y esta condición de dependencia reduce su condición de hombres-libres a la de esclavos. Esta manera neorromana de pensar ya es evidente en los debates parlamentarios que llevaron a la Petición de Derechos en 1628, y resurgió con fuerza tan pronto como el Parlamento volvió a reunirse en 1640.⁸⁶ A partir de entonces el argumento fue utilizado por la mayoría de los voceros parlamentarios al inicio de la guerra civil. Lo encontramos en las *Observaciones* de Henry Parker en Julio de 1642,⁸⁷ en el *Debate in Law* de John Marsh en 1642,⁸⁸ y en panfletos anónimos de inicios de 1643 como *A soveraigne Salve*,⁸⁹ *Anhonestbroker*⁹⁰ y *Touching the Fundamentall Lawes*.⁹¹ Pero tal vez la síntesis más clara puede ser encontrada en el *Anti-Cavalierisme* de John Goodwin, de octubre de 1642. Lo que significa ser “hombres y mujeres libres”, afirma Goodwin, es “disponer de uno mismo y de todas sus opciones” de acuerdo con la propia voluntad, antes que ser sometido a la voluntad de cualquier otro. Si los gobernantes poseen poderes discrecionales, será uno obligado a vivir “según la ley de sus deseos y placeres” y “a estar a merced de su arbitrio y voluntad en todas las cosas”. Pero si pueden “tornarse Señores sobre uno” de esta manera, entonces el derecho de nacimiento a la “libertad civil o política” será cancelado, y en cambio será uno reducido a “esclavitud miserable y servidumbre”.⁹² En definitiva, no veo ninguna diferencia entre la libertad celebrada por los teóricos republicanos del Renacimiento y la libertad que los opositores a la corona reclamaban en los comienzos de la Inglaterra de los Estuardo. Todos insisten en el contraste básico entre libertad y dependencia, y por lo tanto entre hombres libres y esclavos. No se trata de un contraste que la distinción de Berlin entre libertad “positiva” y libertad como no interferencia sea capaz de acomodar, y es posible que la razón por la que Pocock continúa, en sus palabras, “sospechando un poco” de mis referencias a la libertad neorromana⁹³ sea que continúa siguiendo el análisis de Berlin. Mi propia opinión es que sería mejor olvidar las distinciones de Berlin: cuando se las aplica al período moderno temprano no son solo anacrónicas sino que no logran capturar la variedad de categorías que se utilizaban entonces.

A pesar de estas diferencias, concuerdo con Pocock en que hay algo “extrañamente incompleto” en la discusión sobre la libertad y la ciudadanía en los comienzos de la Inglaterra

⁸⁴ Gardiner, *The Constitutional Documents*, op. cit., pp. 66–70.

⁸⁵ El término a veces se escribe como dos palabras, a veces como una sola, pero en general separado con un guión.

⁸⁶ Véase Skinner, “A Third Concept of Liberty”, op. cit., pp. 250-253.

⁸⁷ Henry Parker, *Observations upon some of his Majesties late Answers and Expresses*, Londres, 1642, pp. 9-10, 17, 43-44.

⁸⁸ John Marsh, *An Argument Or, Debate in Law*, Londres, 1642, pp. 13, 24.

⁸⁹ *A Sovereign Salve to Cure the Blind*, Londres, 1643, pp. 16-17, 36-38.

⁹⁰ *An Honest Broker*, Londres, 1643, Sig. C, 2v-3r, Sig. E, 3v-4v.

⁹¹ *Touching the Fundamentall Lawes*, Londres, 1643, pp. 10, 12 (recte 14).

⁹² John Goodwin, *Anti-Cavalierisme*, Londres, 1642, pp. 38-39.

⁹³ Pocock, en este volumen, p. 44.

Estuardo en comparación con la Italia renacentista.⁹⁴ Desde mi punto de vista, este estado incompleto deriva del hecho de que no se dice casi nada sobre la necesidad de que el cuerpo del pueblo cultive sus virtudes cívicas. La razón, sostendría, es que los escritores ingleses ya no toman a la *polis* o a la *civitas* como modelo de asociación civil, sino que piensan en el gobierno de estados territoriales de gran escala.

Dentro de tales comunidades, como explica Henry Parker, el cuerpo del pueblo se ve impedido por “la inmensidad de su propio volumen” de la posibilidad de actuar por sí mismo. Como resultado, es necesario “regular las mociones” de “un cuerpo tan complejo”, y el mejor método de regulación, como han descubierto la mayoría de los países, es instituir asambleas representativas a las cuales el pueblo entrega sus derechos políticos para que sean ejercidos en su nombre.⁹⁵ Se dice al pueblo de Inglaterra, en otras palabras, que ya no hay necesidad de que ejercite las cualidades de la ciudadanía activa. Continúan siendo hombres libres, se asegura, porque la Casa de los Comunes “es” (mediante la alquimia de la representación) el cuerpo del pueblo, de modo que puede decirse que el pueblo aún gobierna.⁹⁶ No obstante, se les asigna ahora un rol político pasivo, demasiado familiar para nosotros desde nuestra frustrante experiencia de vivir bajo regímenes democráticos modernos.

Pocock termina preguntando generosamente sobre la dirección de mi investigación actual. Como debe haber quedado claro, he pasado a creer que entre los conceptos clave de la teoría política de la modernidad temprana que deben ser explorados más profundamente se encuentran los de libertad y representación, especialmente en relación con el ideal de la soberanía popular. Estos fueron los temas a los que me dediqué en mis conferencias Ford, sobre las cuales Pocock pregunta al final de su capítulo. Espero ahora profundizar mi comprensión del proceso por el cual los ideales de libertad cívica y autogobierno del Renacimiento fueron sustituidos por el concepto contradictorio de la democracia representativa en buena parte del mundo moderno.

VMientras escribía esta réplica a mis críticos, me he encontrado más de una vez reflexionando sobre la famosa pintura del *Téméraire* de Turner. Contra un sol poniente vemos un barco a vapor remolcando un viejo velero. Es una imagen embarazosamente trillada, pero no es de sorprender que aparezca revoloteando por mi cabeza. No se puede negar que *Fundamentos* es una embarcación muy antigua en relación a los estándares de los estudios contemporáneos. Y aunque aún permanece a flote, está indudablemente agujereada bajo la línea del agua en muchos lugares, como han señalado muy claramente los colaboradores de este volumen. Pero esto solo hace que les esté más agradecido por su disposición a escribir sobre mi libro, y por su generosidad al reconsiderar y comentar sus argumentos. Les agradezco a todos, en la elegante frase de Hobbes, por dedicar alguna atención a mis estudios. □

⁹⁴ Pocock, en este volumen, p. 46.

⁹⁵ Parker, *Observations, op. cit.*, pp. 14-15.

⁹⁶ *Ibid.*, pp. 28, 45.

Dossier

La Revolución Rusa en la historia intelectual latinoamericana



Prismas

Revista de historia intelectual
Nº 21 / 2017

El dossier “La Revolución Rusa en la historia intelectual latinoamericana” ha sido organizado y compilado por Laura Prado Acosta y Ricardo Martínez Mazzola especialmente para este número de *Prismas*.

Presentación

Laura Prado Acosta y Ricardo Martínez Mazzola

UNAJ / UNQ

UBA / UNQ / CONICET

Los impactos del acontecimiento

El acontecimiento revolucionario de octubre de 1917 en Rusia impactó en los ámbitos político-ideológicos de todo el mundo, e interpelló la dimensión política de los intelectuales. Junto a las noticias, primero desconcertantes y poco confiables, sobre la toma del Palacio de Invierno y el proceso de consolidación soviético se profundizaron las discusiones en torno a tópicos como el antiguerrerismo, el antiimperialismo, el anticapitalismo y sobre las implicaciones de la puesta en marcha de una “dictadura del proletariado”. Estos debates fueron ocupando el centro de las expresiones intelectuales ya conmovidas, a nivel global, por la magnitud de la destrucción generada por la Gran Guerra. El presente *dossier* no busca analizar el acontecimiento ruso, en su centenario, sino que se enfoca en indagar sus impactos en el contexto latinoamericano, en particular atendiendo a los modos en los que esa revolución afectó a las representaciones y las prácticas intelectuales y políticas en la región.

Se trata de centrar el análisis en las estrategias de incorporación de los temas y las preocupaciones generadas por la Revolución Rusa en los ámbitos político-intelectuales locales. Así, los sucesos rusos son enfocados a través de agentes locales que los utilizaron para dirimir sus propias disputas. Estos actores lati-

noamericanos interpretaron el cambio revolucionario, y emprendieron, en consonancia, y con la efervescencia de este “inicio de siglo”, otros procesos de cambio en sus formas organizacionales y en sus modos de autoperibirse como intelectuales en relación con la política.

Los doce autores convocados para este *dossier* son, en algunos casos, especialistas en los comunismos de la región, y, en otros, investigadores dedicados a indagar escenarios intelectuales como la política universitaria o las redacciones de revistas académicas y culturales, que han problematizado el rol que en esos espacios jugó la Revolución Rusa. Con distintas estrategias y preocupaciones, los ensayos que componen el *dossier* recorren, por un lado, un espectro político que contiene tanto al sector que adhirió a la III Internacional comunista y fundó los nuevos partidos comunistas como al socialismo que se mantuvo crítico y alejado de tal ruptura. Asimismo, atienden a espacios de la cultura de derechas conservadoras que también se vieron moviliados por la revolución y debieron fundamentar sus críticas al bolchevismo posicionándose en el debate por la cuestión social. Por otro lado, otro grupo de trabajos se concentra en los modos en que el acontecimiento ruso permeó en el ámbito académico, en los itinerarios de intelectuales y en revistas culturales. En conjunto, los trabajos abordan aspectos

que han sido poco atendidos por la historiografía tradicional sobre comunismos, que, al considerar a Latinoamérica como la “periferia extrema” del entramado de la III Internacional, ha estado mayormente atenta a los actos de obediencia respecto de órdenes de emitidas por Moscú. En cambio, la perspectiva que hilvana los trabajos, ligada a la nueva historia intelectual, se orienta a correr el eje del problema de dilucidar si los desarrollos político intelectuales locales fueron reproducciones fieles o distorsiones de modelos ideales exógenos, para centrarlo en atender a las tramas textuales y contextuales que forjaron sentidos de la acción y del pensamiento en la región.

En esta búsqueda renovadora se encuentra, por ejemplo, el trabajo de Roberto Pittaluga, quien se detiene en una figura específica del proceso de incorporación de informaciones e interpretaciones sobre la revolución en Rusia: la del exiliado traductor. El autor de *Soviets en Buenos Aires*¹ –investigación esencial sobre los canales de conexión entre la Revolución Rusa y el mundo político-intelectual porteño– profundiza, para este *dossier*, en el itinerario de Mijail Yaroshevsky y en su rol de difusor e intérprete del fenómeno revolucionario ruso. Desde febrero de 1917, los escritos del exiliado ruso abarcaron la prensa partidaria socialista pero también revistas como *Nosotros*, enmarcada en un espacio intelectual amplio y receptivo de la novedad rusa.

La atención al rol mediador de las agencias de noticias también se encuentra presente en el ensayo de Milda Rivarola sobre el impacto de la Revolución Rusa en el Paraguay. Su trabajo se centra en la creación de un partido comunista que buscó adherir a la III Internacional comunista, a través de su relación con el

Secretariado Sudamericano y su dirigencia. En este caso, a través de la prensa partidaria se presentan las particularidades que acompañaron a las tres fundaciones del comunismo paraguayo. Su eclecticismo y la variedad de figuras que integraron la prensa partidaria rñeron con las dirigencias argentinas a cargo de la sección sudamericana de la Internacional. En particular, Rivarola resalta que el tónico antiguerrero generó enfrentamientos entre la dirigencia nacional y la regional, principalmente cuando se produjo, ya en los años treinta, la Guerra del Chaco.

También el trabajo de Dainis Karepovs sobre el Brasil atiende a los avatares del surgimiento del comunismo partidario. En particular, su análisis se detiene en las tensiones provenientes de los espacios sindicales y en los problemas que suscitó la incorporación de los cambios organizacionales, propuestos por las veintiuna condiciones leninistas, en una geografía extendida y compleja como la brasileña. Así, Karepovs también recorre las dificultades de la nueva organización para insertarse en la Internacional comunista, y el rol activo que desempeñaron los partidos y los dirigentes del secretariado sudamericano en la adaptación y concreción de tal afiliación.

Por su parte, el análisis de Gerardo Caetano sobre el impacto de la Revolución Rusa en el Uruguay se centra, en cambio, en el itinerario de Emilio Frugoni, una de las figuras dirigentes y primer diputado del partido socialista uruguayo, indagando en los modos en los que lidió con los cuestionamientos y las rupturas que se fomentaron en ese espacio político. Los desacuerdos en torno al destino del gobierno provisional ruso de Kerensky y, principalmente, respecto de la firma del armisticio de Brest-Litovsk por parte de Trotsky y los bolcheviques, fomentaron y funcionaron como catalizadores de una lucha partidaria local, que encontró en Eugenio Gómez al vocero de la tendencia “nueva” que adhería, entre otras formulaciones, al antiguerrerismo.

¹ Roberto Pittaluga, *Soviets en Buenos Aires, la izquierda de la Argentina ante la revolución en Rusia*, Buenos Aires, Prometeo, 2015.

Caetano reconstruye las vicisitudes del proceso en el cual se delineó el bipartidismo de las izquierdas uruguayas.

En esa dirección se orienta también el trabajo de Patricio Geli sobre el caso argentino. Geli ofrece un minucioso análisis del modo en que la dirigencia del partido socialista se posicionó frente a la Gran Guerra. Señala que fueron las dinámicas interpretativas, fluctuantes, en torno a los debates sobre el pacifismo y la necesidad de fundar una institucionalidad democrática para Rusia luego de la Revolución de febrero de 1917 las que delinearon las posiciones socialistas ante la Revolución Rusa. El trabajo de Geli se destaca por su atención a las herramientas conceptuales que los socialistas argentinos usaron para enfrentar los desafíos de una realidad política-estatal local de la que formaban parte, como miembros elegidos por el voto popular.

Estos trabajos, centrados en los procesos de creación de los partidos comunistas y en los desafíos que la Revolución Rusa produjo en los socialismos en la región, se complementan con aquellos atentos a ámbitos más específicamente intelectuales, como las revistas culturales. Este es el caso del trabajo de Carla Galfione sobre *Revista de filosofía*, que indaga en los modos en que un sector de intelectuales, ligados al magisterio de José Ingenieros, se refirieron a la Revolución Rusa como un recurso para establecer una posición en el naciente campo de la filosofía académica. Así, la revista, que ha sido considerada expresión del positivismo de inicios de siglo, adquiere otro matiz, al tiempo que figuras tan diversas como Julio V. González y Kantor tematizaron y sentaron sus posturas frente al acontecimiento ruso.

Como lo señala Galfione, este es solo un caso en una constelación de revistas que han sido del mismo modo interpeladas y que disputaron por plasmar un sentido con el cual enfrentar las pugnas políticas, intelectuales y también sociales del ámbito local. Mariela

Rubinzal, por ejemplo, ha indagado en otra zona de publicaciones periódicas, la de la cultura decadentista de derecha, y ha analizado cómo la tradición contrarrevolucionaria incorporó imágenes e interpretaciones sobre el proceso ruso para, a través de un juego de espejos, establecer su paralelismo con la creciente conflictividad social argentina. De acuerdo con la autora, el temor a “los obreros con revólveres” y a las “turbas desenfrenadas” no llevó, sin embargo, solamente al pedido de mayor represión sino que promovió una serie de discusiones y pronunciamientos por parte de figuras como Gustavo Franceschi en favor de atender los problemas sociales, con el fin de evitar la “tiranía del proletariado”.

El aporte de Natalia Bustelo se basa en su reconstrucción de las interacciones entre el proceso de Reforma Universitaria –que, como es sabido, se inició en la provincia de Córdoba pero tuvo fuertes repercusiones latinoamericanas– y las recepciones de la Revolución Rusa entre los estudiantes porteños. Bustelo recorre los distintos sectores del mundo de la política universitaria, indaga en sus debates, sus prácticas, publicaciones, estrategias organizacionales, viajes, etcétera. Así, analiza, por ejemplo, la formación de la publicación *Bases*, “tribuna de la juventud” que al tiempo que saludó a la Revolución Rusa reivindicó el legado de la Generación del 37 y, desde su juvenilismo, presionó a las dirigencias del ps para que aceptaran las veintuna condiciones organizacionales de la Internacional comunista. En estos espacios universitarios y políticos, Bustelo encuentra las claves con las que el movimiento estudiantil se incorporó a la cultura de izquierdas.

Los trabajos de Martín Bergel y Elvira Concheiro indagan en los itinerarios de dos figuras centrales del denominado “marxismo latinoamericano”, por un lado, José Carlos Mariátegui, y, por otro, David Alfaro Siqueiros. El análisis de Bergel sobre el intelectual peruano se diferencia de las lecturas tradicio-

nales sobre esta figura, que –centradas en sus célebres *Siete ensayos*– lo posicionaron como un pensador del problema nacional e indígena. Bergel agrega otros aspectos incitantes; ampliando el punto de miras, atiende a las alusiones de Mariátegui a la Revolución Rusa y las inscribe en una búsqueda intelectual y de acción política, cuyo “impulso” llevó a este vital pensador a trascender Lima para tornarse un analista global. Pero no solo eso, tal búsqueda y sus intereses respecto de los procesos de modernización incluyeron un posicionamiento en torno a la conexión entre vanguardismo estético y político. Así, Bergel muestra cómo el intelectual peruano indagó en uno de los más ricos aspectos de las derivas de la Revolución Rusa: su tormentoso vínculo con las vanguardias artísticas.

Ese mismo cruce entre arte y política alumbrado con la Revolución Rusa fue el que convocó a Siqueiros, una de las figuras más complejas y activas del entramado de artistas que se hizo comunista en Latinoamérica. Elvira Concheiro, desde su experiencia en el estudio de la historia del comunismo latinoamericano, aborda el recorrido de este artista mexicano atendiendo a su peculiaridad y a sus rasgos “rebeldes”: sus antecedentes como combatiente en la Revolución Mexicana, su destacado rol como artista muralista en el grupo convocado por José Vasconcelos, su gestión como secretario general del Sindicato de Obreros Técnicos, Pintores, Escultores, su fuerte presencia en la estructura partidaria del comunismo mexicano; y también aborda los problemas que le ocasionó tal rebeldía, como, por ejemplo, su período de expulsión partidaria. A través del análisis de esta figura, Concheiro logra establecer un vínculo entre la Revolución Rusa y la latinoamericana Revolución Mexicana, considerando que por momentos se produjo entre ellas un diálogo a través del fluir de “imágenes, creaciones y expectativas”.

Por último, los ensayos de Manuel Loyola y de Augusto Piemonte indagan sobre diferen-

tes aspectos del legado leninista en Chile y en la Argentina. El investigador chileno se propuso realizar un arqueo de los textos traducidos y publicados en forma de libro con autoría de Lenin en Chile. Loyola propone, así, un análisis extendido temporalmente que encuentra en esa temporalidad las claves de las incidencias del pensamiento leninista en el espacio político de las izquierdas chilenas. Recurriendo a estrategias metodológicas cuantitativas de la sociología de la cultura, Loyola propone una búsqueda de los indicios que ofrece la investigación del mundo editorial para la comprensión del entramado político intelectual chileno.

Por su parte, Augusto Piemonte indaga en uno de los legados conceptuales del pensamiento leninista: su antiimperialismo. Piemonte se propone establecer los modos en los que las publicaciones periódicas y las dirigencias partidarias comunistas argentinas utilizaron los textos y los conceptos leninistas para forjar y consolidar sus posiciones político-intelectuales. De acuerdo con Piemonte, desde la publicación de “El imperialismo, fase superior del capitalismo” de Lenin en *La correspondencia sudamericana* –órgano de prensa del secretariado sudamericano de la Internacional comunista–, pueden rastrearse los modos en que este concepto fue utilizado como herramienta de fortalecimiento de Victorio Codovilla y de sus interpretaciones políticas, en particular, acerca de la penetración imperialista británica y norteamericana en Sudamérica. Estas intervenciones fueron canales para que Codovilla ofreciera fórmulas políticas de frente único a los comunistas latinoamericanos pero también le permitieron “moldear la mirada de Moscú en torno de una supuesta realidad tipificada para el conjunto de los países latinoamericanos”.

Al tematizar el rol de los mediadores, viajeros, exiliados, intérpretes, traductores, delegados, etc., se pone de manifiesto la complejidad de las interacciones y las espacialidades,

así como su influencia en los sentidos de las prácticas y las representaciones político intelectuales. Los trabajos reunidos se alejan de la idea de una recepción pasiva, en el sentido de “reproducir lo que es dado”, y muestran un proceso activo y múltiple de selecciones y adaptaciones, en el cual se combinaron los intereses de los actores locales con las posibilidades abiertas por los acontecimientos foráneos. Esta mirada es también diacrónica, atenta a las dinámicas de rivalidades, alianzas y a juegos de posicionamiento que no estuvieron predestinados sino que se produjeron en un diálogo epocal.

Temporalidades y espacialidades en las lecturas de la Revolución Rusa

En su temprano análisis sobre los acontecimientos revolucionarios en Rusia, Antonio Gramsci puntualizó aspectos problemáticos que acompañaron a las interpretaciones de tal revolución. Por un lado, señaló la conmoción que “octubre” causó en las filas de las socialdemocracias marxistas a nivel global; por otro, resaltó la importancia de factores nuevos, inesperados, ligados a las interpretaciones de la Gran Guerra, al rol de la figura de Lenin y a sus posturas antiguerreristas y anti-imperialistas: “La Revolución de los bolcheviques está más hecha de ideología que de hechos (por eso, en el fondo, importa poco saber más de lo que sabemos ahora) [...] Marx ha previsto lo previsible. No podía prever la guerra europea”.² Sin embargo, la impronta gramsciana en el modo de “mirar” la Revolución Rusa desde fuera de Rusia, atenta a su importancia ideológica y a la importancia de la voluntad del sujeto, distó de imperar en

² Antonio Gramsci, “La revolución contra *Capital*”, en *Antología*, selección, traducción y notas de Manuel Sacristán, Buenos Aires, Siglo XXI, 2017, pp. 34-35.

el emergente comunismo asociado a la III Internacional.

En cambio, tuvieron mayor pregnancia las definiciones de quien se erigió como el cuerpo de la “revolución cumplida”.³ En 1924, Stalin se pronunció sobre lo “nuevo” que había aportado la revolución en términos políticos e intelectuales. En su análisis “Sobre los fundamentos del leninismo” observó lo esencial de la obra de Lenin: “El leninismo es el marxismo de la época del imperialismo y de la revolución proletaria. O más exactamente: el leninismo es la teoría y la táctica de la dictadura del proletariado”.⁴ Así, la noción de dictadura del proletariado, que remitía a la violencia potencial de un período de transición acotado, al calor del proceso de formación del Estado soviético, sirvió para expresar la concreción “real” del socialismo. Esta re-significación del concepto fue, por un lado, el núcleo de las alertas por parte de las fuerzas conservadoras, cuyo anticomunismo se centró en denunciar sus excesos y fantasmas; por otro lado, fue la noción que generó mayores reticencias por parte de los socialistas marxistas; y, asimismo, marcó a fuego las subjetividades de quienes se vieron interpelados, en términos de Alain Badiou, por la “pasión por lo Real”.⁵

Si la re-significación de la idea de dictadura del proletariado fue una de las grandes fuentes de discordias a lo largo del siglo XX, otros conceptos, ligados al leninismo, fueron los que “hechizaron”⁶ a los sectores intelectuales; en particular, el antiguerrerismo y el anti-

³ El sintagma es de Sheila Fitzpatrick, en *La revolución rusa*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2015.

⁴ J. Stalin, “Sobre los fundamentos del leninismo. Conferencia pronunciada en la Universidad Sverdov a comienzos de abril de 1924”, en *Cuestiones del Leninismo*, Moscú, Editorial del Estado de Literatura Política (ediciones en lenguas extranjeras, 3ª ed.), 1946.

⁵ Alain Badiou, *El siglo*, Buenos Aires, Manantial, 2005.

⁶ Tomamos el término de François Furet, *El pasado de una ilusión. Ensayo sobre la idea comunista en el siglo XX*, México, Fondo de Cultura Económica, 1996.

imperialismo denunciador de las guerras como conflictos interimperialistas fueron los que mejor dialogaron con las tradiciones del pensamiento latinoamericano. De igual modo la exaltación de la condición proletaria de la Revolución Rusa influyó en un contexto regional cuya sensibilidad se veía crecientemente afectada por las tensiones relativas a la denominada “cuestión social”. Estos aspectos forman parte de los recorridos temáticos que han sido abordados por los autores convocados, que indagaron en algunos de los efectos y los desafíos que produjo en la región el marxismo-leninismo y la nueva *subjetividad militante* que acompañó su aparición epocal.

Este *dossier* forma parte de un amplio cambio historiográfico que ha buscado devolverle el rango histórico a un tema que, luego de 1989, parecía cristalizado en una definición unívoca, cuya sinécdoque era el *gulag* estalinista, a la vez que era asociado a un mentado *fin de la historia* y [del] *último hombre*.⁷ En cambio, el objetivo ha sido, en este caso, indagar en las múltiples formas con las que el acontecimiento fundante del comunismo leninista se incorporó en las historias político-intelectuales de una región no-comu-

nista como la latinoamericana. Este terreno de estudios ha requerido una reflexión sobre las temporalidades y espacialidades que le son específicas, y un análisis que integre y problematice el rol activo de las figuras mediadoras y los modos en que estas funcionaron como prismas a través de los cuales se entablaron diálogos con los problemas y los desafíos de la historia intelectual regional. □

Bibliografía

- Badiou, Alain, *El siglo*, Buenos Aires, Manantial, 2005.
- Fitzpatrick, Sheila, *La Revolución Rusa*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2015.
- Fukuyama, Francis, *El fin de la historia y el último hombre*, Buenos Aires, Planeta, 1995.
- Furet, François, *El pasado de una ilusión. Ensayo sobre la idea comunista en el siglo XX*, México, Fondo de Cultura Económica, 1996.
- Pittaluga, Roberto, *Soviets en Buenos Aires, la izquierda de la Argentina ante la Revolución en Rusia*, Buenos Aires, Prometeo, 2015.

Fuentes

- Gramsci, Antonio, *Antología*, Selección, traducción y notas de Manuel Sacristán, Buenos Aires, Siglo XXI, 2017.
- Stalin, José, *Cuestiones del Leninismo*, Editorial del Estado de Literatura Política (ediciones en lenguas extranjeras, 3ª ed.), Moscú, 1946.

⁷ Francis Fukuyama, *El fin de la historia y el último hombre*, Buenos Aires, Planeta, 1995.

*La Revolución Soviética desde el exilio: Mijail Yaroshevsky**

Roberto Pittaluga

UNLPam / UNLP / UBA

Apenas unos días después de las insurrecciones “de febrero” de 1917 en Rusia, un exiliado ruso en la Argentina, Mijail Efimovich Yaroshevsky, las caracterizaba ya, en las páginas de *Nosotros* del 24 de marzo de ese año, como una revolución de corte socialista:

Sobre el Palacio de Invierno, construido por Nicolás I, donde el Poder histórico efectuaba sus actos más solemnes, cuyas salas lujosas tantas veces fueron testigos de conspiraciones contra las reivindicaciones populares, enfrente del cual el 22 de enero de 1905 fue diezmada la muchedumbre que llegó con la muy humilde petición al zar, flamea ahora la bandera roja.¹

Si tenemos en cuenta las diferencias entre los calendarios juliano y gregoriano, resulta a primera vista sorprendente que desde un exilio “tan lejano” se pueda tener, sobre el filo de los acontecimientos, una anticipación tan certera. Yaroshevsky expresa su ambición apasionada por “prever el porvenir cercano”, por conocerlo “no como él se nos aparece en nuestros deseos y esperanzas, sino cual en realidad

será”, o al menos afrontar la tarea de “encadenar los sucesos acaecidos, a fin de prever los que acaecerán”.² Y si bien el texto no puede dar cuenta de ese carácter “socialista” de la revolución, de todos modos construye un pronóstico sobre la base de indicios.

El informado y claro análisis que ofrece de la dinámica de enfrentamientos entre las formas hasta entonces dominantes de la representación política se recorta sobre un fondo conflictivo de mayor profundidad, entre un Estado feudo, de carácter patrimonialista y en decadencia (“conservábase en la corte del zar esta idea del estado bien de familia”)³ cuyas clases dominantes no atinaban sino a reforzar su hundimiento, y una “nación rusa” que, si todavía en ciernes, se había ido conformando paulatinamente merced a la mayor integración del país en el mercado y la producción capitalistas; nación que demandaba, históricamente, otro tipo de andamiaje estatal y otras formas de representación política.⁴ Si destaca que desde antes de la revolución crecía “la influencia de la Duma”, a la par que se creaban “organizaciones colosales, cooperativas, la unión de las municipalidades y de los conse-

* El presente texto forma parte de un trabajo más extenso que incluye otras figuras de exiliados en la Argentina.

¹ Yaroshevsky, Mijail, “La revolución en Rusia”, en *Nosotros*, año XI, N° 95, Buenos Aires, marzo de 1917, p. 289.

² *Ibid.*, p. 290.

³ *Ibid.*, p. 293.

⁴ *Ibid.*

jos provinciales o zemtsvos”,⁵ el saldo concreto de “la arrojada iniciativa del pueblo” es, precisamente, que “ha derrumbado uno de los fundamentos míticos del edificio nacional, ha acabado con una de *las tres ballenas que soportaban la tierra rusa*: el poder de los zares”.⁶ Sin embargo, esa presentación de lo acaecido no alcanza su verdadera significación sino en un pronóstico que se advierte en su lectura inicial de los acontecimientos, como cuando apunta que “el liberalismo ruso, que parecía orgánicamente incapaz para la táctica revolucionaria”, debió recurrir “a un golpe de estado” para desplazar al zar, “y el presidente de la Duma, Rodzianko, moderadísimo octubrista y conocido conservador en su actuación en el zemtsvo de su provincia, se convierte en presidente del comité jacobino de seguridad!”.⁷

La Duma encontraba en el movimiento popular, continúa nuestro autor, el apoyo que necesitaba para salir airosa de su confrontación con la corona, mientras que el pueblo (no solo “los civiles” sino también “el ejército [...] que fraternizó con los amotinados”), que inicialmente se moviliza acuciado “por el aprovisionamiento”, hallaba respaldo en esa representación nacional.⁸ Yaroshevsky en ningún momento funde ambos componentes de la revolución, como tampoco les asignará, en siguientes artículos, el mismo protagonismo; mantiene esta diferencia como clave de lectura de la propia revolución, y colige su dinámica de la tensión entre ambos modos de acción y expresión política. Asimismo, evita simplificar las causas de la movilización popular a “las deficiencias del aprovisionamiento” o al hartazgo de la guerra, pues “las masas sublevadas evi-

dentemente llevaban en su seno una suficiente cantidad de elementos organizadores y conscientes, como para dar al movimiento un carácter político”.⁹ En el cuadro que pinta a través de diversos artículos, sobresalen los énfasis en la autonomía de las emergentes organizaciones de las masas sublevadas respecto de cualquier poder preconstituido.

*

Yaroshevsky había llegado a la Argentina escapado de las prisiones zaristas en algún momento posterior a 1914, según la reconstrucción biográfica emprendida por Lazar JEIFETS y Víctor JEIFETS a partir de los datos que se preservan de este activista y militante comunista en los archivos de la ex URSS. Nacido en Soroki, Besarabia, en 1880, en el seno de una familia judía cuyo padre era empleado, estudió, en primer término, en el Instituto de Lenguas Modernas de Vilna y posteriormente en el Instituto de Comercio de Petrogrado. Enlistado en el ejército zarista, de joven se sumó a las filas del Bund.¹⁰ Ya en la Argentina, sus actividades están aun menos documentadas, aunque se sabe que su activismo en los grupos de exiliados rusos que adherían al PSA se combinaba con publicaciones en los campos de su formación. Desde el estallido revolucionario publica una serie de textos sobre la revolución en Rusia en medios muy diversos, desde *La Razón* a *La Protesta*, de *La Vanguardia* a *La Internacional*, de *Documentos del Progreso* a *Nosotros*.¹¹ Entre 1918 y 1920 traduce distintos textos de Lenin para su publicación en la Argentina –entre los cuales

⁵ Yaroshevsky, Mijail, “La revolución en Rusia”, *op. cit.*, p. 291.

⁶ *Ibid.*, p. 294; destacado en el original.

⁷ *Ibid.*, p. 290. A lo que agrega, afectando sorpresa: “Lo escribo y me cuesta creerlo, tanto esta realidad se asemeja a un cuento”, en *ibid.*

⁸ *Ibid.*, p. 292.

⁹ *Ibid.*

¹⁰ JEIFETS, Lazar y JEIFETS, Víctor, *América Latina en la Internacional Comunista, 1919-1943. Diccionario Biográfico*, Santiago de Chile, Ariadna Ediciones, 2015, p. 660.

¹¹ Pittaluga, Roberto, *Soviets en Buenos Aires. La izquierda de la Argentina ante la revolución en Rusia*, Buenos Aires, Prometeo Libros, 2015.

destaca *El estado y la revolución proletaria*— y en 1921 y 1922 se desempeña como jefe de la Sección Sudamericana de la Comintern y en otros cargos vinculados a las relaciones de la IC y América Latina.¹²

*

En textos posteriores a ese temprano escrito de marzo de 1917, Yaroshevsky irá precisando ese “pronóstico” construido sobre algunos indicios.¹³ El sesgo que tomaba aquella gesta no parecía radicar tanto, a su juicio, en las medidas gubernamentales, sino en el nuevo y particular escenario político que se instaura. Hay un sagaz tratamiento en torno a las causas de la revolución, examen que procede por cortes y desplazamientos sutiles —pero no para ir descartando, sino para ir complejizando—. Por un lado, en su argumentación, la revolución surge tanto de las condiciones históricas rusas de largo aliento —desde un perspectivismo no exento de tintes teleológicos—¹⁴ como de la particular coyuntura que impone la guerra, y “tuvo principio en las filas del pan, delante de las panaderías. La empezaron mujeres del pueblo. El primer comisario de policía caído fue matado por un cosaco. Se trata, pues, de elementos desligados de cualquier organización revolucionaria o política en general”.¹⁵ Sin embargo, la situación resulta insuficiente para explicarla; las

condiciones existentes dan cuenta de ciertos aspectos, pero la revolución excede su contexto de emergencia.

Poco tiempo después, en junio de 1917, en las páginas de *La Vanguardia*, Yaroshevsky avanzaba en esa línea interpretativa y sostenía que “la revolución rusa”, esa “nueva aurora en la vida de la humanidad” que iniciaba la creación de “formas nuevas y solidarias de vida social”, era el “triumfo de la democracia”, que en la tradición rusa implicaba “no solo una reforma política” sino “también el triunfo de la justicia social”.¹⁶ Y cuando decía “democracia” estaba refiriéndose —como aclara un par de años después— a que “el verdadero carácter de esta revolución, como revolución obrera-campesina”, residía en “la nueva fuerza popular surgida de ella *en forma* de Consejos de Obreros, Campesinos y Soldados”.¹⁷ Es el protagonismo conjunto de “las multitudes obreras y campesinas y las vanguardias organizadas de aquéllas en la construcción política”¹⁸ que son los soviets lo que marca el tono de la revolución, y es realmente, para este exiliado, su causa profunda como *novum*, como aquello que hace de una insurrección por el hambre, el hastío de la guerra y contra el autoritarismo, un acontecimiento revolucionario. Corte, desplazamiento y complejización de las causalidades: aparición en el contexto de una novedad. Una subjetivación revolucionaria que nuestro autor capta como “la nueva personalidad histórica nacida con la revolución”, la cual se manifiesta “en estos mítines y en las organizacio-

¹² Jelfets y Jelfets, *América Latina en la Internacional Comunista...*, *op. cit.*, p. 660.

¹³ Por razones de espacio, el tratamiento de las problemáticas que siguen se expone de modo extremadamente condensado; una presentación más amplia de estas cuestiones y sus implicaciones para las distintas particiones de la izquierda, en Pittaluga, *Soviets en Buenos Aires...*, *op. cit.*

¹⁴ “La revolución no fue preparada ni organizada por nadie en el sentido como se preparan las revueltas de cuartel o de corte. La preparó, sí, y realizó un ser impersonal que se llama necesidad histórica”, Yaroshevsky, Mijail, “Estudio sobre la revolución rusa”, en *Documentos del progreso*, Nº 6, Buenos Aires, 15 de octubre de 1919, p. 10.

¹⁵ *Ibid.*

¹⁶ Yaroshevsky, Mijail, “El espíritu de la revolución rusa”, en *La Vanguardia*, 10 de junio de 1917, p. 2. Sobre el significado equivalente de democracia y revolución social en la tradición rusa, cf. Figes, Orlando y Kolonitskii (2001), *Interpretar la Revolución Rusa. El lenguaje y los símbolos de 1917*, Valencia, Biblioteca Nueva/Universitat de València, 2001, esp. pp. 162-163.

¹⁷ Yaroshevsky, “Estudio sobre la revolución rusa”, *op. cit.*, p. 12; el énfasis me pertenece.

¹⁸ *Ibid.*

nes surgidas de ellos”.¹⁹ Mujeres, trabajadores, soldados, campesinos, dejan de ser meramente tales para convertirse en activos de las nuevas organizaciones que ponen en pie a la revolución, y “el proletariado socialista organizado es el *spiritus rector* de esta formidable organización”.²⁰ El reconocimiento de la potencia de las subjetivaciones y las formas organizativas que surgen y dinamizan la revolución es lo que lleva a Yaroshevsky a pensar en los acontecimientos de febrero como portadores de las transformaciones sociales que se vislumbrarán más claramente hacia fines de ese 1917, cuando para el II Congreso Panruso, los *soviets* reconozcan su verdadera capacidad y poder.²¹

*

Sin embargo, estas apreciaciones sobre el carácter y la dinámica de la revolución no llevan a Yaroshevsky a fijarla a algún curso inexorable, o a resolver sus múltiples rostros en alguna causa-madre. Precisamente porque se trata de un proceso de subjetivación, una analítica crítica de la revolución requiere de una descomposición de lo que parece evidente.²² Cuando se cumple el primer aniversario de la revolución, publica un artículo en el cual el

proceso revolucionario es expuesto por medio de una composición de “escenas” en un registro anecdótico y literario, de modo que el texto procede primero a descomponer dicho proceso para exponer sus complejidades y contradicciones para después recomponerlo en un cuadro –pues se trata, efectivamente, de una escritura que tiene el propósito de *mostrar*– que ya no puede ser visto de modo homogéneo. Por el contrario, lo que se expone son las brechas y las distancias entre aspectos de la revolución, o las interrupciones y los saltos en su movimiento.

En “Escenas de la revolución rusa en provincia (con motivo del primer aniversario)”,²³ Yaroshevsky puede así presentar al viejo poder disolviéndose en el aire: el obstinado ocultamiento de los cables que llegaban desde Petrogrado o Moscú por parte de autoridades locales fieles al *ancien régime* ya no tiene efectos por el desplazamiento del teatro de la política a unas “esquinas [en las que] los vecinos comunicábanse unos a otros su contenido con exactitud estenográfica”;²⁴ del mismo modo, quienes “se preparaban para una lucha mortal” contra el régimen y saludaban eufóricos la solidaria huelga ferroviaria, se percataron de repente de que “no hubo con quien pelear” pues “el terrible enemigo que parecía un monstruo invencible quedó reducido a polvo en un soplo”.²⁵ La imagen de la revolución como batalla, como asalto del poder es puesta en entredicho en el texto de nuestro autor, mediante este procedimiento de descomposición y recomposición convergente con una mirada aguzada, que hurga en el detalle y la anécdota con fines críticos.

¹⁹ Yaroshevsky, “Estudio sobre la revolución rusa”, *op. cit.*
²⁰ *Ibid.*

²¹ Una percepción similar se expresa en la persistente traducción de bolchevique por maximalista que predomina en la prensa izquierdista rioplatense; véase, al respecto, el apartado “La *confusión* maximalista”, en Pittaluga, *Soviets en Buenos Aires, op. cit.*, pp.189-195. Yaroshevsky entrecomilla el término “maximalismo” como traducción de bolchevique para referirse a la idea “de hacer juntas la revolución contra el zarismo y la revolución social contra la burguesía” tal como, agrega, Trotsky “defendía y propagaba en el año 1905”; cf. Yaroshevsky, Mijail, “La tragedia rusa. Figuras del gobierno maximalista”, en *La Protesta*, 24 de noviembre de 1917, p. 2

²² Al igual que el trabajo de discusión sobre ciertos términos –como soviét, revolución, bolchevique, socialismo, democracia– que se produce en la izquierda de la época (Pittaluga, *Soviets en Buenos Aires, op. cit.*).

²³ Yaroshevsky, Mijail, “Escenas de la revolución rusa en provincia (con motivo del primer aniversario)”, en *Nosotros*, año 12, N° 108, Buenos Aires, abril de 1918, pp. 463-472. Un análisis más extenso de este texto en Pittaluga, *Soviets en Buenos Aires, op. cit.*, pp. 360-363.

²⁴ *Ibid.*, p. 463.

²⁵ *Ibid.*, pp. 467-468.

Por este procedimiento crítico, Yaroshevsky puede exponer las fuerzas de la revolución tanto en “el júbilo tranquilo” con que “los acontecimientos fueron acogidos” en los suburbios y en las fábricas, “como si todo lo supiesen y esperasen”, en los desfiles de los “destacamentos militares, en filas bien ordenadas, con banderas rojas, las bayonetas adornadas también con cintas coloradas” que pasan por el mercado, mientras “los soldados cantan cantos revolucionarios” como *La marsellesa* “y el sol primaveral brilla sobre las bayonetas”.²⁶ Y esta misma dualidad en el seno de las fuerzas revolucionarias puede conjugarse, muestra el autor, con el desciframiento de la caída del zar en la clave del conflicto entre germanófilos y eslavófilos, mientras las proclamas socialistas no siempre eran bien comprendidas por la gente sencilla.²⁷ Las contradicciones se multiplican en las filas de la revolución, que deja de ser entonces un acontecimiento transparente para presentarse como un complejo sobredeterminado. Contradicciones que quedan *en suspense*, sin resolverse en el texto, como la actitud de ese general, hasta ayer “misionero por vocación y reaccionario militante de la “banda negra” [que] manifestó espíritu de iniciativa” y “adornado el pecho con una enorme cinta roja, recorría las oficinas bajo su jurisdicción, pregonando la libertad y la república verdadera”.²⁸ La igualdad a la que daría lugar el fin del régimen —“Ahora uno, aun siendo zar, no tiene seguro su pan de todos los días. Tendrá que aprender el *sarievitch* algún otro oficio” dice burlonamente un obrero— convive con el lamento de una trabajadora ya anciana porque al heredero al trono “no lo dejaron al pobrecito reinar siquiera un ratito”.²⁹

²⁶ *Ibid.*, p. 466.

²⁷ *Ibid.*, p. 464.

²⁸ *Ibid.*, p. 468.

²⁹ *Ibid.*, p. 469.

Nuestro autor no sutura esas contradicciones y tensiones, no las resuelve en una novela moralizante; las deja planteadas como elementos causales de la propia dinámica revolucionaria, cuyo acento, de todos modos, está puesto en esos diálogos, en esas escenas novedosas de deliberación y acción que se articulan bajo el principio del *soviet*.³⁰ Estas “escenas” sobredeterminadas que bosqueja brindan una panorámica múltiple y compleja de los itinerarios sinuosos, opacos, por los cuales cursa la revolución, ofreciendo una exposición y una reflexión notablemente más ricas de dicha realidad en el *medium* de su ficcionalización. El tratamiento des-ordenado que Yaroshevsky asume en “Escenas de la revolución rusa en provincia...” bien puede ser comprendido como un acercamiento a la revolución orientado a *mostrar* un estado de cosas contradictorio, lleno de aberturas y tensiones, donde el acontecimiento revolucionario se deja leer en el haz de motivos diversos y en confrontación que lo impulsan, y donde lo que se pierde en claridad conceptual se gana en palpación de la dinámica de la revolución. Es decir, una estrategia cognoscitiva emplazada en una dialéctica “en suspenso”, sin superación, que obliga al lector al acto interpretativo propio.

*

El conjunto de los textos de Yaroshevsky sobre la Revolución Rusa que publicó en distintos medios de la Argentina constituye un fragmento, ciertamente de los más destacados, de aquellas lecturas realizadas desde tierras rioplatenses que se caracterizaron tanto por su agudeza interpretativa como por la movilización de un pensamiento político de gran ri-

³⁰ Para esta idea del *soviet* como forma y contenido, como modo de la política revolucionaria, como denominación de la subjetivación emancipatoria, véase Pittaluga, *Soviets en Buenos Aires...*, *op. cit.*

queza. Aunque los emigrados rusos contaran con canales alternativos de información que permitían evitar los cables de las agencias monopólicas capitalistas, resulta igualmente notable esa potencia interpretativa desde “esta lejanía”. Más interesante que adscribir sus textos a cierta lucidez personal –que ciertamente poseía– es pensarlos como emergentes y expresivos de ciertas relaciones que se tramaban en un campo de izquierdas políticamente multipolar –uno de tales polos era, precisamente, la posición de emigrado–.

Bertolt Brecht sostenía que la posición del exilio conlleva una energía o atributo que dota a la mirada de capacidades críticas especiales. El exiliado se encuentra en una posición de compromiso completo y a la vez de apartamiento, cercano pero separado, lo cual posibilita, según el dramaturgo alemán, una acuidad crítica de la mirada capaz de despojar a la realidad de aquello que tiene de evidente y que está producido como sentido *antes* de su interpretación. Los textos de Yaroshevsky –como los de otros intérpretes locales de la revolución en Rusia– tienen esa capacidad. Vale mencionar, además, que la contribución del contexto local, argentino, en esa “composición de lugar” que constituyen escritos como los aquí tratados –y que he abordado en otro texto³¹ permiten constatar, en una franja importante de escritas locales sobre la revolución, una inter (con)textualidad generadora de un espacio ni completamente nacional ni plenamente extranjero, al que podemos llamar transnacional.

De vuelta en una Rusia ya soviética, no sabemos si este militante comunista continuó escribiendo desde estos ángulos. Las pocas líneas biográficas que Víctor Jefifets y Lazar Jefifets pudieron redactar lo colocan en ámbi-

tos muy diversos, unidos por el lazo de la escritura: desde el departamento editorial de la Internacional Campesina, a la Universidad Comunista de los trabajadores de China; desde la OGPU o la Sección de Prensa del Ministerio de Relaciones Exteriores a desempeñarse como maestro y periodista en Alemania, Francia, Suiza y América, o como censor en el correo central de Moscú.³² □

Bibliografía

Fuentes primarias

Yaroshevsky, Mijail, “La revolución en Rusia”, en *Nosotros*, año xi, N° 95, Buenos Aires, marzo de 1917, pp. 289-294.

—, “El espíritu de la revolución rusa”, en *La Vanguardia*, 10 de junio de 1917, p. 2.

—, “La tragedia rusa. Figuras del gobierno maximalista”, en *La Protesta*, 24 de noviembre de 1917, p. 2.

—, “Escenas de la revolución rusa en provincia (con motivo del primer aniversario)”, en *Nosotros*, año 12, N° 108, Buenos Aires, abril de 1918, pp. 463-472.

—, “Estudio sobre la revolución rusa”, en *Documentos del progreso*, N° 6, Buenos Aires, 15 de octubre de 1919, pp. 8-14.

Fuentes secundarias

Figes, Orlando y Kolonitskii, *Interpretar la Revolución Rusa. El lenguaje y los símbolos de 1917*, Valencia, Biblioteca Nueva/Universitat de València, 2001.

Jefifets, Lazar y Jefifets, Víctor, *América Latina en la Internacional Comunista, 1919-1943. Diccionario Biográfico*, Santiago de Chile, Ariadna Ediciones, 2015.

Pittaluga, Roberto, *Soviets en Buenos Aires. La izquierda de la Argentina ante la revolución en Rusia*, Buenos Aires, Prometeo Libros, 2015.

³¹ *Soviets en Buenos Aires...*, *op. cit.*

³² Jefifets y Jefifets, *América Latina en la Internacional Comunista...*, *op. cit.*; los autores no consignan la fecha de su fallecimiento.

“Todos son maximalistas”: la Revolución Rusa en el Paraguay a través de El Diario y Bandera Roja

Milda Rivarola

UNA, Paraguay

Octubre en los cables de agencias de noticias

En el ejemplar del periódico paraguayo *El Diario* del 9 de noviembre (26 de octubre en el calendario Juliano, el día siguiente al de la toma del Palacio de Invierno) dos de los siete títulos sobre la guerra –“Programa del Nuevo Gobierno Ruso” y “Kerensky fugó de Petrogrado”– daban cuenta del acontecimiento ruso. Según los escuetos cables, el conflicto del Consejo de “Obreros y Soldados” se había resuelto con una medida electoral, y el programa del nuevo gobierno ruso comprendía “el reparto de las tierras a los campesinos y la reorganización de la política administrativa del país”.¹ Otro cable informaba la intención del Comité revolucionario de lograr un armisticio unilateral, y que el ex primer ministro ruso Kerensky no estaba realmente fugado, sino prisionero en la fortaleza de San Pedro y San Pablo.² Estas fueron las primeras noticias sobre la revolución en marcha que, a diferencia de otros periódicos de la región, en un primer momento se restringieron a reproducir cables

de agencias británicas y norteamericanas, sin artículos ni editoriales que opinaran sobre la revolución en marcha.

El lunes 12 un cable informaba sobre la composición del nuevo gabinete: “Todos son maximalistas”. Además de alterar nombres –por la difícil traducción del alfabeto cirílico al latino–, omitía precisamente los dos más relevantes: el del presidente del Consejo, Vladimir Lenin, y el del Comisario de Asuntos Exteriores, León Trotsky. Tampoco citaba a la primera ministra de Estado, Alexandra Kollontai, Comisaria de Bienestar Social del primer gabinete soviético.³

La información sufría de retrasos probablemente intencionales: días después de que fracasara el intento del general Krasnov de echar a los soviets con cosacos traídos del frente, los titulares del 13 de noviembre seguían sosteniendo: “Kerensky ha intimado rendición a los maximalistas” y “Es un hecho el fracaso del gobierno revolucionario ruso”.⁴ El cable (fechado el día 12 en Nueva York) traslucía opti-

¹ *El Diario*, Asunción, viernes 9 de noviembre de 1917, p. 2. El cable estaba fechado el día 8, en Petrogrado.

² *Ibid.*, sábado 10 de noviembre de 1917, p. 2. Cables fechados el día 9, en Petrogrado.

³ Sportdoff por Skvortsov; Azugaschwili por Dzhugashvili (Stalin); Oguin por Noguin, etc., *El Diario*, Asunción, lunes 12 de noviembre de 1917, p. 2.

⁴ *El Diario*, Asunción, martes 13 de noviembre de 1917, p. 2. El ataque fue repelido entre el 8 y el 9 de noviembre (26 y 27 de octubre, en el calendario Juliano), y el cable reproducido era del día 12.

mismo: “Anuncian de Petrogrado que la Guardia Roja de Moscú fue derrotada. [...] Kerensky cuenta ahora con 200 mil hombres. Créese que se dirigirá a Moscú para restablecer el gobierno y marchar sobre Petrogrado”.⁵ Las fuentes parecen rendirse a la evidencia al día siguiente: “Se anuncia la derrota de las huestes de Kerensky y Korniloff”, aunque mantienen la esperanza. “Otras informaciones dicen que continúa la lucha en las calles de Petrogrado”.⁶ Los titulares del jueves 15 insisten: “Siguen siendo contradictorias las versiones que llegan de Rusia” y “Lo probable es la toma de Petrogrado por Kerensky”.⁷ Si el titular del viernes es fantasioso: “Kerensky entró en Petrogrado, tomando prisionero a Lenine”, el del sábado 17 se encargó de desmentirlo: “El ‘Soviet’ ruso anuncia que Kerensky fue derrotado en Tsarkoie Zelo”.⁸

La siguiente semana, *El Diario* ya se hacía eco de la campaña antisoviética: “Se dice que el gobierno revolucionario ruso se incautó de 100.000.000 de rublos”, reproduciendo sin mayor interés cablegramas sobre los eventos de Ucrania, una proclama del Consejo y el inicio de sus tratativas de paz.⁹ Aunque el común de los asuncenos se informó poco y mal de los *Diez días que estremecieron al mundo*, aquellos lectores privilegiados que recibían –con varios días de retraso– ejemplares de *La Nación* o *La Prensa* estaban en iguales o peores condiciones. En estos periódicos bonaerenses, los cables de similar contenido eran refrendados por artículos y editoriales políticamente mucho más parciales respecto a los eventos de la revolución de octubre.¹⁰

⁵ *El Diario*, martes 13 de noviembre de 1917,

⁶ *Ibid.*, miércoles 14 de noviembre de 1917, p. 2.

⁷ *Ibid.*, jueves 15 de noviembre de 1917, p. 2.

⁸ *Ibid.*, viernes 16 y sábado 17 de noviembre de 1917, p. 2.

⁹ *Ibid.*, lunes 19, jueves 22, viernes 23 y sábado 24 de noviembre de 1917, p. 2.

¹⁰ Hernán Juárez: “De cómo los porteños de 1917 fueron informados sobre la revolución rusa”, en *La Opinión*

Socialistas reacios

La fundación de la III Internacional en marzo de 1919, y las 21 condiciones dictadas al año siguiente por el Komintern, no dieron lugar a rupturas en el socialismo paraguayo. Contrariamente a lo ocurrido en otros países, el Partido Comunista local no surgió de una escisión del socialismo. Más bien, tras la revolución de 1917 el Partido Socialista –creado tres años antes por el tipógrafo Rufino Recalde Milessi– agregó a su título el adjetivo Revolucionario, a semejanza del PSR (los social-revolucionarios o *eseristas*, partido ruso del entonces exilado Kerenski).¹¹ Los dirigentes de Paraguay debieron interiorizarse de la revolución soviética meses más tarde, en Buenos Aires. En abril de 1919 se reunió en esa ciudad la Primera Conferencia Socialista y Obrera Panamericana, con representantes del Partido Socialista Revolucionario y de su base sindical, la Federación Obrera del Paraguay; y de partidos, comités o federaciones socialistas de Chile, Perú, Bolivia, Ecuador, Argentina y Uruguay.¹²

Esta Conferencia emitió un fraterno saludo “al proletariado revolucionario de Rusia, Alemania y Hungría”, alentándolo “en la acción que desarrollan para hacer efectivos los ideales de la clase trabajadora”.¹³ Pero la vía de la revolución proletaria no atraía al socialismo paraguayo. En cambio, este presentó sus candidatos a las elecciones parlamentarias de 1921,

cultural, domingo 19 de noviembre de 1972.

¹¹ Según el historiador obrero Francisco Gaona, hacia 1918 el ps pasa a llamarse Socialista Revolucionario. Véase su *Introducción a la Historia Gremial y Social del Paraguay*, Asunción, R. Peroni Editor, 1987, vol. II, p. 136.

¹² Manuscrito F. Gaona, Archivo Gaona G. 17.12.003; recortes de *La Vanguardia*, Buenos Aires, 9, 18 y 29 de abril de 1919, A.G. 17.28.001, ambos en el Centro de Documentación y Estudios (CDE) de Asunción y F. Gaona, *op. cit.*, vol. II, pp. 143-147.

¹³ Helios Recalde a Francisco Gaona, Asunción, 27. IX.1957, A.G. 09.04.005.

si bien con escaso éxito, y luego apoyó con brigadas obreras armadas a los “radicales” gubernistas, en la guerra civil contra los “cívicos” o liberales conservadores en 1922/1923.¹⁴

Primeros comunistas en el Paraguay, de la campaña electoral a la prensa roja como refugio

En los comicios parlamentarios de septiembre de 1923, candidatos comunistas¹⁵ buscaron ganar los escaños de la primera minoría, disponibles por el abstencionismo del partido “colorado”.¹⁶ Por su parte, coherentes con su antipartidismo y antiparlamentarismo, los sindicatos y las asociaciones anarquistas paraguayas se opusieron a esta lista.¹⁷ No obstante, estos candidatos fueron sobre todo combatidos por el gobierno radical; según el cónsul francés Ferrier, el Ministerio del Interior “mantuvo en arresto –sin motivo alguno, por otra parte– a los candidatos obreros (que se dicen comunistas) a las elecciones legislativas del 30 de septiembre, hasta que estas terminaron”.¹⁸ Un artículo en *La correspondencia Sudamericana*, órgano de la III Internacional Comunista en la región, sostiene que el primer núcleo comunista paraguayo se creó entre 1922 y 1923, sin datos sobre militantes ni documentos fundacionales. Y también recuerda que “los candidatos comunistas a las

elecciones [de 1923] fueron tomados presos y deportados con muchos otros a las selvas vírgenes del Brasil”.¹⁹

Sin embargo, el indicio más claro de la formación de un comunismo partidario en Paraguay es la aparición el 17 de enero de 1925 de *Bandera Roja*, *Órgano de los trabajadores*, en Asunción. Si Paraguay contaba ya con prensa obrera –discontinua y diversa– desde 1906, este semanario de cuatro páginas, publicado a lo largo de seis meses, es el primero en incluir noticias y manifiestos de un Partido Comunista, Sección Paraguaya de la III Internacional.

Bajo la responsabilidad editorial del albañil Donato Cáceres, veinticinco líderes obreros de aserraderos, panaderías, transporte marítimo, campesinos y una mujer (Victoria Ayala de Gómez) se proponían defender, a través de ese órgano, “los intereses del proletariado y de todos los que en alguna forma sufran la tiranía y la injusticia del poder y del capital”. Se publicaron las “condiciones y bases” de un acta fundacional que informaba: “La propaganda periodística será en defensa de los intereses del proletariado, y de toda clase productora, sea en el orden de los trabajos manuales como intelectuales, profesionales liberales etc. etc. sin distinción de rangos sociales”.²⁰

Al mes siguiente, el semanario informó que el Partido Comunista Paraguayo (PCP) llamaría a la abstención en los siguientes comicios, por “la conducta observada por el Poder Ejecutivo durante las elecciones pasadas”. Y detallaba:

Aquella vez, cuando el señor Modesto Guggiari era Ministro del Interior y [...] Bibo-

¹⁴ Dos facciones rivales del liberalismo paraguayo, en esa contienda salieron victoriosos los radicales.

¹⁵ Cónsul Ferrier al ministro Poincaré, Asunción, 6 de octubre de 1923, París, Ministère des Affaires étrangères-Quai d'Orsay, Série B. Amérique, Paraguay, vol. XIV, Activités Économiques.

¹⁶ O Asociación Nacional Republicana, en la oposición desde 1904 hasta la guerra civil de 1947.

¹⁷ Báez, J., “Un debate histórico”, en *Frente*, Asunción, 1 de abril de 1953, A.G. 15.11.034.

¹⁸ Cónsul Ferrier al ministro Poincaré, Asunción, 6 de octubre de 1923, París, Ministère des Affaires étrangères-Quai d'Orsay, Série B. Amérique, Paraguay, vol. XIV, Activités Économiques.

¹⁹ “El Imperialismo en el Paraguay”, en *La Correspondencia Sudamericana*, I, 2, Buenos Aires, 30 de abril de 1926, pp. 26-28.

²⁰ Párrafos del Acta fundación de Bandera Roja, en *Bandera Roja*, N° 17, Asunción, 5 de julio de 1925, p. 5. Este es el último número del semanario (ya con 6 páginas) encontrado en la Hemeroteca Nacional, cuya colección encuadernada es sin embargo incompleta.

lini, jefe de Policía, resolvieron premeditadamente arremeter contra los candidatos comunistas, secuestrándolos de sus hogares y confinándolos a los cuarteles. [...] el actual presidente, Eligio Ayala, don Belisario Rivarola, presidente entonces del Partido Radical, aceptaron gustosos la intervención del Partido Comunista. Pero cuando se dieron cuenta de la aceptación de los candidatos en el seno de la oposición, eligieron el camino más corto: apresar a los candidatos.²¹

En sus páginas, noticias sobre huelgas obreras, asambleas sindicales y conflictos agrarios se alternaban con artículos en guaraní, cartas de feministas locales y denuncias de intereses imperialistas en el inminente conflicto del Chaco. Asimismo, un editorial saluda al grupo de universitarios, “juventud intelectual”, influidos por la Reforma de Córdoba, la “Nueva Generación”, de radical protagonismo en los años siguientes.²² Resulta importante resaltar las peculiaridades de la recepción de las ideas y formas de organizaciones comunistas en un contexto como el paraguayo. Un ejemplo de esto es el primer manifiesto del Partido Comunista Sección Paraguaya de la III Internacional. Con motivo de la celebración del 1 de Mayo de 1925, el manifiesto adoptó una prosa decimonónica, con argumentos ajenos a la ortodoxia comunista,

en el que, por ejemplo, se identifica el aforismo de la II Epístola de San Pablo a los Tesalonicenses con textos de Karl Marx, y que propone trasladar el poder a “los soviets de obreros manuales e intelectuales” así como la implantación temporal de la dictadura del proletariado en el proceso de transición del capitalismo al comunismo.²³

Debido a su valor documental, se transcribe *in extenso* este peculiar manifiesto comunista:

Partido Comunista Sección Paraguaya de la III Internacional

“Cual un amanecer de rosadas auroras, la gran fecha internacional llama a las falanges obreras a unificar pensamiento y acción, abandonando por el momento las herramientas de trabajo, como una afirmación de voluntad y una revisión de fuerza propia.

El 1° de Mayo señala una etapa recorrida y marca el principio de una nueva evolución progresiva. Es un día de alegría y de protesta, de afirmación y de esperanza.

Señala el día inicial de la reivindicación de un derecho. Ese derecho está hoy consagrado como hecho por todos los países civilizados, por eso es día de fiesta porque rememora una victoria conquistada.

Es un día de protesta porque recuerda el crimen con que la burguesía pretendió ahogar el despertar de la conciencia obrera. Protesta contra la violencia y la opresión organizadas por el Capitalismo Internacional y el Estado Burgués.

Es de afirmación y revisión de valores sociales, porque en el cruce de brazos el

²¹ “Manifiesto Comunista”, *Bandera Roja*, Asunción, 21 de febrero de 1925, p. 2. Sin embargo, según otra nota posterior el pc habría “librado al criterio de cada ciudadano” el voto en esos comicios parlamentarios. Véase “Las elecciones últimas y las prácticas democráticas burguesas”, en *Bandera Roja*, Asunción, 14 de marzo de 1925, p. 1.

²² “Impulso alentador. La juventud intelectual en nuestras filas”, en *Bandera Roja*, Asunción, 14 de junio de 1925, p. 1. Véase también el saludo a la incorporación de Obdulio Barthe (miembro de la Nueva Generación y futuro líder comunista) a la lucha en “favor de los humildes”, en *Bandera Roja*, Asunción, 18 de abril de 1925, p. 1. Su documento fundacional es el *Nuevo Ideario Nacional* (1929), y el grupo era conocido como “los del Nuevo Ideario”.

²³ *Bandera Roja*, Asunción, 30 de abril de 1925, p. 1. La transcripción respeta el texto íntegro, sin correcciones ortotipográficas.

trabajo productor sostiene su superioridad sobre el capital producido, y su derecho al disfrute exclusivo de los productos por él elaborados.

Es día de esperanza porque en el grito inmenso de la humanidad dolorida, que en este día surge de los pechos proletarios, va la afirmación de que cada trabajador es un depositario de una partícula de Aurora, de que en cada miseria ruge amenazador el rayo de la Reivindicación a cuyo empuje empiezan a ceder los eslabones de la esclavitud; y la resistencia de una cadena se relaciona con el grado de resignación de la víctima que la sufre.

Las multitudes sufridas del dolor de la servidumbre proclamamos la libertad. Queremos destruir el orden social basado en la violencia, para reemplazarlo por el que tenga por fundamento la solidaridad y la fraternidad organizadas de los hombres y de los pueblos.

Nuestra protesta es contra todas las esclavitudes. El grito del proletariado no es solo un grito de hambrientos, es una apertura de horizontes para todas las libertades, es un grito de indignación contra todas las tiranías, contra todos los amos y los servidores, es el grito del Porvenir llamando a juicio al Pasado.

Tal es el verdadero significado del movimiento de este día, no es la jornada reivindicatoria de los obreros manuales sino el gesto de rebelión de todos los oprimidos, no es el fin de los elementos de labor, sino la demostración de fuerza de los regimientos de la Reivindicación económico social; no es la expresión sentimental de una justicia lírica sino la viril proclamación del programa máximo de la Revolución.

Por todo esto, en este día magno para la libertad, el PARTIDO COMUNISTA DEL PARAGUAY reafirma a la faz del proletariado su reivindicación a la abolición de la propiedad privada organización económica de

producción y consumo de acuerdo al comunismo marxista, cuya expresión imperativa es: QUIEN NO TRABAJA NO COME; destrucción del Estado capitalista todo el poder a los soviets de obreros manuales e intelectuales y la implantación temporal de la dictadura del proletariado como el paso obligado, en la época de transición, del Capitalismo al Comunismo.

¡A todos los oprimidos de la tierra, Salud y Agitación!

EL COMITÉ EJECUTIVO

Asunción, Mayo 1° de 1925.

Las últimas páginas de *Bandera Roja* eran publicitarias: junto a recuadros anunciando profesionales liberales, había anuncios de grandes empresas como la Maderera Fassardi, el Molino Nacional, los bancos de la República y Crédito Comercial, y casas comerciales. A mediados de 1925²⁴ se publicaron las últimas referencias del periódico a la revolución de octubre, anunciando la llegada a Montevideo del *Vatztlav Vorovsky*, “primer navío soviestista”. Luego de señalar la adhesión del proletariado uruguayo a la Internacional Sindical Roja, el periódico convocó a

los trabajadores del Paraguay [que] deben esteriorizar [sic] también sus sentimientos ofreciendo sus apreciaciones acerca de la gran revolución rusa, y con motivo del arribo del barco ruso, único país en donde dirijen sus propios destinos los trabajadores. La Rusia actual representa un destello de luz potente que busca alumbrar el buen camino a la humanidad “moribundo”. Así creen los partidarios de la escuela comunista.²⁵

²⁴ *Bandera Roja*, Asunción, 30 de mayo y 14 de junio de 1925, p. 1.

²⁵ “El buque ruso *Vatztlav Vorovsky* llegará a Montevideo y Argentina”, en *Bandera Roja*, Asunción, 30 de mayo,

Cambios y correcciones, la relación con el Buró Sudamericano

Este partido paraguayo, creado tardíamente y poco ortodoxo en sus acciones y manifiestos, sufrió al año siguiente la primera intervención. El órgano del Secretariado Sudamericano de la III Internacional anunció entre abril y septiembre de 1926 que el PCP se reorganizaba con un nuevo Comité Central. Victorio Codovilla, miembro del PC argentino y hombre de confianza del Komintern, les recomendaba a sus camaradas paraguayos crear una Liga Antiimperialista sumando intelectuales y obreros no comunistas, así como fundar células del partido con líderes sindicales y organizar una Central de Trabajadores que sumase organizaciones campesinas.²⁶

El 19 de febrero de 1928, se fundó (o re-fundó) oficialmente el PCP, con Lucas Ibarrola como secretario general y un Comité Directivo compuesto por Víctor Valenzuela, Martín Báez, Moisés Drelikman, Juan B. Denis, Felipe Mancuello, Asdrúbal Pane, Yegros y Nunes. Su nuevo órgano de prensa, *Comuneros*, publicó un nuevo manifiesto en el que asumió como objetivo “crear, por medio de la revolución social, un gobierno de obreros, campesinos y soldados, como primera etapa para el logro del socialismo completo [...] y del paso posterior al comunismo”.²⁷ Ibarrola –quien había cofundado *Bandera Roja* y también el PCP de 1924– viajó como delegado del PCP a Moscú, al VI Congreso de la Internacional Comunista reunido desde el 17 de junio

hasta el 23 de septiembre de ese año. En su discurso, sostuvo que el partido ya había realizado una serie de *meetings* en el país, denunció la intervención de los imperialismos inglés y norteamericano en la política paraguaya y advirtió sobre la inminencia de un conflicto en el Chaco. El Congreso emitió la Resolución de adhesión del Partido Comunista del Paraguay –junto al de otros seis nuevos partidos o movimientos– sin explayarse en las particularidades del mismo.²⁸ Este segundo PCP tampoco tuvo larga vida. En medio de la ola belicista y nacionalista que azotó tanto a Bolivia como a Paraguay, su secretario general se mostró reacio a la campaña antiguerrera alentada por el Komintern, y por el Secretariado Sudamericano en particular, que organizó, entre muchas otras actividades, un Congreso Antigüerrero Latino Americano en Montevideo para el año 1933. La distancia se expresó en *Comuneros*, con opiniones críticas respecto de esta postura antiguerrera. En ese contexto, el líder ítalo-argentino Codovilla intervino ya directamente en “el partido hermano”, expulsando a Ibarrola, con lo que ese núcleo comunista local se desintegró.²⁹

En 1933, ya estallada la guerra entre Bolivia y Paraguay, un grupo distinto al de los socialistas y comunistas de la década del ‘20 fundó el tercer Partido Comunista Paraguayo. Sus principales protagonistas fueron los intelectuales radicales del *Nuevo Ideario Nacional*, de anterior militancia anarcosindicalista pero que en ese contexto llevaron adelante las

p. 5, y “Homenaje al barco ruso Vatzlav Vorovsky, en Montevideo”, en *Bandera Roja*, 5 de julio de 1925, p. 5.

²⁶ *La Correspondencia Sudamericana* 1.2, Buenos Aires, 30 de abril de 1926, pp. 26-28, e *ibid.*, 1, 11, 15 de septiembre de 1926, pp. 31-32.

²⁷ Campos, Hugo. *Progreso en el Paraguay*, s.l., Alas, 1970, pp. 205-206; Petrujin, A. y Churilov, E., *Quebracho quiere decir firme*, Moscú, Progreso, 1984, pp. 13-15 y 323. Un cable de la Tass, sobre la fundación del PCP fue reproducido por *Pravda*, Moscú, el 13 de mayo de 1928.

²⁸ “Participation de Lucas Ibarrola”, *La Correspondance Internationale*, 8^o année, N^o 128, París, 25 de octubre de 1928, N^o spécial XLIII, 35^o séance, 17.VIII.1928; y “Résolution sur l’adhésion des P.C. de Cuba, Corée, Nouvelle Zelande, Paraguay..., etc. .”, en *La Correspondance Internationale*, 8^o année, N^o 149, París, 11 de diciembre de 1928, N^o spécial LI, p. 1745. Véanse también Cuadernos de Pasado y Presente, N^o 67, *VI Congreso de la Internacional Comunista*, México, 1978, vol. II, pp. 364-365.

²⁹ Campos, H., *Progreso en el Paraguay*, op. cit.; Petrujin, A. y Churilov, E., *Quebracho quiere decir firme*, op. cit.

consignas antiguerreras de la III Internacional. Significativamente, este partido fue fundado en el exilio de Buenos Aires, sus líderes pudieron retornar al país luego de la revolución del 17 de febrero de 1936, solo para ser nuevamente desterrados semanas más tarde. □

Bibliografía citada

Gaona, Francisco, *Introducción a la Historia Gremial y Social del Paraguay*, Asunción, R. Peroni Editor, 1987, vol. II.

Campos, Hugo, *Progreso en el Paraguay*, s.l., Asunción, Alas, 1970.

Petrujin, A. y Churilov, E., *Quebracho quiere decir firme*, Moscú, Progreso, 1984.

Fuentes

Bandera Roja, Asunción (1925)

El Diario, Asunción (1917)

La Correspondance Internationale (1928)

La Correspondencia Sudamericana, Buenos Aires (1926)

Ministère des Affaires étrangères-Quai d'Orsay, Série B. Amérique, Paraguay, vol. XIV, Activités Économiques, Cónsul Ferrier al ministro Poincaré, Asunción, 6 de octubre de 1923, París.

Nuevo Ideario Nacional (1929)

*La repercusión de la Revolución Rusa en tierras brasileñas. El surgimiento del Partido Comunista del Brasil**

Dainis Karepovs

CEMAP-Interludium. Brasil

¿Cuál fue la repercusión de la Revolución Rusa en tierras brasileñas? Una de las maneras de responder a esta pregunta consiste en examinar la acción de sus caras más visibles: la de la Sección Brasileña de la Internacional Comunista y la del Partido Comunista del Brasil (SBIC-PCB). Surgido como producto, por un lado, de la fracasada experiencia del movimiento obrero liderado por los anarquistas durante la ola de huelgas entre 1917 y 1919, y, por otro lado, del entusiasmo generado por el triunfo de la Revolución Rusa de 1917, el Partido Comunista del Brasil fue fundado, en Río de Janeiro y en Niteroi, entre el 25 y el 27 de marzo de 1922. Como los otros partidos comunistas creados en aquel entonces en todo el mundo, el PCB nació a partir de una escisión dentro de la corriente revolucionaria hegemónica en el movimiento obrero local. Ahora bien, el caso brasileño presentaba desde el comienzo dos características distintivas: por un lado, su núcleo originario provino en gran parte de los grupos anarquistas y, por otro, las ideas comunistas o socialdemócratas eran prácticamente desconocidas en el Brasil. Y a ambas se sumó, como consecuencia lógica, una tercera característica: el tiempo que demoró su constitución. Debido a la falta de informaciones precisas sobre lo que ocurría en la Rusia

revolucionaria y sus reales dimensiones, la creación del PCB fue resultado de un largo y lento proceso de discusión.

Al final de ese proceso de casi cuatro años de polémicas llevadas a cabo en todo el país, se puede decir que los resultados en términos de adhesión fueron modestos. En un informe al Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista (CEIC), elaborado poco después del Congreso de fundación del PCB,¹ se menciona el número de 165 militantes, distribuidos en los siguientes grupos: Porto Alegre: 15, Recife: 45, San Pablo: 7, Cruzeiro: 13, Río de Janeiro y Niteroi: 70, Santos: 2, y Juiz de Fora: 13. De acuerdo con el informe de marzo de 1922, los nueve delegados presentes en el Congreso fundacional representaban al Partido Comunista del Uruguay, al Bureau de la Internacional Comunista (IC) para la Propaganda en América del Sur, y a los Grupos Comunistas de Porto Alegre, Recife, San Pablo, Cruzeiro, Niteroi y Río de Janeiro. No habían

* Traducción de Ada Solari.

¹ Abílio de Nequete y Astrojildo Pereira, "Relatório dos trabalhos de preparação e realização do Congresso Constituinte do Partido Comunista do Brasil", Río de Janeiro, 29 de marzo de 1922 (Archivo del Estado ruso de Historia Social y Política [Rossiiskii Gosudarstvennii Arkhiv Sotsialnoi i Politicheskoi Issledovaniï – RGASPI]).

enviado delegados los Grupos Comunistas de Juiz de Fora y de Santos.

En su reunión fundacional el PCB evaluó y aprobó las llamadas veintiuna condiciones de ingreso en la IC, los estatutos del nuevo partido (inspirados en los de la sección argentina), la elección de la Comisión Central Ejecutiva (CCE) y la puesta en marcha de la campaña de ayuda a los “hambrientos del Volga”. Las veintiuna condiciones, que habían sido aprobadas en 1920 en el II Congreso de la IC, respondían a una orientación internacional del movimiento comunista en el sentido de definir posiciones en las filas de los socialistas para la formación de partidos comunistas. El presupuesto de dicha orientación era que el desencadenamiento de la revolución, en particular en Europa, era cuestión de meses, y de allí la necesidad de formar partidos con liderazgos ideológicamente firmes.²

El nuevo partido buscó de inmediato legitimarse ante la Internacional mediante el envío de un delegado al IV Congreso de la IC, también en 1922. Sin embargo, debido a la tumultuosa actuación del delegado (el periodista Antônio Bernardo Canellas)³ enviado por el joven partido el PCB no fue reconocido como una sección oficial de la IC; solo fue admitido en la condición de simpatizante y se planteó que la cuestión del reconocimiento sería discutida más adelante en el V Congreso de la IC. Canellas había dejado una imagen poco auspiciosa del partido, que en una resolución de diciembre de 1922 fue caracterizado del siguiente modo:

[...] este Partido no es aún un verdadero Partido Comunista. Conserva restos de la ideología burguesa, sostenidos por la pre-

sencia de elementos de la Masonería e influenciados por preconceptos anarquistas, lo que explica la estructura [des]centralizada del Partido y la confusión reinante acerca de la teoría y la táctica comunistas.⁴

Entre tanto, a raíz del estallido de la revuelta “tenentista”^{*} del 5 de julio de 1922, cuando el gobierno decretó el estado de sitio, la sede del PCB fue invadida y clausurada por la policía, varios militantes fueron encarcelados y se confiscó su documentación. Así, el PCB pasó a la ilegalidad.

Aun cuando estuviese en la condición de simpatizante, el PCB no demoró en traer al territorio brasileño las políticas de la Internacional y siguió adelante con lo que consideraba una política de frente único. Casi un año después, en el primer semestre de 1923, el PCB salió lentamente de la clandestinidad a través de una política de acción común con la Confederación Sindicalista-Cooperativista Brasileña (CSCB). Situada en el campo del llamado sindicalismo “amarillo” o conservador, esta central sindical seguía una orientación nacionalista y mantenía muchos vínculos con el gobierno del país. En el caso brasileño, el PCB, a través de su relación con la CSCB, adaptó la política del frente único a las características locales. Evidentemente, la adecuación dejó afuera el principal objeto de la orientación de la IC: la socialdemocracia. Ahora bien, aun con la salvedad de que no había socialdemocracia a la europea en el Bra-

² Pierre Broué, *História da Internacional Comunista, 1919-1943*, vol. 1: *A ascensão e a queda*, San Pablo, Sundermann, 2007, p. 312.

³ En el momento en que se realizó el Congreso de fundación del PCB Canellas estaba en Francia.

⁴ Antonio Bernardo Canellas, *Relatório da delegacia à Rússia*, Río de Janeiro, s.c.p., 1923, p. 58. En la respuesta a Canellas, el PCB advierte acerca de un evidente error tipográfico del texto original: “centralizada” en lugar de “descentralizada”, en Partido Comunista (SBIC), *O Processo de um traidor (O caso do ex-comunista A. B. Canellas)*, Río de Janeiro, s.c.p., 1924, p. 16.

* Las rebeliones “tenentistas” fueron movimientos político-militares en los que participaron ampliamente oficiales de puestos inferiores de las fuerzas armadas, sobre todo tenientes. [N. de la T.]

sil, se puede decir que el PCB, al calificar a la CSCB como “reformista”, “socialpacifista”, etc., finalmente generaba un discurso en el que se adhería la etiqueta “socialdemócrata” al sindicalismo cooperativista y, por lo tanto, la CSCB pasaba a ser el eje de la política del frente único.

La alianza duró poco. Sin embargo, los comunistas obtuvieron una ganancia importante gracias a la difusión de sus ideas en las páginas de un gran diario brasileño, al que la CSCB tenía acceso. Allí se publicó una enorme serie de artículos, tanto de dirigentes del PCB como de las instancias superiores de la IC, lo que permitió que se sentaran las bases para un crecimiento orgánico del partido. Nombres como Minervino de Oliveira, Roberto Morena, y entidades sindicales, como las de los textiles, los trabajadores del mármol y otras, que más tarde tuvieron influencia comunista en su dirección, encontraron en esta convivencia en la CSCB las bases de su adhesión al comunismo.

A comienzos de 1924 estuvo en el Brasil un delegado del CEIC, el argentino Rodolfo Ghioldi, para examinar el accionar del PCB. Al término de su visita Ghioldi llegó a la conclusión de que todo no había sido más que un “malentendido” ocasionado por la “poco feliz actuación” de Canellas en el IV Congreso, donde solo se habían reflejado las opiniones de este y no las del partido. Así, dado que el PCB seguía la línea de la IC, es decir, que estaba “organizado sobre la base de la centralización democrática, tendía al desarrollo de una política de penetración en las masas obreras y no registraba divergencias con respecto a ninguna resolución del Comintern”, se concluía en que el dictamen del CEIC no tenía razón de ser y que el partido estaba preparado para ser admitido en la Internacional Comunista.

Así fue que el PCB asistió al V Congreso de 1924 para ser admitido en la IC. En este congreso, conocido como el de la “bolchevización”, se establecieron nuevas formas de organización para los PC: “un proceso burocrático

cuyo objetivo era suprimir cualquier disenso respecto de la línea mayoritaria, lo que condujo al debilitamiento del régimen de democracia interna en el partido y al empobrecimiento del debate teórico tanto en el CEIC como en las secciones nacionales”.⁵

Además, poco después de la revolución abortada de 1923 en Alemania, Stalin creó la justificación teórica para su política interna. Según su explicación, la derrota había sido resultado de la falta de apoyo del campesinado al proletariado alemán, a diferencia de lo que había ocurrido en Rusia en 1917. Afirmó que el pueblo ruso no debería “quedarse vegetando a la espera de la revolución mundial”, que era la perspectiva que hasta entonces había orientado al partido ruso y a la IC. Esto es, para Stalin era perfectamente factible que el socialismo triunfara en un solo país, aun cuando el capitalismo sobreviviese en los países más desarrollados. Esta era la teoría del “socialismo en un solo país”, que serviría para transformar el régimen burocrático de Stalin en el objetivo de las luchas de los trabajadores y al que habría que defender de ahora en adelante en todo el mundo. La teoría permitía, por un lado, justificar el desinterés respecto de la revolución mundial y, por el otro, combatirla.⁶

Además del escaso interés de la IC por los llamados “países coloniales”, incluidos los de América Latina, los cambios en la orientación internacional no habían sido pensados en función de la realidad de la lucha de clases en el Brasil, que era el escenario donde actuaría el nuevo PCB, ni tampoco tuvieron influencias inmediatas. Sin embargo, es importante señalar que fue precisamente en este momento cuando el joven partido fue aceptado formalmente en

⁵ Paulo Sérgio Pinheiro, *Estratégias da ilusão-A Revolução Mundial e o Brasil (1922-1935)*, San Pablo, Companhia das Letras, 1991, p. 60.

⁶ Pierre Broué, *História da Internacional*, op. cit., vol. I, p. 450.

el “ejército de la revolución mundial” y, por consiguiente, esa fue la perspectiva a partir de la cual evolucionó. No hubo, en efecto, ninguna posibilidad de volver a la época de las discusiones y de la democracia partidaria interna experimentadas en el momento de su creación, en 1919.

La situación configuró un marco curioso para el comunismo en el Brasil. Por un lado, estaban los remotos e inalcanzables “modelos” (el Partido Comunista de la Unión Soviética [PCUS] y la IC), que poca atención prestaban a lo que sucedía en aquel lejano subcontinente, y, por otro lado, el intento del PCB de elaborar una línea de acción encuadrada en los dictámenes de Moscú y compatible con la realidad brasileña. El resultado fue que el partido tuvo muchas dificultades para transformarse en un partido de masas. Sin embargo, al no ser objeto de mayor interés por parte de la dirección de la IC y del partido soviético, el PCB pudo, durante algunos años, desarrollar una acción relativamente autónoma, sobre todo en cuanto a los intentos de concebir políticas a partir de la realidad nacional. Fue un período en el que los comunistas brasileños recibían “consejos” del CEIC y los “adaptaban” de acuerdo con su discernimiento, y aun cuando fracasaran no había por parte de la IC una exigencia de resultados definidos por Moscú.

El PCB pudo entonces desarrollar una serie de iniciativas importantes, así como plantear en el Brasil acciones y propuestas en campos que el movimiento de los trabajadores nunca había considerado como posibles caminos de lucha, sobre todo en virtud de la falta de una tradición socialdemócrata en el país. Cuestiones tales como la organización de segmentos sociales de los trabajadores del campo, de las mujeres, de la juventud, por ejemplo, así como la participación política de los trabaja-

dores en las elecciones y en el parlamento, que poco o nada se habían intentado en el mundo del trabajo de manera continua y organizada, fueron algunos de esos puntos.

El PCB vivió a lo largo de casi toda su existencia bajo una doble presión. En particular después de 1929-1930, cuando se vieron muy presionados por la IC, en la cual, en virtud del llamado principio del “socialismo en un solo país”, los comunistas estaban bajo la influencia de los intereses diplomáticos y estratégicos del Estado soviético. Por otro lado, al presentarse como representantes de la IC y, por lo tanto, exhibirse como símbolos de las conquistas de los trabajadores soviéticos, eran ante los ojos de los trabajadores brasileños la expresión de la utopía de la creación de un Estado obrero, y estos, por su parte, les hacían ver el deseo de la realización de dicho anhelo. Al vivir esta doble presión, los comunistas actuaban a veces como aceleradores, otras como frenos de las luchas sociales, siempre subordinados a los intereses del Estado soviético. Ante la falta de líderes capaces de enfrentar esa paradoja, muchos comunistas del Brasil terminaron optando por el culto al aparato, en lugar del enfrentamiento en las calles. Y otras veces, no pocas, las calles prefirieron seguir su marcha y *dejar de oír a los comunistas*. □

Bibliografía

Broué, Pierre, *História da Internacional Comunista, 1919-1943*, vol. 1: *A ascensão e a queda*, San Pablo, Sundermann, 2007.

Canellas, Antonio Bernardo, *Relatório da delegacia à Rússia*, Río de Janeiro, s.c.p., 1923.

—, *O Processo de um traidor (O caso do ex-comunista A. B. Canellas)*, Río de Janeiro, s.c.p., 1924.

Pinheiro, Paulo Sérgio, *Estratégias da ilusão— A Revolução Mundial e o Brasil (1922-1935)*, San Pablo, Companhia das Letras, 1991.

Emilio Frugoni y la Revolución Rusa en el Uruguay

Gerardo Caetano

UDELAR, Montevideo

Con su famosa “*Profesión de fe socialista*” de diciembre de 1904, se producía la incorporación de Emilio Frugoni a las filas de un movimiento socialista en formación en el Uruguay desde fines del siglo XIX. Ya bajo su liderazgo, se constituiría plenamente como partido en 1910. Nacido en marzo de 1880 en un hogar acomodado, de padre comerciante y genovés de origen, Frugoni había comenzado su militancia política en las filas del Partido Colorado. Tuvo una fugaz participación del lado gubernista en la guerra civil de 1897, fue animador junto con José E. Rodó y Carlos Reyles del Club colorado Libertad, volvió a participar del lado oficialista en la revolución de 1904. Esta segunda experiencia impactó con mucha fuerza en sus convicciones políticas, provocando su alejamiento de las filas coloradas y reorientando sus ideas a las propuestas socialistas.

Ya por entonces era un hombre de prestigio en los círculos intelectuales montevideanos: estudiante avanzado de Derecho, poeta, polemista habitual en varios de los círculos más connotados de debate ideológico y cultural del Montevideo mítico del Novecientos. En el segundo semestre de 1904 aparece ya afiliado al Centro Obrero Socialista, institución que organizaría su “Profesión de fe socialista” del 22 de di-

ciembre de ese mismo año en la sede de la *Nuova Stella d'Italia*.¹

El cronista de *Diario Nuevo* registró en sus páginas aquella conferencia fundacional de Frugoni. En su exposición, el novel dirigente socialista argumentó a favor de una “fórmula política” que permitiera la comparecencia electoral de los socialistas bajo el lema del Partido Colorado, elogiando especialmente a “los jóvenes colorados” (“una legión caballerescas, cuyas nobles identidades [...] suelen obtener triunfos sobre las viejas preocupaciones de las ‘estatuas de sal’, eternamente vueltas al pasado”).² El acuerdo socialista-colorado finalmente no fructificó. Este fracaso contribuyó a confirmar la opción del camino político independiente para el Partido Socialista en formación. Esta posibilidad se abrió en 1910, al decretar el Partido Nacional su abstencionismo en las elecciones como señal de protesta frente al seguro retorno de Batlle y Ordóñez a la presidencia. La expectativa de marcar presencia en el Parlamento constituía entonces una alternativa vista con especial

¹ “La asamblea socialista. La conferencia de Emilio Frugoni”, *El Día*, Montevideo, 24 de diciembre de 1904, p. 1.

² Cf. “Los socialistas. La conferencia de anoche”, *Diario Nuevo*, Montevideo, viernes 23 de diciembre de 1904, año II, N° 413, p. 2.

ilusión por varios grupos de opinión, en particular por católicos, liberales y socialistas.³ Finalmente, esta circunstancia se concretó a través de la presentación en los comicios de 1910 de dos partidos nuevos: la “Coalición liberal-socialista” (con listas en Montevideo) y la “Unión Católica” (con listas en Montevideo, Canelones y Flores).

En Montevideo, el único departamento en el que al menos teóricamente hubo competencia, de aproximadamente 30.000 ciudadanos inscriptos solo se contabilizaron 9.126 sufragios (30,42%). El Partido Colorado obtuvo 7.881 votos, mientras que la Coalición Liberal-Socialista logró 894 y la Unión Católica 351. De acuerdo con esa votación, la Coalición Liberal-Socialista obtuvo en las mencionadas elecciones dos bancas de diputados por Montevideo, las que fueron ocupadas por sus primeros candidatos, el liberal Pedro Díaz y el socialista Emilio Frugoni. Respectivamente.⁴ El intento efímero de esta Coalición tuvo como una de sus derivaciones principales la elección del primer parlamentario socialista de la historia uruguaya. Más allá de que esta articulación política entre liberales y socialistas siguió funcionando durante los primeros meses del segundo gobierno de Batlle, la Coalición como tal pronto se disolvió.

En sus inicios el Partido Socialista, bajo el liderazgo de Frugoni, priorizó la actuación parlamentaria y periodística (en especial a través de su principal vocero de entonces, *El So-*

cialista) para la difusión de sus ideas, participó activamente en el debate político, penetró –aunque en minoría frente a los anarquistas– en el ámbito sindical a través de su participación en la Federación Obrera Regional Uruguaya (creada en 1905) y debió esforzarse para distinguirse del batllismo en su etapa más radical en el gobierno. En aquellos años el Uruguay se encontraba en un contexto de cambios profundos, con una fuerte confrontación política que enfrentaba en clave polar a dos grandes “familias ideológicas”: el “republicanismo solidarista” (liderado por el batllismo y sus fracciones más radicales), frente al “liberal conservadorismo” (bajo la conducción del “ala derecha” del Partido Nacional).⁵ Las izquierdas socialista y anarquista (con caudales de adhesión marginales)⁶ se perfilaban en una perspectiva de relativa “izquierdización”, empujadas en más de un sentido por el radicalismo reformista del batllismo. Esto también repercutía en el movimiento sindical, en el que predominaban aun los anarquistas, quienes habían profundizado su hegemonía a partir de la fundación de la FORU en 1905. Asimismo, desde 1913⁷ comenzó a imperar

⁵ Gerardo Caetano, *La República Batllista*, Montevideo, EBO, 2011, pp. 9-16.

⁶ En su primera comparecencia electoral en 1910, en coalición con el Partido Liberal, con listas solo en la capital, los socialistas obtuvieron 894 votos; en el plebiscito de elección de constituyentes de 1916, en solitario y con listas en varios departamentos, los socialistas obtuvieron 2.001 votos, un 1,36% del total de votantes; en 1917 bajaron a 723, un 0,55% del total; en 1919, con las nuevas reglas electorales garantistas de la Constitución que entraba en vigor, los votos socialistas (todavía unidos en un mismo partido) ascendieron a 4.394 (2,27% del total); en 1922, ya divididos, el Partido Socialista obtuvo 997 (0,40) y el Partido Comunista 3.179 votos (1,29). Los anarquistas no participaban de las elecciones pero su peso se daba solo dentro del reducido elenco dirigente del movimiento sindical. Cf. Gerardo Caetano, *La República Conservadora. (1916-1929)*, 2 vols., Montevideo, Fin de Siglo, 1992; Benjamín Nahum, *Estadísticas históricas del Uruguay. (1900-1950)*, Montevideo, UDELAR, 2007.

⁷ José P. Barrán y Benjamín Nahum, *Batlle, los estancieros y el Imperio Británico*, vol. VI: *Crisis y radicaliza-*

³ De acuerdo con la legislación electoral vigente por entonces, para que el partido mayoritario se quedara con todas las bancas en disputa en una circunscripción departamental, debía contar aproximadamente con un 91% de los sufragios emitidos. Aun con el abstencionismo nacionalista, tamaño desempeño no era sencillo para el batllismo ni siquiera en Montevideo.

⁴ En las listas de esta “coalición liberal-socialista” aparecían figuras destacadas de diversas procedencias ideológicas. Además de liberales y socialistas, hubo también batllistas y nacionalistas disidentes. Cf. “La coalición liberal socialista. La reunión de anoche”, *El Día*, Montevideo, 8 de diciembre de 1910, p. 5.

un contexto de crisis económica que, a la vez que incrementaba el clima de polarización social y política general (derivado principalmente del debate acerca del intento de “freno” conservador a las reformas batllistas), aumentaba la conflictividad en el campo laboral y reforzaba las tendencias más “izquierdistas” y “sindicalistas” dentro del Partido Socialista y en los círculos anarquistas.⁸

Fue en ese contexto general que impactó el estallido de la Revolución Rusa en el Uruguay en general y en las filas del Partido Socialista en particular. Como líder e ideólogo del campo socialista, a Frugoni le cupo un rol decisivo en toda la coyuntura, aunque, como veremos, sus posturas terminarían siendo derrotadas. En especial entre 1918 y 1919, con una radicalización muy fuerte en el campo sindical, pudo confirmarse la advertencia que un informante le daba al Jefe de Policía de Montevideo por entonces: “La revolución rusa es el plato del día de todos los militantes [...]. Si el calor que provocara la hoguera revolucionaria argentina fuera mayor, el fuego llegaría a pegarse aquí”.⁹ Durante ese bienio clave, al impacto de la Revolución Rusa venían a sumarse las noticias sobre la radicalización del movimiento huelguístico en Buenos Aires, al tiempo que el propio ps adoptaba una postura cada vez más crítica frente al gobierno colorado y de apoyo a la movilización sindical, duramente reprimida.

No cabe duda de que la conflictividad sindical, iniciada ya a partir de la crisis de 1913

pero agravada de manera inusitada en 1918 y 1919, coadyuvó al impacto político e ideológico del proceso de la Revolución Rusa. El propio devenir de esta dio lugar a fuertes debates en la prensa socialista, anarquista y obrerista. Acontecimientos como la Revolución de Febrero de 1917 en San Petersburgo, el retorno de Lenin y el lanzamiento de sus “tesis de abril” exigiendo la revolución socialista, la Revolución de Octubre y la caída del gobierno provisional de Kerenski, la Paz de Brest-Litovsk en marzo de 1918, la fundación de la III Internacional en marzo de 1919, las resoluciones de sus primeros Congresos,¹⁰ las acciones represivas del gobierno bolchevique frente a las demandas anarquistas (como el aplastamiento del levantamiento de Kronstadt), entre otros acontecimientos, comenzaron a constituirse en los temas más debatidos en la prensa y en las asambleas de socialistas y anarquistas del Uruguay. Las tendencias que emergían tenían en muchos casos un largo proceso de fragua, pero el detonante de la Revolución Rusa las ponía en el centro de la escena y en más de un sentido las volvía inconciliables.

Como bien ha estudiado López D’Alessandro, durante toda esa década y en especial en ocasión de la “controversia revisionista”, los socialistas uruguayos con Frugoni al frente se ubicaron junto a las posiciones más “izquierdistas” del socialismo internacional.¹¹ Sin embargo, frente a la evolución de la Revolución Rusa, la división interna del ps se reactivó de inmediato, con Frugoni como protagonista en la lucha de tendencias. Ya el estallido de la primera Guerra Mundial había marcado tensiones dentro del ps. Pese a que al inicio del conflicto bélico se dio la primacía neta de la tesis de la “neutralidad”, la existencia de un

ción. (1913-1916), Montevideo, Ediciones de la Banda Oriental, 1985.

⁸ Fernando López D’Alessandro, *Historia de la izquierda uruguaya. La fundación del Partido Comunista y la división del anarquismo (1919-1923)*, Montevideo, Vintén Editor, 1992, pp. 121 y ss.

⁹ AGN, Archivo particular de Virgilio Sampognaro, caja 216, carpeta 22, carta de Francisco Corney a Virgilio Sampognaro del 8 de enero de 1918. Cabe resaltar que Corney devino en informante policial luego de haber desempeñado importantes cargos dirigentes en el campo sindical, entre ellos el de secretario general de la FORU.

¹⁰ En particular, la adopción de las “21 tesis de Lenin” aprobadas en el II Congreso del Komintern celebrado en julio y agosto de 1920.

¹¹ Cf. López D’Alessandro, *Historia de la izquierda, op. cit.*, pp. 121 y ss.

“sector occidentalista” que marcaba matices frente al posicionamiento de los Estados Unidos dio lugar más adelante a la división profunda entre “internacionalistas” y “reconstructores”, no casualmente liderados por Eugenio Gómez¹² y por Emilio Frugoni, respectivamente. El estallido de la Revolución Rusa profundizó a un punto de no retorno esas divisiones.

En primer lugar, comenzaron a realizarse actos “unitarios” entre socialistas y anarquistas en defensa de la revolución, algo que era interpretado por la vieja dirigencia de ambos campos como una herejía. Las diferentes posiciones comenzaron a cobrar plena visibilidad dentro del ps. Mientras la postura de los “maximalistas” o “revolucionarios internacionalistas”, liderada como vimos por Eugenio Gómez y con fuertes sustentos en el frente sindical partidario, se volvía cada vez más fuerte, otro sector más disperso hacía ver su posicionamiento “antibolchevique”, con la crítica a la metodología que había depuesto a Kerenski y a su gobierno, a lo que venía a sumarse su repudio a la paz concretada luego con Alemania. Las autoridades partidarias, comandadas por Frugoni y básicamente alineadas con estos últimos, se negaron a mediar en un diferendo ya inconciliable. Sin embargo, desde los editoriales del vocero oficial *El Socialista* sostenían la “inviabilidad de la Revolución Bolchevique”, al tiempo que rechazaban “la paz unilateral” firmada con Alemania, que a su juicio no podía significar otra cosa que “la victoria del imperialismo prusiano”.¹³

¹² Eugenio Gómez (1892-1973) fue no solo el promotor de la corriente “*maximalista internacionalista*” sino el verdadero líder fundacional del Partido Comunista en 1920 y en 1921, a partir de la escisión del campo socialista. Expulsado del Partido Comunista en 1955, fue autor de una obra de fuerte contenido revisionista bajo el título *Historia del Partido Comunista del Uruguay hasta el año 1951*.

¹³ López D’Alessandro, *Historia de la izquierda*, op. cit., pp. 137 y ss.

En medio de un generalizado movimiento de actos barriales a favor de la Revolución, con un creciente apoyo en los sindicatos controlados por los socialistas y con un peso argumentativo que comenzó a ganar la prensa partidaria y hasta buena parte de las autoridades (bastiones tradicionales del Frugoni fundador), poco a poco Eugenio Gómez y su fracción “maximalista” comenzaron a ganar la partida. Mientras en Europa parecía iniciarse la “bancarrotas” de la Internacional socialdemócrata, en ancas del prestigio del triunfo soviético, los “comunistas” no perdieron el tiempo. En marzo de 1919 se reunió en Moscú el Primer Congreso de la Internacional Comunista, mientras poco más de un año después se realizaba el Segundo Congreso, inaugurado el 19 de julio de 1920, que entre otras cosas estableció la indispensable adhesión a las “21 tesis de Lenin” (signadas por una adhesión total a la URSS y sus posturas, una “ruptura total y definitiva con el reformismo”, entre otras posiciones “maximalistas”) como condición de ingreso a la Internacional Comunista.¹⁴

Como ya era previsible, las resoluciones que por Congreso estableció el Partido Socialista uruguayo tuvieron definiciones abrumadoras: la votación del ingreso a la Internacional Comunista se resolvió el 21 de septiembre de 1920 con 1.297 votos de congresales a favor, 175 negativos y 275 abstenciones.¹⁵ Pese a su dura derrota, Frugoni anunció su permanencia en el partido y fue elegido para integrar el nuevo Comité Ejecutivo con 1.197 adhesiones (el máximo de votos únicamente empatado por su archirrival Eugenio Gómez). Sin embargo, la definición en torno a las “21 tesis de Lenin” ya no dejó espacio para ninguna conciliación. Nuevamente por abrumadora mayoría, en la noche del 17 al 18 de abril de 1921, los “maximalistas internacionalistas”

¹⁴ *Ibid.*, pp. 196 y ss.

¹⁵ *Ibid.*, p. 215.

(devenidos ahora en comunistas a secas) arrastraban a los “reconstructores” (ahora socialistas): 1.007 votos frente a apenas 110.¹⁶ La ruptura tantas veces anunciada se consumaba plenamente: de manera simbólica, el nuevo Partido Comunista se quedó con la “Casa del Pueblo”, con el periódico *Justicia* (que había venido a sustituir a *El Socialista*) y presentó fechada la carta de renuncia como diputado de Emilio Frugoni, práctica tradicional por entonces.¹⁷ Surgía de esa manera el “bipartidismo” de la izquierda tradicional uruguaya: Partido Comunista y Partido Socialista.

Aunque intentó inicialmente mediar para evitar la división, frente al “vértigo” de los avances “maximalistas” y del emergente “leninismo”, Emilio Frugoni marcó definitivamente en el bienio 1919-1921 sus convicciones ideológicas, que mantendría hasta su muerte en 1969. Esas ideas son las que aparecen en su obra doctrinaria, en especial en *Génesis, esencia y fundamentos del socialismo*.¹⁸ En ese texto fundamental en la expresión de su pensamiento ideológico, luego de reivindicar el papel histórico de los “revolucionarios de febrero” con Kerenski a la cabeza, de volver a criticar los riesgos corridos por la Paz de Brest-Litovsk, de marcar sus discrepancias en varios aspectos con el leninismo y en especial con la deriva estalinista, Frugoni profundizaba en sus objeciones de régimen político frente al comunismo soviético:

Hemos de decir que si las constituciones de las democracias capitalistas no son consecuentemente democráticas [...], la constitución soviética tampoco lo es, porque no acuerda las libertades públicas esenciales

¹⁶ *Ibid.*, p. 233.

¹⁷ Pedro Manini Ríos, *Una nave en la tormenta (1919-1923)*, Montevideo, Imprenta Letras, 1972, pp. 232 y 233.

¹⁸ Frugoni, *Génesis, esencias y fundamentos del socialismo*, 1ª ed., Buenos Aires, Americalee, 1947.

y los derechos políticos democráticos sino a un partido [...]. Para nosotros no cabe duda que es un Estado políticamente democrático y liberal, o de democracia liberal socialista, el único llamado a las soluciones integrales del problema.¹⁹

Más duro aun sería en otro de sus libros, *La esfinge roja*, publicado luego de haber sido ministro plenipotenciario de Uruguay ante la URSS entre 1944 y 1946:

Es evidentemente una dictadura que se pretende democrática. [...] Solo [desde] ese concepto de una democracia antiliberal o antilibertaria [...], sin libertades políticas, [...] se puede calificar de democracia una dictadura ya ni siquiera de clase, sino de partido único, que tal era el caso de la Alemania nazi y tal es el caso de la Unión Soviética.²⁰

Emilio Frugoni siempre se definiría como marxista pero no leninista, del mismo modo que reivindicaría de manera permanente al socialismo democrático como su norte ideológico. Esa matriz sería la hegemónica en el socialismo uruguayo hasta mediados de los años cincuenta, cuando –una vez más contra Frugoni– se operó una transformación radical del partido hacia una perspectiva leninista crítica de la democracia liberal. □

Bibliografía

Barrán, José Pedro y Nahum, Benjamín, *Batlle, los estancieros y el Imperio Británico*, vol. VI: *Crisis y radicalización. (1913-1916)*, Montevideo, Ediciones de la Banda Oriental, 1985.

Caetano, Gerardo, *La República Conservadora (1916-1929)*, 2 vols., Montevideo, Fin de Siglo, 1992 y 1993.

¹⁹ *Ibid.*, pp. 158 y 185.

²⁰ Emilio Frugoni, *La esfinge Roja* [1948], 3ª ed., Montevideo, Cámara de Representantes, 1990, pp. 195 y 196.

—, *La República Batllista (1890-1930)*, Montevideo, Ediciones de la Banda Oriental, vol. I.

Frugoni, Emilio, *Génesis, esencia y fundamentos del socialismo*, 1ª ed., Buenos Aires, Americalee, 1947, vol. II.

—, *La esfinge roja*, 3ª ed., Montevideo, Cámara de Representantes, 1990.

Gómez, Eugenio, *Historia del Partido Comunista del Uruguay hasta el año 1951*, 2ª ed., Montevideo, Editorial Eco, 1990.

López D'Alesandro, Fernando, *Historia de la izquierda uruguaya. La fundación del Partido Comunista y la división del anarquismo. (1919-1923)*, Montevideo, Vintén Editor, 1992, pp. 121 y ss.

Manini Ríos, Pedro, *Una nave en la tormenta. (1919-1923)*, Montevideo, Imprenta Letras, 1972.

Nahum, Benjamín, *Estadísticas históricas del Uruguay (1900-1950)*, Montevideo, UDELAR, 2007.

Fuentes

Prensa de la época

El Día, 2004 y 2010.

Diario Nuevo, 2004.

Archivo

Archivo General de la Nación. Archivo particular de Virgilio Sampognaro, jefe político y de Policía de Montevideo, 1913-1919.

Revolución en la Gran Guerra:

el Partido Socialista de la Argentina ante la anomalía rusa de 1917.

Tres breves consideraciones sobre una mirada temprana

Patricio Geli

UNTREF / FFYL-UBA

Las miradas circulantes en el Partido Socialista de la Argentina sobre los acontecimientos revolucionarios que se suceden en Rusia desde marzo de 1917 hasta el armisticio del 11 de noviembre de 1918 se encuentran fuertemente cinceladas, tanto por ciertos rasgos sustanciales del proceso de construcción de culturas socialistas nacionales que tiene lugar entre fines del siglo XIX y principios del siglo XX, como por la dinámica interpretativa del curso de la Gran Guerra que experimenta el discurso de la mayoría de los dirigentes del PS. En estas páginas se procura delinear muy someramente esas condiciones intelectivas y su proyección en las percepciones tempranas del derrotero de la Revolución Rusa.

1 Desde las últimas décadas del siglo XIX el socialismo ha dejado de ser un fenómeno exclusivamente europeo para convertirse en una realidad en los cinco continentes y devenir una de las cosmovisiones constitutivas de la modernidad. Todos los partidos de este signo político, incluyendo el argentino, transitan –con peculiaridades propias, magnitudes diferenciadas y ritmos diversos– por un proceso que comprende dos compases íntimamente relacionados. El primero refiere al proceso de institucionalización que conlleva un doble aspecto. Por un lado, el socialismo

va adoptando la forma moderna de partido nacional que, con variantes organizativas nítidamente apreciables, reduce la autonomía de los grupos preexistentes relativamente coordinados; por otro, se incorpora a la órbita del poder estatal, particularmente a los variados niveles legislativos hasta 1914, y durante la Gran Guerra accede en algunos países a coaliciones gubernamentales. Al entrar en los parlamentos debe descartar prontamente su originaria pretensión defensiva de circunscribirse al tratamiento de aquellas cuestiones atinentes estrictamente a sus programas para abocarse a la discusión de una agenda gubernamental y a cuestiones consideradas de Estado por la opinión pública. Esta nueva fisonomía organizativa que perdura a lo largo del siglo XX implica la creación de una estructura eficiente para la captación de adhesiones que ahora deben ser convertidas en sufragios, lo cual supone atender a un amplio arco de demandas de la ciudadanía, al tiempo que procuran competir por el voto de los trabajadores que están siendo nacionalizados por los estados donde transcurren sus vidas. Por consiguiente, se encuentran atravesados por una tensión identitaria, pues la autoadjudicación “natural” de la representación de los intereses del proletariado que los conduce a forzar el discurso de polarización social convive con una tendencia a la integración acentuada por

la necesidad de contar con apoyos de sectores no pertenecientes al mundo obrero. El segundo compás alude al proceso de nacionalización de los partidos socialistas. En función de las historias y las realidades en las cuales se encuentran insertos, los socialistas van conformando específicas culturas socialistas nacionales, a través de la resignificación de los universos simbólicos de las sociedades donde se desenvuelven, acción que se entrecruza con un sustrato socialista (en el cual, a su vez, tiene lugar una selección de tradiciones socialistas previas y donde la densidad de la impronta del marxismo varía según los países). Por lo tanto, es posible sostener que el tipo predominante de fenómeno que emerge es el de partidos socialistas nacionales que se proponen representar a trabajadores nacionalizados por sus respectivos estados.¹ Esta última afirmación, aparentemente obvia, es el núcleo a partir del cual se puede comenzar a desarmar el equívoco que estipula *a priori* la subyacente hegemonía de una conciencia internacionalista en detrimento de la identidad socialista nacional. Con el agravante de que al naturalizar la primera, la segunda se postula —principalmente en la tradición comunista que hace de esa caracterización un mito de orígenes— a modo de una conciencia deformada que conduce inexorablemente a la traición. Es este doble proceso de institucionalización y nacionalización que experimenta el Partido Socialista de la Argentina el que explica en gran parte su progresivo adentramiento en el *Maelstrom* de la Gran Guerra y

los cambios de posicionamiento frente a ella. El caso del ps resulta interesante pues muestra cómo la más grande organización socialista latinoamericana, perteneciente a un país neutral periférico, se ve transformada por el conflicto bélico, entrando en sucesivas encrucijadas interpretativas y en comportamientos que contribuirán a consolidar su presentación en la escena política como la “auténtica voz de los intereses nacionales”.

2 El Partido Socialista de la Argentina se ve afectado por la conflagración europea en al menos cuatro aspectos.² En primer lugar, porque se define a sí mismo como la única fuerza política verdaderamente opositora, moderna y transformadora que se desenvuelve en la escena política argentina, pretendiendo asumir desde su creciente bloque parlamentario responsabilidades de Estado ante la dilatada situación de emergencia generada por la guerra. En segundo término, se encuentra vitalmente comprometido respecto de sus bases, pues una parte significativa de los sujetos que procura representar, los trabajadores, ven perjudicados sus ingresos y fuentes de empleo con motivo de las caídas en los intercambios con el exterior. En tercer lugar, porque las conductas frente a la

¹ Bergounioux, A., Grunberg, G., *L'utopie à l'épreuve. Le socialisme européen au xx^e siècle*, París, Editions de Fallois, 1996; Schwarzmantel, J., *Socialism and the idea of Nation*, London, Harvester Wheatsheaf, 1991; Dreyfus, M., *L'Europe des socialistes*, Bruselas, Éditions Complexe, 1991; Geli, Patricio, “El Partido Socialista y la II Internacional: la cuestión de las migraciones”, en Camarero, Hernán y Herrera, Carlos, *El Partido Socialista en Argentina. Sociedad, política e ideas a través de un siglo*, Buenos Aires, Prometeo, 2005.

² Un panorama del impacto de la Primera Guerra Mundial en la opinión pública argentina: Emiliano Gastón Sánchez, “La prensa de Buenos Aires ante ‘el suicidio de Europa’”. El estallido de la Gran Guerra como una crisis civilizatoria y el resurgimiento del interrogante por la identidad nacional”, *Memoria y Sociedad. Revista de Historia*, vol. 18, N° 37, julio-diciembre de 2014, Bogotá, Colombia, Pontificia Universidad Javeriana, pp. 132-146; idem., “Pendientes de un hilo. Guerra comunicacional y manipulación informativa en la prensa porteña durante los inicios de la Gran Guerra”, *Política y Cultura. Revista Académica del Departamento de Política y Cultura*, N° 42, noviembre de 2014, México, UAM-Xochimilco, pp. 55-87. Para una investigación reciente del impacto en América Latina véase Rinke, Stefan, *Latin America and the First World War*, Cambridge, Cambridge University Press, 2017.

guerra de los “partidos hermanos” pertenecientes a la Internacional también contribuyen a la constitución de la identidad socialista argentina, en la medida en que la contienda acelera el propio proceso de selección, combinación y adaptación de tradiciones provenientes de las culturas socialistas europeas para enfrentar los desafíos que impone la realidad local. Por último, porque se trata de un partido que cuenta entre sus filas, o como simpatizantes, a numerosos inmigrantes provenientes de diversos países europeos inmersos en la nueva guerra, por consiguiente, debe aventar a toda costa el peligro de fractura según el origen de procedencia. Es decir, se ve compelido a pujar por hacer prevalecer una nueva identidad socialista argentina por sobre las eventuales lealtades nacionales preexistentes. Muy sucintamente y a grandes rasgos, podrían señalarse cinco momentos en la deriva que emprende el PS durante el conflicto bélico mundial.³

La primera de estas estaciones muestra la reacción del PS ante el estallido del conflicto bélico en sintonía con las resoluciones anteriores de la Internacional: lucha contra la guerra, el militarismo y el armamentismo, sumando como sesgo propio la resolución de los conflictos entre los estados por medio del arbitraje según la experiencia sudamericana y la defensa del librecambio. La inicial intervención de Justo en *La Vanguardia* diagnóstica con pesar el fracaso del movimiento socialista del Viejo Mundo para revertir el conflicto y estipula que la primera victoria incontrastable de la contienda es la del nacionalismo sobre el internacionalismo —una forma elíptica de anunciar, en consecuencia,

que el socialismo argentino ha alcanzado la mayoría de edad—, insinuando también una crítica al sentido común eurocentrista, pues la adhesión de amplios sectores de la población europea a la guerra es prueba de que “los millones de votos y los centenares de diputados” —una forma de denotar a la socialdemocracia alemana— no son garantía de conducción social ni de superioridad en el marco del movimiento socialista internacional. La segunda estación registra una duración de unos pocos meses tras el inicio del conflicto bélico y se caracteriza por un progresivo deslizamiento discursivo hacia la adhesión por el bando aliado. La continuamente proclamada prédica equidistante pacifista —la cual hacía residir las causas de la guerra en el intento de perpetuación de las arcaicas monarquías autoritarias, los intereses específicos de los capitalistas vinculados a la industria armamentista y el proteccionismo comercial al servicio de las burguesías nacionales, así como en una crisis profunda de la cultura europea— se va crecientemente impregnando de un sesgo antigermánico. En esta etapa la enunciación tiende a corporizar, prioritariamente, aquellos males desencadenantes de la catástrofe en las clases dominantes de los imperios centrales pero también en la pasividad de sus tradicionales oponentes socialistas, que por claudicación o impotencia no asumen los deberes previamente enarbolados. Un rasgo importante de esta fase es el lugar atribuido en la prensa partidaria a los cables de las agencias noticiosas aliadas que irrumpen como voz de lo que todavía no puede ser dicho oficialmente. Asimismo, las escasas opiniones moderadamente contrarias a lo que se teme como un futuro alineamiento partidario a nivel internacional, provenientes, en general, de militantes de origen alemán, van a ir siendo relegadas de *La Vanguardia* hasta su casi extinción. El tercer momento se define por una toma de posición abierta a favor de los aliados advertible desde fines de 1914 e inicios de 1915, y que se pro-

³ Una perspectiva un poco más amplia de este periplo puede verse en Geli, Patricio, “Representations of the Great War in the South American Left. The Socialist Party of Argentina”, en Bley, Helmu y Kremers, Anorthe, *The world during the First World War*, Essen, Klartext Verlag, 2014.

longa a lo largo de toda la guerra. La difusión por parte de la propaganda británica y francesa de las llamadas “atrocidades alemanas”, así como la ocupación de Bélgica sin respetar su neutralidad y la posterior decisión alemana de llevar a cabo la lucha submarina ilimitada, impactaron muy negativamente en la opinión pública rioplatense y en el ps, donde casi toda la dirección y figuras partidarias reconocidas pasarán a militar por la causa de la Entente. La “guerra europea” ayudará a redefinir, entonces, la herencia socialista recibida acentuando las afinidades que se venían perfilando en los años anteriores a la conflagración. En este sentido, en el curso de la contienda el socialismo argentino ponderará la tradición socialista francesa, la belga y la laborista británica, en detrimento de la alemana y de la ortodoxia marxista (recuperada en gran medida por la línea pacifista internacionalista disidente en 1917). Particularmente, la Sección Francesa de la Internacional Obrera (SFIO) se convertirá en el principal partido de referencia para los socialistas argentinos, a tal punto que el discurso de estos últimos asume las marcas de la cultura francesa de guerra por la influencia de aquella. La representación de la guerra como una confrontación irreductible entre el tríptico libertad/democracia/vigencia del derecho internacional y su opuesto, autoritarismo/expansionismo prusiano/negación del derecho de gentes, deviene en el principal producto cultural galo de importación incorporado por el ps. Se resalta la llegada de los socialistas de la Entente a cargos de gobierno, su desempeño eficaz en ellos y su capacidad para garantizar que el esfuerzo de guerra por parte de los trabajadores no sea malversado. En contraposición serán fustigados los socialistas de los imperios centrales, equiparándolos con la conducta criminal de sus gobiernos (salvo que hayan mantenido una consecuente actitud pacifista o de crítica de su dirección partidaria). La cuarta estación del periplo –seguramente la más transitada en la producción

historiográfica– tiene que ver con el comportamiento de la dirección partidaria en 1917 con motivo del hundimiento de unos pocos barcos de bandera argentina por parte de submarinos alemanes tras la reiteración de la política germánica de atacar naves neutrales que comercien con los países aliados. El grupo parlamentario socialista, compuesto por diez diputados y un senador, que coincide casi exactamente con la dirección partidaria, impulsa, primeramente, la ruptura de relaciones con Alemania para, meses más tarde, exigir que los barcos mercantes que salen de la Argentina cargados con productos de exportación del país sean escoltados por buques de guerra nacionales para defenderlos de los submarinos alemanes, una medida que equivale a una declaración de guerra de hecho contra los imperios centrales. Más allá de la ineficacia técnica de esa medida propuesta, la misma no deja de ser trascendente desde el punto de vista político y simbólico, en cuanto transgresora del pacifismo a ultranza del socialismo de los países neutrales.

El ps de la Argentina, por el contrario, considera que, ante la defección de la clase dominante (radicales y conservadores) que no ve más allá de sus propios apetitos y de un gobierno cómplice de los violadores de la neutralidad del país, ha llegado el momento de asumirse como voz de los auténticos intereses nacionales que serían los de la mayoría de la población, una demostración cabal de que el doble proceso de nacionalización e institucionalización ya iniciado ha alcanzado un nuevo grado. En efecto, la obstaculización del comercio exterior de productos primarios no solo afecta a las arcas del tesoro público, imprescindibles para imaginar cualquier política social desde el Estado, sino que también empeora aun más las condiciones de vida de los asalariados a través del desabastecimiento, la inflación y el desempleo. Esta postura intransigente de la dirección del ps no cambia incluso ante el riesgo de fractura del partido. De

hecho su apuesta no deja de tener réditos puertas adentro de la organización, dado que del enfrentamiento interno resultará un partido más homogéneo y disciplinado. La quinta estación podría ser definida como el momento wilsonista. Ante una guerra que persiste en prolongarse por la imposibilidad de acuerdos entre los contendientes, la entrada de los Estados Unidos en el conflicto bajo el programa del presidente Wilson (fundamentalmente de sus condiciones de democratización de los imperios centrales y el reconocimiento del principio de autodeterminación de los pueblos) es interpretada, no solo como una oportunidad nueva y moralmente superadora para alcanzar la paz, sino también como una iniciativa proveniente del continente americano, por tanto, ajena a la crisis civilizatoria de la vieja Europa. El mandatario es erigido en el imaginado interlocutor válido cuando los actores socialistas de referencia en Europa se comienzan a desdibujar al calor del descontento creciente. En ese sentido, el wilsonismo, ideario con el que el socialismo argentino reconoce múltiples coincidencias, irrumpiría en el momento indicado para ocupar una vacancia, trayendo bajo su brazo una salida del infierno, aparentemente factible y razonable.

3 La dirección del ps recibe la buena nueva de la Revolución de Febrero a través de su autopercepción de representante genuino de los trabajadores, salvaguarda de la legalidad institucional, garante de la profundización democrática en pos del socialismo y portavoz de los intereses auténticos de la Nación ante lo que la mayoría de sus dirigentes consideran una situación bélica con el Imperio Alemán, aunque la misma no haya sido abiertamente declarada⁴. Identificados con la rama socia-

lista de la Entente, se consideran también ellos partícipes del nuevo sosiego que brinda el haberse desembarazado del baldón de la alianza con un régimen autocrático cuya incómoda necesidad no dejaba de vulnerar la legitimidad de quienes se habían venido postulando exitosamente, mediante pruebas feroces de sangre, como adalides de la libertad, la democracia y el derecho. La algarabía no puede ser mayor pues la nueva Rusia no solo adopta la república parlamentaria occidental custodiada por los Soviets, reaseguros del curso hacia una sociedad más igualitaria, sino que también reafirma su voluntad de continuar la guerra. Es justamente el esfuerzo por el cumplimiento de esta última misión, engarzada con la defensa de la democracia, la vara que utilizan los dirigentes socialistas argentinos –siguiendo a sus pares franceses y belgas– para evaluar comportamientos colectivos e individuales, tanto en el distante escenario revolucionario como en las coyunturas políticas argentinas. De este modo, Kerenski es instalado en la prensa partidaria como un conductor a la altura de las enormes tareas que la crucial hora requiere, los mencheviques y los socialrevolucionarios (eseristas) como artífices cotidianos de la construcción del nuevo orden y los liberales en tanto socios ineludibles ante el peligro contrarrevolucionario y la tarea de acometer la modernización del país. Todos ellos hilvanados por una valoración positiva que radica en la lealtad al compromiso interaliado de continuar la guerra hasta la desaparición de los imperios centrales, única garantía de una paz duradera a la vez que condición para el despliegue de la democracia rusa. La información sobre los acontecimientos revolucionarios difundida por *La Vanguardia* es seleccionada a partir de la

⁴ Un vasto estudio de la variada trama de percepciones e interpretaciones de los vaivenes del proceso revolucio-

nario ruso en las izquierdas argentinas puede verse en Pittaluga, Roberto, *Soviets en Buenos Aires. La izquierda de la Argentina ante la revolución en Rusia*, Buenos Aires, Prometeo, 2015.

que proveen las agencias noticiosas, mediante el lenguaje verosímil de los cables, y los partidos socialistas del bando aliado. Con ella se conforma la pretendida aséptica sección “Situación en Rusia”, cuyo papel es el de persuadir a los lectores de que los sucesos y los actores se atienen a las etapas previstas del curso progresivo de la Historia, mientras que la opinión del periódico asomaría nítidamente en la sección “Noticias del Exterior”. Sin embargo, rápidamente este cuadro auspicioso se habrá de desmoronar aceptando la prensa partidaria, finalmente, que el Gobierno Provisional no atina a consolidar el consenso social para mantener el esfuerzo de guerra, preservar el frágil equilibrio de poder entre las nuevas instituciones y sobreponerse a las quimeras de quienes, contraviniendo el magisterio de la experiencia histórica europea, propugnan por tornar inminente el futuro comunismo en el aletargado atraso oriental. La culpabilidad de esta incrustación anacrónica se atribuye a los “bolchevikis” o maximalistas, primero definidos llanamente, a la manera de la prensa aliada, como presuntos agentes alemanes destinados a desestabilizar el nuevo régimen republicano y, luego, como una fuerza casi ciega que deserta de la causa civilizatoria al proponer la paz unilateralmente y prolongar el sacrificio de los pueblos del oeste europeo. El uso de la denotación “Lénine”, así como los atributos “traidores” o “ingenuos”, son indicios de la preceptiva francesa adoptada para interpretar a aquella fuerza política. El pensamiento socialista en tiempos de la II Internacional entiende la revolución en el siglo xx como un fenómeno propio de regiones periféricas eminentemente rurales (Rusia en 1905, México a partir de 1910 y China en 1911) que tenderían a transitar procesos históricos análogos a los acontecidos en la Europa Occidental del siglo xix donde los estallidos revolucionarios habrían derribado los obstáculos que evitaban la confluencia del desarrollo capitalista y la construcción de sis-

temas democráticos representativos, requisitos necesarios para el surgimiento del proletariado moderno y una fuerza socialista de masas. Esa promisoría convergencia se presenta endeblemente configurada en Rusia; por consiguiente, la prensa del ps concibe la Revolución de Octubre no solo como un retroceso sino como una anomalía: una dictadura facciosa erigida en nombre del socialismo donde las condiciones materiales para el desarrollo del mismo, apenas insinuadas, tienden progresivamente a alejarse, dejando a su paso fenómenos sociales y políticos distorsivos. En ese sentido, el partido bolchevique, habitualmente exhibido como un actor tosco, demagógico y violento con rasgos que evocan el anarquismo, es computado también como una expresión de la indigente cultura política de las masas producto del atraso estructural endémico. Con su llegada al gobierno decrece la información sobre Rusia, vacío que habrá de ocupar una revolución, más imaginada a través de arquetipos ideológicos condenatorios y laudatorios (en los nacientes grupos que comienzan a identificarse con ella por motivos diversos) que conocida mediante pormenorizados datos fidedignos.

La prensa europea instauro la idea de que la supremacía bolchevique es transitoria (esperanzado diagnóstico trasuntado en *La Vanguardia*), una apreciación que en pocos meses se verá reforzada por el desencadenamiento de la guerra civil y el apoyo de las potencias aliadas al Ejército Blanco. La firma del tratado de Brest-Litovsk en marzo de 1918 –criticado por favorecer a los imperios centrales, aceptar la mutilación territorial que expone a las ciudades rusas a futuros ataques y demostrar que la utópica consigna bolchevique de una paz sin anexiones se revela a todas luces incompatible con los planes expansionistas alemanes– coloca a la Rusia Soviética fuera del foco de la guerra, desplazando, paulatinamente, el centro de interés de la prensa partidaria hacia la situación interna de Alemania.

La Revolución Rusa provee un nuevo vocabulario que a su vez se entremezcla con los términos arribados en el curso de la guerra, dando lugar a un variado juego de significaciones en la cultura rioplatense que impregnan fuertemente los discursos esgrimidos en la contienda política. La prensa del PS aporta sus propias connotaciones tanto para denotar las posturas y a las figuras de partidos rivales como para restar legitimidad a los socialistas descontentos con el considerado giro partidario belicista. A la denuncia de los radicales y, en particular, del presidente Yrigoyen como germanófilos que se esconden bajo el subterfugio de la neutralidad, se suma bajo ese epíteto a quienes coinciden con la política exterior gubernamental congregados en torno a Manuel Ugarte, estigmatizados como “amarillos” proalemanes, y a los defensores de la iniciativa bolchevique de firmar la paz por separado, descalificados como “maximalistas kaiseristas”. En ese sentido, el pacifismo radical de los grupos socialistas disidentes que rechazan la propuesta dirigencial de ruptura de relaciones con Alemania no es consecuencia de una supuesta condición de revolucionarios *in nuce*, sino que responde también a los cambios que experimenta el socialismo europeo en 1917 en sociedades que acusan un agudo malestar ante la larga guerra (disturbios urbanos, huelgas y motines en el frente), provocando que algunos partidos como el francés y el laborismo británico abandonen los gobiernos de coalición. Esta tendencia pacifista militante del PS es permeable a las posiciones del grupo mayoritario de la Conferencia de Zimmerwald de 1915 y se identifica con fracciones y figuras del socialismo europeo opuestas a la guerra (el USPD con Haase, Kautsky y Bernstein en Alemania, Jean Longuet en Francia, Serrati en Italia y sectores del austromarxismo). En 1917 y gran parte de 1918 los integrantes de esta fracción mayoritariamente juvenil que terminará fundando el

Partido Socialista Internacional se presentan a sí mismos, más como consecuentes custodios del acervo nocional pacifista de la Internacional que como una fuerza revolucionaria que se propone la superación inmediata de la democracia liberal. Son reformistas que interpretan la acción bolchevique a través de la primacía de la paz. A partir de esa actitud pacifista radical que apela a una primigenia identidad internacional del socialismo que juzgan peligrosamente relegada y munidos de una información indirecta como fragmentada de los acontecimientos en la Rusia Soviética, la disidencia comenzará a fijar su atención, con creciente simpatía, en las novedosas experiencias políticas y sociales que tienen lugar en esa república agredida por resistirse a retomar las hostilidades.

Durante buena parte del bienio 1917-1918 la mirada del Partido Socialista en torno a la Revolución Rusa se encuentra subsumida en el marco interpretativo de la Gran Guerra, en el cual abreva tanto la dirección proaliada como la disidencia pacifista radical, que limita la inteligibilidad de comportamientos y actores en este escenario oriental a la preeminencia de una contienda de cuyo resultado hace depender la viabilidad del destino promisorio de la Civilización. A su vez la guerra y, en menor medida, la revolución aceleran el doble proceso de institucionalización y nacionalización del socialismo argentino, que renovará aspectos de su propia cultura política a través de una nueva selección de las tradiciones socialistas europeas a las que se sumará la novedad bolchevique. Firmado el armisticio, aventada la prioridad de la guerra como matriz analítica y supérstite la Rusia revolucionaria contra los pronósticos que habían augurado su derrumbe, se abren las condiciones para reflexionar sobre el experimento soviético en sí mismo, una presencia incómoda que se convertirá en un objeto complejo de controversia imposible de ignorar. □

Bibliografía

- Bergounioux, A. y Grunberg, G., *L'utopie à l'épreuve. Le socialisme européen au xx^e siècle*, París, Editions de Fallois, 1996.
- Dreyfus, M., *L'Europe des socialistes*, Bruselas, Éditions Complexe, 1991.
- Geli, Patricio, “El Partido Socialista y la II Internacional: la cuestión de las migraciones”, en Camarero, Hernán y Herrera, Carlos, *El Partido Socialista en Argentina. Sociedad, política e ideas a través de un siglo*, Buenos Aires, Prometeo, 2005.
- , “Representations of the Great War in the South American Left. The Socialist Party of Argentina”, en Bley, Helmut y Kremers, Anorthe”, *The world during the First World War*, Essen, Klartext Verlag, 2014.
- Pittaluga, Roberto, *Soviets en Buenos Aires. La izquierda de la Argentina ante la revolución en Rusia*, Buenos Aires, Prometeo, 2015.
- Rinke, Stefan, *Latin America and the First World War*, Cambridge, Cambridge University Press, 2017.
- Sánchez, Emiliano, “La prensa de Buenos Aires ante ‘el suicidio de Europa’. El estallido de la Gran Guerra como una crisis civilizatoria y el resurgimiento del interrogante por la identidad nacional”, *Memoria y Sociedad. Revista de Historia*, vol. 18, N° 37, julio-diciembre de 2014, Bogotá, Colombia, Pontificia Universidad Javeriana.
- , “Pendientes de un hilo. Guerra comunicacional y manipulación informativa en la prensa porteña durante los inicios de la Gran Guerra”, *Política y Cultura. Revista Académica del Departamento de Política y Cultura*, N° 42, noviembre de 2014, México, UAM-Xochimilco.
- Schwarzmantel, J., *Socialism and the idea of Nation*, Londres, Harvester Wheatsheaf, 1991.

La revolución como presente

Filosofía y política en la Revista de Filosofía

María Carla Galfione

CONICET / IDACOR-UNC

Como en tantas revistas culturales de la época, la revolución bolchevique fue tema de varios artículos en la *Revista de Filosofía. Cultura, Ciencia, Educación*. Además de mostrar su apoyo y una posición afín con el acontecimiento, esos artículos se ocuparon de analizarlo acentuando diversas aristas, pero, fundamentalmente, de volverlo objeto de interés de una publicación que pretendía cierto nivel de especificidad. Diversos textos se ocupan en sus páginas de la revolución y la vuelven cuestión de interés y de posicionamiento más teórico que político. Se configura en torno de ella un temario filosófico: el vínculo entre la revolución y la guerra, su lugar en la historia, su carácter necesario y su valor social, la matriz historiográfica que sus lecturas impulsan, sus implicaciones para pensar la democracia moderna, su carácter inconcluso, su fuerza mítica. En nuestro trabajo, recorreremos esas diversas tematizaciones intentando con ello dar cuenta de la lectura que desde sus páginas se hizo del acontecimiento. El objetivo de fondo que guía ese recorrido es la posibilidad de advertir un vínculo entre esa reflexión sobre la revolución y los intereses por definir un perfil y un quehacer determinado para la filosofía que se disputaba entonces en el espacio académico.

Tres cuestiones se reúnen: una revista, la *Revista de Filosofía. Cultura, Ciencia, Edu-*

cación; un presente, el de la revolución bolchevique; y un saber, la filosofía, en el momento de sus definiciones iniciales en la Argentina dentro de los marcos de legitimación institucional. La recurrente aparición de referencias a la revolución en el índice de una publicación que se propone establecer algunas condiciones para la filosofía académica en las primeras décadas del siglo XX nos invita a pensar sobre ese cruce: cómo y por qué esa presencia, y en qué medida esta era también parte de la definición disciplinar que se buscaba.¹

La *Revista de Filosofía*, publicada entre 1915 y 1929, creada por José Ingenieros y cuya línea editorial se desprende de su marcada influencia, fue la expresión de un intento por precisar algunas condiciones básicas para un saber que esperaba consolidarse y pretendía alcanzar algún grado de autonomía como tal en la universidad.² Por ambas característi-

¹ Retomamos la idea de Sarlo, para quien las revistas culturales son una intervención sobre el presente. Allí, intentamos pensar que la delimitación y la definición de ese presente es parte del objetivo de esas revistas. El presente no es algo dado, sino algo puesto por estas. Cf. Beatriz Sarlo, "Intelectuales y revistas: razones de una práctica", en *América-Cahiers du CRICCAL*, N° 9/10, 1992.

² La *Revista de Filosofía (RF)* se publica en Buenos Aires, de manera bimensual, con una cantidad aproximada

cas, puede ser inscripta en un marco más amplio, en el que encontramos revistas como la *Revista Argentina de Ciencia Política* o la *Revista de Derecho, Historia y Letras*, por nombrar algunas de las más relevantes. Se trata en estos casos de emprendimientos editoriales, importantes por su duración y peso relativo, llevados adelante por intelectuales ya consagrados, tanto en el ámbito cultural cuanto en el académico, que, sin duda, hacen de su perfil teórico la línea editorial predominante, pero que, además, intentan establecer algunas definiciones básicas en relación con ciertos saberes, como se trasluce en sus títulos. En ese marco, la revista de Ingenieros se manifiesta también en otra dirección y esto nos conduce al eje de nuestro trabajo. A partir de 1918 comienzan a aparecer en sus páginas artículos vinculados directamente con el análisis de sucesos históricos de orden local, nacional e internacional. El objeto de esas incorporaciones es, más que informar, avanzar en un análisis teórico que tiende a vincularse con los desarrollos de la revista en general.

Así, si la *Revista de Filosofía* puede ser leída como la expresión del positivismo argentino y de sus pretensiones sobre el campo filosófico, luego de esa fecha esa pretensión—con la que consideramos que hay que discutir principalmente por la escasa precisión del mote “positivismo” y por lo que su uso implicó—se vuelve un poco más difusa. Y es justamente en ese marco que comienza a tematizarse la revolución bolchevique y a tomarse posición frente a esta. Lo que nos interesa mostrar es que esa tematización, además de vincularse con un conjunto mucho más amplio de revistas, con otras características, que en la época saludaban el acontecimiento ruso,

pone de manifiesto un modo de comprender la filosofía misma.³ A diferencia de perspectivas como la de Luis Rossi, que observa, a propósito de este desplazamiento hacia la política, una pérdida de la revista en el marco del proceso general de “especialización”, nos animamos a verlo aquí más bien como un ajuste y precisión del sentido que venía proponiendo.⁴ La revista dio un lugar a los acontecimientos históricos que consideraba relevantes y los leyó haciendo de esto un ejercicio filosófico y elaborando con ello una propuesta para la filosofía.

Cabe aclarar que los autores son variados y con trayectoria teórica, pero, principalmente, trayectorias políticas diversas. Y esta mirada general de la revista sirve para reconocer la particularidad de los textos en los que se analizó el suceso soviético. Son muchos, aunque en lo que sigue, en pos de la brevedad, hemos elegido los más significativos, con el objetivo de elaborar una síntesis de lo que, consideramos, es la posición y la apuesta de la revista. Ahora bien, esa variedad no jaqueó nunca, según nuestra lectura, cierta unidad que primó en la revista. En efecto, hemos constatado que en los pocos casos en los que existió algún desacuerdo entre la línea editorial y los artículos, ese desacuerdo fue explicitado y la última palabra la tuvo el director. Pero esto no ocurre al referirse a Rusia. En los artículos sobre la revolución las diferencias no son importantes, ni producen discusiones. Al contrario, atendiendo al contenido, parecería que la variedad de autores y trayectorias se diluye desde el momento en que notamos que toda asevera-

³ Es fundamental recordar la nota editorial que abre el primer número de la revista, bajo la rúbrica de su director: “Para una filosofía argentina”, en *RF*, año I, N° 1, enero de 1915.

⁴ Cf. Luis Rossi, “Los proyectos intelectuales de José Ingenieros desde 1915 a 1925: la crisis del positivismo y la filosofía en la Argentina”, en José Ingenieros y Aníbal Ponce, *Revista de filosofía. Cultura - Ciencia - Educación*, Bernal, UNQ, 1999, p. 25.

de entre 150 y 200 páginas por número. Su director es José Ingenieros desde 1915 hasta 1923, en que la dirección comienza a ser compartida con Aníbal Ponce. Luego de la muerte de Ingenieros, en 1925, Ponce continuará solo con la tarea, hasta su cierre a fines de 1929.

ción contundente de un articulista que no forma parte del grupo más próximo a Ingenieros es inmediatamente respaldada en otro artículo, ya sea por el director o bien por uno de sus colaboradores más cercanos. Pero, puede aclararse, esa variedad también habla y no nos interesa anularla en la unidad de la publicación, ni remarcando una vez más la centralidad de su director. A lo largo de sus páginas no solo se afirman ideas o se postulan argumentos. Los artículos están firmados y esos nombres tienen una referencia, que también dice algo de la revista, máxime cuando se descubren ausencias importantes.

Reconocer las diferentes trayectorias y precedencias, en especial políticas, de los autores que participan permite señalar algunas de las opciones de la revista. No entraremos con detalle en este aspecto, pero una lectura atenta a los nombres que incluimos puede, seguramente, advertir un sentido de ciertas afinidades. Que esa variedad sea reunida por la revista al referirse a un suceso político y que esa referencia sea parte de la argumentación intrínseca de la revista, en la medida en que sirve a la definición disciplinar, da cuenta de la posición política con la que coquetea la publicación. Como se verá, algunas de las afirmaciones más contundentes sobre Rusia están en manos de autores con un fuerte compromiso político y que no formaban parte del núcleo duro de autores de la revista. Si esas aseveraciones constituyen mojonos singulares en la elaboración de una definición de filosofía, valerse de voces relativamente distantes del proyecto es un guiño que avanza también en otra dirección.

En lo que sigue, repasamos algunos de los principales artículos sobre el tema, como partes de ese todo que es para nosotros la *Revista de Filosofía*; ese es el contexto en el que cobran sentido cada una de las intervenciones, si bien quedan afuera varios artículos y otros modos posibles y fructíferos de considerarlos. En la revista, la revolución aparece analizada desde diferentes ángulos que privilegian uno u

otro aspecto: como apertura de un porvenir en una historia en decadencia; como expresión de una voluntad humana capaz de cambiar el curso del mundo; y, en ambos casos, como ensayo de un modelo, alternativo al vigente, para pensar la relación entre la historia de los hombres y las ideas que la mueven o la acompañan.

En relación con lo primero, la decadencia se constata a partir de la guerra, no solo por su poder destructivo sino también porque es producto de ideas y políticas corrosivas. La civilización occidental es en parte causa y en parte producto de la contienda. Un articulista frecuente de la revista, Nicolás Besio Moreno, se refiere al “espejismo del progreso material y científico”, que ya no podía esconderse como tal. Y advierte que es esa la razón por la cual la revolución puede ser considerada una justa y *natural* reacción.

En un artículo de 1924, Julio V. González, autor cercano a Ingenieros y que también publicó asiduamente en la revista, ponía como eje de su análisis en torno a Lenin la tensión entre la guerra y la revolución: la guerra había dejado una profunda destrucción moral que obligaba a buscar nuevos principios orientadores, que difícilmente podían encontrarse en Europa. Por eso Rusia aparecía como promesa. La revolución era una novedad, que salía de un pasado oprobioso y de un presente crítico, para ofrecer otro rumbo. La revolución era el inicio de una “nueva era”, de una “era de renovación integral”, decían los autores, valiéndose de una noción tan común como controvertida.

Y desde esa mirada, el porvenir se encarnaba en espíritus nuevos y avanzados, opuestos al reaccionarismo. En efecto, los autores mostraban que el enfrentamiento que la revolución suscitaba no era una guerra, sino la manifestación de las diferencias entre un espíritu de renovación y uno de conservación. Y mientras la injusticia social fuera el principal objetivo de los conservadores, no podía hablarse de enemigos iguales enfrentados: “En la historia viva,

los servidores de un despotismo no son iguales a los rebeldes que lo combatieron [...]. Miente toda historia muerta que tiene igual sanción para los mártires que para los verdugos”.⁵

Ahora bien, esa explicación de la revolución se asentaba explícitamente en la revista en una opción historiográfica, con una traducción concreta en la defensa del maximalismo. Los dos autores que allí estuvieron más próximos a lo que fue el proceso de constitución del Partido Comunista, contemporáneo a la publicación de esta revista, fueron los voceros más sólidos de esa posición: Kantor en enero de 1919 y Punyet Alberdi a fines de 1926.⁶ Postulado y reafirmado explícitamente por estos autores, el materialismo se constituía en la matriz básica de toda consideración histórica que hiciera la revista y, por supuesto, de su mirada de la revolución. Kantor, valiéndose de Marx, Engels y Lenin, remarcaba la importancia de la revolución social como origen y condición del cambio: las clases sociales y sus intereses ocupaban el centro de la disputa. Y en un relato detallado de los sucesos rusos explicaba la tensión entre maximalismo y minimalismo no como movimientos contradictorios, sino como expresiones de momentos y necesidades diferentes. Si bien el maximalista podía entender las reformas progresivas como vía de aproximación al cambio esperado, una vez que el proletariado se ponía en marcha, la acción era contundente y las reformas minimalistas un atentado contra la clase.

En la misma línea, Punyet Alberdi años después citó *in extenso* el *Manifiesto Comunista* y recordó la centralidad de las condiciones sociales imperantes, para rechazar cualquier apelación a abstracciones de carácter

inmutable. Punyet se apoyaba en Engels para sostener que el cambio debía darse como irrupción violenta. Y, contra el Partido Socialista, agregaba: “Nada de fatalismo”, porque los cambios en la evolución social, afirmaba, los hacen los hombres.⁷

Hubo otros artículos en esa dirección, aunque con tono menos radicalizado.⁸ Allí, el materialismo era la clave de lectura para el acontecimiento, el cambio era violento y tenía al proletariado por protagonista. En sintonía con ese “nada de fatalismo” que vociferaba Punyet, los otros autores conjugaban la matriz materialista con un fuerte voluntarismo. En la revolución, las condiciones materiales, unidas a ciertas voluntades, hacían pensable un modelo económico, social y político nuevo, que renovaba completamente el horizonte.

Hay, sin embargo, en la revista una excepción que confirma la regla: proclamándose a favor del maximalismo, en el mismo número en que se publicaba el artículo de Kantor, Ingenieros marcaba una tensión con aquellas afirmaciones. En la línea de “Ideales viejos e ideales nuevos”, incluido en el número de julio de 1918, sostenía en otro artículo, de noviembre: “las aspiraciones maximalistas serán necesariamente distintas en cada país, en cada región, en cada municipio, adaptándose a su ambiente físico, a sus fuentes de producción, a su nivel de cultura y aún a la particular psicología de sus habitantes”.⁹ Y agregaba que, gracias a la revolución, podíamos encontrar en algunos

⁵ José Ingenieros, “Historia, progreso, porvenir”, en *RF*, año IX, N° 2, marzo de 1923, pp. 243-244.

⁶ Con ambos autores sucede lo que mencionamos arriba: son autores de escasa participación en las páginas de la revista, pero cuya opinión queda inmediatamente refrendada por otros textos de autores con mayor participación.

⁷ Punyet Alberdi, “Qué es el comunismo”, en *RF*, año XII, N° 6, noviembre de 1926, p. 408. Sin querer avanzar más allá de las posibilidades del artículo, es interesante notar cómo los recursos de autoridad varían entre los autores: mientras que González se vale de Tolstoi, Guede, Lenin, Jaurés, Ossip-Lourié, Wells, Gorki, entre otros, Kantor y Punyet referencian a los padres fundadores Marx y Engels, principalmente.

⁸ Entre otros, se destaca el de Gabriel Moreau, “Las revoluciones francesa y rusa”, en *RF*, año VIII, N° 6, noviembre de 1922.

⁹ J. Ingenieros, “Significación histórica del movimiento maximalista”, en *RF*, año V, N° 1, enero de 1919, p. 157.

años “un nuevo régimen democrático que oscilará entre los ideales minimalistas enunciados por Wilson y los ideales maximalistas formulados por los revolucionarios rusos”.¹⁰

Si esa afirmación puede ser leída como un modo de darle importancia a las particularidades de cada presente y, por ello, como una diferencia con el comunista, es también interesante porque permite dar cuenta de las variaciones y definiciones de la revista. Meses después de la publicación de ese número se firmaba el Tratado de Versalles y el tema recién iba a ser retomado por la publicación en mayo de 1920. Entonces, “La futura sociedad de las naciones”, de Orzábal, se presentaba como condena irrefutable al imperialismo yanqui, mientras que “La democracia funcional en Rusia”, de Ingenieros, celebraba el modelo político de los soviets. Si la revista proponía una lectura optimista del acontecimiento ruso desde 1918, era en este número de mayo de 1920 en el que parecían sentarse propiamente las bases de lo decible: ya no aparecerán artículos a favor de Wilson y el minimalismo y la crítica que había inaugurado Kantor se traducía en la distancia definitiva de la revista respecto del parlamentarismo.

Ahora bien, el hecho de que los acontecimientos del '17 pudieran encontrar alguna explicación en la historia, así como que estos implicaran en todas las lecturas una verdadera renovación, no significaba que se presentara la revolución como algo acabado. En sintonía con las condiciones epistemológicas de toda disciplina científica, la acción de los bolche-

viques era juzgada en función de la experiencia que producía. El devenir necesario y natural de una filosofía de la historia positivista se tensionaba, no solo con aquel voluntarismo, sino también con los requisitos que se imponían al conocimiento de la historia.

La revolución era resultado de un conjunto de ideas que, surgido al calor de la realidad, generaba transformaciones a ser probadas en la experiencia. Y por ello no es casual que se hablara con insistencia de “experiencia rusa”. Se establecía una relación estrecha entre las ideas y los hechos: aquellas nacen de estos y sobre estos se aplican, intentando ofrecer respuestas. Por eso, se esperaban algunos resultados que permitirían ir evaluando las consecuencias.¹¹ Ingenieros era claro:

[N]o es general que los ideales se realicen totalmente como han sido pensados antes de entrar al terreno de la experiencia. Todo ideal es una hipótesis perfeccionable en la práctica. Las luchas por la elevación moral y material de la humanidad han sido siempre inspiradas por ideales; es necesario tenerlos para orientar el camino, sin prejuicios a estar dispuestos a contralorearlos durante la marcha, como los navegantes que de tiempo en tiempo determinan su posición para rectificar el rumbo.¹²

La de la experimentación era una condición recurrente en la revista y excedía la tematización de la revolución; era una apuesta fuerte por un tipo de conocimiento y un método que se extendía a la historia y la filosofía.¹³

Este texto data de noviembre de 1918 y fue presentado como conferencia a raíz del fin de la guerra.

¹⁰ *Ibid.*, p. 159. Terán lee estos desarrollos de Ingenieros como la expresión de una advertencia sobre la “no importabilidad de modelo soviético a América Latina” (O. Terán, *José Ingenieros: pensar la nación*, Buenos Aires, Alianza, 1986, p. 93). Si bien esta lectura está justificada, porque se elabora a la luz de textos de 1924, cabe todavía una ambigüedad en los textos previos al desencanto respecto del wilsonianismo.

¹¹ Nicolás Besio Moreno, “Resonancias morales de la revolución mundial”, en *RF*, año VI, N° 6, noviembre de 1920, p. 348.

¹² J. Ingenieros, “Enseñanzas económicas de la revolución rusa”, en *RF*, año VI, N° 6, noviembre de 1920, pp. 272-273.

¹³ M. Carla Galfione, “Filosofía y ciencia en la *Revista de Filosofía*: condiciones de una reconciliación”, en *Latinoamérica*, N° 59, México, 2014/2.

Hay diferencias, no obstante, en lo que se concebía como motor real de los cambios: irrupciones radicales de las “minorías activas”, para Ingenieros; resultado del “protagonismo obrero”, en palabras de Punyet; o producto del “idealismo de la filosofía bolchevique”, según González. Con todo, las referencias al origen del levantamiento mostraban en general la conciliación entre la fuerza y las ideas. Para los autores de la revista, como lo resume Kantor: “los grandes movimientos humanos [...] siempre necesitaron de grandes ideales”.¹⁴ Con aquellos desacuerdos, se construía una mirada de la historia alejada del determinismo, pero también de *abstracciones y vagos utopismos*.

Se introducía, también en la revista y en diálogo con aquella voluntad de definir las “ideas”, la referencia a algunas fuerzas espirituales que, sin embargo, no se advertían como problemáticas para la argumentación general. El director de la revista lo decía en términos de “fe en ideales”,¹⁵ de “fe en el porvenir”, de una “conciencia moral de la humanidad [que] ha asumido ciertos caracteres de un verdadero misticismo”.¹⁶ Y con él lo decían otros autores de un modo más categórico: Mandolini, Castiñeiras, Barrenechea y también Julio V. González. Ante una humanidad devastada y una filosofía condenada por los pronósticos de Spengler y de Nietzsche, la mirada hacia Rusia descubría nociones nuevas: el “alma rusa”, un pueblo “apóstol de una nueva religión social”; una “idealidad mística” que anunciaba con “labios proféticos” una nueva dirección para la civilización; un “mito” que era soporte y posibilidad del cambio.

Podríamos seguir recorriendo artículos y proponer otras líneas de lectura que complejicen más el panorama, pero lo que vimos hasta aquí permite ofrecer al menos algunas conclusiones preliminares. La tematización de la revolución en la revista, considerando algunas de sus aristas, muestra cómo esta se configura como acontecimiento histórico que reclama una reflexión filosófica. Con ella se despliega una concepción de la historia pero también de la filosofía. Este intento de pensar esa historia nueva es, mirada desde otro ángulo, un intento de encontrar y ejercitar una definición para la filosofía. Las preguntas nacen de esa experiencia y también sus respuestas.

La variedad de autores y trayectorias, que mencionamos en un comienzo como un aspecto en absoluto menor de este recorrido, avanza en la misma dirección. La filosofía no es una valoración políticamente aséptica y la inclusión de uno u otro autor también da cuenta de esto. Paralelamente, otras revistas de la época, que discutían con la revista de Ingenieros, buscaban también delimitar un campo para la filosofía y parte de esa definición se elaboraba partiendo de la distancia entre filosofía y política.¹⁷ El argumento para justificar esa separación era siempre teórico; sin embargo, en el escenario político sus autores se distinguían de aquellos que reunía la *Revista de Filosofía*. Algunos levantaban la bandera del socialismo ético y se acercaban al Partido Socialista, otros ensayaban definiciones de un perfil más conservador.¹⁸ Advertir esas afinidades quizá contribuya en algo a la clarificación

¹⁴ Moisés Kantor, “El problema social y la revolución maximalista en Rusia”, en *RF*, año V, N° 1, enero de 1919, p. 130.

¹⁵ J. Ingenieros, “Enseñanzas económicas...”, *op. cit.*, p. 453.

¹⁶ J. Ingenieros, “Las fuerzas morales de la revolución”, en *RF*, año VII, N° 2, marzo de 1921, p. 280.

¹⁷ Cf. “Intenciones”, en *Valoraciones. Humanidades, crítica y polémica*, N° 1, 1923.

¹⁸ Cf. A. Eujanián, “El novecentismo argentino: reformismo y decadentismo. La revista cuaderno del Colegio Novecentista, 1917-1919”, *Estudios Sociales*, vol. 21, 2° semestre de 2001, y F. Rodríguez, “Inicial, Sagitario y Valoraciones. Una aproximación a las letras y a la política de la nueva generación americana”, en Sosnowski, S. (ed.), *La cultura de un siglo: América latina en sus revistas*, Madrid/Buenos Aires, Alianza, 1999.

de sus disputas filosóficas. En algún sentido, podemos pensar con Terán que el escenario pone ante nosotros el cruce de dos caminos difíciles de transitar al mismo tiempo: el de “la lógica del discurso, por un lado, y las razones de realidad y de la toma de posición política por el otro”.¹⁹ Recorrerlos y entrecruzarlos podría mostrarnos que la disputa por la definición de la filosofía en la Argentina en esas primeras décadas del siglo es al mismo tiempo una disputa por la elección de un presente ante el cual la filosofía está dispuesta a pararse. □

Bibliografía

Besio Moreno, Nicolás, “Resonancias morales de la revolución mundial”, en *Revista de Filosofía*, VI, N° 6, noviembre de 1920.

Castiñeiras, Alejandro, “El mesianismo del pueblo ruso”, en *Revista de Filosofía*, IX, N° 1, enero de 1923.

Eujaníán, Alejandro “El novecentismo argentino: reformismo y decadentismo. La revista cuaderno del Colegio Novecentista, 1917-1919”, *Estudios Sociales*, vol. 21, 2° semestre de 2001.

Ingenieros, José, “Enseñanzas económicas de la revolución rusa”, en *Revista de Filosofía*, VI, N° 6, noviembre de 1920.

—, “Las fuerzas morales de la revolución”, en *Revista de Filosofía*, VII, N° 2, marzo de 1921.

—, “Significación histórica del movimiento maximalista”, en *Revista de Filosofía*, V, N° 1, enero de 1919.

—, “Historia, progreso, porvenir”, en *Revista de Filosofía*, IX, N° 2, marzo de 1923.

¹⁹ O. Terán, *José Ingenieros: pensar la nación*, op. cit., p. 83.

Kantor, Moisés, “El problema social y la revolución maximalista en Rusia”, en *Revista de Filosofía*, V, N° 1, enero de 1919.

Mandolini, Hernani, “El alma rusa y la revolución”, en *Revista de Filosofía*, XIII, N° 5, septiembre de 1927.

Mariátegui, José Carlos, “Hechos e ideas de la revolución rusa”, en *Revista de Filosofía*, año XII, N° 6, noviembre de 1926.

Moreau, Gabriel, “Las revoluciones francesa y rusa”, en *Revista de Filosofía*, VIII, N° 6, noviembre 1922.

Orgaz, Raúl, “La esencia de la revolución”, en *Revista de Filosofía*, XIV, N° 3, mayo de 1928.

Orzábal Quintana, Arturo, “La situación actual de Rusia”, en *Revista de Filosofía*, VII, N° 3, mayo de 1921.

—, “La futura sociedad de las naciones”, en *Revista de Filosofía*, VI, N° 3, mayo de 1920.

Pittaluga, Ricardo, *Soviets en Buenos Aires. La izquierda de la Argentina ante la Revolución en Rusia*, Buenos Aires, Prometeo, 2016.

Punyet Alberdi, M., “Qué es el comunismo”, en *Revista de Filosofía*, XII, N° 6, noviembre de 1926.

Rossi, Luis, “Los proyectos intelectuales de José Ingenieros desde 1915 a 1925: la crisis del positivismo y la filosofía en la Argentina”, en José Ingenieros y Aníbal Ponce, *Revista de filosofía. Cultura - Ciencia - Educación*, Bernal, UNQ, 1999.

Sarlo, Beatriz, “Intelectuales y revistas: razones de una práctica”, en *América-Cahiers du CRICCAL*, N° 9/10, 1992.

Rodríguez, Fernando, “Inicial, Sagitario y Valoraciones. Una aproximación a las letras y a la política de la nueva generación americana”, en Sosnowski, S. (ed.), *La cultura de un siglo. América latina en sus revistas*, Buenos Aires, Alianza, 1999.

Terán, Oscar, *José Ingenieros: pensar la nación*, Buenos Aires, Alianza, 1986.

Zum Felde, Alberto, “La renovación de occidente”, en *Revista de Filosofía*, XIV, N° 1, enero de 1928.

Contra la revolución: circulación cultural y discursos decadentistas en la Argentina (1917-1922)

Mariela Rubinzal

UNL / CONICET

A partir del análisis de la circulación de ideas, imágenes, productos periodísticos y editoriales sobre la Revolución Rusa en el universo político y cultural de las derechas argentinas, se plantean dos interrogantes centrales ¿qué significó la Revolución Rusa para esta cultura política de tendencia decadentista?, y ¿qué lugar ocupó esta en los orígenes de la cultura política nacionalista? Los autores que adherían al pensamiento decadentista vincularon la revolución a un conjunto de eventos inquietantes (locales e internacionales). El significado de los hechos revolucionarios fue cristalizándose a partir de dos movimientos: la curiosidad por un fenómeno disruptivo producido en un país lejano y la vinculación (real o imaginaria) con otros hechos locales contemporáneos o posteriores a la Revolución vinculados a la cuestión social.

La construcción de una cultura política contrarrevolucionaria¹ en la Argentina tuvo como escenario el resquebrajamiento de la

sensación de seguridad, la crisis de la hegemonía del positivismo, el cuestionamiento a los principios del liberalismo y la emergencia de “nuevas sensibilidades”. En la perspectiva de Fernando Devoto y María Inés Barbero se trató de “un movimiento cultural acotado” encarnado por personas que tenían “una conciencia de pertenencia” y compartían ciertos rasgos.² Si bien es difícil encontrar un discurso ideológico definido y estructurado,³ proliferaron ideas de decadencia producto de la crisis del liberalismo y la revisión de algunos de sus principios incluso entre quienes profesaban ideas liberales.⁴ Las ideas contrarrevolucionarias que se consolidaron en este contexto fueron los insumos a partir de los cuales se edificó el discurso del nacionalismo movilizador de los años treinta. Si bien este fue un movimiento político sustancialmente diferente, las imágenes sobre la Revolución

¹ Sobre el concepto de contrarrevolución véase Sandra McGee Deutsch, *Contrarrevolución en la Argentina 1900-1932. La Liga Patriótica Argentina*, Buenos Aires, UNQ, 2003; para una síntesis de los aportes provenientes del concepto de culturas políticas véase Mariela Rubinzal, “Claves para volver a pensar las culturas políticas en la Argentina (1900-1945). Perspectivas, diálogos y aportes”, en *Anuario del Instituto de Historia Argentina*, 2016, en Memoria Académica. Disponible en <http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/art_revistas/pr.7680/pr.7680.pdf>.

² María Inés Barbero y Fernando Devoto, *Los nacionalistas*, Buenos Aires, CEAL, 1983.

³ Cristián Buchrucker, *Nacionalismo y peronismo. La Argentina en la crisis ideológica mundial (1927-1955)*, Buenos Aires, Sudamericana, 1987.

⁴ Oscar Terán, “Nacionalismos argentinos (1810-1930)”, en *Revista de Ciencias Sociales*, Bernal, UNQ, N° 1, noviembre de 1994, p. 37.

Rusa y su centralidad en la identidad política nacionalista fueron perdurables.⁵

Beatriz Sarlo ha señalado que el campo intelectual argentino se dividió entre dos sentimientos: la esperanza de la revolución y el miedo a la revolución.⁶ Efectivamente, la imagen de una catástrofe, de grandes tempestades, de un volcán a punto de estallar fue recurrente en los discursos contrarrevolucionarios. No obstante, lejos de provocar solo el aumento de opiniones a favor de la solución represiva comenzaron a difundirse discursos complejos sobre la revolución y su repercusión en el escenario local. La idea de que era más efectivo combatir al comunismo mediante programas sociales antes que con medidas policiales se fue extendiendo lentamente.⁷ La cultura contrarrevolucionaria se nutrió de distintas fuentes basadas en registros fotográficos provenientes del exterior (tal como puede constatarse en el archivo personal de Julio Irazusta);⁸ publicaciones periódicas; relatos de viajeros y libros de distinto origen. Se trataba de un material acotado porque no siempre se podía acceder a los textos extranjeros ya que no era sencilla su traducción, o no podían hallarse los textos originales en el mercado librero local.⁹ La circulación de tex-

tos provenientes de las editoriales nacionales y de las revistas que publicaban reseñas o fragmentos de libros comenzaron a cubrir parcialmente el vacío intelectual e informativo sobre la revolución.

La revista católica *Estudios*,¹⁰ en la cual escribían muchos referentes de la cultura contrarrevolucionaria, solía recomendar libros sobre la revolución editados en nuestro país. Entre estos se destaca la obra *Maximalismo*, de José M. Samperio. En 1919 fue publicada en la *Novela del día*, a un precio muy accesible (10 centavos)¹¹ y luego por la Editorial Soiza (en 1920 ya iba por la tercera edición). Se trata de una novela popular—escrita con un lenguaje sencillo— que narra la historia de la familia Ledesma, dueña de ingenios en Tucumán, en la cual se mezclan cuestiones de distinto orden: el amor, los negocios, las diferencias sociales, la violencia, el tiempo libre, la

⁵ Mariela Rubinzal, “El nacionalismo frente a la cuestión social en Argentina (1930-1943). Discursos, representaciones y prácticas de las derechas sobre el mundo del trabajo”, tesis doctoral, Universidad Nacional de La Plata, 2012.

⁶ Beatriz Sarlo, *Una modernidad periférica: Buenos Aires 1920 y 1930* [1988], Buenos Aires, Nueva Visión, 2007.

⁷ Mariela Rubinzal, “El nacionalismo frente a la cuestión social en Argentina (1930-1943)”, *op. cit.*; Olga Echeverría, “Virtudes de la doctrina y errores de la política. Monseñor Gustavo Franceschi ante los ‘totalitarismos’ soviético, fascista y nacionalsocialista”, *Quinto Sol*, enero-abril de 2017.

⁸ Julio Irazusta recopilaba algunas notas de las revistas europeas *América-Latina* y *L'illustration*, pero sobre todo estaba interesado en las imágenes que recortaba de estas publicaciones y archivaba en sus anuarios.

⁹ Augusto Bunge, *El continente rojo*, Buenos Aires, Editorial L. J. Rosso, 1932, p. 10.

¹⁰ La revista *Estudios* se creó en julio de 1911 por los miembros de la Academia Literaria del Plata y se publicó hasta el año 1967 en que llegó a completar 558 números. Se trató de una revista de cultura general que contenía artículos referidos a las más diversas cuestiones doctrinales y trabajos de exposición y crítica de literatura tanto nacional como extranjera. Según Néstor Auza, hasta 1928 la revista *Estudios* fue la publicación católica que puso “el mayor acento en el papel evangelizador que la literatura puede ejercer sobre la ciudadanía y de ahí nace la preocupación por ofrecer una visión cristiana de los textos literarios y una oportunidad para dar a conocer escritores católicos”. Auza estima que durante los primeros diecisiete años de vida “*Estudios* es la revista católica de cultura más relevante que se edita en el país y alcanza una circulación nacional”. En Néstor Auza, “Revistas culturales de orientación católica en el siglo xx en Argentina”, *Anuario de Historia de la Iglesia*, Pamplona, Universidad de Navarra, 2000.

¹¹ La *Novela del día*—cuyo director era Luis Luchía Puig— aparecía los días viernes “con una obra de palpitable interés de los mejores autores latino-americanos” tales como Manuel Gálvez, Barrantes Molina, Hugo Wast, Belisario Roldán, entre otros. Se podían comprar los números sueltos por 10 centavos o suscribirse pagando una pequeña cuota de acuerdo a la encuadernación: en rústica \$1.25 por trimestre, \$2.50 por semestre o \$5 al año; mientras que la “edición de lujo” valía \$2.50 por trimestre; \$5 pesos por semestre; \$10 por año. El número suelto encuadernado costaba 0.20 centavos.



Imagen periodística de julio de 1917 en Petrogrado, recortada por Julio Irazusta, referenciada y archivada en sus anuarios. Archivo Julio Irazusta en Gualeguaychú.

sociabilidad, el miedo a la revolución social. El trasfondo son los sucesos producidos durante la Semana Trágica, observados con estupor por la hija de la familia y su asistenta desde un balcón céntrico:

Veían grupos de mocetones mal vestidos, que respondían al mando de otros mejor arreglados que pasaban con diarios en las manos amenazando a los transeúntes. Un coche iba a pasar frente a la casa cuando un pelotón de muchachos le cortó el camino, hicieron parar el vehículo y, desenganchando los caballos, daban con el látigo al cochero. Enseguida adelantaron el carruaje pocos pasos y le prendieron fuego. Sobre las ruinas del coche a medio quemar se irguió un obrero de camiseta roja y atronando los aires dio un grito: ¡Viva la anarquía! Y así para celebrar su triunfo hizo dos disparos de revólver.¹²

La Semana Trágica reactualizó imágenes de la Revolución Rusa: en Buenos Aires también se

podían observar obreros en la calle “con las armas en las manos”. El cortejo que acompañaba a los trabajadores muertos durante la huelga en la fábrica Vasena era una “ola humana que se adelantaba siniestra por las calles de la gran metrópoli, sembrando el espanto. No había lágrimas de dolor sobre los caídos; solo había rugidos de venganza que rodaban sobre sus cadáveres”.¹³ El columnista de *Estudios* argumentaba que Samperio trataba agudamente el malestar social que surgía de las necesidades del proletariado, “a las cuales urge poner pronto remedio, si no se quiere alimentar el volcán que amenaza estallar en el momento menos pensado, para arrasar todo cuanto intente oponerse a su paso avasallador”.¹⁴ *La teoría y la práctica del maximalismo*, de Carlos Mezzena, es otro de los libros recomendados porque condensa “toda la doctrina del maximalismo y los hechos más calumniantes que constituyen consecuencias prácticas de la aberración social que esa doctrina representa, y de la cual se aprovechan cuatro malvados para

¹² José Samperio, “Maximalismo”, en *La Novela del día*, 13 vols., Buenos Aires, año 1, 1919, p. 296.

¹³ *Ibid.*, p. 298.

¹⁴ “Bibliografía”, en *Estudios*, XVIII, Buenos Aires, 1920, p. 320.

llegar a la altura que por sus condiciones personales no podrían jamás conseguir”.¹⁵ También se difundieron los títulos de la recientemente creada Editorial Bayardo (de los hermanos Luccia-Puig) que presentaba, por esos años, una colección de obras llamada *Libertad* dirigida por Gustavo Martínez Zuviría. La primera obra de esta colección fue *Después de la victoria del socialismo*, de Eugenio Richter;¹⁶ luego, un libro de mucha circulación –dentro y fuera de la cultura católica– fue *Una nueva edad media. Reflexiones acerca de los destinos de Rusia y de Europa* (el original era de 1924), de Nicolás Berdiaev. La trayectoria intelectual y biográfica de Berdiaev –quien había vivido primero las censuras del zarismo y luego las del comunismo, que lo llevaron finalmente al exilio– lo colocaron en un lugar de reconocimiento en el campo intelectual argentino. Para este autor las tendencias socialistas impregnaban “no sólo la vida política y económica sino también toda la cultura contemporánea; representan un determinado sentimiento de la vida”.¹⁷ Berdiaev creía que se había iniciado una nueva época y ya era imposible volver al estadio anterior, la primera gran guerra y la Revolución Rusa habían dado lugar a “una nueva edad media” basada en la desaparición de la personalidad: “El hombre no puede soportar su desamparo, su soledad”.¹⁸

En este marco se destacó la obra de Gustavo Franceschi,¹⁹ que tuvo amplia circulación por

distintos medios: revistas, periódicos, conferencias, libros. Compartiendo la perspectiva decadentista de sus pares anuncia que “los principios que han regido al mundo por el espacio de dos siglos” habían perecido²⁰ y que el surgimiento de una nueva época fue tierra fértil para el nacimiento de lo que llamó la “angustia contemporánea”.²¹ Gustavo Franceschi fue a contramano de la idea de que los problemas sociales y la consecuente lucha gremial eran ajenos a la idiosincrasia de los argentinos. Cuando el discurso contrarrevolucionario apuntó a los extranjeros supuestos “agitadores sociales” argumentó que “las condiciones del ambiente” propiciaban la difusión del comunismo.²² En una conferencia pronunciada en diciembre de 1917 afirmó que el capital tenía derecho a su renta pero no podía absorber la totalidad de los beneficios de la producción. Desde su perspectiva, el sistema político vigente debía reconocer las expresiones y el ansia de una mayor justicia y realizar en forma urgente “profundas transformaciones socio-económicas”.²³ Franceschi argumentaba –en el contexto de recepción de las noticias de la Revolución Rusa– que el obrero en nuestro país seguía al socialismo porque no conocía suficientemente la doctrina social de la Iglesia. De esta manera, reivindicaba la “acción positiva” como una estrategia superior a la represiva, e insistía en la opción preventiva (que incluía la formación de sindicatos católicos) ya que “la me-

¹⁵ “Bibliografía”, en *Estudios*, xvii, Buenos Aires, 1919, p. 475.

¹⁶ Faustino Legón, “Después de la Victoria del socialismo”, *Estudios*, xix, Buenos Aires, 1920, pp. 273-277.

¹⁷ Nicolás Berdiaev, *Una nueva edad media. Reflexiones acerca de los destinos de Rusia y de Europa*, 5ªed., Barcelona, Editorial Apolo, 1934, p. 39.

¹⁸ *Ibid.*, p. 11

¹⁹ Para una reseña biográfica de Gustavo Franceschi puede verse Lila Caimari, *Perón y la Iglesia católica. Religión, Estado y sociedad en la Argentina (1943-1955)*, Buenos Aires, Ariel, 1995, pp. 348-356, y Miranda Lida, “Iglesia, sociedad y Estado en el pensamiento de monseñor Franceschi. De la *señoría* tomista a

la ‘revolución cristiana’ (1930-1943)”, *Anuario IEHS*, N° 17, Universidad Nacional del Centro, 2002.

²⁰ Gustavo Franceschi, *La democracia y la Iglesia*, Buenos Aires, Agencia General de Librería y Publicaciones, 1918.

²¹ Gustavo Franceschi, *La angustia contemporánea*, Buenos Aires, Editorial Coni, 1928.

²² Entrevista realizada a Franceschi en la ciudad de Paraná, publicada en *El Pueblo*, 15 de julio de 1923, y reproducida en Sylvia Saítta y Luis Alberto Romero, *Grandes entrevistas de la Historia Argentina (1879-1988)*, Buenos Aires, Punto de Lectura, 2002.

²³ Gustavo Franceschi, *La democracia y la Iglesia*, op. cit., p. 21.

mejor defensa es hacer imposible la revolución mediante una más justa organización social”.²⁴

Al mismo tiempo, una carta pastoral del obispo de Paraná, Abel Bazán y Bustos, advertía que el objetivo del *maximalismo* era acabar con todo el orden social existente, derribar todos los gobiernos y proclamar la tiranía del proletariado calificado como “turbas desenfrenadas”.²⁵ El obispo interpretaba la coyuntura como una guerra en la cual era necesario “fomentar el bienestar obrero y alejar de su hogar la miseria y las privaciones” para lo cual los capitalistas se tienen que “despojar de miles o millones voluntariamente para obras de previsión económico-sociales”.²⁶ En esta perspectiva, la vinculación de la revolución con la cuestión social local es central para comprender las dimensiones y la centralidad que tuvo en la construcción de la identidad política nacionalista. Los recortes periódicos de la prensa local que recopilaba con sistematicidad Julio Irazusta desde muy joven presentan con bastante claridad esta vinculación. En efecto, durante 1917 sus recortes y anotaciones destacaban las noticias relacionadas con la economía nacional y la cuestión obrera –tales como la promulgación de leyes laborales o las huelgas portuarias y rurales–, hechos que podían convertirse en la tierra fértil de una revolución social. En 1918 Julio Irazusta comenzó a cursar la carrera de Derecho en la Universidad de Buenos Aires, con lo que debió trasladarse desde su Gualeguaychú natal a la capital. Allí el clima cultural decadentista y el conflicto social fueron tiñendo sus registros diarios: “Aquí todos los días hay desórdenes. No hay manifestación política opo-

sitora sin que se disparen revólveres”.²⁷ Estas experiencias personales junto con el enorme influjo que tenía su hermano Rodolfo determinaron su ingreso a la política en 1927, cuando se fundó *La Nueva República*.²⁸

A partir de estos discursos se fue consolidando la idea de que el capitalismo estaba logrando destruir a las familias obreras, deformando su moral, obligándolas “a vivir en descuidada promiscuidad en míseras viviendas o en las usinas, con abandono forzoso de todo cultivo espiritual”.²⁹ El socialismo no podía ofrecer una alternativa en la medida en que aspiraban a “corregir el mal con la usurpación y la violencia” agravando los antagonismos que disgregaban a la sociedad.³⁰ El ideal socialista era una “quimera latente” en la medida en que la jerarquía era concebida como natural y justa por sí misma. En el mismo sentido, la opinión de Martín J. Pérez –incitado por una conferencia del socialista Mario Bravo– planteaba que la socialización de las tierras implicaba negar las diferentes cualidades de los hombres que la trabajaban imponiendo una igualdad injusta y “absurda”.³¹ Si las revoluciones “se hacen con obreros” que atraviesan una “desgracia inmerecida” el objetivo inmediato era *ganar* a ese sector mediante la cristianización, empleando un método “profiláctico o higiénico” para sanear el ambiente “mediante una educación moral y religiosa”.³²

²⁴ Entrevista realizada a Franceschi en la ciudad de Paraná, publicada en *El Pueblo*, 15 de julio de 1923, y reproducida en Sylvia Saïta y Luis Alberto Romero, *op. cit.*

²⁵ Vicente Gambón, “Ante los problemas sociales”, en *Estudios*, xvii, 1919, pp. 10-15.

²⁶ *Ibid.*

²⁷ Julio Irazusta, “25 de marzo de 1922”, Buenos Aires, 25 de marzo de 1922. Archivo personal de Julio Irazusta.

²⁸ Noriko Mutsuki, *Julio Irazusta. Treinta años de nacionalismo argentino*, Buenos Aires, Editorial Biblos, 2004.

²⁹ Tirso Yañez, “La situación social después de la guerra. El capital y el trabajo. Los grandes errores y las grandes soluciones”, tomado de *Revista Eclesiástica*, Buenos Aires, noviembre de 1921, en *Estudios*, xxii, 1922, pp. 72-75.

³⁰ Héctor Olmedo, “El verdadero concepto de la cuestión social”, en *Estudios*, xxiii, 1922, pp. 8-13.

³¹ Martín José Pérez, “La Revolución Rusa”, en *Estudios*, xxiii, 1922, pp. 376-391.

³² León Froilán, “La Lectura Dominical. Enseñanzas de la revolución”, en *Estudios*, xiii, 1917, pp. 476-477.

Debe resaltarse que la cultura política contrarrevolucionaria se nutrió de imágenes muy diversas de la revolución. Las distintas formas de nombrar el fenómeno (maximalismo, bolcheviques, bolshevismo, bolchewikismo, bolcheviki, bolshevikis) entre los escritores de la época es una muestra de la inquietud que generaba lo nuevo, lo que estaba en vías de definirse, de historiarse.³³ Más allá de la diversidad, el significado último de la revolución se actualizó en cada situación de condensación de los conflictos sociales y se proyectó como una advertencia durante toda la década del treinta, momento en que emerge y se consolida un nacionalismo movilizador y violento que sale a las calles a luchar contra el comunismo. □

Bibliografía

Auza, Néstor, “Revistas culturales de orientación católica en el siglo xx en Argentina”, *Anuario de Historia de la Iglesia*, Pamplona, Universidad de Navarra, 2000.

Barbero, María Inés y Fernando Devoto, *Los nacionalistas*, Buenos Aires, CEAL, 1983.

Buchrucker, Cristián, *Nacionalismo y Peronismo. La Argentina en la crisis ideológica mundial (1927-1955)*, Buenos Aires, Sudamericana, 1987.

Caimari, Lila, *Perón y la Iglesia católica. Religión, Estado y sociedad en la Argentina (1943-1955)*, Buenos Aires, Ariel, 1995.

Echeverría, Olga, “Virtudes de la doctrina y errores de la política. Monseñor Gustavo Franceschi ante los ‘totalitarismos’ soviético, fascista y nacionalsocialista”, *Quinto Sol*, 2017.

Lida, Miranda, “Iglesia, sociedad y Estado en el pensamiento de monseñor Franceschi. De la *sedition* tomista a la ‘revolución cristiana’ (1930-1943)”, *Anuario IEHS*, N° 17, Universidad Nacional del Centro, 2002.

McGee Deutsch, Sandra, *Contrarrevolución en la Argentina 1900-1932. La Liga Patriótica Argentina*, Buenos Aires, UNQ, 2003.

³³ “Rasputin y el último de los Romanoff”, en *La Nota. Revista Semanal*, s/f. Archivo Julio Irazusta, caja 1918.

Mutsuki, Noriko, *Julio Irazusta. Treinta años de nacionalismo argentino*, Buenos Aires, Editorial Biblos, 2004.

Rubinzal, Mariela, “Claves para volver a pensar las culturas políticas en la Argentina (1900-1945). Perspectivas, diálogos y aportes”, en *Anuario del Instituto de Historia Argentina*, 2016.

—, “El nacionalismo frente a la cuestión social en Argentina (1930-1943). Discursos, representaciones y prácticas de las derechas sobre el mundo del trabajo”, tesis doctoral, Universidad Nacional de La Plata, 2012.

Saítta, Sylvia y Luis Alberto Romero, *Grandes entrevistas de la Historia Argentina (1879-1988)*, Buenos Aires, Punto de Lectura, 2002.

Sarlo, Beatriz, *Una modernidad periférica: Buenos Aires 1920 y 1930* [1988], Buenos Aires, Nueva Visión, 2007.

Terán, Oscar, “Nacionalismos argentinos (1810-1930)”, en *Revista de Ciencias Sociales*, N° 1, Bernal, UNQ, 1994.

Fuentes

Berdiaev, Nicolás, *Una nueva edad media. Reflexiones acerca de los destinos de Rusia y de Europa*, 5ª ed., Barcelona, Editorial Apolo, 1934.

Bunge, Augusto, *El continente rojo*, Buenos Aires, Editorial L. J. Rosso, 1932.

Franceschi, Gustavo, *La angustia contemporánea*, Buenos Aires, Editorial Coni, 1928.

—, *La democracia y la Iglesia*. Buenos Aires, Agencia General de Librería y Publicaciones, 1918.

Froilán, León, “La Lectura Dominical. Enseñanzas de la revolución”, en *Estudios*, xiii, 1917.

Gambón, Vicente, “Ante los problemas sociales”, en *Estudios*, xvii, 1919, p. 10-15.

Irazusta, Julio, “25 de marzo de 1922”, Buenos Aires, 25 de marzo de 1922. Archivo personal de Julio Irazusta.

Legón, Faustino, “Después de la Victoria del socialismo”, *Estudios*, xix, Buenos Aires, 1920.

Olmedo, Héctor, “El verdadero concepto de la cuestión social”, en *Estudios*, xxiii, 1922.

Pérez, Martín José, “La Revolución Rusa”, en *Estudios*, xxiii, 1922.

Samperio, José, “Maximalismo”, en *La Novela del día*, año i, 13 vols., Buenos Aires, 1919.

Yañez, Tirso, “La situación social después de la guerra. El capital y el trabajo. Los grandes errores y las grandes soluciones”, tomado de *Revista Eclesiástica*, Buenos Aires, noviembre de 1921, en *Estudios*, xxii, 1922.

Los estudiantes de Buenos Aires ante la “ola bolchevique”

Discusiones y fracciones ligadas al proceso revolucionario ruso

Natalia Bustelo

CeDInCI / UNSAM / CONICET; FFYL-UBA

Tuvimos tres días de huelga y anduve hecho un “bolsebicki” –por poco me mandan a presidio–. No te asustes, esto es para nosotros un diploma de honor. Lo que te aseguro es que a pesar de los pesares, estoy entero y no pierdo la esperanza de ser mañana o pasado el jefe del soviet.

Carta del estudiante santafesino
Pablo Vrillaud a su familia, mayo de 1919

El 15 de junio de 1918, un grupo de estudiantes y jóvenes graduados de la Universidad Nacional de Córdoba interrumpía la elección de rector y con ello iniciaba simbólicamente la Reforma Universitaria, un movimiento político-cultural que se extendería por América Latina erigiendo al estudiante en un nuevo actor social. En los años previos los estudiantes habían iniciado reclamos continentales por una “reforma universitaria”, pero entonces no tenían la esperanza –que anuncia Vrillaud en el epígrafe– de que la protesta universitaria deviniera un soviet, ni eran acusados de “conspiradores maximalistas”.¹ Es que los

Congresos Americanos de Estudiantes habían exigido una reforma en afinidad con el liberalismo y las élites político-económicas mientras que el movimiento que comenzó a gestarse a mediados de 1918 se enfrentó a esas élites y terminó por inscribir la identidad estudiantil en una cultura de izquierdas, marcada por el éxito bolchevique.

Atentas a ello las páginas que siguen recuperan las discusiones de los estudiantes porteños en torno del proceso ruso y su vinculación con la conflictividad social argentina. Asimismo, buscan precisar la escisión entre una fracción estudiantil que ligó la Reforma a la emancipación de la humanidad y otra que, convencida de que el bolchevismo solo traía caos, vinculó la Reforma al nacionalismo católico.

El año 1919 argentino se abrió con la Semana Trágica. Las insurrecciones que sucedieron a la huelga en los talleres Vasena y a la sangrienta represión de obreros y judíos acrecentaron el miedo o el entusiasmo que venía despertando la Revolución de Octubre. Desde comienzos de 1918 la gran prensa publicaba

¹ Denunció el líder reformista Enrique Barros que “de Córdoba vino la primera alarma sobre eso que se ha llamado conspiración maximalista. Fueron un fracasado ministril y su adlátere el jefe de policía descalificado [...] por sus implacables persecuciones contra la juventud es-

tudiosa liberal, quienes –y esto consta en documentos conocidos– llevaron a las autoridades nacionales las primeras noticias e inquietudes sobre una proyectada revolución social” (“Encuesta de *Vida Nuestra* sobre la situación de los judíos en la Argentina. Respuesta de Enrique Barros”, *Vida Nuestra*, N° 9, marzo de 1919, p. 197).

noticias sobre el supuesto desembarco de agentes bolcheviques encargados de expandir el caos. Confirmando esas noticias, la policía acusó a declarados bolcheviques como José Ingenieros de instigar las huelgas de enero y comenzó a vigilarlos. E incluso anunció el desmantelamiento de un soviét porteño encabezado por Pinie Wald. En la encarcelación y tortura de este obrero judío polaco se cifra la interpretación antisemita de la Revolución Rusa y del conflicto social argentino: esa revolución se reducía al caos y al misticismo del pueblo ruso, cuyos embajadores locales eran los judíos rusos, pues habrían devenido “agitadores profesionales” de ilegítimas huelgas.

Otra fue la interpretación de la UCR: para frenar las disgregantes ideas bolcheviques impuso la censura y para evitar los reclamos legítimos intentó aprobar una legislación laboral. Por su parte, los parlamentarios socialistas insistieron en su proyecto de legislación y denunciaron que la conspiración bolchevique era una excusa para la represión. Los anarquistas y los socialistas que saludaron la vía revolucionaria rusa hicieron la misma denuncia, pero además buscaron que las futuras insurrecciones se guiaran por ideales emancipatorios. Entre los estudiantes se registraron posiciones muy diversas. El joven Juan Probst, poco antes de asumir como presidente del Centro de Estudiantes de la Facultad porteña de Filosofía y Letras, recordaba que se había hecho fama de conservador por sostener que el carácter de los Centros de Estudiantes “debe ser gremial y como gremios de los estudiantes deben ocuparse exclusivamente de los problemas universitarios”.² En Buenos Aires, esa posición también fue asumida por el Colegio Novecentista –en el que participaba Probst– y la breve Alianza de la Nueva Generación, fundada por Ricardo Rojas en 1919, y

primó en la Federación Universitaria de Buenos Aires (FUBA), el Centro de Estudiantes de Derecho y el de Filosofía y Letras. En cambio, el pronunciamiento izquierdista ante los problemas sociales fue defendido, entre otros, por el Ateneo de Estudiantes Universitarios, el Centro de Estudiantes de Medicina, la FUA y las revistas estudiantiles y bolcheviques *Bases* e *Insurrexit*. Para coordinar ese pronunciamiento el representante de la FUA, Gregorio Bermann, fundó la Federación de Asociaciones Culturales (FAC), que aglutinó a numerosos centros socialistas y a unos pocos anarquistas, todos porteños y simpatizantes del bolchevismo. Además de organizar varios mítines masivos, auspició el célebre acto de noviembre de 1918 en que Ingenieros, ante un numeroso auditorio de estudiantes, intelectuales y militantes, saludaba a los bolcheviques y declaraba que su significación histórica residía en haber precisado los ideales de justicia social y emancipación que debían embanderarse a partir del fin de la guerra.

Las federaciones estudiantiles habían establecido en sus estatutos que tenían una condición estrictamente gremial. Pero la discusión se instaló cuando la Federación Universitaria de Córdoba (FUC) resolvió adherir al paro obrero del 12 de enero de 1919 en protesta por la represión. El mismo día se producía el asalto y saqueo del diario cordobés que apoyaba a los reformistas, *La Voz del Interior*, y se emitía una orden de captura de varios líderes estudiantiles –era “la revancha contra el 18”, recordaría Bermann–.³ Doce días después la FUC ponía a circular una nueva resolución. Allí inscribía la Reforma en un proceso evolutivo dirigido a modificar “la organización social, económica, política e intelectual, teniendo como finalidad inmediata el afianzamiento de la libertad, la verdad y la justicia en

² Juan Probst, “Las elecciones de renovación de la C. D.”, *Verbum*, N° 53, marzo-mayo de 1920, p. 95.

³ Gregorio Bermann, *Scherzo 1918*, mimeo, Córdoba, 1968, p. 54.

todos sus órdenes” y subrayaba la legitimidad de los reclamos obreros.⁴

La FUBA no editó ningún manifiesto. Realizó una declaración más moderada que la FUC mientras que el Ateneo y la FAC publicaron dos manifiestos que agregaban al posicionamiento de la FUC el repudio al ataque a la colectividad judía. La crítica estudiantil a esos posicionamientos provino de la *Revista Nacional*, que dirigían los jóvenes Julio Irázusta y Mario Jurado. Allí se ironizaba sobre “la nueva moda de los manifiestos” y la respetabilidad de la colectividad judía al tiempo que se trazaba un nosotros reformista y nacionalista que reclamaba comprensión “al patriotismo, que en ciertas ocasiones se indigna y comete errores”.⁵

Poco después, uno de los fundadores del Colegio Novacentista, Ventura Pessolano, se ofrecía para viajar a Córdoba como representante estudiantil. El epistolario de los reformistas nos ofrece una breve información sobre la estadía. Bermann le había escrito a Barros advirtiéndole del viaje, a vuelta de correo este le aclaraba que “en todo momento de la conversación pasó *por uno de los nuestros*. Aunque, como te digo, ni nos enteramos de su ‘investigación’, conviene que tú pongas los puntos sobre las íes, pues a la FUBA no le reconocemos jurisdicción alguna”.⁶ Efectivamente, Ventura Pessolano no pertenecía al nosotros que inscribía la Reforma en las izquierdas. Su investigación se plasmó en un informe contra las iniciativas de la FUC y, si bien no consiguió la sanción de la FUA, logró que en mayo de 1919 la regional porteña anunciara su separación de aquella hasta tanto no se san-

cionaran las “actividades no universitarias” de la regional cordobesa. Del Mazo, entonces presidente de la FUA, recuerda que esta ya no pudo usar el local de la FUBA, pero ello no suspendió las reuniones sino que las trasladó a su casa.⁷

Ante la primacía del nacionalismo en la FUBA, otro representante de la FUA, Juan Antonio Solari, ponía a circular el número inaugural de *Bases*, la primera “tribuna de la juventud” que se declaró abiertamente a favor de la Revolución Rusa. Sus ocho números les propusieron a los estudiantes un socialismo que reivindicaba el legado igualitarista de la Generación del ‘37 y buscaba que el Partido Socialista adhiriera a la Internacional Comunista. Es que *Bases* no dudaba del “excepcional momento revolucionario” abierto por ese “pueblo que de la libertad hizo su condición, de la generosidad su culto y de la justicia su idea”⁸ ni de su pronta expansión.⁹

Los ateneístas optaban por una intervención similar. Poniendo en riesgo su masividad, se declararon “decididamente, de parte de las clases productoras en la lucha entre el capital y el trabajo que hoy divide el linaje humano”¹⁰ y para participar de esa lucha le ofrecieron a la FORA-IX ser “oradores, organizadores o cooperadores de los mítines o actos públicos que esa Federación acuerde”.¹¹ Además, el Ateneo se incorporó a la Federación que presidía Bermann y reemplazó su voluminosa revista por el breve quincenario *Clarín*, cuyos diecinueve números siguieron los avatares del conflicto universitario como parte de los tiempos emancipatorios.

⁴ Gabriel del Mazo (comp.), *La Reforma Universitaria*, Buenos Aires, FUA, 1927, vol. v, p. 61.

⁵ Esteban Hernández, “Dos manifiestos”, *Revista Nacional*, N° 4-5, febrero de 1919, p. 278.

⁶ Carta de Enrique Barros a Gregorio Bermann, 24/02/1919 (subrayado en el original), Fondo documental Reforma Universitaria, Casa de la Reforma, UNC.

⁷ Gabriel del Mazo, *Vida de un político argentino. Convocatoria de recuerdos*, Buenos Aires, Plus Ultra, 1976, p. 101.

⁸ “¡Viva Rusia!”, *Bases*, N° 4, 10/9/1919, p. 1.

⁹ “El triunfo bolcheviki en Europa y en Asia”, *Bases*, N° 9, junio de 1920, p. 1.

¹⁰ S/t, *Ideas*, N° 22, agosto de 1919, p. 21.

¹¹ “Ofrecimiento del Ateneo Universitario”, *La Organización obrera*, 30/08/1919, p. 3.

A mediados de 1920, *Bases* era sucedida por *Insurrexit* y en las otras ciudades universitarias aparecían nuevas revistas que estrechaban los lazos de las estudiantiles con las luchas obreras. En Rosario se fundaron *Verbo Libre*, *La Antorcha* y *Germinal*, en Córdoba *Mente* y en La Plata *Germinal*. Estos reformistas se reunieron en una breve Federación de Estudiantes Revolucionarios y tendieron a difundir una interpretación vitalista de la Revolución y la Reforma. Mientras que en torno de Ingenieros se proponía el saludo a los reformistas y los bolcheviques por su impulso a la evolución emancipatoria de la humanidad, Deodoro Roca, Saúl Taborda y Carlos Astrada encabezaban una lectura según la cual el bolchevismo y la Reforma implicaban una ruptura que hacía posible el advenimiento de las verdaderas inquietudes vitales.¹²

En un intento de combatir ambas versiones izquierdistas de la Reforma, en marzo de 1920 la policía arrestaba a cuatro líderes estudiantiles y ofrecía a la gran prensa las pruebas de un nuevo “complot maximalista”, en este caso tramado entre reformistas, obreros anarquistas y el Ministro de Justicia e Instrucción Pública.¹³ El otro ataque al izquierdismo provino del nacionalismo. Los estudiantes que se sumaron a la Liga Patriótica y la Gran Colecta Nacional encontraron en la *Revista Nacional* y en los novecentistas Tomás Casares y Adolfo Korn Villafañe a los articuladores de una versión nacionalista y católica de la Reforma. Ambos sentenciaron que la cuestión obrera no se originaba por la falta de legislación, sino por el materialismo y la escasa cultura moral del capitalismo. El maximalismo

acrecentaría ambos males pero también ofrecería una oportunidad valiosa: su organización en soviets superaría el individualismo burgués y recordaría la “solidaridad, colectivismo y mayor justicia social”, provenientes del Evangelio y solo alcanzables mediante un Estado cristiano.¹⁴ El llamado emancipatorio y la legislación obrera no merecían el saludo de esta fracción estudiantil, pues la tarea de la universidad reformista consistía, por un lado, en pulir los valores cristianos capaces de armonizar la sociedad y, por el otro, en “vincular al obrero, por medio de los estudiantes, a una cultura superior”.¹⁵

Durante los años veinte, Korn Villafañe logró un importante liderazgo en la Facultad porteña de Derecho. El tipo de Reforma que propuso llevó a Ingenieros a aclararle a Eugenio D’Ors que “se trata de pequeñeces que han invertido en Buenos Aires y La Plata el sentido inicial de la reforma estudiantil de Córdoba. Invertido, exactamente”.¹⁶ Los cordobeses, además de conseguir que en 1921 D’Ors fuera contratado por la Universidad para dictar un curso sobre la filosofía de los nuevos tiempos, en 1922 gestionaron la llegada de otros dos reconocidos intelectuales filobolcheviques: el fisiólogo Georg Nicolai y el economista marxista Alfons Goldschmidt.

Pero a fines de 1922 no solo decrecía la ola bolchevique mundial sino que además en la Argentina disminuían la conflictividad social y la presencia de iniciativas izquierdistas en las facultades y en los grupos estudiantiles. Pasados el miedo y el entusiasmo revolucionarios, la versión nacionalista de la Reforma

¹² Véase, sobre todo, Carlos Astrada, “El revolucionario eterno”, y Saúl Taborda, “El sovieta”, ambos en *Mente*, N°1, mayo de 1920, y Deodoro Roca, “La universidad y el espíritu libre”, *Revista de la Universidad Nacional de Córdoba*, N° 7, septiembre de 1920, pp. 377-383.

¹³ “Aquel complot maximalista”, *La Voz del Interior*, 24/4/1920, p. 3.

¹⁴ Tomás Casares, “El maximalismo”, apéndice de *La Religión y el Estado*, Buenos Aires, Colegio Novecentista, 1919, p. 131.

¹⁵ Adolfo Korn Villafañe, *Disciplinas de la nueva generación: los derechos proletarios*, La Plata, edición propia, 1922, p. 40.

¹⁶ Carta de José Ingenieros a Eugenio D’Ors, 17/8/1921. Fondo personal Eugenio D’Ors, Arxiu Nacional de Catalunya.

subsistía mientras que las versiones izquierdistas perdían su radicalidad para optar primero por un antiimperialismo latinoamericano y a partir de 1930 por la incorporación al Partido Socialista, el Comunista o la UCR. Si algo dejaban claro esos derroteros era que los estudiantes ya se habían incorporado a la cultura de izquierdas y ello traería nuevas disputas. □

Bibliografía

Buchbinder, Pablo, *¿Revolución en los claustros? La Reforma universitaria de 1918*, Buenos Aires, Sudamericana, 2008.

Bustelo, Natalia y Lucas Domínguez Rubio, “Radicalizar la Reforma universitaria. La fracción revolucionaria del movimiento estudiantil argentino (1918-1922)”, *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, vol. 44, N° 2, julio-diciembre 2017 (en prensa).

Doeswijk, Andreas, *Los anarcobolcheviques rioplatenses (1917-1930)*, Buenos Aires, ceDInCI, 2013.

Graciano, Osvaldo, *Entre la torre de Marfil y el compromiso político. Intelectuales de la izquierda argentina 1918- 1955*, Bernal, UNQ, 2008.

Pittaluga, Roberto, *Soviets en Buenos Aires. La izquierda de la Argentina ante la revolución en Rusia*, Buenos Aires, Prometeo, 2015.

Tarcus, Horacio, “Revistas, intelectuales y formaciones culturales izquierdistas en la Argentina de los veinte”, *Revista Iberoamericana*, N° 208-209, 2004, pp. 749-772.

Vásquez, Karina, “Intelectuales y política: la ‘nueva generación’ en los primeros años de la Reforma Universitaria”, en *Prismas*, N° 4, 2000, pp. 59-75.

Fuentes primarias

Publicaciones periódicas

Bases (1919-1920)

Ideas (1915-1919)

La Organización obrera (consultado: 1919)

La Voz del Interior (consultado: 1919)

Mente (1920)

Revista Nacional (1918-1920)

Verbum (consultado: 1920)

Vida Nuestra (consultado: 1919)

Libros y fondos documentales

Bermann, Gregorio, *Scherzo 1918*, Córdoba, mimeo, 1968.

Casares, Tomás, *La Religión y el Estado*, Buenos Aires, Colegio Novecentista, 1919.

Del Mazo, Gabriel (comp.), *La Reforma Universitaria*, 6 vols., Buenos Aires, FUA, 1927.

—, *Vida de un político argentino. Convocatoria de recuerdos*, Buenos Aires, Plus Ultra, 1976.

Korn Villafañe, Adolfo, *Disciplinas de la nueva generación: los derechos proletarios*, La Plata, edición de autor, 1922.

Fondo documental Reforma Universitaria, Casa de la Reforma, Universidad Nacional de Córdoba.

Fondo documental Reforma Universitaria, Museo de la Reforma, Universidad del Litoral.

Fondo personal Eugenio D’Ors, Arxiu Nacional de Catalunya.

Fondo personal José Ingenieros, ceDInCI.

*José Carlos Mariátegui y la Revolución Rusa: modernidad global, vanguardismo estético y apuesta socialista**

Martín Bergel

CHI-UNQ / CONICET

Introducción

Una lectura general de la obra y de la praxis intelectual de quien ha sido consagrado como “primer marxista de América Latina” permite apreciar que la Revolución Rusa representó en su trayectoria bastante más que un expediente en las disputas por los alcances del socialismo. Fue, junto a la Gran Guerra del ‘14, el impulso fundamental que lo instaló, desde su asiento en Lima, en un horizonte de pensamiento y de acción irremisiblemente global. Mariátegui fue uno de los intelectuales latinoamericanos que persiguió con mayor determinación una premisa: la de ser contemporáneo a su tiempo. Fue, también, la figura que en el continente procuró fundir más acabadamente vanguardismo estético y vanguardismo político. Desde esas posiciones, desarrolló una voraz curiosidad por un amplio espectro de fenómenos culturales y políticos de todo el planeta. Y fue sobre todo la Revolución Rusa, por encima de los hechos fácticos vinculados al devenir de su experiencia, la que incentivó en el peruano la insaciable

vocación de mundo que lo acompañaría hasta el final de sus días.

Desde hace tiempo ya, hay consenso en ubicar en la Primera Guerra Mundial y la Revolución Bolchevique los eventos inaugurales del siglo xx. En cambio, solo recientemente se ha colocado en agenda la necesidad de pensar ambos procesos desde una perspectiva efectivamente global, capaz de prestar atención al conjunto de resortes y conexiones que los vinculan con hechos, actores e imaginarios de todos los continentes. Paralelamente, en los estudios sobre Mariátegui ha tenido primacía una visión que destaca su función nacionalizadora del marxismo. Según ese prisma, si al autor de *La escena contemporánea* le cabe el título de primer marxista latinoamericano, ello se debe a la empresa de traducción y aclimatación a las circunstancias peruanas de la doctrina de Marx que llevó a cabo, labor leída a partir del peso que en su abordaje habría tenido la cuestión nacional. Fue esa la premisa que orientó la mirada de la más destacada generación de estudiosos de Mariátegui de los años ‘70 y comienzos de los ‘80 (en la que sobresalieron los nombres de José Aricó, Oscar Terán, Robert Paris, Antonio Melis, Carlos Franco y Alberto Flores Galindo), que fijó claves de lectura que han permanecido

* Este texto ofrece algunas secciones de un ensayo mayor que se publica en inglés en una edición dedicada a los avatares globales de la Revolución Rusa en la revista *South Atlantic Quarterly*.

incuestionadas por la mayoría de aproximaciones posteriores a su obra.¹

Este ensayo se aparta en cambio de esa perspectiva, y ofrece una visión alternativa de la figura de Mariátegui a mi juicio más fiel a la totalidad de su trayectoria intelectual. La Revolución Rusa significó para el peruano no solamente el acontecimiento que lo acercó a una fe socialista, sino, más precisamente, a adoptar un socialismo de tipo cosmopolita. El advenimiento al poder de los bolcheviques abre la perspectiva de la revolución global, de la marcha del proletariado internacional, y como tal habilita un campo visual en el que ingresan una multiplicidad de objetos culturales y sucesos políticos de todas las latitudes (a los que aludirá constantemente en secciones como “Figuras y aspectos de la vida mundial”, la prolongada serie de artículos que publica en el semanario limeño *Variedades*); y viceversa, en la literatura, el psicoanálisis, el cine y otros fenómenos de la modernidad cultural Mariátegui hurgará elementos que aporten claves relativas a la dinámica social y política y a la situación de las fuerzas socialistas. Y todo ello en relación a un trabajo continuo de esclarecimiento de los elementos emergentes y declinantes de la “época”, noción central para la retícula mariáteguiana que tiene en la Revolución Rusa uno de sus acontecimientos fundadores, y que es el escenario en el que se fusionan sus afanes socialistas y cosmopolitas.

La emoción de nuestro tiempo

En una de las conferencias que brinda en la Universidad Popular González Prada a su re-

¹ Dentro de esa constelación de mariáteguistas, el privilegio de la temática nacional supo ser más acusado en unos (Aricó, Terán, Flores Galindo, Franco) que en otros (Paris y Melis). En ulteriores asedios a Mariátegui, algunos de esos grandes estudiosos –ejemplarmente, Oscar Terán– desplazaron ese eje de sus consideraciones, ofreciendo lecturas próximas a la que se sigue en este texto.

greso de Europa en 1923 –luego agrupadas en el volumen *Historia de la crisis mundial*–, Mariátegui presenta la Revolución Rusa como el “gran acontecimiento, hacia el cual convergen las miradas del proletariado universal [...] el primer paso de la humanidad hacia un régimen de fraternidad, de paz y de justicia”.² La aventura bolchevique se ubicaba a la vanguardia de los nuevos horizontes que transitaba el mundo. Pero, en un hecho revelador del foco desde el que observaba la realidad, a Mariátegui le interesaban menos los avatares rusos en el camino empírico de construcción de una sociedad comunista, que los efectos imaginarios –por ejemplo los que movilizaba la literatura– que el acontecimiento revolucionario había derramado sobre el planeta.

Ese privilegio mariáteguiano de la vida de los símbolos hallará su más resonante expresión en su modulación de la temática del mito, que adopta de la figura que a su juicio ha ofrecido la más sugerente imbricación del marxismo con las corrientes filosóficas antipositivistas y vitalistas contemporáneas: Georges Sorel. En uno de los ensayos breves que agrupará luego en el artículo “La emoción de nuestro tiempo”, escribe:

Todas las investigaciones de la inteligencia contemporánea sobre la crisis mundial desembocan en esta unánime conclusión: la civilización burguesa sufre de la falta de un mito, de una fe, de una esperanza [...] Lo que más neta y claramente diferencia en esta época a la burguesía y al proletariado es el mito. La burguesía no tiene ya mito alguno. Se ha vuelto incrédula, escéptica, nihilista. El mito liberal renacentista, ha envejecido demasiado. El proletariado tiene un mito: la revolución social. Hacia

² José C. Mariátegui, *Historia de la crisis mundial*, ahora en *Mariátegui Total* (en adelante *MT*), Lima, Editora Amauta, p. 861.

ese mito se mueve con una fe vehemente y activa [...] La fuerza de los revolucionarios no está en su ciencia; está en su fe, en su pasión, en su voluntad. Es una fuerza religiosa, mística, espiritual. Es la fuerza del Mito.³

Sin apelar entonces a la imaginería fantasmática cara al *Manifiesto Comunista*, la revolución era para Mariátegui una suerte de espíritu que se desplazaba activando y contagiando sujetos y situaciones. La transhumancia de hombres e ideas era para él uno de los rasgos más fecundos de la modernidad. Por caso, en un artículo de 1929 en el que se mostraba crítico de los proyectos que “querrían reducir a los judíos a una nación, a un Estado”, en un arrebato declaraba que “el pueblo judío que yo amo, no habla exclusivamente hebreo ni yiddish; es políglota, viajero, supranacional”.⁴ El socialismo de posguerra por el que Mariátegui apostaba, cargado de acentos vitalistas, neorrománticos y hasta místicos, adquiriría la fisonomía de una “emoción religiosa” y se avenía por ello a fluir libremente por todo el orbe.

Pero ese punto de vista encuadrado en un socialismo heroico y romántico –que, como el fascismo en ascenso con el que rivalizaba, declaraba perseguir el principio nietzscheano de “vivir peligrosamente”–, se continuaba en ese espíritu inquieto que era el de Mariátegui en la visualización de una mirada de fenómenos culturales que atraían su atención ya porque ofrecían pistas acerca de la crisis civilizatoria en curso, ya porque en sus aspectos renovadores habían resultado ellos mismos portadores de una sensibilidad antiburguesa. Tal el caso de Isadora Duncan, cuya trayectoria “aventurera y magnífica” dibujaba el perfil de “una de las mujeres de cuya biografía el

historiador de la *Decadencia de Occidente*, entendida o no según la fórmula tudesca de Spengler, difícilmente podría prescindir”. En la silueta que esbozaba para sus lectores de la revista *Varietades*, Mariátegui registraba en “la Duncan” tanto “una rebeldía tan radical” contra las formas establecidas de la danza (a su juicio, nadie como ella “habría hecho de Rousseau, Withman y Nietzsche sus maestros de baile”), como “sus dos años de experiencia en la Rusia bolchevique”. Y es que, como solicitaban las vanguardias, Mariátegui elegía leer conjuntamente “su arte y su vida”, para concluir que ambos carriles “habían sido siempre una protesta contra el gusto y la razón burguesas”.⁵

Pero si, acompañada por la trama comunicacional que construía escenas y figuras de renombre mundial, en esas aproximaciones mariáteguianas la presencia envolvente de esa “emoción de nuestro tiempo” cifrada en un horizonte revolucionario proyectaba su luz sobre expresiones de la emergente cultura de masas como Isadora Duncan, habilitaba aun más directamente conexiones con fenómenos sociales y políticos que bullían contemporáneamente. Lo interesante es que en ese camino el faro que era la Revolución Rusa perdía su gentilicio, y era meramente “revolución”. “En el mundo contemporáneo coexisten dos almas, las de la revolución y la decadencia”, escribía Mariátegui hacia 1926 en uno de los primeros números de su revista *Amauta*.⁶ En esa deriva, el acontecimiento bolchevique veía borradas sus especificidades de origen, y pasaba a calificar desparticularizadamente toda la época. Y si en su marcha deslocalizada se reinscribía en situaciones singulares, no dejaba de hacer sentir el peso de su potencia universal. “La marea revolucionaria no conmueve

³ José C. Mariátegui, “La emoción de nuestro tiempo” [1925], ahora en *MT*, pp. 497 y 499.

⁴ José C. Mariátegui, “La misión de Israel” [1929], ahora en *MT*, p. 1221.

⁵ José C. Mariátegui, “Las memorias de Isadora Duncan” [1929], ahora en *MT*, pp. 593-594.

⁶ José C. Mariátegui, “Arte, revolución y decadencia”, *Amauta*, N° 3, Lima, noviembre de 1926, p. 3.

sólo al Occidente. También el Oriente está agitado, inquieto, tempestuoso”, sentenciaba Mariátegui al comienzo de la sección de *La escena contemporánea* dedicada a esa vasta zona del planeta.⁷ Y también: “La India, la China, la Turquía son un ejemplo vivo y actual de estos renacimientos. El mito revolucionario ha sacudido y ha reanimado, potentemente, a esos pueblos en colapso”.⁸

Bajo este prisma, es posible observar que la fuerza antiparticularista de la revolución se hace presente incluso en el lugar que ha servido a la causa de quienes insisten en que Mariátegui expresa paradigmáticamente la tematización de la irreductibilidad de las singularidades americanas: en el tratamiento de los “problemas nacionales peruanos”, especialmente en la cuestión indígena. Puesto que si es cierto que en los *Siete ensayos* nuestro autor escribe que “el indigenismo literario traduce un estado de ánimo, un estado de conciencia del Perú nuevo”,⁹ también lo es que en el mismo libro advierte acerca de “la consanguinidad del movimiento indigenista con las corrientes revolucionarias mundiales”.¹⁰ Todavía más, en un artículo publicado en *Amauta* a comienzos de 1927, escribía que el indigenismo

recibe su fermento y su impulso del “fenómeno mundial”. Su levadura es la “idea socialista”, no como la hemos heredado intuitivamente del extinto inkario sino como la hemos aprendido de la civilización occidental, en cuya ciencia y en cuya técnica solo romanticismos utopistas pueden dejar

de ver adquisiciones irrenunciables y magníficas del hombre moderno.¹¹

De modo que si una porción del trabajo de Mariátegui (que ha recibido atención privilegiada, pero que conforma solo una zona de su producción madura) está efectivamente orientada a escudriñar las especificidades peruanas, ese enfoque no llega a cristalizar en su obra la defensa del Perú como diferencia nacional. Antes bien, esa tematización es apenas un momento de su reflexión que no se desliga de las dinámicas globales que lo contienen y que participan de su configuración.¹²

Defensa del marxismo

A lo largo de su trayectoria, Mariátegui se muestra constantemente preocupado por precisar los rasgos y los contornos de la “época”, una noción omnipresente en la economía de sus textos. Habiendo asumido decididamente que la Gran Guerra y la Revolución Rusa representaban un quiebre histórico que disponía un escenario inédito, el peruano una y otra vez alude a los tiempos nuevos de los que era testigo, y que conformaban el terreno ineludi-

⁷ José C. Mariátegui, *La escena contemporánea* [1925], Lima, Editora Amauta, 1959, p. 190.

⁸ Mariátegui, “La emoción de nuestro tiempo”, *op. cit.*, pp. 500-501.

⁹ José C. Mariátegui, *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana* [1928], México, Era, 1993, p. 299.

¹⁰ Mariátegui, *Siete ensayos*, cit. en Robert Paris, *La formación ideológica de José Carlos Mariátegui*, México, Pasado y Presente, 1981, p. 184.

¹¹ Cit. en Oscar Terán, “*Amauta*: vanguardia y revolución”, *Prismas. Revista de Historia Intelectual*, N°12, Buenos Aires, 2008, p. 182.

¹² En el mismo célebre editorial de *Amauta* en el que Mariátegui escribe que el socialismo en el Perú debía evitar ser “calco y copia”, se lee lo siguiente: “La revolución latinoamericana será nada más y nada menos que una etapa, una fase de la revolución mundial. Será simple y puramente la revolución socialista”. Y luego: “El socialismo no es, ciertamente, una doctrina indoamericana [...] Es un movimiento mundial, al cual no se sustrae ninguno de los países que se mueven dentro de la órbita occidental. Esta civilización conduce, con una fuerza y unos medios de que ninguna civilización dispuso, a la universalidad. Indoamérica, en este orden mundial, puede y debe tener individualidad y estilo; pero no una cultura ni un sino particulares”. Cf. “Aniversario y Balance”, *Amauta*, N°17, septiembre de 1928, pp. 2-3.

ble en el que afinaba sus reflexiones. No por casualidad ya en 1918 la primera revista de orientación socialista que funda y dirige junto a su amigo César Falcón lleva por nombre *Nuestra Época*. Desde entonces, esa referencia a un marco temporal englobador se repetirá abundantemente. Por caso, en el prólogo a *La escena contemporánea* escribirá que los textos allí agrupados “contienen los elementos primarios de un bosquejo o un ensayo de interpretación de esta época y sus tormentosos problemas”; en el ensayo que dedica a Henri Barbusse en el mismo libro dirá que “la verdad de nuestra época es la Revolución”; y en “La emoción de nuestro tiempo” señalará que “lo que diferencia a los hombres de esta época no es tan solo la doctrina, sino sobre todo, el sentimiento. Dos opuestas concepciones de la vida, una pre-bélica, otra post-bélica [...] he aquí el conflicto central de la crisis contemporánea”.¹³

Embarcado en ese insistente afán por esclarecer las coordenadas epocales, Mariátegui se ocupará continuamente de clasificar los hechos a los que asistía entre aquellos que emergían y aquellos que declinaban, entre los que comunicaban lozanía y los que “tramontaban” (un italianismo que utiliza en numerosas ocasiones), entre los que se ubicaban al alba y los que evocaban el crepúsculo. Siguiendo a Sorel, para él la guerra y la revolución habían dislocado el tiempo acumulativo que había sido consustancial a la era de fe en el progreso.¹⁴ En una época fracturada, partida en dos, Mariátegui estaba obsesionado con detectar los rostros de lo nuevo. De allí su profundo interés por las vanguardias. Por ejemplo:

Varias fases del arte ultra-moderno concuerdan con otras fases del espíritu y la

mentalidad contemporáneas [...] El dadaísmo, en el lenguaje ultraísta y extremista que le es propio, arremete contra toda servidumbre del arte a la inteligencia. Y este movimiento coincide con el tramonto del pensamiento racionalista.¹⁵

Pero si el dadaísmo era testimonio de la crisis del racionalismo decimonónico burgués, si era “como la música negra, como el box y como otras cosas actuales, un síntoma y un producto legítimos, peculiares y espontáneos de una civilización que se disuelve y que decae”,¹⁶ a Mariátegui le resultará tanto más atrayente el surrealismo (cuyas estaciones persigue en varios de sus escritos) tanto porque “por su antirracionalismo se emparenta con la filosofía y la psicología contemporáneas”, como “por su repudio revolucionario del pensamiento y la sociedad capitalistas”.¹⁷

Es ese marco de discernimiento, Mariátegui juzgará necesario salir vehementemente al cruce del libro de Henri de Man *Au-delà du marxisme*, que hacia 1928 se había posicionado en Europa como un texto influyente que, desde un punto de vista socialista reformista, dictaminaba el agotamiento de la doctrina inspirada en Marx. Si el autor de los *Siete Ensayos* solía adoptar una postura igualmente sumaria a la hora de diagnosticar el carácter caduco o anacrónico de elementos provenientes de períodos anteriores, en esta ocasión procederá a la inversa: en la serie enjundiosa de ensayos breves motivados por el libro de De Man asumirá, desde el proyectado título que debía reunirlos, una posición de “defensa del marxismo”, entendiendo por ello la tarea de desmentir su pretendida inadecuación a la época. Para Mariátegui, tanto la era del socia-

¹³ Mariátegui, *La escena contemporánea*, op. cit., pp. 11 y 158; “La emoción de nuestro tiempo”, op. cit., p. 495.

¹⁴ Oscar Terán, *Discutir Mariátegui*, Puebla, BUAP, 1985, p. 72.

¹⁵ José C. Mariátegui, “El expresionismo y el dadaísmo” [1924], ahora en *MT*, pp. 573-574.

¹⁶ *Ibid.*, p. 573.

¹⁷ José C. Mariátegui, “El grupo suprarrealista y *Clarté*” [1926], ahora en *MT*, p. 564.

lismo “heroico y creador” que se había inaugurado con la Revolución Rusa como los puentes que Sorel, Breton y otros habían trazado entre movimientos revolucionarios y “filosofías contemporáneas” (vitalismo, antirracionalismo, psicoanálisis, etc.), eran señales evidentes del estado de plenitud del marxismo, que no era ya la matriz economicista ciega a los problemas de la subjetividad que sesgadamente quería ver De Man. Muy al contrario, en esos textos Mariátegui se esmera en mostrar las afinidades entre Freud y Marx, al tiempo que invita a concluir que “Lenin nos prueba, en la política práctica, con el testimonio irrecusable de una revolución, que el marxismo es el único medio de proseguir y superar a Marx”.¹⁸

¿Pero en qué lectores pensaba nuestro autor al intervenir contra el libro que, traducido rápidamente a varios idiomas, se ubicaba a fines de la década del ‘20 a la cabeza de la polémica mundial antimarxista, al menos la atendida por las izquierdas? En algunas contadas ocasiones, Mariátegui brinda referencias incidentales relativas al público concreto que imaginaba para sus textos (sea la vanguardia del proletariado peruano, sea el más amplio y genérico campo que consumía semanarios de actualidad como *Mundial* o *Varietades*). Pero lo interesante de *Defensa del Marxismo* es que allí se manifiesta ejemplarmente una actitud habitual de su escritura madura: la de suponerse imaginariamente en diálogo con un público mundial. En su reciente libro *Deseos cosmopolitas. Modernidad global y literatura mundial en América Latina*, Mariano Siskind establece que las intervenciones de la franja de intelectuales y escritores latinoamericanos cosmopolitas se hilvanaron sobre la base de “una fantasía omnipotente

(una escena imaginaria que ocupa el lugar de lo real, de acuerdo con Lacan), una fantasía estratégica y voluntarista”.¹⁹ Pasando por alto su ubicación geopolítica periférica, el sujeto cosmopolita latinoamericano construye la ficción de un espacio cultural horizontal y global sobre el que inscribe su discurso en ignorancia de su condición marginal. De un modo análogo a los casos estudiados por Siskind –y con marcado énfasis voluntarista–, en su producción textual Mariátegui actúa *como si* el mundo fuera un espacio liso, *como si* pudiera efectivamente participar desde la esquina excéntrica del planeta que es la ciudad de Lima en la “conversación global” con lo más actualizado y vanguardista de la cultura marxista de su tiempo.²⁰ Por supuesto que el peruano es consciente de las inequidades y fracturas de la mundialización política y cultural a la que asiste, pero hay que subrayar que en su obra se muestra mucho más atento a las coordenadas temporales que a las espaciales. Dicho de otro modo, a Mariátegui le interesa mucho más la *diferencia epocal* que la *diferencia geográfica-cultural* (sobreestimada por la mayoría de los estudiosos de su obra). En definitiva, esa postura del intelectual peruano acabó siendo enormemente productiva. A distancia de la habitual e infértil posición del nacionalismo y el latinoamericanismo de queja y denuncia de los desniveles y jerarquías del mundo (a menudo vehiculizada a través de distintas formas de antiimperialismo cultural), en su diálogo imaginario con materiales políticos y culturales de todo el mundo Mariátegui

¹⁹ Mariano Siskind, *Deseos cosmopolitas. Modernidad global y literatura mundial en América Latina*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2016, p. 19.

²⁰ Para señalar otro ejemplo, algo similar ocurre en el seguimiento que Mariátegui hace del itinerario de las vanguardias, en especial del surrealismo. Así, en el “Balance del suprarrealismo” que escribe en 1930, poco antes de su muerte, discute en un plano imaginario de igualdad con Breton y sus seguidores acerca de las últimas novedades del movimiento.

¹⁸ José C. Mariátegui, *Defensa del marxismo*, Santiago de Chile, Universidad de Valparaíso, 2015, p. 81. El ensayo citado de ese libro es de 1929.

tegui acabó produciendo una de las obras más originales e incisivas ya no solo del marxismo latinoamericano sino de la entera historia intelectual del continente en el siglo xx.

A modo de cierre

Muchas veces se ha destacado el carácter heterodoxo del marxismo de Mariátegui. Pero no ha sido tan usual vincular ese sesgo a sus disposiciones cosmopolitas, a su vez conectadas –según he tratado de sugerir en este ensayo– al modo en que la Revolución Rusa lo orientó no solamente hacia el socialismo, sino más en general a inscribir su praxis intelectual en contacto permanente con los materiales políticos y culturales de una época de acelerada mundialización. Mariátegui fue antes un socialista cosmopolita que un internacionalista (aun cuando algunos de sus textos sugieran lo contrario), y en parte fue debido a ello que demoró en entrar en contacto con la III Internacional, y cuando lo hizo nunca aceptó encuadrarse en su seno. Esa inclinación no solamente le permitió mantener una autonomía intelectual que quiso defender frente al proceso de rigidización del comunismo internacional (que en América Latina apenas estaba comenzando a desarrollarse cuando Mariátegui muere en 1930). Más en general, su cosmopolitismo pareció además satisfacer una intuición suya, relativa al modo en que la

causa de la revolución mundial podía captar la atención y la simpatía de públicos más amplios a través de artefactos culturales como la prensa, las artes o la literatura. Su praxis intelectual puede verse así como una pedagogía en sentido doble: por conectar a su público con objetos de la cultura global que podían ampliar el horizonte geográfico de sus lectores y sensibilizarlos acerca de situaciones distantes en las que tenían también lugar batallas por el futuro del mundo; y por destilar, a través de esas referencias, orientaciones socialistas y de clase. En suma, en la trayectoria intelectual de Mariátegui socialismo y cosmopolitismo se reenvían y refuerzan. □

Bibliografía

- Mariátegui, José Carlos, *La escena contemporánea* [1925], Lima, Amauta, 1959
- , *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana* [1928], México, Era, 1993.
- , *Mariátegui Total*, Lima, Amauta, 1994.
- , *Defensa del marxismo* [1934], Valparaíso, Universidad del Valparaíso, 2015.
- Paris, Robert, *La formación ideológica de José Carlos Mariátegui*, México, Pasado y Presente, 1981.
- Siskind, Mariano, *Deseos cosmopolitas. Modernidad global y literatura mundial en América Latina*, Buenos Aires, FCE, 2016.
- Terán, Oscar, *Discutir Mariátegui*, Puebla, BUAP, 1985.
- , “Amauta: vanguardia y revolución”, *Prismas. Revista de Historia Intelectual*, N° 12, 2008.

La huella de un rebelde: David Alfaro Siqueiros y la Revolución de Octubre

Elvira Concheiro Bórquez

UNAM, México

En México es la experiencia revolucionaria propia, que duró de 1910 a 1917, la que permite que los acontecimientos rusos que llevaron a la Revolución de Octubre tengan un referente fuerte en el país; prisma que permite que por momentos se vea como un diálogo entre iguales, como un fluir de experiencias, imágenes, creaciones y expectativas similares. El general Emiliano Zapata lo puso en claras palabras al señalar en febrero de 1918:

Mucho ganaríamos, mucho ganaría la humana justicia, si todos los pueblos de nuestra América y todas las naciones de la vieja Europa comprendiesen que la causa del México revolucionario y la causa de la Rusia irredenta, son y representan la causa de la humanidad, el interés supremo de todos los pueblos oprimidos.¹

Es bajo esa impronta y en los intersticios de un Estado que buscaba consolidarse, en medio aún de una fuerte disputa interna y una compleja situación geopolítica que definiría el final de la primera conflagración mundial, cuando aparece uno de los movimientos de la plástica

más importantes no solo de México sino de América Latina. Diego Rivera y David Alfaro Siqueiros, quienes encabezarían este movimiento artístico, en sus estancias de investigación en Europa en los años de la guerra siguieron de cerca los acontecimientos en el viejo imperio de los zares y entablaron relación con creadores rusos exiliados. A su regreso a México, trajeron en sus maletas no solo los hallazgos de las vanguardias artísticas europeas, sino también una fuerte identificación con la naturaleza proletaria de la Revolución Rusa, que alimentaría una original síntesis estético-política de grandes repercusiones culturales.

En cierta medida, será el muralismo mexicano el que mejor exprese, de manera explícita pero diversa, el entrecruzamiento de las dos revoluciones. En su obra artística quedó la marca indeleble de un diálogo entre expectativas no realizadas y un futuro posible, con el reconocimiento y la exaltación de la lucha de las masas trabajadoras del campo y de la ciudad. Por su parte, es esa obra estética la que provoca que el mundo artístico y cultural ruso se sienta estrechamente vinculado con el pueblo mexicano, como lo mostrarán, entre otros, el poeta Maiakovski y, desde luego, el cineasta ruso Serguei Eisenstein.

Aunque pronto se separó el rumbo de aquellas revoluciones, los ecos de una en la otra no dejaron de escucharse. Sin dejar de

¹ Emiliano Zapata, extractos de la “Carta al general Genaro Amezcua” del 14 de febrero de 1918, recogida en Mario Gil, *México y la revolución de octubre (1917)*, México, Ediciones de Cultura Popular, 1975, pp. 98-100.

destacar su profundo anclaje en la cultura nacional, escribe León Trotsky sobre Diego Rivera: “en el campo de la pintura, la Revolución de Octubre ha encontrado su más grande intérprete, no en la URSS, sino en el lejano México”.² En efecto, Diego Rivera, como la mayoría de los integrantes del muralismo mexicano, se concibió como un producto tanto de la cultura nacional-popular y en particular de la revolución agrarista de México, como de la revolución proletaria rusa.³ Pero en esa doble influencia revolucionaria se conjugaron formas muy diversas entre los pintores, casi siempre como una interconexión rica y compleja, lejana a la visión de una influencia unilineal o impuesta que con frecuencia suele difundirse en la historiografía.

Eso es lo que, desde nuestra perspectiva, nos permite ver el caso de David Alfaro Siqueiros, personaje complejo y contradictorio, exponente y teórico de la propuesta estética que encabezó junto con Diego Rivera, José Clemente Orozco, Xavier Guerrero, Fermín Revueltas, entre otros. Siendo muy joven y ya estudiante de la Escuela de Pintura al Aire Libre de Santa Anita, Siqueiros fue partícipe de la lucha armada contra la oligarquía porfiriana y, en particular, de la que se desplegó en todo el país a partir del asesinato del presidente Francisco I. Madero. En ese momento, el futuro pintor pasó con otros jóvenes estudiantes a ser parte de la recién formada División de Occidente, como se conoció al ejército que organizó Manuel M. Diéguez,⁴ uno

de los más avanzados jefes militares de la Revolución Mexicana.

Su propia experiencia en la contienda revolucionaria lo llevó a entender tanto su militancia política como su labor artística hondamente entrelazadas en una actividad única. Desde 1923, Siqueiros fue comunista militante, organizador de sindicatos junto a Julio Antonio Mella, perseguido y preso político en varios momentos. Su experiencia militar le valió, años después, para destacarse entre los voluntarios que pelearon en defensa de la república española, como ayudante de Carlos Contreras, jefe del V Regimiento.⁵ Estalinista convencido, a su regreso de España se involucró activamente en la campaña contra Trotsky y llegó a realizar en 1940 un atentado fallido contra su vida.

Fue bajo la gestión de José Vasconcelos, rector de la Universidad Nacional y, luego, primer secretario de Instrucción, que el movimiento convocado por Siqueiros obtuvo grandes muros de algunos edificios públicos y los medios económicos para poner manos a la obra. Las fuertes contradicciones que atravesaban al nuevo Estado emanado de la lucha revolucionaria encarnaron, sin duda, entre muchos otros procesos y personajes, en el carácter contradictorio de Vasconcelos, por lo que Siqueiros expresó:

Durante toda su vida, asombrosa paradoja, el hombre que hizo posible la aparición material de nuestra obra pictórica, sintió

² León D. Trotsky, “El arte y la revolución”, en revista *Clave*, N° 5, México, febrero de 1939, p. 39.

³ Véase Raquel Tibol, *Diego Rivera, luces y sombras*, México, Mondadori, 2007, p. 163.

⁴ Manuel Diéguez fue uno de los líderes de la emblemática huelga de los mineros de Cananea, ocurrida en 1906 en plena dictadura de Porfirio Díaz. Como consecuencia de la derrota de la huelga, Diéguez fue tomado preso y condenado a 15 años de prisión. La revolución maderista lo puso en libertad en 1911 y, en reconocimiento, pronto fue nombrado alcalde de Cananea. Al enterarse del asesinato del presidente Madero y del vicepresidente Pino

Suárez, Diéguez organizó a 400 hombres y se incorporó a la lucha armada contra el golpista Victoriano Huerta. Aunque se enfrentó en Jalisco a Francisco Villa, quien en ese momento actuaba como parte de las fuerzas de Venustiano Carranza, Diéguez es reconocido por algunos como uno de los jefes militares socialistas más avanzados, y por otros como destacado anarco-sindicalista cercano a Flores Magón.

⁵ De acuerdo con Raquel Tibol, “Siqueiros se incorporó oficialmente al Ejército Popular con su grado de teniente coronel”. Y nos detalla su hoja de servicios, véase Raquel Tibol, “Siqueiros no fue brigadista”, México, *Proceso*, 16 de noviembre de 1996 <<http://www.proceso.com.mx/173700/siqueiros-no-fue-brigadista>>.

desprecio por ella y este desprecio adquirió la escala de lo inaudito en los últimos días de su existencia.⁶

Ciertamente, Vasconcelos desplegó el más amplio y avanzado programa educativo de América Latina y se consideró seguidor de los preceptos de Anatoli Lunacharski en su paralela labor educativa en la Rusia soviética, y tuvo una zigzagueante postura política que lo llevó, finalmente, a tener simpatía por el nacionalsocialismo alemán. Por su parte, Siqueiros redactó en 1923 el Manifiesto del Sindicato:

Proclamamos que siendo nuestro momento social de transición entre el anquilamiento de un orden envejecido y la implantación de un orden nuevo, los creadores de belleza deben esforzarse porque su labor presente un aspecto claro de propaganda ideológica en bien del pueblo, haciendo del arte, que actualmente es una manifestación de masturbación individualista, una finalidad de belleza para todos, de educación y de combate.⁷

Con esta postura, el movimiento muralista enfrentó pronto la respuesta de las fuerzas reaccionarias del país. Ante la crítica que los artistas dirigían contra una academia anquilosada y elitista, esta respondió con agresividad. Grupos de estudiantes de la Escuela Nacional Preparatoria atacaron armados a los pintores que trabajan sobre los muros del viejo Colegio de San Ildefonso. Esas acometidas llevaron incluso a la destrucción de parte del trabajo de Orozco y de Siqueiros. Los artistas, que habían formado ya su Sindicato de Obreros Técnicos, Pintores,

Escultores (SOTPE), formaron guardias y, también armados, repelieron las agresiones.

Años después, en su análisis de los muralistas que componían el Sindicato en sus orígenes, Siqueiros se veía a sí mismo de la siguiente forma:

Yo por mi parte era un “filósofo” iluminado de teorías abstractas sobre el sindicalismo, sobre el trabajo colectivo. Mezclaba mis sueños políticos con ideas cosmogónicas y con teorías de cerebralismo puro sobre equivalencias plásticas de la geografía y la etnografía. Redactaba sin cesar manifiestos infantilmente provocativos. Era un izquierdista vibrante. Yo estaba seguro que nuestro sindicato de quince pintores, dueños de la ideología antes exhibida, era el vehículo de la Revolución social y le exigía un paso de marcha imposible de seguir. Yo era el agitador, el líder, el político sofista, pero eso no me impidió pintar un ángel con alas y todo, en una de las bóvedas del cubo de una escalera de la Escuela Nacional Preparatoria.⁸

El Machete, periódico “impreso en formato múltiple, esto es, de grandes proporciones”, fundado por los pintores revolucionarios fue el medio, según palabras de su director, para “experimentar por primera vez la gráfica multiejemplar”, el arma política con la que expresaron su nuevo lenguaje.⁹ Fue la actividad que los

⁶ David Alfaro Siqueiros, *Me llamaban el Coronelazo. Memorias de David Alfaro Siqueiros*, México, Editorial Grijalbo, 1977, p. 184.

⁷ “Manifiesto del Sindicato de Obreros Técnicos, Pintores, Escultores y Grabadores Revolucionarios”, en *Manifiestos de las vanguardias artísticas*, México, Faro de Oriente Ediciones del Basurero, 2006, p. 88.

⁸ Siqueiros, *Fundación del muralismo mexicano. Textos inéditos de David Alfaro Siqueiros* (introducción, compilación y notas de Héctor Jaimes), México, Siglo XXI, 2012, p. 85.

⁹ “El Machete fue, pues, nuestra tarjeta de presentación ante esas masas organizadas del país. Él nos dio acceso a los sindicatos obreros y a las comunidades agrarias, que antes conocíamos sólo por referencia... El Machete nos sacó del laboratorio abstracto, del laboratorio estético en el que nos debatíamos, para llevarnos a la calle, a la fábrica, al campo [...] y por ese camino, a la vida entera de México y a los problemas sociales del mundo entero.” “Nuestro Machete –dice Siqueiros más adelante– no dejó nunca de ser un periódico artístico”, en

pintores realizaron con *El Machete* la que los acercó al Partido Comunista Mexicano, que fue el primero en América Latina en afiliarse a la Tercera Internacional (en noviembre de 1919). En 1923 el periódico pasó a ser el órgano oficial de los comunistas y sus redactores (Siqueiros, Rivera y Guerrero) poco después pasaron a ser dirigentes de esa pequeña pero combativa organización.

Curiosamente, el fuerte perfil político del polémico pintor no lo llevó a expresar en su obra artística los símbolos comunistas de la época. A diferencia de Diego Rivera, que en varios de sus principales murales, entre ellos el que enmarca la escalera monumental del Palacio Nacional, pintó a Marx, a Lenin y a Trotsky, la hoz y el martillo y soldados bolcheviques con alguna pancarta que menciona a la IV Internacional. Siqueiros, en cambio, fue bastante menos explícito y, por sus consecuencias políticas, criticó la postura de Rivera:

El proletariado aparece como dueño absoluto de su destino, tiene ya las armas en la mano y está cantando victoria. El obrero y el campesino han formado ya un frente único y se preparan a disfrutar el premio de su triunfo. Rivera está cubriendo de banderas rojas, con hoces y martillos, los muros de todas las oficinas públicas. Equivalen sus obras, en realidad, políticamente, a los discursos demagógicos que en esos mismos momentos pronuncian Portes Gil, De Negri, Tejeda y todos los izquierdizantes de la nueva burguesía en franca retirada.¹⁰

Solo en uno de sus primeros murales, pintado en 1924, *El entierro del obrero sacrificado*, que dedicó a la memoria de Felipe Carrillo Puerto recién asesinado, Siqueiros puso la hoz y el martillo en una botella que colgaba del

mural. Aunque de manera diferente, su pintura mural no dejaba de tener un claro compromiso político inspirado en la Revolución Rusa y el comunismo que esta reinventó. En varios sentidos, fue el pintor mexicano que elaboró una teoría estética más radical, en la que proclamó un cuestionamiento totalizador que encontró en el pensamiento marxista de su época el instrumento para que el sentido de la obra y la obra en sí misma, como objeto estético, no “claudicaran” frente a los valores establecidos:

Descubrimos entonces –escribe Siqueiros– que teníamos que componer para un espectador nuevo, el “espectador masa”. Al mismo tiempo encontramos que nuestra composición no podía ser composición académica, simétrica y pacífica sino que tenía que ser una superposición de ángulos que correspondiera a los diferentes puntos espectaculares. Sin darnos cuenta empezamos a usar el método dialéctico, dijimos entonces: “el marxismo nos da elementos formidables, inclusive para la composición plástica”, y entonces pudimos descubrir que todos los intentos de análisis de forma en las obras y de las formas activas que tanto preocupan a los cubistas, no era más que un intento de análisis de la dialéctica plástica, solamente que ellos no lo sabían, no sabían que estaban usando elementos marxistas para la composición plástica de la dialéctica materialista; empezaba a usarse una enorme cantidad de cuestiones científicas e ideológicas de todo orden que pudieran ser llamadas revolucionarias en sus diferentes aspectos.¹¹

Siqueiros fue, sin duda, el más agudo crítico del movimiento que él había prohiado y del que era uno de sus principales representantes. Con insistencia señaló la confusión ideológica, las incongruencias políticas y estéticas

Siqueiros, *Fundación del muralismo...*, op. cit., pp. 216 y 219.

¹⁰ *Ibid.*, p. 60.

¹¹ *Ibid.*, p. 15.

que lo caracterizaban. Pero lo que más le preocupaba, en la medida en que expresaba las demás debilidades, era la falta de impulso revolucionario en la técnica pictórica. Esto es lo que, a lo largo de su vida, lo llevó a una incansable búsqueda, experimentación e invención que aplicó, finalmente, en el *Poliforum*, su último trabajo monumental. Se trató, sin duda, de un rebelde, cuya mirada comunista prevaleció a través de sus tan diversas como complejas circunstancias políticas y ante las que tuvo, ciertamente, no pocas incongruencias:

Dentro del comunismo integral –escribió– podría florecer un arte superior, una estética pura, independiente de todas las desviaciones creadas por su inevitable subordinación política. Una plástica ajena por completo a lo descriptivo, a lo representativo, a lo anecdótico, a lo utilitario, a la escolástica, surgiendo en cambio una plástica absoluta, bella en sí y de por sí. Formas puras en la plástica. Equilibrio de proposiciones, de volúmenes, de direcciones, de colores, etcétera.¹²

¹² *Ibid.*, p. 55.

Este personaje, al que hemos mirado, de personalidad impulsiva y rebelde, cuya propia experiencia vital conjugó siempre arte y política, muestra la riqueza del encuentro de diferentes experiencias revolucionarias. De las múltiples vías y lenguajes en que se produjo, que se presentan de manera frecuentemente contradictoria y, por tanto, no resultan reducibles a alguna de sus múltiples facetas. □

Bibliografía

Alfaro Siqueiros, David, *Me llamaban el Coronelazo. Memorias de David Alfaro Siqueiros*, México, Editorial Grijalbo, 1977.

—, *Fundación del muralismo mexicano. Textos inéditos de David Alfaro Siqueiros* (introducción, compilación y notas de Héctor Jaimes), México, Siglo XXI, 2012.

Concheiro, Elvira y Carlos Payán, *Congresos comunistas. México 1919-1981*, México, Secretaría de Cultura del DF/Cemos, 2014.

Rivera, Diego, *Textos de arte*, México, Instituto de Investigaciones Estéticas, UNAM, 1986.

Scherer García, Julio, *Siqueiros. La piel y la entraña*, México, Fondo de Cultura Económica, 2003.

Tibol, Raquel, *Gráficas y neográficas en México*, México, Secretaría de Cultura del DF, 2002.

—, *Palabras de Siqueiros*, México, Fondo de Cultura Económica, 1996.

*Lenin en el Mapocho**

Manuel Loyola

Universidad de Santiago de Chile

Antes del acontecimiento que lo lanzara a la fama mundial –en noviembre de 1917– las referencias a Lenin (Vladimir Ilich Uliánov) entre la dirigencia obrera y estudiantil chilenas fueron extremadamente limitadas y, por cierto, sin ningún impacto o influencia. Al margen de un puñado de líderes populares de comienzos del siglo xx, en particular del Partido Obrero Socialista, entre los que resaltó la figura de Luis Emilio Recabarren,¹ cuyas informaciones sobre el jefe bolchevique provinieron de la lectura de algunas revistas y periódicos socialistas extranjeros, en especial, argentinos y franceses,² es claro que el incremento de la indicada figura en el medio chi-

leno se debió, en lo fundamental, a las enormes repercusiones que sobrevendrían tras el éxito de la sublevación en Petrogrado y la instauración del nuevo poder soviético.

Aparte de la resonancia que Octubre comenzó a tener en la mayor parte de la prensa escrita de Chile –asunto que se verificaría simultáneamente en numerosos puntos del planeta– nos interesa en esta ocasión arrojar luz respecto de un ámbito específico asociado al hecho revolucionario, a saber, la magnitud y las connotaciones adquiridas en Chile por la producción e impresión de textos de autoría de Lenin, principal dirigente de la actuación bolchevique.³ Acercarnos a ello no solo puede aportar a una comprensión general de la incidencia de Vladimir Ilich en el devenir de la izquierda chilena del siglo xx, sino también ofrecer una mirada más puntual acerca del modo de empleo de la producción leninista. A estos efectos, nos limitaremos únicamente al

* Esta nota es parte de un proyecto mayor de investigación de la producción impresa del comunismo chileno en el siglo xx. Proyecto DICYT, Universidad de Santiago de Chile.

¹ Aún no está del todo claro, como algunos autores han sostenido (Ermolaev y Koralev, *Recabarren, un gran ciudadano de Chile*, Moscú, 1970), que Recabarren –personalidad sobresaliente en la organización social y política de los sectores obreros chilenos hasta 1924– haya, efectivamente, conocido y conversado con Lenin, en especial cuando el chileno estuvo en Moscú hacia fines de 1922. Pero aun si tal encuentro no existió, no cabe duda de que Recabarren fue uno de los pocos nacionales que supo del dirigente ruso en los años inmediatamente previos a la Revolución.

² Por ejemplo, *El Socialista*, del pso español; *L'Humanité*, ps francés; *La Protesta Humana*, *Almanaque Ilustrado*, del anarquismo argentino.

³ De acuerdo con la tabla de publicaciones que sirve de base a este texto, casi todos los sellos que emitieron escritos de Lenin en Chile estuvieron vinculados a simpatizantes, militantes o a estructuras orgánicas de colectividades de izquierda, preferentemente del Partido Comunista de Chile (PCCh). Al margen de esta modalidad, la actuación de Quimantú –principal órgano editorial del Gobierno de la Unidad Popular– fue notablemente significativa en la puesta en circulación de obras de los clásicos marxistas en general.

registro de la publicación chilena de varios de los textos de Lenin, enmarcada en el período que va desde inicios de la década de 1930 hasta el golpe de Estado de 1973, la más reconocida época de ascenso de las agrupaciones sociales y políticas de la izquierda marxista local.⁴

En poco más de 40 años (ver tabla adjunta), el conjunto de los trabajos de Lenin publicados en Chile (expresamente en Santiago) correspondió a 26, cifra que podemos estimar relativamente baja dada su omnipresencia en el discurso de las organizaciones marxistas del Mapocho.⁵ Desde luego, se presentan importantes períodos en los que no se cuenta con ningún antecedente editorial (en particular, los años cuarenta y cincuenta), circunstancia que muy probablemente se relacionó tanto con la provisión de materiales por parte de distribuidores externos, como

⁴ No estará demás apuntar que Lenin, y otros individuos relevantes vinculados a la experiencia revolucionaria –así como diversas consideraciones de toda índole sobre los hechos de 1917–, fueron objeto de una muy copiosa producción en el medio chileno, cuyas características escapan a las posibilidades de este espacio. No obstante, expongamos que luego de una primera fase (1918-1935) en que prevaleció el comentario, el atisbo de reflexión, la opinión crítica o laudatoria sobre el bolchevismo y sus dirigentes máximos –con una fuerte intención propagandística en favor o en contra–, desde los años cuarenta en adelante, Lenin y sus escritos ganarán en nitidez autoral en el contexto de la distribución editorial formal. Con ello, alcanza el talante de autor canónico (junto a Marx y Engels) dentro de las corrientes del marxismo y de la política de las izquierdas de entonces, desplazamiento que, más allá de los anhelos del Partido Comunista de Chile (para quien el “genio” de Lenin ya era eminente desde el segundo lustro de los años veinte), tuvo mucho que ver con la imagen de prestigio construida sobre la URSS, sus logros materiales y culturales, y su rol en la política internacional.

⁵ No podemos ser enfáticos en la calificación de debilidad por dos razones básicas: por un lado, pudieron haberse hecho ediciones nacionales de Lenin de las que aún no tenemos noticia (en especial en regiones o provincias); y, por otro, sin duda que el principal canal de difusión del verbo leninista estuvo en la prensa escrita y hemerográfica (revistas) vinculada a los partidos de la izquierda marxista, en particular del PCCh.

con la dispersión y la represión de que fueron objeto las agrupaciones políticas interesadas en la difusión y la lectura del oriundo de Simbirsk, afectándose, en grado mayor, sus habitualmente débiles capacidades de impresión monográfica.

Otro signo del poco peso específico del texto leninista se relacionó con la magnitud o extensión de este. En las primeras décadas consultadas, primó el folleto o texto breve, esto es, impresos que no sobrepasaron las 120 páginas, varios incluso menores de menos de 50 páginas.⁶ Posteriormente, se tiende a dejar de lado la reproducción corta dándose a conocer libelos de mayor aliento, sin que el folleto desaparezca del todo.

En evidente correlación con la sostenida crispación que adquirió la confrontación de clases en el país –en especial con el triunfo de la coalición popular encabezada por Salvador Allende–, se advierte que casi la mitad de la literatura leninista de origen propio se situó en el ciclo 70-73, oportunidad en que, a la vez, se amplía en títulos, con trabajos en alguna medida “inéditos” para las prensas chilenas.⁷ Nos referimos a la aparición de *¿Qué hacer?*, *El Imperialismo fase superior del Capitalismo*, *El desarrollo del capitalismo en Rusia*, entre otros.

Por otro lado, si bien la edición local en modo alguno cubrió siquiera la mayor parte

⁶ En esta consideración no tiene relevancia el tamaño, tipografía o espaciado de caja, pues existe, salvo leves variaciones, una evidente uniformidad de estilo y formato, y es la impresión en tamaño 1/8 de pliego lo usual para todo el tiempo contemplado. Si bien los datos sobre tiradas son escasos, los pocos consignados hablan de cifras interesantes para nuestro país: de 1.000 a 5.000 ejemplares a precios de venta público comúnmente bajos, aspecto que condicionaba la propia calidad de la impresión, el tipo de papel empleado, su encuadernación y la poca atención estética del “producto”.

⁷ En proporciones variadas, estos y otros escritos de la amplísima producción de Lenin ya se conocían en el país mediante la llegada, a inicios de los años sesenta, de las ediciones de la Editorial Progreso (URSS), Cartago o Anteo (Argentina) y Grijalbo (México).

Obras de V. I. Lenin publicadas en Chile, 1931-1973

Título	Editorial / Lugar	Año	Págs.
Los bancos y su nuevo papel	Problemas / Santiago, folleto 17	1931	36
El marxismo (con una nota biográfica sobre C. Marx, de F. Engels)	Editorial Moderna / Santiago	1932	36
El extremismo, enfermedad infantil del comunismo. Ensayo de popularización de la estrategia y de la táctica marxistas	Editorial Stalin / Santiago	1933	135
El camino de la insurrección	Ediciones Mundo / Santiago	1934	58
El comunismo y el problema agrario	Ediciones Lucha de clases / Santiago	1934	16
La Revolución de Octubre	SECH / Santiago	1937	8
La religión y el materialismo histórico	Antares / Santiago	1938	55
La juventud y la cultura	Antares / Santiago	1938	38
El Estado y la Revolución	Teodoro Saavedra Editor / Santiago	1939	120
El extremismo, enfermedad infantil del comunismo. Ensayo de popularización de la estrategia y de la táctica marxistas	Sd / Santiago. Traducción de la última edición del Instituto Lenin	1941	125
El Imperialismo fase superior del Capitalismo	Ediciones Nueva América / Santiago	1941	144
Dos tácticas de la Social Democracia en la revolución democrática	Austral, Santiago	1957	203
El extremismo, enfermedad infantil del comunismo	Austral, Santiago	1957	167
Sobre la democracia y la dictadura	Ediciones Espartaco / Santiago	1963	17
El problema del poder	Ediciones El Rebelde / Santiago	1970	103
Sobre la revolución proletaria	Fed. Estudiantes de la U. de Concepción	1970	70
El Estado y la Revolución	Eds. Letras / Santiago	1971	154
Acerca de las tareas de la clase obrera en el poder (en homenaje al Cincuentenario del PC de Chile)	Folleto 1	1971	64
Sobre las tareas económicas del período de la transición (en homenaje al Cincuentenario del PC de Chile)	Folleto 2	1971	109
El Imperialismo fase superior del Capitalismo	Quimantú / Santiago	1972	159
Páginas escogidas de Lenin	Quimantú / Santiago	1972	179
El Estado y la Revolución	Quimantú / Santiago	1972	154
¿Qué hacer?	Quimantú / Santiago	1972	255
El desarrollo del capitalismo en Rusia	Quimantú / Santiago	1972	655
La enfermedad infantil del izquierdismo en el comunismo	Quimantú / Santiago	1972	137
1905 Jornadas revolucionarias	Impresora Roda	1973	158

de los títulos individuales de la pluma de Lenin (para el año 73 estos sumaban una veintena de opúsculos), es pertinente tomar en cuenta que ello no resultaba claramente necesario de acuerdo a las necesidades formativas e informativas del público y la militancia chilena del siglo pasado. Conceptuado como un autor esencialmente contingente, cuando no realizador vívido de los trazados teóricos de Marx y Engels –asunto que la misma labor intelectual y política de Lenin permitió consolidar– su producción se asumió como reservorio adonde se podía recurrir para hallar –adecuación teleológica mediante– variadas respuestas, fundamentos y justificaciones a cuanta perspectiva de actuación se presentara como perentoria a los partidos y las agrupaciones revolucionarias.

De acuerdo a lo expuesto, no extraña que *El extremismo enfermedad infantil en el comunismo* (o *La enfermedad infantil del izquierdismo en el comunismo*) y *El Estado y la revolución* resultaran ser los títulos más reproducidos por las prensas de la izquierda criolla. El primero fue la obra dilecta del comunismo en tanto le ofrecía autorizados argumentos para sostener su política de alianzas y de participación en el orden legal burgués, en tanto que el segundo fue preferido por editores más radicalizados (trotskistas, socialistas y otros tantos rebeldes) a fin de hacer recordar el contenido esencial de la lucha: la eliminación del aparato burgués.

Ciertamente que esta misma posibilidad de respaldo argumental como de “enseñanzas magistrales” prevaleció en el momento de acceso al gobierno a partir de 1970. En los tres años de la Unidad Popular, la apelación a Lenin se hizo imprescindible no solo como alusión al voluntarismo revolucionario que él encarnaba, sino, por sobre todo, como preceptor para los procesos de transformación institucional que se buscaba llevar adelante. No en vano hasta la academia universitaria hizo de sus textos una amplia revisión y dis-

cusión en numerosos seminarios, talleres, y debates. Desde el terreno editorial no cabe duda de que la labor desempeñada por la Editora Nacional Quimantú fue fundamental en la difusión de la obra leninista en tiradas que sobrepasaron los 3.000 ejemplares por título. Si a ello añadimos las reimpressiones (segundas y terceras) de casi todos los títulos a partir del mismo año 1972, finalmente tendremos la enorme impronta de los hechos ocurridos décadas antes en la Rusia revolucionaria y soviética que se pretendió forjar en los acontecimientos chilenos.

Un dato editorial destacable a este respecto fue la publicación, en 1971, de dos folletos⁸ en calidad de saludo a los Cincuenta años del Partido Comunista de Chile, aniversario que hallaba a la organización en pleno proceso revolucionario. Confeccionados como edición popular en tiradas de diez mil ejemplares cada uno, el objetivo de ellos era entregar “a la conciencia de los trabajadores [...] las valiosas enseñanzas leninistas [para] enriquecer el quehacer diario del pueblo chileno que ha manifestado que no se quedará a mitad de camino en pos del progreso, la democracia y el socialismo”.⁹

Sería una exageración de nuestra parte exponer que la edición local de textos de Lenin –en particular de la impresa en los años setenta– fue el resultado de una traslación poco reflexiva del acontecer soviético a las circunstancias y requerimientos ideológicos del proceso chileno. Una indicación de tal tipo no solo sería una explicación fácil y sosa, sino, peor aun, reduciría aspectos de fondo que signaban la cultura política de la izquierda de en-

⁸ “Acerca de las tareas de la clase obrera en el poder y sobre las tareas económicas del período de la transición”, folleto impreso por la Editorial Austral, del PC chileno.

⁹ Lenin, “*Sobre las tareas económicas...*”, agosto de 1971, Santiago de Chile, p. 5. Folleto impreso por la Editorial Austral, del PC de Chile.

tonces, fuertemente “leninista” tanto en la sustentación de tesis no armadas (o reformistas) de acceso al poder, como en la proclamación de vías rupturistas del orden burgués. Obviamente, no es posible juzgar olvidando el contexto y las condiciones imperantes, realidades que, por su envergadura y celeridad –unidas a la crónica carencia de pensamiento político autónomo– potenciaron la ubicuidad modélica del dirigente ruso en nuestro suelo. ¿Dónde encontrar referencias o guías para una situación propia –la Unidad Popular– que tenía mucho de novedoso sino en los avatares y “enseñanzas” de la experiencia soviética

trionfante transmitida por el más prestigiado de sus líderes? □

Bibliografía citada

Ermolaev y Koralev, *Recabarren, un gran ciudadano de Chile*, Moscú, 1970.

V. I. Lenin, “Sobre las tareas económicas del período de la transición (en homenaje al Cincuentenario del PC de Chile)”, Santiago de Chile, 1971.

—, *El extremismo, enfermedad infantil del comunismo. Ensayo de popularización de la estrategia y de la táctica marxistas*, Santiago de Chile, Editorial Stalin, 1933.

El antiimperialismo como legado: primeros análisis del imperialismo en el comunismo sudamericano

Víctor Augusto Piemonte

UBA / CONICET

Este estudio busca recomponer los orígenes teóricos de los análisis referidos a la cuestión del imperialismo en el Secretariado Sudamericano de la Internacional Comunista (IC). Se propone analizar las bases argumentativas sobre la situación latinoamericana en relación con la penetración de los imperialismos británico y norteamericano. En momentos en que para la IC el colonialismo todavía resultaba objeto de análisis para interpretar crítico-prácticamente los procesos de lucha antiimperialista abiertos en China y en la India, Victorio Codovilla comenzó a proponer la tipificación teórica para analizar la serie de realidades complejas presentes en las diversas estructuras socioeconómicas latinoamericanas.

ICuando en la Unión Soviética la postura del “socialismo en un solo país” encontró su triunfo definitivo sobre la teoría de la “revolución permanente”, la redacción de *La Correspondencia Sudamericana* remitió para apoyarla al célebre folleto “El imperialismo, fase superior del capitalismo”. Según la mirada teleológica del Secretariado Sudamericano de la IC (SSA), el texto de Lenin se erigió en la “primera ley de posibilidad de edificación socialista en un solo país”, ya que había afirmado que “en la URSS hay todo lo necesario y suficiente para la construcción de una

sociedad socialista completa”.¹ El jefe de la IC, Grigori Zinoviev, cayó en desgracia en la Unión Soviética acusado de fraccionismo antileninista, tras ser denunciado en el XIV Congreso del Partido Bolchevique por haber introducido “apenas una variante” en la postura sostenida por Trotsky, que cuestionaba la factibilidad de construir el socialismo en un solo país cuando se trataba de un país campesino.² La relación entre la Unión Soviética y el resto del mundo se adentraba en una etapa de redefiniciones político-teóricas, y Codovilla jugó un rol de primer orden en el momento de interpretar el lugar que le tocaba entonces ocupar a Sudamérica.

Si bien en la Argentina el Partido Comunista Obrero, gestado por el grupo “chispista” tras su ruptura con el Partido Comunista de la Argentina (PCA), se puso a la cabeza del compromiso promovido por la Liga Anti-imperialista, ello no implicó que ese frente de lucha

¹ “Carta abierta del Secretariado Sudamericano de la Internacional Comunista sobre las divergencias en el seno del Partido Comunista Ruso”, *La Correspondencia Sudamericana. Revista quincenal editada por el Secretariado Sudamericano de la Internacional Comunista*, N° 17, Buenos Aires, 15/12/1926, pp. 4 y 5 respectivamente.

² “El Presidium del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista contra la presencia de Zinoviev a la cabeza de la I.C.”, *La Correspondencia Sudamericana*, N° 17, Buenos Aires, 15/12/1926, pp. 27-28.

fuera abandonado por el PCA. En efecto, el surgimiento de la Asociación de Amigos de Rusia en 1925 y del Comité de Acción contra la Guerra en 1927, así como la celebración del Congreso de Bruselas en febrero de este último año, sentaron las bases para la generación de una experiencia en el terreno de la lucha contra el imperialismo para el comunismo argentino oficial que, en términos organizativos, confluyó en la aparición del Grupo de Izquierda de la Liga Anti-imperialista.³ Aunque son bastante conocidas las prácticas antiimperialistas del PCA que encontraron expresión orgánica a partir de la conformación de este órgano anexo al partido,⁴ mucho menos es lo que se sabe respecto de los importantes antecedentes teóricos que se remontan hasta fines de 1926 y que sentaron las bases analíticas sobre las cuales se apoyaron las argumentaciones que primaron desde el VI Congreso de la IC a propósito de las estructuras socioeconómicas latinoamericanas. Habiéndose erigido la sección argentina de la Internacional Comunista en la cabeza del SSA, el PCA desempeñó un papel central a nivel regional en torno de la definición de la cuestión del imperialismo.

II A comienzos de 1926, el experimentado bolchevique Dmitri Manuisky analizó la situación del proletariado en los países coloniales y semicoloniales, poniendo la atención en Asia y África (centralmente en las luchas antiimperialistas y anticolonialistas emprendidas en China y en la India) y omitiendo lo que sucedía en América Latina.⁵ Victorio Codovilla señaló que en la sesión del 9 de noviembre de la Comisión Colonial del Comité Ejecutivo de la IC había tenido lugar por primera vez, ante las autoridades de Moscú, la lectura de un informe referido a los países latinoamericanos.⁶ La causa residía en el hecho de que la lucha global en que se encontraban sumidos los imperialismos inglés y norteamericano para hacerse con las materias primas encontraba manifestaciones especiales en Latinoamérica. Sus repercusiones eran particularmente profundas en Sudamérica, donde el capital inglés había ejercido su dominio en soledad hasta el estallido de la Primera Guerra Mundial. A partir del fin de la conflagración, Inglaterra debió lidiar con la rivalidad que representaban el imperialismo norteamericano apoyado por la burguesía liberal y la legislación proteccionista sancionada por los gobier-

³ “Asamblea de la Liga Antiimperialista”, *La Internacional. Órgano del Partido Comunista de la Argentina, sección de la Internacional Comunista*, N° 3197, Buenos Aires, 23/7/1927, p. 7.

⁴ Cf. Daniel Kersfeld, “La Conferencia Antiimperialista de Buenos Aires en las definiciones ideológicas del comunismo argentino”, *Periferias* N° 21, 2013, pp. 167-184; *Contra el imperio. Historia de la Liga Antiimperialista de las Américas*, México, Siglo XXI, 2012; “La Liga Antiimperialista de las Américas: una construcción política entre el marxismo y el latinoamericanismo”, en E. Concheiro, M. Modonesi, H. Crespo (coords.), *El comunismo: otras miradas desde América Latina*, México, UNAM, 2007, pp. 131-166; Hernán Camarero, *A la conquista de la clase obrera. Los comunistas y el mundo del trabajo en la Argentina, 1920-1935*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2007, pp. 335-343; Mercedes López Cantera, “Una aproximación a los primeros análisis de la dependencia argentina y latinoamericana”, *Ariadna Tucma*, N° 7, 2012, s/p.

⁵ Dmitri Manouilsky, “Avant l’Exécutif élargi”, *L’Internationale Communiste. Organe du Comité Exécutif de L’Internationale Communiste*, N° 9, París, marzo de 1926, pp. 205-207.

⁶ Victorio Codovilla, “Informe sobre la situación de América Latina presentado por V. Codovilla a la Comisión Colonial del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista, 09.11.1926”. Reproducido en O. Ulianova y A. Riquelme Segovia (eds.), *Chile en los archivos soviéticos 1922-1991*, vol. 1: *Komintern y Chile 1922-1931*, Santiago de Chile, LOM, 2005, pp. 171-186. Sin embargo, en su VI Pleno Ampliado, el Comité Ejecutivo de la IC había anticipado –aunque sin dar mayores precisiones– que sin lugar a duda los obreros y los campesinos latinoamericanos estaban llamados a desempeñar un papel muy importante en la lucha por el derrocamiento del yugo imperialista ejercido por la burguesía norteamericana. *Kommunisticheskii Internatsional*, “Shestoi Rasshirennyi Plenum. 17 fevralya-15 marta 1926 g.”, *Kommunisticheskii Internatsional v Dokumentakh. 1919-1932*, Moscú, Partiinoe Izdatel’stvo, 1933, p. 619.

nos de la región en su interés por limitar la presencia de las fuerzas económicas extranjeras. Esto era así principalmente en los países que contaban con los cimientos de una industria nacional: Argentina, Brasil, Uruguay y Chile.

Codovilla asignaba entre todos ellos un lugar destacado a la Argentina, donde percibía la existencia de una burguesía industrial nacional que tenía injerencia en el poder político. En el resto de los países sudamericanos el feudalismo era todavía una realidad que estaba lejos de ser superada. Interesado en proponer un análisis marxista, Codovilla recordaba la importancia de considerar “la situación particular de diferentes países de América Latina, para sacar las conclusiones desde nuestro punto de vista de la lucha revolucionaria”.⁷ La lucha antiimperialista era necesaria en toda América del Sur por consistir, en primera instancia, en la lucha antiterrateniente, pero no debían ser olvidadas “las características de cada país en la lucha que corresponde a su situación objetiva”. El conflicto en las provincias de Tacna y Arica fue presentado por Codovilla como un “ejemplo típico” del *modus operandi* de los imperialismos británico y norteamericano en Sudamérica, los cuales se servían de los litigios internos o internacionales para mejorar su posición en los países afectados.⁸ Por su parte, la utilización imperialista de los conflictos intranacionales encontró una expresión clara en el caso del Brasil, cuando se enfrentaron violentamente la burguesía industrial y la pequeña burguesía rural contra los latifundistas.

⁷ Codovilla, “Informe sobre la situación...”, *op. cit.*, p. 174.

⁸ Oscar Alberto Cerruto, “El imperialismo yanqui en Bolivia”, *La Correspondencia Sudamericana*, N° 5, Buenos Aires, 15/6/1926, pp. 23-25; “L’affaire de Tacna-Arica et l’impérialisme américain (Déclaration de la Ligue anti-impérialiste pour toute l’Amérique)”, *La Correspondance Internationale. Bi-hebdomadaire paraissant le mercredi et le samedi*, N° 32, Viena, 13/3/1926, pp. 1-2.

Codovilla denunció que el imperialismo norteamericano apoyó a los primeros, en tanto que el imperialismo británico se situó del lado de los últimos.⁹

III Así, como parte central del proceso de bolchevización, los comunistas sudamericanos debían apoyar la conformación de un frente único de lucha antiimperialista, para organizar la resistencia contra el avasallamiento de los grandes capitales extranjeros. En este campo, ya entre 1924 y 1925 había emergido la Liga Anti-imperialista. Conformada por un conglomerado de fuerzas sociales heterogéneas, la Liga Anti-imperialista no podía sino constituirse como un frente único. La posibilidad de erigirse en partido político le estaba vedada.¹⁰ Por esto mismo, cuando se produjo la conformación en el Perú de la Alianza Popular Revolucionaria Americana (APRA), constituido como frente único antiimperialista, el SSA se preguntó por qué surgía por fuera de la Liga Anti-imperialista. El APRA fundamentaba su creación en la lucha por la conquista del poder, y no tan solo por la defensa nacional contra el imperialismo. Era por ello que se presentaba como un partido revolucionario.

No obstante, el SSA insistió en la formulación de que, si se trataba de un partido, era imposible que fuera al mismo tiempo un frente único: “esto se comprende fácilmente teniendo presente la composición social heterogénea de un frente único y su característica de block de fuerzas diversas, en tanto que el partido tiene una base social precisa, homogénea, una ideología única, una con-

⁹ Victorio Codovilla, “La Penetración del Imperialismo en la América el Sur”, *La Correspondencia Sudamericana*, N° 18, Buenos Aires, 31/12/1926, pp. 11-16.

¹⁰ “La lucha anti-imperialista”, *La Correspondencia Sudamericana*, N° 28, Buenos Aires, 31/7/1927, pp. 1-2.

cepción homogénea en todas las cuestiones”.¹¹ Recogiendo las experiencias que estaban teniendo lugar en México y en Cuba, los comunistas argentinos se volcaron a practicar el desarrollo de un frente único anti-imperialista en Sudamérica. Un paso especialmente importante en esa dirección fue dado en febrero de 1927, con la realización en Bruselas del Congreso Mundial Contra el Imperialismo y la Opresión Colonial, el cual contó con la participación de algunos de los cuadros comunistas latinoamericanos más destacados. El Congreso encarnó la primera manifestación orgánica efectuada por el comunismo latinoamericano a propósito de la avanzada en la región del imperialismo británico y del norteamericano.

Resulta importante notar en este punto que no fue en primera instancia el Comité Ejecutivo de la IC el que dictaminó los términos sobre los cuales debía analizarse la situación del imperialismo en América Latina, sino que fue Codovilla quien contribuyó a moldear la mirada de Moscú en torno de una supuesta realidad tipificada para el conjunto de los países latinoamericanos. Codovilla sostenía que la opresión imperialista era sufrida por el conjunto de los países latinoamericanos y que era el grado de opresión lo que daba lugar a la posibilidad de diferenciar analíticamente entre ellos:

Desde el punto de vista de nuestro análisis, podemos dividir los países de América Latina en 4 categorías:

1) Los países que por su dependencia del imperialismo, puede ser considerados como verdaderas colonias [integraban este grupo los países de Centroamérica].

2) Los países con débil desarrollo industrial, gobernados por los grandes terratenientes, donde hay abundancia de mate-

rias primas, los cuales por su dependencia del capital financiero extranjero son semi-colonias [Venezuela, Colombia, Perú, Bolivia, Paraguay].

3) Los países donde existe un cierto desarrollo industrial, así como abundancia de materias primas, que dependen del capital extranjero industrial y financiero, pero que no están todavía bajo su control político [Argentina, Brasil y Chile].

4) Los países donde la pequeña burguesía ya está en el poder y trata de construir su economía nacional independiente con una cierta base socialista, buscando escapar así del control de los países imperialistas [México].¹²

Era por ello que Codovilla resaltaba la importancia de diseñar un plan de acción general para la lucha antiimperialista que interpelara a las grandes masas y que tuviera en cuenta las estructuras socioeconómicas específicas de cada país. Para Codovilla, la gran mayoría de los países de América Central y del Sur tenían características semejantes a las de los países coloniales, motivo por el cual la lucha antiimperialista en esta parte de Latinoamérica se entrelazaba con las luchas por la independencia nacional. En la lógica del SSA, encarnada por Codovilla, la lucha antiimperialista sudamericana era subsidiaria del proceso revolucionario internacional. Dado que los capitales más importantes habían buscado mercados rentables ante la situación inestable de Europa, las secciones sudamericanas se encontraron jugando un papel especial en el debilitamiento de las burguesías más poderosas del mundo contra las cuales luchaban los trabajadores en el mundo capitalista más desarrollado.

El reclamo por la defensa de la Unión Soviética y contra la guerra imperialista, que se

¹¹ “¿Contra el Partido Comunista?”, *La Correspondencia Sudamericana*, N° 29, Buenos Aires, 15/8/1927, p. 2.

¹² Codovilla, “Informe sobre la situación”, *op. cit.*, pp. 174-175.

convirtió en una constante para la actividad propagandística del comunismo en los años subsiguientes, encontró un antecedente directo en la organización de la lucha antiimperialista librada en América Latina desde los inicios del SSA. Particularmente Codovilla fue uno de los primeros artífices de aquella interpretación sobre la naturaleza social de los países latinoamericanos y su relación con el imperialismo. □

Bibliografía

Camarero, Hernán, *A la conquista de la clase obrera. Los comunistas y el mundo del trabajo en la Argentina, 1920-1935*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2007.

Kerssfield, Daniel, “La Conferencia Antiimperialista de Buenos Aires en las definiciones ideológicas del comunismo argentino”, *Periferias*, N° 21, 2013, pp. 167-184.

—, *Contra el imperio. Historia de la Liga Antimperialista de las Américas*, México, Siglo XXI, 2012.

—, “La Liga Antiimperialista de las Américas: una construcción política entre el marxismo y el latinoame-

ricanismo”, en Elvira Concheiro, Massimo Modonesi, Horacio Crespo (coords.), *El comunismo: otras miradas desde América Latina*, México, UNAM, 2007.

López Cantera, Mercedes, “Una aproximación a los primeros análisis de la dependencia argentina y latinoamericana”, *Ariadna Tucma*, N° 7, 2012.

Fuentes

Codovilla Victorio, “Informe sobre la situación de América Latina presentado por V. Codovilla a la Comisión Colonial del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista, 09.11.1926”, en O. Ulianova y A. Riquelme Segovia (eds.), *Chile en los archivos soviéticos 1922-1991*, vol. 1: *Komintern y Chile 1922-1931*, Santiago de Chile, LOM, 2005.

Kommunisticheskii Internatsional, “Shestoi Rasshirennyi Plenum. 17 fevralya-15 marta 1926 g.”, *Kommunisticheskii Internatsional v Dokumentakh. 1919-1932*, Moscú, Partiinoe Izdatel'stvo, 1933.

La Correspondance Internationale

La Correspondencia Sudamericana

La Internacional

L'Internationale Communiste

Lecturas



Prismas

Revista de historia intelectual
Nº 21 / 2017

Tres lecturas sobre La historia es una literatura contemporánea, de Ivan Jablonka

Los tres textos que contiene esta sección reconocen un punto de partida común: el libro de Ivan Jablonka *La historia es una literatura contemporánea. Manifiesto por las ciencias sociales*, editado originalmente en francés en 2014 (trad. esp. por Horacio Pons, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2016). Considerando que la traducción al español de esta provocadora obra constituye una ocasión para debatirla y siguiendo la sugerencia de su subtítulo, el Consejo Editorial de *Prismas* ha invitado a Lila Caimari, Renato Ortiz y Ana Clarisa Agüero a que escriban sobre ella.

Por una historia escrita

Lila Caimari
Universidad de San Andrés / CONICET

Al comienzo de *La historia es una literatura contemporánea*, Ivan Jablonka explica que el libro nació como fundamento teórico y metodológico de otro libro, *La historia de los abuelos que no tuve*, saga a la vez histórica y personal, íntima y panorámica, que da cuenta de sus antepasados en el terrible periplo del *shtetl* a Auschwitz. Publicado dos años antes, ese libro se desplegaba en un género híbrido, que entrelazaba la laboriosa reconstrucción de la vida de Mates e Idesa Jablonka en archivos de varios países con el relato de esa misma reconstrucción, incluyendo recreaciones de diálogos con testigos y tramos de meditación personal, entre otros recursos narrativos. (El subtítulo incluido en el original, “Une enquête”, subrayaba la intención de visibilizar ese camino.)

La obra instaló el trabajo de Jablonka –hasta entonces, el de un reconocido historiador social y cultural, versátil editor del sitio *la viedesidéés.fr*– en un marco que excedía el de sus lectores colegas y estudiantes, conectándolo al vasto ámbito de estudios del Holocausto y de la

memoria, y reservándole sendas traducciones al inglés y el castellano.¹ Luego, apenas dos años después del manifiesto que fundamentaba el proyecto narrativo de esa obra, Jablonka publicaba *Laëtitia ou la fin des hommes*, crónica del atroz secuestro y asesinato de una joven de 18 años cometido en París (un caso célebre de la era Sarkozy), donde el camino de investigación volvía a tomar el primer plano, en la voz del narrador emocionalmente involucrado.² *Laëtitia* ganó el premio Medicis (uno de los grandes galardones literarios de la temporada francesa), catapultando a Jablonka a la lista de best-sellers, y consagrando su acceso a los circuitos más masivos del mundo editorial.

La publicación de *La historia es una literatura contemporánea* entre dos obras de carácter experimental y difusión tan amplia ha invitado lecturas que conectan a las tres. El vínculo entre la primera y la segunda fue establecido en el planteo inicial del mismo Jablonka, como se dijo, quien luego de la gran pesquisa sobre sus antepasados regresaba al recoleto ámbito de la historia académica para compartir sus reflexiones sobre las posibilidades de escritura de los historiadores. Pero en la estela del gran éxito de *Laëtitia*, la continuidad también fue asumida por quienes desde los claustros impugnaron algunas de las operaciones subyacentes a este best-seller, y proyectaron las críticas sobre el programa general: “Ivan Jablonka, la historia *no es* una literatura contemporánea”, reaccionó su colega Philippe Artières.³

¹ Originalmente publicado en 2012, el libro pronto tuvo una edición argentina: Ivan Jablonka, *Historia de los abuelos que no tuve*, Buenos Aires, Libros del Zorzal, 2015.

² Ivan Jablonka, *Laëtitia ou la fin des hommes*, París, Seuil, 2016.

³ “Ivan Jablonka, l’histoire n’est pas une littérature contemporaine!”, *Libération*, 6 de noviembre de 2016 <<http://www.liberation.fr/debats/2016/11/06/ivan->

La intervención que sigue opta por un camino distinto. Asumiendo que este trabajo reviste una relevancia *otra* que la justificación de obras particulares, y que el programa que propone puede ser leído con independencia de la fortuna de sus ilustraciones eventuales, elige recortarlo del resto de la obra del prolífico Jablonka, para mantenerse fiel al ámbito de interlocución más específico de este “manifiesto por las ciencias sociales”: el del quehacer de la historia, y el de la gran cuestión de la escritura de la historia.

Resulta difícil hacer otra cosa, en verdad, porque quien entra en contacto con este apasionado argumento en su versión castellana –y en la excelente traducción de Horacio Pons– estará inmerso en una caja de resonancia muy sensible a sus implicaciones. Esa receptividad –la sintonía que este libro ha encontrado en sus primeros lectores argentinos, el instantáneo boca-a-boca que despertó– lleva las marcas de las discusiones sobre el curso que ha tomado la historia profesional de las últimas dos décadas, una discusión que tiene muchos escenarios en el mundo, pero que en nuestro medio ha cobrado singular urgencia.⁴ Tras el interés que ha despertado este llamado a recuperar la esencia narrativa del oficio está, seguramente, la constatación cotidiana de que el crecimiento de la producción disciplinar se ha cobrado un precio. Este libro llega en un momento de reflexión (o de deseo de reflexión, muchas veces pospuesto por la urgencia de los tiempos políticos e institucionales) que atañe al ámbito de la producción de la historia, a la búsqueda de rumbos después del *big bang*. Por los mismos motivos, también habla a aquellos (editores, lectores del común) que se lamentan del divorcio entre los historiadores y el público masivo, del encierro en el hermetismo de la hiper especialización y el desprecio de la dimensión social y comunicacional de la historia. Al poner la cuestión de la escritura en el centro de la discusión sobre la reconstrucción del pasado, Jablonka obliga a volver sobre la cualidad narrativa de la disciplina, sin excusas ni

disimulos. Y allí donde el encuadramiento en los géneros profesionales no se ha dado sin resistencias –allí donde las objeciones al imperio del *paper* y la revista indexada estuvieron siempre– son muchos los que se entregan de buena gana a la lectura de un llamado a la rebelión.

Afortunadamente, *La historia es una literatura contemporánea* es mucho más que un recurso para confirmar diagnósticos, y circunscribirlo a una búsqueda instrumental de argumentos para un debate que sería empobrecedor. Porque ocurre que este libro que se dice un manifiesto tiene la escala y la ambición de un tratado de gran aliento sobre los vínculos entre historia y literatura. (O más bien: de la historia *con* la literatura, pues si bien la productividad que la historia reserva a los escritores es enunciada varias veces, el peso del argumento está sesgado en la otra dirección). El llamado a la reconciliación con la esencia narrativa se despliega, efectivamente, a lo largo de un estudio minucioso sobre los caminos que fueron acercando y alejando (desviando) de esa vocación, y sobre las vías posibles, pensables (y deseables) del regreso. Sin jamás olvidar que historia y literatura no pueden *ni deben* separarse, y que celebrar esa verdad es la empresa entre manos, el argumento se desarrolla en un registro que pronto pasa de la interpelación al modo de razonamiento más tradicionalmente historiográfico, con inflexiones metodológicas y estéticas. Un manifiesto, entonces. Pero inserto en un vehículo que amortigua el impulso rupturista, disolviéndolo en un mundo de referencias, una genealogía erudita, una caja de herramientas que ya tiene sus usuarios.

Los momentos propositivo-disruptivos del libro enmarcan, así, inflexiones analíticas mucho más apacibles. El potente llamado de la Introducción (la historia como *posibilidad de escritura*, la escritura como parte *intrínseca* del método histórico, la búsqueda de *nuevas formas expresivas* como horizonte del historiador actual) es seguido de un freno a ese impulso. No se pierde de vista el rumbo: cada pieza del libro acompaña al argumento, a la vez visceral y largamente meditado, macerado, trabajado. Pero sí hay un cambio de tono y de velocidad, mientras el desarrollo pasa a modo informativo-contextual, internándose en los momentos fundamentales de la relación entre historia y literatura.

jablonka-l-histoire-n-est-pas-une-litterature-contemporaine_1526604>.

⁴ A modo de ejemplo, remito al reciente dossier coordinado por Sergio Serulnikov, “La historia como campo profesional: balances, dilemas, propuestas”, *Investigaciones y Ensayos*, N° 63, pp. 11-107.

El recorrido que da cuenta de la “Gran separación” (Primera Parte) se inicia con el nacimiento de la historia y culmina en la “historia-ciencia” decimonónica. Contrariamente a lo que podría esperarse, no es una saga de armonías perdidas. Más bien lo contrario, pues el periplo está puntuado, desde el principio –desde las críticas de Tucídides y Polibio a Herodoto– de las desconfianzas que suscitó la escritura *excesiva* de los hechos del pasado. La oposición entre historia *nuda* e historia *ornata* es tan antigua como la historia, entonces, como lo son las objeciones a la prosa elocuente y acicalada. Evitar las trampas de la palabra para ceñirse a la austera verdad: el principio siempre estuvo entre los mandatos de este quehacer. ¿Cuánta literatura necesita la historia para poder construir un objeto necesariamente artificial sin destruir su aspiración a la verdad (o al efecto de verdad)? Cargada de implicaciones epistemológicas, la pregunta ha vuelto muchas veces, dice Jablonka, y seguimos buscando la respuesta.

El tardío siglo XVIII y el siglo XIX ocupan un lugar estelar en este recorrido, y los motivos sobran. Desde las grandes novelas históricas de Walter Scott a los cuadros histórico-literarios de Chateaubriand, de las reconstrucciones románticas de la Revolución Francesa de Michelet a la ficción realista de Balzac: todo parece confluir en un largo (y feliz) momento en el que historia y literatura se nutren en sucesivas versiones de su mejor potencial. Lejos de todo atisbo de condescendencia, la lectura de este corpus tiene momentos de entusiasmo admirado, a medida que el historiador-escritor identifica los préstamos, y pone de relieve el uso virtuoso de los recursos que insuflan energía en la narrativa. “Los historiadores afirmarán que también ellos pueden ser creadores. No por inventar seres de ficción; lo que sucede es que, al personificar colectivos, designar fuerzas, dan origen a nuevos personajes [...]” (p. 67). Al inventar personajes que existen –el héroe, el pueblo– tanto Scott como Michelet son demiurgos. Este don de vida, que transmite su energía a sujetos muertos hace décadas y acerca la historia a miles de lectores, no es distinto al de la creación literaria, afirma Jablonka. El trabajo de reconstrucción del pasado necesita de los recursos de la literatura: personificación, simbolización y escorzos dramáticos no están ahí para falsear sino para implicar al lector. Sobre todo: para inyectar tensión emotiva.

La emoción es un elemento que vuelve a lo largo de este razonamiento, pues el lugar que le ha sido (y le sigue siendo) acordado o negado es percibido como un índice de la relevancia social a la que puede aspirar la narrativa histórica. Es justamente la pérdida del poder de conmovir, la renuncia voluntaria y completa a la potencia empática del lenguaje, lo que habría sellado la deriva hacia la historia tal como la conocemos hoy. Expulsadas en nombre de la jerarquización científica, emoción e imaginación narrativa (casi una misma cosa) perdieron legitimidad como herramientas para comunicar el pasado. Esta renuncia, que data de fines del siglo XIX, deparó más pérdidas que ganancias, diagnostica Jablonka, mientras daba paso a los tonos y a los formatos propios de la historia-ciencia.

El momento de “gran separación”, de renuncia a la literatura por la historia, es uno de los tramos más pesimistas del libro (y quizá por eso mismo) uno de sus momentos de mayor eficacia narrativa. La emergente historia-ciencia tuvo su expresión escrita en el “no-texto”, dice Jablonka, género que describe en lenguaje incisivo, tenso de imaginación crítica. Ser objetivo, insiste, pasó a ser sinónimo de no escribir; y el no escribir se volvió garantía de científicidad. Así, la historia se despidió de la literatura para conquistar su autonomía, y en ese gesto, procedió a purgar lo que la ruborizaba: el compromiso del yo, las incertidumbres del saber, la emoción, el placer del lector (ahora desdeñado). “La escritura se convierte en el tormento de la historia, obligada a realizar sobre sí misma un constante esfuerzo de restricción. Escribir, pero lo menos posible. Utilizar palabras, pero insonoras; un plan, pero mecánico; hacerse insignificante, como el gris de la pared” (p. 102). “Al dejar el sistema de las bellas letras para unirse al campo de la ciencia, la historia abandonó la idea de que ella misma era una forma” (p. 103). Es en la universidad donde esta preferencia por la “austeridad huraña” encontró sus mayores defensores, pues el descuido de la forma (y podría agregarse: la consagración de formas débiles e insípidas como envoltorio del saber) se volvió, en sus claustros, garantía de verdad, de científicidad.

No deja de ser paradójico que este diagnóstico provenga del centro de un mundo académico donde la historia siempre ha sido más *escrita* que en ningún otro, y donde la reflexión sobre el vínculo entre narrativa y saberes del pasado ha

encontrado algunos de sus pensadores más decisivos. Como sabemos, los grandes exponentes de la historiografía francesa del siglo xx –de Fernand Braudel a Georges Duby, de Alain Corbin a Michelle Perrot, de Jacques Le Goff a Arlette Farge– se sirvieron ampliamente de sus aptitudes narrativas para construir visiones del pasado que se querían innovadoras. La introducción de nuevos objetos historizables, por ejemplo –el mar, los olores, el rumor callejero, el purgatorio, el cuerpo– requirió de escrituras seguras de sí, de prosas refinadas, muy poco vergonzantes por cierto.⁵ Algo similar podría decirse de los discípulos de estos grandes maestros, y de la generación del propio Jablonka, que ha producido (y sigue produciendo) obras donde la “buena escritura” entendida en sentido convencional se combina con experimentos formales más lúdicos y audaces.⁶ Sin duda, no costaría encontrar climas académicos más sujetos a los rigores expresivos de la ciencia y los formatos de la *social science* que el que ha prevalecido en el mundo francés del último siglo, y la calidad y cantidad de ejemplos de voluntad narrativa y curiosidad formal que ofrece el libro están ahí para mostrarlo.

Así pues, en la más respetada tradición de la influyente historiografía francesa, las tendencias anti-literarias de la historia-ciencia fueron conjuradas con fortuna –incluida, en algunos casos, la fortuna editorial–. Y en ese mismo mundo donde el mandato cientificista no lograba desalojar a la escritura en la práctica de la historia, la reflexión epistemológica produjo algunos de los pensadores más incisivos del vínculo entre historia y narrativa, de la relación entre intriga y evidencia, ficción y verdad –Paul Veyne, Paul Ricoeur, Michel de Certeau, entre otros–. El espíritu escrupuloso que guía este vasto recorrido obliga incluso a hacerse cargo de

⁵ Si bien los ejemplos son especialmente numerosos en Francia, Jablonka hace honor a algunos de los exponentes surgidos en otros horizontes, como el de Johan Huizinga, quien en los años 1940 publicaba, muy en soledad, su extraordinario (y muy escrito) *Otoño de la Edad Media*.

⁶ Véase, por ejemplo, las apuestas colectivas experimentales en concepción y composición, en Philippe Artières y Dominique Kalifa, *Vidal. Le tueur de femmes, une biographie sociale*, París, Librairie académique Perrin, 2001; Ph. Artières, D. Kalifa et al., *Le dossier Bertrand, jeux d'histoire*, París, Ed. Manuella, 2008.

las versiones más filosas de esta herencia teórica. Los dilemas que para el estatus de la historia deparó la provocativa equiparación de Veyne entre narración histórica y literaria publicada en 1970 –que adelantaba en sus argumentos centrales el terremoto generado por el *Metahistory* de Hayden White (1973)– son restituidos plenamente.⁷ Naturalmente, la reconstrucción resiste la inmersión en la “tina ácida” del *lingüistic turn*. Que la historia se narra con los recursos de la literatura, dice Jablonka, es algo evidente, pero no algo que corresponda deplorar o esconder o reconocer defensivamente. En la perspectiva que se plantea aquí, la herencia de Veyne y de White debe recuperarse para una suerte de contraataque. Lejos de disculparse o de disimularlo, este rasgo de la historia constituiría una vía adicional de acceso a la verdad, una posibilidad creativa de la que hay que sacar partido. En estos tramos, *La historia es una literatura contemporánea* se lee como una respuesta visceral y desafiante a aquellas dudas epistemológicas.

No es sorprendente, en verdad, que la respuesta a los interdictos de la historia-ciencia y a las versiones más corrosivas del giro lingüístico provenga de un autor que se ubica en el centro de la más *escrita* de las historiografías. Esa colocación ha permitido, primero, desarrollar una sensibilidad, y sin duda ha acompañado su capacidad casi prodigiosa para formular diagnósticos en lenguaje a la vez preciso y creativo. Y también permite desarrollar un argumento que, a la vez que se presenta como “manifiesto”, se recuesta en los vastos recursos que provee una tradición donde el desdén por los programas de licuación del lenguaje histórico ha sido todo menos marginal. Si este libro está encontrando tantos lectores *a favor* –lectores que asienten silenciosamente, página tras página, y coinciden en tantos puntos– también es porque avanza en un terreno abonado, porque es libro-manifiesto a la vez que libro-heredero.

¿A quién se dirige, entonces, este llamado? ¿Y por qué sería un manifiesto? Quizá porque en Francia –como en la Argentina, como en tantas partes del mundo–, la producción histórica

⁷ Paul Veyne, *Comment on écrit l'histoire*, París, Seuil, 1970; Hayden White, *Metahistory, The Historical Imagination in Nineteenth-Century Europe*, Baltimore, The Johns Hopkins University Press, 1973.

está lejos de restringirse a sus exponentes más exquisitos. Las búsquedas expresivas han sido el patrimonio de grupos muy selectos: la mayoría de los que leen y escriben historia (y recordemos que Jablonka es también profesor) habitan mundos donde resulta más difícil encontrar un reconocimiento de los problemas que aborda este libro.

Como los contextos de sentido de este argumento son enunciados de modo genérico –mandatos de homogeneización, rutinización expresiva, desdén por los lectores– su contenido puede proyectarse a encarnaciones particulares del proceso de profesionalización de la historia, que tiene escala internacional. En nuestro medio, la lectura de los tramos en clave manifiesto funcionará forzosamente sobre el telón de fondo de las discusiones en torno de los efectos de esa razón profesional más “dura”, que ha impuesto un régimen de producción medido en cantidad de ponencias presentadas, cantidad de artículos en revistas indexadas, indicadores numéricos de citas de esos artículos y demás variables cuantitativas.

“Me encanta la regla que corrige la emoción”: la expresión de Georges Braque asoma en un epígrafe (p. 261), encabezando el capítulo sobre las coacciones estéticas y expresivas de la historia. En un libro que a primera vista podría tomarse por una rebelión romántica contra las asfixiantes imposiciones de la profesión, es elocuente esta toma de distancia de cualquier llamado a la pura libertad estilística –otro freno al impulso inicial, podría decirse, que habla de la experiencia del Jablonka-escritor–. Tal como aparece formulada, *la regla que libera* funciona como otra dimensión del deseado encuentro entre historia y literatura: en vez de ver esa regla como pura obstrucción, se argumenta, hay que volverla a favor, aprovechar las prohibiciones que permiten identificar rumbos posibles con mayor comodidad. Así pensados, los requisitos que imponen las revistas académicas (el formato que hoy abre y cierra las puertas de la profesión) también podrían ser considerados en sus márgenes creativos, que son mayores de lo que habitualmente se dice. En lugar de abandonar las reglas de escritura de la disciplina, la invitación va en el sentido de la reflexión crítica sobre ellas, para probar sus posibilidades, para buscar *allí* los márgenes de movimiento e invención. Pues acaso tan nocivo como la rigidez de los formatos prevalecientes haya sido su aceptación innecesariamente dócil, la adaptación ansiosa a

un corsé definido exclusivamente en términos de sus prohibiciones.

Sabemos que la debilidad expresiva de la historia no está hecha solo de sumisión, sino también del descuido y del apuro. Es decir: de esa presión sistémica que ha aumentado los incentivos para pasar al próximo texto hasta hacerlos prevalecer sobre los que premian el cuidado del texto entre manos (y más que el no-texto, su producto sería el texto a medias). En ese régimen se inscribe la labor de la mayoría de los historiadores, también sabemos, y en especial la de esas numerosísimas nuevas generaciones que han accedido a un oficio con reglas de producción más codificadas que nunca.

Por supuesto, no todos en este amplio contingente quieren (o pueden) escribir, en el sentido fuerte que propone Jablonka. Por eso cabe hacerse la pregunta inversa a la que plantea este libro: ¿hasta dónde puede y debe llegar el compromiso narrativo de los historiadores que no necesariamente se sienten *autores*, aquellos para quienes la escritura debe ser un instrumento eficaz para comunicar sus argumentos, pero que no abrigan expectativas creativas más allá de esa función?

La lectura de este llamado a recuperar la escritura admite al menos dos entradas. Por un lado, hay un llamado a la toma de conciencia por los historiadores *todos* en relación al lugar de la escritura en su repertorio de destrezas, un llamado que vale tanto para quienes cultivan las áreas temáticas más “escritas” (historia política, intelectual o cultural, por ejemplo) como para quienes cultivan campos más afines a los estilos parcos y despojados. Por menos que se haya incursionado en el oficio, es evidente de inmediato que el texto de la historia es más que el mero envoltorio de otra cosa. Y por menos que se atienda a la cuestión, la forma final de ese texto será siempre el resultado de una infinidad de micro-decisiones. El adversario principal de quien escribe no es tanto el rigor represivo que llevaría al no-texto como la multiplicación del texto adormecido, inconsciente de su condición. Todos los temas –incluso los más austeros, y quizás especialmente los más austeros– requieren asumir la responsabilidad de *alguna* escritura. Pensemos en la prosa de E. P. Thompson, por ejemplo, en la fuerza expresiva de esta obra universalmente admirada en nuestra historiografía. Pocos han sido más conscientes que él, gran lector de William Blake, de la diferencia que hace la *voz*

que narra ese pasado, una diferencia que es estética, afectiva, y también política. La atención a la escritura no tiene por qué limitarse a los campos temáticos más “letrados”, ni conduce necesariamente a prosas “bellas” en sentido convencional. Por el contrario, la escritura consciente de sí, deliberada en lo que acepta y lo que excluye de su repertorio, permite que esa infinidad de micro-decisiones se aleje de automatismos y lugares comunes. Y no hay tema que no se beneficie de ese ejercicio.

Esta lectura “de mínima” se desprende casi naturalmente en el contexto actual de producción de la investigación histórica. Pero el llamado principal, claro está, es mucho más ambicioso que un esfuerzo de calidad. Y en la medida en que invita a reconsiderar los límites del género histórico académico –a repensar las formas de la historia– traza un horizonte para quienes buscan efectivamente *escribir más* lo que ya escriben. En cierto sentido, es una propuesta muy de nuestro tiempo, y no solamente porque será leída como reacción a un estado de cosas que ha alcanzado un límite evidente; también lo es porque se monta sobre la certeza de que el estatus disciplinar tan arduamente obtenido ya está consolidado, y por eso el uso franco de las posibilidades narrativas de la historia en nada implican una renuncia a esa condición. El lugar de la disciplina es inexpugnable, sus reglas de validación inamovibles: gracias a eso, renovación creativa y reencuentro con lectores del común pueden transcurrir, tranquilamente, dentro de la misma economía de verdad.

Tal como la imagina Jablonka, esa empresa llevaría por los caminos del *non-fiction* que él mismo ha transitado con tanta fortuna. En otras palabras, la exploración de nuevas escrituras del saber consiste, esencialmente, en la aneja controlada de recursos de la ficción. Tampoco faltan antecedentes, claro, pues desde Walsh y Capote las escrituras de lo real han encontrado

cultores en el mundo de la literatura, el periodismo y, sí, en el de las ciencias sociales. (Pensemos en el gran libro de Didier Eribon, *Regreso a Reims*, donde autobiografía y teoría sociológica se entrelazan y completan en un producto a la vez desgarrador y esclarecedor.)⁸ Ninguna de las posibilidades que abre esta amplia paleta es contemplada con más detenimiento que el horizonte de liberación del interdicto de la primera persona: la identificación de sus falsas modestias y del borramiento de responsabilidades está entre lo más agudo de este diagnóstico.

Como es evidente, no todos en el mundo académico estarán interesados en experimentar a tal punto, o de esa manera. Ni tienen por qué hacerlo. Este segundo llamado, el que procura conectar la historia con el ecléctico torrente de escrituras de lo real, es más limitado en sus destinatarios. Pero en esa invitación hay un fondo que toca el compromiso con el producto de este oficio, que sí puede extenderse a los muchos que hoy escriben (escribimos) la historia. “Lo importante es dejar de avergonzarse”, dice Jablonka al comienzo de su recorrido (p. 23). Y dice al final: “Investigador, no tengas miedo de tu herida. Escribe el libro de tu vida, el que te ayude a comprender quién eres” (p. 291). La desnudez de la interpelación (que es casi un grito) desestabiliza los códigos de ese mundo donde circunspección y distancia emotiva son actitudes mucho más cotizadas que el reconocimiento de la pasión, aun la más controlada. La recuperación de la escritura contiene otra invitación, entonces, que toca el ámbito del deseo como motor de la investigación del pasado. Y quién podrá decir que la lectura de esas líneas no nos hace asentir también con la cabeza. □

⁸ Didier Eribon, *Regreso a Reims*, Buenos Aires, Libros del Zorzal, 2000.

*Impresiones de lectura**

Renato Ortiz
UNICAMP, Brasil

Años atrás (así comienzan las historias que nos remiten a un tiempo indeterminado), fuimos a almorzar con mi amigo Carlos Altamirano. Él había ido a San Pablo para asistir a un encuentro académico y me llamó por teléfono. Pasamos primero por la librería Cultura para ver libros y allí le conté mis planes de viaje a Florencia. Cuando nos sentamos en el restaurante, y antes de elegir el menú, me dijo: “Contame en tres minutos qué vas a hacer en Italia”. Le expliqué que había terminado de escribir un libro, estaba sin inspiración y había pensado que visitando un país que no conocía demasiado se me podrían ocurrir, tal vez, algunas nuevas ideas. Al minuto y medio fui interrumpido: “Ya sé, como decía Starobinski utilizando un término del psicoanálisis, querés estimular la atención flotante”. Se refería al estado de embriaguez intelectual que nos acerca y nos aleja de la realidad. No conocía el concepto, si es que así podemos llamarlo, pero me resultó encantador. Cuando viajo y alguien me pregunta qué es lo que pienso hacer, contesto: alimentar mi “atención flotante”. El libro de Jablonka tiene la virtud de despertarla; nos hace reflexionar sobre la práctica inconsciente del propio trabajo intelectual. Es una obra escrita por un historiador, los ejemplos son de historiadores, las referencias, de historiadores, las citas, de historiadores. Sin embargo, el subtítulo del libro, “Manifiesto por las ciencias sociales”, vagamente ambicioso, nos invita a hacer una lectura que trascienda las fronteras entre disciplinas y retome un tema “clásico”: la relación entre literatura y ciencias sociales. Es interesante observar que las tradiciones intelectuales son distintas y adquieren coloraciones diferentes en función de los lugares en los que operan. En los países anglosajones se tiende a enfatizar el contraste entre ciencias “duras” y humanidades, o, como decía C. P. Snow, las “dos culturas” rivalizan y se ignoran. La historia intelectual francesa se basa en otros parámetros; Jablonka se inserta en la tradición de las “tres culturas” (como diría Lepennies): ciencia de la naturaleza, literatura y ciencias sociales (entre las que se incluye la historia).

* Traducción de Ada Solari.

Cada una de las fronteras delimita un territorio específico, cultiva su autonomía. Jablonka no se interesa tanto por la “solidez” de las ciencias de la naturaleza, ni es la historia o la sociología como discurso “científico” lo que despierta su atención. No se trata de descuidar este aspecto, que es ciertamente importante, pero su punto de partida es el foso que existe entre las ciencias sociales y la literatura, lo que en un largo capítulo llama “la gran separación”. Su posición es comprensible, y en mi opinión consistente, ya que no estamos a fines del siglo XIX, cuando las disciplinas de las humanidades necesitaban definirse en todo momento en contraposición con su alter ego: “La Ciencia” (en singular y en mayúscula). El grado de objetividad de este tipo de comprensión hoy ya está establecido en las disciplinas, las revistas académicas, los congresos, en fin, en un corpus de saber que se transmite institucionalmente de generación en generación. Eso no implica una relajación de la “vigilancia epistemológica”, o la afirmación del relativismo de los relatos, en el estilo de la perspectiva posmoderna (hoy en franca declinación). Simplemente, se constata la consolidación de un saber que se constituye entre las ciencias de la naturaleza y la literatura.

Ahora bien, ¿qué es lo que puede decir la reflexión sobre la literatura que resulte interesante para el historiador o para los científicos sociales? De las muchas páginas del libro tomo dos temas: la cuestión del realismo y la de la escritura. Por cierto, para el historiador la cuestión de la fidelidad respecto de lo real depende de un trabajo específico: el archivo. El analista parte de un material empírico específico que determina la orientación de la investigación. Su condición es semejante a la del etnólogo, que basa la explicación en una observación etnográfica preliminar, en el conocimiento detallado del modo de vida de una comunidad delimitada. Jablonka sabe que tal circunstancia inscribe a esas disciplinas dentro de una perspectiva que a menudo considera la dimensión empírica como el propio fundamento de la explicación. En este sentido, sería una especie de fotografía de lo real, lo que es por cierto un equívoco. El libro de Geertz *El antropólogo como autor* reflexiona justamente acerca de la supuesta coincidencia entre la descripción y lo real. Historia y antropología se ven obligadas, en realidad, a recortar el material empírico para “hablar” de un modo convincente sobre la vida

en sociedad. Creo que en el caso de la sociología también existe la tentación empírica, pero, a diferencia de las disciplinas anteriores, no hay una única referencia a lo real tan explícita ni tan predominante. Tal vez, y digo “tal vez”, para los sociólogos la idea de construcción del objeto se imponga con mayor facilidad, puesto que su tradición intelectual no ha sido construida a partir de dos determinaciones: el archivo o la observación participante. De cualquier modo, para todas esas disciplinas no se trata de traducir la realidad a través de una descripción realista. Todo trabajo intelectual es un recorte, una construcción, y es a través de él que los elementos de la realidad pueden ser comprendidos. Sin el recorte preliminar, lo que llamamos “real” sería ininteligible. Esto también vale para la literatura, en que los personajes y tipos son artificios para referirse a situaciones concretas. Cito un ejemplo (rápidamente mencionado en el libro) que siempre me ha interesado y que demuestra la conjunción relativa (y énfasis “relativa”) entre ciencias sociales y literatura. En su libro *Cinco familias*, Oscar Lewis parte de una investigación exhaustiva de la vida de esas familias. Tiene una pregunta que lo orienta: quiere entender lo que llama la “cultura de la pobreza” (un concepto bastante criticado en su época). Acumula una masa de datos, pero necesita hilvanarlos por medio de la aguja de que dispone: la pregunta. ¿Cómo hacerlo? ¿Qué artificio utilizar para narrar de manera convincente aquello que quiere demostrar? Como cualquier literato, él tiene que narrar, pero hay varias maneras de contar una “historia”. Lewis construye un día ficticio para cada familia. Es esa ficción lo que le permite ordenar los datos y convencer al lector de la situación de extrema pobreza en la que se encuentran sus personajes. El día imaginario es el recorte que “habla” de la situación concreta. ¿Es entonces literatura? Sí y no. Sí, en la medida en que emplea una artimaña habitual en los escritores de novelas: la construcción de los personajes; no, en la medida en que su trabajo se basa en una investigación anterior, detallada y extensa. Jablonka diría que los científicos sociales y los historiadores utilizan “ficciones de método” para desarrollar su razonamiento, y eso los distingue de la “ficción novelesca” de los escritores.

Por último, la escritura. Jablonka pretende tratarla en el marco de la tradición de las ciencias sociales, y de allí su interés por el relato o, si se

quiere, por el texto. Sin embargo, su abordaje enfrenta un dilema. Tradicionalmente, la idea de la construcción narrativa fue totalmente apartada de los intereses de los científicos sociales. A partir de la autonomización de las disciplinas a fines del siglo XIX, la antropología, la sociología y la historia determinan su independencia tomando como referencia el mundo de la ciencia. En este sentido, la literatura es, en la mejor de las hipótesis, un resto indeseable. Siempre se puede recordar que ciertos novelistas, y Balzac es el ícono de esa tendencia, contienen algo de realista, al punto de que sus personajes han sido considerados tipos ideales de análisis social. Pero la forma de presentarlos, esto es, la dimensión novelesca, debilitaría la credibilidad inicial. Texto y relato son dejados de lado a medida que el método y la investigación garantizarían, por sí solos, la fidelidad del análisis. Ahora bien, esto representa un cuadro del pasado. En el presente, la idea de relato (diría, y menos la de texto) reaparece con fuerza en los escritos de los posmodernos. Todo es relato. El problema es que desde esa perspectiva ella se vuelve “excesivamente” literaria, al punto de desfigurar la propia autonomía de las ciencias de la sociedad. Dicho de otro modo, cuando finalmente se admite que las ciencias sociales y la literatura tienen fronteras porosas, y no simplemente antagónicas, la distorsión narrativa invalida el propio movimiento de aproximación. Jablonka intenta así trabajar con equilibrio las particularidades de las ficciones de método y las ficciones novelescas. Se trata de integrar la dimensión narrativa sin ceder en las obligaciones que tiene un investigador. En verdad, los científicos sociales olvidan que el trabajo intelectual se realiza en el texto. Crean, de manera equivocada, que la escritura es un dato de la naturaleza, como si escribir consistiera, simplemente, en poner en el papel o en la pantalla de la computadora los datos de una investigación metodológicamente bien elaborada. En este sentido, el texto estaría fundado en la idea de neutralidad, sería un mero medio técnico para explicitar las ideas. Y es por ello que estos textos suelen estar escritos en tercera persona o en la primera del plural, como si fuese imprescindible ocultar la presencia del yo que los modela. Un ejemplo más actual (que el autor no estudia) es el de los “papers”, cuyo formato de planteo de los argumentos lleva a que estos sean cada vez más pobres y estereotipados.

La ilusión es que el formato estandarizado, que comparten los miembros de un mismo campo intelectual, garantizaría la veracidad de las cosas. Sartre, en su bello libro *¿Qué es la literatura?* (la parte sobre la literatura comprometida nos resulta hoy algo disonante), solía decir que la escritura es un acto de voluntad. Es necesario tomar conciencia de la página en blanco y desarrollar el pensamiento de una manera determinada o de otra. Quien escribe, elige, y opta por determinada forma de exposición. Es cierto que para la literatura la escritura es su “ser” (decía Barthes), lo que no ocurre en las

disciplinas de las humanidades (es necesario investigar, trabajar los conceptos, establecer un método de análisis). Pero hay varias cuestiones que acercan al cientista social a los escritores. Recuerdo a Italo Calvino y su bello libro *Seis propuestas para el próximo milenio*. En el capítulo acerca de la levedad dice que las palabras tienen peso, que es tarea del escritor hacerlas más leves. Los cientistas sociales enfrentan un problema similar; se ven obligados a utilizar los términos banales de una lengua pero sin sujetarlos al sentido común. Escribir es el arte de la precisión y de la levedad. □

Novedad, innovación y ganancia historiográfica

Ana Clarisa Agüero
UNC / CONICET

Entre 2015 y 2016 vieron la luz en la Argentina dos libros de Ivan Jablonka, representante de una generación intermedia de historiadores franceses y animador central del portal *La vie des idées*. Publicados en Francia entre 2012 y 2014, ambos libros se encuentran enlazados en su origen: el primero, la *Historia de los abuelos que no tuve*, constituye una experimentación de cierta ambición en torno de la biografía familiar; el segundo, *La historia es una literatura contemporánea. Manifiesto por las ciencias sociales*, despliega en registro académico los fundamentos conceptuales y metodológicos de esa incursión historiográfica. La noción de “Manifiesto” subraya la pretensión de la empresa de Jablonka; convendría, no obstante, dejarla en segundo plano, para mejor apreciar ambos trabajos. Salvarlos de la vocación rupturista y también del éxito francés que precedió a sus traducciones argentinas, para así considerar la propuesta historiográfica a la luz de los resultados y despejar las zonas en las que la novedad es menos que el indudable interés de un ángulo de visión o la perspectiva temporal ofrecida. Nada de eso se hace aquí exhaustivamente. Lo que sigue es apenas una lectura posible, cifrada en el juego entre voluntad de innovación y ganancia historiográfica y acaso amparada en cierta libertad de la periferia; no la de rehuir la rigurosidad o la experimentación, sino la de

reparar en diálogos no establecidos o ausencias sensibles, tal como pueden aparecerse a un lector menos informado por los varios, y a veces contrastantes, cedazos parisinos.

La historia como literatura contemporánea

A pesar de haber sido publicado en segundo término, conviene comenzar por *La historia es una literatura contemporánea*, texto que intenta fundamentar y condensar un programa historiográfico que Ivan Jablonka identifica especialmente con el libro dedicado a la historia de sus abuelos.¹ Es la pretensión de renovar las ciencias sociales a través de un reencuentro productivo con la literatura lo que sostiene la vocación inaugural de este trabajo, subrayada por la noción de “Manifiesto”. Un paso más allá de los ya lejanos debates en torno al carácter narrativo (o no) de la historia y a los elementos que permitirían distinguirla (o no) de la literatura, Jablonka se interroga así respecto de la posibilidad de una renovación escrituraria de historia y ciencias sociales, de una *escritura de lo real* que las comprenda y de producir textos que sean, a la vez, literatura y ciencias sociales. Las respuestas, dadas en forma de programa, vienen en parte balizadas por los

¹ Como señala Lila Caimari en esta misma sección, luego vendrían otros. Se omiten aquí ciertas precisiones respecto de *La historia es una literatura contemporánea*, muy bien marcadas por su intervención.

supuestos de partida: la historia es *una literatura* (y el historiador un *escritor*), aunque sujeta a condicionamientos específicos; la *literatura* excede la escritura de ficción, comprendiendo tanto la tragedia/poesía cuanto la oratoria, el panegírico antiguo o sus sucedáneos; y la historia participa de las ciencias sociales, lo que haría extensiva a la sociología o la antropología la validez de ciertas conclusiones. Con todo, el mirador es fundamentalmente el de la historia, que es la que más páginas consume, la que domina el índice y la que más lecciones podría extraer del recorrido.

Compuesto en tres partes, ese recorrido incluye una aproximación histórica a la relación entre historia y literatura, una consideración epistemológico-metodológica de la historia y la señalada instancia programática. “La gran separación” busca establecer los cambiantes términos de la relación historia-literatura desde la antigüedad hasta el siglo XIX, cuando la hegemonía de la novela (en especial naturalista y realista) y la emergencia de la historia metódica condujeron a una cesura bastante definitiva, tensada por las pretensiones de ambas de escudriñar el mundo. De esa disociación respecto de las *bellas letras* provendría el lugar incierto de la historia, volcada a unas ciencias que no la contienen y partícipe, por ello, al igual que la sociología y la antropología, de esa “tercera cultura” sugerida por Lepenies.

“El razonamiento histórico”, por su parte, busca poner de relieve una especificidad que distinguiría a la historia de otras prácticas de escritura, colocándola en una específica relación con la verdad (de búsqueda, de horizonte último), distante del *efecto de realidad* y del ideal de *verosimilitud* caros a la ficción. Poniendo en el centro la dimensión escrituraria, Jablonka revisa aquí algunas marcas procedimentales antes atendidas por figuras como Michel de Certeau o Roger Chartier, al tiempo que releva las formas efectivas en las que, pese a todo, la historia invoca la ficción: las *ficciones de método* (hipótesis, ejercicios contrafácticos, procedimientos narrativos, etc.) a través de las cuales la historia abona su propia empresa cognitiva (no mimética, provisoria, conjetural y orientada a la verdad).

En “Literatura y ciencias sociales” Jablonka despliega su manifiesto/programa: un tipo de relación entre historia y literatura que, partiendo de la condición literaria de la historia, asuma la

escritura como empresa cognitiva y estética y se nutra conscientemente de los innumerables recursos que las diversas formas narrativas, argumentativas y expresivas proveen. Desde esta perspectiva, no se trata de un vínculo que pase por la *buena pluma* del historiador/escritor, sino del esfuerzo por hacer de la escritura un momento de la empresa cognitiva: como medio *en y a través del cual* se despliega un *razonamiento histórico*. La postulación de un *texto-investigación* y una *literatura-verdad* como horizonte proviene de allí. En tanto programática, la cuestión tiene varias aristas ya que, si constituye una evidente reválida experimental de la historia (que puede transitar diversos géneros, jugar con las temporalidades y los ritmos, escoger formas evolutivas o regresivas de narración, etc.), sin duda dialoga también con una inquietud de otro orden: la cuestión del público, la posibilidad cierta de desarrollar una historia a la vez rigurosa y atractiva, capaz de vulnerar una escritura para pares.

La contemporaneidad de lo no contemporáneo

La historia es una literatura contemporánea es un libro, a la vez, erudito y ameno, atractivo e informado. Más que en su originalidad, su mayor fortaleza reside en el modo de construir la relación literatura e historia como problema, en la calidad de la retrospectiva y en la detallada revista de las múltiples vías de diálogo abiertas entre literatura e historia (o ciencias sociales): de la novela a los reportajes de cierta densidad, de los libros de viaje a las autobiografías. Frente a esos puntos fuertes, es la voluntad de ruptura, anclada en la tercera parte y propuesta como clave general del libro, la que más inquietud produce: porque las innovaciones tienen mucho de retornos, porque ciertas proposiciones acusan el peso de un modo más general de digestión histórica, y porque ciertas vías en particular (comenzando por el aliento a abrazar el *yo* historiador) parecen menos prometedoras cuando el programa se piensa junto a sus productos.

Si con algo podría identificarse el esfuerzo escriturario cifrado, a la vez, en una voluntad cognitiva y una vocación expresiva y comunicativa, es con los microhistoriadores italianos. Por lo demás, la propuesta experimental es en ellos tan abierta como la preocupación por el público. Jacques Revel consideró muy

puntualmente el asunto en un texto que tiene ya ciertos años, en el que distinguió la escritura de Carlo Ginzburg y Giovanni Levi, entre otros, en su asimilación a ciertos modelos literarios (policíal, judicial, la escritura *en abismo*, etc.) pero también en su específica pretensión cognitiva:

En esta evolución los microhistoriadores desempeñan un rol central porque consideran que una elección narrativa concierne a la experimentación histórica tanto como a los procedimientos de investigación en sí mismos [...] La invención de un modo de exposición no induce solamente efectos de conocimiento. Ella contribuye explícitamente a la producción de un cierto tipo de inteligibilidad en condiciones experimentales definidas.²

Ginzburg, considerado en *La historia...* entre quienes intentaron rebatir los ataques narrativistas a la disciplina, se desdibuja en ese otro plano; y sin embargo, *El queso y los gusanos* o *La herencia inmaterial* son antecedentes del tipo de texto-investigación que señala Jablonka.³ Ejercicios efectivos de historiografía experimental, no exentos ni de pretensión epistemológica, ni de tensión literaria, ni de preocupación por el público. Todos, también, entrenados en la elección que Jablonka defiende en el libro sobre sus abuelos: un modo de exposición que explicita el curso del razonamiento y de la indagación (lo que llevó a Giovanni Levi a hablar de una “escritura analógica”, que es tanto *sobre* el objeto cuanto *del* método).

En este sentido, al menos, la inquietud no parece exclusiva de una generación ni de una escena. Es, precisamente, parte de las cuestiones respecto de las cuales la disciplina ha acumulado búsquedas y salidas muy valiosas en los últimos cuarenta años. La novedad parece acentuarse en otro sitio, acaso el lugar deliberadamente

defendido para el yo del historiador. Pero incluso eso, que parecería una marca muy actual, sugiere la gravitación de un cuadro de conjunto que ha sido muy considerado. Un régimen de historicidad en que ciertas generaciones se vieron envueltas de repente y otras se formaron por completo. Es decir, cuestiones en común, contemporáneas en ese sentido, pero también momentos diferentes, más o menos signados por la sensación de continuidad o ruptura.

La historia de los abuelos

La Historia de los abuelos que no tuvo constituye un ejercicio del tipo de *texto-investigación* o *historia creativa* promovido por Jablonka, dado en el registro de una biografía familiar que plantea desafíos adicionales: es, intenta ser, la historia de sus abuelos, jóvenes judíos, antes comunistas y entonces previsibles resistentes, asesinados en Auschwitz. La materia de esta historia es así una cuestión que anuda otras que no son forzosamente su tema: la experiencia, el trauma, la memoria. Bien llevada en muchos puntos, conmovedora siempre, esta historia es por ello alternativamente lacerante, tierna, terrible. Y, sin duda, también se aprende de ella.

Como parte del señalado intento programático, esta historia despliega sus cuestiones, narra las alternativas de la búsqueda y expone incluso los criterios de construcción de las series documentales. Un archivo disperso y exíguo, producto de la clandestinidad y la diáspora, junto a los viajes de rescate y las entrevistas; otros archivos insolentemente sistemáticos, como los de la Seguridad Nacional; calles y edificios contemporáneos, en los que se ejercita el arte de aprender a mirar con sutileza y discernir lo que estaba de lo que fue arrancado, torcido, sobreimpreso por la historia.

Si se pone en suspenso lo que esta historia impide suspender, su propia tragicidad y su permanente urgencia, el ejercicio no es nuevo; como se dijo, estaba de manera abierta al menos entre los microhistoriadores: la escritura *analógica* mencionada por Levi apuntaba tanto a la relevancia de volver constantemente sobre el procedimiento como de hacer partícipe al público del proceso de investigación. A la vez, la inquietud por el público, en la que la insistencia de Ginzburg fue central, llamaba a ejercitar una historia que fuese capaz de torcer la balanza más

² Jacques Revel, “Microanálisis y construcción de lo social”, en *Un momento historiográfico. Trece ensayos de historia social*, Buenos Aires, Manantial, 2005, p. 60. Revel subraya además que fueron viejos géneros, como la biografía, los que primero se prestaron al ejercicio experimental.

³ Carlo Ginzburg, *El queso y los gusanos. El cosmos según un molinero del siglo XVI*, Barcelona, Muchnik, 1981; Giovanni Levi, *La herencia inmaterial. La historia de un exorcista piamontés del siglo XVII*, Madrid, Nerea, 1990.

del lado de los 500.000 que de los 50 lectores, pese a las furias de Ruggiero Romano.⁴ Lo que no estuvo en esos historiadores fue, en cambio, el deseo de hacer la historia de una tragedia que conocían tan bien, respecto de la que ocupaban un lugar análogo al padre de Jablonka; exceptuadas ciertas intervenciones contemporáneas, fugaron hacia los anónimos –y no– de los siglos XVI y XVII, desplazaron allí su esfuerzo empático y enfrentaron otro tipo de escasez documental y de lagunas, distancia que no deja de ser sugerente.

Qué hacer con el yo

Entre otras cosas, *La historia es una literatura contemporánea* convoca a asumir el yo del historiador en la práctica disciplinar: en lugar de neutralizarlo, en busca de un tipo de objetividad imposible, ponerlo a jugar en la historia, atender sus condicionamientos y motivaciones, reivindicar su sensibilidad y potencialidad. Ofreciendo un nuevo estatuto al demiurgo, quizá Jablonka introduce uno de los elementos de mayor originalidad respecto de sus antecedentes, pero de máxima comunidad respecto de otros fenómenos contemporáneos (como sugieren las últimas dos décadas de cine documental, en gran parte dominado por la ficcionalización de la búsqueda del director, ocasionalmente proyectado en algún *alter ego*).

En tal sentido, la propuesta se aleja del propósito abierto de los ensayos de *ego-historia* promovidos por Pierre Nora en los años ochenta, cuyo origen este considera vinculado al del proyecto sobre los *lugares de memoria* y motivado por las mismas razones: la intuición, favorecida por las armas del historiador pero promovida por una situación generacional, de que luego de la guerra un nuevo *régimen de historicidad* se había impuesto, que este estaba dominado por el presente y, precisamente por

⁴ En contraste con la atención prestada a los italianos, y a *El queso y los gusanos* en particular, por Fernand Braudel, Romano cedería al exabrupto: “Que el micropensamiento historiográfico de Carlo Ginzburg ambicione un millón de lectores, no sorprende. Desagrada que Giovanni Levi, historiador de estirpe, se oriente hacia el medio millón”. Ruggiero Romano, *Braudel y nosotros. Reflexiones sobre la cultura histórica de nuestro tiempo*, México, Fondo de Cultura Económica, 1999, p. 104.

ello, reservaba un sitio nuevo a la memoria.⁵ Según la mirada retrospectiva de Nora, había más que casualidad en la coexistencia de sus propias iniciativas editoriales e historiográficas y las diversas formas de retorno del sujeto o de la cuestión nacional. Pero de la biografía o la autobiografía canónicas a la *ego-historia* mediaba precisamente el desafío de lanzar sobre la propia vida las armas de la disciplina, buscando experimentar en torno al más completo de los archivos posibles y someter a ese yo a las mismas exigencias que al resto. Algo que, bien visto, puede ser muy distinto que deslizar el yo del historiador al corazón de la historia de los otros.

Porque la *Historia de los abuelos que no tuve*, que hace de esa historia su objeto, tiene por punto de partida la falta del historiador, protagonista principal del primer capítulo (el comienzo de la búsqueda, el viaje al *shtetl* polaco, las emociones confusas a que da lugar, la verdadera razón de esa historia) y figura central, como investigador/nieto, de todos los que siguen. Colocada bajo el signo de la experimentación, como muchas de sus predecesoras, el camino elegido por esta historia no merece *a priori* más reparos ni obliga a otros parámetros que ellas. En todo caso, cumplidos con creces los objetivos de cualquier historia de cierta calidad, la cuestión es si esta ofrece, además, nuevos ángulos de comprensión, si ilumina nuevas zonas de historicidad. Por momentos, ese logro es indiscutible; en otros menos, y lo más interesante parece asomar en el sustrato de la propia práctica historiadora. En términos de ganancia de conocimiento, nada parece recomendar más este tipo de experimentación que otros, no obstante lo cual el ejercicio es estimulante a muchos niveles. Más que el convite de la novedad, retengamos eso.

Historia con H e historia con h

En un pasaje de la *Historia de los abuelos que no tuve*, se lee:

⁵ Pierre Nora, “L’ego histoire est-elle possible?”, *Historiein*, vol. 3, Atenas, 2001. Una consideración del problema en otra duración en François Hartog, *Regímenes de historicidad. Presentismo y experiencias del tiempo*, México, UIA, 1997, en especial cap. 4.

La distinción entre nuestras historias de familia y lo que quiere denominarse Historia, con su pomposa mayúscula, no tiene sentido. En rigor de verdad es lo mismo. No están, por un lado, los grandes de este mundo, con sus cetros y sus intervenciones televisadas y, por el otro, el vaivén de la vida cotidiana, las iras y las esperanzas sin porvenir, las lágrimas anónimas... (p. 156).

Como el pasaje es a la vez enfatizado por la edición, que lo reitera en la contratapa, es probable que no haya que sobreestimar su protagonismo analítico, y que deba leerse, ante todo, como parte de ese llamado concertado a un público más vasto. Sin embargo, la voluntad de disolver esa jerarquía algo anacrónica aparece también en otros sitios, como si no hubiera estado antes en el corazón del proyecto de los *Annales* o marcado sucesivas oleadas de atención a las multitudes anónimas, los sectores subalternos, los obreros silenciosos, a lo largo del siglo XX.

La impresión de que hay allí un llamado paralelo se agudiza al considerar que, en este caso, la distinción se opera menos entre los individuos del poder y los del llano que entre una historia cifrada en los primeros (suerte de arcaísmo) y otra ceñida a la vida individual o familiar, a las emociones y la subjetividad del historiador o del lector. La complicidad parece buscarse más en el giro subjetivo general que en la proposición de un descentramiento fundado en algún tipo de razón política o disciplinar.

Los días que siguen a la dramática entrada alemana a través del Mosa y el Sedán, en 1940, son los que llevan a Mates –*ostjuden* clandestino en París, enrolado voluntariamente en los ejércitos franceses– al frente de guerra. El desastre se abate sobre Francia, como amargamente reconsidera Marc Bloch, valeroso voluntario en los estados mayores.⁶ Colocado en el centro de los acontecimientos, Bloch renuncia a hacer una historia de esa guerra (p. 57), pero desea ardentemente dar testimonio de lo allí vivido y exponer su juicio sobre esa lamentable campaña que ha abierto a Hitler las puertas de su país: la derrota francesa, se lee, debe interpretarse

ante todo como una apabullante victoria intelectual alemana; la responsabilidad inexcusable es de los altos mandos, que pretenden librar en 1940 la misma guerra que en 1914, y estos no hacen sino expresar la crisis de la sociedad francesa. Como Bloch no puede sino ver todo con su enorme penetración de historiador (las velocidades y las distancias, los aprovisionamientos y las líneas de defensa), esa es al cabo su hipótesis.

Por momentos, el movimiento es casi inverso al de Jablonka, no solo porque va de la experiencia de primer grado y el testimonio a la historia, por mucho que la disciplina marque el modo de comprensión, sino también porque la escritura se justifica en una urgencia colectiva, que es donde se verifica el rostro amenazante del futuro (es el mismo grupo social que produjo a aquellos altos mandos el que se desintegra). Como se sabe, Bloch podía todavía querer morir por la patria. Es claro que para él no hay historia con mayúsculas e historia con minúsculas, pero el desmantelamiento de esas jerarquías, entonces muy activas dentro y fuera de la disciplina, bebe de fuentes muy distintas. Testimonio extraordinario, construido en circunstancias críticas pero con armas de historiador, *La extraña derrota* no declina explicitar cuáles son los ojos que ven y desde dónde lo hacen:

Escribir sobre historia y enseñarla: ése es, desde hará poco treinta y cuatro años, mi oficio”; “Soy judío, no por una religión que no practico, sino por nacimiento. No me enorgullezco ni avergüenzo de ello [...] Sólo reivindico mi origen en un caso: frente a un antisemita”; “por último, Francia, el país del que algunos estarían dispuestos a conspirar para expulsarme ahora y quizá (¿quién sabe?) lo consigan, será siempre, pase lo que pase, la patria de la que no podría desarraigar mi corazón [...] sólo respiro bien bajo su cielo y, por mi parte, he tratado de defenderla con todas mis fuerzas (pp. 29 a 32).

Ciertamente, no hay Historia vs. historia, pero podría concederse que esta idea participa de una larga acumulación. Y sin duda la escritura de la historia puede ser, con ganancia, el desplegarse de un cierto tipo de razonamiento, por eso muchos predecesores marcaron con la misma voluntad incluso textos que participaban de otros géneros. Exponer el yo del historiador, no

⁶ Marc Bloch, *La extraña derrota. Testimonio escrito en 1940*, Barcelona, Crítica, 2009.

escamotearlo en beneficio de una presunta objetividad, no parece patrimonio de alguna generación de historiadores, aunque no configure el cuadro dominante. Y, como se ve, tanto la conmoción inicial como la capacidad de conmover tienen vasto linaje entre los historiadores. Bloch, el que denuncia la desafortunada y trágica disposición de un ejército, el que observa y escudriña los rostros y los comportamientos de soldados y mandos, es también el que intenta transmitir el efecto aterrador del silbido de los aviones o el impacto devastador de la conciencia de ciertos yerros militares. Su testimonio no es, y a la vez sí es, una historia; una historia en primera persona, negada y realizada, que debió ser por mucho tiempo un modo avanzado de pensar la Campaña del Norte, como concedería Febvre.

La tragedia es de ellos

La *Historia de los abuelos que no tuvo* comienza con las primeras alternativas de la búsqueda del nieto/historiador, deliberado narrador y protagonista de este ejercicio de *literatura-verdad*. El presente, la falta, el oficio, lo impulsan a Parzew, Polonia, el pueblo de sus abuelos y de muchos otros judíos, vaciado de ellos por las persecuciones y las masacres. ¿Debía o no escribirse una historia tan próxima? Sin duda, entrado el nuevo siglo muchas cosas en el mundo y en la disciplina obraban para que eso pareciera posible, incluso deseable. A la vez, los términos en que esa proximidad se establece resultan altamente sugerentes para pensar este libro de dos modos, simétricamente inversos al de Bloch: como lo que se presenta, la historia de Mates e Idesa (y a través de ellos de la Europa de los años treinta y cuarenta) y como testimonio involuntario de un estado de cosas contemporáneo, sobre el que gravita onerosamente un cierto régimen de historicidad.

Tragedia universal en tanto daño irreparable a la humanidad, la tragedia peculiar de la vejación y el exterminio fue de ellos. Como lo fue del hijo la de haber sido arrancado de los suyos, salvado, escondido y criado por diversos *justos*, en un grado también intransferible. Dado el extraordinario relevamiento realizado por Jablonka, y su manera inteligente de tratar testimonios muy diversos, ¿qué viene a añadir a esta historia, que podría desplegarse de muchas

maneras igualmente efectivas, la perspectiva del nieto, cuya carencia se ofrece como el punto cero del relato?

La cuestión puede sugerir un prurito a derribar, pero podrían señalarse muchos pasajes en que ese protagonismo roza la intrusión, en detrimento de la historicidad de Mates e Idesa. Luego de una prodigiosa reconstrucción de las diversas estaciones de sus vidas, desde su *shetl* polaco a Auschwitz, pasando por una complejísima París, Jablonka intenta recrear las últimas y previsiblemente amargas reflexiones del abuelo, ante una muerte segura en el campo:

El alma quebrada de Mates se va progresivamente. La revolución en Polonia, la sociedad sin clases, el fin de la opresión, ¡qué farsa! Sus ilusiones se fueron desvaneciendo unas tras otras, como abscesos. Su vida es un fracaso continuo, para morir de risa (p. 339).

No es la novedad del recurso lo que inquieta, es la sensación de que a veces hace menos que poner en primer plano las alternativas del drama de los abuelos y demasiado más que sugerir a la comprensión el abanico de posibilidades abiertas.

Jablonka apunta en varias ocasiones que no tiene certeza respecto de la desvinculación de Mates del comunismo ni sobre su articulación a la Resistencia. Hay, no obstante, muchos indicios de que ambas cosas pudieron haber tenido lugar. Lo “quebrado” de su alma remite, a la vez, a una cuestión urticante que Jablonka sí llega a determinar, la integración de su abuelo, como de gran parte de los hombres jóvenes que llegaban a Auschwitz, al *Sonderkommando*, el equipo que asumía las tareas prácticas de esa industria de la muerte en plena modernización: recoger los cuerpos de las cámaras, trasladarlos, quemarlos. Dada la complejidad moral y política de la cuestión, que involucra tanto el papel cumplido como las previsibles ventajas ligadas a esa posición en la cotidianeidad del campo, y dados los juicios cruzados durante décadas al respecto, ese descubrimiento del historiador abre una zona de extremo interés, porque su expectativa emotiva se encuentra con algo que no esperaba, ni deseaba. A la vez, de algunos de esos comandos, en los que no parecen haber faltado otros antiguos militantes, surgieron varias revueltas frustradas en vísperas de la liberación, lo que lleva y trae sentimientos respecto de la

figura. Idesa, que probablemente haya llegado herida al campo y sido enviada directamente a la cámara de gas, no plantea esta ambigüedad.

En todo caso, se sabe más de las vidas de ambos antes del campo que en él, y ese saber, que permite reconocer en ellos una cierta mirada política del mundo, no es forzosamente compatible con aquello que según Jablonka pudo haber ocupado la mente de Mates en una situación tan extrema. Lo es más, en cambio, con el modo en que el historiador se autositúa: “soy un investigador parisino, un social-demócrata, casi un burgués [...] Mi franco-judaísmo asimilado contra su judeo-bolchevismo resplandeciente” (p. 346). En esta zona incierta, en que la explicitación del *yo* no compensa la estilización de los otros, la intervención ocasional de un hermano de Mates ilumina. Ante una queja banal de otro de ellos, lo censura: “Mates fue el de la vida difícil, no tú” (p. 340).

El punto interesa porque recuerda enfáticamente el espesor de la experiencia de los otros más allá de nuestras propias emociones y motivaciones. Esa tragedia es y no es la nuestra, al menos reconocidas las diversas experiencias que de ella pudieron tenerse y admitido que nuestra participación en el trauma viene modulada por ellas. En el momento que interesa a esta historia, que llega hasta la muerte de los abuelos, la tragedia es indiscutiblemente la suya, que se ha impreso de otro modo, aunque para siempre, en la vida de los hijos. Para los que

sigan, la cuestión revestirá otras formas, ligadas a una peculiar experiencia generacional pero también a la configuración de aquella experiencia umbral como experiencia *histórica*.⁷ No hay muchas dudas de que esto se precisa y refuerza por el despliegue simultáneo de memorias de mayor o menor amplitud (judías, partisanas, de la resistencia), sujetas a su propia dinámica de transmisión y encadenamiento generacional.⁸ Es atento a estas cuestiones que el libro puede leerse también como testimonio de fenómenos muy generales y significativos, ofreciendo sin buscarlo varias otras cosas: un escorzo del encadenamiento de generaciones en la elaboración de una experiencia en tanto *experiencia histórica*; un ejemplo discreto, a escala familiar, de las complejidades de transmisión de una *memoria* (la memoria del holocausto o cierta memoria judía, laica y de izquierdas); una muestra inquietante de las restricciones planteadas por el régimen de historicidad dominante, aun a los intentos más advertidos de posar hondamente la curiosidad en la experiencia de los otros. □

⁷ Reinhart Koselleck, “Mutation de l’expérience et changement de méthode. Esquisse historique-anthropologique”, en *L’expérience de l’histoire*, París, Gallimard/Éditions du Seuil, 1997.

⁸ Yosef Yerushalmi, “Reflexiones sobre el olvido”, en Y. Yerushalmi y otros, *Usos del olvido*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1989.

Reseñas



Prismas

Revista de historia intelectual
Nº 21 / 2017

Lila Caimari,

La vida en el archivo. Goces, tedios y desvíos en el oficio de la historia,

Buenos Aires, Siglo XXI, 2017, 144 páginas

Autora de tres libros sobre la cuestión criminal,¹ entre otros trabajos en relación con aspectos diversos de la historia social y cultural argentina, Lila Caimari es historiadora, investigadora del CONICET, docente y coordinadora durante quince años de esos espacios germinativos para la investigación como son los talleres de tesis. En 2007, en un *dossier* de esta misma revista destinado a reflexionar sobre el estado actual de la historia intelectual, Caimari advertía sobre “la nueva relación del historiador social con un archivo de documentos ‘culturales’, que ha activado una cornucopia de discursos e imágenes para abordar problemas nacidos en fuentes de naturaleza diferente”: una *dimensión cultural* que acompaña, redefine, amplía y enriquece el archivo, cuando se produce una integración de los diversos niveles de análisis.²

Esas y otras actividades, experiencias y reflexiones están, de algún modo,

contenidas en *La vida en el archivo*: “Nada de todo esto es nuevo, se dirá con razón. En la charla pequeña e informal de la historia, la queja del archivo es cosa de todos los días, como lo son sus avatares (el hallazgo, la frustración, la estrategia de acceso). Pero esa cualidad artesanal –esa cualidad *vital*– suele ser borrada en el pasaje a la fase escrita” (p. 18). El libro está hecho, así, de aquello que subyace bajo las certezas del texto de investigación histórica: las eventualidades y los descubrimientos, las operaciones de selección, organización e interpretación, la aleación de los materiales, el acopio y la renuncia que quedan ocultos en la construcción final del relato histórico.

El de Caimari es un texto sobre aquello que ocurre antes de un texto; una invitación a leer las propias prácticas. La experiencia del archivo es la de la composición por capas sedimentarias, ocultas y subterráneas; toda esa aspereza que yace debajo de la superficie *tersa* del texto. Como diría Foucault, en el comienzo histórico de las cosas está el disparate. Si el texto es la letra, el archivo son los días del autor. Y el historiador, una suerte de sastre o, mejor, de costurera que sabe hacer con lo que hay. No es de los problemas técnicos del archivo que se ocupa Caimari, tampoco estrictamente de los políticos

que supone la preservación; aunque también sea de eso. Sino de los azares, los goces y los padecimientos, de las impurezas y las transformaciones que se experimentan en el trabajo diario con los materiales.

Y hay que decir que la mención a Foucault no es aleatoria. Foucault, también Michel de Certeau y Carlo Ginzburg, por citar algunos, atraviesan en distintas escalas este libro; por ejemplo, en relación con su propia lectura de las propuestas foucaultianas y la reflexión crítica sobre ciertos usos en estudios de caso concretos. A propósito del archivo, por otra parte, en el Congreso Internacional “Los archivos personales: prácticas archivísticas, problemas metodológicos y usos historiográficos” –organizado por el CEDINCI en abril de este año, y donde también participó Caimari–, el filósofo Edgardo Castro recorría las diferentes declinaciones de esa noción en el pensamiento contemporáneo: entre la idea de comienzo u origen y la de orden o mando (ambas en el núcleo conceptual de la *arché*), discurren sobre el archivo Foucault (los discursos efectivamente pronunciados, y la posibilidad de que aparezcan otros) y Derrida (no hay modo de conservar sin olvidar, recordaba Castro que dice Derrida invocando a Freud: el archivo pertenece a la lógica de la repetición, se constituye para

¹ Lila Caimari, *Apenas un delincuente. Crimen, castigo y cultura en la Argentina, 1880-1955*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2004; *La ciudad y el crimen. Delito y vida cotidiana en Buenos Aires, 1880-1940*, Buenos Aires, Sudamericana, 2009; *Mientras la ciudad duerme. Pistoleros, policías y periodistas en Buenos Aires, 1920-1945*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2012.

² Lila Caimari, “Infinito particular: lo cultural como archivo”, *Prismas*, N° 11, 2007, pp. 213-218.

sostener la memoria pero es indisoluble de la selección y, por ello, del olvido y de la destrucción). Y esas formulaciones pueden verse en diversas escenas de este texto que se resiste a cualquier encasillamiento.

Porque el de Caimari es también un libro en diferentes registros: una decena de capítulos –en sus versiones preliminares, artículos aparecidos en distintas publicaciones– escritos a lo largo de varios años, en el incierto momento de transición a las nuevas tecnologías digitales, en contextos y ciudades diferentes. Entre la crónica, el ensayo, la autobiografía intelectual, el diario de trabajo semificcionalizado, el programa de investigación, la narrativa analítica, la exploración y el humor, lo que hilvana esa dispersión es su propia experiencia de vida en el mundo de los archivos, la práctica historiográfica y la pesquisa sobre la cuestión criminal.

Sin dejar de anotar los reparos, Caimari sortea las posturas conservadoras y nostálgicas en una reflexión sobre las nuevas posibilidades y los dilemas del *giro digital*, que conduce de una economía de escasez a una de superabundancia documental, implica un replanteo del lugar de archivos y bibliotecas, y modifica las prácticas cotidianas del oficio del historiador. Las nuevas tecnologías contribuyen también a una geopolítica virtual hecha de claroscuros entre regiones con más o menos recursos y, por tanto, visibilidad. Caimari advierte,

además, cómo la apertura de vías de acceso a fondos documentales y repositorios institucionales se relaciona en buena parte con la consolidación de la investigación científica, y especialmente con las disciplinas humanísticas: entre nosotros, la accesibilidad a los archivos materiales está siendo allanada menos por una renovación de marcos normativos o hábitos del Estado y la sociedad –dice–, que gracias a iniciativas diversas de digitalización particulares, con todo lo que eso implica. En ocasiones incluso, todo un mercado paralelo y *libre* permite sortear la rémora en temas de preservación y acceso a las fuentes.

Para dar cuenta de estos y otros vericuetos que se esconden en los archivos, los capítulos se dirigen por distintos caminos. Llevan a la sala de consulta, a los subsuelos de la historia con sus guardianes, controles y disciplinamientos, sus rutinas y puntos de fuga, sus fastidios, fortunas, épicas y pequeñas conspiraciones para el rescate documental. Abren preguntas y reflexiones que, en relación con lo rudimentario de nuestro acceso a la realidad, hacen a ese espacio de conflictos, préstamos y desafíos entre narrativa e historia, entre el campo literario y el de la investigación. Reconstruyen escenas de las tradiciones intelectuales, las burocracias estatales y las bibliotecas y archivos nacionales en la Argentina, Francia y los Estados Unidos. Recrean el clima en los archivos del crimen. Siguen pistas y desvíos de potenciales investigaciones,

donde circulan anarquistas, Hefáistos, policías escritores, oficiales historiadores y comisarios guionistas, noticias a través de cables submarinos que conectan continentes a fines del siglo XIX, o la cárcel pre-moderna argentina irreductible a la grilla foucaultiana de la modernización punitiva.

Dado el momento en que se publica, este libro constituye, por otra parte, una intervención. Por un lado, en relación con la necesidad de una toma de conciencia sobre la deuda institucional, presupuestaria y cultural respecto del resguardo del patrimonio documental argentino (basta con recordar la resolución del Ministerio de Modernización y el Archivo General del Poder Judicial –y también el alerta que generó–, en marzo de 2017, de autorizar la destrucción en papel de documentos digitalizados de organismos del Ejecutivo y la Justicia). Por otro lado, quizá sin proponérselo manifiestamente el libro interviene en un contexto de tentativas por desprestigiar la investigación en ciencia básica, especialmente en ciencias humanas y sociales, para favorecer el recorte en el área: estas páginas dan cuenta de las dificultades que acompañan la constitución de la memoria social, y de cómo un hallazgo –en muchos años de trabajo– puede producir un aporte sobre temas cruciales. Finalmente, repara también sobre un aspecto significativo de la investigación actual como es el del peso, los efectos y los condicionamientos que la “demanda externa” opera sobre las decisiones de investigación.

Tomando distancia de las convenciones formales del mundo académico y de los protocolos de validación y escritura de la práctica historiográfica, Caimari va al corazón de su condición de posibilidad: el archivo como ocasión de nuevos enunciados. Ese archivo que es

continuamente transformado por las circunstancias más diversas y las más contingentes operaciones (un nuevo archivista, un nuevo soporte, el recorte del propio archivo de investigación). No habría entonces nada más vivo que el archivo. Y sus incansables usuarios que, con las reminiscencias lúdicas de la

sorpresa y como en la búsqueda del tesoro, a veces ganan. Y sin los cuales, al fin, ¿qué sentido tendrían las bibliotecas y los archivos?

Mariana Canavese
CeDInCI-UNSAM / CONICET

Richard Whatmore,
What is Intellectual History?,
Cambridge, UK, Polity, 2015, 180 páginas*

En *What is Intellectual History?* Richard Whatmore, profesor de historia moderna de la Universidad de Saint Andrews, presenta una visión particularmente relevante sobre qué debería ser la historia intelectual. Citando a John Burrow, Whatmore introduce el campo como aquel donde “lo que en el pasado la gente entendía por las cosas que decía, y lo que estas cosas ‘significaban’ para ellos” (p. 13). Antes que todo, la historia intelectual intenta comprender a pensadores del pasado en sus contextos históricos. A pesar de que en la actualidad la investigación repara en la importancia del pensamiento de los actores históricos, son las intenciones detrás de sus escritos, las influencias históricas que los iluminan y la recepción contemporánea de sus pensamientos los que ayudan al historiador intelectual a alcanzar una interpretación llena de sentido. El historiador intelectual intenta evitar interpretaciones teleológicas y está también abierto a la observación de consecuencias inintencionadas de las acciones y las ideas de agentes del pasado. Todo esto incluye intentar además comprender las potencialmente perturbadoras filosofías del pasado en sus

propios criterios y dando cuenta de las inconsistencias en el pensamiento de agentes históricos. Quentin Skinner hablaba de la ya célebre consigna “mirar las cosas a su modo”, cuando otro gigante de la teoría histórica, Reinhart Koselleck, se refería al “derecho a veto de las fuentes”. Las metáforas preferidas de Whatmore son más flexibles. El autor cita a John Burrow una vez más y se refiere al historiador intelectual como un espía de conversaciones pasadas y un traductor entre sociedades históricas y nuestro tiempo.

El libro ofrece una sólida introducción sobre lo que es y no es la historia intelectual, la historia del campo, los métodos de la historia intelectual, cómo algunos estudios particularmente influyentes se articulan haciendo historia intelectual, cuáles son las justificaciones para hacer historia intelectual y qué tipos de debates son centrales en el presente. Mientras que la mayor parte del libro se concentra en la tradición británica, específicamente en la llamada Escuela de Cambridge, se destaca el capítulo sobre la historia de la historia intelectual ya que desarrolla una definición mucho más amplia de ella. En este capítulo, Whatmore se concentra brevemente en las semánticas históricas de la “historia intelectual” y de la “historia de las ideas” como

también en la historia institucional del campo. Para cualquiera que lea estas páginas, se vuelve evidente que historiadores como Johan Nordström, Arthur Lovejoy, Reinhart Koselleck, Michel Foucault, Leo Strauss, Franco Venturi, y las dos figuras clave de la Escuela de Cambridge, John Pocock y Quentin Skinner, no forman de ningún modo consistente una escuela coherente de pensamiento, pero todos ellos pueden ser asociados a la historia intelectual. Una comparación de sus trabajos es muy útil para cualquier estudiante de historia intelectual (la inclusión de Strauss es la única sorpresa en este sentido, ya que el enfoque straussiano está muy alejado de los argumentos de Whatmore en el resto del libro).

También difieren las relaciones de estos autores con la historia intelectual. Nordström fue el primer profesor de historia y enseñanza de las ideas en Suecia, y fundó una sociedad científica en el campo al igual que *Lychnos*, aparentemente la primera revista académica dedicada a la historia de las ideas. Igualmente, Lovejoy, un filósofo de formación, fundó el *Journal of the History of Ideas*, que se ha publicado desde 1940. Para los dos, era clave presentarse a sí mismos como historiadores de las ideas. No fue el caso de Koselleck, cuya historia conceptual

* Reseña publicada originalmente en el *Journal of Interdisciplinary History of Ideas*, vol. 5, Nº 10, 2016. Traducción de Gabriel Entin.

(*Begriffsgeschichte*) era un intento consciente para criticar la Historia de las Ideas (*Ideengeschichte*), asociada con el historiador alemán Friedrich Meinecke (mencionado en otra parte del libro, pero curiosamente no en este capítulo). Foucault, quien era profesor de la historia de los sistemas de pensamiento, también confiaba en una forma más bien diferente de etiquetar su trabajo. Venturi, una vez más, fue un historiador que influyó a una escuela de jóvenes académicos italianos que eligieron reunirse bajo la etiqueta de historia intelectual.

Las etiquetas son y al mismo tiempo no son significativas. Para el estudiante que busca inspiración, las etiquetas no deben permanecer en el camino, pero para el historiador que intenta comprender los predicamentos de los historiadores intelectuales, y los diferentes contextos regionales y nacionales de sus ambientes académicos, las etiquetas son cruciales. Por ejemplo, la institucionalización temprana en Suecia de la historia y enseñanza de las ideas creó una disciplina claramente separada de la historia, aun en la actualidad. Con certeza esto aún afecta a cómo los académicos se perciben a sí mismos. También puede ser una razón para explicar la recepción de algún modo reacia de la Escuela de Cambridge en Suecia, en comparación con sus vecinos Dinamarca y Finlandia. Whatmore no presta demasiada atención a las diferencias en las tradiciones académicas nacionales ya que está más preocupado por el caso británico.

En los capítulos sobre metodología, práctica, justificación y debates del presente en la historia intelectual, los ejemplos de Whatmore son escasos y refieren casi exclusivamente a historiadores activos en Gran Bretaña. La mayoría de los ejemplos tratan sobre la historia del pensamiento político en la modernidad temprana o en el siglo XVIII. Focalizándose en los trabajos que el autor conoce mejor, se dejan obvias lagunas para el estudiante que busca una introducción general a la historia intelectual –si quieren informarse sobre Foucault, Venturi, Meinecke o Koselleck necesitan hacerlo en otro lado–, pero el beneficio de escribir sobre los académicos influyentes de la historia intelectual con los que Whatmore está más familiarizado es evidente. La familiaridad en este caso no está limitada a conocer los trabajos de historiadores como John Dunn, John Pocock, Quentin Skinner e István Hont. Sin embargo, el libro se acerca a estos autores en otro sentido. Cuando Whatmore escribe sobre método y recapitula partes de los escritos metodológicos de Skinner, no lo cita extensamente e implementa una exégesis de su pensamiento. El lector siente que Whatmore escribe más bien desde una tradición en la que un número de académicos (la mayoría con una conexión a Cambridge) han estado discutiendo el trabajo de Skinner y de otros en tantas ocasiones diferentes convirtiendo la metodología y la teoría de la llamada Escuela de Cambridge en una práctica viviente donde los textos

fundacionales como “Significado y comprensión en la Historia de las Ideas” (1969), de Skinner, si bien son centrales no dan cuenta de toda la historia de esta Escuela. El libro logra que un lector no especializado en estos debates pueda acceder como un testigo a los seminarios en Cambridge, Sussex o Saint Andrews. Es esta postura personal sobre la historia intelectual la que vuelve valioso el libro no solo para estudiantes de grado, sino también para los académicos en el campo de la historia intelectual.

Un resultado de su enfoque personal es que Whatmore no estudia a las figuras clave mencionadas como académicos que toman parte en los debates, es decir, como objetos de una historia intelectual, sino que extrae de ellos modelos y ejemplos para que sean seguidos y desarrollados por futuros historiadores intelectuales. Esta decisión puede también obedecer a una cuestión generacional: Whatmore analiza a académicos como Herbert Butterfield o Arthur Lovejoy y los inscribe profundamente en sus contextos particulares, mientras que la generación activa a partir de 1960 en adelante no tiene este trato. Es interesante observar que Skinner y Pocock no reciben la mayor consideración –por momentos son criticados por el autor–, a diferencia de István Hont, cuyo trabajo es presentado en la sección donde se discute la motivación en hacer historia intelectual. El intento de Hont de captar a través de Hume y de Adam Smith un modo sofisticado de comprender la interdependencia de la política y la economía,

relevante en el pensamiento político actual, es lo que claramente motiva la presentación que Whatmore hace de la historia intelectual. En el caso de Hont, Whatmore discute también ideas desde una perspectiva interdisciplinaria. Aquí, los pensamientos político y económico necesariamente son vistos entrelazados, mientras que también se destacan las relaciones con los desarrollos del pensamiento religioso y científico.

Una sección particularmente interesante del libro se refiere a cómo Pocock y Skinner adoptan enfoques bastantes similares para el estudio histórico, una de las razones para referirse a “una Escuela de Cambridge”, pero al mismo tiempo sus interpretaciones sobre el pensamiento republicano difieren ampliamente (p. 61). Naturalmente, este hecho ha sido materia de debate y crítica. Mientras que los desacuerdos que señala no son sorprendentes, los diferentes argumentos normativos que Pocock y Skinner hicieron a través de los años son para Whatmore un poco más difíciles de explicar. El autor parece más satisfecho con

Pocock, el “intelectual liberal euroescéptico” (p. 81), y más dudoso de la intervención neoromana de Skinner en política. En general, el tema de los resultados normativos de la historia intelectual contextual podría haber sido discutido con mayor profundidad. La relevancia de la historia intelectual en parte está relacionada con su importancia en la actualidad y, al mismo tiempo, la búsqueda de relevancia con frecuencia genera una pobre historia intelectual. Fuertes contenidos normativos no implican necesariamente afirmaciones ahistóricas sobre categorías analíticas del pasado, pero esto sí sucede en los casos en que Whatmore discute críticamente la normatividad, y aquí reside muchas veces el problema.

En los últimos años la práctica de la historia intelectual estuvo confrontada por dos tendencias contemporáneas: la necesidad de moverse hacia una perspectiva internacional o global, y las posibilidades de nuevos métodos para analizar la masa constantemente creciente de textos digitales. Whatmore da cuenta brevemente de la primera tendencia, pero no dice nada de la segunda. Si bien

elige no especular, está claro que los temas que Whatmore plantea para el desarrollo de la historia intelectual continuarán estando bajo una continua negociación en el futuro cercano. Una de las discusiones centrales en la historia intelectual se relaciona con la definición de los debates o contextos en que operaban los pensadores del pasado. Skinner y Pocock tienen diferentes perspectivas sobre esto, y Jo Guldi y David Armitage forzaron en su *History Manifesto* (2014) a repensar este problema, defendiendo un contextualismo mucho más amplio. La promesa de un corpus digital de gran escala implica mejores herramientas para analizar con precisión los diferentes debates en los que participaron autores del pasado. En este momento, pareciera que no es Skinner, sino más bien Pocock, Hont y quizá también Koselleck, quienes cada vez son más relevantes en relación a las nuevas prácticas de digitalización en la historia intelectual.

Jani Marjanen
Universidad de Helsinki

Gisèle Sapiro,
La sociología de la literatura,
Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2016 (traducción de Laura Fóllica),
168 páginas

Comencemos el análisis de la obra por uno de los elementos de supratexto. Se trata de la dedicatoria, que dice: “A mis estudiantes” ¿Qué nos dice? Sabemos que una dedicatoria tiene la función de exponer una relación entre el autor y un grupo, al mismo tiempo que se lo implica como inspirador ideal.¹ Se nos presenta entonces la autora en su rol de formadora de estudiantes, dirigiendo su escrito a quienes serán investigadores en sociología de la literatura.

Este objetivo implícito se relaciona con los que se indican explícitamente en la introducción: alentar el diálogo entre literatos y sociólogos; describir los avances más recientes haciendo hincapié en el ángulo sociológico y en la metodología; describir las intersecciones con problemáticas propias de otras sociologías. Podemos afinar el destinatario ahora un poco más y saber que el libro se dirigirá a quienes, conociendo la sociología en un nivel general, necesitan comprender mejor cómo se aplica a lo específicamente literario.

Luego de esta introducción, la autora desarrolla los puntos de partida necesarios para cualquier investigador que quiera aplicar una mirada

sociológica a la literatura, la cual puede resumirse en la frase “El hecho literario es un hecho social”. ¿Pero de qué modo pensar la relación entre literatura y sociedad? Los desencuentros entre la sociología y los estudios literarios pueden y han podido superarse a partir de múltiples aproximaciones sociológicas al hecho literario: teoría marxista del reflejo, *cultural studies*, sociología del libro y de la lectura, teoría del campo, institución literaria, teoría del polisistema, interaccionismo simbólico, análisis de redes. Entre tantas opciones, lo que parece inabarcable se presenta de modo ordenado, más amable, en el texto de Sapiro, y es así como la autora no agota todas las preguntas que pueden hacerse a la teoría, por supuesto, pero nos guía respecto a qué se le puede preguntar a cada teoría y de qué modos pueden unirse y compatibilizarse entre sí perspectivas en principio diferentes, pero que en su conjunto constituyen las marcas más importantes de la historia de la especialidad. Aquellas que buscaron superar la división entre análisis interno y externo de las obras. Es este recorrido el que ocupa el primer capítulo del libro, bajo el título “Teorías y enfoques sociológicos de la literatura”.

Si a partir de ese camino podemos comprender mejor que la sociología literaria es el estudio de las mediaciones entre

las obras y las condiciones sociales de su producción, esta abarca tres niveles o ejes que la autora desarrollará a continuación: las condiciones materiales de producción de las obras, que incluyen tanto el funcionamiento del mundo de las letras como instancias de control estatal, el funcionamiento del mercado literario y el rol social del editor (capítulo 2); la sociología de las obras, que aborda las representaciones sociales y los modos de conocimiento práctico que vehiculiza la literatura, así como las relaciones entre literatura y la construcción de identidades (capítulo 3); y por último, las condiciones de recepción y apropiación, y los usos de la literatura, donde se analizan las instancias de mediación, la circulación transnacional y las diferentes etapas de la recepción (capítulo 4).

Cada capítulo dedicado a cada uno de esos tres ejes engloba a su vez los métodos útiles para tratar las problemáticas que suponen. Para ilustrar esto con un ejemplo, cuando Sapiro nos presenta el problema de la obra singular, o de la singularidad aparente de una obra, analiza por qué requiere ser abordado desde la noción de trayectoria del autor –tanto para evitar la ilusión biográfica, como la idea de que existe un proyecto que antecede a la obra–, como

¹ Gerard Genette, *Umbrales*, Buenos Aires, Siglo xxi, 2001, pp. 116-117.

también, en vez de decidir si hubo o no originalidad, indica que se trata de observar la revolución simbólica que una obra genera y que sí se puede medir.

El modo en que la exploración está ordenada y compartimentalizada en capítulos a lo largo del libro es una cuestión de acentos, de privilegiar algunos problemas sobre otros, que no se excluyen mutuamente, pero permiten ver cosas diferentes. Esta organización del texto indicaría que se divide en tres partes: un primer acento en los creadores, luego en las obras y por último en los lectores. Sin embargo, a lo largo del desarrollo estas partes se referencian entre sí y podemos ver que la construcción de objetos de estudio tiene necesariamente que buscar los vínculos entre lo que parece separado a primera vista. Siguiendo el ejemplo del problema de la "originalidad" de una obra, este está atravesado tanto por la pregunta por cómo fue que quien la escribió llegó a escribirla, como también por qué fue leída como una ruptura respecto a todas las obras anteriores por quienes la recibieron.

La reflexión que une "sociología" y "literatura" enriquece y renueva las disciplinas que la constituyen, y esto se sostiene a lo largo del texto. Pero a su vez parecería que la sociología de la literatura resulta la punta de lanza de otras sociologías que serían subsidiarias, lo cual constituye un problema para el desarrollo del texto y su pertinencia como manual para futuros investigadores. No podemos saber a partir de esta mirada cómo pensar problemas más generales, como aquellos comunes entre la sociología de la literatura y la sociología del libro, o entre la sociología de la literatura y la historia de la literatura. Faltaría profundizar quizás en el conjunto de problemas compartidos que exceden al campo de lo estrictamente literario. No todo lo que se escribe es literatura, y se publican y han publicado otros tipos de textos como ensayos, manuales, o textos científicos en general, los cuales no están dentro de las preocupaciones de Sapiro ni deberían estarlo, pero queda pendiente como interrogante qué sucedería si sacamos lo específicamente literario de la ecuación, y qué permitiría

pensar este ejercicio sobre los problemas de la sociología de la literatura.

La extensa lista de bibliografía y el índice onomástico al final confirman la orientación y la utilidad de este libro como guía para los estudiantes. Vale destacar el esfuerzo extra de traducción que ha agregado las referencias bibliográficas de las obras que ya han sido traducidas del francés al español.

Para finalizar, en su conclusión Sapiro remarca que se han recorrido pistas que requieren una profundización mayor y que quedan muchos ámbitos por explorar. Es justamente por esto, por ofrecer pistas, que el libro habilita un recorrido valioso para sus lectores, ya que ayuda a pensar qué queda por hacer, detenernos en las intersecciones que permiten la correspondencia entre subdisciplinas y preservar la mirada crítica sobre cada una de ellas, ejercicio necesario para construir objetos de investigación.

María Julia Blanco
UNR / Ishir-CONICET

Jürgen Osterhammel,
La transformación del mundo. Una historia global del siglo XIX,
Barcelona, Crítica, 2015 (trad. de Gonzalo García), 1607 páginas

Una obra maestra. De ningún otro modo podríamos calificar este trabajo realmente colosal que el historiador alemán Jürgen Osterhammel, de la Universidad de Constanza, ha publicado originalmente en 2009 y cuyo inevitable destino será perdurar como un clásico. Presentada en inglés y en castellano (mas no en alemán) como una “historia global”, la obra –galardonada con varios premios a las Letras en el mundo germano– no es, en realidad, una “historia” del siglo XIX al modo en que lo es, por ejemplo, la trilogía de Hobsbawm, sino una “historiografía” de las dinámicas de conjunto y de los efectos de resistencia que dieron identidad al siglo. Con todo, esta perspectiva no se traduce en un inventario de nombres y obras (para ello, el lector dispone de las 250 páginas de notas y bibliografía), sino en un inmenso campo del arte que problematiza todas y cada una de las “transformaciones” que asolaron a los hombres y mujeres de aquella centuria. La obra es un viaje fascinante que pasa revista a cuanto aspecto secular se imagine mientras lo rastrea por diversas regiones del planeta. De allí que el autor no persiga un interés cronológico y narrativo, sino más bien analítico y sincrónico propio de un “retrato de época”. El libro cuenta con una organización tripartita (“Aproximaciones”,

“Panoramas” y “Temas”) que cubre dieciocho capítulos donde se abordan la memoria y la observación que de sí mismo llevó a cabo el propio siglo, el tiempo y el espacio (I), la movilidad, los estándares de vida, las ciudades, las fronteras, los imperios, las guerras, las revoluciones y el Estado (II), la industria, el trabajo, las redes, las jerarquías, el conocimiento, la “acción civilizadora” y la religión (III). Todo un *arbor scientiae* decimonónico cuyos aspectos oscilan entre la especificidad de época y su continuidad frente al devenir histórico previo. Si bien Osterhammel ha sido celebrado como el “Braudel del siglo XIX” por el biógrafo de Marx, Jonathan Sperber,¹ lo cierto es que, salvo por la vocación monumental y el reclamo genealógico de una “historia global”, el autor no toma aquellas tres duraciones con las que el francés analizaba el mundo mediterráneo en el siglo XVI para delimitar la obra, sino que las disemina y reajusta en función de las “transformaciones”: cada una tiene su propia estructura temporal de comienzo, fin, ritmo y subperíodo con relación

¹ Jonathan Sperber, “Review of Osterhammel, Jürgen, *Die Verwandlung der Welt: Eine Geschichte des 19. Jahrhunderts*”, en *H-German, H-Net Reviews*, Michigan, junio de 2010, 5 pp.

a un desarrollo general y a las diversidades regionales, variabilidad que también se aplica con gran acierto a las redes conceptuales que nombran cada fenómeno. Sin embargo, esta marca de filiación braudeliana también encierra un guiño militante cual manifiesto profesional: recuperar el rol de los historiadores de oficio en la construcción de una historia mundial que, por lo general, había quedado en manos de los científicos sociales, contienda que, precisamente, también evoca la que el mismo Braudel protagonizó a fines de los años 1950 al teorizar la *longue durée* frente al embate del estructuralismo y, en particular, de la antropología de Lévi-Strauss. La sonada rehabilitación de aquel concepto por Jo Guldi y David Armitage en su *Manifiesto por la historia* (2014) viene a confirmar ese cometido: la historia intenta postularse una vez más como “árbitro” de las ciencias sociales. El tiempo dirá cuán posible y deseable es tal pretensión.

Pero Osterhammel no ha querido solo revisar un siglo, sino que ha buscado hacerlo en el marco de una *Weltgeschichte* (“world history” en inglés y traducido habitualmente al castellano como “historia universal”) y cuyo principal modelo de investigación y discusión es *El nacimiento del mundo moderno, 1780-1914*, de

C. A. Bayly (2004), una de las obras más emblemáticas de la “historia global”. Con todo, son dos las diferencias que asume frente a este trabajo. En primer lugar, no comparte aquella tradicional periodización (ya empleada por Hobsbawm) puesto que, de algún modo, atenuaría lo que, para Osterhammel, es el centro de gravedad del siglo: las décadas de 1860-1880. Asimismo, no considera que 1914 marque realmente una súbita e inesperada discontinuidad para el siglo XIX apelando, así, a una traza de continuidad muy al gusto de ciertas historiografías actuales que recelan de las rupturas y los conflictos radicales como dispositivos de cambio histórico. En segundo lugar y también frente al modelo “vertical” de convergencia con énfasis temporal de John M. Roberts y Hobsbawm y ante aquel otro de carácter “horizontal” de Bayly cuyo enfoque se asienta en la convergencia espacial, Osterhammel experimenta una tercera vía que recupera la idea de gran narrativa porque “como la tarea de la historia es *describir* los cambios, antes de proponer las explicaciones, la historia *topa* pronto con restos que se resisten, elementos específicos y no integrables”.² De allí su puesta en uso de la relatividad de los puntos de vista para sortear la infranqueable “neutralidad” de un supuesto narrador omnisciente y de allí también su confesa filiación a un tipo de investigación propio de la sociología histórica y que tiene

su principal y (también) monumental modelo en los cuatro volúmenes de *The Sources of Social Power*, de Michael Mann (1986-2012).

Sin caer en las usuales valoraciones a partir de aquello que las obras no ofrecen, resulta necesario señalar, sin embargo, dos problemas cuya subestimación, a nuestro juicio, debilita cualquier historia que procure ser verdaderamente “global”, “mundial” o “universal”. En primer lugar, cabría preguntarse si este nuevo enfoque supera los límites de una mera historia “comparada” al modo en que Marc Bloch la definió en los años 1930.³ Osterhammel, antes que indagar los movimientos circulares entre regiones distantes en tanto planos de igualdad y puntos de difusión y recepción en alternancia, o bien, como él mismo ha teorizado en otra parte, como “una historia transcultural atendiendo a la temporalidad y al horizonte del mundo conocido”,⁴ privilegia aquellos fenómenos que, de matriz europea, luego son replicados, apropiados o transformados en otras partes del mundo. No impera aquí el impacto que la producción no europea de bienes y saberes pudo haber ejercido en

Occidente, sino un creativo punto de origen que siempre parte de esta última región. Se podrá argumentar que la presencia de un imperio efectivamente mundial como el británico junto con la economía-mundo a que ha dado lugar no podría implicar ninguna otra dirección y que la influencia de la cultura europea devino en el siglo XIX aplastante en casi todo el planeta. Seguramente y, de hecho, el propio Osterhammel se declara abierta e inevitablemente (por razones epistemológicas) “eurocéntrico”, pero expandir a todo el orbe la paulatina construcción de lo que retrospectivamente hoy sabemos de ese pasado, no debería conminarnos a adjudicárselo a todos los hombres de aquel siglo mientras forjaban representaciones cuyo futuro desconocían y cuya inevitabilidad aún no era, desde luego, evidente. El segundo problema lo presenta el franco desequilibrio de las zonas de contacto, algo que, con toda razón y honestidad, el autor asume como irremediable. Sin embargo, la bienvenida y abundante presencia de China, India y Japón (con alusiones, en algunos casos, equivalentes o mayores a los países europeos, pero con una clara inclinación sinocéntrica, área de especialización de Osterhammel) contrasta con las casi eventuales referencias “históricas” más que “historiográficas” a América Latina, una diferencia poco alentadora para un libro de casi 1.300 páginas de texto y, sobre todo, cuando la historiografía de esta última región ha

³ Marc Bloch, *Historia e historiadores*, textos reunidos por Étienne Bloch, Madrid, Akal, 1999, tercera parte, pp. 103-172. Cf. Carlos Alberto Ríos Gordillo, *Las formas de la comparación: Marc Bloch y las ciencias humanas. Ensayo de morfología e historia*, Madrid, Anthropos/UAM, 2016.

⁴ Jürgen Osterhammel, “World History”, en Axel Schneider y Daniel Woolf (eds.), *The Oxford History of Historical Writing*, vol. v: *Historical Writing since 1945*, Oxford, Oxford University Press, 2011, p. 93.

² Cursivas del autor.

diversificado tanto sus objetos de investigación en los últimos años. Si bien en este sentido la obra ya es un avance con respecto a la de Bayly (donde la integración de “Latinoamérica” es casi accidental), Osterhammel ha utilizado mayormente algunas obras clásicas de historia latinoamericana de una vigencia no irrefragable como los trabajos de John Lynch, una obra de Samuel Amaral y otra de Tulio Halperin Donghi cuyo principal punto en común más bien parece ser su existencia en inglés. Cabría decir otro tanto del África subsahariana que, pese a los intentos por diferenciar sus regiones habituales, no deja de aparecer como un bloque homogéneo sin prestar demasiada atención a su multiplicidad lingüística y cultural, algo que también ocurre con Europa oriental y que, pese al “eurocentrismo” del período, no es un rasgo que necesariamente deba proyectarse al plano metodológico. En suma, al seguir este camino la obra parecería confirmar, tal vez involuntariamente, uno de los posibles orígenes que se ciernen sobre la súbita emergencia de la historia “global”: funcionar como una excusa para insertar la historia de China en el gran relato tradicional como respuesta a su creciente protagonismo en el escenario mundial actual.⁵

⁵ Sebastian Conrad, *Historia global. Una nueva visión para el mundo actual*,

En todo caso, y más allá de cualquier especulación, lo cierto es que la empresa es infinita y un solo autor ha sido quien asumió la titánica tarea de abarcarlo todo por lo que no es esperable que se convierta en especialista de cada una de las áreas culturales abordadas. Condición discutible que, no obstante, nos lleva a poner en duda la efectividad de una historia que se quiere mundial o global sin que medie una intervención colectiva. Osterhammel justifica su trabajo en soledad porque “para hacer justicia a las exigencias constructivas de la historiografía universal hace falta una organización central de las preguntas y los puntos de vista, las materias y las interpretaciones”, respuesta que también ofrece en el prefacio a la edición inglesa⁶ y que más bien expone y sirve para justificar los enfoques encontrados de los historiadores alemanes frente a este tipo de historiografía. Recordemos que, desde 2012, la historia universal cuenta en Alemania con una doble tradición editorial. Por un lado, la *Neue Fischer Weltgeschichte*, dirigida por Jörg Fisch, Wilfred Nippel y Wolfgang Schwentker, prevé publicar 21 volúmenes bajo un esquema regional y monográfico, de un modo

Barcelona, Crítica, 2017, p. 187.

⁶ Jürgen Osterhammel, “Preface”, en *The Transformation of the World. A Global History of the Nineteenth Century*, New Jersey, Princeton University Press, 2014, p. xi.

similar a su vieja antecesora, la *Historia Universal* que en el mundo hispanoparlante publicó Siglo XXI entre 1965 y 1983. Por otro lado, la *Die Geschichte der Welt*, dirigida por Akira Irye, Emily Rosenberg y el propio Osterhammel, busca diferenciarse de la anterior al presentarse como una historia global y por períodos bajo una lógica temática.⁷ En este sentido, *La transformación del mundo* precede y adscribe a este último espíritu historiográfico. En fin, toda una fortuna que los lectores de habla castellana cuenten con la traducción de una obra reciente de un historiador alemán –nada frecuente, en verdad–, alejada de cualquier oportunidad editorial, libre de todo cometido pedagógico y sin ningún temor en su descenso hacia complejas explicaciones y transparencia discursiva. En una época en que los toscos y no menos brutales afanes mercantiles insisten con la paginación efímera y un aparato crítico en retirada, disponer de una obra académica como la de Osterhammel al alcance de un simple anaquele de librería es, sin lugar a duda, todo un prodigio editorial.

Andrés G. Freijomil
UNGS

⁷ Hervé Inglebert, *Le Monde, L'Histoire. Essai sur les histoires universelles*, París, Presses Universitaires de France, 2014, pp. 940-941.

Sudhir Chandra,

Gandhi. An Impossible Possibility,

Londres y Nueva York, Routledge, 2017 (trad. del hindi al inglés por Chitra Padmanabhan), 152 páginas

Libro extraño y extraordinario es este en el horizonte de las lecturas histórico-científicas en la Argentina. Intentaré presentar un resumen de su contenido, del que podrá ya deducirse la originalidad radical del texto para nosotros. Luego, expondré las razones adicionales por las que aconsejo, con entusiasmo, su frecuentación.

El profesor Chandra es uno de los mayores especialistas mundiales en la figura de Gandhi y la historia india del siglo xx. En esta obra de madurez, el punto de partida ha sido dicho con la mayor sinceridad. Se trata de hacer confluír la mirada sobre el Mahatma y la mirada sobre sí mismo, un *scholar* e historiador quien, como nosotros, ha transitado la deriva, hasta cierto punto inimaginable en los gloriosos años sesenta, de las democracias occidentales o “a la occidental” tal cual es la India, dominadas cada vez en mayor grado por el desarrollo financiero del capitalismo mundial y el juego de las guerras periféricas que desempeñaron las grandes potencias. Y aquella convergencia se plantea como una pregunta: si Gandhi, ya en uno de sus discursos, pronunciado antes de la plegaria del día de su cumpleaños, el 2 de octubre de 1947, pudo manifestar su desasosiego frente a la incompreensión radical de la que

era objeto su mensaje en una India independiente, en una India deudora del combate por la libertad mediante la *ahimsa*, ¿qué lugar deberíamos asignar ahora a las ideas de ese hombre en un mundo prisionero de violencias de toda laya? El Capítulo 2 de *Impossible Possibility* está dedicado al estudio del primer gran apartamiento entre el programa de regeneración espiritual de la humanidad, objeto final de la actividad de Gandhi por cuyo cumplimiento él hubiera querido vivir, en verdad, más de 125 años, y el plan político concreto del Partido del Congreso a partir de octubre de 1945, cuando se acercaba de modo irreversible la independencia del subcontinente y la retirada del gobierno británico. Nehru era la cabeza, la inteligencia y la voluntad sensibles del nuevo pragmatismo que se abría paso. Por lo que Chandra se detiene en el análisis minucioso de la correspondencia entre Gandhi y Nehru, establecida a fines de 1945, acerca de la viabilidad del proyecto expuesto por Gandhi casi cuarenta años antes, en un texto de 1909, el *Hind Swaraj* (*swaraj* significa “autogobierno”), basado en los principios de la *ahimsa* (nuestra pobre traducción occidental del término es “no-violencia”) y de la *satyagraha* o fuerza nacida de la verdad (*satya* es “verdad” en nuestra lengua). A partir del

intercambio con Jawaharlal, el *Bapu* comenzó a percatarse de que el nuevo *swaraj* no sería muy distinto del ejercido hasta entonces en los estados y pueblos de la historia sobre la base de la potencia física y de la violencia. Pero, he aquí la paradoja, la captación lúcida por parte de Gandhi, no solo del debilitamiento de la *ahimsa*, sino de su colapso probable, consecuencia del enfrentamiento religioso entre musulmanes, por un lado, e hindúes y sikhs, por el otro, estallado a partir de las masacres de hindúes en Calcuta en agosto de 1946, esa toma de conciencia sobre el desplomarse de su programa nacional y universal introdujo una era breve, aunque intensa y hasta cierto punto insoportable, de angustias y dolores en el alma del Mahatma.

De semejantes penas o tristezas profundas trata el Capítulo 3 de nuestro libro, que se inicia con el examen de los viajes de pacificación emprendidos por Gandhi a raíz de las matanzas de hindúes en Noakhali y de musulmanes en Bihar, anteriores a la aceptación de la Partición entre India y Paquistán por el Partido del Congreso en junio de 1947 y a la independencia de los dos estados del antiguo *Raj* el 15 de agosto del mismo año. En medio del caos, Gandhi se planteó un fin aun más alto que el de la lucha no-violenta de más de

treinta años por la libertad. Buscó producir una metamorfosis de la acción sostenida en una sola vertiente, la propia de los débiles, del principio de la no-violencia. Tal cosa había sido, para él, la resistencia pacífica contra el dominio británico. El Mahatma propuso entonces una militancia de nuevo tipo, guiada por la faz constructiva de la *ahimsa*, es decir, la que instala en nosotros el anhelo de construir una existencia humana común, tejida con las hebras de la fraternidad y el amor mutuo. Pues no se trataba solo de alcanzar la independencia merced a la no-violencia, sino de convertir el alma en un sí mismo merecedor de ella. Más todavía, Gandhi se había opuesto a la Partición; sin embargo, una vez producida esta, la forma superadora de la *ahimsa* le impuso de inmediato la necesidad de pronunciarse y actuar para conseguir la consolidación democrática y la paz religiosa en el interior de ambas naciones separadas. El ejemplo del *Mahabharata* permanecía en su mente, el poema épico que cuenta la guerra entre las dos ramas de los Kuru, los Kaurava y los Pandava, y el triunfo final de los Pandava en la batalla de Kurukshetra. Esa victoria, que aniquila a los vencidos, destruye también a los vencedores. El 6 de abril de 1947, Gandhi recuerda el poema y dice: “El mismo estado de cosas prevalece hoy en nuestro país”. La parte más filosófica del *Mahabharata*, el *Bhagavad Gita*, que despliega el debate ético entre el príncipe Arjuna y el dios Krishna acerca de la licitud de la batalla en ciernes, también fue una brújula para Gandhi en aquellos días de infelicidad. Sus viajes y su

presencia en Noakhali y Bihar descansaban, igual que para Arjuna su participación en la guerra, sobre el sentido de un cumplimiento del deber en el campo propio de la acción, por contradictorio que ello parezca, dado que, en Noakhali, eran los hindúes las víctimas y, en Bihar, los musulmanes. Gandhi entendía que su condición de hindú, impregnada de admiración y cariño hacia el Islam, lo habilitaba para sentir como terreno suyo cualquier lugar de sufrimiento de los musulmanes.

Está claro que la experiencia nueva y profunda de una “bancarota” de sí mismo en la misión de metamorfosis de la *ahimsa*, de la no-violencia del débil (la mera resistencia pacífica ante el opresor) a la no-violencia del fuerte, que se yergue en medio de los propios en la hora de su victoria, hubo de ahondarse en los días y meses inmediatamente posteriores a la independencia. Al mismo tiempo que desencadenó en las ideas, las palabras y las acciones de Gandhi la tozudez admirable de entregar, sin titubeos, toda su persona a la forma sublime de la *ahimsa*, para probar la posibilidad de su realización aun en medio de la imposibilidad de toda existencia suya fuera de la presencia concreta, física y aurática del Mahatma. El examen del último período en la vida de nuestro personaje es el tema del capítulo “¿La posibilidad de la *ahimsa*?”, centro de gravedad de la argumentación y del análisis de las fuentes del último pensamiento gandhiano en el libro. Todo el relato de Chandra ha elaborado, para esta encrucijada, una dialéctica

múltiple, entre Gandhi y sus antiguos seguidores en el Partido del Congreso, entre Gandhi y el partido de Jinnah Sahib en Paquistán, entre Gandhi y la violencia de los hechos, y, por fin, en el seno mismo del alma de Gandhi, desgarrada entre el dolor derivado de la incompreensión circundante y la fe en la *ahimsa* del coraje como camino único rumbo a una rehabilitación amorosa de la humanidad, cuya primera expresión debía ser la paz común y mutuamente fértil de India y Paquistán. Por ello, comprendemos, junto a Chandra, que la práctica de tal tipo de no-violencia debía desembocar, así como ocurrió, en el ayuno hasta la muerte por parte de Gandhi, un ayuno que solo podría levantar el Mahatma cuando recibiese signos indubitables de que la reconciliación de los creyentes estaba en marcha, se extendía y consolidaba. De aquí que la mayor parte del Capítulo 4 se ocupe del sucederse de los acontecimientos alrededor de los estallidos de Calcuta en la segunda mitad de agosto de 1947 y de los tumultos devastadores sucedidos en Delhi a partir de septiembre de ese año hasta enero de 1948. En ambos casos, el efecto emocional de la declaración de Gandhi de realizar ayunos hasta la muerte sobre el ánimo de los dirigentes políticos a un lado y otro de la Partición y sobre el sentimiento colectivo de las masas de religiosos, musulmanes, sikhs, hindúes, sirvió de fundamento a declaraciones explícitas de pacificación y a procesos concretos de apaciguamiento en las batallas de religión, que lograron el abandono de los ayunos por parte de Gandhi. El

desmenuzamiento y el análisis de los discursos cotidianos del *Bapu*, asociados a los momentos de plegaria a lo largo de esos meses trágicos, componen una suerte de contrapunto historiográfico del dolor y la esperanza que, surgidos de la angustia absoluta de Gandhi, determinaron la evolución social y política de las dos nuevas naciones, a pesar de que la guerra por Cachemira en noviembre de 1947 fuese un indicio claro de que la *ahimsa* quedaría relegada en aras de una formación tradicional y violenta de los estados. Y la determinaron en la medida en que, no obstante los abismos de destrucción que han jalonado las historias de India y Paquistán de 1947 al presente, *swaraj*, *ahimsa* y *satyagraha* siguen siendo los *desiderata* por los que políticos de buena voluntad, personas comunes e intelectuales combaten, más allá de la fuerza bruta, en busca de una vida auténtica que merezca ser vivida. Las pocas páginas del Capítulo 5 del libro de Sudhir Chandra sintetizan ese temple del ánimo, pero toda la obra es la mejor prueba de que la pregunta acerca del lugar de la vida y el pensamiento de Gandhi en nuestros ideales del presente no solo no puede ser objeto de indiferencia o desdén (que así suele ocurrir cuando los historiadores del siglo xx se refieren al idealismo del Mahatma), sino que es imperativa la investigación acerca de la posibilidad de su aplicación, hoy y en el futuro inmediato que abraza a las

generaciones de nuestros hijos y descendientes.

Ahora bien, corresponde finalizar la reseña con una enumeración de las virtudes prácticas y teóricas que un historiador latinoamericano, o cualquier colega fuera de India, encontrará en este texto que comentamos. En primer lugar, se destacan la fineza y exhaustividad del estudio lingüístico y conceptual de los discursos de Gandhi, de sus corresponsales, admiradores, detractores, día por día alrededor de los episodios narrados: el Mahatma en Noakhali, en Bihar, en Calcuta y Delhi. Esos relatos se despliegan junto a un corpus de sus escritos, producidos en los últimos tres años de vida, que no es frecuente tener al alcance y menos en un marco sistemático como el construido por Chandra. En segundo lugar, tampoco es usual entre nosotros trazar la biografía, aun cuando sea parcial y limitada a un período de su existencia, de una persona a quien el historiador admira. Y menos hacerlo con la precisión y objetividad que requiere el oficio, acompañadas por un deseo de comprender las acciones y las palabras del retratado –Gandhi en este caso– hasta en los pliegues más recónditos de su pensamiento y de su sensibilidad emocional. Al punto de encontrar en ello, en las dudas devastadoras de su ánimo, en los laberintos de sus esperanzas buscadas y renovadas, en la superación de sus flaquezas, motivos inéditos para reforzar la admiración.

Tertio. La desconstrucción del ayuno hasta la muerte en cuanto instrumento de la política es también un modelo a seguir toda vez que ponemos en escena los climas de la historia événementielle (diría Braudel) e indagamos cuáles han sido sus efectos en la larga duración. Chandra evoca otros ayunos del mismo tipo, anteriores a los de 1947-1948, esto es, los de 1932-1933, y los analiza con la misma minuciosidad usada respecto de los que forman parte de los episodios agonales de la Partición y la independencia. Se extrae de ello la noción de un ayuno que es producto de un mandato brotado del interior del sujeto y sentido como un mandato divino acerca de su efecto de purificación espiritual, es decir, un ayuno que se aleja de cualquier idea de coerción emocional o violencia psíquica. El ayuno hasta la muerte no tiene más razón que la de transformar a quien lo practica en emblema viviente de la *ahimsa* del coraje. Un historiador de los aspectos intelectuales y anímicos de la sociedad debería tomar nota del modo magistral en que Sudhir Chandra ha desenvuelto el tejido de ambivalencias, ambigüedades, compromisos e intransigencias que constituyeron el diálogo entre Gandhi y sus contemporáneos.

José Emilio Burucúa
UNSAM

Sarissa Carneiro,

Retórica del infortunio. Persuasión, deleite y ejemplaridad en el siglo XVI,
Madrid/Frankfurt, Iberoamericana/Vervuert, 2015, 235 páginas

Uno de los campos potencialmente más fructíferos para hacer historia de los conceptos y, en consecuencia, historia intelectual, es el de la historia y la expresión de las emociones. Atiéndase a que decimos “potencialmente”: que sepamos, la historia conceptual no se ha interesado por la expresión de las emociones en época premoderna por mucho que las mismas sean, por propia naturaleza, accidentes históricos sometidos al consenso de una sociedad en el tiempo. Parecería que, de alguna manera, el campo del pensamiento político y los conceptos que se le asocian, de que se han ocupado tradicionalmente las disciplinas de la historia de las ideas o de la historia conceptual, parecería disponer de fuentes más fácilmente analizables pues, ¿cómo aprehender las emociones? ¿A qué fuentes recurrir para captar el sentimiento? ¿Es lo mismo “injusticia” (un concepto profundamente político) que “infortunio” o “adversidad” (conceptos que *a priori* parecen reflejar una concepción casi inasible, impotente, de la existencia)? Siguiendo este razonamiento, ¿puede rastrearse en el “infortunio” un campo abonado para la reflexión sobre la existencia individual y colectiva, para la crítica de los valores sociales establecidos (el honor, la jerarquía social, la libertad de acción o de

conciencia) en las décadas de formación del pensamiento moderno, alrededor de las últimas décadas del siglo XVI y las primeras del XVII? En última instancia, ¿qué diálogo establecieron los principales pensadores y preceptistas de la época humanista o altomoderna: Erasmo de Rotterdam, Juan Luis Vives, Rodolfo Agrícola, Domenico Nano Mirabelio, Benito Arias Montano, Luis de Granada, Miguel de Salinas, Juan de Segovia, Diego de Valadés, Hernando de Zárate o Alonso Zuazo, alrededor del concepto de “infortunio” con las fuentes clásicas del pensamiento y la retórica en Occidente (Aristóteles, Cicerón, Luciano de Samósata, Horacio, Quintiliano, Virgilio o San Agustín)?

En el volumen cuyo comentario nos ocupa, Sarissa Carneiro analiza con erudición admirable y a la vez sintética el campo de la retórica del infortunio en uno de los últimos siglos, la décimosexta centuria, que en Occidente marcaron el predominio de la expresión retórica, en público y en privado, justo antes del lento pero seguro triunfo de la subjetividad del individuo (y, por tanto, de la “originalidad” en la propia expresión, incluida la de los sentimientos y las pasiones). La autora nos descubre con inteligencia la ambivalencia enormemente creativa del *infortunio*, la

azarosa adversidad a la que no se puede escapar pero de la que se puede sacar provecho, al menos retórico, en la época de que se trata: “No sabían de quién quejarse, sino de su corta ventura” (p. 14, en la que se trae a colación un caso de violación en *La fuerza de la sangre*, extraordinaria *Novela ejemplar* de Cervantes). Los usos del *infortunio* se revelan, en el análisis de Carneiro, como una extraordinaria herramienta de explicación de un mundo mediado por la preceptiva retórica, con reflejo y aplicación en la novela, la crónica histórica, pasando por la exégesis bíblica, la poesía y la filosofía. Con inteligencia, Carneiro precisa las diferencias entre la *fortuna* deificada de la tradición grecorromana y la “fortuna”, concepto maleable sometido al imperio divino en la cultura cristiana. La pasión de Cristo será en este contexto el relato redentor de infortunio por excelencia que ensalza la paciencia como virtud trascendente (pp. 64-68, 193-201). Cicerón (pp. 78-79) se codea y se toma como ejemplo al lado de San Agustín (pp. 56-57, quien llora al leer la historia de la reina Dido y el héroe Eneas) y ambos se funden en la tratadística de la retórica ya en época humanística (pp. 84-90), misma cuya argumentación se basa o solo se explica trabando un diálogo profundo con las

fuentes clásicas grecorromanas y cristianas. En efecto, como demuestra fehacientemente el texto de Carneiro, “el dolor ata y desata la lengua del afligido” (p. 14, citando de nuevo *La fuerza de la sangre* cervantina) pero lo libera o lo restringe atendiendo a principios de uso tan sólidos como maleables: “la nutrida bibliografía sobre Fortuna no ha destinado la atención necesaria a un aspecto tan central en la cultura [...] del siglo XVI como fue la codificación retórica” (p. 15). Es esta en efecto una sorprendente laguna que en proporción no pequeña el libro que reseñamos viene a suplir.

Metodológicamente el texto de Carneiro es una demostración del saber hacer intelectual, erudito y filológico. Por un lado, está el inteligente manejo de la teoría del discurso de que hace gala a lo largo de todo su texto, principalmente de la hoy a menudo ignorada preceptiva retórica clásica (pp. 84-90), moviéndose con comodidad que transmite a quien lee entre la teoría contemporánea y la preceptiva antigua.

En las doscientas y tantas páginas de su sorprendentemente conciso libro, Carneiro despliega un auténtico arsenal de fuentes eruditas, grecorromanas tanto como medievales o renacentistas, sin abandonar en ningún momento un estilo de redacción elegante, con más mérito si se tiene en cuenta, y si se nos permite decirlo, el hecho de que la lengua materna de la autora no es el español. El libro acaba transcribiendo de forma muy útil en un apéndice (pp. 203-222) algunas de las fuentes principales sobre las que se

discute: el concepto de *conquestio* (“conmiseración”) según los *Libros de retórica* de Jorge de Trebisonda, pionero de origen bizantino del humanismo italiano (m. 1486); el “deleite” (*delectatio*) en *De la invención dialéctica* de Rodolfo Agrícola (m. 1485); y, finalmente, la “adversidad” (*aduersitas*) en la *Poliantea* de Domenico Nano Mirabelio, obra pionera y difundidísima hasta el siglo XVII del género de las misceláneas, silvas y florilegios. La decisión de incluir estos apéndices solo puede calificarse de prudente: son tres obras fundamentales de la retórica del humanismo sin traducciones, que sepamos, al español y que fundamentan la argumentación y la discusión de la autora.

Otro de los puntos fuertes del argumento del libro podría suponerse como obvio pero no lo es en absoluto. Ejerciendo la autora su oficio de filóloga en una institución chilena y siendo su campo de especialidad fundamentalmente la literatura producida en época colonial (que hay quien llama “virreinal”) parecería lógico y hasta obligado que una parte sustancial de la ejemplificación se centrara en un texto fundamental de lo que podríamos llamar “retórica del Nuevo Mundo”. Pero sería engañarnos: a menudo se topa uno con dos fenómenos paralelos en la bibliografía de investigación sobre los textos coloniales. Por un lado, por parte de la erudición europea o, directamente, anglófona, una ignorancia de las fuentes americanas casi tanto como de la investigación producida en este continente en los medios de lengua española y

portuguesa. Por otro lado, y desde Latinoamérica, un interés a menudo bordeando con lo parroquial por lo producido en el propio terruño, haciendo que los mexicanos hablen de la Nueva España, los peruanos de su antiguo virreinato, los colombianos de lo tocante a la Nueva Granada *e così via*. Esta forma de proceder ha dado –y nos centramos exclusivamente en el ámbito de la filología, materia en la que se inscribe disciplinariamente el libro que reseñamos– importantes contribuciones al conocimiento en general pero a la vez adolece a menudo de una falta de curiosidad tanto por el engarce de esas contribuciones en un debate global como por una verdadera familiaridad con las fuentes textuales y preceptivas de la cultura occidental.

Sin desviarnos mucho de esta reflexión, quisiéramos sugerir en este punto una de las posibles aplicaciones de este estudio: no conocemos trabajos que se hayan ocupado de los modelos retóricos occidentales en las crónicas indígenas de la época colonial o virreinal americana (pensamos, desde México, en el clásico *Visión de los vencidos* de Miguel León-Portilla, publicado por primera vez en 1959 e impreso infinidad de veces). Los textos que se traen a colación son, siempre, posteriores a las conquistas americanas, redactados en el marco del proceso de aculturación de las élites indígenas. ¿Qué tanto hay, si es que se puede detectar, de esta cultura occidental y humanista de la recreación retórica del infortunio en estas obras? Que contemos ahora con el trabajo de Sarissa Carneiro puede significar la base para detectar

si esos textos indígenas de época colonial se formulan con modelos y formas retóricas occidentales (*vaevictis!*) inexploradas, hasta donde sabemos, en las investigaciones sobre estos textos. Los buenos libros, como el de Carneiro, sirven fundamentalmente para multiplicar nuestras posibilidades de investigación.

Solo quizá habría motivo de queja: faltan unas páginas finales de conclusiones y algunos párrafos, en cada sección, en el mismo sentido. Implícitamente, la lectora los puede encontrar en mayor o menor medida en diversas páginas del libro pero con seguridad hubiera sido de mucho más provecho (y hasta “deleite” sin “adversidad”)

tener a mano las tesis principales del estudio.

Poniendo el foco en la época de la reforma religiosa, protestante y católica, que tiene lugar en la misma cronología del siglo XVI de la que se ocupa Sarissa Carneiro, una inesperada consecuencia de la lectura de este libro (que la propia autora no trata) es la constatación, como apuntábamos más arriba, de que la mutación del campo semántico del “infortunio” (la adversidad, la desgracia) en el de la “injusticia” convierte en agentes activos de su propio destino a los seres humanos y “moraliza”, si así podemos decir, el devenir impasible de un destino cuya comprensión –particularmente cuando llega a su conclusión natural que es la

muerte– resulta casi imposible. Es solo un ejemplo del tipo de ricas reflexiones a las que esta obra, escrita con amenidad y rigor, invita aun cuando no se lo propone. Creemos que esta es la razón, precisamente, de que resulte un texto de tanta enjundia. No podemos más que felicitarnos de que el libro de Sarissa Carneiro demuestre que esa rama particular de la reflexión histórica intelectual que es la filología está no solo viva sino que lo está de forma que aúna elegancia y creatividad.

Jesús de Prado Plumed
Universidad Nacional
Autónoma de México

Lucas Margarit y Elina Montes (comps.),
Utopías inglesas del siglo XVIII. Construcciones imaginarias del estado moderno: selección de textos y comentarios críticos,
Buenos Aires, Editores Argentinos, 2016, 577 páginas

La reciente aparición de *Utopías inglesas del siglo XVIII. Construcciones imaginarias del estado moderno: selección de textos y comentarios críticos* bien podría considerarse la tercera entrega de la trilogía sobre relatos utópicos ingleses temprano-modernos producida por el equipo de investigación que, bajo la dirección de Lucas Margarit, se encuentra radicado desde 2011 en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires.¹ La anteceden dos volúmenes dedicados a las utopías inglesas del siglo XVII: *Utopías y organización social* (vol. 1) y *Viajes a la luna, utopías selenitas y legado científico* (vol. 2), publicados en 2014 y 2015 respectivamente.² Al igual que entonces, los relatos utópicos seleccionados para la presente edición han sido

traducidos por primera vez al español, lo que constituye un gran aporte para los estudios de este género literario-filosófico moderno (al menos para el caso inglés) en el mundo hispanohablante. Las traducciones aquí presentadas incluyen, además, un aparato crítico y una introducción, en la que se reconstruye su contexto de producción y se señalan sus aspectos más relevantes. Respecto de la autoría de los textos utópicos escogidos, se destaca el hecho de que fueron escritos por hombres de fama variada y profesión diversa (aunque les cabe el común denominador de “hombres de letras”). En esta edición podrá el lector acceder tanto al texto del anónimo autor de *Una descripción de Nueva Atenas en la Tierra Austral Incógnita* (1720) como a la producción utópica de hombres políticamente comprometidos como Daniel Defoe o Thomas Spence.

En efecto, la compilación abreva en la producción utópica del siglo XVIII inglés a partir de las traducciones de *The Consolidator; or, Memoirs of Sundry Transactions from the World in the Moon* (1705), de Daniel Defoe; dos utopías anónimas que llevan por título *The Island of Content: or a New Paradise Discovered* (1709) y *A Description of New Athens in Terra Australis Incognita* (1720); *A Voyage to*

Cacklogallinia with a Description of the Religion, Policy, Customs and Manners of that Country (1727), relato atribuido a un supuesto “Capitán Samuel Brunt”; algunos fragmentos de *The Capacity and Extent of the Human Understanding; Exemplified in the Extraordinary Case of Authomathes* (1745), de John Kirkby; la comunidad ideal descrita por James Burgh en *An Account of the First Settlement, Laws, Form of Government, and Police, of the Cessares, A People of South America* (1764); *A Supplement to the History of Robinson Crusoe* (1781), del mencionado Spence; el particular tratado de William Hogdson *The Commonwealth of Reason* (1795); y el opúsculo *An Account of the Giants Lately Discovered* (1798), de Horatio Walpole.³

Ahora bien, *Utopías inglesas del siglo XVIII* se distingue de los dos volúmenes anteriores no solamente en términos temporales (se trata de obras publicadas entre 1705 y 1798) sino también temáticos, pues los relatos traducidos dan cuenta de una renovación en los ejes

³ La introducción, traducción y notas para cada texto han sido realizadas por Elina Montes, Lucas Margarit, Gustavo Rivas, María Inés Castagnino, Ramiro Vilar, Marcelo Lara, Martín P. González, Noelia Fernández y Cecilia Lasa, respectivamente.

¹ El libro aquí reseñado es producto del proyecto UBACYT “Configuraciones utópicas en la Inglaterra del siglo XVIII” de la programación científica 2013-2015 de la Universidad de Buenos Aires.

² Lucas Margarit y Elina Montes (comps.), *Textos utópicos en la Inglaterra del siglo XVII*, vol. I: *Utopías y organización social*, Buenos Aires, Editorial de la Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, 2014. Lucas Margarit y Elina Montes (comps.), *Textos utópicos de la Inglaterra del siglo XVII*, vol. II: *Viajes a la luna, utopías selenitas y legado científico*, Buenos Aires, Editorial de la Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, 2015.

transversales sobre los cuales los autores de las utopías mencionadas y sus lectores ahora reflexionan. En este sentido, mientras los volúmenes precedentes abordaban el vínculo entre utopía, Reforma y espíritu científico, el objetivo de esta nueva publicación es revelar, en cambio, cómo a lo largo del siglo XVIII la tradición clásica se vio entrelazada con nuevos modelos políticos y en especial con “nuevas formas de narrar”, heredadas del siglo anterior pero también impregnadas del estilo y la vehemencia de los escritos más célebres de Jonathan Swift y Daniel Defoe (p. 21). Este cambio en la forma acompañó, a su vez, una transformación en el modo de concebir las sociedades ideales. Al menos en los nueve escritos utópicos que componen esta antología, las comunidades imaginadas por sus autores son disímiles pero en mayor o menor grado todas ellas manifiestan las preocupaciones imperantes para una Inglaterra que, desde mediados del siglo XVII, ha atravesado una guerra civil (1642-1651) y una posterior revolución (1688). Por otra parte, en detrimento de una periodización más precisa, “la influencia de las ideas filosóficas de la Ilustración” (p. 8) también es considerada un elemento clave para comprender el renovado contexto sociopolítico en el que se insertan las utopías seleccionadas.⁴ De allí que tanto

⁴ Sobre este último punto resulta de interés señalar que si bien los autores consideran que “el inicio de la época iluminista llevará la influencia del pensamiento francés a todo el continente europeo, incluida Inglaterra, principalmente en las figuras de Rousseau y Voltaire” (p. 15), olvidan

en la introducción general como en las presentaciones individuales se proponga una guía o coordenadas de lectura que, partiendo de las variables mencionadas, den sentido a este *corpus* de textos utópicos más allá de la heterogeneidad de cada relato.

Dentro de los temas de reflexión compartidos se destaca en primer lugar la búsqueda de la plena felicidad (p. 8), tópico presente no solo en el género utópico sino en el conjunto de reflexiones ilustradas sobre la condición del hombre.⁵ Al menos en Inglaterra, su expresión máxima fueron sin duda las reflexiones que Samuel Johnson plasmara en el exitoso relato de viaje imaginario *The History Rasselas, Prince of Abissinia* (1759), escrito contemporáneo a las utopías analizadas cuya referencia en la introducción hubiese completado la puesta en contexto de los textos en cuestión. A su vez, en el siglo XVIII la búsqueda de la felicidad estuvo estrechamente vinculada con lo que podría

que en el caso particular de Voltaire, su pensamiento se había gestado paradójicamente a partir de su experiencia en Inglaterra entre 1727 y 1728. En efecto, sus *Lettres philosophiques* (o *Lettres écrites de Londres sur les Anglois et sur autres sujets*) de 1734 evidencian el profundo impacto que la religión, las ciencias, las artes y la política inglesas ejercieron sobre el *philosophe*. Se destaca en este sentido la introducción al *Suplemento a la historia de Robinson Crusoe*, de Martín P. González, quien resalta la importancia de comprender el contexto inglés “al amparo de la recepción de los acontecimientos revolucionarios franceses” (p. 430).

⁵ Véase para el caso de Francia el trabajo fundante de Robert Mauzi, *L'idée du bonheur au XVIIIème siècle*, París, Armand Colin, 1960.

considerarse una segunda idea-guía: la noción de progreso y el uso de la tecnología como instancia superadora de la tensión entre naturaleza y sociedad. De allí que la utopía dieciochesca sea concebida como una nueva maquinaria social (p. 11) en la que el ser humano aparece como el único agente de cambio (p. 13). Su destacada agencia sobre la naturaleza así como sobre las comunidades humanas es reconocida, sin embargo, como una herencia de la utopía *moreana*, que en la figura del rey *Utopos* ya había representado la victoria del hombre sobre la naturaleza y el establecimiento de un orden social libre de conflicto. El valor de la tecnología en función del progreso resulta, en cambio, un aspecto novedoso y no siempre desprovisto de ambigüedades. No debe olvidarse, en este sentido, que la Inglaterra del siglo XVIII es heredera de la llamada revolución científica pero reconoce, a la vez, las grandes contradicciones de la modernidad.⁶

Por otra parte, el carácter idiosincrásico de las utopías inglesas está dado por las posturas de sus autores frente a la noción de *Commonwealth* y sus derivaciones. Esto es, el problema de las formas de gobierno, las divergentes

⁶ La tensión entre los ideales de la Modernidad (expresados en el desarrollo científico y tecnológico en tanto fuerza liberadora) y la explotación y dominación del mundo como su contracara ha sido particularmente bien trabajada por Cecilia Lasa en su introducción a *Crónica sobre los gigantes recientemente descubiertos*, de Horatio Walpole.

miradas sobre la gobernabilidad y la idea de bien común. De allí que, mientras el anónimo autor de *La isla del contento o un nuevo paraíso descubierto* (1709) “respalda la figura del monarca como garantía de un orden casi perfecto” (p. 111), la reformulación de la historia de Robinson Crusoe realizada por Thomas Spence en 1781 cuestione el sistema político inglés y abogue por la administración comunitaria de la propiedad (p. 431). Al menos en Inglaterra, el *Commonwealth* configura entonces un pensamiento utópico (p. 14).

Merece atención un último tópico bajo el cual se aglutinan los textos: la expansión geográfica y la implantación de un imperio colonial. De las nueve utopías seleccionadas, es en el texto de James Burgh, *Un relato acerca del primer asentamiento de los Césares* (1764), y en la *Crónica sobre los gigantes recientemente descubiertos* (1798), de Horatio Walpole, donde se hace aun más patente el vínculo entre expansión ultramarina y reflexión filosófica. El hecho de que la utopía retome elementos propios del género del relato de viaje contribuye, no obstante, a que el tópico de la llegada a nuevos u otros mundos subyazga en la totalidad de las obras. En el caso de Burgh, la fabulada existencia de la ciudad de los Césares en algún punto de la región patagónica permite al autor concebir una comunidad ideal no del todo alejada de los vicios y controles de la sociedad de origen. Walpole, por su

parte, retoma el controvertido debate sobre la existencia de los gigantes patagónicos y sus derivaciones morales (p. 556) para proponer una sátira donde se exponen los conflictos ideológicos suscitados por la implantación imperial en ultramar y las consecuencias del dominio impuesto sobre poblaciones no europeas (p. 553).

La traducción por primera vez al español de un *corpus* textual menos transitado pero igualmente representativo del devenir del género utópico en la Inglaterra de la modernidad temprana representa una valiosa herramienta de trabajo para el estudio de una singular forma de reflexión filosófica, acaso una narración de lo propio desde una mirada extrañada. A su vez, el carácter de los relatos utópicos dieciochescos seleccionados permite reflexionar en torno a la “temporalización” del concepto de utopía propuesto por Reinhart Koselleck para el período de 1750-1850. Según el historiador alemán, la politización de la expresión “tuvo lugar por primera vez durante la revolución inglesa, en francés, durante la Revolución francesa y en alemán, de forma análoga a la Revolución francesa, el uso político de la expresión no se implantó hasta el Vormärz”.⁷ La

⁷ Reinhart Koselleck, *Historias de conceptos. Estudios sobre semántica y pragmática del lenguaje político y social*, Madrid, Trotta, 2012, p. 172.

temporalización de la utopía referiría entonces al proceso mediante el cual el concepto dejó de ser una representación espacial de un no-lugar para volverse una representación temporal enmarcada en un tiempo futuro. Koselleck construye su argumentación a partir del análisis de *L'An 2440, rêve s'il en fut jamais*, obra de Louis-Sébastien Mercier publicada por primera vez en 1770 en la que la sociedad ideal descrita no se encontraba ya en tierras lejanas e inexploradas sino en la misma ciudad de París 670 años en el futuro. Frente al caso francés, es lícito preguntarse qué variantes revelaría, en cambio, el estudio del contexto lingüístico en el que se insertan los escritos ingleses de la presente antología. Al margen de este objetivo, con más o menos recursos, el aparato crítico que acompaña a las utopías seleccionadas invita, sin duda, a volver sobre un tema que, a más de 500 años de la *editio princeps* de *Utopía*, sigue suscitando el interés de filósofos, historiadores y críticos literarios por igual.

Carolina Martínez
UBA / CONICET

Sobre este tema en particular puede también consultarse Reinhart Koselleck, “The temporalization of utopia”, en *The Practice of Conceptual History: Timing History, Spacing Concepts*, California, Stanford University Press, 2002, pp. 84-99.

François Furet,

La Revolución Francesa en debate. De la utopía liberadora al desencanto en las democracias contemporáneas,

Buenos Aires, Siglo XXI, 2016 (trad. Darío Roldán), 176 páginas

Si ahora la historia de un menú de restaurante, la historia de un gesto, la historia de lo banal cotidiano es tan importante como la decadencia del imperio romano o como la revolución francesa, el conjunto de los objetivos históricos pierde su relieve y su interés.

François Furet¹

El historiador francés François Furet (1927-1997) se dedicó a los grandes temas: la revolución, la democracia moderna y el comunismo fueron sus principales preocupaciones intelectuales. Su trayectoria inicial no es del todo original. Terminada la Segunda Guerra Mundial, cuando tenía 20 años, se incorporó al Partido Comunista. En 1956, luego de la invasión a Hungría por la Unión Soviética y con el comienzo del proceso de desestalinización, abandonó el comunismo y comenzó a situarse políticamente en la centroizquierda francesa, con una fuerte influencia de la tradición liberal. A partir de aquel momento, la tensión entre la libertad y la igualdad se constituyó en su inquietud fundamental.

¹ François Furet, “Democracia, igualdad, revolución”, entrevista de Noemí Goldman y Jorge Tula, *Debates en la sociedad y la cultura*, N° 4, 1985, p. 42.

Furet desarrolló su carrera como historiador profesional dentro de la Escuela de los *Annales*. A diferencia de Marc Bloch, Lucien Febvre y Fernand Braudel, sus reflexiones no aportaron al campo de las mentalidades ni se inscribieron en los estudios de la larga duración. Para el análisis de la Revolución Francesa siguió una línea alternativa de investigación, original dentro del grupo y para la época, en la que entrecruzó la historia política y la historia de las ideas. En este sentido, también se diferenció de la Escuela de historiadores marxistas sobre la Revolución Francesa de la Universidad de la Sorbona.

La ocasión para visitar las principales ideas de Furet sobre la Revolución Francesa nos la brinda Siglo XXI Editores que, a fines de 2016, editó *La revolución francesa en debate*. Se trata de una compilación de artículos publicados por el historiador en *Le débat*. El prefacio del libro corresponde a un artículo que Furet escribió en el primer número de esta revista de reflexión política fundada en 1980 por el historiador Pierre Nora. La obra, organizada en cinco capítulos, incluye una presentación de Mona Ozouf y un posfacio de Darío Roldán.

Al presentar estos textos, que sorprenden por su unidad conceptual pese a haber sido

escritos a lo largo de quince años, Ozouf señala que estamos ante una introducción al trabajo de historiador de Furet.

Posiblemente algunos pasajes resulten difíciles de descifrar para quienes no hayan recorrido sus libros anteriores. En este sentido, el posfacio de Roldán se vuelve un aporte imprescindible, gracias al recorrido que el autor hace sobre la biografía intelectual de Furet y las principales cuestiones abordadas en sus escritos.

En el texto que figura como prefacio del libro, titulado “La inteligencia de lo político”, Furet se pregunta por qué la intelectualidad francesa contempló con tanta simpatía a un régimen totalitario y asesino como el de Stalin. Este artículo anticipó las preocupaciones que lo llevarían a publicar *El pasado de una ilusión: ensayo sobre la idea comunista en el siglo XX* (1995). Furet entendía que la tradición política e intelectual del jacobinismo, recuperada por el marxismo francés, sirvió de antecedente para justificar la ausencia de libertades formales en las revoluciones francesa y rusa. Para el autor, los atropellos a las libertades de la democracia burguesa fueron exculpados por muchos de sus colegas ya que se los interpretó como el modo posible de alcanzar el fin último de la libertad “real”. La pregunta de Tocqueville en *El*

Antiguo Régimen y la Revolución (1856) sobre el vínculo entre la Revolución Francesa y la instauración de un régimen político despótico es aquí ampliada por Furet para aplicarla al caso soviético. Su idea es que la vigilancia y la represión en la URSS fueron exculpadas por los intelectuales franceses a partir de diferentes argumentos: el recrudecimiento del conflicto de clases, el culto a la personalidad de Stalin y las coyunturas específicas. Furet critica esta postura. Para él, los gulags no fueron una fatalidad fortuita sino el fruto inevitable de la naturaleza totalitaria del régimen soviético. Considera que el terror forma parte de la ideología revolucionaria en tanto esta pretende crear una sociedad sin contradicciones. En este sentido, la violencia no es una circunstancia de la revolución sino parte de su naturaleza. Furet explica que la simpatía de sus colegas y amigos de izquierda hacia la revolución soviética estuvo determinada por sus ideas sobre la Revolución Francesa y, específicamente, sobre la época del Terror, en la que por medio de la fuerza y el miedo se persiguió la utopía de la igualdad aun a costa de la libertad.

En el Capítulo 1, “¿La revolución sin el Terror? El debate de los historiadores del siglo XIX”, Furet revisa las diversas interpretaciones sobre el jacobinismo de los primeros historiadores de la revolución, desde Constant y Mme. de Staël hasta Michelet, sin dejar de lado a otros autores franceses del siglo XIX que recuperaron aquel período, como Edgard Quinet y Louis Blanc. Comienza este artículo

definiendo el jacobinismo como “un acontecimiento que une el culto del estado y el culto de la nación en torno a los valores igualitarios y a la lucha por la salvación pública” (p. 25). Esta caracterización permite pensar el fenómeno más como una categoría que como una época histórica, permitiendo no solo iluminar el pasado sino también reflexionar sobre el presente. Si, como afirma Constant, el jacobinismo y el Terror son la revolución misma (p. 27), ¿qué se puede decir de la Revolución soviética y el Gulag?, se pregunta Furet. Tal como entendía Quinet, ¿es necesaria una dictadura para fundar un Estado libre o, acaso, es posible pensar una revolución sin dictadura y centralización? Cuando recupera la definición de Michelet sobre el jacobinismo –“un tipo de poder fundado sobre el manejo de una ortodoxia ideológica, la disciplina de un aparato militante centralizado, la depuración sistemática de los adversarios y de los amigos y la manipulación autoritaria de las instituciones electivas”– (p. 52), ¿es factible considerar que estaba trazando un paralelismo con la Rusia estalinista? Probablemente, al recrear las diferentes interpretaciones de los historiadores del siglo XIX sobre el jacobinismo la intención de Furet haya sido repensar las consideraciones de sus colegas contemporáneos sobre el totalitarismo soviético.

Su permanente interés por los problemas del presente también se observa en el Capítulo 2, “La revolución en el imaginario político francés”, escrito en 1983. Este ensayo trata sobre la especificidad de la Revolución Francesa,

caracterizada por “ser en simultáneo la política y el fundamento de la política” (p. 57). Muchas de las ideas desplegadas en este breve texto han sido desarrolladas por el autor en la primera parte de su libro *Pensar la Revolución Francesa* (1978). Según Furet, ese gran laboratorio social que fue la Revolución Francesa creó representaciones políticas que permanecieron durante los siglos XIX y XX. Este capítulo permite comprender una de las particularidades del fenómeno francés. La Revolución Francesa fundó la igualdad, lo que significó una nueva sociedad y un hombre nuevo, que buscaron romper simbólica y materialmente con todos los cimientos del mundo previo. Esta igualdad no implica “que todos los hombres nazcan iguales en fuerza o inteligencia, sino que nadie tiene el derecho de someter a los otros puesto que cada uno posee la razón suficiente como para obedecer solo a su propia persona”.² Para ello se forjó la idea del individuo abstracto, que permite plantear la igualdad basándose en dos características de las personas: su autonomía y su racionalidad. La cuestión emergente era, entonces, descubrir cómo se construía una sociedad a partir de individuos aislados. Para ello, fue preciso pensar cuáles eran los lazos políticos que unían al individuo con sus compatriotas. Es decir, se volvió necesario conciliar a estos múltiples individuos aislados y autónomos con el sujeto de la soberanía, que era el pueblo-

² Furet, François, *Pensar la Revolución*, Barcelona, Ediciones Petrel, 1980, p. 45.

uno-e-indivisible. Como explica Furet, estos individuos, a la vez particulares e iguales, solo podían formar una comunidad en la exaltación abstracta del Estado. De este modo, la política se creaba a sí misma y creaba a la sociedad. Como se observa en el segundo capítulo, el gran desafío de la Revolución, y luego de la historia moderna de Francia, consistió en intentar conciliar la paradoja irresoluble de un poder soberano indiviso y una sociedad compuesta por individuos concretos con ideas e intereses diversos.

En los capítulos 3 y 4, “La idea francesa de revolución” y “Burke o el fin de una sola historia de Europa”, encontramos reflexiones sobre la Revolución inglesa y la Revolución norteamericana que brindan miradas alternativas frente a la aporía propia de la democracia francesa. En la idea inglesa de ciudadanía no se postula una igualdad abstracta. Por el contrario, se comprende que existen diversos intereses en la sociedad encarnados en individuos concretos y que lo que hay que representar es precisamente esos intereses.³ Esto hizo que, por ejemplo, no fuera problemático que existieran individuos sin la posibilidad de elegir a sus representantes políticos, toda vez que se creía que solo tenían que hacerlo aquellos que tuvieran un interés material concreto en el suelo nacional. Se consideraba que había diferencias concretas entre los individuos tanto en el plano

socioeconómico como en el político y, por lo tanto, no se percibía de manera conflictiva que algunos tuvieran acceso a elegir a sus representantes y otros no. Los sistemas electorales censitarios son fruto de esta concepción. Como explica Furet en estos capítulos, según la idea inglesa de ciudadanía se entiende que existen diversos intereses en la sociedad y que estos deben tener representación en el mundo político, lo que se basa en la concepción de que el mundo social preexiste a la política y el sentido de comunidad se genera a partir de la representación de estos múltiples intereses. Esta explicación es la que permite entender la representación plural inglesa y plantearla como un contrapunto a la representación del pueblo-uno instaurada por la Revolución Francesa. Furet se detiene en esta cuestión ya que, siguiendo a Edmund Burke, considera que existe un riesgo en la abstracción constitutiva de la democracia: el del despotismo (p. 105). Los ingleses lo solucionaron representando políticamente la multiplicidad que preexistía en la sociedad. Los estadounidenses defendieron las libertades individuales e impusieron un sistema institucional basado en el criterio de *checks and balances*. En cambio, en Francia este peligro inicial sigue existiendo, toda vez que la relación entre lo uno y lo múltiple se presenta como una aporía. La más clara demostración de ello fueron las apuestas políticas que buscaron consagrar en una persona la encarnación de toda la comunidad.

El último artículo de la compilación es “1789-1917: ida y vuelta”. Furet aprovechó la coyuntura de aquel momento –la celebración de los 200 años de la Revolución Francesa y la caída del Muro de Berlín– para pensar de manera conjunta las revoluciones francesa y rusa. Según sostiene el historiador, 1989 inventó algo nuevo y significó una verdadera ruptura con el mundo anterior. No ocurrió lo mismo en 1917: “1789 había dejado una estela resplandeciente de ideas e iniciativas. 1917 solo deja ver un paisaje en ruinas” (p. 119). Furet no recupera aquí a la Revolución Francesa como modalidad para producir cambios sino que prefiere consagrarla como el acontecimiento creador de la democracia. La Revolución Francesa le legó a Occidente dos conceptos fundantes. Por un lado, que los individuos tienen soberanía sobre sí mismos y sobre su modo de estar juntos. Por otro lado, que a través de la voluntad se puede reconfigurar lo social. La Revolución Francesa inauguró el mundo democrático no solo como un fenómeno francés sino como un derecho de todos los hombres (p. 116). Furet afirma que con el fracaso del modelo soviético es posible enterrar los aspectos negativos de la revolución y, al mismo tiempo, mostrar la actualidad de su legado. Con el muro de Berlín también cayó la idea mesiánica de un fin de la historia seguida del advenimiento de la felicidad colectiva que, en las experiencias históricas, se tradujo siempre en gobiernos totalitarios que confundieron la voluntad general, o la voluntad de las mayorías, con la

³ Pitkin, Hannah, *El concepto de la representación*, Madrid, Centro de Estudios Constitucionales, 1985, p. 111.

voluntad del todo. El fracaso de la URSS permitió dejar de lado esta dimensión de la Revolución Francesa y retornar a su gran aporte: la invención de la cultura democrática.

Así se llega al final del libro. Esta compilación de artículos, como toda síntesis, demanda un lector activo, que comprenda lo que lee y también aquello que no está desarrollado aquí sino en otro lugar. Sin embargo, hay algo que no pasará desapercibido

para nadie y es la fuerza de Furet como provocador. Con sus escritos, propone abandonar la mirada del mundo dividido en izquierdas y derechas y logra pensar las revoluciones francesa y rusa bajo otra perspectiva. Preocupado por el despotismo intrínseco de la pasión revolucionaria que busca reducirlo todo a la política, Furet recupera los temores ya planteados por Tocqueville sobre las sociedades democráticas e

insinúa que esta concepción sobre lo político es propia de la modernidad y puede encontrarse, con algunos matices y diferencias, en el mundo occidental del siglo XX y, aunque él no haya llegado a contemplarlo, también en el tiempo presente.

Sabrina Ajmechet
UBA / CONICET

Christophe Charle y Laurent Jeanpierre (dirs.),
*La vie intellectuelle en France. I: Des landemains de la Révolution à 1914 y II:
De 1914 à nos jours*,
París, Éditions du Seuil, 2016, 658 y 920 páginas, respectivamente

Entre las confrontaciones académicas y polémicas públicas a que dieron lugar las sucesivas interpretaciones sobre el lugar de los intelectuales en la sociedad francesa, Christophe Charle y Laurent Jeanpierre modelaron una empresa tan ambiciosa como arriesgada. Entre las imposiciones del mercado editorial sobre los modos de construcción de productos historiográficos “publicables” y el avance de las normas de evaluación universitaria y de organismos de promoción científica que impulsan la acreditación de excelencia a través de los artículos en “journals” internacionales, el proyecto de Charle y Jeanpierre se presenta a la vez como un producto de alta calidad académica orientado a un público no solo de especialistas, y un manifiesto historiográfico basado en la reactivación de la tradición intelectual francesa que asoció la historia y las ciencias sociales, y cuyo resultado más conocido fue la revista *Annales*. Ambos coordinadores, confesos discípulos de Pierre Bourdieu, convocaron a 130 especialistas para abordar diversas aristas de la “historia de la vida intelectual y de los marcos sociales del pensamiento” de Francia, un objeto que ofrece múltiples planos a los que asomarse.

La empresa surgió a partir de la comprobación de una

laguna historiográfica: la inexistencia de una historia intelectual contemporánea de Francia, desde la Revolución hasta la actualidad. Para Charle y Jeanpierre, las historias de las ideas, del pensamiento o las historias disciplinares, han ofrecido reconstrucciones parcialmente concentradas en la historia medieval o moderna, comúnmente centrados en los “grandes autores” y en las principales corrientes de ideas o escuelas. Estas narrativas, sostienen los compiladores, han respondido a lógicas de clasificación u oposiciones binarias propias de una secuencia evolutiva que tiene por resultado “etiquetas” para manuales que empobrecen el análisis. Las lógicas de las historias políticas e institucionales, y de las historias “heroicas” que brindan una mirada homogeneizada del campo intelectual, usualmente diluyen las divergencias y las tensiones propias de todo espacio social, simplificando los factores explicativos de determinadas configuraciones culturales. En muchos casos, los señalamientos sobre antagonismos entre agentes individuales o colectivos del campo intelectual suelen reducirse a potencias propias del “espíritu del tiempo” o a ponderaciones moralizantes y maniqueas entre tendencias transhistóricas.

Para los directores de esta imponente obra, tal vez dos de los rasgos más singulares de la tradición iniciada con Marc Bloch y Lucien Febvre que han perdido representatividad en el panorama historiográfico francés fueron el horizonte temporal de la *longue durée* y la búsqueda de aproximaciones sintéticas. Charle y Jeanpierre sostienen que pese al legado de *Annales*, de los diálogos de la historia con otras ciencias sociales, de los avances de la sociología histórica, la historia cultural y de las representaciones, y de los avances del enfoque geográfico y de las intermediaciones y circulaciones intelectuales, aún falta una mirada integral de la historia intelectual francesa. El aumento de investigaciones monográficas y en colaboración con investigadores de otros países no ha seguido el mismo ritmo de una divulgación de esos resultados por fuera de los círculos de hiper-especialización, tanto dentro como fuera de la academia. El desconocimiento mutuo entre disciplinas y sus aportes a una historia de la vida intelectual francesa y su relativo “encierro” respecto de la divulgación a más amplia escala se inscribe, además, en la recurrente crítica contra la práctica de una historiografía elitista o alejada de la agenda de discusión pública. La renovación de la historia de los

intelectuales, de la historia intelectual o de la historia de las ideas se desarrolló en Francia especialmente a partir de mediados de los años 80 a través de los aportes de Jean-Francois Sirinelli, Jacques Julliard, Christophe Charle o Pascal Ory. Pero, paradójicamente, este renovado interés por la vida intelectual se desarrolló en la medida en que los intelectuales franceses se mostraban flanqueados por numerosas críticas. La desaparición de algunos nombres mayores como Sartre o Foucault evidenció, para muchos, el cierre de un ciclo de existencia de la figura del intelectual público.

Al mismo tiempo, el proyecto de Charle y Jeanpierre pretende una problematización informada y poderosa contra el sobre-intelectualismo de cierta versión de la historia de las ideas a partir de un anudamiento con la historia social de los intelectuales y su variada escala (regional, global), la historia de las ciencias pero también aquellos saberes atentos a los modos de transmisión de la cultura, la historia de los medios de comunicación y la historia de la edición y del libro.

La ambiciosa propuesta intelectual de Charle y Jeanpierre intenta la producción de una síntesis, “a la vez una cartografía histórica y un balance retrospectivo” que desborde el enciclopedismo clásico, combinando una organización a la vez cronológica y temática. Esta búsqueda en favor de una “historia de problemas antes que de eventos” se concreta en una diagramación ágil y original a lo largo de los dos

tomos. Los libros se dividen en una introducción y cuatro partes extensas, delimitadas por la periodización ofrecida a partir de “momentos” que demostrarían cierta unidad en la dinámica de la vida intelectual francesa: antes de 1815 (“Héritages”), de 1815 a 1860 (“Les temps des prophéties”), 1860-1914 (“Les temps des groupements”), 1914-1962 (“Les temps des combats”), y desde 1962 hasta el día de hoy (“Les temps des crises”). Cada parte es prologada por un breve texto de presentación donde se trazan las problemáticas generales y se ofrece un balance de las interpretaciones vigentes, a fin de brindar herramientas para un “estado del arte”. A continuación de esa apertura, se despliega la información en torno a cuatro dimensiones particulares del quehacer intelectual (“Espacios públicos”, “Saberes e ideas políticas”, “Estética” e “Intercambios”). Cada sección, además de contar con un capítulo central, incorpora una profusa cantidad de textos de breve extensión, entradas que abordan temáticas puntuales del período tratado o que ofrecen un comentario sobre una figura intelectual, una empresa cultural o una obra singular. Esta disposición textual, que por momentos parece en extremo fragmentaria, parece beneficiar variados modos de lectura, a veces extensivos sobre un período, a veces intensivos sobre una serie de problemas acotados.

La primera sección presenta el “legado” construido durante el período 1780-1830, decisivo en las transformaciones tanto de las condiciones de trabajo intelectual, de las formas de

sociabilidad cultural y de la figura del *savant*. Jean-Luc Chappey ofrece una lectura de un ciclo de la vida intelectual francesa que, abierto por la renovación impuesta por la Revolución y luego consolidada durante el Imperio, consagró un lazo especial entre los intelectuales y la regeneración política ansiada. Escritores, filósofos y científicos tuvieron una relación compleja respecto de quienes orientaban el destino de los proyectos políticos franceses, especialmente interesados en regimentar el universo de los intelectuales. El surgimiento de las ciencias humanas y la ampliación del sistema de enseñanza superior brindaron condiciones para nuevas configuraciones de prácticas intelectuales tensionadas entre la innovación académica, el retorno del catolicismo al espacio público posrevolucionario, y el requerimiento político de un escenario europeo inestable. Ese marco, de aceleradas transformaciones, a juicio de Chappey propulsó cierta “obsesión por el pasado”, que ubicó al saber histórico como eje central en la construcción de la nacionalidad francesa.

La derrota política y militar de Napoleón abre el “El tiempo de las profecías” para los intelectuales franceses. Christophe Charle encuentra en ese equilibrio imposible de la sociedad francesa posnapoleónica una sucesión de “discordancias” en el seno de la vida intelectual que habilitará los más desafiantes emprendimientos políticos, sociales y culturales. Entre ellos, se observan los variables ángulos de los combates por la libertad de expresión disparados

por la Revolución y atravesados durante la Restauración por los reconocimientos y las denuncias contra las desigualdades de la “cuestión social”, para desembocar en los enfrentamientos contra la “censura de artistas” durante el Segundo Imperio, teniendo en cuenta tanto la práctica literaria y la edición de la prensa como el accionar de los músicos y los actores (Gisèle Sapiro).

Paralelamente, Stéphane Van Damme muestra la reorganización de los conocimientos a la luz de la consolidación de las disciplinas científicas y universitarias, lo que provoca una “nueva geografía de saberes” caracterizada por el renovado énfasis en la erudición humanística a la vez que se construyen las “ciencias sociales”, cercanas a los requerimientos del poder. En paralelo a este mundo de saberes, Alain Vaillant sugiere una interesante lectura de las innovaciones estéticas del romanticismo y del “nacimiento de la modernidad cultural” en Francia; mientras que Jean-Yves Mollier reconstruye el alcance continental de este proceso, atendiendo a la conformación de redes de contacto entre intelectuales franceses y del resto de Europa.

En la segunda parte de la obra, se presenta un nuevo escenario para la práctica intelectual en Francia, “Los tiempos de los grupos”, donde las disputas por las ideas se reproducen en los distintos rincones de la vida cultural francesa en la medida en que el número de productores de bienes simbólicos aumenta y se diferencia rápidamente, instaurando nuevas

sociabilidades intelectuales no reducidas a la universidad o a las academias. Las aristas del mundo intelectual francés permiten la proliferación de formaciones más autónomas respecto de las instituciones rectoras de la vida intelectual a partir de la emergencia y consolidación de circuitos de consagración alternativos asociados a los nuevos mercados de consumo y de difusión cultural. Esta transformación de la dinámica intelectual se caracteriza por las nuevas coordenadas geográficas de un mundo de relaciones de intercambio que convirtieron a París en la capital cultural mundial del siglo XIX (Blaise Wilfert-Portal). La práctica artística e intelectual ganó en autonomía al calor tanto de la expansión global del capitalismo, que atrajo recursos económicos a las grandes capitales europeas, como de la extensión de los públicos alfabetizados. El “espíritu científico” se consagra en Francia como la fuente de legitimación por excelencia de las “intervenciones sabias” (Jacqueline Lalouette), al mismo tiempo que la restructuración de los espacios para la expresión artística permitió la ampliación de la visibilidad internacional (Segolène Le Men). Francia registró durante este período el incremento de consumidores de bienes culturales, lo que se evidencia, entre otras dimensiones, en la expansión de la industria editorial, y en la consolidación de una “civilización del periódico”.

La “Gran Guerra”, como evento sin precedentes, dio inicio a un período donde los clivajes que confrontaron a las

diversas fracciones del mundo cultural francés propulsaron querellas que instauraron un modo de relaciones intelectuales frecuentemente regulado por la necesidad de una toma de posición sobre los asuntos públicos nacionales. A su vez, la vida intelectual francesa asistió al ascenso político y económico de los Estados Unidos, frente al cual proyectó su prestigio cultural (Marie Scot). Lejos de constreñir la autonomía del mundo de escritores, pensadores o artistas, las guerras europeas, las revoluciones sociales y políticas y las resistencias tercermundistas dispararon un nuevo repertorio de prácticas de intervención y compromisos para los intelectuales franceses que regularmente se inscribieron entre polarizaciones ideológicas (Enzo Traverso) e innovaciones estéticas atravesadas por la tensión entre modernismo y vanguardia (Daniel Sherman). Las diversas “tormentas de conflictos” a escala nacional e internacional habrían propiciado múltiples reordenamientos donde el rol del Estado francés pasó a ocupar un lugar central en la profesionalización de ciertas ocupaciones intelectuales –consagrando la figura del “experto” (Françoise Balibar)–, mientras que el campo literario se consolidó como el espacio de mayor dinamismo del universo intelectual. Los “escritores” y los “filósofos” devinieron en íconos característicos del “pensador francés” (Bruno Goyet y Philippe Olivera). Entre las expresiones científicas y las literarias, surgió en este período

un espacio dedicado a las ciencias sociales –respaldado por las nuevas políticas de recursos para la investigación y la enseñanza–, una ampliación de los medios de divulgación con la proliferación de revistas especializadas y un mercado editorial sensible a las novedades de la sociología, la antropología o las ciencias del lenguaje (Laurent Jeanpierre).

Finalmente, la última parte de la obra, dedicada a los últimos cincuenta años, coloca bajo el signo de las sucesivas crisis que afectaron al Estado de Bienestar europeo, las crisis ambientales y humanitarias desatadas en diversos puntos del planeta y las crisis ideológicas tras el derrumbe de la experiencia soviética, los modos en que esos sucesos interpellaron a los diversos agentes de la vida intelectual francesa (Thomas Brisson) en relación al supuesto triunfo inexorable de la mundialización capitalista y de los conglomerados intelectuales posmodernos, y las posiciones políticas ambiguas respecto del “compromiso público” de los intelectuales (Ludivine Batigny). El rol de los medios

masivos de comunicación alteró profundamente la relación entre los productores culturales y sus consumidores (Laurent Martin), otorgando un lugar preponderante a los nuevos “clercs”, los periodistas, y a los “think tanks”. Las nuevas condiciones para el desarrollo de carreras científicas e intelectuales en contextos de retracción de recursos presupuestarios consagraron la figura del “investigador” fuertemente internacionalizado (Christophe Bonneuil), a la vez que afectaron fuertemente las “intersticiales” ciencias sociales y humanas, menos requeridas por las necesidades del mercado (Mathieu Hachecorne).

A propósito de la disquisición que propulsa una mirada normativa sobre el pasado de la vida intelectual, sesgada tanto por los intereses corporativos como por anteojeras ideológicas, Charle y Jeanpierre sugieren en el preámbulo que “l’historien de la vie intellectuelle doit se prémunir contre ce manichéisme simpliste et ne doit pas réduire le tableau de la pensée d’une époque à la

question normative de l’hégémonie” (p. 11). La obra acierta en la producción de una síntesis histórica que consigna las complejas dinámicas del mundo intelectual más allá de los esquematismos, las retrospectivas nostálgicas o las proyecciones osadas sobre “el poder de las ideas”. Además de los reconocidos intelectuales con visibilidad pública, el enfoque privilegia a otros agentes productores de bienes simbólicos menos referenciados por las tradiciones dominantes. Los múltiples actores de la vida intelectual, los grupos y ámbitos a los que dieron vida, el variable ritmo de las instituciones culturales y sus respectivos contextos políticos y sociales de los últimos dos siglos enmarcan este proyecto editorial. En suma, el libro intenta un abordaje complejo de las formas históricas del espacio intelectual como *campo de fuerzas* a partir de una aproximación renovada e interesante.

Ezequiel Grisendi
PHAC-IDACOR-UNC / CONICET

Martín Baña,

Una Intelligentsia Musical. Modernidad, política e historia de Rusia en las óperas de Musorgsky y Rimsky-Korsakov (1856-1883), Buenos Aires, Gourmet musical, 2017, 256 páginas

El libro *Una Intelligentsia Musical. Modernidad, política e historia de Rusia en las óperas de Musorgsky y Rimsky-Korsakov (1856-1883)*, de Martín Baña, comienza con una advertencia: a pesar de lo que de su título pueda inferirse, este es un libro de historia, puntualmente de historia cultural. Sin embargo, la música tiene un rol indispensable en tanto constituye el corpus de fuentes sobre el que el autor solventará su análisis. En este sentido, es posible decir que la investigación es fruto de la interdisciplinariedad, pues a través de un enfoque que aúna los aportes de la historia cultural, así como de la historia transnacional, la historia conceptual, la filosofía, la sociología y la musicología, Baña intenta ofrecer una revisión crítica sobre la ópera rusa de la segunda mitad del siglo XIX. Aunque inevitablemente selectiva, la trayectoria que diseña sobre la ópera rusa decimonónica resulta, sin embargo, suficientemente comprehensiva como para proveer al lector un panorama de los debates historiográficos que prevalecieron a la hora de analizarla; desde los más tradicionales llevados a cabo por Vladimir Stasov y sus adscriptos, así como por la reescritura que surgió en las últimas décadas del siglo XX

de la mano de los estudios anglosajones con Richard Taruskin a la cabeza. Centrado en un recorte temporal entre 1855 y 1881, el autor tiene como propósito primordial ejemplificar cómo a través de la construcción de un discurso histórico por medio de la música, dos compositores rusos, Nikolai Rimsky-Korsakov y Modest Musorgsky, buscaron intervenir políticamente en un contexto signado por las reformas del zar Alejandro II, donde el avance de la modernidad suponía una reflexión sobre los problemas fundamentales de Rusia. Asimismo, fija un punto de mira central: la constitución en tanto *intelligenty* de estos compositores. A fin de abordar tan vasta problemática, Baña se remonta a los orígenes del concepto para destacar su profunda complejidad y así revertir la tendencia manifiesta que margina a los músicos de dicha tradición intelectual rusa. Por lo tanto, al caracterizar sus obras como claras formas de intervención política, el autor inscribe a Rimsky-Korsakov y a Musorgsky dentro de los *intelligenty*, recuperando así su verdadero valor: ser portadoras de una profunda crítica social.

Publicado en 2017, año en el cual –dato no menor– se cumplen cien años de la Revolución Rusa, el trabajo

comporta una serie de rasgos que lo convierten en un estudio acerca de la ópera rusa y de la intelectualidad no solo original, sino profundamente reflexivo y riguroso. Basado principalmente en el análisis de la música como fuente que expresa “ciertas verdades ocultas”, Baña busca corregir las falencias de la historiografía previa al considerar que ha descuidado la articulación entre contenido, forma y contexto; ya sea desde la historia o desde la musicología, abundan las visiones que tienden a menospreciar la relevancia de la realidad histórica y el rol de los músicos como miembros de la *intelligentsia*. El esquema de trabajo es claro y, sin duda, ambicioso: partir del análisis formal de las obras musicales para luego ir a los documentos históricos. Con esta propuesta, la música no queda subordinada al rol de “verificadora” de conclusiones resultantes del análisis de otras fuentes, sino que se posiciona como punto de partida de nuevas perspectivas. Por lo tanto, a través del análisis formal de partituras, libretos y recursos estéticos, el autor busca explicitar cómo los compositores, en tanto *intelligenty*, interactuaron con la modernidad en busca de brindar posibles respuestas frente a las múltiples causas por las que Rusia no accedía a

ella. Para Baña, la manipulación del material musical y la elección de la ópera histórica constituyen muestras certeras de una efectiva intención por parte de Rimsky-Korsakov y de Musorgsky de construir un discurso histórico musical, e inteligible a través del análisis de tres momentos/tres personajes emblemáticos para la historia rusa que luego se transformaran en tres óperas históricas. A saber: *Pskovityanka*, de Rimsky-Korsakov (compuesta entre 1868 y 1872), *Boris Godunov*, de Musorgsky (compuesta entre 1868 y 1872), y *Khovanshchina*, de Rimsky-Korsakov y Musorgsky (compuesta entre 1872 y 1883). El autor busca proyectar cierta lógica que las une a fin de presentarlas como un modelo de intervención que los compositores ponen en marcha para revalorizar el rol de la música como elemento reformador, portador así también de la tan anhelada modernidad.

Desde el principio el autor es claro al exponer sus hipótesis, objeto de estudio, metodología de trabajo y fuentes. Si bien es un análisis que ha sido resumido, ya que es una parte de la tesis doctoral de Baña, ello no entorpece la comprensión del mismo pues la organización en cinco capítulos es efectiva para desarrollarlo. Si bien se trata de un libro escrito para un público amplio, algunos pasajes pueden demandar una lectura más que atenta debido a la numerosa cantidad de citas a pie de página que reponen datos necesarios para la comprensión de la temática

abordada. Asimismo, dicha lectura atenta va de la mano de la continua necesidad de poner en contexto al lector, sobre todo en materia de historia rusa, cuestión que se evidencia al lidiar con un obstáculo conocido: la definición del intelectual. Para ello, el autor recurre a señalar la particularidad que reviste el concepto de intelectual en la historia rusa. Al incorporar la noción de *intelligentsia* para hablar de un grupo social surgido al calor del contacto con Europa a partir del reinado de Pedro el Grande, relacionado con la actividad intelectual basada en enunciar cierta crítica social comprometida con el desarrollo de soluciones a los problemas que enfrentaba su país, y en que el rol de sus producciones cobran importancia como intervenciones en el debate social, Martín Baña busca orientar al lector hacia la importancia de estudiar los casos de Rimsky-Korsakov y Musorgsky como exponentes de esta tradición. Sus óperas son valiosos instrumentos para indagar sobre la conformación de dicha *intelligentsia* rusa comprometida con una especie de “misión” basada en la protección de los valores democráticos y en la constitución de una vida musical propia.

A partir del prólogo escrito por José Emilio Burucúa, en que se señalan de manera detallada los méritos del análisis que seguirá a continuación, el lector se encontrará con un autor enfocado en guiarlo por el recorrido que ha trazado. Desde la introducción, Baña

busca rescatar el valor de la música como fuente para indagar sobre la historia de la Rusia del siglo XIX. El rescate de las diferentes tradiciones historiográficas que analizaron la temática, representadas por historiadores, críticos y musicólogos, ofrece una base pertinente para una revisión crítica que pueda superar la polaridad surgida entre los estudios clásicos como los de Rosa Newmarch, Michael Calvocoressi y Gerald Abraham, frente a la renovación anglosajona plasmada en los trabajos del mencionado Richard Taruskin, Robert Ridenour, Lynn Sargeant, Simon Morrison, Yuri Olkhovsky y Marina Frolova-Walker. El autor reitera la necesidad de encontrar matices para ofrecer una mirada lejana de aquella que veía a la ópera rusa del siglo XIX como el emblema del nacionalismo naciente, así como de otras en las que los compositores terminaban siendo considerados solo como músicos desideologizados y sus obras meros productos artísticos.¹ Si bien el análisis formal musical de las tres óperas constituye el núcleo duro de su ejercicio y su argumentación, el uso de testimonios brindados por los

¹ El autor afirma que quienes han analizado la ópera rusa se han visto condicionados al querer ofrecer análisis desligados de la “mitografía stasoviana”, generando así interpretaciones limitadas al momento de determinar el surgimiento de una identidad nacional durante el siglo XIX al igual que sobre el carácter ideológico de los compositores. En este sentido, Baña rescata los aportes de Micheal Steinberg, John Bokina y Herbet Lindenberger, Caryl Emerson y Robert Oldani.

propios compositores plasmados en diarios, cartas, etc. es un aspecto de gran valor, ya que le permite explorar la dimensión personal de Rimsky-Korsakov y de Musorgsky, incorporando reflexiones sobre la intencionalidad de sus intervenciones. Avanzando hacia el primer capítulo, el autor sitúa al lector de lleno en la segunda mitad del siglo XIX, precisamente en el período del gobierno de Alejandro II (1855-1881), cuando sus reformas ofrecieron una tímida posibilidad de modernización cultural y política. A partir de este recorte temporal, el autor despliega las acciones de los intelectuales para participar en los debates de la época. Dos ejemplos son clave: por un lado, el debate entre el publicista Vladimir Stasov y el compositor Aleksandr Rubinstein que versa sobre el rechazo o la aceptación de ciertos aspectos que conllevaba la modernidad, y el debate entre Vladimir Stasov y el compositor y crítico Aleksandr Serov sobre el legado musical de Mikhail Glinka en la ópera rusa. El capítulo manifiesta la tensión dentro de la misma *intelligentsia* sobre la disputa entre eslavófilos y occidentalistas, pero no como algo determinante sino como el punto de partida para visibilizar distintos modos en los cuales una modernidad política y cultural podía adecuarse a Rusia. Entonces, la música, y puntualmente la ópera, se torna un dispositivo para rastrear el vínculo de Rusia con Europa, pero también en el que se construyen identidades y métodos de intervención

particulares con el fin de promover alternativas políticas frente a la autocracia zarista. En el segundo capítulo, Baña desarrolla el concepto de *intelligentsia* en un estudio de caso: el *Kruzhok* de M. Balakiriev. Mediante el análisis de un grupo de intelectuales en tanto segmento fundamental representante de dicha *intelligentsia*, el autor demostrará cómo la emergencia de círculos de intelectuales tendió a impulsar la creación de un campo musical en Rusia, reforzando así sus vínculos con la modernidad europea, y generando algunas respuestas para los interrogantes abiertos.² Apoyados en el trabajo colectivo y amateur, aislados del pueblo y de la autocracia, pero conscientes de su misión como guardianes de valores democráticos y portadores de una conciencia social, el círculo constituido por el mismo Balakiriev, C. Cui, A. Borodin, M. Musorgsky y N. Rimsky-Korsakov, funcionó como un espacio de experimentación musical e intelectual en el que sus actividades estaban al servicio de la resolución de estos problemas que la modernidad suponía.

Los tres capítulos siguientes constituyen un bloque

² El autor destaca que en materia musical la modernidad europea estaba representada por Alemania, mientras que Francia, entendida como la Revolución Francesa, encarnaba la modernidad política. También aclara que la ausencia de un lugar relevante para los músicos y la música de tradición escrita dentro de la sociedad rusa será vital para comprender cuán relegados estaban respecto de esta, y consecuentemente la competencia directa con música y músicos extranjeros.

homogéneo que plantea un mismo argumento: la construcción musical de un discurso histórico que da cuenta de la relación modernidad europea-realidad rusa. Baña propone una pregunta eje que será respondida mediante el análisis formal de cada ópera histórica particular. En este sentido, el Capítulo 3: “La *Pskovityanka* de Rimsky-Korsakov o una exposición de los problemas fundamentales de Rusia”, el Capítulo 4: “El *Boris Godunov* de Musorgsky o las causas de los problemas fundamentales de Rusia”, y el Capítulo 5: “La *Khovanshchina* de Musorgsky o una solución a los problemas fundamentales de Rusia”, se traducen en tres simples pero contundentes preguntas: qué, por qué y cómo, sintetizando la esencia de lo que para el autor expresan estas obras. Es decir, a través de estas tres óperas vistas como un todo, Baña busca transmitir la posibilidad de interpretarlas como un programa donde se parte de un diagnóstico de los problemas que aquejan a Rusia, se rastrean sus causas y finalmente se ofrece una posible solución a ellos. Estas preguntas se traducen en una crítica al zarismo y a la autocracia, una apelación a la ilegitimidad de su poder y a la interpelación de Europa pensando en la especificidad de la realidad rusa, respectivamente. Así, los compositores agrupados en *Kruzhok* de Balakiriev, y denominados simplemente como *Kuchka*, articularon de manera “selectiva” elementos musicales provenientes de Europa con las problemáticas políticas y culturales-musicales rusas, y a partir de esa

combinación surgieron recursos estéticos específicos que buscarían intervenir en el campo intelectual ruso.³

³ Respecto de los recursos estéticos, el autor presenta un cuidadoso examen del "recitativo melódico", aquel considerado como emblema del grupo de Balakiriev, así como la revalorización del uso de leitmotifs, canciones folklóricas y la combinación de texto y música para

Los objetivos que se propone el autor al inicio del libro pueden darse por cumplidos con el adecuado cierre que ofrece la breve conclusión. Más allá de la reiteración de ciertos datos clave y de algunas

generar narraciones musicales: cuatro ejemplos de elementos que pueden ser tomados como netas intervenciones.

mínimas fallas de edición –resultantes del recorte que el autor hizo de su tesis–, el libro constituye un destacado aporte para el estudio de la ópera rusa del siglo XIX, así como de la *intelligentsia* rusa.

Sofía Blanco Ivanoff Ialamoff
Universidad de Buenos Aires

Adrián Gorelik y Fernanda Areas Peixoto (comps.),
Ciudades sudamericanas como arenas culturales,
Buenos Aires, Siglo XXI, 2016, 466 páginas

Con la publicación de *Ciudades sudamericanas como arenas culturales*, el volumen organizado por Adrián Gorelik y Fernanda Areas Peixoto, se acaba de producir un llamado de atención al campo de la historia urbana y cultural. Si acordásemos que tal campo existe hoy de manera consolidada en América Latina, este libro lo interpela en sus presupuestos teórico-metodológicos. El libro es un gesto –o así debería ser interpretado– dirigido a preguntarse qué hacemos cuando hacemos historia cultural urbana. No es menor esta pregunta cuando se puede observar que con frecuencia se realiza un análisis “disociado” o parcial al abordar cultura y ciudad: pues, o bien se toma la ciudad a través de sus representaciones sin indagar las materialidades o, por el contrario, se narra una historia sociocultural que “porque sucede en la ciudad” se dice urbana, y la ciudad es tratada meramente como un trasfondo de la historia que se quiere contar.

La mirada cultural sobre la ciudad o el análisis de la cultura urbana ha proliferado, como indican los compiladores del libro, con los estudios culturales; sin embargo, ha faltado una mirada comparativa –entre ciudades de una región, por ejemplo–, así como una pregunta de cómo ciudad y cultura se afectan mutuamente. Con este propósito el libro se compone de veintitrés ensayos

breves que exploran lo urbano y lo cultural a través de diversos objetos, momentos, grupos sociales o productos culturales, en ciudades como Buenos Aires, Córdoba, La Plata, Caracas, Bogotá, Quito, Lima, Santiago de Chile, Salvador de Bahía, Brasilia, Río de Janeiro, San Pablo y Montevideo. Escrito por autores con una variedad de perspectivas disciplinares y modos de abordaje que van de la historia de la arquitectura a la crítica literaria pasando por la sociología y la historia cultural, el libro se organiza en cinco partes ordenadas cronológicamente sin que esto implique una estricta periodización: Laboratorios culturales (Entresiglos), Lenguas para lo nuevo y la memoria (años 1910-1930), Escenas de modernización (años 1940-1970), Escenas partidas (1940-1970) y Espectáculos urbanos (años 1990-2010). Cada texto podrá atraer más o menos al lector según sus inquietudes, intereses o perspectivas, ya que hay temas de corte más arquitectónico, y otros de impronta literaria y/o política. Se puede encontrar un repertorio diverso que toma como objeto de estudio una calle, un sitio, un edificio, consumos populares tanto como grupos intelectuales, eventos en un año determinado, pero en todos ellos existe el ejercicio de “ida y vuelta” en las materialidades y los sentidos.

El libro comienza con un señalamiento importante acerca

del título “arenas culturales”, acuñado por Richard Morse, pues contiene la fórmula de lo que se busca investigar así como el gesto de retomar una tradición (¿trunca?) de historizar las ciudades junto a sus significados, prestando atención al proceso en que esa mutua afectación se produce. Como lo ha señalado el propio Adrián Gorelik en una entrevista en la revista *Márgenes* (en su número 2, de 2015): la ciudad es “un objeto que, para poder entenderlo, hace falta saber algo de cloacas y algo de representaciones culturales”; pero no como espacios discretos que corren en paralelo sin afectarse, sino todo lo contrario.

En esta tarea, entonces, los compiladores de *Ciudades sudamericanas* construyen una tradición a partir de Morse interpelando el estado del arte en los estudios de ciudad y cultura desde una mirada más abarcadora que los trabajos “monográficos” que se han focalizado en explicar una ciudad específica. Como señalan Gorelik y Areas Peixoto, aquella especificidad había abandonado la perspectiva comparativa (“latinoamericanista”) para dar cuenta de la singularidad de las ciudades en un contexto regional e incluso global.

Decir que existe una mutua afectación puede volverse una fórmula opaca y vaga (como Bruno Latour le critica a la

mirada dialéctica) si ese principio orientador no se expone en su funcionamiento. Es en este sentido que el libro tiene un propósito teórico-metodológico con un fuerte carácter experimental y no es una mera compilación de monografías sobre historia urbana cultural. Primero, porque se ha congregado a investigadores de diferentes disciplinas para, justamente, hacerse cargo de la complejidad de la cultura urbana y, por lo tanto, de su inherente polifonía: no solo aquella propia de toda ciudad sino de los registros de lectura y escritura que se hace sobre ella (quizás, el primer desafío para los compiladores y los lectores de este libro). Segundo, porque los textos que se compilan cumplen una consigna: la de buscar determinados eventos, objetos, fenómenos que condensen esa relación entre ciudad y cultura, y permitan observar el proceso en detalle, como una microscopía –para retomar la metáfora de Martínez Estrada–. De modo que la obra se constituye de pequeños ensayos (porque se trata de textos breves) en el contexto de un ensayo mayor que es el libro.

Por tanto, es el carácter experimental del proyecto el que debería tenerse en cuenta a la hora de abordar este libro. De allí que pueda sugerirse que no debiera ser tomado apenas como una compilación de monografías destinadas a leerse por separado, de forma individual. Ello podría conllevar un profundo malentendido sobre el carácter del experimento, que radica, justamente, en el conjunto de los trabajos, en las diversas formas de volver siempre sobre

la pregunta acerca de la ciudad como arena cultural.

Ciudad y cultura, cabe aclarar, no son conceptos acabados. Por ello los trabajos de este libro parecen abrirse a casos muy diversos, enfocados desde diferentes registros de escritura, revelando la polifonía de la arena cultural urbana. Si sobre la diversidad de miradas es donde opera este experimento, también lo es la amplitud de ciudades consideradas, que logra situar al lector no solamente en las grandes metrópolis o las capitales del subcontinente –otro gesto relevante de este libro–. No obstante, diez de los veintitrés textos abordan ciudades brasileñas (Río de Janeiro y San Pablo principalmente, además de Brasilia, Recife y Bahía) formando casi un bloque en sí mismo en que las ciudades, salvo San Pablo y Recife, comparten el hecho de haber sido o ser ciudad capital. Esta sobrerrepresentación, si se quiere, permite leer diferentes ciclos de la historia urbana brasileña, lo que otorga un interesante aporte a los lectores no familiarizados con la misma, especialmente en el mundo de habla hispana.

Ciudades sudamericanas, también podría decirse, es un “modelo para armar”. Este mapa de arenas culturales sudamericanas es inacabado, no solo por las ciudades o historias que faltan –el libro no se propone la exhaustividad– sino por un “resto” que debe ser completado por una lectura activa. Si se sugiere leer el libro en su totalidad para comprender el experimento, al mismo tiempo hay que decir que se trata de una totalidad

incompleta. Lo inacabado del libro es una invitación al lector. La ruta está perfectamente trazada y fundamentada en la “Introducción”, en la que se establece el punto de partida, se explican claramente las decisiones tomadas y se advierte acerca de la flexibilidad necesaria para leer el libro de diferentes modos (el lector puede moverse en diferentes sentidos, sin seguir necesariamente el orden cronológico de las cinco partes del texto). Quizás hubiera sido conveniente un epílogo en el que se sintetizaran los resultados del experimento; que cerrara, de algún modo, el juego que se abre en la Introducción. Sin embargo, dicho reclamo atentaría contra el experimento mismo, que no busca dar una respuesta imperativa o acabada sobre cómo hacer historia cultural urbana. Más bien, como se dijo al principio, es un llamado de atención al campo de la historia urbana y a la historia cultural en el que se señala un camino que, aunque con antecedentes y tradiciones, necesita más bien ser construido que simplemente transitado. En otras palabras, *Ciudades sudamericanas* (de)muestra lo que es posible hacer si se considera la polifonía de lo urbano. Pero, al mismo tiempo, el libro deja mucho por hacer. De allí que el gesto resulte estimulante antes que prescriptivo.

Otro aspecto a tener en cuenta es que si bien, geográficamente, se quiere dar cuenta de procesos en múltiples ciudades de Sudamérica y tener una mirada comparativa, historiográficamente las partes del libro no constituyen bloques históricos compactos. No hay

una intención de periodizar y caracterizar los períodos para un relato histórico como podemos encontrar en uno de los trabajos fundamentales de la historia cultural urbana latinoamericana, *Latinoamérica. La ciudad y las ideas*, de José Luis Romero –libro que no deja de aparecer como un eco constante, aunque no se lo cite–. Lo que primero que salta a la vista en ese diálogo con el libro de Romero son los diferentes *tempos* de las ciudades. Es cierto que existen fenómenos que caracterizan a las ciudades de la región, que comparten procesos similares, pero el ritmo singular y el modo en que se tramita la historia en cada ciudad parecen ser diferentes. Este es un gran llamado de atención para el anquilosamiento que ha producido la lectura del gran libro de Romero, a quien suele citarse para caracterizar períodos de la ciudad que se va a estudiar (la ciudad patricia, la burguesa, la de masas) como si fueran períodos estancos. Dicha periodización, incluso, no era el fuerte del libro de Romero. Había períodos en que se forzaba la caracterización de Buenos Aires o que no le correspondían (era una ciudad burguesa y masiva antes de 1930, por ejemplo). Lo interesante del trabajo de Romero es el entramado de las relaciones sociales que se tejían dando forma a las ciudades o el modo en que una ciudad se caracterizaba por ese entramado.

En el modo cronológico en que se organiza el libro podemos detectar signos sobresalientes de ciertos períodos que parecen ineludibles, como la modernización desarrollista de

mediados del siglo xx en consonancia con la aparición de las villas (o su representación, como indica el texto de Gorelik sobre Buenos Aires), o la ciudad del espectáculo de las últimas tres décadas, etc. Sin embargo, el experimento de tomar eventos que condensen las relaciones entre ciudad y cultura como centro del análisis provoca nuevas temporalidades cuyas reverberaciones pueden tomar muchos años o ser fugaces. El tiempo mismo puede, incluso, volverse tema de análisis. Es el interesante riesgo que asume Ana Clarisa Agüero, por ejemplo, al tomar un año (1918) en la vida política y social de Córdoba para pensar la ciudad de la Reforma. Esos tiempos condensados de la política y la ciudad durante acontecimientos históricos significativos también pueden leerse en la Santiago de Chile como capital de la izquierda (1970-1973) que aborda Gonzalo Cáceres, o al leer el año 1950 como condensación de la modernización para Caracas en el texto de Gustavo Guerrero. Entonces, allí, el lector puede (re)agrupar los textos que corresponden a diferentes partes del libro para leerlos por afinidad temática. Podrían leerse los textos que exploran la cultura popular (Quito a través del trajín callejero, la Copacabana de la clase media, el lunfardo de Buenos Aires) o leer en conjunto aquellos que abordan consumos culturales como el cine (Buenos Aires a través del Bafici, el teatro en San Pablo y la telenovela en Río de Janeiro). Y en esos reagrupamientos, que implican no seguir el orden de presentación del libro, el

experimento seguiría funcionando: la ciudad es significada tanto como la cultura se espacializa y materializa. También, según sugieren los compiladores, algunas ciudades pueden verse como espejos a partir de las agrupaciones.

Probablemente no hay un programa que indique cuáles son los temas privilegiados para una historia cultural urbana pero, por momentos, el lector de este libro puede encontrar un énfasis en el análisis de élites o vanguardias culturales (que tendría sentido por cuestiones muchas veces metodológicas, como la existencia de documentos o registros de una producción cultural, pero también por cómo se define cultura). No obstante, el volumen también contempla fenómenos de consumo popular masivo (especialmente en ciudades brasileñas) o de cultura popular –como el uso del espacio (el “trajín callejero”) en Quito, que realiza Eduardo Kingman Garcés, o el caso del lunfardo en Buenos Aires, que estudia Lila Caimari–. Asimismo, puede verse a través de algunos ensayos la circulación de voces, imágenes, o sentidos entre distintos grupos sociales. Pero en tanto proceso de mutua afectación –ese proceso de conexiones, tan inteligentemente señalado por Romero, que torna permeables a los sectores sociales–, posiblemente necesite mayor despliegue e indagación.

Dhan Zunino
CHI-UNQ / CONICET

Álvaro Morcillo Laiz y Eduardo Weisz (eds.),
Max Weber en Iberoamérica. Nuevas interpretaciones, estudios empíricos y recepción,
México, Fondo de Cultura Económica/Centro de Investigación y Docencia Económicas,
2016, 704 páginas

En un libro de ensayos publicado hace más de una década, Ricardo Piglia reflexionó sobre la figura del lector, tomando como ejemplo y punto de anclaje a algunos de sus más ilustres exponentes. Personajes oriundos de la ficción, a la manera de Emma Bovary y Alonso Quijano, y otros extraídos de la realidad, como Ernesto “Che” Guevara y Sofía Tólstoi, se prestan para explorar, en palabras de Piglia, no tanto “qué es leer, sino *quién* es el que lee (dónde está leyendo, para qué, en qué condiciones, cuál es su historia)”.¹ *El último lector*, título que enmarca la obra referida, plantea pues los rudimentos de una teoría de la lectura, bajo el supuesto de que todo texto depende, no solo del autor, sino también –e incluso sobre todo– de su posible receptor.

Aunque con otro ángulo y objeto, tal es igualmente la premisa que subyace en *Max Weber en Iberoamérica*, volumen ideado, según se indica en las páginas introductorias, como una “invitación a leer a Max Weber y, por esa vía, pensar sobre la trayectoria de las ciencias sociales después de 1945” (p. 19). A cumplir ese propósito se

orientan los 24 ensayos allí reunidos, distribuidos en función de cuatro divisiones temáticas y de enfoque. En esa lógica, mientras ofrecer claves explicativas para adentrarse en la obra de Weber, entendida como un todo, constituye el propósito de la primera sección, la siguiente se detiene en aspectos más acotados, se trate de su concepción de la historia, de sus análisis en torno a la religión o de aquellos estudios que se centran en la economía. Siete ejercicios de teoría aplicada al ámbito latinoamericano conforman el contenido de la tercera sección, con lo cual se confirma el valor y la pertinencia de los conceptos weberianos en distintos tiempos y lugares. En reconstruir, desde una perspectiva histórica, las lecturas que han pautado la comprensión de su obra en el mundo ibérico radica, por último, el cometido de la cuarta sección, central para fundamentar la principal tesis que rige el volumen. Ella consiste en afirmar que “el proceso de recepción de Weber en el medio académico de habla hispana ha sido parcial y, a menudo, sesgado”, con lo cual se alcanzó una singular paradoja: “Mientras que los lectores de nuestra lengua tenían en los años cincuenta mayor acceso a Weber que los de inglés o francés, en los sesenta no sólo habían perdido

el tren de las traducciones sino también el de las interpretaciones” (p. 21).

Sin posibilidad de abarcar en detalle el conjunto y con ánimo de subrayar los elementos de interés para una historia de tipo intelectual, este comentario se ciñe a la sección final del libro, cuyo significativo título –“Las lecturas de Weber”– no debe pasarnos inadvertido. Quién lee, dónde está leyendo, para qué, en qué condiciones, cuál es su historia, constituyen, en efecto, las preguntas que articulan los cuatro capítulos ahí reunidos, concebidos para explicar, interpretar y hacer inteligible la recepción de Weber en Iberoamérica. Pese a la amplitud anunciada, la referencia no resulta en exceso desmedida, dado que el espacio contemplado incluye grandes porciones del mundo luso e hispanohablante y, más en concreto, México, Argentina, España, Chile y Brasil. Así, mientras el capítulo inicial, a cargo de Álvaro Morcillo Laiz, ofrece algunas instantáneas de los primeros tres países mencionados, Juan Jesús Morales Martín se ocupa en el siguiente del ambiente que en las ciencias sociales primó en el Cono Sur hacia mediados del siglo anterior. Las discusiones, en ocasiones encendidas, acerca de la validez y pertinencia de los conceptos weberianos en la sociología brasileña fue el tema

¹ Ricardo Piglia, *El último lector*, Barcelona, Anagrama, 2005, p. 24 (cursivas en el original).

que eligió, por su parte, Glauca Villas Bôas en un ensayo que examina cuatro décadas en el desarrollo de la disciplina. Solo el último trabajo trasciende las fronteras regionales, al centrarse en el proyecto que condujo a la edición y publicación de las *Obras Completas* de Max Weber en alemán. Al tomarse esa licencia geográfica, sin embargo, Edith Hanke no solo lanza una velada advertencia sobre el potencial error de limitar la historia intelectual a un confín territorial; también aborda un aspecto esencial en cualquier estudio enfocado en las particularidades de una recepción. Se trata de la construcción de un corpus textual y sus respectivos referentes, mismos que, junto con la circulación de las ideas y los procesos de apropiación, permiten entender cómo se configuraron las claves de lectura prevalecientes en cierto tiempo y lugar.

Aunque en distinta escala y dimensión, igualmente amplio es el número de actores que desfilan por esas páginas. Sociólogos, filósofos y politólogos de renombre, como José Medina Echavarría, Gino Germani, Javier Conde, Francisco Ayala, Maria Sylvia de Carvalho Franco, Fernando Henrique Cardoso y Florestan Fernandes, aparecen como los protagonistas del relato, en su doble papel de intérpretes y mediadores del pensamiento weberiano en la región. A partir de una serie de diálogos, colaboraciones y entrecruzamientos, pero también de contradicciones, antagonismos y enfrentamientos, todos ellos contribuyeron a forjar aquello

que Juan Jesús Morales Martín denominó, en el segundo capítulo que integra esta sección, “corredores de ideas” y “puentes de papel”. A contracorriente de la antigua historia de las ideas, tendiente a privilegiar el examen abstracto y en ocasiones casi etéreo de la esfera espiritual, estas nociones tienen la virtud de subrayar el carácter concreto que reviste el intercambio intelectual, configurado a partir de individuos, redes, instituciones y circuitos editoriales. Y pese a poseer la desventaja de connotar una transferencia sin fisura o distorsión, referirse a “corredores de ideas” permite calibrar el peso específico que la circulación de personas adquiere en el momento de difundir un sistema, una teoría o una doctrina más allá de su particular contexto de origen.

Un ejemplo eminente de dicha movilidad aparece en la figura de José Medina Echavarría quien, en sus sucesivos traslados de México a Puerto Rico y, finalmente, a Santiago de Chile, enfrentó el reto de adaptar su lectura de Weber a los distintos entornos que le prestaron acogida. Al colocar el acento en las condiciones estructurales de llegada, compuestas por el índice de receptividad, las redes académicas y el entramado institucional preexistente, Morales pone de manifiesto el constante proceso de negociación que interviene en el momento de establecer cualquier vaso comunicante entre distintos espacios y actores. Ello se debe a que únicamente al reconocer el carácter a la vez individual y colectivo que distingue a la transmisión es posible

comprender cómo se articulan, transforman y asientan las normas, los patrones de conducta, los códigos de lectura y los mecanismos impersonales que regulan y van fijando una disciplina como lo es, en este caso, la sociología.

Quien recorra esas páginas se encontrará igualmente con mediadores que hasta ahora habrían permanecido en la penumbra, quizá debido a la renuencia a admitir la inevitable injerencia de factores económicos en un saber concebido —o al menos pretendido— como científico y desinteresado. Se alude así a los proveedores de financiamiento, papel que desempeñaron, en el examen de Morcillo Laiz, las fundaciones filantrópicas estadounidenses durante el período comprendido entre los años cuarenta y setenta. Cuatro estudios de caso, situados respectivamente en Argentina, España y en dos momentos del desarrollo institucional mexicano, sirven para contrastar y evaluar la incidencia de estas corporaciones en la recepción de Max Weber en español. Al proponer como variable la captación o ausencia de fondos extranjeros, el autor articula una no por sólida menos polémica tesis, consistente en convertir los recursos materiales en un factor decisivo en el momento de elegir cierta orientación interpretativa. Siguiendo el hilo de la argumentación se descubre, no solo por qué terminó por triunfar una ciencia social de signo no marxista, sino cómo las fundaciones lograron subvertir las correlaciones de fuerzas en el contexto local. Una prueba radica en que, al

establecer una relación de dominación racional con sus beneficiarios, los mediadores económicos favorecieron que personajes de rango intermedio, como Gino Germani, se encumbraran en la escena académica argentina, mientras que otros, como Alfredo Poviña, sufrieron un paulatino declive al verse privados de tan preciados insumos financieros. Aunque haría falta todavía calibrar las aptitudes individuales de los actores y sus estrategias de negociación, evitando así cualquier viso de mecanicismo, Morcillo Laiz hace de este modo evidente que las consideraciones teóricas fueron también respuestas prácticas a los problemas y necesidades que imponía su presente y, más en particular, que en esas prácticas se puso en juego no solo la estima social y el prestigio profesional de los participantes, sino la manera de definir la disciplina y los criterios que guiaron su cultivo.

Otro novedoso objeto de estudio, prácticamente ausente en las investigaciones en la materia, surge a la luz por la pluma de Glaucia Villas Bôas, quien se centra en el silencio que durante largo tiempo envolvió el pensamiento de Max Weber en el Brasil. Una tradición local, a la vez crítica, autónoma y altamente creativa, propició el desinterés por amplias dimensiones de su obra, así como el rechazo de ciertos postulados, en particular aquellos que conciernen a los tipos ideales. El análisis, sin embargo, no se reduce a una página en blanco, sino que, a la manera de una imagen en

negativo, la no recepción de Weber ofrece un mirador privilegiado para explorar cómo se configuró la historia de la sociología en el Brasil. Los motivos para impugnar su validez y los argumentos esgrimidos en su contra, tal como se blandieron en la polémica entre Maria Sylvia de Carvalho Franco y Fernando H. Cardoso en los años sesenta, revelan la clase de estrategias, actores y redes que operaban en el campo, junto con sus reglas de juego, sistemas de valores y normas de conducta. La autora logra así extraer la controversia de su anclaje meramente coyuntural para ofrecernos un amplio mapa de este campo y nos recuerda, al mismo tiempo, que “la apropiación de las ideas es selectiva e interpretativa, y se somete a valores e intereses” (p. 654).

Una lección análoga se deriva del último capítulo, centrado en el largo y en ocasiones tortuoso proceso de edición de la *Max Weber-Gesamtausgabe* (MWG). Las casi cuatro décadas transcurridas entre el planteamiento inicial y la publicación de los 33 volúmenes que hasta ahora han aparecido conforman el marco temporal en que Edith Hanke, la actual directora de ese proyecto editorial, encuadra el relato. Su contenido, por otra parte, se encuentra punteado por datos del mayor interés, como el hecho, en modo alguno trivial, de que en el origen de la empresa se hallara la búsqueda de una matriz intelectual alternativa a la que representaban Karl Marx y

Friedrich Engels, cuyas *Obras Completas* se editaban entonces en la República Democrática Alemana. A largo plazo, no obstante, la puesta en marcha de esta serie consiguió trascender su objetivo circunstancial, no solo al promover un renacimiento de los estudios weberianos dentro y fuera de las fronteras nacionales, sino al fijar un modelo editorial, a la vez riguroso, crítico y científico, todavía vigente en el ámbito académico. A esa permanencia y resonancia sin duda responde la confianza de Hanke al afirmar que “la MWG ofrece un acceso directo a la obra completa de Max Weber y contribuye a una comprensión mejor de la obra mediante la elaboración y la contextualización histórico-crítica” (p. 676). Además de olvidar que el acto de seleccionar, clasificar y ordenar un conjunto de textos incide de manera necesaria en la interpretación que en cada momento se alcanza, se pone de este modo en evidencia un gesto común en la academia: el deseo de convertirse en el último lector y aportar la versión definitiva acerca de un tema, una obra, un autor. Lejos de satisfacer deseos semejantes, sin embargo, libros como este garantizan que no haya últimas palabras, sino tan solo un proceso, continuamente renovado, de lecturas y relecturas de Max Weber.

Aurelia Valero Pie
UDIR-UNAM

Maristella Svampa,
Debates latinoamericanos. Indianismo, desarrollo, dependencia y populismo,
Buenos Aires, Edhasa, 2016, 562 páginas

En su reciente libro Maristella Svampa reconstruye los núcleos temáticos que atraviesan el pensamiento latinoamericano en torno a cuatro grandes conceptos: indianismo, desarrollo, dependencia y populismo. La obra reconstruye la producción teórica latinoamericana, destaca el papel de ciertas figuras intelectuales, instituciones políticas y académicas, y sustancialmente se centra en el rastreo de dichos conceptos o cuestiones que atraviesan tanto el campo intelectual como el político. Si bien el texto no se posiciona bajo el prisma de la historia intelectual, la obra no deja de constituir un interesante aporte a esta perspectiva. Es precisamente en esa zona gris entre campo intelectual, producción teórica y arena política que la historia intelectual en contacto con otras disciplinas (como la sociología, la teoría política, la filosofía, entre otras) resulta especialmente valiosa.

En efecto, al escuchar la presentación del libro que la socióloga argentina realizó en septiembre del 2016 en la Universidad Nacional de Rosario¹ la primera inquietud que me suscitó el trabajo, aun

antes de leerlo, tenía que ver con sus posibles contactos con la historia intelectual, específicamente con la historia conceptual, al tratarse de un rastreo de conceptos clave en los debates políticos e intelectuales en América Latina. No obstante, Svampa evitó colocar su trabajo en un campo disciplinar específico, y no incluyó a la historia conceptual dentro de los enfoques o herramientas analíticas utilizadas allí. Posteriormente, en el III Congreso de Historia Intelectual de América Latina realizado en noviembre de ese mismo año en el Colegio de México, aquella inquietud volvió a resonar en mis oídos cuando en su disertación de cierre del encuentro Carlos Altamirano mencionó el libro de Svampa en un listado de obras recientes que, según su criterio, constituían contribuciones a la historia intelectual.² Luego de leer la obra, claramente la historia conceptual no representa un enfoque del que Svampa se valió para dar unidad a tan diversos debates, aunque podría haber sido una alternativa más que productiva para complementar y complejizar

algunas de sus hipótesis.³ Más allá de esta apreciación, propia de un ejercicio particular de lectura, considero que el libro representa un aporte al pensamiento crítico latinoamericano y resulta especialmente estimulante para quienes desde la teoría política, la teoría social y desde el heterogéneo campo que llamamos historia intelectual trabajamos con discusiones y debates en torno a temas como la constitución de subjetividades e identidades políticas en América Latina, el papel que el clivaje racial, mestizo e indianista ha tenido en ellas, las disputas políticas e intelectuales respecto a teorías sociales como la modernización, el desarrollo y la dependencia, así como conceptos polisémicos como el populismo.

El libro se estructura en dos grandes partes. En la primera se realiza una reconstrucción historiográfica de los debates en torno al indianismo, el desarrollo, la dependencia y el populismo, y en la segunda una reactualización de los mismos. Cada apartado se encuentra compuesto por cuatro capítulos relativos a dichas "categorías" (como la propia autora las denomina). La primera parte se

¹ Presentación del libro realizada por Svampa en el marco del XII Congreso Nacional y V Congreso Internacional sobre Democracia, realizado en la Universidad Nacional de Rosario entre el 12 y el 15 de septiembre de 2016.

² Disertación de cierre realizada por Carlos Altamirano en el III Congreso de Historia Intelectual de América Latina (CHIAL) realizado en el Colegio de México del 8 al 11 de noviembre de 2016.

³ La autora hace explícitas las contribuciones de tres campos teóricos: la teoría social, la historia de las ideas y la historia del pensamiento social y económico latinoamericano.

inicia con el rastreo de la cuestión indígena a inicios de siglo XX y finaliza con el abordaje de las teorizaciones sobre los populismos históricos, cuestión que se extiende hasta los años noventa. La segunda presenta una reactualización de estas cuatro categorías a partir del año 2000, momento que Svampa ha denominado como “cambio de época”⁴ y que remite a las transformaciones sociopolíticas y económicas producidas en el marco del denominado “giro a la izquierda” de los gobiernos latinoamericanos. A pesar de su estructura, la lógica del libro parece ir del presente al pasado buscando en las problemáticas actuales reactualizaciones de discusiones históricas. Cuestión que, más que constituir una suerte de anacronismo, potencia el análisis de la realidad actual latinoamericana sin dejar de delimitar el contexto histórico específico en el que dichas disputas se produjeron.

Señalaré a continuación algunos de los aspectos teóricos y analíticos que a mi juicio resultan especialmente significativos de este trabajo.⁵ En el primer capítulo, la investigadora presenta la noción de *campos de tensión*, herramienta analítica de la que se vale para realizar el estudio del indianismo. Los campos de tensión “emergen de procesos de larga duración y van cambiando o modificándose al

compás de las dinámicas políticas y sociales” (p. 31). En otras palabras, los “debates y políticas y perspectivas político-culturales sobre lo indígena y la cuestión de la indianidad aparecen atravesados por campos/espacios delimitados epocalmente, en los que alternan y conviven, se asocian y disocian, se articulan y se oponen, según períodos, diferentes categorías conceptuales en torno a lo indígena: la raza y sus jerarquías, lo campesino, lo mestizo, lo rural, lo urbano, la clase social, la identidad étnica y la diversidad, [...], más recientemente el indigenismo y el indianismo” (pp. 31-32).

Para construir esta herramienta la autora remite a la noción de *formaciones nacionales de la alteridad* de las antropólogas Claudia Briones y Rita Segato. A grandes rasgos, las formaciones nacionales de la alteridad constituyen “representaciones hegemónicas de nación que producen realidades” (Segato, citado en p. 33). En el lenguaje de la teoría política posfundacional⁶ ello podría vincularse a la noción de discurso en sentido amplio, esto es, una serie de representaciones y modos de identificación desde los que se constituyen cierto tipo de identidades políticas y se producen determinadas prácticas sociales.

El capítulo siguiente se aboca al estudio del desarrollo,

categoría que se registra desde la finalización de la Segunda Guerra Mundial. Resulta especialmente interesante el recorrido de estos debates en el marco de la escuela cepalina y el análisis que se realiza de las querellas que, hacia los años setenta, darán lugar a los enfrentamientos políticos e intelectuales entre desarrollistas y dependentistas. Las discusiones al interior y al exterior de la teoría de la dependencia son estudiadas con agudeza en el capítulo subsiguiente (capítulo 3). Conforme lo sostenido por Svampa, los años setenta fueron un período de gran innovación y producción teórica: además de “dependencia”, otras categorías como “heterogeneidad estructural”, ‘marginalidad’, ‘colonialismo interno’, ‘desarticulación’, ‘abigarramiento’, [...] ilustran una gran creatividad del pensamiento latinoamericano de aquellos tiempos” (p. 194). No obstante, la dependencia fue durante estos años una *categoría feroz*, que articuló a otras y “que tiene la virtud de iluminar [...] cada uno de los debates de la época, insertándolos en un horizonte común de discusión, generando una perspectiva compartida al interior del campo intelectual, y por momentos un cierre cognitivo” (p. 194). El principal elemento que hará de la dependencia una noción central será su especial vínculo con el *ethos* revolucionario. En este capítulo la autora se pregunta por el declive de la teoría dependentista, cuestión que vincula a diversos factores: desde la banalización del concepto y la emergencia de críticas que contribuyeron a

⁴ Tesis que la autora desarrolló en un trabajo anterior. Véase Maristella Svampa, *Cambio de época. Movimientos sociales y poder político*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2008.

⁵ El recorrido que realizaré no es exhaustivo. El lector interesado podrá remitirse a la obra.

⁶ Véase Oliver Marchart, *El pensamiento político posfundacional. La diferencia política en Nancy, Lefort, Badiou y Laclau*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2009.

caricaturizar algunos de los aportes de los dependentistas, a factores políticos como el eclipse de proyectos políticos socialistas (en especial la frustración de la experiencia de Salvador Allende en Chile) y la instauración de golpes militares en nuestra región. Al finalizar la década, el problema que se constituyó bajo este prisma fue la incompatibilidad entre dependencia y democracia, discusión que fue sentando las bases para los debates de la década siguiente.

El capítulo final de esta primera parte refiere a las disputas en torno al populismo. Atravesamos estas lecturas las clásicas interpretaciones de la sociología fundacional, la teoría de la modernización, las miradas histórico-estructurales, las versiones del populismo bajo el prisma desarrollista y dependentista, las visiones del populismo en relación a la constitución de un pacto social y formas de estatalidad, hasta llegar a las perspectivas desarrolladas a partir del denominado giro lingüístico o discursivo. Vale destacar que además del rastreo de la polisemia del concepto, Svampa se ocupa de iluminar ciertos aspectos que suscitaron disputas entre las diversas perspectivas y tradiciones político-intelectuales, como las discusiones en torno a la base social del populismo, la autonomía o heteronomía de los sectores que le dieron origen, los vínculos entre populismo, hegemonía y lo nacional-popular, y la distancia o cercanía del concepto en relación a la democracia.

Ciertamente la apuesta crítico-política de la investigadora se encuentra en la

segunda parte de la obra, mientras que la primera constituye una rica reconstrucción de los nudos problemáticos que han configurado política, discursiva e intelectualmente los cuatro grandes conceptos. Las diversas discusiones confluyen en un interrogante crítico del que la investigadora parte: de qué modo coexistirían o podrían coexistir en la América Latina del siglo XXI tendencias aparentemente contrapuestas como la tradición populista, el neoextractivismo, el neodesarrollismo, una economía de mercado basada en préstamos y exportación de *commodities*, con la emergencia de gobiernos latinoamericanos de orientación progresista (especialmente se abordan los casos de Evo Morales en Bolivia, Rafael Correa en Ecuador y los gobiernos kirchneristas en la Argentina).

En el capítulo final, dedicado a la reactualización de los debates sobre el populismo, este problema adquiere mayor unidad. Allí la autora presenta su propia definición de “los populismos realmente existentes”,⁷ y se refiere a los gobiernos latinoamericanos de orientación progresista como *populismos de alta intensidad*, dentro de los que distingue los populismos de clases medias (Ecuador y Argentina) de los populismos plebeyos (Bolivia y Venezuela). En sus propios términos: “Defino al populismo como un fenómeno complejo y

⁷ En relación al texto de Emilio de Ípola y Juan Carlos Portantiero, “Lo nacional popular y los populismos realmente existentes”, *Controversia*, año II, N° 14, México, 1981, pp. 11-13.

contradictorio que presenta una tensión constitutiva entre elementos democráticos y elementos no democráticos. Lo propio del populismo [...] es poseer una concepción dual de la legitimidad [...]. En efecto, el populismo es una tensión ineliminable entre la aceptación de la legitimidad democrática y la búsqueda de una fuente de legitimidad que la excede [...] exceso que [...] no logra sustituir a la democracia procedimental y representativa” (p. 451).

Los populismos de alta intensidad son caracterizados por la investigadora argentina por partir de la reivindicación del Estado, la dicotomización de la política entre dos polos antagónicos, y la centralidad en la figura del líder. En este sentido, la definición que propone Svampa parece reunir algunas características propias de las definiciones clásicas e histórico-estructurales, con otras surgidas al calor del giro discursivo, aunque conservando una mirada crítica de estas experiencias.

Ahora bien, es posible señalar algunos puntos que tensionan el trabajo. En primer lugar, la decisión de establecer cortes temporales entre la primera y la segunda parte del libro en ocasiones parece limitar el análisis de las relaciones (contingentes) entre pasado y presente, esto es, los diversos modos en que las tradiciones del pasado son resignificadas y reincorporadas en el presente. En segunda instancia, la definición de populismo que propone Svampa se encuentra fuertemente ligada a las experiencias políticas que estudia y compara (Argentina-Ecuador y Bolivia-Venezuela).

La definición no llega entonces a expresar la diversidad que el concepto tiene en América Latina, especialmente si pensamos en experiencias escasamente estudiadas como los populismos que se constituyeron por fuera del Estado (Perú y Colombia, por ejemplo). Por otra parte, llama la atención la exclusión del Brasil, país que tuvo una especial importancia para el estudio de la teoría de la dependencia y del populismo durante los años sesenta y setenta, pero que en el abordaje de la “reactualización populista” post 2000 fue excluido. Si bien resulta

sumamente enriquecedora la comparación entre los casos de Argentina y Ecuador, la inclusión del parangón de estas experiencias con el Brasil hubiese permitido iluminar cómo se produjo el desplazamiento del paradigma dependientista al neodesarrollista.

Finalmente, y más allá de estas tensiones que no constituyen en absoluto debilidades sino algunos puntos de discusión que este trabajo podría suscitar, se trata de una labor de investigación aguda y estimulante. La obra invita a pensar los desafíos de la América Latina actual,

revalorizando los debates políticos e intelectuales y la producción teórica local. El texto no renuncia a la búsqueda siempre inquietante de contradicciones en el devenir de las experiencias latinoamericanas y abre, implícitamente, el interrogante sobre cómo analizar y abordar los nuevos escenarios en el marco de los “giros a la derecha” en la región y en el mundo.

Ana Lucía Magrini
CHI-UNQ / Universidad
Católica de Córdoba /
CONICET

Pablo Stefanoni,

Los inconformistas del Centenario. Intelectuales, socialismo y nación en una Bolivia en crisis (1925-1939),

La Paz, Plural, 2015, 383 páginas

Periodista e investigador, Pablo Stefanoni es jefe de redacción de la revista latinoamericana de ciencias sociales *Nueva Sociedad*, y ha dedicado buena parte de su nutrida producción escrita a la historia y el presente bolivianos. El libro, editado en La Paz por la editorial boliviana Plural, es el resultado de una monumental investigación que sirvió de base para una tesis doctoral en Historia defendida en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires.

El 6 de agosto de 1925, entre paseos de antorchas, carros alegóricos y homenajes por las guerras del Pacífico y del Acre, Bolivia se sumía en los festejos por los 100 años de la independencia. En *Los Inconformistas del Centenario*, Pablo Stefanoni demuestra cómo los preparativos y los festejos por el centenario activaron una serie de contradiscursos críticos que venían a impugnar la visión de la nación oficial por parte de una generación irradiada por los ecos de la Revolución Mexicana y la Revolución Rusa.

En un campo historiográfico en el que no abundan las miradas panorámicas Stefanoni se propone mapear el complejo entramado de discursos, debates, redes de sociabilidad y transformaciones políticas en el que se disputó el sentido de la nación boliviana desde el centenario (1925) hasta el final

del llamado Socialismo Militar (1939).

Diseñado, según el autor, sobre la base de un doble criterio a la vez cronológico y analítico, el texto da cuenta de un conjunto de experiencias partidarias, publicaciones periódicas e itinerarios biográficos en su búsqueda por reponer la trama de discursos que vinieron a cuestionar y repensar el sentido de la nación boliviana en ese momento de efervescente experimentación política y social que fue Bolivia entre las décadas del '20 y el '30.

Uno de los nudos problemáticos del texto refiere al despliegue analítico de las diversas vertientes político-ideológicas de las que se nutrió el socialismo boliviano desde el centenario para luego estudiar cómo operó el concepto "socialismo" para dar forma a nuevos proyectos estatales de reforma social antiliberal. Stefanoni propone pensar en qué consistía el significante "socialismo" y en qué redes de sociabilidad y de organizaciones se fueron gestando las ideas que luego fueron capaces de generar proyectos disruptivos sobre el futuro de Bolivia.

A nivel metodológico, Stefanoni se muestra atento a los procesos de recepción, usos y circulación de las ideas y destaca, siguiendo a Jorge Dotti, la autoctonía en las

respuestas ante la lectura y la apropiación de textos escritos en otros contextos. Propone no pensar en clave de "grandes" intelectuales e intelectuales "menores" sino que busca dar cuenta de todo el espectro que hace a la circulación, recepción y generación de ideas. De maestros a periodistas, de obreros a estudiantes, incluyendo y particularizando los reclamos de género por parte de las organizaciones femininas durante los años '20.

Si la idea de generación o núcleo generacional le resulta analíticamente útil, Stefanoni corre el eje de la Guerra del Chaco para trabajar sobre la idea que estructura el texto, la de la Generación del Centenario. Esto le sirve para dar cuenta del diverso grupo de bolivianos que asumieron críticamente la realidad del país desde 1925 y que atravesaron toda la década, incluyendo la guerra y la posguerra. Reponer ese espíritu de los años '20 y todo el conjunto de lecturas y proyectos de renovación nacional en clave antiliberal supuso el análisis de un amplio corpus documental que incluyó obras publicadas, periódicos, revistas, documentos oficiales, fondos personales y correspondencia.

La primera parte del libro explora las diferentes expresiones ideológicas con las que obreros, indígenas y estudiantes van a enfrentar al

Estado liberal oligárquico y su idea de nación a partir del centenario. En el contexto de consolidación de esa atmósfera antiliberal que impregnó los años '20 y '30, el término "socialismo" funcionó, nos dice el autor, como un significante para la transformación y la gestación de nuevos imaginarios de cambio social. En este sentido, el análisis de la recepción y puesta en circulación de la idea socialista le resulta central para dar cuenta de este proceso en un momento en el que el movimiento obrero aún no había logrado una unificación nacional y en cuyas organizaciones convivían, superpuestas, diversas vertientes ideológicas. Stefanoni destaca algunas de esas vías de circulación y apropiación a través de revistas y periódicos tales como el paceño *Bandera Roja*, primer vocero que expuso ideas de la Tercera Internacional pero que a su vez daba cuenta de una diversidad de expresiones; *El Socialista*, creado en 1926, editado en Sucre, y tribuna del Partido Socialista de Tristán Marof; o la revista cochabambina *Arte y trabajo*, un experimento comercial animado por el multifacético Cesáreo Capriles López y que combinó notas de corte comercial con la difusión de ideas de renovación social y un marcado tono anticlerical y antiprovinciano.

La rebelión de las comunidades indígenas de Chayanta que se produjo en julio de 1927 vino a poner en el centro de la opinión pública los reclamos por la tierra, las campañas por la educación y las demandas de autogobierno

en pos de las cuales los caciques apoderados establecieron vínculos con intelectuales y obreros del Partido Socialista. Si para la élite política la rebelión fue el producto de una combinación entre la agitación *cominternista* y la tan temida "guerra de razas", para Stefanoni "la Rebelión de Chayanta pone de relieve el tradicional clivaje poscolonial entre blancos, mestizos e indios. Las reacciones de parte de los intelectuales urbano-progresistas dejaban en evidencia la pérdida de legitimidad de la república oligárquica-liberal y la emergencia de corrientes renovadoras" (p. 99).

Otro orden de generación de discursos y proyectos disruptivos provino del sector estudiantil. En efecto, en 1928 se organizó la Primera Convención Nacional de Estudiantes Universitarios que motorizó la creación de la Federación Universitaria Boliviana y dio impulso a la Reforma Universitaria. Del sector estudiantil emergieron personajes permeables a las nuevas ideas tales como Roberto Hinojosa, un antisaaavedrista cochabambino que luego de una ruptura violenta con el presidente Siles comenzó un periplo que lo llevó desde el diseño de un fracasado intento revolucionario en la ciudad fronteriza de Villazón hasta el México de Lázaro Cárdenas. Para Stefanoni, Hinojosa expresa la articulación del marxismo *sui generis* con posiciones indigenistas inspiradas en la Revolución Mexicana (p. 101).

La segunda parte del libro explora las propuestas

superadoras del liberalismo que se desplegaron en Bolivia durante el conflicto bélico. En primer lugar, el autor aborda las consecuencias de la propagación de la idea comunista "desde arriba" cuando el renovado interés de la *Comintern* por la situación de América durante el tercer período produjo un giro campesino-indígena que promovió el programa de la revolución agraria antiimperialista bajo la fórmula de la autodeterminación nacional. Pero ese interés por América en el marco de una consolidación institucional y partidaria centralizada ubicó a los intelectuales en un papel sospechoso y la creación del Partido Comunista en Bolivia en un proyecto cada vez más elusivo.

En efecto, del amplio elenco de figuras de la izquierda boliviana que no encuadraban en los parámetros de la III Internacional, Stefanoni trabaja la de José Antonio Arze, un intelectual erudito que, para disgusto de la *Comintern*, propuso poner en pie un partido comunista trinacional como una solución para superar la debilidad del comunismo en Bolivia. Otra relación traumática fue la que establecieron con Tristán Marof, intelectual chuquisaqueño que hizo de la prédica antiguerrera una bandera desde el exilio, y que ofreció una interpretación de la realidad boliviana que nunca terminó de alinearse con las directrices del Secretariado Sudamericano.

Stefanoni da cuenta también de aquellas sensibilidades que florecieron en la izquierda en tiempos de

la guerra tales como el pacifismo, el antiimperialismo y el antifascismo. El autor revisa desde la política de “guerra a la guerra” promovida por la *Comintern* y las propuestas de penetración en el ejército para insubordinar a la tropa, al Congreso Antiguerrero de Montevideo de 1933. Todas opciones que luego, con el nuevo escenario derivado de la derrota bélica, el nacionalismo militar utilizó para descalificar a las izquierdas pacifistas por negarse a entrar en combate.

El libro adquiere densidad interpretativa cuando trabaja los itinerarios biográficos e ideológicos de un grupo de maestros, arqueólogos, escritores y pintores que a inicios de los años '30 encontraron en el indio al sujeto del renacimiento nacional. En efecto, Stefanoni explora las tensiones y las potencialidades disruptivas del indianismo de los '30 revisando cómo las ideas vitalistas, teluristas y comunitaristas operaron en el marco de la disputa por la nación, poniendo en cuestión el ideal liberal y reformulando la idea de lo nativo. Por un lado el indianismo romántico de Arturo Posnansky, arqueólogo aficionado que buscaba recuperar un pasado mítico apoyado en las ideas de Spengler; por otro lado un emergente indianismo de corte socioeconómico que ponía el acento en la recuperación de la tierra y en las posibles formas de autogobierno de las comunidades. Luego el autor despliega el perfil de una serie de figuras medulares del indianismo boliviano como las de Alberto de Villegas,

organizador de la semana indianista; María Frontaura Argandoña, maestra comunista y partícipe del Congreso Indígena; y, desde ya, la de Elizardo Pérez, motor de la célebre experiencia de la Escuela Ayllu. A pesar del tono paternalista, dice Stefanoni, estas vertientes lograron generar y hacer circular ideas alternativas de nación, una nación más inclusiva y más “antigua” que venía a poner en cuestión al relato oficial del centenario.

Otro eje de disputa por la nación fueron para Stefanoni las mujeres inconformistas, un grupo de mujeres que comenzaron a actuar como intelectuales públicas cuestionando el rol de la mujer en la sociedad. El texto da cuenta de una serie de organizaciones y publicaciones feministas que bregaban por la ampliación de derechos y por sacar a la mujer de los limitados circuitos de sociabilidad que le eran asignados en la sociedad tradicional y aristocrática. Estas organizaciones, no exentas de tensiones internas entre sectores de izquierda y sectores conservadores, lograron sin embargo ubicar los debates por los derechos civiles y políticos de la mujer en la agenda pública.

En su tercera parte, el libro aborda la llegada al poder del socialismo nacionalista luego de finalizada la Guerra del Chaco. Aquí Stefanoni destaca el rol de los imaginarios juvenilistas en la renovación política boliviana. Es que, para el autor, la identificación del drama boliviano con los partidos políticos tradicionales tuvo sus derivas en rupturas

generacionales en las que, como en la Convención Nacionalista, el sector juvenil se deslindó para reconvertirse en un sector revolucionario de izquierda. Una ruptura que también se produjo en la corporación militar. Es que la desmovilización de las tropas ocurrió en medio de un tenso clima social y político en el que confluieron el descontento de los militares jóvenes, el descrédito del régimen político y una oleada de agitación obrera.

En esta atmósfera antiliberal se generó el terreno para la otrora tan improbable coalición entre la oficialidad joven, los intelectuales inconformistas y los dirigentes sindicales. Los jóvenes militares del Chaco, apunta Stefanoni, tenían una idea vitalista y regeneradora del socialismo. Y ellos encarnarían este novedoso proyecto antiliberal que, promoviendo una visión organicista de la nación bajo el formato de una democracia funcional de tipo corporativo, vendría a debilitar las identidades de clase en favor de categorías socio-profesionales. Con una nítida política de persecución al comunismo van a sostener, a su vez, posiciones ciertamente ambivalentes frente al nacionalsocialismo alemán y el fascismo italiano.

En conclusión, *Los Inconformistas del Centenario* logra con éxito la difícil tarea de dar cuenta de diversas vertientes político-ideológicas que colorearon los años '20 y '30 en Bolivia. El estudio de los procesos de circulación, apropiación y uso de las ideas y los lenguajes socialistas que tiñeron el período y delinearon los contornos de la Bolivia de

posguerra tiene un doble mérito. Por un lado logra mapear el complejo entramado de ideas que articularon discursos disruptivos en torno a lo que consistía y a quiénes debía incluir la nación boliviana. Pero el estudio de esas ideas y trayectorias intelectuales también brinda claves de lectura para entender el perfil y los matices de

algunos proyectos que, en oposición al liberalismo, comenzaban a pensar cómo debía organizarse ese Estado en crisis permanente. En efecto, estas disputas marcarán el pulso de las polémicas venideras y de las organizaciones políticas que ocuparán los primeros planos de la renovada estructura de partidos de la Bolivia que emergió de la posguerra. Por

estos motivos, *Los inconformistas del Centenario* es, sin dudas, un aporte historiográfico muy valioso que merece ser continuado y ampliado en futuras investigaciones.

Hernán Topasso
UBA

Rafael Rojas,

Traductores de la utopía. La Revolución Cubana y la nueva izquierda de Nueva York, México, Fondo de Cultura Económica, 1916, 279 páginas

Quince títulos, varios de ellos premiados, integran hasta el presente la obra del historiador y ensayista cubano Rafael Rojas. Sobresalen dos temas en esa obra. La historia intelectual y política de las élites criollas hispanoamericanas en el siglo XIX es uno de ellos y, dentro de esa línea temática, el libro *Las repúblicas de aire*, consagrado a las ideas, las disyuntivas y los avatares de la primera generación republicana de la revolución de independencia, es seguramente el más sugestivo y ambicioso de sus libros. También el que muestra plenamente cómo concibe y practica Rojas la historia intelectual, que incluye dentro de su foco no solo la dinámica de las ideas, sino también las trayectorias de la gente de ideas –los letrados, que a veces fueron también gente de armas, como Bolívar–; las redes que suelen conectar a los doctos unos con otros; las experiencias y las frustraciones que los ensayos prácticos de sus propios proyectos institucionales producen en ellos, incluida la estela de melancolía por lo que no fue.

Su otro tema es Cuba. En el centro de la preocupación por el destino de su país se halla la Revolución Cubana, el acontecimiento que dividió en dos la historia contemporánea de la isla caribeña. Radicado desde hace muchos años en México, donde se doctoró en Historia, Rojas es crítico de la

revolución, mejor dicho, es crítico del camino que esta tomó a partir de 1961. A su juicio, la revolución nacional democrática que había triunfado sobre la dictadura de Fulgencio Batista en enero de 1959 asumió dos años después, a impulso del núcleo dirigente que encabezaba Fidel Castro, el curso que llevaría al régimen del partido único, a la adopción del marxismo-leninismo como ideología de Estado y a la inserción de Cuba en el conflicto estratégico mundial como aliada de la Unión Soviética. A partir de 1971 la institucionalización del modelo soviético de socialismo en Cuba se hizo palmaria. Como lo muestra el autor en su reciente *Historia mínima de la Revolución Cubana* (2015), esa dinámica de radicalización no fue un proceso simple ni continuo y no podría historiarse, menos aun interpretarse, sin referencia al marco mundial de la “guerra fría”, a la puja entre las potencias y a la política imperial de los Estados Unidos en un área y un país que consideraba partes de su zona de influencia.

Rojas ha escrito varios ensayos sobre las relaciones entre vida intelectual y política en Cuba: *Isla sin fin. Contribución a la crítica del nacionalismo cubano* (1998), *Tumbas sin sosiego* (2006), *El estante vacío. Literatura y*

política en Cuba (2009). Su último libro, que es el objeto de esta reseña, tiene también a Cuba y el proceso revolucionario en el horizonte, pero estos aparecen a través de los ecos y las tomas de posición que los acontecimientos de la isla provocarían en un medio ideológico, el de la izquierda neoyorkina, en los diez años que siguieron al triunfo de la revolución en enero de 1959. Fueron años de apogeo de la “nueva izquierda” en las capitales occidentales. Con este nombre se englobaba a una serie de grupos y tendencias de orientación radical que durante la década de 1960 alteraron y diversificaron el paisaje de la izquierda. También en el ambiente intelectual de Nueva York (una ciudad, observa Rojas, de “fuertes tradiciones liberales y socialistas”). Si bien el autor presta atención sobre todo a las expresiones de esa izquierda radical, su análisis nos dejará ver otras franjas del progresismo de esos años, más liberales que socialistas, que en un comienzo simpatizaron con la gesta que había puesto fin al régimen de Batista.

En abril de 1959, es decir a pocos meses de haber ingresado en La Habana a la cabeza del ejército rebelde, Fidel Castro viajó a los Estados Unidos en su condición de primer ministro del gobierno revolucionario. En ocasión de esa visita Castro fue invitado por la Universidad de Princeton a dictar una

conferencia magistral en la prestigiosa casa de estudios norteamericana. Quien era ya para todos el líder del orden revolucionario sostuvo ante sus oyentes que el nuevo gobierno tenía como objetivo establecer la democracia, con elecciones y partidos, pero antes de alcanzar esa meta había que producir en Cuba un gran cambio social que pusiera fin a males como el desempleo y el analfabetismo, y erigiera hospitales y escuelas. Con una política amistosa, planteará, el gobierno de los Estados Unidos podría ayudar al cumplimiento de esos propósitos, que eran el mejor antídoto contra el comunismo. Castro y su mensaje –la revolución que anunciaba sería profunda pero no comunista– cautivaron al público de jóvenes universitarios que asistió a la plática, despertando en ellos simpatía y solidaridad con el proyecto que tendría realización en la isla.

Esa escena, que podría simbolizar el encuentro entre la Revolución Cubana y quienes le darán apoyo en la república norteamericana, resume el comienzo de la historia –o, mejor, la serie de historias– que nos hace conocer este excelente libro de Rojas. ¿Por qué Nueva York? Porque aquella ciudad y la década del sesenta, destaca el autor, formaron un “microcosmos” de gran resonancia para la cultura intelectual del mundo: “El momento y el lugar de las vanguardias artísticas, la emancipación femenina, la liberación sexual, el movimiento afroamericano y la oposición a la guerra de Vietnam fueron, también, escenarios privilegiados de debate sobre la identidad ideológica del

socialismo cubano, sus aciertos y errores, sus coincidencias y divergencias con el modelo soviético, sus lecciones para la izquierda occidental y la crítica de la política del gobierno de los Estados Unidos hacia Cuba” (p. 13). Ese es el mundo que el historiador cubano explora en *Traductores de utopía. La Revolución cubana y la nueva izquierda de Nueva York*. Al igual que casi en todas partes en aquel tiempo, también en la ciudad norteamericana el término “nueva izquierda” designó, antes que a un actor político, un fenómeno socio-cultural de fronteras flexibles y que abarcaba una gran variedad de posiciones políticas. El nuevo radicalismo (diferenciado de la izquierda liberal y de la comunista) tenía sus anclajes principales en las clases medias ilustradas, sobre todo en sus segmentos jóvenes, en las aulas universitarias, en los movimientos pacifistas y en los que militaban por los derechos civiles –por ejemplo, el que canalizaba la lucha por los derechos de la comunidad afroamericana–. Pero las filas de la bohemia *beat* y de las vanguardias artísticas fueron también ambientes en que la nueva izquierda halló estímulo y expresión. Ninguna ideología unificaba y dotaba de coherencia a esta vasta y mezclada constelación de inconformismo, de disgusto contra la política imperialista del país, de espíritu crítico y rebeldía.

El compromiso con la Revolución Cubana fue patrimonio común de la nueva izquierda neoyorkina. Sin embargo, las expectativas favorables respecto de la experiencia que tenía lugar en

la isla no se mantuvieron fijas y variaron a lo largo de la década evocada por el libro de Rojas. Cada uno de los ocho capítulos que componen el volumen se halla centrado en alguna de las expresiones de la izquierda norteamericana de los años sesenta y el recorrido que traza es distinto en cada caso. Hay una curva, sin embargo, que los asemeja, la que va del encuentro entusiasta al distanciamiento, aunque las razones y las oportunidades del desapego no sean las mismas. Al decirlo así simplificamos al extremo, ciertamente, el rico y matizado análisis que lleva a cabo el autor de determinados medios ideológico-culturales del radicalismo neoyorkino (el de la bohemia artística y literaria, por ejemplo, o el del movimiento que tendrá su expresión en las *Black Panthers*, con sus escritores e ideólogos, como LeRoy Jones), de algunas trayectorias intelectuales (las de Wright Mills, Paul Sweezy, Carleton Beals...), de revistas (*Kulchur*, *Pa'lante* y la probablemente menos conocida por los lectores hispanoamericanos, *Monthly Review*, que en la primera mitad de los sesenta tuvo una edición en español, publicada en Buenos Aires).

Los acontecimientos que marcaban la marcha de la revolución dentro de la isla resonarían en los debates y las tomas de posición dentro del heterogéneo espacio del radicalismo norteamericano. La definición marxista-leninista de la revolución, el desembarco antiastrista con apoyo de los Estados Unidos, la crisis de los misiles en 1962, la persecución de los homosexuales: estos y otros hechos provocaron

respuestas, análisis, adhesiones, reservas, críticas, rechazos en ese microcosmos plural. Observa Rojas que la existencia de un espacio público dotado de la doble condición de ámbito abierto tanto a la defensa y a la solidaridad con la Revolución Cubana como a la discusión y la

crítica de la orientación que la élite dirigente le imprimía a su curso, puede encontrarse en “otras capitales culturales de Occidente, como Londres y París, la Ciudad de México y Buenos Aires, pero en ninguna con la misma intensidad de Nueva York” (p. 259). Lo que

también nos dice en su libro es que la posibilidad de un debate plural fue, en cambio, muy tempranamente cegada en la isla.

Carlos Altamirano
CHI-UNQ / CONICET

Javier García Liendo,
*El intelectual y la cultura de masas. Argumentos latinoamericanos
en torno a Ángel Rama y José María Arguedas*,
Purdue University Press, 2016, 243 páginas

Más que bienvenido es un trabajo que aborda la relación entre intelectuales y cultura de masas. Lo es aun más si los protagonistas del seguimiento, casi un “cuerpo a cuerpo”, son el uruguayo Ángel Rama y el peruano José María Arguedas. La tesis doctoral de Javier García Liendo, que reorganiza, reformula y publica como libro, contiene una serie de hipótesis y un despliegue de argumentos que abren todo un horizonte de investigaciones por venir. Así, el libro es doblemente generoso: en lo que establece como puntos de partida y en lo que siembra para futuras cosechas.

El volumen se propone, por una parte, abordar la “problemática” de los cuestionamientos, posibilidades y tensiones que trajo la “cultura de masas” en la producción, trayectorias y sociabilidad de Rama y Arguedas, dos de los más importantes intelectuales latinoamericanos en la segunda mitad de siglo xx. En particular, porque fueron dos de las figuras que hicieron suya esa problemática, que se vieron interpelados por, y que interpelaron a, esa cultura de masas, y que tuvieron en cuenta los grados de imbricación que tenía con las definiciones y las disputas en torno de la “cultura” en América Latina. Pero, por otra parte, en términos metodológicos el libro permite establecer un contrapunto interesante relativo

a dos espacios culturales diversos como lo fueron y son el Uruguay y el Perú, sin olvidar sus puntos de contacto. Es decir, poner a jugar, también allí, la problematización de “América Latina” como término y unidad de sentido. Todo ello desplegado en una formulación creativa de ciertos conceptos como “cultura de masas”, “espacio cultural”, “práctica intelectual”, “intelectual como organizador de la cultura”, “ciclo popular de la cultura de imprenta” e “indigenismo”.

El itinerario que nos propone García Liendo es un seguimiento de las “*respuestas*” que dieron dichos intelectuales, porque es un excelente ángulo de toma para plantear ciertas preguntas que no fueron los únicos en poner como centro de sus cuestionamientos, o, al menos, que implícita o explícitamente definieron un consenso en el diseño: ¿qué hacer con la cultura de masas?

García Liendo explica lo que encontraremos a lo largo del trabajo: “el libro argumenta que ambas culturas (de masas y letrada) fueron transformadas por la mercantilización y la industrialización de sus procesos productivos y de circulación, y que Rama y Arguedas no sólo percibieron nuevas condiciones materiales, sino que rediseñaron formas de intervenir en ellas” (p. 4). Dividido en cinco capítulos, el trayecto elegido por el autor

ausculta en un primer momento las derivas de la “cultura de masas” más allá del concepto y más acá de la incorporación como problema en la experiencia vital –incluyendo la producción intelectual– de Rama y Arguedas. El primer capítulo, dedicado a la “cultura de masas”, se detiene a recorrer el entramado entre las derivas y las presiones del capitalismo así como también la puesta en relación entre la producción y la comunicación: desde su elección en seguir la trama que la “cultura de masas” vuelve posible –porque, según aclara, ese término “condensó la experiencia social de la aceleración del impacto del capitalismo y la tecnología en las dinámicas de producción, circulación y consumo cultural”– (p. 11) hasta el peso que este término tiene para redefinir las funciones intelectuales que los propios Rama y Arguedas asumieron teniendo también muy en cuenta los rechazos al llamado “imperialismo cultural”, en el que esa cultura de masas muchas veces entendida desde el parámetro de “americanización” fue impugnada de plano. En la narrativa de García Liendo, Rama y Arguedas se vuelven *amautas*: es a través de ellos que podemos seguir de cerca las derivas de la cultura letrada, popular, indígena y oral del Perú y del Uruguay. Y es en

esas trayectorias donde también parecieran tomar relevancia las dualidades tensionadas del campo y la ciudad, de las migraciones y del crecimiento urbano. Todo ello es contexto de posibilidad, materia que vuelve inteligible el problema planteado.

El primero y segundo capítulos dedicados al trabajo de Rama se detienen en el interés por la ampliación del público haciendo uso de la distribución y difusión de textos, a partir de sus emprendimientos editoriales y, sobre todo, como gestor cultural de una, al decir de García Liendo, “cultura de masas alternativa”: esto es, en sus “prácticas editoriales”. El foco está puesto además de en, por ejemplo, el proyecto de *Enciclopedia Uruguaya* –y recordamos aquí el trabajo de Abril Trigo–, también en lo que avanza en un segundo capítulo: lo que da en llamar el “ciclo popular” de esa cultura de la imprenta, entendiéndolo en el marco de las reflexiones de Rama en un corpus de ensayos que van desde sus primeros apuntes en torno a Rubén Darío y el modernismo (1967 y 1970), pasando por *Transculturación narrativa* (1974), *Las máscaras democráticas del modernismo* (1985) y *La ciudad letrada*, entre otros. Sin dudar, la reflexión de García Liendo sigue de cerca las variaciones de la apuesta de Rama que recuperaban, a su modo y para Montevideo en particular, el

trabajo del brasileño Antonio Candido sobre el sistema literario del Brasil. Así, el trabajo sobre la perspectiva de Rama también pone a dialogar las lecturas y la formación del propio Rama respecto de los lineamientos teórico-metodológicos que eligió para pensar su problema de estudio. Quizás en los capítulos dedicados a la perspectiva de Rama cabría esperar un poco más de detenimiento en las condiciones de una “crisis estructural” de cuyo diagnóstico Rama fue uno de los principales impulsores: así, podía convivir la apuesta por un ciclo de cultura popular siempre amenazado por las condiciones que a la vez lo hacían posible. El semanario *Marcha*, por caso, fue una tribuna poco afecta a seguir de cerca la producción de los sectores populares y de masas –incluso en su crítica cinematográfica–.

Los capítulos tres y cuatro están dedicados a José María Arguedas. Y si en lo que García Liendo pone a jugar en el caso uruguayo es la resignificación de la cultura letrada, en el caso peruano, y siguiendo la trayectoria de Arguedas, lo que aparecerá en primer plano es la cultura oral, el seguimiento y el interés etnográfico de un intelectual, y sobre todo de un funcionario, respecto de recuperar, grabar y hacer conocer la producción musical popular de la sierra en el llano. Es bien interesante cómo, para García Liendo, es necesario seguir a Arguedas sobre todo en

su aproximación al “nuevo contexto productivo en el que la música andina se encuentra con nuevas mediaciones mercantiles y de reproducción técnica, que la llevan hacia el espacio –y la cultura teórica– de la cultura de masas” (p. 141). De lo que se trata es de ponderar justamente la extrema potencia y dificultad que propicia el “choque de formas materiales e inmateriales” (p. 145). Porque Arguedas era extremadamente consciente de las experiencias vitales que hacían de la migración menos el corte abrupto entre culturas (rural, urbana, letrada, oral) que un proceso complejo de intercomunicación. Era posible así detectar en esa migración las condiciones materiales que estaban creando a la vez un mismo espacio nacional. En los cuatro capítulos, además, la relación Estado-Mercado-Cultura es un bajo continuo que de ninguna manera oblitera las presiones materiales y simbólicas hacia esa misma cultura de masas y, sobre todo, contra las posibilidades de la ampliación democrática de la cultura. En definitiva, el trabajo de García Liendo resulta un hito significativo para futuras investigaciones relativas a los vínculos nunca lineales entre intelectuales, cultura popular y cultura de masas de la segunda mitad del siglo xx.

Ximena Espeche
CHI-UNQ / CONICET

Ximena Espeche,

La paradoja uruguaya. Intelectuales, latinoamericanismo y nación a mediados del siglo XX, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, 2016, 436 páginas

En *La paradoja uruguaya* Ximena Espeche propone una manera original de repasar los principales debates intelectuales de los cincuenta y sesenta a partir de la idea de la paradoja del Uruguay latinoamericano. Mientras el Uruguay había tenido un desarrollo particular asociado al proyecto batllista que lo llevaba a distanciarse de la experiencia latinoamericana, la evidencia de la crisis que estaba viviendo dicho modelo a mitad de siglo llevó a que el rescate de sus aspectos más destacados, en la visión de sectores influyentes del campo intelectual, requiriera abandonar dicha excepcionalidad y acercarse a la historia de la nación al cariz histórico del continente. En su libro Espeche repasa las contribuciones de intelectuales fundamentales del período que a partir de la reflexión sobre la crisis proponen, a través de diferentes modalidades, una aproximación a lo latinoamericano. Dicho debate se vinculó al desarrollo de una suerte de esfera particular asociada a la prensa escrita, particularmente la revista *Marcha* y otros órganos que crecieron esporádicamente bajo su sombra.

Marcha y su director Carlos Quijano adquieren un lugar fundamental en la narrativa de Espeche ya que es el lugar desde el cual se inician, se desarrollan o se responden la mayoría de las polémicas del

período. Además, el lugar de *Marcha* no solo se explica por su papel como articulador entre diferentes tradiciones intelectuales, políticas y disciplinares que participan en el emprendimiento, sino también por su posicionamiento a escala regional para establecer diálogos con intelectuales de otros países.

Los capítulos están organizados a partir de la manera en que el problema de la relación entre el Uruguay y la región fue discutido en aquel momento. El capítulo 1 ofrece un sistemático estudio de los significados que el término crisis adquirió en la mitad del siglo. Espeche repasa las diferentes temporalidades en que la idea de crisis fue narrada, las distintas dimensiones sobre las cuales los diferentes autores la definían (como crisis económica, política, moral, etc.), pero también las maneras en que dicho concepto interpeló la excepcionalidad del Uruguay en la región y volvió a poner en diálogo al país con Latinoamérica.

A partir de dicho interrogante el capítulo 2 repasa el problema de la viabilidad del Uruguay como una constante que recorrió la historia de los siglos XIX y XX. Por un lado la autora estudia las maneras en que ciertas dicotomías de la historiografía uruguaya como la relación entre campo y ciudad, así como la relación entre

caudillos y doctores, tuvieron como sustento interpretativo la relación entre América Latina y el Uruguay. Por otro lado repasa los modos en que esa relación afectó las diferentes visiones acerca de lo nacional y lo universal en la literatura. Por último, el capítulo indaga en las maneras en que la Revolución Cubana comenzó a influir en estos asuntos.

El capítulo 3 discute el modo en que los actores de la época construyeron la idea de la “generación del ‘45” y de la “conciencia crítica” para representar a un conjunto de intelectuales. La contribución de Espeche sobre dicha temática es historiar y entender cómo las tradicionales categorías propuestas por Emir Rodríguez Monegal y Ángel Rama fueron construidas en la época, y cómo dicha construcción conceptual estuvo vinculada a los conflictos del campo intelectual por definir un orden legítimo dentro del mismo. En este sentido, su contribución es importante ya que la autora realiza un trabajo de distanciamiento analítico de dichas categorías para entenderlas como históricas y reconocer que admiten cuestionamientos desde una mirada contemporánea. Asimismo, en dicho capítulo Espeche incorpora nuevos asuntos que fueron centrales en aquellos debates y que no estaban formulados en previas sistematizaciones. Por último,

trabaja con figuras como Carlos Real de Azúa y Alberto Methol Ferré para mostrar los límites de los listados iniciales de esta generación.

En el capítulo 4 la autora se concentra en lo “blanco”, más particularmente sobre las maneras en que dicha tradición fue tomada por estos actores que cuestionaban la excepcionalidad creada en el batllismo y proponían nuevas maneras de acercarse a América Latina. Dicho capítulo constituye una contribución muy original para la reflexión sobre la crisis de los cincuenta y sesenta. En términos generales se asocia a la izquierda como la principal cuestionadora del modelo batllista, y se establece una suerte de trayectoria que va desde la derrota del neobatllismo en 1958 hasta la creación del Frente Amplio en 1971, para mostrar que la crítica al modelo anterior ayudó a potenciar un nuevo partido. A través de este capítulo Espeche muestra cómo varios de los elementos de los que se valdría lo que a fines de los sesenta se llamará izquierda para criticar al neobatllismo tendrán que ver con un conjunto de herramientas conceptuales que vienen de la experiencia histórica blanca.

Los últimos capítulos se dedican a desarrollar los aportes específicos acerca de la relación histórica y futura del Uruguay con América Latina en tres autores que en conjunto ofrecen una mirada general del campo intelectual del período.

En el capítulo 5 Espeche repasa la obra de Carlos Quijano. En cierta medida el latinoamericanismo de Quijano desarrollado a través de *Marcha*

fue fundante para esta nueva generación. Su prédica se desarrolló fundamentalmente a través de su posicionamiento editorial. Allí desarrolla una particular agenda política y económica en relación al problema de la integración latinoamericana. En la reconstrucción de sus posicionamientos Espeche muestra que Quijano elabora un lugar de enunciación fronterizo entre lo tecnocrático y lo político. Es desde ese lugar que Quijano critica al desarrollismo aunque inicialmente parece alimentarse de esa tradición. Es a partir de su conocimiento experto sobre la economía que Quijano plantea una dura crítica al desarrollismo de la CEPAL y de sus versiones locales. Pero a medida que la década de los sesenta avanza la crítica se complementará con la denuncia de la ausencia de política en los análisis desarrollistas, el reclamo de la necesidad de una revolución como nuevo punto de partida para la integración latinoamericana y la idea de que el socialismo debía estar asociado a la integración. Esta idea de revolución tiene puntos en común con algunas de las cosas que ocurren en Cuba pero la trasciende.

En el capítulo 6 se estudia otra figura que tuvo menos influencia que Quijano pero que reviste mucho interés para entender algunas de las inflexiones revisionistas y populistas que adquirió este retorno a América Latina en el caso uruguayo. Espeche estudia los trabajos publicados, las intervenciones en la prensa y el involucramiento político de Alberto Methol Ferré. En este autor existe desde el principio una preocupación sobre la

geopolítica que se expresó en repensar el lugar del Uruguay en el continente, concibiéndolo como un articulador entre las grandes potencias de la región. Paso seguido está su interés en entender cómo la geopolítica incidió en la manera de concebir la política local. Para volver a ubicar al Uruguay en la región también era necesario volver a pensar la política e incorporar a ella elementos latinoamericanos. Es a partir de esa idea que la influencia de la experiencia peronista adquiere particular significación en sus proyectos políticos e intelectuales. En lo político, su vínculo con el movimiento ruralista, una franja política integrada mayoritariamente por sectores de pequeños y medianos productores rurales, le permitió recrear gran parte de los atributos latinoamericanos del Uruguay, perdidos en el desarrollo de una identidad urbana fuertemente eurocéntrica y en una dicotomía de la narrativa histórica del siglo XIX que había enfatizado la distinción entre campo y ciudad. Para Methol Ferré este movimiento constituía el peronismo uruguayo aunque paradójicamente se trataba de un movimiento rural. Fue esta inquietud por lo popular la que lo llevó a interiorizarse en el desarrollo de la izquierda nacional argentina. Este católico sin vínculos con el trotskismo se transformó así en uno de los principales interlocutores de Jorge Abelardo Ramos. En la década de los sesenta Methol Ferré sostendrá una actitud ambigua frente a la Revolución Cubana. Por un lado la incluirá como parte del horizonte de transformaciones geopolíticas

en la región que él defendía, pero simultáneamente advertirá sobre los riesgos del foquismo, de la ideologización, así como de la ausencia de crítica que la misma vivía.

En el último capítulo Espeche desanda algunos aspectos de la compleja y variada obra de Carlos Real de Azúa para entender cómo se da su intervención en este campo de debate. El capítulo comienza con una descripción de las maneras en que Real de Azúa utiliza la tríada tradición-modernidad-modernización, para mostrar las maneras en que lo nacional era conceptualizado por la literatura y el pensamiento uruguayo. El arraigo y la evasión también son categorías sugeridas que permiten entender las diferentes maneras de entender lo nacional. Luego Espeche trabaja concretamente la visión matizada que Real propone sobre el problema del nacionalismo en condiciones periféricas, y que tiene interesantes puntos en común con debates contemporáneos de la escuela subalternista. Estas interpretaciones más generales se aplicarán al proceso local en su obra *El impulso y su freno*, donde da cuenta de la paradoja

del intento de modernización batllista que por su sesgo popular terminó rompiendo con aquellas tradiciones que definían lo popular latinoamericano. En este sentido, sus intervenciones públicas a mediados de los sesenta en torno a la definición del tercerismo son leídas como la posibilidad de reconstruir un nuevo equilibrio.

El libro concluye resumiendo el argumento y mostrando la paradoja de que en un contexto de crisis varios de estos intelectuales reconocían que para preservar algunas de las características progresistas del batllismo que lo habían hecho excepcional era necesario desarmar sus cimientos y volver a acercarse a la región.

El libro es una de las pocas aproximaciones sistemáticas contemporáneas al debate intelectual, entendido desde una perspectiva plural, en el que participaron autores vinculados al mundo de las letras, las ciencias sociales y el periodismo, en torno al lugar de la nación en el continente en la segunda mitad de siglo.¹ En

¹ Véanse también Stephen Gregoy, *Intellectuals and Left Politics in*

este sentido, el trabajo representa una contribución muy importante para todo aquel interesado en el período ya que la reflexión sobre la viabilidad y el futuro de la nación resultó central para el conjunto de los proyectos políticos en disputa durante dichas décadas.

Además, el libro es un claro ejemplo de la pluralidad de trayectorias que habilitó el concepto de la radicalización de los intelectuales entre las dos décadas. Por otra parte, *La paradoja uruguaya* también abre muchas preguntas sobre las maneras en que aquellos debates intelectuales impactaron sobre los procesos políticos posteriores y sobre las concepciones de nación e integración que se han discutido desde aquel momento hasta el tiempo presente.

Aldo Marchesi

UDELAR

Uruguay, 1958-2006. A Frustrated Dialogue, Brighton, Sussex Academic Press, 2009, y José Rilla, *La actualidad del pasado: Usos de la historia en la política de partidos del Uruguay, 1942-1972*, Montevideo, Editorial Debate, 2008.

Álvaro Fernández Bravo,
El Museo Vacío. Acumulación primitiva, patrimonio cultural e identidades colectivas.
Argentina y Brasil. 1880-1945,
Buenos Aires, EUDEBA, 2016, 308 páginas

El *Museo Vacío* no es una historia de los museos y sus exposiciones. Se trata más bien de una lectura crítica de una serie de textos a través de los cuales intelectuales y científicos de la Argentina y el Brasil trataron de constituir un “patrimonio cultural” ampliado que incluyera las “fronteras culturales” de la nación. Fernández Bravo se ocupa en particular de la formación del “patrimonio cultural nacional” entre las últimas dos décadas del siglo XIX y la segunda década del siglo XX. La palabra “nacional” es clave, porque estos intelectuales y científicos se ocuparon de coleccionar objetos y saberes (especialmente sobre grupos indígenas y poblaciones mestizas del interior) para dar identidad y sentido a sus respectivas naciones. El proceso de construcción de estas colecciones y su posterior traducción en proposiciones generales acerca de la “identidad nacional” a partir de aquellas colecciones constituye el corazón de este libro. Curiosamente, el autor examina no los museos en sí (sus colecciones, arreglo de vitrinas, catalogación y orden de exhibición) sino algo que llama el “libro-museo”. Es decir, una intervención escritural de letrados y científicos que utilizan el libro como depósito de hallazgos y generalizaciones sobre las culturas indígenas y

las tradiciones regionales. Es a través de este artefacto de la cultura escrita –el “libro-museo”– que un grupo de intelectuales residentes en el Brasil y la Argentina se proponen recuperar y revisar el legado cultural de los márgenes de la nación para argumentar sobre su futuro, en términos de raza, territorio y potencial civilizatorio.

¿A qué refiere el título del libro? Los intelectuales y los científicos que se involucraron en la tarea de constituir un patrimonio cultural para la nación se quejaron muchas veces de que los museos “estaban vacíos”. Esto tiene al menos tres significados diferentes. En primer lugar alude a que, a diferencia de naciones como México y el Perú, la Argentina y el Brasil no contaban con un pasado indígena rico en monumentos, códices y diccionarios de lenguas nativas; por ello, los coleccionistas debieron tratar de construir un pasado indígena a partir de elementos escasos y dispares –fragmentos de cultura difíciles de interpretar o generalizar–. En segundo lugar, la expresión “el museo vacío” tiene un significado literal: los directores de museo tienen la necesidad de llenar las salas de nuevos museos, recurriendo a apresuradas compras o donaciones de colecciones de objetos menores (cráneos, huesos, cerámica, textiles,

grabados, etc.); colecciones que son de reciente formación y están pobremente clasificadas y catalogadas. En tercer lugar, los constructores del patrimonio cultural expresan la ansiedad que les genera comprobar la “pobreza” de la cultura material indígena con la cual pretenden construir los valores fundantes de la identidad de sus naciones. Ante esta pobreza, se ven obligados a coleccionar materiales del “patrimonio intangible” (mitos y leyendas indígenas), cuando no representaciones modernas (fotografías) de trabajadores indígenas.

En un sentido tal vez más profundo, los coleccionistas se quejan de que sus naciones, abrumadas por el vertiginoso progreso y la modernización social de sus ciudades, han descuidado su pasado indígena y, como resultado, se muestran pobres en tradiciones culturales sólidas, como las que ostentan las naciones industrializadas de Europa. En diferente proporción, la avalancha inmigratoria y el mestizaje han generado dudas en las élites de la Argentina y el Brasil en cuanto a las bases étnico-raciales y a la identidad cultural de sus naciones. Es preciso entonces construir esta tradición nacional partiendo de colecciones de cosas y de fragmentos de la cultura oral popular (mitos y leyendas), algunas de las cuales ya están

en museos, otras se arman apresuradamente con motivo de una exposición internacional.

¿Cómo está organizado este libro y qué materias se tratan? El capítulo 1 presenta la problemática y sus fundamentos teóricos, e invita a imaginar el museo como una “máquina del futuro” que se utiliza para diseñar identidades colectivas. Se sugiere aquí que las “colecciones de cosas” de los museos reposan sobre una carencia de comunidad, sobre una incompletitud identitaria insalvable. Los museos, nos dice el autor, están “habitados por un vacío”. La empresa de incorporar a la cultura nacional el legado indígena y la cultura popular (como esta es reflejada en el folklore y la tradición oral) es, cuanto menos, una empresa riesgosa signada por la inestabilidad de sus proposiciones y la incerteza de sus resultados.

El capítulo 2 se concentra en la etnografía, examinando la obra de R. Lehmann Nitsche y de A. Metraux en relación a las culturas indígenas de la Argentina. Una red cultural que une a etnógrafos y coleccionistas, latinoamericanos y europeos, inicia una intensa circulación de objetos indígenas (vasijas, cráneos, textiles; pero también fotografías) y con ella se amasan colecciones, tanto en el museo como en “libros-museo”. Estas colecciones sirven para trazar un inventario de razas y etnias hasta entonces marginadas de las representaciones culturales e históricas de la nación. Por intermedio de los trabajos de estos etnógrafos, las culturas amerindias comienzan a plantearse como componentes

posibles de la comunidad “argentina”.

El capítulo 3 trata sobre Euclides da Cunha y sus “escritos amazónicos”. Coleccionista para el Museo Paranaense, Da Cunha plantea formas de apropiarse del patrimonio biológico del Amazonas (tanto los recursos humanos, como la flora y la fauna), en una época de promesas republicanas y del boom del negocio cauchero. Aunque advierte el peligro de deforestación que entrañan los asentamientos en Amazonia, el autor alienta la colonización de la región utilizando el potencial y la fuerza del mestizo nordestino, el “serengueiro”. Aquel Da Cunha que conocimos como reportero de una rebelión milenarista y anti-progreso aparece aquí examinando las posibilidades de la colonización agrícola en la Amazonia.

En el capítulo 4 el autor se concentra en el análisis de las celebraciones del Centenario en el Brasil y la Argentina para reflexionar sobre las representaciones de la nación. Estas celebraciones ponen en cuestión la importancia de recuperar el legado indígena frente a exposiciones anteriores que celebraban el progreso con mercancías de exportación (trigo, algodón, tabaco, carne, etc.). Para las exposiciones del período 1910-1925 hay un mayor interés en representar el “componente indígena” de ambas naciones: la Argentina ha llegado al mismo punto, pero el Brasil ha sido pionero en esta empresa, gracias al trabajo de Sílvio Romero. En la Argentina, presionan en esta dirección (recuperar las culturas indígenas en el análisis de la

cultura nacional) Moreno, Ambrosetti y Lehmann Nitsche. Este último en particular propone crear reservas para los indígenas a fin de preservar su cultura.

El capítulo 5 se ocupa de la política cultural en ambos países. Si Groussac, en la Exposición Internacional de Chicago (1893), presentó al gaucho como el emblema de las tradiciones argentinas, otros formadores de patrimonio cultural giraron su atención hacia la cuestión indígena. Y frente a su pobreza de “cultura material”, indagaron el acervo intangible de leyendas y mitos. A través de esta empresa llegaron a reconocer la importancia de ciertas lenguas indígenas: el quechua en la Argentina, el tupí-guaraní en el Brasil. En la Argentina, de mano del impulso positivista, entraron al museo huesos, cráneos, vasijas y tejidos indígenas. Aun el propio Groussac se unió a este giro, al presentar a Santiago del Estero como un “museo natural” para la recuperación del quechua y de leyendas y mitos expresados en este idioma. Para el Brasil, el autor encuentra en *Os Selvagem*, de Couto de Magalhaes, un inventario de la lengua tupí-guaraní y de sus leyendas. Al final, el capítulo contrasta los “cráneos de Zeballos” en el Museo de La Plata –una colección que margina y echa hacia el pasado las culturas araucanas de la Patagonia– con la “colección científica” que promueve Burmeister desde el Museo Público. Hay en este capítulo una tensión sostenida entre los proyectos del etnógrafo-coleccionista y los del filólogo, tanto en sus miradas cuanto en

el uso de las colecciones para discurrir sobre la identidad nacional.

En el capítulo 6 la atención se vuelca hacia la relación entre filosofía, raza y nación. A contrapelo de la ensayística nacional preexistente, tanto en el Brasil como en la Argentina, un grupo de intelectuales “provincianos” relocalizados en las grandes ciudades (S. Romero. R. Nina Rodríguez, J. V. González, R. Rojas) introducen los mitos y las leyendas del interior en la discusión de la cultura nacional. Las visiones que de esta empresa resultan son disímiles: un indio “sumiso y patriota” en J. V. González se contrapone con el vigor que los etnógrafos brasileños encuentran en las razas indígenas. En el Brasil, con el tiempo, asistimos a un giro entre un “indianismo romántico” (S. Romero) y un interés más sostenido hacia el “componente africano” (Couto de Magalhaes). Se expanden así las fronteras de la nación en tanto entidad cultural. En la Argentina, mucho del interés es efímero, se fuga: Metráu se desplaza a Washington; Lehmann Nitsche vuelve a Alemania.

El capítulo 7 revisa las obras de naturalista William H. Hudson como representativas de un catálogo y museo de la vida rural en la Argentina y el Uruguay. *La tierra púrpura*, *El naturalista en el Plata* y *Aves de La Plata* funcionan aquí como un catálogo de costumbres y de especies, donde hay acumulación pero también pérdida. El naturalista trabaja sobre la memoria de un mundo que ya no existe o que ha mutado sustancialmente. La ciencia, dice Hudson, está

completando su inventario zoológico al costo del exterminio de algunas especies. Hudson traslada a Inglaterra memorias personales sobre las costumbres y las descripciones de especies que alteran el archivo imperial británico. En particular, su vindicación del “carácter” del puma y del carancho ayuda a valorizar positivamente la región –el Río de la Plata, la llanura sudamericana– para el lector inglés.

El libro cierra con un capítulo sobre la temprana conformación de un “museo latino-americano” y sus debilidades constitutivas. Se detiene en particular sobre la obra de tres autores (P. Henríquez Ureña, A. Métraux y S. Buarque de Holanda) para mostrar los flujos de personas y los emprendimientos intelectuales que conformaron la red del primer “latino-americanismo” en la región. Entre México, Río de Janeiro, La Habana y Buenos Aires se configura una “red transatlántica” de intelectuales que, pivotando en nodos universitarios en los Estados Unidos y en Europa, intentan construir una visión de América Latina inestable y porosa; diferente de aquella construida por el Pan-Americanismo norteamericano. Un Métraux “norteamericanizado” se queja amargamente de su experiencia tucumana y anuncia que, en adelante, serán los estadounidenses quienes estudien aquello que las élites criollas desprecian: la cultura indígena en Sudamérica.

Por su parte, la historia literaria de Henríquez Ureña promueve la incorporación de las culturas amerindias dentro

del “latino-americanismo”, aunque deja fuera aún el componente afro-caribeño. Con el tiempo Henríquez Ureña abrazará también la cultura popular y el folklore como parte de las tradiciones artísticas de Latinoamérica. El tercer intelectual, el historiador S. Buarque de Holanda, rescata el mundo colonial luso-brasileño, trazando una suerte de “utopía arcaica” que compara favorablemente –por su retraso– con el mundo colonial hispánico. Buarque celebra la pasión y el desorden del pasado colonial en el Brasil, mientras critica la rigidez administrativa y planificadora de los españoles y la temprana e inoportuna ilustración de los Borbones.

Este es un importante libro que tendrá, seguramente, una cálida acogida entre los estudiosos de la historia intelectual y la crítica literaria. Su lectura no es fácil. Se trata de un libro cargado de referencias a la crítica poscolonial y literaria, que aunque conceptualmente enriquecedora, a veces resulta abrumadora. Pero aquel lector que persevere aprenderá muchísimo: tendrá un panorama general del intento en dos países de Sudamérica de construir un “patrimonio cultural” con énfasis en lo indígena y en el “folklor” y encontrará pasajes de gran interés para discusiones más generales sobre cultura, raza, identidad nacional y patrimonio. La selección del elenco de autores y obras que forman el corpus de análisis es muy acertada. Las disciplinas que contribuyeron a la construcción de los museos de cosas y los museos-libros están

todas representadas: la antropología, la arqueología, los estudios folklóricos, la etnografía, la filología. Las colecciones son, sin embargo, demasiado heterogéneas (desde descripciones de especies de aves hechas por un naturalista hasta colecciones de cráneos y de fotografías) y no aparecen desplegadas con suficiente detalle para que el lector se haga una idea de su contenido.

Este lector coincide con las conclusiones del autor, en el sentido de que las construcciones sobre cultura e identidad nacional producto de esta ampliación de fronteras (hacia la cultura indígena y el folklor) resultaron en identidades colectivas “inoperantes” e “inestables”. Es decir, que el museo ensayó llenar un vacío identitario y cultural existente, pero fracasó en su intento. En cuanto al método de demostración de Fernández Bravo, como historiador me hubiese gustado una proporción de micro-relatos que expliquen más claramente cómo cada autor da sentido y construye significados a partir de ciertas colecciones de cosas y enunciados. Por ello, me gustaron (y persuadieron) mucho más aquellos pasajes en los cuales Métraux se queja de su experiencia en Tucumán o en los cuales Zeballos aparece limpiando cráneos y huesos para su futura colección.

Lo que tal vez me resultó un tanto disonante es la noción del “libro-museo”. Entiendo que el museo como “complejo exhibicionario” está sometido a una lógica expositiva basada en la visión y que debe “funcionar” como tal sin

necesidad de grandes explicaciones. Su pedagogía evolucionista, por ejemplo, no necesita de mucho texto; son los objetos y las imágenes los que producen lecturas “apropiadas”. En los libros sobre etnografía, lingüística, mitologías regionales o historia literaria hay acumulación, pero esta no procede de manera física y visual como en los museos de cosas. Y esto puede entrañar una diferencia. Los museos de cosas no permiten pronunciamientos tan rotundos acerca de la cultura, porque el mundo de objetos y su significado siempre aparecen artificialmente unidos por obra del coleccionista y del curador. Estoy de acuerdo en que estos intelectuales coleccionaron objetos y fragmentos de cultura oral que expandieron las fronteras culturales de la nación. Pero no estoy seguro de llamar “museo” al lugar adonde llevaron estas cosas.

Fernández Bravo es un crítico cultural sofisticado y criterioso que propone en esta obra una lectura nueva a la problemática construcción de la nación en la Argentina y el Brasil, a partir de procesos de acumulación y usos del patrimonio cultural. Ha incursionado con maestría en un terreno peligroso y ha salido airoso. Esta es una obra erudita, muy sugerente y cargada de reflexiones sobre el conocimiento, la cultura y sus formas escriturales. La otredad en los márgenes de la nación (indígena, afro-brasileña y las culturas mestizas del interior) se encuentra aquí examinada con sutileza, como un esfuerzo intelectual de incorporación que

choca con numerosos obstáculos: la pobreza de los museos, la indiferencia de los estados, y el elitismo de los intelectuales. *El Museo Vacío* es ciertamente una obra que se leerá en varios campos disciplinarios y que servirá en el futuro como referencia ineludible a las cuestiones de patrimonio cultural, conocimiento sobre pueblos indígenas y la problemática construcción de una tradición nacional.

Reservé para el final un pequeño comentario. El término “acumulación primitiva” del subtítulo refiere tal vez a que por primera vez un grupo de intelectuales y científicos pone en el centro de su agenda coleccionar objetos y saberes sobre el pasado y la cultura indígenas en esta parte de Sudamérica. Pero también, de manera secundaria, el subtítulo alude a la apropiación de objetos y saberes sin el consentimiento de los pueblos originarios. Es decir, da cuenta de un coleccionismo que tiene como base la apropiación por compra, contrabando y saqueo —sin excluir momentos de saqueos de cementerios—. Se trata entonces de un patrimonio cultural construido sobre la base de una combinación de fuerza y astucia que evoca la discusión de “acumulación primitiva” en *El Capital* de Carlos Marx. Pero esta asociación no está explicitada en el texto.

Ricardo D. Salvatore
Universidad
Torcuato Di Tella

Noemí Goldman,
Mariano Moreno. De reformista a insurgente,
Buenos Aires, Edhasa, 2016, 280 páginas

La disolución de los imperios provocó la emergencia en Hispanoamérica de la figura del intelectual. Esta afirmación de Tulio Halperin Donghi articuló el curso sobre intelectuales en Hispanoamérica que dictó en 1981 en la UNAM y cuyo objetivo consistió en “explorar de qué modo algunos intelectuales vivieron con contradicciones a través del largo, tortuoso, proceso en que la figura del intelectual alcanzó a dibujarse con rasgos propios, un proceso que también en la América hispana se abre con la crisis del Antiguo Régimen”.¹ Mariano Moreno responde a este perfil de intelectual hispanoamericano y el libro de Noemí Goldman al objetivo formulado por Halperin Donghi, según muestra en su delicada reconstrucción biográfica del ideólogo de la revolución de 1810.

La autora –y esta es una de sus hipótesis– estudia a Moreno como “letrado y político”, y lo inscribe en el marco “de las relaciones entre las guerras interimperiales, la crisis de la Monarquía española y las nuevas oportunidades y aspiraciones que se abrían para los territorios americanos” (p. 14). Más que un letrado y

político, Goldman analiza en Moreno a un *letrado-político*, figura inexorablemente distinta a la del letrado colonial, quien buscaba reformar la monarquía hispánica con mayores o menores muestras de fidelidad a la Corona.² El *letrado-político* crea y es creado por la revolución: laberinto de incertidumbres, la revolución en Hispanoamérica expuso intempestivamente a un puñado de abogados, militares y eclesiásticos ilustrados que hasta hacía pocos años soñaban con la república de las letras ante el desafío de construir la república de la guerra.

Goldman revisa toda la historiografía sobre el secretario de la Primera Junta, desde su primera biografía, escrita en Londres por su hermano Manuel en 1812,³ hasta la reciente investigación del neurólogo Diego Bauso, quien finaliza un debate bicentenario sobre la autenticidad del *Plan de Operaciones* al certificar que se trató de un plagio (probablemente realizado en el Brasil como propaganda política contra la revolución del

Río de la Plata) de la novela crítica de la Revolución francesa *El Cementerio de la Magdalena* (1800-1801), de Jean Joseph Regnault-Warin, traducida al español en 1810.⁴ La historiadora, que en 1992 había publicado un trabajo novedoso y original de análisis de los discursos políticos del secretario de la Junta,⁵ concibe su obra como un “viaje exploratorio por los avatares de la vida de Moreno” (p. 15). En este viaje ofrece una nueva lectura del *letrado-político* desde que Moreno era Mariano, un estudiante aplicado, que viajó a Chuquisaca para formarse en leyes y regresó a Buenos Aires como un perfecto abogado de la Audiencia, el cabildo y del virrey Cisneros, hasta que se convirtió en el perfecto revolucionario y republicano de 1810, apodado por Saavedra el “maldito Robespierre” y por su hermano Manuel, el “Burke de América del Sur”. La exploración de Goldman permite pensar a Moreno y, con él, la revolución. El libro se inscribe así en el proyecto intelectual esbozado

¹ Tulio Halperin Donghi, “Intelectuales, sociedad y vida pública en Hispanoamérica a través de la literatura autobiográfica”, *Revista Mexicana de Sociología*, vol. 44, N° 1 (enero-marzo de 1982), p. 324.

² Jorge Myers, “Los intelectuales latinoamericanos desde la colonia hasta el inicio del siglo xx”, en Carlos Altamirano (dir.), *Historia de los intelectuales en América Latina*, Buenos Aires, Katz, 2008, vol. 1, pp. 29-50.

³ Manuel Moreno, *Vida y memorias del doctor don Mariano Moreno*, Londres, Imprenta J. M. Creey, 1812.

⁴ Diego Javier Bauso, *Un plagio bicentenario. El “Plan de operaciones” atribuido a Mariano Moreno. Mito y realidad*, Buenos Aires, Sudamericana, 2015.

⁵ Noemí Goldman, *Historia y lenguaje. Los discursos de la Revolución de Mayo*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1992.

hace más de una década por Oscar Terán.⁶

Si las biograffas de Moreno estaban en su mayoría centradas en la figura del revolucionario, quien murió a los 33 años, este libro permite adentrarse en gran parte de los 32 años anteriores. Son estos años, sobre todo desde que ingresó al *Colegio de San Carlos* a los 12, luego al mundo restringido de las bibliotecas de universidades y conventos de Buenos Aires y Chuquisaca (donde circulaban los libros prohibidos por la Inquisición) los que permiten comprender el perfil de un genial y frágil revolucionario. A través del estudio de aquel pasado la autora ilumina las formas en que el abogado movilizaba referencias intelectuales en la revolución. Y permite entender cómo Mariano se transformó en Moreno. La dicotomía entre continuidad y ruptura se vuelve infructuosa aquí. La revolución, como la vida de Mariano, es inesperada e indeterminada. Ante la incertidumbre, son las experiencias que dan cierta inteligibilidad a las acciones.

Goldman realiza un trabajo arqueológico: rastrea cada una de las lecturas de Moreno, las que cita y las que no, identifica las ediciones, las traducciones, los cambios que el abogado introduce en sus escritos, y reconstruye su *república de las letras* en Buenos Aires y Chuquisaca. En este laboratorio intelectual de un Río de la Plata que a diferencia del Virreinato

de Nueva España o del Perú no se destacaba por sus luces, circulan obras clásicas de la Roma republicana, de los jansenitas, de la Ilustración francesa, italiana, inglesa e hispánica, y de la revolución norteamericana y francesa. La historiadora descubre así facetas veladas de Moreno: la del lector políglota y voraz, la del traductor constante, la del letrado que construye potentes argumentos lógicos para exigir más reformas en la monarquía, ya sea contra el trabajo indígena o a favor de la apertura comercial. Como *letrado-político*, Moreno no solo es un individuo. Es una red de relaciones familiares y de amistad atravesadas por el eje Buenos Aires-Chuquisaca donde se encuentran Fray Cayetano Rodríguez, Belgrano, Castelli, Vieytes, Rodríguez Peña, Agrelo, es decir, los futuros hombres de 1810.

En las primeras dos partes del libro, que van desde el nacimiento de Mariano en 1778 hasta 1809, Goldman explora la experiencia de la infancia, juventud y primeros años de la vida adulta de un estudiante de modestas condiciones que dejó el sacerdocio para dedicarse a las leyes y que desde su regreso a Buenos Aires experimentó un ascenso político y social frenético. El trabajo arqueológico podría en este caso equipararse con uno psicoanalítico: la autora aporta información que funciona como material reminiscente de los años constitutivos de la personalidad de Mariano en un contexto histórico-social con el que se identificará o distanciará. Goldman afirma que “Moreno vivió y actuó dentro de las reglas y expectativas propias

del mundo colonial” (p. 13). Sin embargo, la reorientación de sus estudios, el casamiento con María Guadalupe Cuenca sin que sus padres se enterasen y la carrera de Mariano revelan más bien a un hombre excepcional que sabe moverse durante la crisis del mundo colonial.

Mariano es un sobreviviente. Sus padres tuvieron catorce hijos. Seis murieron y ocho sobrevivieron, entre ellos el mayor, Mariano. A los 8 años “fue violentamente atacado por la viruela, que le dejó marcas en su rostro” (p. 27). A los 21 años, en Tucumán, camino al Alto Perú, sufrió “su primera crisis de fiebre reumática que lo dejó en cama sin poder moverse durante quince días” (p. 29). A los 24 años, un nuevo ataque de reumatismo lo dejó postrado dos meses en Chuquisaca. En ese contexto, informa la historiadora, tradujo del francés *Los Sepulcros*, una obra de 1742 del clérigo inglés James Harvey cuyo título original es *Meditaciones entre las tumbas*. “¿También padeceré yo esta horrible transformación? ¿Me será preciso ser un cadáver insensible?” (p. 38), pregunta Moreno en su traducción. Desamparo y enfermedad. Así caracteriza la autora esta etapa del joven Moreno.

El sobreviviente asume riesgos. Toma de la vida hasta la última gota porque sabe que en cualquier momento se le puede escapar. ¿Es menos importante esta condición de Mariano para la comprensión de su transformación horrorosa y a la vez majestuosa de perfecto abogado en implacable intelectual revolucionario? ¿De Mariano en Moreno? ¿No son acaso estos problemas y

⁶ Oscar Terán, “Mariano Moreno: Pensar la Revolución de Mayo”, en *Historia de las Ideas en la Argentina. Diez lecciones iniciales, 1810-1980*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2010, pp. 25-59.

dilemas, constitutivos de su personalidad, relevantes para la comprensión de su metamorfosis, que es también la de un mundo situado entre un “antiguo orden que se resistía a morir y uno que no se decidía a nacer”⁷ Mariano Moreno. *De reformista a insurgente* es también una historia del Virreinato y de la revolución en el Río de la Plata.

En la segunda mitad del libro, la autora analiza al Moreno de 1810 y retrata al hombre que se decide a nacer; aquel que ensaya respuestas para esa revolución que no osó pronunciar su nombre cuando comenzó, y sobre todo para indicar cómo sobrevivir ante lo impredecible. Moreno, reformista devenido revolucionario, organiza la incertidumbre desde la secretaría de Gobierno y Guerra de la Primera Junta. Para Goldman un primer principio para esta organización sería el patriotismo criollo del abogado (pp. 52-57), que lo acompañaría desde su formación y que explicaría sus medidas para desplazar a los españoles europeos de los cargos. Se trata de una interpretación discutible. Como categoría historiográfica, difundida entre otros por David Brading –en quien se basa Goldman–, el patriotismo criollo remitiría a una identidad americana e independentista.⁸

⁷ Tulio Halperin Donghi, “El letrado colonial como inventor de mitos revolucionarios: Fray Servando Teresa de Mier a través de sus escritos autobiográficos”, en AA.VV., *De historia e historiadores (Homenaje a José Luis Romero)*, México, Siglo XXI, 1982, p. 132.

⁸ David A. Brading, *Orbe indiano. De la monarquía católica a la república criolla, 1492-1867*, México, FCE, 1991.

Pero se trata de una identidad problemática porque hasta las revoluciones los actores asociados a ella se consideraban a sí mismos más españoles americanos que criollos. Su americanidad formaba parte de un discurso hispánico, ilustrado y católico que buscaba la reforma de la monarquía para el beneficio de sus patrias locales, y no la independencia de una abstracta patria americana.⁹

Un segundo principio de organización de la incertidumbre articulado por Moreno es el Terror contra todo opositor al nuevo gobierno: el fusilamiento de Liniers y de otros enemigos en *Cabeza de Tigre* en 1810, explica la autora, marca el inicio de la guerra contra los *mandones*. El escarmiento obligará a la revolución a decir su nombre y a mostrar su principal herramienta para construir legitimidad: la guerra. Un tercer principio es la instrucción a través de empresas de institución del pueblo: la creación de la *Gaceta de Buenos Aires* y de una opinión pública asimilada a la opinión oficial, la fundación de la Biblioteca pública, la edición de *El Contrato Social* de Rousseau. Aquí Goldman exhibe un estado de la cuestión erudito sobre los antecedentes de la traducción al español de *El Contrato Social*, sobre el prólogo de Moreno y sobre la

⁹ Gabriel Entin, “El patriotismo americano en el siglo XVIII: ambigüedades de un discurso político hispánico”, en Véronique Hébrard y Geneviève Verdo (comps.), *Les indépendances hispano-américaines, un objet d'histoire*, Madrid, Casa de Velázquez, 2013, pp. 19-33.

circulación de la edición. El último principio es la legitimación y organización de la revolución, a partir de un lenguaje pactista de la soberanía del pueblo basado en el derecho natural (observables en los artículos de Moreno en la *Gaceta* sobre el congreso a convocar publicados a fines de 1810), y de un republicanismo basado en referencias a la Antigüedad clásica mediatizadas por los autores de la Ilustración y por autores de la propia monarquía católica en la que Mariano se formó.

Solo siete meses de gobierno le bastaron a Moreno para generalizar y hacer sensibles los principios de la revolución en el Río de la Plata. Luego, tras las disidencias con Saavedra y el resto de los miembros de la Junta respecto a la incorporación de los diputados provinciales, el abogado dimitiría y partiría en misión diplomática a Londres en enero de 1811. Goldman cuenta que en su viaje junto a Guido y a su hermano Manuel traducía *El Viaje de Anarcasis el joven por la Grecia*, del abate francés Barthélemy. ¿Cómo no pensar en una posible identificación idealizada de Moreno con el personaje de esta obra?, se pregunta. El libro sobre los viajes del filósofo bárbaro Anarcasis, admirado por los griegos y tratado indignamente en su patria de origen, Escita –que lo condenó a muerte acusado de pervertir las costumbres–, era popular en Europa desde el comienzo de la Revolución Francesa (la obra contribuía a la universalización de los principios revolucionarios).

Partir de la patria que uno había contribuido a forjar podía

vivirse como un destierro: con precisión, Goldman caracteriza así esta última etapa de Moreno. En la Roma antigua el destierro o exilio era una acción voluntaria para evadir una sentencia de muerte, que implicaba la pérdida de ciudadanía: la exclusión de la comunidad. El exiliado se convertía en un proscrito; el proscrito en un *hostis*. Cuando en el epílogo la autora analiza las cartas de María Guadalupe Cuenca a su amado Moreno, se observa que tras su partida Moreno es ya un enemigo público del gobierno.

En la fragata británica *Fama*, los problemas de salud de

Moreno se intensificaron. La autora afirma que no hay evidencias para saber si fue envenenado, pero sí que se le administró una dosis inadecuada de emético. En la *Fama*, Moreno reencontraba no solo a Anarcasis sino también a Mariano: aquel joven traductor que escribía sobre la horrorosa transformación en cadáver insensible, sin saber que unos años más tarde la frase podría servirle para describir su propia muerte y la de su cadáver envuelto en una bandera británica arrojado al Atlántico a la altura de Santa Catarina. “La revolución había quedado inconclusa, dando origen al

mito”, concluye Goldman. El gran mérito de la autora consiste en la reconstrucción de la historia del hombre dejando de lado el mito. El libro representa la más exhaustiva biografía de Moreno, que es también la del nacimiento de una nueva república cuyo principal arquitecto muestra una capacidad intelectual para sobrevivir e interpretar, solo por unos meses, aquel territorio desconocido llamado la revolución.

Gabriel Entin
CONICET / CHI-UNQ

Mariano di Pasquale y Marcelo Summo,
Trayectorias singulares, voces plurales. Intelectuales en la Argentina, siglos XIX y XX,
Buenos Aires, EDUNTREF, 2015, 273 páginas

El libro compilado por Di Pasquale y Summo recoge las ponencias presentadas en un Congreso realizado en 2011 en la ciudad de Catamarca. Las mismas buscan reconstruir la trayectoria que siguieron distintas figuras intelectuales argentinas desde la independencia hasta el pasado reciente. El punto de vista escogido se centra así en la biografía de ciertos individuos, o sujetos colectivos, que resultarían relevantes para comprender el lugar de los intelectuales en la política argentina, las distintas vías que estos encontraron para vincularse con la sociedad desde el espacio particular en que se situarían en tanto que tales. Lo que subyace a esta vuelta sobre un enfoque de tipo biográfico no es el supuesto tradicional, de raíces románticas, de que aquellos aquí estudiados serían individuos “representativos”, en el sentido de que en su biografía se condensaría un momento histórico, sino, más específicamente, que su interés reside en el tipo de redes intelectuales y sociales que se articularon en torno de ellos y de sus proyectos político-culturales. Es a partir del estudio de estas redes que podría reconstruirse la naturaleza de este espacio social particular, que es el campo intelectual, cómo este se articuló y cómo se fue reconfigurando históricamente en nuestro medio.

El primero de los capítulos, escrito por Mariano di Pasquale, analiza la trayectoria de Juan Manuel Fernández de Agüero, quien apela a las ideas de la *Ideología* para dismantelar la tradición escolástica dominante en el medio académico de su tiempo. Esta labor de reforma intelectual, que serviría de sustento cultural al proyecto político rivadaviano, lo llevaría a encarar un accionar que trascendería el ámbito educativo para proyectarse sobre un espacio social más amplio a través de la prensa y la arena pública. Di Pasquale analiza cómo esta vocación de intervención pública lo llevará a verse atrapado en una serie de contradicciones que tensionaron la política de su época, y que excederán su capacidad de gestión en tanto que reformador educativo, su proyecto original.

Sigue un trabajo de Rosalía Baltar sobre la acción de la inmigración intelectual italiana en el Río de la Plata durante los períodos rivadaviano y rosista. En este caso, el vínculo con la cultura europea cobra un carácter más directo e inmediato. Baltar traza el modo en que estos emigrados se insertan, de manera relativamente exitosa, en el ambiente intelectual local explotando el prestigio que les confiere su condición de tales. Esto no excluirá, sin embargo, cierta sensación de frustración ante los magros beneficios,

tanto materiales como simbólicos, que ello les reportaba. De todas formas, su presencia cultural resultaría insoslayable, algo que Baltar se propone en este texto recobrar ante el oscurecimiento resultante de la imagen más rutilante de los exiliados durante el rosismo, en los cuales la historiografía se ha enfocado de manera casi exclusiva. Su estudio de las estrategias discursivas a las que estos apelaron nos brinda así una perspectiva diferente de la historia intelectual del período.

Mercedes Betria vuelve, en cambio, sobre el texto clásico de Alberdi, el *Fragmento preliminar al estudio del derecho*, para rastrear a partir de él cómo es que el rosismo se convierte entonces en objeto de estudio, las coordenadas a partir de las cuales se interpretará el mismo como fenómeno histórico peculiar. Este, se postula, requeriría de categorías distintas a las hasta entonces disponibles, que el ideario romántico vendría a aportar. Betria analiza así cómo Alberdi retoma este bagaje conceptual, pero también cómo se aparta de sus fuentes, en su intento por adecuar las mismas a la realidad rioplatense.

Federico Molina analiza a continuación la prédica del cura jujeño Escolástico Zegada. Su prolongada labor orientada a hacer de la religión un sustento del naciente orden

republicano le habría ganado importante reputación, llegando incluso a ocupar brevemente el cargo de gobernador interino en 1849. Su discurso crítico se dirigiría mayormente contra la “secta volteriana”, que buscaba, según sostenía, abrir una grieta entre la nueva nación y la Iglesia. Según muestra Medina, el pensamiento del clérigo conjugaría el ideal republicano con una visión arcaica de lo social, como un orden jerárquico más afín al sistema prevaleciente antes de la revolución. Lo cierto es que su voz se volvería influyente en toda la región Norte del país, particularmente durante el debate constituyente abierto tras la caída de Rosas, en cuyo transcurso adhirió a la acción de Urquiza como presidente de la Confederación.

El texto de Karina Vásquez nos traslada al siglo xx. El mismo se enfoca en una problemática particular: la función de la apelación al motivo americanista, el cual se difunde tras la Reforma Universitaria, por parte del grupo martinfierrista. Según señala Vásquez, es a partir de dicho motivo que aquellos intelectuales reunidos en torno a la revista *Martín Fierro* habrían de delinear un espacio ideológico-cultural propio que se distanciaría simétricamente tanto del cosmopolitismo como del nacionalismo. Por detrás, asomaría una visión acerca de aquello “propio” que se buscaba encarnar al que se lo concebía más bien como un proyecto a realizar que como una realidad. En este contexto, el “americanismo” de *Martín Fierro* aparecería como la definición de un problema,

antes que como una respuesta al mismo.

Guillermina Georgieff avanza ya hasta el primer gobierno peronista, cuando la secular desconfianza de los intelectuales hacia las masas se invierte y se troca en una desconfianza no menos manifiesta de estas hacia aquellos. En este contexto, no resultará sencillo descubrir cuál habría de ser el lugar de los intelectuales dentro del régimen peronista. De hecho, las figuras intelectuales más prestigiosas pronto harían explícita su oposición al mismo, resignando el rol de ideólogos del régimen en personajes cuyo prestigio dependería más de la visibilidad que le confería su adhesión a dicho régimen que de sus propios logros en el campo específico. Georgieff descubre dos roles que le reservaría el peronismo a los intelectuales que adhiriesen a su causa: como expertos y como legisladores. En tanto que expertos, servirían a la realización del sueño de la “Argentina potencia” entonces invocado; en tanto que legisladores, les tocaría delinear la naturaleza de una “comunidad organizada” cuyas raíces se hallarían en una supuesta “herencia cultural hispana”, que ellos deberían también recobrar. Lo cierto es que, según señala Georgieff, las tensiones que atravesó la relación entre peronismo e intelectuales haría que la política del régimen hacia los mismos se redujera cada vez más a la de tratar de pensar el lugar que estos deberían ocupar en el interior del propio aparato político peronista, abandonando la reflexión más amplia acerca

de su papel como tales en el diseño de un ideal de nación.

Marcelo Summo se detiene en un periodo análogo, aunque concentrándose en un autor particular, y un momento específico de su trayectoria intelectual: el “joven” Abelardo Ramos, cuando colaboró asiduamente con la prensa peronista. Este período es, quizás, el menos conocido, pero, según sostiene Summo, es entonces cuando diseña los motivos fundamentales que vertebrarán una corriente que se revelaría sumamente exitosa en la configuración de la conciencia colectiva de las décadas posteriores: la llamada “izquierda nacional”. Summo destaca una característica peculiar de Ramos en el contexto del pensamiento de izquierda: su preocupación por la cultura, que resulta de una conciencia particularmente sensible a la “dominación ideológica” como cimiento de la “situación neocolonial”. Al “intelectual nacional” le correspondería así un papel destacado como constructor de hegemonía. No obstante, su proyecto intelectual no pasaría de una serie de motivos fragmentarios. La condición de Ramos de intelectual orgánico de un partido, en realidad, inexistente, le abriría las puertas a una visión doblemente alienada respecto de dos ortodoxias: la marxista y la nacionalista. La originalidad de su proyecto no ayudaría, sin embargo, a permitirle desarrollar una visión algo más sistemática de la nación, la cual se reduciría a un latinoamericanismo vago, con frágiles fundamentos teóricos y aun más endebles anclajes materiales.

Martina Garategaray analiza en dos revistas emblemáticas cómo buscarían reconfigurarse las tradiciones peronista y socialista ya en el marco de la “transición democrática” abierta tras la caída de la última dictadura: *Unidos* y *Punto de vista*. Las unía el rechazo a la violencia que tiñó a todo el espectro político en el pasado reciente y la revalorización del estado de derecho y la defensa de los derechos humanos. Esta reformulación política corre paralela a un intento de redefinición, particularmente por parte de la segunda de las revistas, del propio rol de los intelectuales. Entonces se buscaría dejar de lado el carácter misional que se arrogaban anteriormente estos en tanto que “guías de su pueblo”, sin por ello abandonar su intención de intervenir en la esfera pública. La ambigüedad implícita en esta definición resultaba, sin embargo, difícil de soslayar. En todo caso, esto se pondría de relieve en el plano más específico de la relación que mantendrán estas revistas con los gobiernos sucesivos a los que apoyarían, respectivamente: el alfonsinismo, en el caso de *Punto de Vista*, y el menemismo, en el caso de *Unidos*. Lo que empezaría siendo un “compromiso crítico” se volvería cada vez más difícil de sostener y acabaría, en ambos casos, aunque por motivos muy distintos, en un fracaso que haría que el lugar de estas revistas de allí en más

se desdibujara, llevando, en el caso de *Unidos*, a su clausura, y en el caso de *Punto de Vista* a su reorientación como un medio de carácter más marcadamente cultural y solo tangencialmente orientado al quehacer político. No obstante, quedaría aún como su legado, afirma Garategaray, su apuesta a la crítica.

El último capítulo, de María Cristina Basombrio, realiza un recorrido similar, pero enfocado, más específicamente, en la trayectoria de una figura intelectual muy estrechamente asociada al proyecto político alfonsinista: Carlos Nino. Su posición como asesor presidencial haría que participase de manera directa en varios de los proyectos de su gobierno, incluidos algunos clave, como el juicio a las Juntas y los intentos, a la sazón fallidos, de reforma constitucional. Lo que unía a Nino con Alfonsín sería, en última instancia, el tono moral con que se investía su discurso político, y que haría que este vínculo resistiese incluso el temblor que supuso la sanción de las leyes de Punto Final y de Obediencia Debida, hecho que desata la rápida descomposición del régimen alfonsinista, perdiendo entonces buena parte de su base de apoyo, lo que incluirá, de forma prominente, a los intelectuales hasta entonces adeptos al mismo. Nino aun así mantendrá su alianza con aquel, pero solo al precio de un ya más marcado aislamiento

respecto del medio académico en que tuvo su origen.

Según puede verse en el sumario repaso precedente, el libro editado por Di Pasquale y Summo ofrece un panorama sugerente de los distintos momentos por los que atravesó la intelectualidad argentina, la diversidad de formas que asumió su espacio, siempre inevitablemente atravesado por tensiones más vastas que agitaron a la sociedad y a la política de su tiempo. Hay un rasgo en común, sin embargo, recurrente, que es la porosidad de su campo. No obstante, esto no debería ocultar un hecho quizá más notable, y algo menos advertido. Los intelectuales en la Argentina, a pesar de los permanentes cuestionamientos de que fueron objeto, de las contradicciones que debieron enfrentar, su descontento respecto de su escaso reconocimiento social, lograron, aun así, afirmar una cierta autoridad y visibilidad social, bastante menos rutilante quizá que en otros países, pero no por ello insignificante. Y es esto, justamente, lo que los colocaría una y otra vez en el centro de las disputas en que se vieron envueltos, y explicaría, en definitiva, la larga serie de avatares a cuya comprensión este libro viene a colaborar e intenta esclarecer.

Elías J. Palti
UNQ / UBA / CONICET

Roberto Pittaluga,

Soviets en Buenos Aires. La izquierda de la Argentina ante la revolución en Rusia,

Buenos Aires, Prometeo Libros, 2015, 400 páginas

A cien años de haberse producido, la Revolución Bolchevique continúa despertando interés en historiadores, sociólogos y politólogos. Los ecos de este acontecimiento fueron escuchados en distintos puntos del planeta, y la Argentina no fue la excepción. Roberto Pittaluga, doctor en Historia por la UBA, se propone en *Soviets en Buenos Aires. La izquierda de la Argentina ante la revolución en Rusia* dilucidar los significados, sentidos e interpretaciones sobre este evento por parte de los intelectuales locales.

A diferencia de estudios precedentes, Pittaluga no se centra en una de las tendencias de la izquierda argentina, sino que en su relato están presentes de conjunto comunistas, socialistas, anarquistas y sindicalistas. El libro está organizado en dos secciones. En la primera se ofrece un panorama del campo político y cultural argentino en los años de la Revolución Rusa. Esta parte se encuentra dividida en seis capítulos que señalan cuáles fueron los agentes que tomaron el acontecimiento ruso como núcleo de debate y posicionamiento, en una tarea que se detiene en los principales focos de conflicto y algunos de los recortes que esos actores realizaron en el momento de publicar sus propuestas. En la segunda parte de la obra, Pittaluga elige los

conceptos que recorrieron los discursos de los intelectuales rioplatenses en el momento de posicionarse frente a la revolución. Este apartado, mucho más extenso que el primero, contiene los principales ejes de la obra: Tiempo, Sujetos, Régimen, Sociedad y Cultura y Espacio. Finalmente, *Soviets en Buenos Aires* concluye con una reflexión sobre el qué hacer frente a la revolución y su vínculo con lo que se pensaba que era una revolución, es decir la relación entre la praxis y las ideas.

En la presentación del libro Pittaluga plantea de manera clara su enfoque y exposición. En primer lugar, señala que sus dos preocupaciones son la historia de la izquierda y su praxis y, por otro lado, los modos de narrarla. Sostiene que a partir del eje “Revolución Rusa” se produjo un movimiento de disputa entre los intérpretes rioplatenses, a través de conferencias, artículos y libros, todo lo cual configuró un marco que movilizó diversos sentidos y significados.

El objetivo de Pittaluga es plantear cómo las interpretaciones de la Revolución Rusa dependieron en gran medida de los intereses dentro de un campo de intervención. En la introducción lo propone como una necesidad propia de su objetivo, es decir para dar cuenta de cómo se organizaron los diferentes

actores de la izquierda argentina discursivamente y no según su afiliación partidaria. De esta forma, lo que Pittaluga identifica cómo “lo invisible” se muestra como un magma de significados de diversos conceptos que emergieron con más fuerza luego de la revolución de 1917.

Luego de la introducción, el lector se encuentra con una primera sección en la cual se presenta la situación inmediata a la revolución en la Argentina. Los actos en su apoyo, las publicaciones, las traducciones y las ediciones locales, como también los viajes, son el centro del primer apartado. Pero la preocupación de Pittaluga, como lo aclara más de una vez, no es observar la organización del campo cultural y la transformación de sus prácticas a partir de la difusión de la Revolución Rusa, sino entender cómo las lecturas llevaron a un “deslizamiento de sentido”.

Esta problematización del tema trabajado es uno de los puntos fundamentales. El planteo semiológico que hace Pittaluga para dar cuenta de los movimientos de los significados de los acontecimientos enriquece la investigación y la fundamenta teóricamente. Aquí Pittaluga llega a una de sus hipótesis: la revolución fue leída a través de un conjunto de ideas o imaginarios que los intelectuales locales ya portaban.

En el planteo inicial, realiza una interesante reflexión sobre la relevancia de los estudios sobre la historia de la izquierda y la necesidad de mostrar la relación entre la praxis y los discursos de los distintos grupos. Pittaluga sostiene que las elecciones que se hacen en el interior de diferentes lenguajes políticos configuran distintos tipos de prácticas políticas. Mediante la construcción de significados presente en los debates, se ponían en juego posicionamientos dentro del campo político.

La diversidad de fuentes y documentos a los que recurre Pittaluga revela que el problema de la Revolución Rusa en nuestro país no pasó desapercibido. Aunque la obra se concentra en los primeros años posteriores al hecho revolucionario, muestra que también hacia fines de los años '20 es posible hallar discursos en que la preocupación por el régimen soviético se mantuvo, comunicada a problemas sociales, políticos y económicos argentinos. Socialistas, sindicalistas, anarquistas, anarcobolcheviques y comunistas están representados por algunas voces que, la mayoría de las veces, contaban con reconocimiento en el campo político o cultural. Tales los casos de Enrique del Valle Iberlucea, Alfredo Palacios, Antonio Di Tomasso, Joaquín Cocca, Diego Abad de Santillán o José Penelón. En el cuadro de análisis también ingresan figuras menos reconocidas que intervenían en las disputas de sentido.

Al ocurrir los eventos revolucionarios en Rusia en 1917, la cuestión de la praxis

era un interrogante para los intelectuales argentinos ante una reciente democracia que había permitido ampliar la política a las masas. Por lo tanto, la experiencia soviética despertaba interrogantes sobre la traducción de la proclama "dictadura del proletariado". Este es un ejemplo de las preguntas que Pittaluga halla en los escritos de las izquierdas durante la década del '20.

Las fuentes utilizadas por el autor dan cuenta de la pluralidad de argumentos que rodearon ese tópico. Por ejemplo, los socialistas entendían la "dictadura del proletariado" como un hecho excepcional determinado por la situación rusa. Pero principalmente, Pittaluga identifica dos posiciones en las cuales se agrupan actores de diferentes tendencias. Una primera en la que este tipo de gobierno se explicaba por su carácter defensivo frente a los episodios contrarrevolucionarios; una segunda, por su faceta ofensiva necesaria para instalar un nuevo sistema social. La mayor parte de los intelectuales, no obstante, coincidían en su aspecto provisorio, lo que se evidencia cuando a partir de 1921 los anarquistas comienzan a realizar críticas al régimen soviético por haberse convertido en una "dictadura del Partido Comunista".

Otra pregunta formulada por Pittaluga se relaciona con circunstancias espacio-temporales. El Octubre ruso, ¿encendió una señal para llevar a cabo un experimento semejante en Buenos Aires? Si no era así, si los casos de Alemania y Hungría eran ejemplos de fracasos en su reproducción en otros espacios,

¿cuánto tiempo habría que esperar? ¿Y mientras tanto? ¿Seguir las vías del reformismo parlamentario como proponían los socialistas, o continuar formando al proletariado argentino para cuando llegara el momento?

El análisis de Pittaluga demuestra que la recepción de un evento internacional no es lineal ni única, sino que se configura como dispositivo otorgador de legitimidad. Así, en el período estudiado para su obra, en el cual tenía lugar la conformación de partidos políticos, defender la revolución y el régimen bolchevique, tomar como modelos los avances técnicos y culturales, sostener que la "dictadura" era necesaria o no lo era, fueron modos de construir una propia identidad política local.

Luego del apartado "Tiempo", al que Pittaluga otorga un espacio importante, le sigue en extensión el titulado "Sujetos". En este capítulo la pregunta disparadora refiere al agente capaz de llevar a cabo la revolución. Las múltiples respuestas halladas por el autor varían, y abarcan desde la posición de que los intelectuales debían ser los encargados de liderar el proceso revolucionario, hasta la defensa del proletariado y de las masas como los principales agentes capaces de destituir al sistema capitalista. En el debate convenientemente repuesto por Pittaluga a través de numerosas citas se desgranar los problemas constitutivos de las relaciones entre intelectuales y masas. Algunos discursos reproducidos de anarquistas, socialistas y comunistas recurrían al elemento "iluminista" propio de

esas tradiciones políticas. Así, en las crónicas sobre la revolución las categorías de “vanguardia” y de “masas” eran habitualmente discutidas. Según el posicionamiento del emisor, la “vanguardia” aparecía representada por el partido bolchevique y en otras por los intelectuales, mientras que las “masas” podían ser identificadas como impulsivas y otras veces como portadoras del saber necesario para instalar un nuevo régimen.

Otra de las cuestiones importantes en la recepción de la Revolución Rusa en la Argentina, y que se relaciona con la tradición imperante en los círculos culturales argentinos, fue el lugar del saber. El positivismo, que hacia la década del '20 estaba debilitándose, aún funcionaba como orden legitimador de decisiones políticas y sociales. Por lo tanto, el saber técnico y científico desarrollado por la industria soviética luego de las primeras medidas económicas era percibido como modelo a seguir por la mayor parte de los grupos de izquierda. Por último, el autor se dedica a señalar la recepción de los cambios culturales soviéticos, como los avances en la medicina o el rol de la mujer, demostrando el amplio espectro de reflexión instaurado por la Revolución Rusa.

En cada uno de sus análisis de los discursos de la izquierda

Pittaluga acude a herramientas conceptuales provenientes de Arendt, Agamben, Rancière, Benjamin o Foucault para calibrar distintos elementos que se hallaban en disputa. De este modo, permite pensar categorías como representación, sujeto político o dictadura desde una perspectiva más amplia, sin atenerse a las posiciones de los productores que él analiza.

El libro de Pittaluga recorre muchos tópicos, cuya reposición completa está fuera del alcance de esta reseña. Mencionemos, por ejemplo, el problema de si el soviét era una institución o era la cristalización de la agencia de las masas. Estos interrogantes, entre otros, son abordados en la mayor parte del libro, convirtiéndolo en un mapa de los conceptos que recorrieron los debates argentinos disparados por la Revolución bolchevique.

Tanto para aquel que busca entender el impacto de la revolución en la reorganización del campo cultural argentino como para quienes estudian los desplazamientos de los significados de distintas acepciones, así como para los estudiosos de la historia intelectual argentina, la obra de Pittaluga ofrece un abanico de ricos estímulos. *Soviets en Buenos Aires* deja algunos interrogantes abiertos para

futuros trabajos de investigación. Por ejemplo, en relación a los posicionamientos y las legitimidades de los distintos autores que cita, cuáles fueron sus trayectorias y dónde se ubicaban en el momento de emitir sus juicios sobre la revolución. También podríamos preguntarnos por la repercusión en otros espacios más lejanos de la capital argentina, y por redes y reacomodamientos que se dieron entre las distintas tendencias de izquierda.

La investigación de Pittaluga, en suma, es más que un significativo aporte. Su exhaustivo trabajo de fuentes, el análisis pormenorizado de los sentidos dados por una diversidad importante de intelectuales, el abordaje de las izquierdas en general y no de manera individual y el hecho de recurrir al archivo categorial de la filosofía política contemporánea ofrece en conjunto como resultado un libro que otorga toda su relevancia a la Revolución de Octubre, al tiempo que permite repensar el lugar de la Argentina como país receptor pero también generador de nuevas síntesis y de un crisol de ideas.

Natalia Ávila
UNQ

Martín Cortés,

Un nuevo marxismo para América Latina. José Aricó: traductor, editor, intelectual,
Buenos Aires, Siglo XXI, 2015, 264 páginas

Los marxismos en América Latina han tenido diversas expresiones desde su llegada a estas tierras a fines del siglo XIX. El estudio de sus ideas, sus acciones políticas y culturales y sus focos de irradiación conforma una trama tan rica como abordada de manera despareja, poco comprensiva y sistemática por parte de la historiografía académica. Aunque existen avances significativos en el análisis de esta tradición en países como Brasil, México, Argentina y en menor medida Chile y Uruguay, todavía su historia es parcialmente conocida, con disímiles aspectos por examinar relacionados, por ejemplo, con la reconstrucción de trayectorias de políticos, intelectuales y militantes, la recepción de sus ideas o la labor emprendida por editoriales, editores, libros y revistas en la difusión y apropiación de sus postulados.¹ Más aun, si el objetivo es conformar una historia en parte efectivamente latinoamericana, y no solamente anclada en las fronteras nacionales, que invite a diseñar una mirada transnacional de un fenómeno político y cultural de igual

¹ Al respecto, véase el completo estudio de Horacio Tarcus, "Para un programa de estudios sobre los marxismos latinoamericanos", en *Memoria. Revista de crítica militante*, México, Centro de Estudios del Movimiento Obrero y Socialista, N° 257, 2016, pp. 62-73.

naturaleza. El libro de Martín Cortés, como puede apreciarse desde su título, es una significativa contribución a esta literatura interesada en examinar la productividad desplegada por los marxismos en la región, al abordar el pensamiento de una figura sustancial de esa historia como fue José Aricó y su aporte a la "teoría política latinoamericana" en general y a los "dilemas" que esta tradición afrontó en particular (p.11).

La atención que el libro concita respecto a Aricó, sin embargo, lejos está de conformar un hecho aislado o una mera curiosidad individual. Como en parte el mismo autor señala, los estudios sobre las izquierdas han demostrado una notable dedicación al análisis de un intelectual central en la configuración del marxismo y del socialismo argentino y latinoamericano desde mediados del siglo XX. Sin espacio para realizar aquí un *racconto* de los trabajos que se dedicaron a abordar sus ideas y a reconstruir momentos y emprendimientos políticos y culturales en los que estuvo involucrado, basta mencionar el dossier que hace un par de números atrás publicó la revista *Prismas*, en cuyas páginas pueden encontrarse de manera condensada las principales investigaciones sobre el tema. El estudio de Cortés forma parte de esa estela de trabajos preocupados por estudiar

diversos aspectos de la obra y el accionar de Aricó, aunque con un signo distintivo: su aproximación busca distanciarse de aquellas que lo invisten apenas como "objeto de estudio" a ser repuesto desentrañando "un entramado áridamente filológico", para asumir en cambio un gesto reivindicativo de la capacidad demostrada por el intelectual cordobés a la hora de interpretar, traducir y dotar de sentido a los postulados marxistas, bajo la premisa de una urgencia asociada a "un presente con necesidades teóricas y políticas" (p. 11).

El libro está dividido en dos partes. En la primera, el autor indaga sobre el ejercicio de traducción que Aricó desplegó de las ideas de Karl Marx y el marxismo, en donde sobresale el pensamiento de Antonio Gramsci. Para ello, establece una serie de entradas analíticas que intentan evidenciar esta operación. La hipótesis que guía esta sección se vincula con la forma con que Aricó pensó la realidad de América Latina de su tiempo, a partir de una original manera de abordar el marxismo. Para comprender esa operación, Cortés retoma el problema de la traducción de los lenguajes que Gramsci tratara en sus *Cuadernos de la cárcel*, con el fin de interrogar el tipo de intervención político-intelectual que asumió el intelectual cordobés, asociada, finalmente,

a establecer una afinidad entre la realidad particular de la región y un cuerpo teórico de alcance universal como es el marxismo. Circunscribir esta problemática es, nos sugiere el autor, una forma adecuada no solo para comprender algunas de las razones que llevaron al desencuentro que experimentó el marxismo y los movimientos populares latinoamericanos (fenómeno que Aricó intentó examinar en sus trabajos de la década de 1980), sino también para extraer de allí un modo de pensar en clave teórica-política nuestro presente.

Ahora bien, ¿cuál fue, según Cortés, ese objeto llamado marxismo para Aricó? ¿De qué manera encaró ese trabajo de “traducción” a lo largo de su vida? En primer lugar, lo que aquí se subraya es el conocimiento amplio –aunque con estaciones no siempre destacadas y que admite más de una forma de abordaje– que Aricó tuvo de la tradición, evidente en una revista como *Pasado y Presente* y en la labor editorial emprendida a través de los Cuadernos de Pasado y Presente, Siglo XXI y Folios. Lo sobresaliente allí radica en la forma en cómo este abordó el corpus marxista, la capacidad por bucear en textos y establecer marcos de lecturas menos deterministas, sin dejar de postular el diálogo permanente y necesario con el conocimiento que brindaba la cultura moderna, entendida como un ejercicio de constante enfrentamiento pero también de enriquecimiento. En esos proyectos, la traducción de los *Grundrisse* y una nueva edición de *El Capital* convivían con un conocimiento acabado de la obra de Gramsci y del

pensamiento italiano –asociado a figuras como Cesare Luporini, Alessandro Pizzorno o Norberto Bobbio, entre otros–, junto a autores europeos y latinoamericanos que abarcaban desde Georg Lukács, Rosa Luxemburgo, Louis Althusser y Nico Poulantzas hasta Juan B. Justo y José Carlos Mariátegui. Para Cortés, lo destacado de esta intervención en el cuerpo teórico del marxismo fue la búsqueda permanente por brindar una relectura crítica de Marx y sus escuelas, sobre la base de una inquietud por aunar la práctica política con la elaboración teórica. Más precisamente: la obra de traducción realizada por Aricó estuvo en sintonía con el objetivo mayor de contribuir a actualizar el combate por el socialismo en América Latina. De esta manera, el cuadro que elabora Cortés de la faena de Aricó revela una concepción abierta del marxismo, donde lo político activaba una reflexión teórica con el fin de alentar una praxis.

En la segunda parte del libro, la cuestión central reside en el análisis del tipo de contribución teórico-política que efectuó Aricó a lo largo de más de tres décadas de febril labor intelectual, editorial y militante. Si en la primera sección lo central es indagar en los caminos elegidos para desarrollar un ejercicio de traducción, en la siguiente la mirada se dirige a evaluar su contribución específica a la tradición del marxismo y a la teoría política. Para dar cuenta de ello, el libro aborda el cuestionamiento que Aricó realizara de la idea, muy expandida entre los años

cincuenta y setenta pero ya en crisis hacia los años ochenta, que presentaba al marxismo como una filosofía de la historia, fundadora de una razón histórica pasible de ser utilizada y aplicada en cualquier espacio y tiempo. Desde la mirada de Cortés, justamente este es un punto significativo de la crítica y la relectura que el autor de *La cola del diablo* alentó, al llamar la atención sobre textos de Marx poco conocidos como los estudios de la comuna rusa o del problema irlandés, y así presentarlo, hacia el final de su vida, en una búsqueda de traducción de sus propios postulados a espacios periféricos de la misma Europa. Para Aricó, siguiendo la interpretación del autor, esos trabajos son justamente los que demostrarían la presencia del problema de la asincronía latente en el marxismo entre aspectos económicos, sociales y políticos y la imposibilidad de reducir unos a otro, sobre todo en realidades con específicas complejidades como las que imperaban en América Latina. Siguiendo este recorrido, a través de la lectura y el trabajo con autores como Gramsci y Mariátegui, se revela una mayor atención dispensada hacia temas como la “cuestión nacional”, los intelectuales y el Estado. Ejemplo cabal de este momento es la atención que dispensara a estos problemas en su obra *Marx y América Latina*. Según Cortés, hay en dicho libro una explícita intención por la construcción de una alternativa de lectura pero también de análisis dentro del marxismo –en crisis a principios de los años ochenta– a partir de reconocer, en primer

lugar, la escasa presencia que tuvieron estos temas en la obra de Marx y el marxismo y aun en el socialismo europeo y latinoamericano.

La importancia del problema nacional en la obra de Aricó, desde la mirada de Cortés, sería central para comprender una forma posible de abordar y trabajar con el marxismo y su posible traducción en la arena de la praxis, incluso en la actualidad. Si, como fue comentado, la nación se convierte, a partir de los textos del último Marx, en un evidente y legítimo problema de la revolución socialista, a través de Gramsci se traviste en la necesidad y la importancia que adquiere la formación de una “voluntad nacional popular” para que el socialismo especifique una forma de intervención en los escenarios nacionales periféricos a partir de los “elementos realmente existentes”. En tanto, a partir del estudio de los aportes de Mariátegui, la perspectiva latinoamericana y la capacidad de pensar desde el “atraso” propio de la región revelarían otros dos aspectos centrales que Aricó retomó en su propio trabajo. En este plano, la originalidad de Mariátegui radicaría en el esfuerzo por reflexionar de manera situada sobre aquellos aspectos no modernos que condicionaron la realidad de la región –el problema del indio, las sociedades andinas, etc.– y que al mismo tiempo fueron fundamentales para cuestionar las incrustaciones positivistas

que anidaban en el marxismo. Para Aricó, el aporte del intelectual peruano al marxismo en América Latina alcanzó un grado de originalidad de pensamiento y acción específicamente situada, y que sin embargo fue poco reivindicado en su momento por las distintas tendencias de la izquierda y en especial por parte del comunismo a lo largo del siglo xx. En conclusión, Mariátegui, antes que cualquier otro socialista latinoamericano, fue quien mejor asumió el problema de reorientar el marxismo hacia el tamiz nacional y así admitir y desarrollar una práctica teórica y política específica para la región.

El resultado de todas estas lecturas, estudios e ideas elaboradas por Aricó en diversos emprendimientos político-culturales y escritos, implicó haber instalado una nueva manera de trabajar con el corpus del marxismo. Es más: según Cortés, el aporte del intelectual cordobés, y en buena medida su vigencia hasta nuestros días, está asociado a una perspectiva analítica que admite ser aplicada para la elaboración de una teoría política, antes que con el tipo de respuesta que intentó brindar a los problemas políticos, sociales, culturales y económicos propios de su tiempo. De esta manera, la validez actual del marxismo como herramienta teórica y política, como demuestra el caso de Aricó, radicaría en la

capacidad por explicar la realidad latinoamericana a través de los aportes señalados, sin dejar de advertir sus asincronías y la existencia de distintos desplazamientos entre formulaciones formales y aplicaciones particulares. Ese ejercicio de traducción tiene como finalidad ponderar el proyecto de cimentar para el presente un “lazo orgánico entre el marxismo y la realidad de la región, pensando al socialismo como la forma que allí pueden y deben asumir las luchas populares” (p. 247). Desde la mirada de Cortés, solo si el marxismo es encarado no como un sistema cerrado y coherente, sino como una usina posible de ser utilizada en pos de la consumación de un movimiento emancipador, es que podrá asumir de manera práctica y concreta un lugar en la explicación de una realidad política latinoamericana que reclama, como se advierte desde el inicio del trabajo, una urgente interpretación. Actualidad política que, aunque aparece de manera algo dispersa –diluyendo así la potencia de intervención del libro–, es el terreno en el que busca fincarse el aporte significativo que conforma la propuesta de Cortés por desplegar un nuevo pensamiento político para América Latina desde coordenadas marxistas.

Martín Ribadero
UNSAM / UBA / CONICET

Luciano García,

La psicología por asalto. Psiquiatría y cultura científica en el comunismo argentino (1935-1991),

Buenos Aires, Edhasa, 2016, 284 páginas

A través de un lenguaje claro y una minuciosa recopilación de fuentes, el libro de Luciano García realiza un aporte destacado a los estudios sobre el campo “psi” en la Argentina. Allí se reconstruye la circulación transnacional de las ideas psiquiátricas, de la sociabilidad “psi” y de la cultura de izquierdas –especialmente, de los partidos comunistas argentino y soviético–. El libro termina por mostrar el decisivo peso que tuvieron los comunistas en la constitución de la psicología argentina y con ello suma a la vez precisiones y nuevos interrogantes a las investigaciones de Hugo Vezzetti, Mariano Plotkin y Alejandro Dagfal, y a las que el mismo García realizó sobre la psicología del niño y la familia y sobre la recepción de Vigotski en la Argentina.

La impactante tapa de *La psicología por asalto* alinea a Pavlov, Vigotski y Lenin. El trío, que lanza una mirada penetrante al lector, tiene como fondo el escudo de la Internacional Comunista. Un escudo que anticipa la importancia de la dimensión transnacional en el recorrido propuesto por García. Ese recorrido abarca desde los primeros pasos de Pavlov y su fisiología y psicología reflexológicas en el aparato estatal zarista, hasta el impacto en el campo “psi” argentino del

derrumbe del comunismo soviético, pasando por las relaciones de Pavlov y los reflexólogos con el Estado dirigido por los bolcheviques y deteniéndose en la comunidad “psi” argentina. Respecto de nuestro país, el arco temporal indagado es más acotado, sus extremos están marcados por la aparición de la revista *Psicoterapia* en los años treinta y por el auge del vigotskianismo a fines de los ochenta. Para ello se moviliza una vasta y renovada bibliografía nacional e internacional, pero el lector podría seguir más fácilmente ese arco si contara con una bibliografía final, que sobre todo recupere de forma sistemática a los autores y los años de las fuentes primarias.

Reconociendo la productividad del “giro material”, García emprende una detallada reconstrucción del itinerario de médicos y pedagogos que se constituyeron en figuras *híbridas*, esto es, que “buscaron ser militantes, expertos e intelectuales genéricos”. Con ello desestima explícitamente el arsenal teórico foucaultiano: en lugar de reducir esos itinerarios a la condición de dispositivos de vigilancia y castigo ordenados por el poder psiquiátrico, opta por recuperar y precisar las cambiantes estrategias político-intelectuales a partir de las cuales los médicos

comunistas buscaron renovar los saberes “psi”, introdujeron el marxismo en esos saberes y promovieron la acción ideológico-política del Partido Comunista entre intelectuales y especialistas.

Ante cada coyuntura, García mapea las relaciones entre los centros y las periferias en el interior del sistema científico soviético, repone los perfiles de los profesionales soviéticos y argentinos, sus nexos con las editoriales y las revistas especializadas, su interlocución con psicólogos y psiquiatras no comunistas y sus tareas de investigación, clínica, traducción y conferencias. Ello le permite trazar diversos paralelos entre los reflexólogos soviéticos y los argentinos, pero también tener presente las diferencias, pues los primeros contaron (aun espiados y censurados por el Partido y el Estado estalinistas) con financiamiento estatal para realizar costosos experimentos que probaran sus hipótesis, mientras que los argentinos remediaron la falta de financiamiento con la experimentación en hospitales, clínicas y escuelas. Pero, confirmando el señalamiento de Saítta en su libro sobre los viajeros argentinos a la URSS, García muestra que varios entre los psicólogos de izquierda que viajaron, a pesar de constatar el fuerte apoyo estatal a la reflexología, se decepcionaron,

sea por el antisemitismo estatal, en el caso de José Bleger y José Itzigshon, o por la firme resistencia al psicoanálisis, en el caso del grupo de Marie Langer.

A través de los diversos capítulos el lector accede a los modos en que los discípulos mundiales de Pavlov enlazaron su práctica científica tanto con la voluntad de producir un “hombre nuevo” como con la acción colectiva en una organización comunista internacional, reunida en partidos nacionales que luchaban por el fin del capitalismo. En ese sentido, García viene a precisar y desplegar algo señalado por la investigación de Vezzetti: la voluntad y la acción comunistas conformaron un *partidismo* que dejó una singular impronta en la historia de los psiquiatras y psicólogos argentinos. El partidismo fue central en la definición de la psicología, e incluso durante el *zhdanovismo* demarcó la ciencia proletaria de la burguesa. De ahí que podríamos identificarlo con un dispositivo de intervención partidaria legitimado en su condición de representante de la clase obrera, de la teoría y, en el caso de la URSS, del Estado.

Pero además, señala García, la inscripción de la voluntad y la acción en un partido guió a los médicos en su identificación “desde abajo”, les permitió posicionarse en las diversas circunstancias históricas, analizar sus determinaciones e intervenir eficazmente. Y ello torna más comprensibles los esfuerzos que realizaron las “figuras híbridas” por resguardar una autonomía relativa al tiempo que mantenían su práctica científica

—sobre todo sus concepciones de la conciencia, el sujeto y el conocimiento— dentro de la línea partidaria. En esa práctica científica fue central la relación entre estímulos materiales y reflejos mentales, así como la confrontación con las tesis “idealistas” y “metafísicas” de Freud. *La psicología por asalto* nos muestra que esa relación y esa confrontación fueron teorizadas de diverso modo por Pavlov, por Vigotski y sus discípulos Luria y Leontief, por Rubinstein y su intento de fundamentar una psicología en Marx y por quienes rectificaron el ideario pavloviano. Además de reconstruir el rol de los familiares, esposas y científicas en las sucesivas etapas del poder soviético, García se detiene en la tensa vinculación que aquellas teorizaciones tramaron con Lenin, Bujarin, Stalin y Kruschev, y con los dilemas del involucramiento.

Específicamente, para contribuir al éxito de los planes quinquenales en 1931 Vigotski y Luria emprendieron el estudio de las funciones psicológicas de los campesinos de Uzbekistán durante la colectivización y deskulakización. Lograron mostrar que la socialización del trabajo y la escolarización socialistas hacían progresar a la “atrasada” psiquis campesina. Pero también mostraron las dificultades de los activistas *koljoses* para desarrollar el pensamiento abstracto. Y este resultado no podía ser tolerado: otros científicos criticaron fuertemente el estudio, que poco después se interrumpió. Por cierto que la peor parte, en términos represivos, la llevaron los especialistas que enfocaron sus investigaciones sobre la situación de los obreros en las

fábricas soviéticas durante los años treinta. Agreguemos que ello sugiere que también el campo “psi” refractó las dificultades del Estado proletario para resolver la representación de lo obrero y lo campesino.

En cuanto a la Argentina, los dilemas del involucramiento se advierten en la recepción de la psiquiatría soviética que protagonizaron Konstantin Gavrilov, Gregorio Bermann y Berta Braslavsky. En los años cuarenta, Gavrilov formaba parte de la Asociación Psicoanalítica Argentina (APA) y fue quien desde Tucumán le facilitó a Ángel Garma bibliografía sobre reflexología para fundamentar la psicósomática. Además, Gavrilov aprovechó las ambigüedades de las tesis pavlovianas para formular una doctrina neuro-psicológica en la que estaban contenidas las nociones psicoanalíticas. La recuperación del “freudopavlovismo” de Gavrilov arroja luz sobre la posterior querrela de los reflexólogos argentinos contra Bleger y su intento de relacionar el psicoanálisis con la dialéctica materialista. En efecto, García señala varios elementos que contribuyen a comprender esa querrela que fue fundamental para la futura hegemonía del psicoanálisis en la Argentina. En la cerrada postura que mantuvieron en 1959 los reflexólogos contra la apuesta de Bleger habría pesado sobre todo la decisión de mostrar la cohesión partidista; además, los reflexólogos no identificaron a Bleger como una figura central del campo “psi” ni podían suponer “los efectos de la rivalidad entre Freud y

Pavlov entre los psiquiatras y los psicólogos”.

En cuanto a Bermann, mientras que en los años treinta difundió las tesis de Freud, una década después se autocriticó y ocupó un lugar central entre los psiquiatras de izquierda. Pero desde los años cincuenta fue cuestionado por el más destacado pavloviano argentino, Jorge Thenon, quien sostuvo que las tesis sociopsiquiátricas de Bermann no eran compatibles con la reflexología. Por su parte, la psicopedagoga comunista Berta Braslavsky fue la primera en aplicar las tesis del comunista francés Henri Wallon sobre la psicología del desarrollo, pues en los sesenta las utilizó para elaborar técnicas de diagnóstico infantil en el ámbito escolar argentino. En los ochenta estuvo entre las dinámicas difusoras de Vigotsky en el ámbito psicopedagógico, pero el apoyo que el Partido Comunista dio al general Videla la decidió a dejar sus filas.

Sobre el viraje que durante el posestalinismo se registra en el campo “psi”, el libro recupera la intervención del pavloviano argentino José Itzigsohn. Sostiene García que aquel señaló “que, así como la teoría de Pavlov no se propuso como socialista pero su materialismo era un evidente avance para la medicina, la fisiología y las ciencias conexas en la URSS, las ideas de Lyssenko, a pesar de anunciarse como fundadas en el materialismo dialéctico, no tenían evidencias que las sostengan y llevó a errores escolásticos peligrosos para el campo científico”. El itinerario de Itzigsohn muestra que en los años sesenta el prestigio de

Pavlov era independiente del estalinismo –aunque muchos pavlovianos habían participado de la política científica estalinista– y, por otro lado, que se había operado una separación entre Pavlov y Lyssenko, separación a la que le sucedieron nuevas discusiones sobre la validez de otros científicos y sobre el vínculo con acontecimientos que eran síntomas de la crisis comunista. Entre esos síntomas se encontraban las denuncias del antisemitismo soviético y del encierro de los disidentes en centros neuropsiquiátricos de la URSS, la ruptura del movimiento comunista internacional, y las intervenciones soviéticas en Europa oriental.

Para revisar el vínculo entre psicología y comunismo en la Argentina de los años sesenta García analiza a varios grupos de la nueva izquierda, tanto la revista *Pasado y Presente* como las experiencias de los psicólogos y psiquiatras que en 1971 fundaron Plataforma. En su intento de renovar la práctica profesional, el rol militante y la teoría, los miembros de Plataforma rompieron con la APA y la International Psychoanalytical Association. Pero ello no impidió que aparecieran fuertes disputas por la definición de conceptos en los que se yuxtaponen lo científico y lo político, como los de conciencia y sujeto. Allí talló la renovadora lectura de Freud y Lacan propuesta por Althusser, que convivió con las persistentes lecturas de la psicología soviética. En efecto, a la reconstrucción de García podemos sumar un testimonio que muestra el rol que jugaron

las tesis de Rubinstein en una de las corrientes de la nueva izquierda argentina, las Fuerzas Armadas de Liberación (FAL). Algunos años después de su fundación, se sumó a las FAL un grupo althusseriano encabezado por Luis María Aguirre y Mauricio Malamud. Para discutir con estos, uno de los líderes de las FAL, Carlos Malter Terrada, asoció a Althusser con la reflexología y apeló a Rubinstein. Sobre los largos debates teóricos que se dieron en el interior de las FAL precisa Terrada:

“Rubinstenianos, leíamos, estudiábamos y difundíamos *El ser y la conciencia*. Nuestro referente ideológico, después de los clásicos, era Rubinstein [...] que era una variante mucho menos mecanicista de la reflexología, que era doctrina oficial del PC de la Unión Soviética. Nosotros nos agarrábamos de *Materialismo y empiriocriticismo*, mostrando que, en realidad, la reflexología mecánica [Althusser], en el fondo, era una deformación del propio empiriocriticismo-antirrevolucionario, porque negaba la dialéctica entre la estructura y la superestructura, entre el ser y la conciencia”.¹

Frente al desplazamiento de la conciencia operado por Althusser, Rubinstein les ofrecía a las FAL un concepto de conciencia ligado a la relación entre estructura y superestructura, y con ello a su política revolucionaria. Si en 1970 el peso de la reflexología

¹ “Entrevista a Terrada”, citada en Stella Grenat, *Una espada sin cabeza. Las FAL y la construcción del partido revolucionario en los 70*, Buenos Aires, RyR, 2011, pp. 158-159.

menguaba en la URSS, en la Argentina algunos revolucionarios también veían en Althusser un mecanicismo que obstruía el análisis del nexo entre la conciencia y la experiencia. De todos modos, las FAL no zanjaron el debate, lo que sugiere que la cientificidad de la conciencia no era *la* condición indispensable para la acción.

Como mencionamos, el recorrido propuesto por García se destaca por su reposición de la complejidad y la contradicción de las operaciones que realizaron los psicólogos y los psiquiatras tanto en la URSS como en la Argentina. Y ello le permite iluminar una fracción del campo “psi” argentino que, a pesar de su rol central en la constitución de ese campo,

permanecía muy poco explorada. Esa fracción se reconoció en un marxismo-leninismo que resultó científicamente productivo, al menos, en la investigación experimental neuro y psicofisiológica, desde la que Pavlov desarrolló un programa inédito, y en la investigación y la intervención psicológica y defectológica, desde las que Vigotski consiguió apropiarse de las psicologías occidentales. El comunismo fue el primero en instalar el marxismo para justificar epistemológicamente los saberes sobre la psiquis. No definió toda la agenda pero integró un entramado de tradiciones intelectuales, las que se interrogan sobre “el rol socio-político de las disciplinas, la relación mente/cuerpo/

sociedad y el problema de la socialización del desarrollo”. Si el asalto no alcanzó el cielo, la tentativa produjo una doble escisión. El monismo soviético edificó la reflexología pero obturó la indagación de la “crisis de sexo” que, vehiculizada por el freudismo, también abrió el siglo XX. En la Argentina, las transposiciones teóricas y las renovadoras construcciones psicopedagógicas convivieron con los obstáculos dogmáticos que las inventivas de la nueva izquierda “psi” buscaron desbloquear hacia el cierre de aquel siglo.

Adrián Celentano
UNLP

Fichas



Prismas

Revista de historia intelectual
Nº 21 / 2017

Peter Frankopan,
El corazón del mundo. Una nueva historia universal,
Barcelona, Crítica, trad. Luis Noriega, 2016, 774 páginas

Tras el fin de mundo bipolar y la expansión de la globalización, parecen haber regresado al ámbito historiográfico –en su mayor parte anglosajón– una serie de enfoques que lejos de celebrar el fin de la historia o el triunfo del liberalismo, más bien se encargan de escrutar y poner en duda la idea de civilización occidental. A casi 100 años de la aparición del primer volumen de *La decadencia de Occidente*, de Spengler, obras como las de Huntington (1997), Tignor (2002), Osborne (2006), Morris (2010) o Ferguson (2011) vuelven a poner el acento en un largo devenir panorámico que intenta explicar el lugar que ocupa u ocupará la civilización occidental en un mundo que, al parecer, tiende a miniaturizarla cada vez más. En este contexto, la historia del mundo (y no “universal” como ha traducido Crítica el subtítulo) propuesta por *El corazón del mundo* (cuya versión original, titulada *The Silo Roads*, data de 2015) también tiende a la provincialización de Occidente, pero de un modo original. Nos encontramos ante un relato cuyo punto de mira ya no es un área previamente delimitada por el canon historiográfico, sino una región intermedia, aquella que se extiende desde la ribera oriental del Mediterráneo y el mar Negro hasta la cordillera del Himalaya: tal es el centro imaginado por Frankopan, un nudo a través del cual se teje la “ruta de la seda”,

que ha permanecido al margen de las habituales narrativas eurocéntricas. Inspirado en el clásico de Eric Wolf, *Europa y la gente sin historia* (1982), lo que demuestra el autor es que se trata de uno de los territorios más decisivos de la historia mundial, pese a que se haya pretendido convertir su pasado en un oasis de estancamiento y fundamentalismo a imagen y semejanza de los conflictos políticos y religiosos que actualmente lo aquejan. Este profundo trabajo de desnaturalización histórica permite adentrarse en una región sumamente interconectada donde convivían grandes religiones, se fundaban majestuosas metrópolis y ocurrían hechos cuyo impacto repercutía en las zonas más alejadas. Frankopan desmiente aquí la novedad de nuestra época globalizada, al menos, en lo que atañe a la naturaleza de la circulación de mercancías, hombres y saberes. La topografía de los capítulos sigue un estricto orden cronológico, de acuerdo a los diferentes principios que rigieron el desarrollo de las veinticinco “rutas” por las cuales transitaron credos, revoluciones, esclavos, oro, pieles, trigo y genocidios. *El corazón del mundo* nos permite adivinar la necesaria reconfiguración espacio-temporal que sufrirán en un futuro próximo los actuales estudios históricos, los cuales, ante la contundencia de este nuevo paisaje, parecen volverse irremediabilmente envejecidos.

Andrés G. Freijomil

Martyn Lyons,
La cultura escrita de la gente común en Europa, c. 1860-1920,
Buenos Aires, Ampersand,
trad. de Julia Benseñor
y Ana Margarita Moreno, 2016,
442 páginas

¿Qué importancia tuvo la escritura para los campesinos, trabajadores y artesanos de la Europa Occidental del siglo XIX y principios del siglo XX? ¿De qué modo esta práctica amenizó su lejanía respecto a sus comunidades de origen? Estas preguntas se hace Martyn Lyons en este libro, el segundo que Ampersand le publicó al historiador británico.

Mientras que en *Historia de la lectura y de la escritura en el mundo occidental* (2012) estudió las prácticas de lectura y escritura desde la antigüedad hasta el presente, en esta ocasión Lyons indaga en los escritos de la población rural de Francia, Italia y España entre 1860 y 1920, período de transición hacia la alfabetización universal. Lyons se posiciona frente al vacío historiográfico derivado de una atención centrada en la escritura de los estratos medios y altos, a quienes les “resultaba fácil escribir”. Con una mirada sobre los modos de apropiación, el autor encuentra que las masas populares rurales le dieron a la escritura gran importancia; para establecer relaciones comerciales, para mantener las redes familiares, para poner en palabras su propia vida a modo de diario íntimo. Aun cuando no fueran expertos en el manejo de la caligrafía y la ortografía, de los materiales e instrumentos (la pluma, la tinta), en estos sectores prevaleció una

fascinación por la escritura como medio para construir y preservar un marco identitario en un contexto de transformación.

Las separaciones físicas provocadas por la Gran Guerra y por las migraciones a América fueron atenuadas por intercambios epistolares. El trabajo en archivos de escritura popular en España, Italia y Francia resultó en un estudio comparado en países con desiguales grados de alfabetización y de integración nacional. Las historias individuales que recorren los trece capítulos revelan heterogeneidades en torno a la aprehensión de los valores nacionales, a los modos de autopercepción y al impacto de la democratización de la escritura.

La apuesta de Lyons es construir una “nueva historia desde abajo” que discuta con saberes establecidos, empezando por el mito de que las clases subalternas no podían expresarse por escrito. Al mismo tiempo, las cartas sin puntuación y con estructura lineal revelan una cultura “anfibia” en la que lo oral, lejos de ser residual, se entrelaza de manera dinámica con lo escrito. Al abordar las redes de mediadores en la escritura y la lectura, pondera la alfabetización no como estado sino como proceso. En resumen, Lyons se propone una historia sensible a las voces (y escrituras) de la gente común, como herramienta para dar cuenta de la agencia de los escritores enmarcada en condiciones estructurales particulares.

Ezequiel Saferstein

Rosario López,
El pensamiento político de John Stuart Mill en su contexto intelectual: Una aproximación conceptual,
Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2016, 252 páginas

En este libro, compuesto por siete capítulos, la investigadora de la Universidad de Málaga Rosario López analiza la obra de John Stuart Mill (1806-1873) a partir de un enfoque de historia conceptual basado en el contextualismo de las ideas políticas de Quentin Skinner y John Pocock, y en la historia de los conceptos de Reinhart Koselleck. López indaga las formas en que Mill articula sus ideas sobre la política y la sociedad situándolo en el contexto histórico de la Inglaterra victoriana. A través del estudio de dos de sus obras, *Un sistema de la lógica* (1843) y *Principios de la economía política* (1848), López muestra el valor positivo que el filósofo le atribuye al conflicto social, expresado en dos fuerzas antagónicas: orden y progreso. La autora reconstruye en uno de los capítulos cómo Mill utiliza estos dos conceptos. Para Mill, explica, las buenas decisiones políticas son aquellas surgidas a partir de la discusión y de la discrepancia. Las ideas de Mill sobre el carácter antagónico de la sociedad (López dedica un capítulo al estudio de la misma idea de antagonismo en la vida y en la obra del filósofo inglés) contrastan con el clima de paz y prosperidad difundido por los principales periódicos ingleses de mediados del siglo XIX, analizados en otro de los

capítulos. Uno de los argumentos más sugestivos del libro reside en la relación que se establece entre las ideas y las propuestas políticas de Mill y el lenguaje, las metáforas, las imágenes y el vocabulario de las ciencias naturales. La autora desarrolla convincentemente esta relación a partir de la identificación de términos de la biología, la física, la astronomía y las matemáticas en Mill, y de las lecturas e interpretaciones de sus principales referentes intelectuales: Samuel T. Coleridge, François Guizot y Auguste Comte. Y muestra que Mill se basa en el positivismo de Comte para su ciencia de la sociedad, pero luego se distancia y cambia de opinión respecto del sociólogo francés, con quien tenía vínculos personales. Este giro se explica, en parte, por el progresivo interés de Mill en el estudio de la historia como clave para pensar el progreso, y en el de la nacionalidad como condición de la estabilidad, el orden y la armonía social. Desde su perspectiva de historia conceptual, López desarticula las clasificaciones de la historiografía clásica sobre Mill y lo muestra como un pensador ecléctico y equívoco, cuya originalidad reside en su articulación cambiante de diversas tradiciones filosóficas a través de lenguajes de las ciencias experimentales para pensar de un nuevo modo lo político durante el siglo del advenimiento del individuo moderno como sujeto social principal.

Gabriel Entin

Philipp Blom,
La fractura. Vida y cultura en Occidente, 1918-1938,
Barcelona, Anagrama,
trad. Daniel Najmías, 2016,
611 páginas

Tras publicar en 2008 el espléndido *Años de vértigo. Cultura y cambio en Occidente, 1900-1914*, el historiador alemán Philipp Blom vuelve a la carga con un nuevo trabajo que se quiere continuación de aquel. Dejando a un lado el período mismo de las dos guerras mundiales, se introduce ahora en la época de entreguerras, repitiendo una secuencia de capítulos a razón de uno por año sin que ello suponga un encorsetamiento cronológico, sino un punto temporal que se expande o contrae en función de las necesidades de cada tópico. Pensado para un amplio público culto, pero sin desatender la penetración que exige el especialista, esta obra no es una historia de la cultura al estilo de *The Culture of Western Europe*, de George Mosse, o una historia de las ideas como *The Crisis of Reason*, de John Burrow, ni mucho menos una historia intelectual en clave divulgación *Time-Life* como las de Peter Watson. Lo que aquí tenemos es una historia cultural de las mentalidades y las emociones de aquellos hombres y mujeres públicos y anónimos de Europa occidental y los Estados Unidos que sufrieron el aplastante trauma de la Gran Guerra y la incertidumbre que asoló los años previos al segundo conflicto bélico. Si en 1950 Crane Brinton había prometido como plan general en su ya clásico *Las ideas y los*

hombres “poner en claro qué es lo que inmensos grupos de hombres y mujeres de Occidente han sentido en relación con las respuestas que se han venido dando a los grandes interrogantes del destino humano”, pero sin que luego encontrásemos allí más que una excelente y tradicional historia del pensamiento cual exordio pedagógico para el público norteamericano, ha sido Blom quien, sin proponérselo, cumplió esa tarea en sus dos libros, recuperando el modo en que tanto las ideas y las representaciones artísticas de una pequeña élite como las nuevas prácticas culturales de las masas refractaban y se veían refractadas en el desconcierto de una sociedad cuyas formas tradicionales se vieron minadas por la industrialización y la urbanización. Blom estudió filosofía y estudios judíos en Viena y obtuvo en 1996 su doctorado en historia moderna con una tesis sobre la recepción de Nietzsche en la Universidad de Oxford donde, además, fue secretario y miembro fundador del *Oxford Intellectual History Group* (1994-1997) y colaborador de Burrow e Isaiah Berlin. Desde 1998, ya solo como escritor independiente, se dedica al periodismo cultural, a traducir y escribir literatura, experiencias que se reconocen en *La fractura*, la cual fluye como una novela apelando a una feliz impunidad creativa sin prescindir de las estrictas reglas del oficio de historiador. La excelente traducción de Daniel Najmías permite que la nítida narrativa del original nunca se pierda en la versión castellana.

Andrés G. Freijomil

Stefan Collini,
Common Writing. Essays on literary culture and public debate,
Nueva York, Oxford University Press, 2016, 272 páginas

Académico consagrado a la historia intelectual del Reino Unido a la vez que un interlocutor crítico del mundo cultural y político británico, Stefan Collini ofrece en su libro *Common Writing* un nuevo capítulo de sus exploraciones sobre figuras intelectuales y su común pertenencia a los universos de las ideas y de la confrontación pública. El volumen reúne una serie de textos que, en la línea de un libro anterior titulado *Common Reading*, permiten a Collini el tránsito por las variadas inflexiones del quehacer intelectual a partir del análisis de una práctica “normal” para todo aquel que se defina como un “trabajador de las ideas”: la escritura. En este sentido, Collini no reduce su mirada sobre el profesor universitario, el filósofo ni el escritor sino que, problematizando la noción misma de “intelectual”, ensaya lecturas sobre los modos de intervención pública que diferentes actores realizan en la vida cultural británica a lo largo del siglo xx.

El formato original de los textos incluidos en el libro se articula en un tono coherente con la propuesta de Collini: en su mayoría se trata de comentarios de libros. El subgénero “review essay”, sostiene el autor, le permitió visitar de manera menos estructurada una serie de discusiones a la vez intelectuales y políticas entre figuras contemporáneas entre

sí, o plantear las genealogías de debates públicos a lo largo del tiempo. En todos los casos (con excepción del *intermezzo* dedicado a *Times Literary Supplement* o a *New Left Review*), las controversias se desenvuelven a partir del diálogo crítico entre intelectuales, y menos entre formaciones o grupos, una apuesta que toma tramos de la trayectoria vital de los individuos sin reducirse a biografías *stricto sensu*. A partir de algunas “vidas paralelas”, Collini permite acercarse a agentes del ámbito literario como los casos de los “notables” C. S. Lewis y Maurice Bowra o las posiciones críticas de Lionel Trilling y Raymond Williams, para luego ofrecer miradas de conjunto sobre otras figuras intelectuales como los historiadores Herbert Butterfield y Hugh Trevor-Roper o ensayistas políticos como Timothy Garton Ash o Tony Judt.

El libro de Collini no solo permite adentrarse en los pasadizos de la cultura intelectual británica sino que ofrece ejercicios metodológicamente sugerentes para el análisis de la figura de intelectual en un sentido amplio, y, al mismo tiempo, más complejo.

Ezequiel Grisendi

Alejandra Uslenghi,
Latin America at the Fin-de-Siècle Universal Exhibitions. Modern Cultures of Visuality, Basingstoke, Palgrave/Macmillan, 2016,
244 páginas

Las Exposiciones Universales del siglo XIX ofrecen un privilegiado ámbito donde explorar los límites de los imaginarios políticos y culturales de las élites de las potencias occidentales. Acaso como pocos eventos, estas monumentales demostraciones del poder de las metrópolis han combinado las aspiraciones ecuménicas del capitalismo en expansión mundial con las posiciones nacionalistas más arraigadas, en una suerte de confrontación regulada pero cuyos efectos, materiales y simbólicos, modelaron las construcciones de alteridades y las estrategias de dominación colonial.

Uslenghi explora el lugar de América Latina en tres exposiciones internacionales (Filadelfia en 1876, y París en 1889 y 1900) con particular interés en los modos en los que la “nueva economía visual del capitalismo” integra en la narrativa de la modernidad a los países periféricos del orden mundial. El libro apuesta por una indagación en las articulaciones entre las configuraciones adoptadas por las “culturas visuales” confirmatorias del éxito del progreso material decimonónico y el rol de los escritores modernistas en la conformación de un lenguaje literario sensible a las imágenes de innovación tecnológica y a la consagración de una “experiencia moderna”.

El sistema de valores y percepciones derivado de esa novedosa forma de “habitar el mundo” impactó variablemente en diferentes latitudes a raíz de una inscripción de los patrones estéticos locales en el universo de la “cultura moderna global”, proceso en el cual el modernismo literario jugó un papel decisivo. Bajo esta hipótesis de trabajo, Uslenghi ofrece una historia cultural de las Exposiciones Universales como medio para iluminar los modos en que Argentina, Brasil y México participaron de esta forma de “espectáculo” tensionado entre las representaciones exotizantes de las tierras no europeas y el horizonte de un progreso utópico.

Entre las élites letradas latinoamericanas, la inscripción nacional en las Exposiciones Universales era vista como un modo de “civilizar” a las poblaciones locales. Uslenghi muestra cómo a partir de formas de representación visual como la fotografía, la arquitectura, los relatos de viaje o las crónicas periodísticas, cada Estado latinoamericano construyó su faceta moderna, liberal y territorialmente consolidada. El libro combina registros documentales variados y ofrece contrastes interpretativos muy sugerentes que constituyen un aporte más que interesante sobre la temática.

Ezequiel Grisendi

Karina R. Vázquez,
Ideas en espiral. Debates intelectuales en las revistas modernistas Klaxon, Estética y Terra Roxa, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, Departamento de publicaciones, 2016, 272 páginas*

Con una escritura fluida y rigurosa en su exposición, el libro de Karina Vázquez –resultado de su tesis doctoral– apela a una caracterización bien interesante para repasar, críticamente, las propuestas, que luego serán o quedarán como “tópicos” de la “iniciativa modernista”. La trama sigue de cerca las “formaciones intelectuales” alrededor de las que se organizaron, discutieron, amalgamaron y/o rechazaron formulaciones sobre la cultura, la estética y *el Brasil* de los años veinte. Dividido en capítulos cuyos protagonistas son publicaciones como *Klaxon*, *Estética* y *Terra Nostra*, y quienes las llevaron a cabo –siguiendo en especial a Mario de Andrade–, el libro plantea ejes que toman en cuenta las particularidades de cada revista, de la sociabilidad de la que son parte, del “laboratorio” en el que inscriben sus búsquedas (sus cercanías y críticas al parnasianismo, el simbolismo y el romanticismo, por ejemplo) y las coyunturas que a la vez definen sus esperanzas y sus límites. El primer capítulo está dedicado a la apuesta de Mario

de Andrade en *Klaxon*, y también es la *puesta* en escena del *Bildungsroman* del mismo autor. En el segundo, la revista carioca *Estética* toma el primer plano, con una búsqueda que tiene a la “cultura nacional” y “actualizada” como uno de sus principales centros. El libro atiende a los diferendos y diferencias de la pregunta por el “nacionalismo cultural”. En el tercero y último capítulo, *Terra Roxa* funciona como toque de reunión para hacer del “brasileirismo” una interpelación por las condiciones, entre otras, de la figura del lector (y, sobre todo, del lector “futuro”): es la publicación que “pone en marcha” un programa como el de Mario de Andrade planteado en su “Carta Aberta a Alberto de Oliveira”.

Ximena Espeche

Heloisa Pontes,
Intérpretes de la metrópoli. Historia social y relaciones de género en el Teatro y en el campo intelectual en San Pablo, 1940-1968, Bernal, Editorial Universidad Nacional de Quilmes, trad. Ada Solari, 2016, 296 páginas

El libro estudia y pone en relación el campo teatral y el campo intelectual en el Brasil en los años que van de la II Guerra Mundial a 1968. Pontes pone la lupa sobre San Pablo y en menor medida sobre Río de Janeiro en un momento en que la autora describe como de sedimentación de un sistema cultural moderno, e ilumina a través de estos casos ese proceso.

En la primera parte, Pontes apela a su anterior investigación sobre el grupo de la revista *Clima*, de cuyo seno emergieron algunas de las figuras más brillantes de la crítica cultural brasileña. En esta oportunidad la autora, preocupada por la dimensión de género, se detiene en el estudio de las intelectuales mujeres del grupo para observar su inserción en un medio que describe como “marcadamente masculino” (p. 101). Agrega además una interesante comparación con los intelectuales neoyorkinos nucleados en *Partisan Review* para observar similitudes y diferencias entre ambos grupos.

En la segunda parte, la más original, Pontes despliega un sugestivo y variado arsenal metodológico y teórico que se vale tanto de la historia intelectual, social y cultural como de la antropología y la sociología, para abordar un

* Disponible en <http://unidaddepublicaciones.web.unq.edu.ar/wp-content/uploads/sites/46/2017/05/ideasEnEspiral-Vasquez.pdf>

contexto de gran dinamismo y modernización en la escena teatral brasileña. En cuatro capítulos Pontes se desliza ágilmente por un repertorio diverso de temas. Rastrea la presencia y el rol de algunas figuras extranjeras en la modernización del teatro. Analiza cómo los actores y en particular las actrices “conformaron” su nombre artístico. Retrata las trayectorias de las grandes actrices brasileñas de la época y estudia las sociedades amorosas y profesionales que entablaron con sus parejas, también vinculadas a la actividad artística. La autora compara a las actrices con las intelectuales y observa que las primeras, aun si dotadas de un menor capital cultural, tuvieron menos dificultades para insertarse en su campo profesional.

A lo largo del libro Pontes vincula las transformaciones en el espacio urbano y las organizaciones culturales con el devenir de los campos específicos. Reivindica la necesidad de abordar algunos temas incómodos para las investigaciones académicas: el amor y la belleza. Encuentra allí claves productivas para pensar las carreras de artistas e intelectuales y las condiciones de los campos respectivos, sobre los cuales aporta argumentos extrapolables a otras investigaciones y contextos. En este sentido, el texto de Pontes, más allá de sus temas específicos, ofrece una hoja de ruta para estudiar cuestiones como el género, el teatro, los análisis comparativos de los campos intelectuales entre sí y con otros campos de la cultura.

Flavia Fiorucci

Silvina Merenson,
Los peludos. Cultura, política y nación en los márgenes del Uruguay,
Buenos Aires, Editorial Gorla,
2016, 302 páginas,

El trabajo de Silvina Merenson, cuya primera versión fue una tesis doctoral, propone un recorrido vinculado a la historia “esquiva, contradictoria y fragmentaria” de la palabra “peludo”: esto es, el nombre que se le ha dado y se da a quienes desde mediados de la década del ‘40 se emplearon en el corte de caña de azúcar (en la ciudad o en las cercanías de Bella Unión, en el Uruguay). El libro logra componer varias escenas en movimiento que capturan generosamente aquello que “esquivo”, “contradictorio” y “fragmentario” tiene el fluir de una vida y de un colectivo. Es allí donde gana relevancia la categoría que elige la autora para tramar su relato: las “f(r)icciones”. En efecto, el estudio de Merenson se dedica a mostrar los modos en que “peludo” es parte de un vocabulario intenso por el que se refieren la historia sindical y política de ese país, en particular de sus sectores populares rurales. Así, la trayectoria se vuelve “trayectorias”, y lo que es un “registro de campo” –que inicia cada capítulo– se vuelve al mismo tiempo “registros” que ponen a jugar diversas hipótesis bajo las que los constructos de fronteras, lenguajes y representaciones son discutidos y reordenados bajo nueva luz (como por ejemplo la supuesta “excepcionalidad” del país). El libro de Merenson propone siempre una perspectiva que

atiende tanto a las representaciones cuanto a los repertorios culturales, políticos y simbólicos que las atraviesan; y, al mismo tiempo, da cuenta de la distancia entre representaciones y autorrepresentaciones. Es en esta última instancia donde además el libro opera una sinécdoque entre la relación de forma y fondo: está escrito con esa cualidad de proximidad y distancia que permite seguir de cerca lo que parece contradictorio y también es heterogéneo, es decir las discusiones en torno de formas de concebir y accionar en y sobre el mundo.

Ximena Espeche

Magdalena Broquetas,
La trama autoritaria. Derechas y violencia en Uruguay (1958-1966),
Montevideo, Ediciones de la Banda Oriental, 2014,
280 páginas

En este trabajo, reescritura de su tesis doctoral, Magdalena Broquetas logra de manera a la vez sintética y sofisticada seguir de cerca el modo en que en el Uruguay de los años sesenta y setenta las derechas tuvieron enorme presencia en la política y la cultura del país. Y aun más, en palabras de la autora, “el eje analítico debía transcurrir en torno a la violencia como fenómeno catalizador que atravesaba las ideas y acciones de distintos grupos sociales” (p.16). Esa presencia impulsa entonces a redefinir periodizaciones ya muy asentadas de su historia política, y perfila así también miradas nuevas para pensar la formación de los imaginarios nacionales; con ello, Broquetas también discute la caracterización del Uruguay como una “excepción” en el Cono Sur y el avance autoritario en la región. Es decir, ese avance autoritario debiera buscarse mucho antes que la rúbrica de 1968 y luego 1973 como dos de sus marcas indudablemente notorias. El trabajo de Broquetas se abre con un capítulo introductorio sumamente iluminador referido a cómo estudiar y referirse a la “derecha”, donde la autora elige, discutiendo y retomando otras perspectivas, referirse a las “derechas”. Lo siguen otros seis capítulos con estudios casi cuerpo a cuerpo de diversas agrupaciones, movimientos,

trayectorias que en todos los casos atienden a la compleja trama que reúne para su análisis intereses locales, regionales y transnacionales. En ellos la autora recupera las diversas iniciativas de dependencias del Estado uruguayas y de otros países de la región, y particularmente de las propuestas y apuestas de presión del Departamento de Estado de los Estados Unidos. Este seguimiento y análisis toma en cuenta una mirada de fuentes de diverso tenor entre las que se destacan las que provienen de los servicios de inteligencia y de la policía, sobre las que realiza una notable lectura a contrapelo.

Ximena Espeche

Alejandro Eujanian,
El pasado en el péndulo de la política. Rosas, la Provincia y la nación en el debate político de Buenos Aires, 1852-1861,
Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, 2015, 312 páginas

Estructurada en torno a un eje principal –los debates sobre el pasado en la formación de una élite dirigente en Buenos Aires durante de la década de 1850–, la investigación de Alejandro Eujanian reconstruye la narrativa histórica nacional, desde la secesión porteña de la Confederación Argentina hasta las oposiciones que generó, dentro y fuera de la provincia de Buenos Aires. El punto de partida de la indagación –que hace dialogar historia política, historia intelectual e historia de la historiografía– es que en esos años se elaboró un relato que combinó “los antecedentes históricos del localismo porteño con remisiones a una nación que sólo podía ser imaginada como prolongación o expansión de ella”.

Con la finalidad de observar cómo la utilización de determinados conceptos fue variando en distintas situaciones y, asimismo, prestar atención al modo y al procedimiento en el que se inscribieron los relatos del pasado para responder a situaciones concretas y específicas, el estudio se divide en tres partes: en la primera se analiza la intención de visibilizar el consenso entre las élites políticas porteñas, a partir de la “revolución del 11 de septiembre”, y el modo en el que se construyó una identidad política provincial que se originaba en la Revolución de

Mayo y reinventaba la tradición unitaria que concluía en Rivadavia, considerándolo el padre de la Patria. En la segunda, que se organiza en torno al debate sobre Rosas en relación con su gobierno, sus colaboradores y habitantes de Buenos Aires que adquirieron riquezas y prestigio durante los años rosistas, se indagan los juicios a los miembros de la Mazorca y los debates legislativos como producto del proceso seguido a Rosas hasta 1861. En la tercera parte, se señalan los diferentes contextos de elaboración de la tesis sobre la preexistencia de la nación, que se debatieron en la Legislatura bonaerense a partir del rechazo al acuerdo de San Nicolás (1852) y se demuestran distintas versiones de esa tesis, que no necesariamente eran contrarias a la enunciación de las vertientes de corte localista y provincialista de Buenos Aires, que sirvieron de contexto a la elaboración de las primeras ediciones de la *Historia de Belgrano*, de Bartolomé Mitre.

En conclusión, y merced tanto al riguroso análisis documental como a la sutil reconstrucción de los conceptos puestos en juego en los debates de la hora, Eujanian nos deja ver el complejo entramado de sentidos que jugaron a la hora de pensar “la nación” en el relato histórico que va desde la caída de Rosas hasta la batalla de Pavón.

Natalia Milne

Julyan G. Peard,
An American Teacher in Argentina. Mary Gorman's Nineteenth-Century Odysee from New Mexico to the Pampas
Lanham, Bucknell University Press, 2016, 300 páginas

Julyan G. Peard relata en *An American Teacher in Argentina* la historia de su bisabuela, Mary Gorman, quien llega al país en 1869 invitada por Sarmiento para enseñar en la escuela normal de San Juan. Esta no es una biografía clásica sino una historia cultural cuyo objetivo es entender los contextos intelectuales e ideológicos que signaron la trayectoria vital de Gorman tanto en los Estados Unidos como en la Argentina.

El relato de vida comienza en el capítulo 2 en el que la autora se detiene en la infancia de Gorman como hija de un misionero bautista en Nueva México en la década de 1850. El foco en estas páginas está puesto en Samuel Gorman, padre de Mary. Peard analiza el proyecto misionario de Gorman y sus interacciones con el mundo indígena. En el capítulo 3 la autora se enfoca en Mary, en su experiencia como alumna de un seminario para mujeres y en sus primeros pasos como maestra. Peard profundiza en la importancia de estos seminarios para el acceso de la mujer al espacio público. En las últimas páginas del capítulo la autora sopesa las razones que habrían llevado a Mary a aceptar el puesto en la Argentina descubriendo factores que iban desde el sueldo, las dificultades del mercado laboral norteamericano hasta la

relación con su padre. En el capítulo 4, se adentra en la llegada de Gorman a la Argentina; observa las relaciones que ella teje e indaga en su negativa a instalarse en San Juan. La sección culmina en el relato de su matrimonio con un exitoso inmigrante canadiense, su abandono del magisterio y su ingreso a una clase social privilegiada. La última sección discurre sobre la experiencia de esta mujer estadounidense y de su familia como estancieros bonaerenses. La autora vincula el éxito económico de Gorman y su familia con el proyecto civilizatorio de las élites argentinas.

En los últimos años diversos autores han señalado un renacimiento de la biografía dentro de la historia dada su productividad para aprehender los contextos de otra forma. Claramente el libro logra este objetivo. El mismo revela aristas desconocidas de la inmigración anglosajona en la Argentina, de la vida de las mujeres en el siglo XIX y del proyecto de importar maestros. En momentos en que la relación entre literatura e historia ha sido nuevamente puesta en cuestión, el libro constituye un ejercicio original, ya que, ante la escasez de fuentes, la autora recurre a la imaginación, lo que permite adentrarse en cuestiones que de otra forma serían inabundables. Si aceptamos el contrato de lectura que la autora nos propone, el libro resulta sumamente sugestivo para entender la vida de una mujer que transita entre mundos y tiempos muy diversos.

Flavia Fiorucci

Carlos M. Herrera,
¿Adiós al proletariado?
El Partido Socialista bajo
el peronismo (1945-1955),
Buenos Aires, Imago Mundi,
2016, 288 páginas

En este libro, que organiza y amplifica los avances de muchos años de indagaciones, Carlos Herrera profundiza en un tema que, aunque tratado lateralmente en muchas investigaciones, no había recibido un tratamiento sistemático: las posiciones adoptadas por el Partido Socialista (PS) en los años del primer peronismo. Abordando las diferentes escenas en las que el PS intervino –el debate intelectual, la arena electoral, el terreno gremial y la acción cooperativa–, Herrera presenta un partido más activo y menos monolítico que el que suelen señalar tanto el sentido común como la mayor parte de la historiografía. La captación de esa complejidad es favorecida por la decisión de prestar la misma atención al oficialismo partidario que a los núcleos opositores. Ello permite la iluminación de las posturas de uno y otros: los argumentos de Américo Ghioldi, abordados en el capítulo inicial, se ven matizados y precisados al ser enfrentados con los que sostiene Julio V. González en el capítulo que abre la segunda sección.

Esos textos marcan la tónica de cada una de las dos partes del libro. La primera reconstruye la acción de un PS que, aunque mayoritariamente encolumnado en una política de oposición al peronismo, la declina en forma distinta en diferentes arenas. Junto a la

minuciosa reconstrucción de una militancia gremial más activa y presente en los conflictos que lo que considera la literatura sobre el tema, y a la presentación de un movimiento cooperativo que adopta una estrategia que intenta evitar la confrontación con el gobierno, Herrera analiza cómo el PS construyó un discurso experto desde el que intentó disputar con el peronismo en el terreno jurídico y el de la política económica. La segunda parte aborda los diferentes núcleos internos de oposición que surgieron en las filas socialistas. Al lado de una figura como la de González, que luego de plantear su disidencia sigue en el partido hasta su muerte, Herrera introduce tres experiencias que rompen con el PS, pero lo hacen para construir organizaciones diferentes. Mientras desde el “Partido Socialista de la Revolución Nacional” se apuesta por construir un nuevo partido, los grupos “Unidad Socialista” y “Acción Socialista”, encabezados por Juan Unamuno y Dardo Cúneo respectivamente, se proponen la construcción de “círculos de pensamiento”. Esta segunda parte se cierra con un capítulo que, luego de reconstruir los avatares de las diferentes apuestas disidentes en el período abierto con el golpe de 1955, sigue sus elusivos rastros hasta su disolución en el muy distinto mundo de las izquierdas de los sesenta.

Ricardo Martínez Mazzola

Javier Planas,
Libros, lectores y sociabilidades
de lectura. Una historia de los
orígenes de las bibliotecas
populares en la Argentina,
Buenos Aires, Ampersand,
2017, 318 páginas

Una pregunta aparece como hilo conductor de los ocho capítulos de este libro: *¿Qué es una biblioteca popular?* Javier Planas –licenciado en bibliotecología y doctor en ciencias sociales por la Universidad Nacional de La Plata– nos sitúa en un momento preciso: fines del siglo XIX en la Argentina, etapa del surgimiento de este nuevo ámbito de secularización del libro al compás de la gestación de un espacio público “moderno”. Este estudio se propone reconstruir las tramas políticas, económicas, históricas, sociales y jurídicas que permiten pensar las prácticas bibliotecarias. Esto supone considerar, en primer lugar, las intervenciones de Sarmiento, como también una cantidad de leyes, agentes y espacios que formaron parte de este proceso, que tuvo su punto fundante en la sanción de la Ley de fomento y protección a las bibliotecas populares de 1870.

Para llevar adelante la investigación, el autor combina una serie de recursos que muestran que el abordaje metodológico de su investigación es un reflejo de la complejidad del objeto, al que se acerca desde distintas disciplinas como la historia, la sociología y los estudios culturales. La fortaleza de este libro radica en la mirada doble que propone, en la que combina

el análisis de elementos empíricos (leyes, documentos, fuentes como el *Boletín de la Comisión Protectora*, listados de repertorios bibliográficos, reglamentos, memorias, etc.), y elementos interpretativos y analíticos (como seguimiento de biografías o escenas de lectura). Así, Planas propone pensar las bibliotecas populares como una instancia constituida, bajo impulso de Sarmiento, por una “política de lectura que se arraigó por un lado en los procesos de consolidación del Estado y por otro en los procesos de expansión de la sociedad civil” (p. 37).

A lo largo del texto, las Bibliotecas Populares son definidas como “invención”, “acción comunitaria”, o “lugar practicado” por lectores y bibliotecarios. Estas múltiples definiciones dan cuenta del hecho de que la voluntad y las biografías fueron centrales a la hora de su desarrollo, como se evidencia en el momento de analizar la trayectoria de Dorotea Duprat, activa gestora cultural de la Biblioteca de Chivilcoy. El libro por tanto reconstruye cómo las bibliotecas se constituyeron como espacios de socialización donde los individuos se familiarizaron con normas vinculadas a un *nuevo orden letrado*, aun cuando el perfil de cada establecimiento se haya configurado de muy variadas formas que dependían de las reglamentaciones, las decisiones sobre la adquisición de los libros, y la inscripción social de los actores involucrados.

Daniela Szpilbarg

Martín Ribadero, *Tiempos de profetas. Ideas, debates y labor cultural de la izquierda nacional de Jorge Abelardo Ramos (1945-1962)*, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, 2017, 328 páginas

En este libro, resultado de la cuidada reescritura de una tesis doctoral, Martín Ribadero aborda la producción del “grupo Ramos” en tres dimensiones, que lo diferencian de abordajes anteriores: subraya el carácter de producción colectiva, que no se reduce a la figura de Jorge Abelardo Ramos, que si ocupó un lugar de liderazgo, no lo hizo sin tensiones; restituye –alejándose de miradas concentradas solamente en las ideas– la compleja trama de vínculos que el grupo estableció a través de la empresas editoriales, las revistas, la correspondencia; y define con precisión las posiciones políticas y doctrinarias adoptadas por el grupo, evitando su tan frecuente subsunción bajo el rótulo de “izquierda nacional” o “revisionismo”.

En el capítulo 1 y luego de dar cuenta del surgimiento del grupo dentro del estrecho mundo de las sectas trotskistas de comienzos de los ‘40, Ribadero analiza el modo en que, a partir de una interpretación positiva del concepto de bonapartismo, sus integrantes buscaron dar cuenta de la significación del peronismo. A continuación, reconstruye los procedimientos historiográficos y literarios a través de los que, en *América Latina, un país*, Ramos dio una formulación más precisa y persuasiva a esas formulaciones

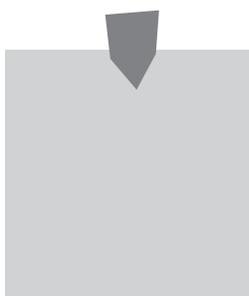
iniciales. El capítulo 3 se abre estudiando la primera gran apuesta editorial del Grupo, *Indoamérica*, y subrayando tanto el carácter colectivo de la empresa, como la división del trabajo que asignaba a Ramos el lugar central; se cierra con el abordaje de los conflictos que, en los días finales del gobierno peronista, pusieron fin a ese “primer grupo Ramos”.

La caída del peronismo divide el libro en dos partes, no señaladas, y los capítulos finales dan cuenta de los avatares de un nuevo “grupo Ramos” en los años posteriores a 1955. El cuarto, más atento a las coyunturas políticas, precisa las inflexiones en la interpretación del peronismo una vez caído, y reconstruye los debates respecto del frondicismo y de un guevarismo atractivo para las juventudes que el grupo se proponía reclutar. En el quinto, y volviendo a concentrarse en la labor editorial, Ribadero analiza las características de *Revolución y contrarrevolución en Argentina*, la obra más exitosa de Ramos, éxito que hizo posible el lanzamiento de Coyoacán, sello con el que el grupo hizo circular tanto literatura marxista como testimonios del nacionalismo popular, dos tradiciones que buscó enlazar.

A través de un análisis que liga debates políticos, procedimientos genéricos y redes materiales, Ribadero trae a la vida el surgimiento de un discurso poderoso y profético, cuyos ecos resuenan aún hoy.

Ricardo Martínez Mazzola

Obituarios



Prismas

Revista de historia intelectual
Nº 21 / 2017

Antonio Candido (1918-2017)

El 12 de mayo de 2017 falleció, en San Pablo, Antonio Candido. Tenía casi 100 años y una obra inmensa en el campo de la crítica literaria y cultural. Estudió en la Universidad de San Pablo en los años treinta, cuando recién había sido creada, y en 1941 fundó, con otros jóvenes intelectuales, la revista académica *Clima*. También participó en la prensa, en lo que en el Brasil se conoce como *crítica de rodapé*, y fue con sus “Notas de Crítica Literária”, recopiladas en su libro *Brigada Ligeira*, de 1945, que adquirió renombre en el campo literario. Ese mismo año publicó su tesis *O método crítico de Silvio Romero*, donde analiza la figura del historiador. Sin duda, su libro más importante es *Formação da literatura brasileira (momentos decisivos)*, que publicó en dos tomos a fines de los años cincuenta. Allí traza renovadoramente una historia de la literatura brasileña a partir de los conceptos de “sistema literario” y “formación”, en términos que resultan muy críticos con la historiografía literaria anterior; a medida que avanza en el audaz objetivo de estudiar “el deseo de los brasileños por tener una literatura”, Candido entrega instigadores *close readings* articulados con una mirada *sociocrítica* de la literatura. Posteriormente, Candido publicó muchísimos otros libros, entre los que se destacan *Parceiros do Rio Bonito* (1964), *A educação pela noite e outros ensaios* (1987) y *Literatura e sociedade* (1985). Algunos de ellos, como *O discurso e a cidade* (1993) o *Teresina etc.* (1980), muestran la diversidad de sus intereses, que van desde el memorialismo hasta lecturas que incluyen clásicos del ensayo brasileño de su tiempo (como *Raíces de Brasil*, de Sergio Buarque), escritores europeos (Cavafis, Zola, Buzzati) y, como era inevitable, también de su país (entre los que se destacan

aquellos dedicados a Mário de Andrade). *O discurso e a cidade*, además, incluye uno de sus escritos clave: “Dialética da malandragem” (1970), sobre *Memórias de um Sargento de Milícias* de Manuel Antonio de Almeida. Este ensayo es un ejemplo de lucidez ética y crítica: en él Candido revisa los supuestos de *Formação da literatura brasileira* y propone una lectura que permita salir de la configuración del poder dominante.

Lo primero que sorprendía en Antonio Candido era su modo de moverse y de hablar: era elegante pero no en el sentido que dan la vestimenta o el glamour, sino en su corporalidad comedida, en el tono de su voz, en la claridad de sus argumentos, en su gestualidad sobria. Carecía de aquello que en la Argentina, por ejemplo, suele definir a los críticos comprometidos de izquierda: la vehemencia sobreactuada, la indignación moralizada y vociferante, la posición exterior a los acontecimientos que autoriza la negatividad radical. Más aun: en la Argentina podría haber pasado por un crítico conservador, algo que hasta encontraría pruebas en su origen social o en el hecho de haber llevado una vida profesional relativamente estable (perteneció a la Universidad de San Pablo hasta su retiro de la vida académica). Sin embargo, Candido fue un militante antifascista en tiempos de la guerra, un crítico implacable de las dictaduras y fue miembro fundador del PT en 1980, aunque nunca quiso aceptar cargos gubernamentales. Jorge Schwartz me contó que con casi 94 años participó en las movilizaciones callejeras de 2013. Sin grandilocuencias ególatras, participó asiduamente de reuniones del Partido de los Trabajadores hasta el final de su vida.

Esa bonhomía que transmitía su presencia se irradiaba también en sus escritos. De una

argumentación clara, con un ritmo equilibrado y sin estridencias teóricas, Antonio Candido parecía haberse formado en un ambiente iluminista que informa tanto su estilo como sus opiniones políticas y estéticas. Pero con una peculiaridad: pese a estar lejos del experimentalismo, podía calibrar con precisión la aparición de lo nuevo o el valor de la vanguardia. ¿Cómo entender, si no, que cuando apareció *Cerca del corazón salvaje*, la primera novela de Clarice Lispector, Candido haya escrito en una reseña elogiosa que la autora de poco más de 20 años entraba “en terrenos poco explorados” y se negaba a asumir “posiciones ya adquiridas”? ¿O cómo explicar su valoración lúcida de la figura y la obra de Oswald de Andrade –quien lo había bautizado como “chato boy” [chico aburrido] por su escritura académica– y su insistencia para que escribiera sus memorias? Aun más sorprendente: ¿cómo fue que aceptó dirigir las tesis de doctorado de los poetas concretos Haroldo de Campos y Décio Pignatari, temperamentos y poéticas que estaban en las antípodas de las suyas? La primera explicación está en el *ego*. En un ambiente inclinado a la vanidad y la jactancia, conozco pocas escrituras críticas menos egocéntricas que las de Antonio Candido. La crítica suponía para él un lento trabajo de despersonalización pero no en el sentido de abdicar de su estilo (siempre presente) sino de detectar fenómenos y observar funcionamientos. En Candido, el *método* (no la aplicación sino su construcción deliberada para objetos determinados) es el antídoto contra el gusto. Es cierto que en las reseñas a veces el gusto toma la delantera o que en la *Formação*, como bien vio Haroldo de Campos, el método avala (fundadamente) sus diferencias con el barroco, pero sus lecturas de Clarice, Oswald o Guimarães Rosa no hubieran sido posibles sin esa preeminencia del método sobre el ego, de la apertura estética sobre el sectarismo. En esa constelación hay que entender que haya elegido la figura de Sílvio Romero

para hacer su tesis de doctorado y que no se haya inclinado por un historiador de la literatura francesa que le hubiese valido el beneplácito de sus profesores de la USP (los franceses o los brasileños) y un *prestige* más seguro.

La otra razón que explica la amplitud de la visión crítica de Candido es su razonamiento dialéctico, que no toma su fuerza del marxismo sino –una vez más– del iluminismo. Aunque a menudo sea un método (como en el clásico “Dialética da malandragem”), lo interpreto como una actitud, un modo de ver las cosas y de pensar: la perspectiva sociológica no debía ahogar el texto literario, la dialéctica debía tener como objetivo mostrar su lógica intrínseca. En palabras de Roberto Schwarz, “a perspectiva é socialista, mas anti-stalinista, amiga da experimentação formal audaciosa, além de convencida, no caso das artes, da precedência da obra sobre a opinião política expressa, o que permitia ao crítico engajadamente antifascista a consideração isenta dos autores com simpatia pela direita”.

Si bien cuenta con discípulos de gran calibre, el legado de Candido no se reduce a un grupo de acólitos o seguidores. Sus textos aparecen citados una y otra vez por críticos de diferente formación y procedencia. Resulta difícil, por no decir imposible, realizar una investigación sobre literatura brasileña sin encontrarse, en algún momento de la *research*, con uno de sus ensayos. Incluso quienes entraron con él en fuertes polémicas (como Haroldo de Campos o Alfredo Bosi) no dejaron de manifestar la admiración que les causaba.

Para la crítica latinoamericana, es particularmente importante su influencia en la colección de literatura brasileña que hizo Fondo de Cultura Económica en los años cincuenta, en la que Candido ejerció la función de asesor. Pero fue en los años sesenta, después de conocer a Ángel Rama (quien reconoció su deuda con el crítico brasileño en su concepto de sistema literario), que Candido escribió algunos textos insoslayables sobre la cultura en

América latina, como “Literatura y subdesarrollo” de 1969. El diálogo intelectual con Rama tuvo otros hitos importantes: fue su interlocutor privilegiado sobre el Brasil en la colección de la editorial Ayacucho dirigida por el crítico uruguayo, y participó con él en varias reuniones importantes, como aquella cuyas intervenciones Rama recopiló en el volumen *Más allá del boom: literatura y mercado*, de 1984. También estuvo, otra vez junto con Rama, en el encuentro de Campinas de 1983, en el que se discutieron las posibilida-

des de escribir una historia de la literatura latinoamericana que no reprodujera los patrones dominantes (tema, además, de su “Dialéctica da malandragem”).

Equilibrado y desestabilizador a un mismo tiempo, Antonio Candido nos deja una obra que no solo se basa en la palabra sino también en los actos: una ética de la crítica que es la ética de un pensamiento libre.

Gonzalo Aguilar
UBA / CONICET

*Ricardo Benzaquen de Araújo (1952-2017)**

El calor inclemente del verano carioca poco parecía importarle a la multitud de amigos y colegas de Ricardo Benzaquen, congregados algunas horas después del mediodía del jueves 2 de febrero de 2017 para despedirlo en el Cementerio Israelita del barrio de Cajú. Fallecido el día anterior, a los 65 años, en la ciudad donde transcurrió la mayor parte de su vida, Benzaquen dejaba una huella profunda en las ciencias sociales y las humanidades del Brasil. A esa ceremonia le siguieron otras dos liturgias religiosas. La primera, en una sinagoga de Botafogo, en medio de lecturas del Torá y emotivos discursos, y luego una misa en la parroquia de la Universidad Católica de Río de Janeiro (PUC), casa de estudios en la que se graduó en historia en 1974 y en la que se mantuvo, por más de cuarenta años, como profesor del Departamento de Historia.

Erudito, curioso, irónico, caballeresco e iconoclasta, quizás hubiera aceptado con gusto el ecumenismo de esta doble ceremonia, judía y católica, sin ser practicante de ninguno de los dos cultos. Tenía, sin embargo, un interés genuino por el pensamiento religioso. El último curso que ofreció en el posgrado incluía en el programa dos clases sobre religión en Max Weber, que no llegó a discutir con sus alumnos por la noticia de una enfermedad que no le permitiría regresar al aula. Su singular trayectoria académica lo llevó a transitar por las principales universidades y centros de investigación de Río de Janeiro, durante los convulsionados y productivos años de la dictadura militar (1964-1985) y la transición a la democracia. Militante del diálogo a través de las barreras disciplinares, participó de experimentos institucionales

en una época de expansión de los posgrados en historia, sociología y antropología, cuyo perfil él mismo ayudó a construir.

Ricardo Benzaquen de Araújo nació el 20 de enero de 1952 en la capital del estado de Amazonas, Manaus. Hijo único de padres amazonenses, su madre, Doña Sol, había crecido en una ciudad del interior (Parintins), dentro de una familia de ascendencia judía sefardita y ganaba la vida haciendo dulces. Su padre trabajaba en una empresa de seguros de Manaus y fue transferido a Río de Janeiro. De esa manera, siendo aún joven le tocó cambiar el calor, la humedad y la serenidad del Amazonas por el calor, la humedad y la agitación del barrio de Copacabana.

La llegada a la PUC como alumno de historia tuvo mucho que ver con su paso previo por el Colegio de Aplicación entre 1967 y 1970. Esta escuela secundaria, dependiente de la Universidad Federal do Rio de Janeiro (UFRJ), contaba con excelentes profesores como el historiador Ilmar Rohloff de Mattos, uno de los pioneros del Departamento de Historia de la PUC. “Fue una experiencia determinante –explicaba Ricardo en una entrevista para el libro *Conversas com sociólogos brasileiros* (2006)– [porque] era una escuela muy peculiar, con un aura medio mística. Se tomaba muy en serio el estudio de las humanidades y las clases de historia eran magníficas”. El Colegio de Aplicación no solo fue un puente hacia las ciencias sociales sino también un espacio de formación política. En diciembre de 1968 el gobierno militar emitió el decreto conocido como AI-5, que suspendió los mandatos parlamentares, clausuró las actividades del Congreso Nacional y de las Asambleas Legislativas de los estados. En ese contexto Ricardo se involucró en grupos de

* Traducción de Ada Solari.

izquierda vinculados a la guerrilla, aunque por muy poco tiempo. Según su propio relato, la experiencia escolar lo obligó a incorporar, apresuradamente, una formación en humanidades y un lenguaje político que poco antes le eran ajenos.

A comienzos de los años '70, ya como alumno de historia en la PUC, se aproximó a profesores identificados con el marxismo cultural como Francisco Falcon, titular de Historia Moderna y Contemporánea, y Luiz Costa Lima, crítico literario que daba clases sobre Lévi-Strauss en el Departamento de Ciencias Sociales. La PUC se había convertido en un refugio para muchos de esos profesores y sus pasillos eran un hervidero de discusiones políticas. Allí aterrizó Michel Foucault, en mayo de 1973, para dar la serie de conferencias sobre la verdad y las formas jurídicas, entre rumores de censura. Los servicios de informaciones de la policía política, se decía, no iban a dejar hablar al filósofo francés. Ricardo, con su curiosidad inagotable, estuvo en la platea.

La interface entre la historia y las ciencias sociales, por la vía de *Annales* y de la historia social anglosajona (fue un ávido lector de E. P. Thompson y de N. Z. Davis), produjo en esos años un cierto “deslumbramiento”, según sus palabras. Fue ese camino que lo llevó, poco después de terminar la carrera de historia en 1974, al curso de maestría en Antropología Social del Museo Nacional de la UFRJ. Gracias a su director, Gilberto Velho, entró en contacto con lecturas de la entonces llamada “antropología de las sociedades complejas”, y terminó convirtiendo una de sus pasiones, el fútbol, en tema de tesis. Defendido en 1980, ese trabajo (*Os gênios da pelota. Um estudo do futebol como profissão*) no llegó a ser publicado, a excepción de algunos artículos sobre antropología del deporte. Hinchado del club Vasco de Gama y, según sus amigos, experto en tácticas de juego a niveles obsesivos, Ricardo buscaba entender el proceso que llevaba a un joven brasileño a convertirse en ju-

gador de fútbol profesional. A partir de entrevistas con juveniles y jugadores consagrados, comenzaba una indagación que lo acompañó a lo largo de toda su vida académica: el problema de la individualidad. Georg Simmel se convirtió en uno de sus autores fundamentales en la cocina de sus preguntas sobre la construcción de la personalidad del jugador de fútbol, en un país que ya se había consolidado como semillero de las grandes ligas internacionales.

A comienzos de los años '80, en un contexto de gran agitación política por el movimiento de lucha por las elecciones directas (*Diretas Já!*), el recién magíster Benzaquen transitaba sus días entre el Departamento de Historia de la PUC, donde participó de la creación del posgrado en Historia Social de la Cultura en 1985, y el CPDOC, Centro de Investigación y Documentación de Historia Contemporánea del Brasil, creado dentro de la Fundación Getulio Vargas en 1973. Ricardo entró al CPDOC en 1977 para trabajar en el *Projeto Brasileira*, un ambicioso balance bibliográfico enfocado en el pensamiento social brasileño de la primera mitad del siglo XX, con foco en los grandes ensayos de interpretación nacional de autores como Sérgio Buarque de Holanda, Paulo Prado, Oliveira Vianna y, obviamente, Gilberto Freyre. En ese contexto nació la investigación sobre el integralismo. Inicialmente, la intención era comparar la producción de tres líderes de la Acción Integralista Brasileña –Gustavo Barroso, Miguel Reale y Plínio Salgado–, pero terminó escribiendo textos más cortos sobre los dos primeros y un libro sobre el tercero: *Totalitarismo e Revolução. O integralismo de Plínio Salgado* (1988).

Guiado por las lecturas de antropología y de historia social, Ricardo buscó entender la obra de Plínio Salgado desde el propio punto de vista del escritor, intentando tomar distancia de las interpretaciones que, asumiendo la filiación con los fascismos europeos, se dete-

nían en la mera descalificación del integralismo como movimiento retrógrado y mistificador. En el clima de crítica a la dictadura y de transición a la democracia, era un gesto osado intentar comprender el integralismo en sus propios términos, menos como una reacción romántica y conservadora y más como una “derecha revolucionaria”, que operaba con enérgicos ideales de libertad e igualdad.

Ricardo retomó los estudios de posgrado en 1985, en el mismo programa de antropología social del Museo Nacional. Había llegado a ganar una beca para hacer el doctorado en Alemania, pero en el medio nacieron sus hijas gemelas y decidió quedarse en el Brasil. Los años que siguieron fueron de una intensidad que, en algunas ocasiones, pasaba la frontera de lo que un cuerpo aguanta. Su rutina implicaba desplazamientos entre la PUC, donde daba clases de Historia Antigua y Medieval (y, más tarde, de Teoría de la Historia), el CPDOC y el Museo Nacional. A partir de julio de 1987, mientras la Asamblea Nacional Constituyente avanzaba en Brasilia, al abanico de vínculos institucionales se le sumó una invitación para entrar al Instituto Universitario de Pesquisas do Rio de Janeiro (IUPERJ). Creado en 1969, ya se había convertido en una institución de excelencia para los estudios de sociología y ciencia política. El perfil de Ricardo, que fusionaba antropología con historia intelectual, difería de la mayor parte de los profesores del IUPERJ. El ingreso a esta institución, con apenas 35 años y un doctorado en curso, significaba un enorme reconocimiento.

La biblioteca del IUPERJ contaba, por entonces, con el más completo acervo de revistas y el segundo más importante en libros, después de la Universidad de San Pablo, en una época en que el acceso físico a los textos era fundamental. Pronto se convirtió en su lugar predilecto de trabajo, participando, además, de su ampliación y actualización. El derumbe de la biblioteca, con el colapso financiero del IUPERJ en 2010, fue un duro

golpe que demoró en asimilar. Ricardo pasaba mucho tiempo en las bibliotecas y las consideraba espacios cardinales. Cuando la salida del IUPERJ se tornó inevitable, en tiempos en que las instituciones del financiamiento del gobierno federal presionaban para que las universidades aumentaran las dedicaciones exclusivas, la concentración de sus actividades académicas en la PUC lo llevó a luchar por la reforma de la biblioteca que, aunque considerada por muchos una de las mejores de Río de Janeiro, a sus ojos dejaba mucho que desear. En los últimos años, y en altas horas de la noche, cuando casi nadie transitaba por el edificio Frings, no era raro ver a Ricardo leyendo en la biblioteca de la PUC, con ese modo curvo de sentarse, como plegado sobre su propio ombligo, o con la cabeza reposada sobre un libro que hacía las veces de almohada en cada siesta involuntaria. Ricardo –todos sus amigos lo saben– trabajaba de madrugada, acompañado por chocolate y guaraná. Dormía muy poco y se levantaba para asumir sus mil faenas institucionales.

De noche escribió la tesis doctoral sobre la obra de Gilberto Freyre en la década de 1930, dirigido por Otávio Velho, hermano de su director de maestría. En la elección de ese autor no solo había una continuidad temática en torno al pensamiento social brasileño de la primera mitad del siglo XX, sino también un mismo interés en visitar escritores malditos y malentendidos. “En aquella época –recordaba Ricardo– ese autor era objeto de un enorme desprecio, acaso mayor que el dedicado al integralismo. Es que, al final, el integralismo había fracasado, pertenecía a una época en principio ya superada con la derrota del nazi-fascismo en la Segunda Guerra Mundial, mientras que Gilberto Freyre era un intelectual oficial [...] bastante identificado con la dictadura”. Los escritos sociológicos de Freyre –como *Casa-Grande e Senzala* (1933) y *Sobrados e Mucambos* (1936)– le resultaron confusos en las primeras lecturas. De a

poco, Ricardo fue comprendiendo que esa confusión podía ser el punto de partida de una reinterpretación más sensible al estilo y al procedimiento narrativo de Freyre.

El esfuerzo hermenéutico para entender la producción de Freyre en el contexto del modernismo brasileño lo llevó a dar cuenta de una obra compleja, muchas veces ambigua y paradójica. En el Freyre de Benzaquen, el concepto de “antagonismos en equilibrio” adquirió un lugar central para entender la noción de mestizaje. El vínculo entre la *casa-grande* (vivienda del señor esclavista) y la *senzala* (alojamiento de los esclavos) era una convivencia tensa entre opuestos, regida por un equilibrio que nunca derivaba en una síntesis armónica. El mestizo no era, para Freyre, una fusión sintética de razas y culturas (indígenas, africanas y europeas), sino un cruzamiento de flujos culturales heterogéneos, que entraban en contacto y dialogaban entre sí, sin nunca perder sus rasgos específicos. Las diferencias permanecían latentes y jamás se fundían en una identidad brasileña definitiva, observaba Benzaquen. De alguna manera, Ricardo empleaba esa percepción freyreana para pensar la propia obra del pensador nordestino, luchando contra lo que decidió llamar la “precipitación clasificatoria”. Esta tesis de doctorado, defendida en 1993, fue publicada al año siguiente con el título de *Guerra e Paz: casa-grande e senzala e a obra de Gilberto Freyre nos anos 30*. El libro ganó el premio Jabuti, uno de los mayores reconocimientos en el campo literario y de las ciencias humanas del Brasil (y fue publicado en castellano este mismo 2017 en la colección “La ideología argentina y latinoamericana” de la Editorial de la Universidad Nacional de Quilmes).

El propio título, que cita la obra de Tolstoi, daba cuenta del lugar fundamental de los antagonismos en su exégesis de Freyre. El mismo procedimiento se repetía en los nombres de algunos capítulos: “Agonía y éxtasis”, “El agua y el aceite”, “Arsénico y lavanda”.

Siempre en la búsqueda de matices y tensiones conceptuales en el interior de una obra, los títulos elegidos por Ricardo, tanto en los libros como en los ensayos, eran fuertemente alusivos. Las referencias a la pintura, al cine y a la literatura eran una invitación irónica para que el lector acompañara su método siempre expansivo, sus complejas redes de interlocución con los contextos (entendidos –a la manera de Dominick LaCapra– como una construcción intelectual en sí misma), también su compromiso con el análisis interno de los textos y su sensibilidad para hilvanar matrices culturales de procedencias diversas.

El interés de Ricardo por el pensamiento social brasileño se extendía a otros autores que leyó en profundidad, como Sérgio Buarque de Holanda, Mário de Andrade, Paulo Prado y Alceu de Amoroso Lima. Y aunque dio algunas conferencias y publicó ensayos sobre estos pensadores, gran parte de esa energía interpretativa fue canalizada en el trabajo de dirección de tesis de maestría y doctorado. Acaso ese sea el legado más extraordinario de Ricardo: desde fines de los años 1980, entre el IUPERJ, la PUC y otras instituciones, dirigió 50 tesis de maestría y 29 tesis doctorales. En los títulos de esos trabajos, autores del pensamiento social brasileño se mezclan con Simmel, Lukács, Weber, Arendt, Habermas, Elias, el fútbol y la música popular. Ricardo dedicaba horas a conversar con sus alumnos, en encuentros que muchos recuerdan como verdaderas clases particulares. Frente a la puerta de su oficina del IUPERJ solían verse filas de alumnos como en una sala de espera, mientras el director se regía por el tiempo lógico que demandaba la construcción de un argumento, a menudo prolongado por el puro placer de conversar.

En el campus de la PUC, Ricardo se convirtió en una presencia ineludible, dando clases o charlando con algún colega en los famosos “*pilotis*”, patio rodeado por grandes pilares que abrigan el principal espacio de

sociabilidad de la universidad. En los últimos años, ir a almorzar con Ricardo al restaurante de la PUC implicaba asumir una prolongada caminata, por su paso lento, pero sobre todo por la cantidad de personas que detenían su andar para saludarlo, abrazarlo y recibir su habitual sonrisa. Era frecuente verlo en la platea de las conferencias, inclusive en aquellas que, fatalmente, aburrían al público. Sin embargo, cuando se abría el espacio para las preguntas, Ricardo, que había pasado por momentos de indisimulable somnolencia, levantaba la mano, pedía la palabra y lograba articular una intervención precisa –generalmente extensa– que muchas veces terminaba por tornar el tema de la charla más interesante de lo que había sido en la hora de exposición. Era, ante todo, generoso. Como recuerda su amigo Marcelo Jasmin, en esas intervenciones “a veces demoraba dos o tres minutos sin mostrar hacia dónde iba, como si estuviera calentando los motores, dejando a sus interlocutores un poco perdidos”, pero en cuestión de segundos, “la aparente pereza se transformaba para dar lugar a un gigante del pensamiento y de la argumentación”.

Ricardo Benzaquen hacía las cosas a su manera y a su ritmo. Convivían en su rutina dos cadencias de trabajo: era rápido y enérgico a la hora de cumplir con los incontables compromisos académicos (jurados, comisiones, evaluaciones), mientras procedía lentamente en sus proyectos intelectuales. La simmeliana aceleración neurológica que fue invadiendo el ritmo de trabajo universitario, por las crecientes exigencias productivistas que valorizaban, cada vez más, la cantidad de publicaciones, contrastaba indefectiblemente con su método siempre cauteloso y detallista,

todo lo lento que exigía la minuciosidad con que encaraba una lectura. Era rutinario, perseverante en sus hábitos y sumamente metódico. En general, todo nuevo proyecto comenzaba con una reorganización de los estantes de su biblioteca, hacía esquemas en papel y cada idea era anotada en cuadernos, siempre manuscritos. Solo los informes a las agencias de financiamiento, algunas evaluaciones, y los emails, eran elaborados directamente en la computadora. Todas las publicaciones de Ricardo fueron, primero, escritas a mano, inclusive su último texto, *Terra de ninguém*, sobre Joaquim Nabuco, que salió como artículo en la revista *Topoi* en 2016. El propio ciclo de Nabuco, que fue su proyecto de investigación en los años 2000, llevaba ya una década y media de trabajo.

Acaso esa insistencia en la calidad del tiempo dedicado a la lectura, al pensamiento, a la amistad y a la conversación, sea uno de sus legados más potentes. Y en tiempos refractarios a la ciencia lenta, ese legado se convierte en desafío. No dejó manuales ni recetas para ponerlo en práctica. Pocas veces concedía entrevistas y cuando aceptaba, iba rezongando, medio arrepentido, murmurando que no tenía nada importante para decir sobre el asunto. Su compañera Carmen Felgueiras observa con razón que, aunque hubiera vivido cien años, jamás habría escrito una autobiografía. Deja, sin embargo, ensayos y libros ejemplares, la mayor parte sucintos, pero que exigen un esfuerzo interpretativo equivalente al que Ricardo dedicó al pensamiento social brasileño.

Diego Galeano
PUC-Río

Tzvetan Todorov (1939-2017)

Tal vez no haya concepto más adecuado para ingresar al universo del intelectual búlgaro Tzvetan Todorov que la intraducible expresión francesa *dépaysement*, es decir, aquel cambio voluntario de país, de costumbres y lenguaje que torna la promesa de alteridad especialmente imprevisible y cuyo sentido del desarraigo se vuelve un no-lugar desconcertante que apenas se aproxima a otros términos como *émigration*, *déplacement* o *exile*. Así lo atesta su extensa trayectoria en esa suerte de cuaderno de bitácora que publicó en 1996, *L'Homme dépaycé* (traducido al castellano como *El hombre desplazado*) y no solo por haber convertido desde 1963 un fortuito viaje de estudios a Francia en la ocasión inopinada para residir allí definitivamente, sino por el rizomático movimiento de sus intereses y por la diversidad de saberes que ha franqueado a lo largo de una cincuentena de obras y numerosos artículos dispersos. Quien hasta fines de los años 1970 llegó a ser uno de los actores centrales del estructuralismo y el agudo defensor de una teoría científica de la literatura, sobrevino, tras una drástica relectura de su pasado, historiador del pensamiento y crítico cultural, artífice de una serie de obras de corte ensayístico traducidas a casi todos los idiomas y compuestas por múltiples objetos sociales y políticos no exentos de erudición, alta divulgación y un ejercicio autobiográfico recurrente. La visibilidad de esta última faceta es la que, de algún modo, terminó arrebatando casi íntegramente su derrotero, expandiendo aun más su fama internacional mientras se identificaba con un “humanismo agnóstico”, tal como algunos de los principales medios franceses coincidieron en titular la noticia de su muerte en febrero de 2017: “pensador humanista” (*Télérama*), “heraldo del huma-

nismo” (*Le Monde*), “humanista insumiso” (*Libération*) o “fantástico humanista” (*Le Nouvel Observateur*). Tenía 77 años.

Tzvetan Todorov nació en 1939 en la ciudad de Sofía en el seno de una familia de intelectuales y en un país donde aún gobernaba el viejo zar Boris III. Tras la muerte del monarca en 1943, le sucede su hijo Simeón II, pero los grupos comunistas fueron ganando espacios de poder hasta que en 1944 se produce un fuerte levantamiento que culmina dos años más tarde con la instauración de la República Popular bajo la influencia soviética. En ese contexto, su madre, Haritina Peeva-Plachkova, quien había trabajado como bibliotecaria antes de la guerra, llevaba una discreta vida doméstica que contrastaba con la de su padre, Todor Borov, una notable figura pública de la escena intelectual búlgara: gran filólogo, editor de los clásicos de la literatura de su país, primer profesor de bibliotecología de la Universidad de Sofía y comunista convencido, en 1944 fue nombrado director de la Biblioteca Nacional, aunque cuatro años después, en el marco de una nueva purga de disidentes y tras emplear a personal calificado ajeno al partido, debió dejar el puesto vacante y solo se le permitió conservar su cargo universitario. He ahí uno de los tantos episodios que llevaron al joven Tzvetan a tomar una cautelosa distancia frente al aparato ideológico del Estado que, posteriormente, se convertirá en una crítica implacable del régimen comunista. Es por ese motivo que, según él mismo ha confesado, al iniciar sus estudios de filología eslava en la Universidad de su ciudad en 1956 –año bisagra para el mundo comunista tras el “Informe secreto” sobre los crímenes estalinistas revelado por Khrushchev en el XX Congreso del PCUS y la feroz repre-

sión de la revolución húngara—, trató de ocuparse de objetos que no tuviesen un valor ideológico evidente, de allí que prefiriese indagar la estilística de los textos o sus formas lingüísticas y acompañarlos con el estudio del inglés, el alemán y, bastante más tarde, del francés. En 1959, realiza un viaje junto a su madre a Moscú y Leningrado donde descubre la pintura holandesa e impresionista y, dos años después, al culminar sus estudios, comienza a dictar clases en institutos secundarios de provincia y visita Polonia. Sin embargo, fue en 1962 cuando se vio sorprendido por una gran oportunidad. Una tía farmacéutica que vivía en Canadá, soltera y sin hijos, realiza un llamamiento a toda la familia: había decidido “becar” a sus sobrinos más jóvenes durante un año en cualquier lugar del extranjero que eligiesen. Pese a que su padre prefería Berlín (donde él mismo había estudiado la “ciencia de las bibliotecas”), Tzvetan optó por Francia. Con todo, si bien el aspecto económico ya no era un problema, restaba aún lo más difícil: conseguir el pasaporte. Tras dos intentos fallidos, en abril de 1963, el joven de 24 años recibía su documentación y, sin dilaciones, partía de inmediato. Recién volvería a su tierra natal dieciocho años después.

Ya en París, con el objetivo de prolongar sus estudios teóricos, Todorov se acercó en principio a la Sorbona, pero allí no había lugar para imaginar una literatura por fuera de lo histórico y nacional. Preocupado, le escribió a su padre, quien se comunicó con sus colegas de la *Bibliothèque Nationale de France* y, finalmente, lo pusieron en contacto con un joven Gérard Genette quien, a su vez, le recomendó asistiese a las clases que, en ese momento, dictaba Roland Barthes en la *École Pratique des Hautes Études* (EPHE). A partir de aquel encuentro, merced a su conocimiento del ruso y al apoyo de Barthes (quien se convertirá en su director de tesis doctoral), la carrera de Todorov tomará un impulso vertigi-

noso. En 1964, ingresará como investigador en aquella institución y, tres años después, en el *Centre national de la recherche scientifique* (CNRS) del cual formará parte hasta su muerte. Entre uno y otro ingreso, colaborará regularmente en la prestigiosa revista *Tel Quel*, publicará dos artículos importantes, “La description de la signification en littérature” (1964) y “Les catégories du récit littéraire” (1966) en la revista interdisciplinaria de semiótica creada por iniciativa de Barthes, *Communications* —en los cuales ya postula la preeminencia del análisis estructural por sobre el mero contenido de las obras literarias— y se le confiará la dirección del primer número de la revista *Langages*, titulado “Investigaciones semióticas” (1966) que incluía dos textos de su autoría y otros dos cuya elección parecía destinada a guardar las simetrías de la Guerra fría: uno del lexicógrafo ruso Yuri Apresjan y otro del antropólogo norteamericano Floyd Lounsbury. Sin embargo, el verdadero punto de partida había sido la aparición de *Teoría de la literatura de los formalistas rusos* (1965) para la cual traducirá, compilará y presentará catorce textos claves de siete teóricos literarios formados en la Rusia prerrevolucionaria. Tanto la circulación que tuvo la obra como la repercusión que logró en revistas culturales de nuevo cuño como *La Quinzaine littéraire* (recordemos que aún no existían los “suplementos literarios” en los periódicos ni un tratamiento de la literatura en sentido estricto), harán de ella un *recueil* fundamental que permitirá, por un lado, dar a conocer por primera vez en Francia (y luego en todo Occidente) a una serie de autores cuyos escritos databan de las primeras décadas del siglo xx y que, salvo los de Ósip Brik, Roman Jakobson y Yuri Tynianov, solo se habían difundido en ruso. Por otra parte, se trataba de una confluencia inédita de textos que solo encontraba su homogeneidad en la comunidad francesa que los reunía, una arquitectura que condicionó sus horizontes de recepción, pero dotó al análisis

estructural con un mito de los orígenes. Dirá Genette en *Le Nouvel Observateur*, “Hoy, en 1966, esta compilación de textos de los cuales el más reciente es de 1928, se quiere oportuna y nos habla en presente”. Así pues, tras muchos años de historicismo literario donde las obras se reducían a un remedo biográfico del autor, el estructuralismo –tan equidistante de Sartre como del marxismo (salvo en Althusser)– se proponía sustraerlas de cualquier valoración externa y darle vida propia como objeto autónomo, restituyéndolas a su específico territorio: la palabra y las reglas que constituían cada género. De este modo, en 1967, Todorov publica *Literatura y significación*, obra que, en realidad, es la versión corregida de su tesis doctoral (1966) y que llevaba por título *Analyse sémiologique des Liaisons dangereuses*. A partir del restablecimiento de la poética aristotélica –entendida como ciencia de la literatura– renueva las técnicas del análisis del relato a través de una “gramática” subterránea de la significación en la novela epistolar de Chordelos de Laclos (1782), procedimiento que también empleará en la *Gramática del Decamerón* (1969) con una ciencia que “aún no existe” y que da en llamar “narratología” para distinguir en los cuentos de Boccaccio las relaciones paradigmáticas (la semántica del sentido y la simbolización) de las sintagmáticas (la sintaxis y su combinatoria verbal).

En 1970, junto a Genette funda la colección “Poétique” y la revista del mismo nombre en Seuil, la segunda casa editorial de Francia y la que albergará la mitad de su corpus: toda una clausura con respecto a *Tel Quel* donde ya no colaborarían. Ese mismo año, allí aparecerá uno de sus trabajos más clásicos, *Introducción a la literatura fantástica*, donde este registro adquiere estatuto de *género literario* a partir de la integración que asume el lector con los personajes del relato cuando “vacila” frente a un hecho en apariencia extraño, maravilloso o “fantástico puro”.

Pese a su valor teórico inaugural, la rigidez de esta división tripartita será objeto de varias críticas que han marcado todo un hito en la historia de la teoría literaria de aquellos años y en la cual ha tenido un rol de primer orden la teórica argentina Ana María Barrenechea: Todorov no solo desestimaba los modos en que lo fantástico podía complejizar la realidad, sino que los límites de su corpus no resultaban adecuados para pensar, por ejemplo, el realismo mágico latinoamericano. En *Poética de la prosa* (1971) reunirá varios textos ya publicados donde, tomando como modelo *Las mil y una noches* o los cuentos de Henry James, consolidará una teoría formal de la relación entre literatura y lenguaje, y una metodología lingüística para los estudios literarios y las gramáticas narrativas. La dimensión semántica y pragmática de la literatura abre una nueva etapa en la obra de Todorov con su seminario “Rhétorique et symbolique: les théories de l’interprétation” en la EPHE y con un ciclo de conferencias en la Universidad de Wisconsin sobre “Langage et littérature” durante el período 1973-1974, dos años que serán evocados en *Vivir solos juntos* (2012) como los más significativos de su vida y que coinciden con su nacionalización francesa y el nacimiento de Boris, su primer hijo junto a la investigadora de la India, Martine van Woerkens. En *Teorías del símbolo* (1977) –obra inspirada en la antropología de Louis Dumont– ofrece una historización de lo simbólico desde Aristóteles a Jakobson y con la aparición en simultáneo de *Simbolismo e interpretación* y *Los géneros del discurso* (1978) busca provocar un efecto complementario entre una reflexión teórica sobre lo simbólico y los diferentes tipos de discurso que funcionarían como enclaves.

Con un aire retrospectivo y cierto efecto de objetivación, dos trabajos marcarán una síntesis terminal del análisis estructural: por un lado, la obra colectiva *¿Qué es el estructuralismo?*, donde Todorov participará con el

volumen titulado *Poética* (1977) y, por otro, el *Diccionario enciclopédico de las ciencias del lenguaje* (1979) escrito junto a Oswald Ducrot y cuya relativa brevedad y gran claridad conceptual lo han convertido en un instrumento indispensable. Este alejamiento de los viejos postulados se confirma con *Mijail Bajtin. El principio dialógico* (1981), obra que marca una zona de transición donde conviven una figura cara a la teoría literaria y la mirada del nuevo Todorov, promotor de una “historia dialógica del pensamiento” que se adentra por primera vez en un sujeto a quien trata con la familiaridad de un contemporáneo a fin de evitar su cosificación como mero autor comentado: ya no cabe duda de que el estructuralismo es historia pasada, que su perfil humanista está en plena gestación y que el ensayo se revelará, de aquí en más, el registro habitual de su escritura. Pero la idea de “diálogo” tampoco dejará de funcionar como alegoría: en 1981, Todorov regresa a Sofía, invitado por el Estado búlgaro, como intelectual consagrado, no sin antes casarse en segundas nupcias con la novelista canadiense Nancy Huston con quien tendrá sus otros dos hijos, Léa y Sacha. Esta transición podría extenderse a *La conquista de América. La cuestión del otro* (1982), un libro de corte “moral” antes que histórico que representa, como ha señalado Stephen Greenblatt, “un esfuerzo por vincular una comprensión instrumental de la realidad con la responsabilidad ética y la tolerancia”. El Todorov semiólogo instalará el dispositivo “otro” que, sin dudas, hará fortuna (si bien cuatro años antes, Michel de Certeau ya lo había teorizado en el prólogo a la segunda edición de *La escritura de la historia*), pero que, en el ámbito estrictamente histórico, será blanco de diversas críticas a raíz de su eurocentrismo. De allí, tal vez, su intervención con un postfacio en el reverso heurístico de aquella obra, *Relatos aztecas de la conquista* (1983), donde Georges Baudot traduce por primera vez del náhuatl al francés una

serie de textos fundamentales para comprender la visión de los vencidos. En todo caso, lo cierto es que esta problemática remite, una vez más, a la experiencia de Todorov como *dépaysé*: el conocimiento de sí depende del descubrimiento del otro y la diferencia que de allí surge debe ser vivida en la igualdad. La ruptura con ese pasado teórico se confirma con *Crítica de la crítica* (1984) cuya versión castellana no ha retenido el subtítulo (*una novela de aprendizaje*), a todas luces fundamental para comprender esta instancia central de su derrotero y donde clama (siguiendo a Bajtín) por una crítica “dialógica” que suprima cualquier tipo de dogmatismo y en cuya misma línea se encontrarán *Benjamin Constant* (1997) y *El jardín imperfecto. Luces y sombras del pensamiento humanista* (1998). Con *Frágil felicidad. Un ensayo sobre Rousseau* (1985), Todorov ya no disimulará qué tipo de objetos ha pasado a privilegiar ni qué tipo de voz empleará para referirlos: la condición humana en su universalidad expresada en un lenguaje accesible y alejado de cualquier jerga disciplinaria. En *Nosotros y los otros* (1989) regresa a la idea de alteridad en algunas figuras de la historia intelectual francesa en busca de una unidad en la diversidad. Precisamente, la primera frase del prefacio señala la dirección que tomará una zona de sus nuevas obras: “conocí el mal durante la primera parte de mi vida, cuando vivía en un país sometido al régimen estalinista”. La caída del bloque comunista le ha significado, tal como lo señaló en el 2009 en una conferencia que dictó en Barcelona titulada “Muros caídos, muros erigidos”, la liberación de una religión secular cuyo movimiento de larga duración había comenzado en 1848.

Si esta incursión en diferentes territorios de lo político no supuso su conversión en estricto intelectual público, sí lo convirtió en un moralista cultural que seguiría apelando a la distancia crítica del *dépaysé* para explorar nuevas inquietudes y ofrecer su voz o un libro por

cada nuevo tema que fuese objeto de debate. En 1991, publica dos obras: *Frente al límite*, un trabajo sobre las historias de los campos de concentración para el cual recabó testimonios de los sobrevivientes y también de los verdugos, y *Las morales de la historia*, un ensayo que intenta unificar bajo la lógica de las ciencias morales y políticas las relaciones entre diferentes culturas y el rol de la democracia y los intelectuales. Retomando algunos episodios sucedidos durante la guerra, *Une tragédie française, été 1944. Scènes de guerre civile* (1994) recompone los enfrentamientos políticos entre vecinos de un mínimo pueblo del centro de Francia, Saint-Amand-Montrond, *La Fragilité du bien* (1999) indaga el destino de los judíos búlgaros y *Germaine Tillion. Une ethnologue dans le siècle* (2002) recupera el derrotero de esta resistente al nazismo, luego instalada en Argelia. Si bien ya venía formando parte de sus reflexiones, la memoria y el trauma serán objeto de *Los abusos de la memoria* (2004). En 2010, Todorov visitará la Argentina, recorrerá la ESMA y el Parque de la Memoria tras lo cual publicará un artículo en *El País* de Madrid donde criticará la supuesta representación sesgada que allí advirtió sobre la violencia de los años 1970 y el terrorismo de Estado: “cuando uno atribuye todos los errores a los otros y se cree irrepachable, está preparando el retorno de la violencia, revestida de un vocabulario nuevo, adaptada a unas circunstancias inéditas. Comprender al enemigo quiere decir también descubrir en qué

nos parecemos a él. No hay que olvidar que la inmensa mayoría de los crímenes colectivos fueron cometidos en nombre del bien, la justicia y la felicidad para todos. Las causas nobles no disculpan los actos innobles”. La repercusión pública no fue menor. En todo caso, su último trabajo, publicado póstumamente, *El triunfo del artista. La Revolución y los artistas rusos, 1917-1941*, parece cerrar el círculo que abrió en 1965 con los formalistas (quienes, cabe recordar, mantenían estrechos vínculos con la vanguardia futurista) al analizar de qué modo el individuo creador se enfrenta a las tiranías del poder político, un trabajo que prolonga otros escritos sobre diferentes artistas modernos y contemporáneos que comenzó a publicar al comenzar el nuevo siglo. Acaso esta última obra también encierre un homenaje filial a su madre con quien visitó los museos moscovitas en su primer viaje al extranjero. En el año 2004, Todorov había confesado “quizá quien más me influyó fue mi madre, para mí, la encarnación del ideal moral: una mujer carente de pulsiones egoístas, que jamás hizo notar que se sacrificaba y que era feliz si lo eran los que la rodeaban. Creo que toda mi actividad intelectual ha consistido en intentar comprender cómo una persona como mi madre es posible”. Tal vez aquí se encuentre la clave de una vasta obra que siempre lo tuvo como protagonista.

Andrés G. Freijomil
UNGS

Objetivos de la revista

La revista *Prismas* se publica en forma ininterrumpida desde 1997 con el propósito de contribuir a la conformación de un foco de elaboración disciplinar en historia intelectual. En función de ello, la revista difunde la producción de investigadores cuyo objeto de estudio lo constituyen ideas y lenguajes ideológicos, obras de pensamiento y producciones simbólicas, o bien que utilizan metodologías que atienden a los procedimientos analíticos de la historia intelectual. Asimismo, en diferentes secciones se busca difundir debates teóricos sobre la disciplina o textos clásicos de la misma, y dar cuenta de la producción más reciente.

La edición en papel de *Prismas* es de frecuencia anual; la edición on line es de frecuencia semestral (cada número en papel de *Prismas* se desdobra en dos on line).

Presentación de trabajos para la sección “Artículos”

La sección “Artículos” se compone con trabajos inéditos enviados a la revista para su publicación. La evaluación de los mismos sigue los siguientes pasos: en primera instancia deben ser aprobados por el Comité de Dirección de Prismas –exclusivamente en términos de su pertinencia temática y formal–; en segunda instancia, son considerados de modo anónimo por pares expertos designados ad hoc por la Secretaría de Redacción. Cada artículo es evaluado por dos pares; puede ser aprobado, aprobado con recomendaciones de cambios, o rechazado. En caso de que haya un desacuerdo radical entre las dos evaluaciones de pares, se procederá a la selección de una tercera evaluación. Cuando el proceso de evaluación ha concluido, se procede a informar a los autores del resultado del mismo.

Los artículos deben observar las siguientes instrucciones:

- No exceder los 70.000 caracteres con espacios.
- Deben ir acompañados de un resumen en castellano y en inglés de no más de 200 palabras; de entre tres y cinco palabras clave; y de las referencias institucionales del autor, con la dirección postal, teléfono y dirección de correo electrónico.
- Las normas para las notas al pie y la bibliografía pueden verse en detalle en www.scielo.org (buscar revista *Prismas*, “Instrucciones a los autores”).

Presentación de trabajos para la sección “Lecturas”

La sección “Lecturas” se compone de trabajos que abordan el análisis de un conjunto de dos o más textos capaces de iluminar una problemática pertinente a la historia intelectual. No deben exceder los 35.000 caracteres con espacios. Pueden llevar notas al pie, para las que valen las mismas indicaciones realizadas en el punto anterior. La evaluación de los trabajos recibidos es realizada por el Consejo de Dirección.

Presentación de trabajos para la sección “Reseñas”

La sección “Reseñas” se compone de análisis bibliográficos de libros recientemente aparecidos, vinculados con temas de historia intelectual en una acepción amplia del término (historia cultural, de las ideas, de las mentalidades, historiografía, historia de la ciencia, sociología de la cultura, etc., etc.). Los trabajos deben estar encabezados con los datos completos del libro analizado, en el siguiente orden: Autor, Título, Ciudad de edición, Editorial, año, cantidad de páginas. No deben exceder los 15.000 caracteres con espacios. Pueden llevar notas al pie, para las que valen las mismas indicaciones realizadas en los puntos anteriores. La evaluación de los trabajos recibidos es realizada por los editores.